

# LOVECRAFTIANA

~ 2 ~



# DEL OTRO LADO<sup>1</sup>

H. P. LOVECRAFT

RESULTA horrible más allá de cualquier imaginación el cambio que sufrió mi mejor amigo, Crawford Tillinghast. No lo había visto desde el día en que, dos meses y medio antes, me hablara de algunos de los objetivos que guiaban sus experimentos físicos y metafísicos; cuando me lo contó, mis objeciones espantadas y casi aterrorizadas provocaron que me expulsara de su laboratorio y su casa en un arrebato de ira ciega. Yo sabía que ahora pasaba casi todo el tiempo en el laboratorio del ático con esa maldita máquina eléctrica, comiendo apenas y manteniendo fuera incluso a los criados, pero yo no sabía que un lapso tan corto como son diez semanas pueden alterar y desfigurar hasta tal punto a un ser humano. No resulta agradable la visión de un hombre robusto súbitamente enflaquecido, y es aún peor cuando la piel flácida se torna amarillenta o grisácea, los ojos hundidos y ojerosos, resplandeciendo de forma extraña, la frente surcada de venas y arrugas, y las manos trémulas y nerviosas. Si a eso unimos una repulsiva falta de higiene, un salvaje desaliño en el vestir, una pelambrera de cabellos oscuros encanecidos en las raíces y unas tupidas barbas sobre el rostro otrora bien afeitado, el efecto acumulado resulta bastante impactante. Pero tal era la apariencia de Crawford Tillinghast la noche en que su mensaje, coherente sólo a medias, me hizo acudir hasta su puerta tras semanas de distanciamiento; tal era el espectro que temblaba al franquearme el acceso, vela en mano y ojeando furtivamente sobre el hombro como si temiese la presencia de seres invisibles en la antigua y solitaria mansión ubicada tras Benevolent Street.

---

<sup>1</sup> From Beyond, written: 1920, published: 1934, in *The Fantasy Fan*.

El que Crawford Tillinghast pudiera haber estudiado alguna vez ciencias y filosofía resultaba un error. Tales materias deben confiarse a investigadores fríos e impersonales, ya que ofrecen dos alternativas igualmente trágicas al hombre de espíritu o al de acción; el desánimo en caso de errar en el experimento, y terrores inenarrables e inimaginables en el caso de alcanzar el éxito. Tillinghast fue una vez presa del fracaso, solitario y melancólico; pero ahora supe, con un nauseabundo temor por mí mismo, que era presa del éxito. Ciertamente, yo le había advertido hacía diez semanas, cuando me confió el relato de lo que pensaba estar a punto de descubrir. En esos momentos estuvo rubicundo y exaltado, hablando con voz alta y forzada, aunque en todo momento impregnada de pedantería.

— Qué sabemos — decía — sobre el mundo y el universo a nuestro alrededor? Los medios de los que disponemos para recibir impresiones son absurdamente pocos, y nuestras nociones sobre los objetos circundantes infinitamente estrechas. Vemos cosas tan sólo porque estamos diseñados para verlas, y no podemos hacernos idea de su naturaleza absoluta. Con cinco débiles sentidos tratamos de asimilar el cosmos complejo e infinito, aunque otros seres con sentidos más amplios, más fuertes o de clase diferente podrían no sólo ver muy distintas las cosas que nosotros vemos, sino también acceder y estudiar mundos completos de materia, energía y vida que se encuentran al alcance de la mano, pero que jamás podremos detectar con nuestros sentidos. Siempre he pensado que tales mundos extraños, inaccesibles, coexisten junto a nosotros, y ahora creo haber encontrado una forma de romper las barreras. No es broma. En las próximas veinticuatro horas esta máquina que está junto a la mesa generará ondas que actuarán sobre incógnitos órganos sensoriales que sobreviven en nosotros como vestigios atrofiados o rudimentarios. Tales ondas nos abrirán perspectivas desconocidas para el hombre, y algunas ignotas para cualquier ente que podamos considerar vida orgánica. Veremos aquello a lo

que los perros aúllan en la oscuridad y lo que hace aguzar el oído a los gatos tras la medianoche. Veremos tales cosas y otras que ninguna criatura que respira viera. Nos impondremos al tiempo, espacio y dimensiones, y sin movernos podremos indagar en los fundamentos de la creación.

Cuando Tillinghast dijo tales cosas lo recriminé, ya que lo conocía suficientemente como para sentirme antes asustado que contento, pero era un fanático y me echó de su casa. Ahora seguía siendo un fanático, pero su deseo de hablar se había impuesto sobre su resentimiento y me había reclamado imperiosamente con una escritura que apenas era capaz de reconocer. Al llegar a la morada de mi amigo, tan súbitamente transformado en una temblorosa gárgola, me infecté del terror que parecía aguardar en cada sombra. Las palabras y creencias expresadas diez semanas antes parecieron tomar cuerpo en la oscuridad que había más allá del pequeño resplandor de la vela, y me sentí enfermar por la voz cavernosa y alterada de mi anfitrión. Ansiaba la presencia de los criados y no me gustó nada que me dijera que se habían marchado todos tres días antes. Me resultó extraño que el viejo Gregory, al menos, hubiera abandonado a su amo sin comunicárselo a un íntimo como era yo. Era él quien me había suministrado toda la información que había recibido sobre Tillinghast desde que éste me despachara lleno de rabia.

Aunque bien pronto subordiné todos mis temores a las crecientes curiosidad y fascinación. Tan sólo podía conjeturar lo que Crawford Tillinghast pudiera desear ahora de mí, pero ya no albergaba dudas sobre que poseía un formidable secreto o descubrimiento aún por desvelar. Antes yo me opuse a sus antinaturales intromisiones en lo desconocido; pero ahora que, evidentemente, había triunfado, de alguna forma yo casi compartía su estado de ánimo, por terrible que pudiera parecer el precio de la victoria. Subiendo a través de la oscura vacuidad de la casa, seguía la vela que temblaba en la mano de esta estremecida parodia de hombre. No

parecía haber corriente, y cuando pregunté sobre ello a mi guía, éste dijo que había una buena razón para ello.

— Sería demasiado... no me atrevo — acabó murmurando.

Especialmente reparé en su nuevo hábito de susurrar, ya que antes no solía hablar para sus adentros. Entramos en el laboratorio del ático y vi aquella detestable máquina eléctrica, resplandeciendo con enfermiza luminosidad, siniestra, violeta. Estaba conectada a una potente batería química, pero parecía no tener corriente; pero yo recordaba cómo en su etapa experimental chisporroteaba y ronroneaba al ponerse en marcha. En respuesta a mi pregunta, Tillinghast musitó que su permanente fulgor no era de origen eléctrico en cualquiera de los sentidos que yo pudiera entender esto.

Me hizo entonces sentar cerca de la máquina, de tal forma que ésta quedaba a mi derecha, y giró un conmutador bajo el grupo superior de bulbos de cristal. Comenzó el habitual crepitar, transformándose en zumbido, y se resolvió en un rumor tan tenue que parecía haber vuelto al reposo. Mientras, crecía la luminosidad, menguaba de nuevo, por fin llegó a un color o mezcla de colores pálidos y extraños que no puedo clasificar ni describir. Tillinghast, que había estado observándome, advirtió mi expresión asombrada.

— ¿Sabes qué es esto? — susurró —. Es ultravioleta — gorgojeó de forma espantosa ante mi sorpresa —. Creías que era invisible, y lo es... pero esto, así como otras muchas cosas invisibles, lo podrás ver ahora.

«¡Escucha! Las ondas de esta máquina están despertando en nosotros un millar de sentidos adormecidos; sentidos que hemos heredado tras eones de evolución, desde el estadio de electrones dispersos al de humanidad orgánica. Yo he visto la realidad y ahora he decidido mostrártela. ¿Te preguntas cómo es posible? Yo te lo diré — entonces, Tillinghast se sentó directamente enfrente de mí, soplando hasta apagar la

vela, escudriñando de forma espantosa dentro de mis ojos —. Tus actuales órganos sensoriales, primeramente el oído, creo, serán capaces de aprehender muchas de las impresiones, ya que se hallan estrechamente conectados con los órganos dormidos. Luego entrarán otros en acción. ¿Has oído hablar de la glándula pineal? Me río de esos endocrinólogos superficiales, tan falsarios y advenedizos como los freudianos. Esa glándula es el órgano supremo de los órganos sensoriales... yo lo he descubierto. Después de todo, es parecido a la vista y transmite imágenes visuales al cerebro. Si eres normal, ésa es la forma en que recibirás casi toda la información... me refiero a las impresiones del otro lado.»

Observé alrededor; el inmenso ático con su pared sur inclinada, levemente iluminada por rayos que el ojo cotidiano no puede ver. Las esquinas alejadas estaban totalmente en sombras, y sobre todo el sitio se asentaba en una brumosa irrealidad que entrevelaba su naturaleza, invitando a la imaginación hacia el simbolismo y la fantasmagoría. Durante el lapso en que Tillinghast guardó silencio me imaginé en algún vasto e increíble templo de dioses muertos mucho tiempo atrás, algún difuso edificio de innumerables columnas de piedra negra que se alzaban desde un suelo de húmedas losas hacia alturas nubladas, más allá del alcance de mi visión. La imagen resultó por un instante sumamente vívida, pero gradualmente fue dejando paso a una escena más horrible, a una completa, absoluta soledad de espacio infinito, ciego, sordo. Parecía tratarse de un vacío y nada más, y sentí un miedo pueril que me llevó a empuñar el revólver que siempre llevaba en el bolsillo desde que me atracaron en East Providence. Entonces, desde las más lejanas regiones del apartamento, el sonido cobró suavemente vida. Resultaba infinitamente débil, tenuemente vibrante e inconfundiblemente musical, aunque dotado con una cualidad de estremecedora ajenidad que convirtió su reverbero en una delicada tortura que cubrió todo mi cuerpo. Sentí sensaciones como las que se sienten al

hacer rechinar accidentalmente un cristal. Simultáneamente apareció algo parecido a una corriente fría que, en apariencia, soplaba sobre mí desde el mismo lugar del que provenía el distante sonido. Mientras aguardaba conteniendo la respiración, noté que tanto el viento como el sonido arreciaban; un efecto que me produjo una extraña impresión sobre mí mismo, como si me encontrase atado sobre unas vías en el camino de una gigantesca locomotora que fuese aproximándose. Hice gesto de hablar con Tillinghast, y en el acto se esfumaron repentinamente todas aquellas insólitas impresiones. Tan sólo vi al hombre, la máquina y la penumbrosa estancia. Tillinghast se reía repugnantemente del revólver que había empuñado en forma casi inconsciente, pero por su expresión me convencí de que había visto y oído lo que yo, si no más. Le susurré lo que me había ocurrido, y él me instó a permanecer tan quieto y atento como me fuera posible.

— No te muevas — me advirtió —, ya que estos rayos permiten tanto que veamos como que seamos vistos. Ya te dije que los criados se habían ido, pero no te conté cómo. Fue esa atontada ama de llaves... encendió las luces de abajo a pesar de mis órdenes y los cables captaron vibraciones simpáticas. Debíó de ser espantoso... pude escuchar los gritos desde aquí a pesar de lo que estaba viendo y oyendo de otras procedencias, y después resultó bastante terrible encontrarme con aquellos montones de ropas dispersos por la casa. Las ropas de la señora Updike estaban cerca del conmutador... por eso sé que fue ella quien lo hizo. Pero en tanto en cuanto no nos movamos estaremos razonablemente a salvo. Recuerda que nos las vemos con un mundo espantoso en el que nos hallamos prácticamente inermes... ¡Permanece inmóvil!

La impresión combinada de aquella revelación y la orden abrupta me sumió en una especie de parálisis, y en mi terror de nuevo mi mente se abrió a la sugestión que procedía de los que Tillinghast llamaba «otro

lado». Ahora me encontraba en un remolino de sonidos y movimientos, con confusas imágenes pasando ante mis ojos. Veía los perfiles borrosos de la estancia, pero desde algún punto del espacio parecía surgir una hirviente columna de formas irreconocibles, o quizás nubes, traspasando el sólido techo por un punto arriba y a la derecha. Entonces noté de nuevo el efecto del templo, pero esta vez las columnas alcanzaban algún etéreo océano de luz que envió un rayo cegador a través de la columna nubosa que viera previamente. Tras eso, la escena se tornó completamente calidoscópica, y en la barahúnda de visiones, sonidos e impresiones sensoriales sin identificar sentí que estaba a punto de disolverme, o de perder la forma corpórea. Siempre recordaré un instante bien definido. Por un momento creí contemplar una porción de extraño cielo nocturno repleto de esferas brillantes que giraban y, mientras retrocedían, vi que dos soles resplandecientes formaban una galaxia o constelación de forma definida; tal forma era el rostro distorsionado de Crawford Tillinghast. En otra ocasión sentí cómo inmensos seres animados me rozaban al pasar y, en ocasiones, traspasaban o se deslizaban a través de mi cuerpo, supuestamente sólido, y, sin embargo, veía a Tillinghast mirarlos como si sus sentidos, mejor entrenados, pudieran captarlos visualmente. Recordé lo que dijera acerca de la glándula pineal y me pregunté que habría contemplado con ese ojo preternatural.

Súbitamente yo mismo comencé a gozar de una especie de visión aumentada. Por encima del caos luminoso y sombrío se alzó una imagen que, aunque difusa, poseía elementos de consistencia y permanencia. De hecho, se trataba de algo familiar, ya que la parte insólita se sobreimpresionaba sobre la habitual tal y como una proyección cinematográfica puede proyectarse sobre el telón pintado de un teatro. Vi el laboratorio del ático, la máquina eléctrica y la repugnante forma de Tillinghast frente a mí, pero nada del espacio no ocupado por objetos



familiares y materiales se encontraba vacío. Indescriptibles formas, vivas o no, se entremezclaban en abominable tumulto, y junto a cada cosa conocida se encontraban mundos enteros de alienígenas entidades desconocidas. Igualmente, parecía que todos los seres conocidos entraban en la composición de otras cosas desconocidas, y viceversa. Sobre todo, entre los seres vivos se encontraban unas monstruosidades gelatinosas, negras como la tinta, que tremolaban con flaccidez en sincronía con las vibraciones de la máquina. Se encontraban presentes en una espantosa profusión, y para mi horror descubrí que se superponían; que eran semilíquidas y capaces de traspasar unas a través de otras, así como a través de lo que nosotros entendemos como sólido. Tales seres nunca estaban quietos, sino que parecían flotar alrededor siguiendo algún propósito maligno. A veces parecían devorarse unas a otras, el atacante lanzándose sobre la víctima y haciéndola desaparecer instantáneamente de la vista. Estremeciéndome, creí descubrir lo que había hecho esfumarse a los infortunados criados, y no pude alejar de mi mente tal pensamiento mientras intentaba observar otras propiedades del mundo recién descubierto que subyacía invisible en torno nuestro. Pero Tillinghast había estado observándome y me hablaba.

— ¿Lo ves? ¿Lo ves? ¿Ves los seres que flotan y caen en torno y a través tuyo a cada momento de tu vida? ¿Ves las criaturas que forman parte de lo que los hombres llaman aire puro y cielo azul? ¿No he logrado romper la barrera, no te he mostrado mundos que ningún otro ser vivo ha visto?

Yo escuchaba sus horribles gritos entre aquel horrible caos y observaba su rostro distorsionado, ofensivamente cerca del mío. Sus ojos despedían llamaradas y me observaban con lo que ahora entiendo era odio estremecedor. La máquina zumbaba de forma detestable.

— ¿Crees que esos seres ameboides mataron a los criados? ¡Son inofensivos, idiota! Pero los criados han desaparecido, ¿no? Intentaste

detenerme, me desanimaste cuando necesitaba cada brizna de valor que pudiera reunir; tenías miedo de las verdades cósmicas, maldito cobarde, ¡pero ahora estás en mis manos! ¿Qué fue lo que mató a los criados? ¿Qué fue lo que los hizo gritar así?... no lo sabes, ¿eh? ¡Pronto lo sabrás! Mírame, escucha cuanto te digo, ¿crees que existen de verdad cosas tales como tiempo y magnitud? ¿Crees que existen cosas como forma y materia? ¡Pues yo te digo que me he sumido en profundidades que tu pequeño cerebro no alcanza siquiera a intuir! He visto más allá de los límites del infinito y frecuentado a los demonios de las estrellas... he viajado a lomos de las sombras que saltan de mundo en mundo sembrando la muerte y la locura... el espacio me pertenece, ¿me oyes? Tengo a ciertos seres ahora a mis talones, seres que devoran y disuelven, pero yo sé cómo escapar de ellas. Te cogerán a ti, tal y como cogieron a los criados. ¿Te inmutas, amigo mío? Ya te dije que es peligroso moverse. Hasta ahora te has salvado gracias a la advertencia de que permanecieras quieto... salvado para contemplar más visiones y oírme. Si te hubieses movido, hace rato que hubieran caído sobre ti. No te preocupes, no te dolerá. No lastimaron a los sirvientes... fue el contemplarlos lo que hizo gritar así a los pobres diablos. Mis mascotas no resultan agradables, ya que proceden de lugares con patrones estéticos... muy distintos. La desintegración resulta bastante indolora, puedo jurártelo... pero quiero que los veas. Yo casi los vi, pero sé cómo parar. ¿No sientes curiosidad? ¡Siempre supe que no tenías temperamento científico! ¿Tiemblas, eh? ¿Tiemblas de ansiedad por ver a los postreros seres que he descubierto? ¿Por qué no te mueves entonces? ¿Estás cansado? Bueno, no hay ningún problema, amigo, ya llegan... ¡Mira! ¡Mira! ¡Mira, maldito seas! justo sobre tu hombro izquierdo!

Queda muy poco por contar, y puede ser ya conocido por las noticias de los periódicos. La policía escuchó un disparo en la vieja casa

Tillinghast y nos descubrió allí... Tillinghast muerto y yo inconsciente. Me arrestaron por culpa del revólver hallado en mi mano, pero me liberaron unas tres horas después, apenas comprobaron que Tillinghast había muerto de apoplejía y que mi pistola había sido disparada contra la malsana máquina que ahora se encuentra inservible sobre el suelo del laboratorio. No conté mucho de cuanto viera, pues temía que el forense se mostrara escéptico; pero por el evasivo esquema que le suministré, el doctor me dijo que sin duda había resultado hipnotizado por aquel loco vengativo y homicida.

Quisiera poder creer a ese médico. Resultaría de gran ayuda para mis nervios alterados el que pudiera descartar lo que ahora pienso sobre el aire y el cielo sobre y en torno mío. Nunca me siento solo o a gusto, y una odiosa sensación de ser perseguido me hace estremecer a veces, cuando me encuentro fatigado. Lo que me impide creer al médico es este sencillo hecho... que la policía nunca encontró los cuerpos de aquellos criados cuyas muertes se atribuyen a Crawford Tillinghast.

## **EL CLERIGO MALVADO<sup>2</sup>**

H. P. LOVECRAFT

Un hombre grave que parecía inteligente, con ropa discreta y barba gris, me hizo pasar a la habitación del ático, y me habló en estos términos:

— Sí, aquí vivió él..., pero le aconsejo que no toque nada. Su curiosidad le vuelve irresponsable. Nosotros jamás subimos aquí de noche; y si lo conservamos todo tal cual está, es sólo por su testamento. Ya sabe lo que hizo. Esa abominable sociedad se hizo cargo de todo al final, y no

sabemos donde está enterrado. Ni la ley ni nada lograron llegar hasta esa sociedad.

— Espero que no se quede aquí hasta el anochecer. Le ruego que no toque lo que hay en la mesa, eso que parece una caja de fósforos. No sabemos qué es, pero sospechamos que tiene que ver con lo que hizo. Incluso evitamos mirarlo demasiado fijamente.

Poco después, el hombre me dejó solo en la habitación del ático. Estaba muy sucia, polvorienta y primitivamente amueblada, pero tenía una elegancia que indicaba que no era el tugurio de un plebeyo. Había estantes repletos de libros clásicos y de teología, y otra librería con tratados de magia: de Paracelso, Alberto Magno, Tritemius, Hermes Trismegisto, Borellus y demás, en extraños caracteres cuyos títulos no fui capaz de descifrar. Los muebles eran muy sencillos. Había una puerta, pero daba acceso tan sólo a un armario empotrado. La única salida era la abertura del suelo, hasta la que llegaba la escalera tosca y empinada. Las ventanas eran de ojo de buey, y las vigas de negro roble revelaban una increíble antigüedad. Evidentemente, esta casa pertenecía a la vieja Europa. Me parecía saber dónde me encontraba, aunque no puedo recordar lo que entonces sabía. Desde luego, la ciudad no era Londres. Mi impresión es que se trataba de un pequeño puerto de mar.

El objeto de la mesa me fascinó totalmente. Creo que sabía manejarlo, porque saqué una linterna eléctrica — o algo que parecía una linterna — del bolsillo, y comprobé nervioso sus destellos. La luz no era blanca, sino violeta, y el haz que proyectaba era menos un rayo de luz que una especie de bombardeo radiactivo. Recuerdo que yo no la consideraba una linterna corriente: en efecto, llevaba una normal en el otro bolsillo.

Estaba oscureciendo, y los antiguos tejados y chimeneas, afuera,

---

<sup>2</sup> The evil clergyman.

parecían muy extraños tras los cristales de las ventanas de ojo de buey. Finalmente, haciendo acopio de valor, apoyé en mi libro el pequeño objeto de la mesa y enfoqué hacia él los rayos de la peculiar luz violeta. La luz pareció asemejarse aún más a una lluvia o granizo de minúsculas partículas violeta que a un haz continuo de luz. Al chocar dichas partículas con la vítrea superficie del extraño objeto parecieron producir una crepitación, como el chisporroteo de un tubo vacío al ser atravesado por una lluvia de chispas. La oscura superficie adquirió una incandescencia rojiza, y una forma vaga y blancuzca pareció tomar forma en su centro. Entonces me di cuenta de que no estaba solo en la habitación... y me guardé el proyector de rayos en el bolsillo.

Pero el recién llegado no habló, ni oí ningún ruido durante los momentos que siguieron. Todo era una vaga pantomima como vista desde inmensa distancia, a través de una neblina... Aunque, por otra parte, el recién llegado y todos los que fueron viniendo a continuación aparecían grandes y próximos, como si estuviesen a la vez lejos y cerca, obedeciendo a alguna geometría anormal.

El recién llegado era un hombre flaco y moreno, de estatura media, vestido con un traje clerical de la iglesia anglicana. Aparentaba unos treinta años y tenía la tez cetrina, olivácea, y un rostro agradable, pero su frente era anormalmente alta. Su cabello negro estaba bien cortado y pulcramente peinado y su barba afeitada, si bien le azuleaba el mentón debido al pelo crecido. Usaba gafas sin montura, con aros de acero. Su figura y las facciones de la mitad inferior de la cara eran como la de los clérigos que yo había visto, pero su frente era asombrosamente alta, y tenía una expresión más hosca e inteligente, a la vez que más sutil y secretamente perversa. En ese momento -acababa de encender una lámpara de aceite- parecía nervioso; y antes de que yo me diese cuenta había empezado a arrojar los libros de magia a una chimenea que había junto a una ventana de la

habitación (donde la pared se inclinaba pronunciadamente), en la que no había reparado yo hasta entonces. Las llamas consumían los volúmenes con avidez, saltando en extraños colores y despidiendo un olor indeciblemente nauseabundo mientras las páginas de misteriosos jeroglíficos y las carcomidas encuadernaciones eran devoradas por el elemento devastador. De repente, observé que había otras personas en la estancia: hombres con aspecto grave, vestidos de clérigo, entre los que había uno que llevaba corbatín y calzones de obispo. Aunque no conseguía oír nada, me di cuenta de que estaban comunicando una decisión de enorme trascendencia al primero de los llegados. Parecía que le odiaban y le temían al mismo tiempo, y que tales sentimientos eran recíprocos. Su rostro mantenía una expresión severa; pero observé que, al tratar de agarrar el respaldo de una silla, le temblaba la mano derecha. El obispo le señaló la estantería vacía y la chimenea (donde las llamas se habían apagado en medio de un montón de residuos carbonizados e informes), preso al parecer de especial disgusto. El primero de los recién llegados esbozó entonces una sonrisa forzada, y extendió la mano izquierda hacia el pequeño objeto de la mesa. Todos parecieron sobresaltarse. El cortejo de clérigos comenzó a desfilar por la empinada escalera, a través de la trampa del suelo, al tiempo que se volvían y hacían gestos amenazadores al desaparecer. El obispo fue el último en abandonar la habitación.

El que había llegado primero fue a un armario del fondo y sacó un rollo de cuerda. Subió a una silla, ató un extremo a un gancho que colgaba de la gran viga central de negro roble y empezó a hacer un nudo corredizo en el otro extremo. Comprendiendo que se iba a ahorcar, corrí con la idea de disuadirle o salvarle. Entonces me vio, suspendió los preparativos y miró con una especie de triunfo que me desconcertó y me llenó de inquietud. Descendió lentamente de la silla y empezó a avanzar hacia mí con una sonrisa claramente lobuna en su rostro oscuro de delgados labios.

Sentí que me encontraba en un peligro mortal y saqué el extraño proyector de rayos como arma de defensa. No sé por qué, pensaba que me sería de ayuda. Se lo enfoqué de lleno a la cara y vi inflamarse sus facciones cetrinas, con una luz violeta primero, y luego rosada. Su expresión de exultación lobuna empezó a dejar paso a otra de profundo temor, aunque no llegó a borrársele enteramente. Se detuvo en seco; y agitando los brazos violentamente en el aire, empezó a retroceder tambaleante. Vi que se acercaba a la abertura del suelo y grité para prevenirle; pero no me oyó. Un instante después, trastabilló hacia atrás, cayó por la abertura y desapareció de mi vista.

Me costó avanzar hasta la trampilla de la escalera, pero al llegar descubrí que no había ningún cuerpo aplastado en el piso de abajo. En vez de eso me llegó el rumor de gentes que subían con linternas; se había roto el momento de silencio fantasmal y otra vez oía ruidos y veía figuras normalmente tridimensionales. Era evidente que algo había atraído a la multitud a este lugar. ¿Se había producido algún ruido que yo no había oído? A continuación, los dos hombres (simples vecinos del pueblo, al parecer) que iban a la cabeza me vieron de lejos, y se quedaron paralizados. Uno de ellos gritó de forma atronadora:

— ¡Ahhh! ¿Conque eres tú? ¿Otra vez?

Entonces dieron media vuelta y huyeron frenéticamente. Todos menos uno. Cuando la multitud hubo desaparecido, vi al hombre grave de barba gris que me había traído a este lugar, de pie, solo, con una linterna. Me miraba boquiabierto, fascinado, pero no con temor. Luego empezó a subir la escalera, y se reunió conmigo en el ático. Dijo:

— ¡Así que no ha dejado eso en paz! Lo siento. Sé lo que ha pasado. Ya ocurrió en otra ocasión, pero el hombre se asustó y se pegó un tiro. No debía haberle hecho volver. Usted sabe que es lo que él quiere. Pero no debe asustarse como se asustó el otro. Le ha sucedido algo muy

extraño y terrible, aunque no hasta el extremo de dañarle la mente y la personalidad. Si conserva la sangre fría, y acepta la necesidad de efectuar ciertos reajustes radicales en su vida, podrá seguir gozando de la existencia y de los frutos de su saber. Pero no puede vivir aquí, y no creo que desee regresar a Londres. Mi consejo es que se vaya a América.

— No debe volver a tocar ese... objeto. Ahora, ya nada puede ser como antes. El hacer — o invocar — cualquier cosa no serviría sino para empeorar la situación. No ha salido usted tan mal parado como habría podido ocurrir..., pero tiene que marcharse de aquí inmediatamente y establecerse en otra parte. Puede dar gracias al cielo de que no haya sido más grave. — Se lo explicaré con la mayor franqueza posible. Se ha operado cierto cambio en... su aspecto personal. Es algo que él siempre provoca. Pero en un país nuevo, usted puede acostumbrarse a ese cambio. Allí, en el otro extremo de la habitación, hay un espejo; se lo traeré. Va a sufrir una fuerte impresión..., aunque no será nada repulsivo.

Me eché a temblar, dominado por un miedo mortal; el hombre barbado casi tuvo que sostenerme mientras me acompañaba hasta el espejo, con una débil lámpara (es decir, la que antes estaba sobre la mesa, no el farol, más débil aún, que él había traído) en la mano. Y lo que vi en el espejo fue esto:

Un hombre flaco y moreno, de estatura media, y vestido con un traje clerical de la iglesia anglicana, de unos treinta años, y con unos lentes sin montura y aros de acero, cuyos cristales brillaban bajo su frente cetrina, olivácea, anormalmente alta.

Era el individuo silencioso que había llegado primero y había quemado los libros.

Durante el resto de mi vida, físicamente, yo iba a ser ese hombre.



# DAGÓN

H. P. Lovecraft

Escribo esto bajo una considerable tensión mental, ya que al caer la noche mi existencia tocará a su fin. Sin un céntimo, y agotada la provisión de droga que es lo único que me hace soportable la vida, no podré aguantar mucho más esta tortura y me arrojaré por la ventana de esta buhardilla a la mísera calle de abajo. Que mi adicción a la morfina no les lleve a considerarme un débil o un degenerado. Cuando hayan leído estas páginas apresuradamente garabateadas, podrán comprender, aunque no completamente, por qué debo olvidar o morir.

Fue en una de las zonas más abiertas y desoladas del gran Pacífico donde el buque del que yo era sobrecargo fue alcanzado por el cazador de barcos alemán. Entonces la gran guerra se hallaba en sus comienzos y las fuerzas oceánicas del Huno aún no habían llegado a su posterior decadencia; así que nuestra nave fue presa según las convenciones, y su tripulación tratada con el respeto y consideración debida a prisioneros de guerra. De hecho, la disciplina de nuestros captares era tan relajada que cinco días más tarde logré huir en un botecillo con agua y provisiones para bastante tiempo.

Cuando finalmente me encontré con las amarras cortadas y libre, tenía muy poca idea de mi posición. No siendo navegante avezado, tan sólo podía suponer vagamente, por el sol y las estrellas, que me encontraba al sur del ecuador. Desconocía mi longitud, y no había a la vista ni islas ni costas. El tiempo permanecía bonancible y durante un número indeterminado de días navegué sin rumbo bajo el sol abrasador, esperando el paso de un barco o la arribada a las playas de alguna tierra habitable. Pero ni barcos ni tierra hacían su aparición, y yo comencé a desesperar en

mi soledad, en medio de aquella oscilante inmensidad de azul ilimitado.

El cambio tuvo lugar mientras dormía. Jamás conocí los detalles, ya que mi sueño, aunque problemático y repleto de visiones, fue ininterrumpido. Cuando desperté, lo hice para encontrarme medio hundido en una cenagosa extensión de infernal fango negro que me rodeaba en monótonas ondulaciones hasta tan lejos como llegaba la vista, y en el que mi bote se encontraba embarrancado a cierta distancia.

Aunque podría suponerse que mi primera sensación ante esa prodigiosa e inesperada transformación del paisaje fuese la del asombro, en realidad me encontraba más espantado que perplejo; ya que había en la atmósfera y en el suelo putrefacto una cualidad siniestra que me helaba hasta la médula. La zona era un pudridero de cadáveres de peces descompuestos, así como de otras cosas menos descriptibles que pude ver insinuándose entre el asqueroso légamo de aquella interminable llanura. Quizás no debiera intentar el transcribir con simples palabras la indecible abominación que parecía asentarse en el absoluto silencio y la estéril inmensidad. No había nada al alcance del oído, ni de la vista, excepto una inmensidad de negro limo; y, sin embargo, la absoluta quietud y la monotonía del paisaje me agobiaban con un terror nauseabundo.

El sol llameaba en un cielo que me pareció casi negro en su cruel ausencia de nubes, como reflejando las ciénagas de tinta que había bajo mis pies. Mientras me arrastraba hacia el bote atorado, comprendí que tan sólo había una teoría que pudiera explicar mi situación. Debido a algún cataclismo volcánico sin precedentes, parte del lecho marino debía haber emergido, revelando áreas que parecían haberse mantenido ocultas durante millones de años en las insondables profundidades oceánicas. Tan grande era la extensión de esa nueva tierra alzada bajo mis pies que, por más que aguzase el oído, no se captaba el menor rumor de oleaje. Tampoco había allí ninguna ave marina que se alimentase de los seres muertos.

Durante algunas horas permanecí pensando o cavilando en el bote, que yacía de costado y prestaba una ligera sombra según el sol corría el cielo. Al avanzar el día, el suelo fue perdiendo algo de fluidez, pareciendo en poco tiempo lo bastante seco como para permitir viajar a su través. Esa noche dormí, aunque poco, y al día siguiente preparé un paquete con comida y agua, necesario para una marcha en busca del mar desaparecido, así como de un posible rescate.

A la tercera mañana descubrí que el suelo se encontraba lo bastante seco como para caminar con facilidad. La peste a pescado era exasperante, pero me hallaba demasiado absorto en asuntos de más importancia como para preocuparme por eso, y, resuelto, me puse en marcha hacia una meta desconocida. Durante todo el día avancé siempre hacia el oeste, guiado por un lejano montículo que descollaba sobre las demás elevaciones de aquel desierto ondulado. Acampé aquella noche, y al día siguiente aún estaba en camino hacia el montículo, aunque parecía apenas más próximo que cuando le había avistado por primera vez. El cuarto atardecer alcancé el pie del promontorio, que resultó ser mucho más alto de lo que parecía a distancia; un valle interpuesto hacía aún más pronunciado su relieve sobre la superficie. Demasiado cansado para ascenderlo, me dormí a la sombra de la colina.

No sé por qué mis sueños resultaron tan estrafalarios esa noche; pero antes de que la menguante luna, fantásticamente gibosa, se hubiese elevado mucho sobre la llanura oriental, me encontraba despierto, bañado en sudor frío, decidido a no dormir más. Las visiones habidas resultaban demasiado como para atreverse a arrostrarlas de nuevo. Y al resplandor de la luna comprendí cuán necio había sido al viajar de día. Sin el brillo del sol abrasador, mi viaje hubiera resultado menos fatigoso; de hecho, me sentí de nuevo lo bastante fuerte como para acometer el ascenso que había descartado al ocaso. Recogiendo mi hatillo, empecé a subir hacia la cumbre

de la elevación.

Ya he comentado que la interminable monotonía de la ondulante llanura era fuente de vago horror para mí, pero creo que mi espanto se vio acrecentado cuando alcancé la cima del montículo y miré al otro lado de un inconmensurable barranco o cañón cuyas negras profundidades la luna, aún no lo bastante alta, no llegaba a iluminar. Me sentí como en el fin del mundo, atisbando al borde de un caos insondable de noche eterna. En mi terror me venían curiosas reminiscencias del Paraíso perdido y del odioso ascenso de Satán a través de remotos territorios de oscuridad.

Al ascender más la luna, comencé a distinguir que las cuestas del valle no resultaban tan perpendiculares como había supuesto. Salientes y afloramientos de piedra proporcionaban apoyos fáciles y seguros para el descenso, además de que a partir de unos pocos cientos de metros la pendiente se hacía más gradual. Acuciado por un impulso que me resulta difícil de analizar por completo, descendí dificultosamente las rocas y alcancé la más suave ladera de abajo, ojeando aquellas profundidades estigias que la luz aún no había penetrado.

Sobre todo, mi atención se vio prendida por un objeto grande y singular de la ladera opuesta, que se alzaba a pico un ciento de metros más adelante; un objeto que relucía blanquecino a los recién llegados rayos de la luna en ascenso. Era tan sólo una gigantesca pieza de roca, como pronto pude cerciorarme; pero yo había tenido una clara idea de que su contorno y ubicación no eran completamente obra de la naturaleza. Un examen más detenido me colmó de indescriptibles sensaciones; ya que a pesar de su enorme tamaño y de que se encontraba situado en un abismo abierto en el fondo de los mares desde la juventud de la tierra, vi más allá de cualquier duda razonable que el extraño objeto era un monolito perfectamente tallado, cuya inmensa mole había conocido el trabajo y quizás la adoración de criaturas vivas y racionales.

Aturdido y espantado, aunque no sin cierto escalofrío de placer propio de un científico o arqueólogo, examiné los alrededores con mayor detenimiento. La luna, ahora próxima al cenit, brillaba de forma extraña y vívida sobre los colosales peldaños que circundaban el abismo, revelando el hecho de que un regato de agua fluía al fondo, perdiéndose de vista en ambos sentidos y casi llegando a lamer mis pies cuando fui a detenerme al pie de la ladera. Al otro lado del barranco, las pequeñas olas golpeteaban la base del ciclópeo monolito, en cuya superficie puede ver entonces cinceladas inscripciones y toscos relieves. La escritura estaba formada por un sistema de jeroglíficos desconocidos para mí, distinto a cuanto hubiera visto en los libros; consistía en su mayor parte en símbolos acuáticos convencionales, tales como peces, anguilas, pulpos, crustáceos, moluscos, ballenas y cosas así. Algunos caracteres, obviamente, representaban seres marinos desconocidos para el mundo moderno, pero cuyos cuerpos en descomposición yo había observado en la llanura surgida del océano.

De entre todo, no obstante, fueron los relieves pictóricos los que más me subyugaron. Visibles con claridad al otro lado del agua interpuesta, gracias a su enorme tamaño, formaban un cúmulo de bajorrelieves cuyos motivos hubieran podido despertar la envidia de un Doré. Creo que podría suponerse que aquellos seres representaban hombres... o al menos, cierta clase de hombres; aunque se mostraba a las criaturas retozando como peces en las aguas de alguna gruta marina, o rindiendo pleitesía en algún santuario monolítico, al parecer también sumergido. No osaré entrar en detalles acerca de sus formas y rostros, ya que el siempre recuerdo me provoca vértigos. Grotescos más allá de la imaginación de un Poe o un Bulwer, resultaban en líneas generales condenadamente humanos a pesar de sus manos y pies palmeados, labios espantosamente gruesos y fofos, vidriosos ojos saltones, así como otros rasgos aún menos agradables de recordar. Cosa bastante curiosa, parecían cincelados sin guardar proporción

con su escenario oceánico, ya que una de las criaturas era representada en el acto de matar a una ballena retratada como apenas un poco más grande. Reparé, como digo, en su deformidad y extraña estatura, pero enseguida decidí que se trataba sencillamente de los imaginarios dioses de alguna primitiva tribu de pescadores o marineros; una tribu cuyo último descendiente había muerto antes de que naciera el primer antepasado del hombre de Piltdown o el del Neanderthal. Espantado por este inesperado vistazo a un pasado más allá de la imaginación del más aventurado de los antropólogos, estuve meditando mientras la luna vertía extraños reflejos en el silencioso canal que había ante mí.

Entonces, bruscamente, lo vi. Con tan sólo un ligero chapoteo indicando su llegada a la superficie, el ser apareció sobre las oscuras aguas. Inmenso, semejante a un Polifemo, espantoso, se lanzó como un tremendo monstruo de pesadilla hacia el monolito, al que rodeó con sus gigantescos brazos escamosos al tiempo que abatía su monstruosa cabeza para prorrumpir en algunos sonidos pausados. Creo que enloquecí entonces.

De mi frenético remonte de la ladera y el risco, así como de mi delirante regreso al bote embarrancado, poco es lo que recuerdo. Creo que canté durante largo trecho, y que reía de forma extraña cuando ya no fui capaz de seguir cantando. Guardo confusos recuerdos de una gran tormenta desencadenada algún tiempo después de llegar al bote; y de alguna manera sé que oí retumbar de truenos, así como otros sonidos que la naturaleza profiere tan sólo en sus más desbocados momentos.

Cuando volví de entre las sombras me hallaba en un hospital de San Francisco, llevado allí por el capitán del barco norteamericano que había recogido mi bote en mitad del océano. Había hablado mucho durante mi delirio, pero descubrí que habían prestado escasa atención a mis palabras. Mis salvadores nada sabían de tierras a floradas en el Pacífico, y no vi la necesidad de insistir sobre cosas que sabía no creerían. En cierta ocasión

acudí a un famoso etnólogo y lo entretuve con curiosas preguntas acerca de la vieja leyenda filistea de Dagón, el dios-peíz; pero advirtiéndome enseguida que era irremisiblemente convencional, desistí de mi interrogatorio.

Es durante la noche, sobre todo, cuando la luna es gibosa y menguante, cuando veo al ser. Probé la morfina, pero la droga ha resultado ser tan sólo una solución pasajera y me ha atrapado entre sus garras como esclavo sin esperanza de remisión. Así que voy a acabar con todo, habiendo escrito una relación completa para el conocimiento o la engreída diversión de mis semejantes. A menudo me pregunto si no habrá sido todo una fantasía... un simple monstruo de la fiebre sufrida mientras yacía preso de la insolación y enloquecido en el bote descubierto, tras mi huida del buque de guerra alemán. Eso me digo, pero siempre me viene una espantosa y vívida imagen a modo de respuesta. No puedo pensar en el profundo mar sin estremecerme ante los indescritibles seres que puede que en este mismo instante estén reptando y removiéndose en sus fondos cenagosos, adorando arcaicos ídolos de piedra y tallando sus propias y detestables imágenes en obeliscos submarinos de rezumante granito. Sueño con el día en que puedan emerger entre el oleaje y sumergir entre sus garras a los restos de una humanidad débil y agotada por la guerra... el día en que la tierra se hunda y el oscuro lecho marino se alce entre el pandemónium universal.

El fin está próximo. Escucho un ruido en la puerta, como si un cuerpo inmenso y resbaladizo se debatiera contra ella. No dará conmigo. Dios, ¡esa mano! ¡La ventana! ¡La ventana!

# LA DECLARACIÓN DE RANDOLPH CARTER<sup>3</sup>

H. P. LOVECRAFT

Les repito, caballeros, que su interrogatorio es inútil. Enciérrenme de por vida si así lo quieren; enciérrenme o ejecútenme si necesitan una víctima mediante la que aparentar ese espejismo al que llaman justicia; pero no puedo decir más de lo ya dicho. Les he contado sin tapujos todo cuanto puedo recordar. No he distorsionado ni escondido nada, y si recuerdo algunas cosas con dificultad, se debe tan sólo a esta nube oscura que se había apoderado de mi mente... esa nube y la naturaleza nebulosa de los horrores que cayeron sobre mí.

Insisto en que no sé qué ha sido de Harley Warren, aunque creo — casi espero —, que descansa en paz, si es que tal existe en algún sitio. Es cierto que durante cinco años fui su amigo más íntimo, y compañero en algunas de sus terribles exploraciones de lo desconocido. No negaré, aunque mis recuerdos resultan difusos e indeterminados, que ese testigo que presentan pueda habernos visto juntos tal como dice, en el camino de Gainesville, yendo hacia el pantano del Gran Ciprés, sobre las once y media de esa noche espantosa. Aún puedo añadir que llevábamos linternas, palas y un curioso rollo de alambre con accesorios, ya que tales instrumentos tenían su misión en la única y odiosa escena que queda grabada a fuego en mi trastornada memoria. Pero de cuanto ocurrió después, y del motivo por el que fui hallado solo y aturdido al borde del pantano la mañana siguiente, debo insistir en que nada sé sino lo ya contado una y otra vez. Dicen que no hay nada en el pantano o en sus cercanías que pueda servir de escenario para ese espantoso suceso. Les

---

<sup>3</sup> The Statement of Randolph Carter, written: 1919; published: 1920, in *The Vagrant*.



respondo que no sé más que lo que he visto. Debió ser ilusión o pesadilla deseo fervientemente que fuese ilusión o pesadilla-, aunque eso es todo cuanto mi mente retiene de lo acontecido en estas estremecedoras horas que siguieron a nuestra desaparición de la vista de los hombres. Y el porqué Harley Warren no volvió, él o su sombra — o algún ser indescriptible que no puedo describir —, tan sólo puedo especular.

Como dije antes, los extravagantes estudios de Harley Warren me resultaban familiares, y hasta cierto punto los compartía. De su amplia colección de libros raros, extraños o versados en materias prohibidas, he leído cuantos se hallan escritos en lenguajes que conozco, pero éstos son los menos en comparación con aquellos escritos en idiomas que me resultan desconocidos. La mayoría, creo, está en árabe; y el libro inspirado por el demonio que causó nuestro fin — el libro que se llevó en el bolsillo fuera del mundo — estaba escrito en unos caracteres como nunca antes vi. Warren nunca me dijo sobre qué trataba exactamente ese libro. Respecto a la naturaleza de sus estudios... ¿debo decir que no los comprendía completamente? Me siento bastante afortunado de que así sea, ya que se trataba de estudios terribles, que yo seguía más por renuente fascinación que por una inclinación real hacia ellos. Warren me dominaba siempre, y a veces me daba miedo. Recuerdo cómo me estremecí ante su expresión la noche anterior a aquel espantoso suceso, mientras él exponía sin cesar su teoría de que algunos cadáveres no se pudren, sino que permanecen sanos y robustos en sus tumbas durante millares de años. Pero ya no le tengo miedo, porque supongo que él mismo ha experimentado horrores más allá de mi entendimiento. Ahora temo por él.

De nuevo les digo que no tengo clara idea de nuestro propósito aquella noche. Es cierto que tenía mucho que ver con el libro que acarreaba Warren -ese antiguo libro de caracteres indescifrables, llegado un mes antes de la India-, pero juro que no sé qué pensábamos encontrar. Su testigo dice

habernos visto a las once y media en el camino de Gainesville, yendo hacia el pantano del Gran Ciprés. Será verdad, pero no me acuerdo. La imagen que está clavada en mi espíritu es tan sólo una escena y debió ser bien pasada la medianoche, ya que había una luna en cuarto menguante alta en los cielos entrevelados.

El lugar era un viejo cementerio, tan antiguo que me estremecí ante los múltiples signos de años inmemoriales. Se hallaba en un pantano profundo, húmedo, cubierto de espesas hierbas, musgo y unas malezas curiosamente rastreras; sofocado por un difuso hedor que mi imaginación enfermiza asoció de forma absurda con piedras podridas. Por todas partes había signos de abandono y decrepitud, y me acosaba la idea de que Warren y yo éramos los primeros seres vivos que invadían un mortífero silencio secular. Al borde del valle una media luna menguante asomaba entre agobiantes vapores que parecían surgir de desconocidas catacumbas, y a la luz de sus rayos débiles y trémulos pude distinguir una repulsiva mescolanza de viejas losas, urnas, cenotafios y fachadas de mausoleos; todos desmoronándose, cubiertos de musgo y mancillados por la humedad, parcialmente sepultados por la exuberancia vegetal de unas malezas malsanas. Mi primera impresión cierta de mi estancia en esa terrible necrópolis se refiere al acto de pararme con Warren ante cierta sepultura medio oculta y descargar algunos útiles que portábamos. Entonces me percaté de que cargaba con una linterna y dos palas, mientras mi compañero se equipaba con una linterna parecida y un teléfono portátil. No cambiamos palabra, ya que el lugar y la tarea a emprender parecía sernos conocida; y sin mayor dilación empuñamos las palas y comenzamos a desbrozar hierbas y malezas, apartando la tierra de la arcaica sepultura muerta. Tras desvelar toda su superficie, formada por tres inmensas lajas de granito, retrocedimos algunos pasos para contemplar aquel osario, y Warren pareció realizar algunos cálculos mentales. Luego regresó al

sepulcro y, empleando su pala como palanca, intentó alzar la losa más cercana a una ruina pétrea que un día pudo ser un monumento. No lo consiguió, y me llamó en su ayuda. Por fin, nuestra fuerza combinada aflojó la losa, la alzamos y la echamos a un lado.

La apertura de la losa reveló una negra abertura de la que brotó una vaharada de gases infectos tan nauseabundos que hubimos de retroceder llenos de horror. Tras un intervalo, no obstante, nos aproximamos de nuevo al agujero y descubrimos más tolerables las emanaciones. Nuestras linternas nos mostraron el inicio de una escalera de piedra, rezumante de algún detestable icor de las profundidades de la tierra, flanqueada por húmedas paredes llenas de incrustaciones. Y de ese momento, por primera vez, recuerdo palabras; Warren dirigiéndose a mí con su suave voz de tenor; una voz singularmente indiferente a los espantosos contornos.

— Siento tener que pedirte que permanezcas en la superficie — dijo —, pero sería un crimen permitir que alguien con unos nervios tan frágiles como los tuyos bajara. No puedes imaginarte, aun a pesar de todo cuanto has leído y de todo cuanto te he contado, las cosas que veré y haré. Es un mundo demoníaco, Carter, y dudo que nadie que no sea un hombre con nervios de acero pueda alguna vez vislumbrarlo y regresar vivo y cuerdo. No pretendo ofenderte, y el cielo sabe lo feliz que me encuentro de tenerte a mi lado, pero en cierta forma soy responsable y no puedo arrastrar a un manojo de nervios como tú a una muerte o locura probables. Ya te digo, ¡no puedes hacerte idea de cómo es eso! Pero te prometo tenerte al tanto de cada movimiento mediante el teléfono... como ves, ¡tengo cable suficiente como para llegar al centro de la Tierra y volver!

Aún puedo escuchar con la memoria esas palabras pronunciadas con frialdad, y puedo recordar mis protestas. Me parece haber estado desesperadamente ansioso de acompañar a mi amigo a aquellas profundidades sepulcrales, aunque se mostró tercamente inflexible. Llegó a

amenazar con abandonar la expedición si continuaba insistiéndole; una amenaza que resultó efectiva, ya que tan sólo él poseía la clave de aquello. Aún puedo recordar todo esto, aunque no sé muy bien de qué estamos hablando. Tras haberse asegurado mi reacto consentimiento, Warren tomó el rollo de alambre y ajustó los instrumentos. Por mi parte, tomé uno de éstos y me senté sobre una lápida añosa y descolorida, cerca de la oquedad recién abierta. Entonces me estrechó la mano, se echó al hombro el rollo de alambre y desapareció en el interior de aquel indescriptible osario. Por un momento pude ver el resplandor de su linterna y oír el susurro del alambre desenrollándose a sus espaldas; pero el resplandor pronto desapareció bruscamente, como si hubiera topado con una curva en la escalera de piedra, y el sonido se esfumó casi tan rápidamente. Yo me hallé solo, aunque unido a profundidades desconocidas mediante aquella mágica hebra cuya superficie aislante se mostraba verde bajos los tremolantes rayos de esa media luna menguante.

En el desolado silencio de esa ciudad de muerte vetusta y abandonada, mi imaginación concebía las más horribles fantasías e ilusiones, y los grotescos altares y monolitos parecían asumir espantosos caracteres... una conciencia a medias. Sombras amorfas parecían acechar desde las oscuras oquedades del pantano henchido de malezas y revoloteaban como ejecutando una blasfema procesión ceremonial, más allá de los accesos a los túmulos en la ladera de la colina; sombras que no podían ser fruto de esa media luna pálida y vigilante. Continuamente consultaba mi reloj a la luz de la linterna y aplicaba el oído con febril intensidad al receptor del teléfono; pero durante más de un cuarto de hora no escuché nada. Luego hubo un débil chasquido del instrumento y yo llamé con voz tensa a mi amigo. Asustado como estaba, no me hallaba en modo alguno preparado para las palabras que brotaron de aquella cripta extraordinaria con tonos que resultaban más alarmados y estremecidos de

cuanto hubiera oído antes a Harley Warren. Él, que se mostrara tan calmo al dejarme poco antes, ahora llamaba desde abajo con un susurro trémulo, más portentoso que el más destemplado de los aullidos:

— ¡Dios! ¡Si pudieras ver lo que estoy viendo!

No pude responder. Enmudecido, tan sólo podía esperar. Entonces volvieron las frenéticas exclamaciones.

— ¡Carter, es terrible... monstruoso... increíble!

En esta ocasión no me falló la voz, y barboté por el transmisor un torrente de preguntas excitadas. Aterrado, repetía de continuo:

— ¿Qué es, Warren? ¿Qué es?

— ¡No puedo explicártelo, Carter! Está completamente más allá de cualquier imaginación... no me atrevo a contártelo... nadie puede conocerlo y seguir vivo... ¡Dios mío! ¡Nunca pude imaginar ESTO!

El silencio volvió, roto por mi ahora incoherente torrente de estremecidas preguntas. Luego regresó la voz de Warren, teñida de extraña consternación:

— ¡Carter! ¡Por amor de Dios, pon en su sitio la losa y márchate si puedes! ¡Rápido!... déjalo todo y márchate... es tu única oportunidad! ¡Haz cuanto te digo y no me preguntes por qué!

Yo lo escuchaba, aunque tan sólo era capaz de repetirle mis frenéticas preguntas. A mi alrededor había tumbas y oscuridad y sombras; a mis pies, algún peligro que rebasaba la humana imaginación. Pero mi amigo se hallaba en un apuro mayor que el mío y, a pesar del miedo, sentí un vago resentimiento al constatar que me creía capaz de abandonarlo en tales circunstancias. Más chasquidos, y tras una pausa un grito lastimero de Warren.

— ¡Lárgate! ¡Por el amor de Dios, pon en su sitio la losa y sal pitando, Carter!

Algo en el habla infantil de mi compañero, evidentemente

conmocionado, liberó mis facultades. Formé y tomé una decisión.

— ¡Warren, aguanta! ¡Voy allá!

Pero ante tal ofrecimiento el tono de mi interlocutor se convirtió en un grito de completa desesperación.

— ¡No! ¡No puedes entenderlo! ¡Es demasiado tarde... y es por mi propia culpa. Pon en su sitio la losa y corre... no hay nada que tú o cualquier otro pueda hacer ya!

El tono volvió a cambiar, adquiriendo esta vez una cualidad más suave, como de una resignación desesperada. Aunque seguía tensa de ansiedad por mi suerte.

— ¡Rápido... antes de que sea demasiado tarde!

Intenté no hacerle caso; traté de romper la parálisis que me paralizaba, y realizar mi promesa de acudir abajo en su ayuda. Pero un nuevo susurro me encontró aún preso, inerme, en las cadenas del implacable horror.

— ¡Carter.. deprisa! No tiene sentido... debes irte... mejor uno que dos... la losa...

Una pausa, más chasquidos, luego la débil voz de Warren: -Esto se acaba... no lo hagas más difícil... cubre esos malditos peldaños y salva tu vida... estás perdiendo el tiempo... adiós, Cartel... no volveremos a vernos.

Aquí el susurro de Warren creció hasta convertirse en un grito; un grito que gradualmente se transformó en un alarido cargado con todo el horror de las edades...

— ¡Malditos sean estos seres infernales... legiones... Dios mío. ¡Huye! ¡Huye! ¡Huye!

Tras esto llegó el silencio. No sé cuántos eones interminables permanecí allí, estupefacto; susurrando, murmurando, llamando, gritando en el teléfono. Una y otra vez durante esos eones susurré y murmuré, llamé, grité y vociferé.

— ¡Warren! ¡Warren! Responde... ¿estás ahí?

Y entonces me llegó el horror que culminaba todos los anteriores... aquel suceso increíble, impensable, casi innombrable. Ya he dicho que parecieron pasar eones desde que Warren me vociferara su postrer aviso desesperado, y que sólo mis gritos rompían desde entonces el espantoso silencio. Pero tras un lapso hubo un chasquido posterior en el auricular, y yo agucé el oído para escuchar. Llamé de nuevo.

— Warren, ¿estás ahí?

Y en respuesta escuché lo que ha tendido esa nube sobre mi entendimiento. No pretendo, caballeros, explayarme acerca de ello, esa voz, ni puedo osar describirlo en detalle, ya que las primeras palabras laceraron mi conciencia y provocaron un vacío mental que alcanza hasta mi despertar en el hospital. ¿Podría decir que la voz era profunda, hueca, viscosa, distante, ultraterrena, inhumana, incorpórea? ¿Qué puedo decir? Ahí está el final de lo que recuerdo y el final de mi historia. Lo escuché y no sé más. Lo escuché mientras me sentaba petrificado en ese desconocido cementerio del pantano, entre las ruinosas piedras de las tumbas derrumbadas, la exuberante vegetación y los vapores malsanos. Lo escuché surgiendo de las profundidades más remotas de ese detestable sepulcro abierto, mientras veía sombras amorfas, necrófagas, danzando bajo una maldita luna menguante. Y lo que dijo fue:

— ¡IDIOTA! ¡WARREN ESTÁ MUERTO!

## EL MODELO DE PICKMAN<sup>4</sup>

Howard Phillips Lovecraft

No tienes por qué pensar que estoy loco, Eliot; muchos otros tienen manías raras. ¿Por qué no te burlas del abuelo de Oliver, que jamás monta en un automóvil? Si a mí no me gusta ese maldito metro, es asunto mío; y, además, hemos llegado más deprisa en taxi. Si hubiéramos venido en tranvía habríamos tenido que subir a pie la colina desde Park Street.

Sé perfectamente que estoy más nervioso que cuando nos vimos el año pasado, pero no por ello debes pensar que lo que necesito es una clínica. Bien sabe Dios que no me faltan motivos para estar internado, pero afortunadamente creo que estoy en mi sano juicio. ¿Por qué ese tercer grado? No acostumbrabas a ser tan inquisitivo.

Bueno, si tienes que oírlo, no veo por qué no puedes hacerlo. Tal vez sea lo mejor, pues desde que te enteraste de que había dejado de ir al Art Club y me mantenía a distancia de Pickman no has cesado de escribirme como lo haría un atribulado padre. Ahora que Pickman ha desaparecido de la escena voy por el club de en cuando, pero mis nervios ya no son lo que eran.

No, no sé qué ha sido de Pickman, y prefiero no adivinarlo. Podías haber sospechado que dejé de verle porque sabía algo confidencial; ése es precisamente el motivo por el que no quiera pensar a dónde ha ido. Dejemos a la policía que averigüe lo que pueda.. que no será mucho, a juzgar por el hecho de que no saben todavía nada de la vieja casa del North End que Pickman alquiló bajo el nombre de Peters. No estoy seguro de que volviera a encontrarla yo... ni de que lo intentara, ni siquiera a plena luz del

---

<sup>4</sup> Pickman's Model, Written: 1926; Published: 1927, in *Weird Tales*.



día. Sí, sé bien, o temo saber, por qué la tenía alquilada. De eso voy a hablarte. Y espero que entiendas antes de que haya terminado por qué no pienso ir a decírselo a la policía. Me pedirían que les llevara hasta allí, pero yo no podría volver a aquel lugar ni aun en el supuesto de que conociese el camino. Algo había allí... Bueno, por eso ahora no puedo coger el metro ni (y puedes reírte también de lo que voy a decirte) bajar a ningún sótano.

Supongo que comprenderías que no dejé de ver a Pickman por las mismas estúpidas razones que les movieron a hacerlo a esas mojigatas mujercuelas que son el doctor Reid, Joe Minot o Rosworth. No me escandalizo ante el arte morboso, y cuando un hombre tiene el talento de Pickman considero un honor el haberle conocido, al margen de la dirección que tome su obra. Jamás tuvo Boston un pintor con las dotes de Richard Upton Pickman. Lo dije hace mucho y sigo manteniéndolo, y ni siquiera me retracté un ápice de lo dicho cuando expuso su «Demonio necrófago alimentándose». A raíz de aquello, como recordarás, Minot dejó de tratarle.

Tú sabes bien que producir obras como las de Pickman requiere un arte profundo y una especial intuición de la Naturaleza. Cualquier ganapán de esos que dibujan portadas puede embadurnar un lienzo sin orden ni concierto y darle el nombre de pesadilla, aquelarre o retrato del diablo, pero sólo un gran pintor puede conseguir que resulte verosímil o suscite pavor. Y ello porque sólo un verdadero artista conoce la anatomía de lo terrible y la fisiología del miedo: el tipo exacto de líneas y proporciones que se asocian a instintos latentes o a recuerdos hereditarios de temor, y los contrastes de color y efectos luminosos precisos que despiertan en uno el sentido latente de lo siniestro. No creo que tenga que explicarte a estas alturas por qué un Fuseli nos hace estremecer mientras que la portada de un vulgar cuento de fantasmas nos mueve a risa. Hay algo que esos artistas captan -algo que trasciende a la propia vida- y que logran transmitirnos por unos instantes. Doré poseía esa cualidad. Sime la posee, y otro tanto puede

decirse de Angarola de Chicago. Y Pickman la poseía en un grado que jamás alcanzó nadie ni, quiéralo el cielo alcanzará en lo sucesivo.

No me preguntes qué es lo que ven. Tú sabes perfectamente que en el arte normal existe una gran diferencia entre lo vital y palpitante, ya proceda de la naturaleza o de modelos, y estas porquerías sin el menor valor que los pintorzuchos mercantilizados producen a discreción en el estudio. Bien, pues diría que el artista realmente original tiene una visión que le lleva a configurar modelos o a plasmar escenas del mundo espectral en que vive. De cualquier modo, consigue unos resultados que difieren tanto de los almibarados sueños del que quiere dárseles de pintor, como la producción del pintor de la naturaleza de los pastiches del dibujante que ha seguido cursos por correspondencia. Si yo hubiera visto lo que Pickman vio... Pero, ¡basta! Será mejor que echemos un trago antes de seguir adelante. ¡Dios mío!, yo no estaría vivo si hubiera visto lo que aquel hombre... si es que hombre era.

Recordarás que el fuerte de Pickman era la expresión de la cara. No creo que desde Goya nadie haya puesto tal carga de intensidad diabólica en una serie de rasgos o en una expresión. Y, con anterioridad a Goya, habría que retrotraerse a aquellos artífices del medioevo que esculpieron las gárgolas y quimeras de Nôtre Dame y del Mont Saint-Michel. Ellos creían en toda clase de cosas... y posiblemente veían también toda clase de cosas, pues la Edad Media pasó por varias fases muy curiosas. Recuerdo que el año antes de irte le preguntaste a Pickman en cierta ocasión de dónde diablos le venían semejantes ideas y visiones. ¿No se echó a reír a carcajadas? A aquellas risotadas se debió en parte el que Reid dejara de hablarle. Reid, como bien sabes, acababa de empezar un curso sobre patología comparada, y utilizaba un vocabulario un tanto engolado al hablar sobre el sentido biológico o evolutivo de este o aquel síntoma físico o mental. Según me dijo, Pickman le desagradaba más cada día que pasaba,

hasta el punto de que al final llegó casi a asustarle, pues, veía que sus rasgos y expresión tomaban un cariz que no le gustaba, un cariz que no tenía nada de humano. Hablaba mucho sobre el régimen alimenticio, y dijo que a su juicio Pickman era un ser anormal y excéntrico en grado sumo.

Supongo que le dirías a Reid, si es que cruzasteis alguna carta al respecto, que se dejó arrebatar los nervios o atormentar la imaginación por los cuadros de Pickman. Es lo que le dije yo... por aquel entonces.

Pero convéncete de que no dejé de ver a Pickman por nada de eso. Al contrario, mi admiración por él siguió creciendo, pues su «Demonio necrófago alimentándose» me parecía una auténtica obra maestra. Como sabes, el club no quiso exponerlo y el Museo de Bellas Artes no lo aceptó como donación.

Por mi parte, puedo añadir que nadie quiso comprarlo, así que Pickman lo guardó en su casa hasta el día en que se marchó. Ahora está en poder de su padre, en Salem. Como debes saber, Pickman procede de una antigua familia de esa ciudad, y uno de sus antepasados murió en la horca en 1692 convicto de brujería.

Adquirí la costumbre de visitar a Pickman con cierta asiduidad, sobre todo desde que me puse a recoger material para una monografía sobre arte fantasmagórico. Probablemente fuese su obra la que me metió la idea en la cabeza; en cualquier caso, hallé en él una auténtica mina de datos y sugerencias al ponerme a redactarla. Me enseñó todos los cuadros y dibujos que tenía, incluso unos bocetos a lápiz y pluma que habrían provocado , estoy absolutamente convencido, su expulsión del club si los hubieran visto ciertos socios. Al poco tiempo ya era casi un fanático de su arte, y pasaba horas enteras escuchando cual un escolar teorías artísticas y especulaciones filosóficas lo bastante descabelladas como para justificar su internamiento en el manicomio de Danvers. La admiración por mi héroe, unida al hecho de que la gente empezaba a tener cada vez menos trato con

él, le hizo mostrarse extremadamente confidencial conmigo; y una tarde me insinuó que si mantenía la boca bien cerrada y no me hacía el remilgado, me mostraría algo muy poco corriente, algo que superaba con creces lo que guardaba en casa.

— Hay cosas — dijo —, que no van con Newburg Street, cosas que estarían fuera de lugar y que no cabe imaginarse aquí. Yo me dedico a captar las emanaciones del alma, y eso es algo que no se encuentra en las advenedizas y artificiales calles construidas por el hombre. Back Bay no es Boston... en realidad no es nada todavía, porque aún no ha tenido tiempo de acumular recuerdos y atraerse a los espíritus locales. En caso de haber fantasmas aquí, serían todo lo más los fantasmas domesticados de cualquier marisma pantanosa o gruta poco profunda, y lo que yo necesito son fantasmas humanos: los fantasmas de seres lo bastante refinados como para asomarse al infierno y comprender el significado de lo visto allí.

»El lugar indicado para vivir un artista es el North End. Si los estetas fueran sinceros, soportarían los suburbios por eso de que allí se acumulan las tradiciones. Pero, ¡Por Dios! ¿No comprendes que esos lugares no han sido simplemente contruidos sino que han ido creciendo? Allí, generación tras generación, la gente ha vivido, sentido y muerto, y en tiempos en que no se temía ni vivir, ni sentir, ni morir. ¿Sabías que en 1632 había un molino en Cop's Hill, y que la mitad de las calles actuales fueron trazadas hacia 1650?

Puedo mostrarte casas que llevan en pie dos siglos y medio, e incluso más; casas que han presenciado lo que bastaría para ver reducida a escombros una casa moderna. ¿Qué sabe el hombre de hoy de la vida y de las fuerzas que se ocultan tras ellas ? Para ti los embrujos de Salem no pasan de una ilusión, pero me encantaría que mi requetatarabuela pudiera contarte ciertas cosas. La ahorcaron en Gallows Hill, bajo la mirada santurróna de Cotton Mather. Mather, ¡maldito sea su nombre!, temía que

alguien consiguiera escapar de esta detestable jaula de monotonía. ¡Ojalá alguien le hubiese hechizado o sorbido la sangre durante la noche!

»Puedo mostrarte una casa en donde Mather vivió, y otra en la que temía entrar a pesar de todas sus encantadoras baladronadas. Sabía cosas que no se atrevió a decir en aquel estúpido Magnalia o el no menos pueril Maravillas del mundo invisible. ¿Sabías que hubo un tiempo en que todo el North End estaba agujereado por túneles a través de los cuales las casas de ciertas personas se comunicaban entre sí, y con el camposanto y con el mar? ¡Mucho procesar y mucho perseguir a cielo descubierto! Pero cada día sucedían cosas que no podían entender y de noche se oían risas que no sabían de donde provenían.

»En ocho de cada diez casas construidas antes de 1700, y sin tocar desde entonces, podría mostrarte algo extraño en el sótano. Apenas pasas meses que no se oiga hablar de obreros que descubren galerías y pozos cubiertos de ladrillos, que no conducen a parte alguna, al derribar este o aquel edificio.

Tuviste ocasión de ver uno cerca de Henchman Street desde el ferrocarril elevado el año pasado. Allí había brujas y lo que sus conjuros convocan; piratas y lo que ellos trajeron del mar; contrabandistas, corsarios... y puedo asegurarte que en aquellos tiempos la gente sabía cómo vivir y cómo ensanchar los confines de la vida. Este no era, sin duda, el único mundo que le era dado conocer a un hombre inteligente y lleno de arrojo ¡quía! Y pensar que hoy en cambio, los cerebros son tan inocuos que hasta un club de supuestos artistas se estremece y sufre convulsiones si un cuadro hiere los sentimientos de los contertulios de un salón de té de Beacon Street.

»Lo único que salva al presente es que su estupidez le impide cuestionar con sumo rigor el pasado. ¿Qué dicen en realidad los mapas, documentos y guías acerca del North End? ¡Bah! Tonterías. Así, a primera

vista, me comprometo a llevarte a treinta o cuarenta callejas y redes de callejuelas al norte de Prince Street, de cuya existencia no sospechan ni diez seres vivos fuera de los extranjeros que pululan por ellas. Y ¿qué saben de ellas esos hombres de facciones mediterráneas? No, Thurber, esos antiguos lugares se encuentran en el mejor de los sueños, rebosan de prodigios, terror y evasiones de lo manido, y no hay alma humana que los comprenda ni sepa sacar partido de ellos. Mejor dicho, no hay más que una... pues yo no me he puesto a escarbar en el pasado para nada.

»Escucha, a ti te interesan estas cosas. ¿Y si te dijera que tengo otro estudio allí, donde puedo captar el espíritu nocturno de antiguos horrores y pintar cosas en las que ni se me hubiera ocurrido pensar en Newbury Street?

Naturalmente, no voy a ir a contárselo a esas condenadas mujercuelas del club... empezando por Reid, ¡maldito sea, que va por ahí diciendo cosas tales como que yo soy una especie de monstruo que desciende por el tobogán de la evolución en sentido contrario. Sí, Thurber, hace mucho que decidí que había que pintar el terror de la vida lo mismo que se pinta su belleza, así que me puse a explorar en lugares donde tenía fundados motivos para saber que en ellos el terror existía.

»Cogí un local que no creo conozcan más de tres hombres nórdicos aparte de mí. No está muy lejos del elevado, en cuanto a distancia se refiere, pero dista siglos por lo que al alma respecta. Lo que me impulsó a cogerlo es el extraño y viejo pozo de ladrillo que hay en el sótano, ya sabes, uno de esos sótanos de los que te he hablado. El antro, pues no cabe otro calificativo, casi no se tiene en pie, por lo que a nadie se le ocurriría vivir allí, y me avergonzaría decirte lo poco que pago por él. Las ventanas están entabladas, pero lo prefiero así, pues para mi trabajo no necesito la luz del día. Pinto en el sótano, donde la inspiración me viene con más facilidad, pero tengo otras habitaciones amuebladas en la planta baja. El dueño es un

siciliano, y lo he alquilado bajo el nombre de Peters.

»Si te encuentras con ánimos, te llevaré a verlo esta noche. Creo que te gustarán los cuadros pues, como dije, en ellos he puesto lo mejor de mi expresión artística. El trayecto hasta allí no es largo; a veces lo hago a pie, pues no quiero llamar la atención con un taxi en semejante lugar. Podemos tomar el metro en South Station y bajar en Battery Street. Desde allí no hay que andar mucho.

Bueno, Eliot, tras semejante arenga lo único que podía hacer era resistir los deseos de correr en lugar de andar en busca del primer taxi libre que saliera a nuestro encuentro. Después, cogimos el elevado en South Station y hacia las doce ya habíamos bajado las escaleras de Battery Street. Luego nos pusimos a andar a lo largo del viejo muelle de Constitution Wharf. No me fijé en los cruces, por lo que no sabría decirte dónde torcimos, pero puedo asegurarte que no fue en Greenough Lane.

Al torcer, subimos por un desierto callejón de lo más antiguo y sucio que haya visto jamás, de tejados desvencijados, con los cristales de las ventanas rotos y arcaicas chimeneas medio derruidas que se destacaban contra la luz de la luna. No creo que hubiera siquiera tres casas en todo lo que abarcaba la vista que no estuvieran ya levantadas en tiempos de Cotton Mather; cuando menos, divisaba dos con un voladizo, y en cierta ocasión me pareció ver una hilera de tejados con el ya casi olvidado estilo holandés, aunque los anticuarios dicen que ya no queda ni uno solo en Boston.

Al salir de aquel apenas iluminado callejón, torcimos a la izquierda adentrándonos en otro igualmente silencioso y aún más estrecho, sin la menor luz, y en un instante me pareció que doblábamos una curva en ángulo obtuso siguiendo hacia la derecha. Al cabo de un rato Pickman sacó una linterna y la enfocó hacia una puerta antediluviana de diez paneles, espeluznantemente roída por la carcoma. Tras abrirla, mi anfitrión me condujo hasta un vestíbulo vacío en donde en otro tiempo debió haber un

magnífico artesonado de roble oscuro, sencillo, desde luego, pero patéticamente evocador de los tiempos de Andros, Phipps y la brujería. A continuación, me hizo traspasar una puerta que había a la izquierda, encendió una lámpara de petróleo y me dijo que me acomodara como si me encontrase en mi propia casa.

Bueno, Eliot, soy uno de esos tipos a los que el hombre de la calle llama con toda justicia «duro», pero confieso que lo que vi en las paredes de aquella habitación me hizo pasar un mal rato. Eran los cuadros de Pickman, ya sabes a los que me refiero -aquellos que no podía pintar en Newbury Street y ni siquiera le dejaron exponerlos allí- y tenía toda la razón cuando dijo que «se le había ido la mano». Bueno, será mejor que echemos otro trago; lo necesito para contar lo que sigue.

Sería inútil tratar de describirte aquellos cuadros, pues el más horroroso y diabólico horror, la más increíble repulsión y hediondez moral se desprendían de simples pinceladas imposibles de traducir en palabras. No había nada en ellos de la técnica exótica característica de Sidney Sime, nada de los paisajes transplanetarios ni de los hongos lunares con los que Clark Ashton Smith nos hiela la sangre. Los trasfondos eran en su mayoría antiguos cementerios, bosques frondosos, arrecifes marinos, túneles de ladrillo, antiguas estancias artesonadas o simples criptas de mampostería. El camposanto de Cop's Hill, apenas a unas manzanas de la casa, era uno de sus escenarios favoritos.

La demencia y la monstruosidad podían apreciarse en las figuras que se veían en primer término, pues en el morboso arte de Pickman predominaba el retrato demoníaco. Rara vez aquellas figuras eran completamente humanas, aunque con frecuencia se acercaban en diverso grado a lo humano. La mayoría de los cuerpos, si bien toscamente bípedos, tenían una tendencia a inclinarse hacia delante y un cierto aire canino. La textura de muchos de ellos era de una aspereza bastante desagradable al



tacto. ¡Parece como si los estuviera viendo!

Se ocupaban en... bueno, no me pidas que entre en detalles. Por lo general estaban comiendo... pero será mejor que no diga qué. A veces los mostraba en grupos en cementerios o pasadizos subterráneos, y a menudo aparecían luchando por la presa o, mejor dicho, el tesoro descubierto. ¡Y qué expresividad tan genuinamente diabólica sabía en ocasiones infundir Pickman a los ciegos rostros de tan macabro botín! De cuando en cuando se les veía saltando en plena noche desde ventanas abiertas, o agazapados sobre el pecho de algún durmiente, al acecho de su garganta. En un lienzo se veía a un grupo de ellos aullando alrededor de una bruja ahorcada en Gallows Hill, cuyas demacradas facciones guardaban un extraordinario parecido con las de aquellos seres.

Pero no creas que fueron aquellas horripilantes escenas lo que me hizo perder el sentido. No soy un niño de tres años y no es, ni mucho menos, la primera vez que veo cosas así. Eran los rostros, Eliot, aquellos endiablados rostros que miraban de soslayo y parecían querer salir del lienzo como si se les hubiese inspirado un aliento vital. ¡Dios mío, juraría que estaban vivos! Aquella bruja nauseabunda que se veía en el lienzo había despertado los fuegos del averno y su escoba era una varita de sembrar pesadillas. ¡Pásame la garrafa, Eliot! Había algo llamado «La lección»... ¡Santo cielo, en mala hora lo vería! Escucha, ¡te imaginas un círculo de inefables seres de aspecto canino agazapados en un cementerio enseñando a un niño a comer según su usanza? El coste de una presa producto de una suplantación supongo... Ya sabes, el viejo mito de esos extraños seres que dejan sus vástagos en la cuna en sustitución de las criaturas humanas que arrebatan. Pickman mostraba en el cuadro lo que les depara la fortuna a los niños así arrebatados, cómo crecen... cuando justo entonces comencé a ver la espantosa afinidad que había entre los rostros de las figuras humanas y las no humanas. Por medio de aquellas gradaciones

de morbosidad entre lo resueltamente no humano y lo degradadamente humano trataba de establecer un sardónico nexo evolutivo: ¡los seres caninos procedían de los mortales!

Y apenas acababa de inquirirme qué hacía con las crías que quedaban con los seres humanos a modo de trueque, cuando mi mirada tropezó con un cuadro que representaba a la perfección dicha idea. Se trataba de un antiguo interior puritano: una estancia de gruesas vigas con ventanas de celosía, un largo banco y un mobiliario del siglo XVII de estilo bastante tosco, con la familia sentada en torno al padre mientras éste leía las Escrituras. Todos los rostros, salvo uno, mostraban nobleza y veneración, pero ese uno reflejaba la burla del averno. Era el rostro de un varón de edad juvenil, sin duda pertenecía a un supuesto hijo de aquel piadoso padre, pero en realidad era de la parentela de los seres impuros. Era el niño suplantado... y, en un rasgo de suprema ironía, Pickman había pintado las facciones de aquel adolescente de forma que guardaban un extraordinario parecido con las suyas.

Para entonces, Pickman había encendido ya una lámpara en una habitación contigua y, cortésmente, abrió la puerta para que pasara yo, al tiempo que me preguntaba si quería ver sus «estudios modernos». Me había sido imposible darle a conocer muchas de mis opiniones -el espanto y la repugnancia que se apoderaron de mí me dejaron sin habla-, pero creo que comprendió perfectamente cuáles eran mis sensaciones y se sintió muy halagado. Y ahora quiero que quede bien claro una vez más, Eliot, que no soy uno de esos alfeñiques que se lanzan a gritar en cuanto ven algo que se aparta lo más mínimo de lo habitual. Me considero un hombre maduro y con algo de mundo, y supongo que con lo que viste de mí en Francia te basta para saber que no soy un tipo fácilmente impresionable. Ten presente, por otro lado, que acababa de recobrar el aliento y de empezar a familiarizarme con aquellos horribles cuadros que hacían de la Nueva

Inglaterra colonial una especie de antesala del infierno. Pues bien, a pesar de todo ello, la habitación contigua me arrancó un angustioso grito de la garganta, y tuve que agarrarme al vano de la puerta para no desfallecer. En la otra estancia había un sinfín de engendros y brujas invadiendo el mundo de nuestros antepasados, pero lo que había en ésta nos traía el horror a las puertas mismas de nuestra vida cotidiana.

¡Dios mío, qué cosas pintaba aquel hombre! Uno de los lienzos se llamaba «Accidente en el metro», y en él un tropel de abominables seres surgían de alguna ignota catacumba a través de una grieta abierta en el suelo de la estación de metro de Boylston Street y se lanzaban sobre la multitud que esperaba en el andén. Otro mostraba un baile en Cop's Hill en medio de las tumbas, sobre un fondo actual. También había unas cuantas vistas de sótanos, con monstruos que se deslizaban furtivamente a través de agujeros y hendiduras abiertos en la mampostería, haciendo siniestras muecas mientras permanecían agazapados tras barriles o calderas y aguardaban a que su primera víctima descendiera por la escalera.

Un horrible lienzo parecía recoger una amplia muestra representativa de Beacon Hill, con multitudinarios ejércitos de los nefíticos monstruos surgiendo de los escondrijos que acribillaban el suelo. Había asimismo tratamientos libérrimos de bailes en los cementerios modernos, pero lo que me impresionó más que nada fue una escena en una ignota cripta, en donde multitud de fieras se apelotonaban en turno a una de ellas que sostenía entre las manos y leía en voz alta una conocida guía de Boston. Todas las fieras apuntaban a un determinado pasaje, y todos los rostros parecían contraídos con una risa tan epiléptica y reverberante que creí incluso oír su diabólico eco.

El título del cuadro era «Holmes, Lowell y Longfellow yacen enterrados en Mount Auburn».

A medida que recobraba el ánimo y me iba acostumbrando a

aquella segunda estancia de arte diabólico y morboso, me puse a analizar algunos aspectos de la repugnancia y aversión que me inspiraba todo aquello. En primer lugar, me dije a mí mismo, aquellos seres me asqueaban porque no eran sino la más fiel muestra de la total falta de humanidad e insensible crueldad de Pickman.

Semejante personaje debía ser un implacable enemigo de todo el género humano a tenor del regocijo que mostraba por la tortura carnal y espiritual y la degradación del cuerpo humano. En segundo lugar, lo que me producía pavor en aquellos cuadros era precisamente su grandeza. Aquel arte era un arte que convencía: al mirar los cuadros veíamos a los demonios en persona y nos inspiraban miedo. Y lo extraño del caso era que la subyugante fuerza de Pickman no provenía de una selectividad previa o del cultivo de lo extravagante. En sus cuadros no había nada de difuso, de distorsionado ni de convencional; los perfiles estaban bien definidos, y los detalles eran precisos hasta rayar en lo deplorable. ¡Y qué decir de los rostros! Lo que allí se veía era algo más que la simple interpretación de un artista; era el mismo infierno, retratado cristalinamente y con la más absoluta fidelidad.

Eso es justo lo que era, ¡cielos! Aquel hombre no tenía nada de imaginativo ni de romántico. Ni siquiera trataba de ofrecernos las agitadas y multidimensionales instantáneas que nos asaltan en los sueños sino que fría y sardónicamente reflejaba un mundo de horror estable, mecanicista y bien organizado, que él veía plena, brillante, firme y resueltamente. Sólo Dios sabe lo que podría ser ese mundo o dónde llegó a vislumbrar Pickman las sacrílegas formas que trotaban, brincaban y se arrastraban por él. Pero, cualquiera que fuese la increíble fuente en que se inspirasen sus imágenes, una cosa estaba fuera de duda: Pickman era, en todos los sentidos — tanto a la hora de concebir como de ejecutar —, un concienzudo y casi científico pintor realista.

A continuación bajé tras mi anfitrión a su estudio en el sótano, y me preparé para el asalto de algo diabólico entre aquellos lienzos sin terminar. Cuando llegamos al final de la escalera impregnada de humedad, Pickman enfocó la linterna hacia un rincón del enorme espacio que se abría ante nosotros, iluminando el brocal circular de ladrillo de lo que debía ser un gran pozo excavado en el terroso suelo. Nos acercamos y vi que el orificio medía aproximadamente un metro y medio de diámetro, con paredes que tendrían un pie de grosor, y estaba unas seis pulgadas por encima del nivel del suelo, una sólida construcción del siglo XVII, si no me equivocaba. Aquello, decía Pickman, era un buen ejemplo de lo que había estado hablando antes: una abertura de la red de túneles que discurrían bajo la colina. Observé distraídamente que el pozo no estaba recubierto de ladrillo, y que por toda cubierta tenía un pesado disco de madera. Pensando en todas las cosas a las que el pozo podía hallarse conectado si las descabelladas ideas de Pickman eran algo más que mera retórica, un escalofrío me recorrió el cuerpo. Luego, siempre yo detrás de él, subimos un escalón y atravesamos una estrecha puerta que daba a una amplia estancia, con un suelo entarimado y amueblada como si fuese un estudio. Una instalación de gas acetileno suministraba la luz necesaria para poder trabajar.

Los cuadros sin acabar, montados en caballetes o apoyados contra la pared, eran tan espeluznantes como los que había visto en el piso de arriba, y constituían una buena prueba de la meticulosidad con que trabajaba el artista.

Las escenas estaban esbozadas con sumo cuidado, y las líneas trazadas a lápiz hablaban por sí solas de la prolija minuciosidad de Pickman al tratar de conseguir la perspectiva y proporciones exactas. Era todo un gran pintor, y sigo sosteniéndolo hoy aun con todo lo que sé. Una gran cámara fotográfica que había encima de una mesa me llamó la atención, y al inquirirle acerca de ella Pickman me dijo que la utilizaba

para tomar escenas que le sirvieran luego para el fondo de sus cuadros, pues así podía pintar a partir de fotografías sin tener que salir del estudio en lugar de ir cargado con su equipo por toda la ciudad en busca de esta o aquella vista. A juicio suyo, las fotografías eran tan buenas como cualquier escena o modelo reales para trabajos de larga duración, y, según dijo, las empleaba habitualmente.

Había algo muy desapacible en los nauseabundos bocetos y en las monstruosidades a medio terminar que echaban torvas miradas desde cualquier ángulo de la estancia, y cuando Pickman descubrió súbitamente un gran lienzo que se encontraba lejos de la luz no pude evitar que se me escapara un estruendoso grito, el segundo que profería aquella noche. Resonó una y otra vez a través de las mortecinas bóvedas de aquel antiguo y salitroso sótano, y tuve que realizar un tremendo esfuerzo para contener una histérica carcajada. ¡Dios misericordioso! Eliot, no sé cuánto había de real y cuánto de febril fantasía en todo aquello. ¡Jamás podría imaginarme semejante sueño!

El cuadro representaba un colosal e indescriptible monstruo de centelleantes ojos rojos, que tenía entre sus huesudas garras algo que debió haber sido un hombre, y le roía la cabeza como un chiquillo chupa un pirulí. Estaba en cuclillas, y al mirarle parecía como si en cualquier momento fuera a soltar su presa en busca de un bocado jugoso. Pero, ¡maldición!, la causa de aquel pánico atroz no era ni mucho menos aquella diabólica figura, ni aquel rostro perruno de orejas puntiagudas, ojos inyectados en sangre, nariz chata y labios babeantes. No eran tampoco aquellas garras cubiertas de escamas, ni el cuerpo recubierto de moho, ni los pies semiungulados... no, no era nada de eso, aunque habría bastado cualquiera de tales notas para volver loco al hombre más pintado.

Era la técnica, Eliot; aquella maldita, implacable y desnaturalizada técnica.

Puedo jurar que jamás había visto plasmado en un lienzo el aliento vital de forma tan real. El monstruo estaba presente allí -lanzaba feroces miradas, roía y lanzaba feroces miradas-, y entonces pude comprender que sólo una suspensión de las leyes de la naturaleza podía llevar a un hombre a pintar semejantes seres sin contar con un modelo, sin haberse asomado a ese mundo inferior que a ningún mortal no vendido al diablo le ha sido dado ver.

Prendido con una chincheta a una parte sin pintar del lienzo había un trozo de papel muy arrugado; probablemente, pensé, sería una de esas fotografías de las que se sirve Pickman para pintar un trasfondo no menos horroroso que la pesadilla que se destacaba sobre él. Alargué el brazo para estirarlo y ver de qué se trataba, cuando de repente Pickman dio un respingo como si le hubieran pinchado. Había estado escuchando con suma atención desde que mi grito de pavor despertó insólitos ecos en el oscuro sótano, y ahora parecía estar poseído de un miedo que, si bien no podía compararse con el mío, tenía un origen más físico que espiritual. Sacó un revólver y me hizo un gesto para que me callara, tras lo cual se encaminó al sótano principal y cerró la puerta detrás suyo.

Creo que me quedé paralizado por unos instantes. A semejanza de Pickman agucé el oído, y me pareció oír el leve sonido de alguien que correteaba, seguido de unos alaridos o golpes en una dirección que no sabría decir. Pensé en gigantescas ratas y sentí que un escalofrío me recorría todo el cuerpo.

Luego se oyó un amortiguado estruendo que me puso la carne de gallina; un sigiloso y vacilante estruendo, aunque no sé cómo expresarlo en palabras. Parecía como si un gran madero hubiese caído encima de una superficie de piedra o ladrillo. Madera sobre ladrillo, ¿me sugería algo aquello?

Volvió a oírse el ruido, esta vez más fuerte, seguido de una

vibración como si el cuadro cayera ahora más lejos. A continuación, se oyó un sonido chirriante y agudo, a Pickman farfullando algo en voz alta y la atronadora descarga de las seis recámaras de un revólver, disparadas espectacularmente tal como lo haría un domador de leones para impresionar al público. A renglón seguido, un chillido o graznido amortiguado, y un fuerte batacazo. Luego, más chirridos producidos por la madera y el ladrillo, seguidos de una pausa y de la apertura de la puerta, sonido éste que me produjo, lo confieso, un violento sobresalto. Pickman reapareció con su arma aún humeante al tiempo que imprecaba a las abotagadas ratas que infestaban el antiguo pozo.

— El diablo sabrá lo que comen, Thurber — dijo esbozando una irónica sonrisa —, pues esos arcaicos túneles comunican con cementerios, guaridas de brujas y llegan hasta el mismo litoral. Pero sea lo que sea, han debido quedarse sin provisiones, pues estaban rabiosas por salir. Tus gritos debieron excitarlas. Lo mejor será andar con cuidado por estos parajes. Nuestros amigos roedores son el mayor inconveniente, aunque a veces pienso que con ellos se consigue crear una cierta atmósfera y colorido.

Bueno, Eliot, aquel fue el final de la aventura nocturna. Pickman me había prometido enseñarme el lugar, y bien sabe Dios que lo hizo. Me sacó de aquella maraña de callejas por otra dirección al parecer, pues cuando vimos la luz de una farola nos hallábamos en una calle que me resultaba familiar, con monótonas hileras de bloques de pisos y viejas casas entremezcladas. Aquella calle no era otra que Charter Street, pero yo me encontraba demasiado agitado como para poder advertirlo. Era ya demasiado tarde para tomar el elevado, así que volvimos andando a lo largo de Hannover Street. Recuerdo muy bien el paseo. Dimos la vuelta en Tremont y, tras subir por Beacon, llegamos a la esquina de Joy, en donde nos separamos. Desde entonces no hemos vuelto a vernos más.

¿Por qué dejé de ver a Pickman? No seas impaciente. Espera que



llame para que nos traigan café, pues ya hemos tomado bastante de lo otro, y al menos yo necesito beber algo. No... no eran los cuadros que vi en aquel lugar; aunque juraría que bastaría con ellos para que a Pickman no le permitieran el acceso en nueve de cada diez hogares y clubs de Boston. Supongo que ahora comprenderás por qué evito por todos los medios bajar a metros o sótanos.

Fue... fue algo que encontré en mi abrigo a la mañana siguiente. Me refiero al arrugado papel prendido a aquel horripilante lienzo del sótano, aquello que tomé por una fotografía de alguna vista que Pickman pretendía reproducir a manera de trasfondo para el monstruo. El último respingo de Pickman se produjo justo cuando iba a desenrollar el papel, y, al parecer; me lo metí distraídamente en el bolsillo. Pero, bueno, aquí está el café. Te aconsejo que lo tomes puro, Eliot.

Sí, a aquel papel se debió el que no volviera a ver más a Pickman. Richard Upton Pickman, el artista más dotado que he conocido... y el más execrable ser que haya traspasado jamás los límites de la vida para abismarse en las simas del mito y la locura. El viejo Reid tenía razón, Eliot. no puede decirse que Pickman fuera humano estrictamente hablando. O bien nació bajo una influencia maligna, o dio con la forma de abrir la puerta prohibida. Ya da lo mismo, pues desapareció... volvió a abismarse en esa increíble oscuridad que él tanto gustaba frecuentar. Será mejor que encendamos el candelabro. No me pidas que te explique, o siquiera conjeture, qué es lo que quemé.

Tampoco me preguntes qué había tras esa especie de topo gateador que tan bien se las arregló Pickman para hacer pasar por ratas. Hay secretos que pueden proceder de los viejos tiempos de Salem, y Cotton Mather cuenta cosas aún más extrañas. Bien sabes tú cuán endiabladamente expresivos eran los cuadros de Pickman, cómo todos nos preguntamos más de una vez de dónde podía sacar aquellos rostros.

Bueno... después de todo, aquel papel no era la fotografía de una perspectiva. En él se veía únicamente el ser monstruoso que estaba pintando en aquel horrible lienzo. Era el modelo en que se inspiraba... y el trasfondo no era sino la pared del estudio del sótano pintada con todo lujo de detalle. Por el amor de Dios, Eliot, aquella era una fotografía tomada del natural.

## **LA BÚSQUEDA DE IRANON<sup>5</sup>**

H. P. LOVECRAFT

EL joven iba deambulando por la granítica ciudad de Teloth, coronado con hojas de vid, el pelo amarillo rebrillando por la mirra y el atavío púrpura rasgado por las zarzas de la montaña Sidrak, que se encuentra al otro lado del puente de piedra. Los hombres de Teloth son cetrinos y austeros y habitan en casas cuadradas, y ceñudos interrogaron al forastero sobre su procedencia, así como sobre su nombre y fortuna. A lo que el joven repuso:

— Soy Iranon y procedo de Aira, una ciudad lejana que recuerdo sólo débilmente, pero que deseo volver a encontrar. Canto canciones que aprendí en esa distante ciudad, y mi ambición reside en crear belleza con las cosas que recuerdo de la infancia. Mi fortuna está en esos pequeños recuerdos y sueños, y en los anhelos que entono en jardines cuando la luna es amable y el viento de poniente conmueve los capullos de loto.

Los hombres de Teloth, escuchando tales cosas, cuchichearon entre sí, ya que aunque no hay en la granítica ciudad ni risas ni cánticos, los adustos hombres miran a veces en primavera hacia las colinas Karthianas y

piensan en los laúdes de la distante Oonai, conocida mediante relatos de viajeros. Y con tal pensamiento invitaron al forastero a quedarse y cantar en la plaza que existe frente a la torre de Mlin, aunque no gustaban del color de su ropa desgarrada, ni la mirra de sus cabellos, ni su tocado de hojas de parra, ni la juventud de su voz dorada. Iranon cantó por la tarde, y mientras lo hacía un anciano comenzó a rezar y un ciego afirmó ver una aureola sobre la cabeza del cantor. Pero la mayoría de aquellos hombres de Teloth bostezaron, y algunos se rieron y otros se fueron a dormir, ya que Iranon no les contó nada útil, cantando sólo sobre sus recuerdos, sus sueños y sus anhelos.

— Recuerdo el crepúsculo, la luna y cánticos suaves, y la ventana junto a la que me acunaban para que me durmiera. Y tras la ventana estaba la calle de donde llegaban luces doradas, donde danzaban las sombras sobre casas de mármol. Recuerdo el recuadro de luz de luna en el suelo, diferente a cualquier otra luz, y las visiones que danzaban sobre ese resplandor cuando mi madre me cantaba. Y recuerdo el sol de la mañana luciendo en el verano sobre las colinas multicolores, y la dulzura de las flores en alas del viento del sur, que hacía cantar a los árboles.

»¡Oh, Aira, ciudad de mármol y berilo, cuán innumerables son tus bellezas! ¡Cuánto he amado las cálidas y fragantes arboledas al otro lado del cristalino Nithra, y las cascadas del pequeño Kra que corre por el verde valle! En aquellas frondas y en ese valle los niños se entretejían guirnaldas, y al anochecer yo soñaba sueños extraños bajo los árboles de montaña mientras contemplaba las luces de la ciudad abajo, y el serpenteante Nithra reflejando una cinta de estrellas.

»Y en la ciudad había palacios de mármol colorido y veteado, con cúpulas doradas y muros pintados, y jardines verdes con pálidos estanques

---

<sup>5</sup> The Quest of Iranon.

y fuentes cristalinas. Con frecuencia jugaba en esos jardines, chapoteando en los estanques, y yací y soñé entre las pálidas flores bajo los árboles. Y a veces, al ponerse el sol, subía por la larga calle empinada hacia la ciudadela y la explanada, y oteaba sobre Aira, la mágica ciudad de mármol y berilo, espléndida en su atuendo de luces doradas.

»Mucho hace que me faltas, Aira, pues yo era demasiado joven al partir hacia el exilio, pero mi padre era tu rey y yo volveré a ti, ya que así lo ha decretado el sino. Por los siete reinos te he buscado y algún día gobernaré sobre tus arboledas y jardines, tus calles y palacios, y cantaré ante hombres capaces de apreciar mi canto, que no se mofen ni me den la espalda. Porque soy Iranon, el que fuera príncipe de Aira.»

Esa noche los hombres de Teloth alojaron al forastero en un establo y a la mañana siguiente un arconte fue a él y le instó a acudir a la tienda de Athok, el zapatero remendón, y hacerse aprendiz suyo.

— Pero yo soy Iranon, cantor de canciones —dijo—. No estoy hecho para el oficio de remendón.

— En Teloth todos han de trabajar duro —replicó el arconte—, tal es la ley.

Entonces Iranon repuso:

— ¿Por qué habéis de afanaros? ¿Acaso no podéis vivir y ser felices? ¿Si trabajáis tan sólo para trabajar aún más, cuándo hallaréis la felicidad? ¿Trabajáis para vivir, estando hecha la vida de belleza y cánticos? Si no aceptáis cantores entre vosotros, ¿cuáles son los frutos de vuestro esfuerzo? Afanarse sin canciones es como un fatigoso viaje sin fin. ¿No es mejor la muerte?

Pero el arconte era hombre sombrío y no le entendió, así que recriminó al extranjero.

— Eres un joven extravagante y me disgustan tanto tu rostro como tu voz. Tus palabras resultan blasfemas, ya que los dioses de Teloth

afirman que el trabajo arduo es bueno. Nuestros dioses nos han prometido un paraíso de luz tras la muerte, en el que descansaremos por toda la eternidad, y una frialdad cristalina en la que nadie turbará su mente con pensamientos o sus ojos con belleza. Ve a Athok el zapatero o márchate de la ciudad al ocaso. Aquí hay que esforzarse, y el cantar resulta una tontería.

Así que Iranon abandonó el establo y fue por las estrechas calles de piedra, entre lóbregas casas cuadradas de granito, buscando algo verde en el aire de la primavera. Pero en Teloth no había nada verde, ya que todo era de piedra. Los semblantes de los hombres eran ceñudos, pero junto a un dique de piedra, junto al perezoso río Zuro, se sentaba un mozo de ojos tristes, contemplando las aguas en busca de las verdes ramas en flor arrastradas desde las colinas por los torrentes. Y el muchacho le dijo:

— ¿No eres, de hecho, aquel del que hablan los arcontes, el que busca una lejana ciudad en una tierra hermosa? Yo soy Romnod, nacido de la estirpe de Teloth, pero no soy tan viejo como esta ciudad de granito y anhelo a diario las cálidas arboledas y las distantes tierras de belleza y canciones. Más allá de las colinas Karthianas está Oonai, la ciudad de laúdes y bailes, de la que los hombres cuentan que es a un tiempo adorable y terrible. Quisiera ir allí apenas sea lo bastante mayor como para encontrar el camino, y allí debieras acudir tú, ya que podrías cantar y encontrar auditorio. Dejemos esta ciudad de Teloth y viajemos juntos a través de las colinas primaverales. Tú me enseñarás los caminos y yo escucharé tus cantos al atardecer, cuando las estrellas, una tras otra, enciendan sueños en la imaginación de los soñadores. Y tal vez esa Oonai, la ciudad de laúdes y bailes, sea la añorada Aira que buscas, ya que dices que no has visto Aira desde la infancia, y los nombres suelen cambiar. Vamos a Oonai, ¡Oh Iranon de los dorados cabellos!, donde los hombres sabrán de nuestro anhelo y nos recibirán como hermanos, sin reírse ni fruncir el ceño ante nuestras palabras.

E Iranon repuso:

— Sea, pequeño; y quienquiera que en esta ciudad de piedra ansíe la belleza, debe buscarla en las montañas y aún más allá, y yo no te dejaré aquí, suspirando junto al perezoso Zuro. Pero no creas que el placer y el contento existen al pasar las colinas Karthianas, ni en cualquier sitio que puedas encontrar en un día, un año o aun en un lustro de viaje. Mira, cuando yo era tan pequeño como tú vivía en el valle de Narthos, junto al gélido Xari, donde nadie prestaba atención a mis sueños, y me decía a mí mismo que al ser mayor me iría a Sinara, en la ladera sur, y cantarí para los sonrientes camelleros en la plaza del mercado. Pero cuando fui a Sinara encontré a los camelleros completamente ebrios y alborotados, y vi que sus cantos no eran como los míos; así que bajé en barcaza el Xari hasta Jaren, la de las murallas de ónice. Y los soldados de Jaren se rieron de mí y me expulsaron, así que hube de viajar por muchas otras ciudades. He visto Stethelos, que está bajo una gran catarata, y el marjal donde una vez se alzara Sarnath. Estuve en Thraa, Ilarne y Kadatheron, junto al tortuoso río Ai, y he vivido mucho tiempo en Olatoë, en el país de Lomar. Pero aunque a veces he tenido auditorio, siempre ha sido escaso, y sé que sólo seré bienvenido en Aira, la ciudad de mármol y berilo donde mi padre fuera otrora rey. Así que buscaremos Aira, aunque haremos bien en visitar la lejana y bendecida por los laúdes Oonai, cruzando las colinas Karthianas, que pudiera ser en efecto Aira, aunque lo dudo. La belleza de Aira es inimaginable, y nadie puede hablar de ella sin extasiarse, mientras que los camelleros susurran lascivamente acerca de Oonai.

Al caer el sol, Iranon y el pequeño Romnod abandonaron Teloth y vagabundearon largo tiempo por las verdes colinas y las frescas frondas. El camino resultaba arduo y oscuro, y no parecían encontrarse nunca cerca de Oonai, la ciudad de laúdes y bailes; pero en el crepúsculo, mientras salían las estrellas, Iranon pudo cantar sobre Aira y sus bellezas, y Romnod

escucharlo, por lo que, en cierta forma, ambos fueron felices. Comieron frutas y bayas rojas en abundancia, y no se percataron del transcurso del tiempo, aunque debieron pasar muchos años. El pequeño Romnod no era ya tan chico y era de hablar profundo antes que estridente; pero Iranon parecía siempre el mismo y engalanaba su cabello dorado con hojas de vid y fragantes resinas halladas en los bosques. Así hubo de llegar el día en que Romnod pareció más viejo que Iranon, aunque era sumamente pequeño cuando éste lo descubrió mirando las verdes ramas en flor en Teloth junto al perezoso Zuro orillado de piedra.

Entonces, una noche, cuando la luna se encontraba llena, los viajeros llegaron a la cima de un monte y pudieron contemplar a sus pies las miríadas de luces de Oonai. Los campesinos les habían dicho que estaban cerca, e Iranon supo que ésa no era su ciudad natal de Aira. Las luces de Oonai no eran como aquellas de Aira, ya que resultaban duras y cegadoras, mientras que las luces de Aira resplandecían tan gentil y mágicamente como relucía el claro de luna sobre el suelo, a través de la ventana, cuando la madre de Iranon lo acunaba antaño entre canciones. Pero Oonai era ciudad de laúdes y bailes, por lo que Iranon y Romnod bajaron la empinada cuesta, pensando encontrar hombres a quienes deleitar con sus cantos y ensueños. Y al entrar en la ciudad hallaron celebrantes tocados de rosas, yendo de casa en casa y asomados a ventanas y balcones, que escuchaban las canciones de Iranon y le arrojaban flores, aplaudiendo acto seguido. Entonces, por un instante, Iranon creyó haber encontrado a quienes pensaban y sentían como él, aunque la ciudad no resultaba ni la centésima parte de hermosa de lo que fuera Aira.

Al alba Iranon miró alrededor desalentado, ya que las cúpulas de Oonai no eran doradas a la luz del sol, sino grises y tristes. Y los hombres de Oonai estaban empalidecidos por la juerga y aturdidos por el vino, totalmente distintos de los radiantes hombres de Aira. Pero ya que la gente

le había arrojado flores y había aclamado sus cantos, Iranon se quedó, y con él Romnod, que gustaba de la juerga ciudadana y lucía en sus oscuros cabellos rosas y mirto. Iranon cantaba a menudo durante las noches para los juerguistas, pero seguía siendo el de siempre, coronado tan sólo con parra de las montañas y añorando las marmóreas calles de Aira y el cristalino Nithra. Cantó en los salones cubiertos de fresco del monarca, sobre un estrado de cristal que se alzaba sobre un suelo de espejo, y al cantar pintaba escenas para su auditorio, hasta que al fin el suelo pareció reflejar sucesos antiguos, hermosos y medio recordados, y no los concelebrantes rubicundos por el vino que le lanzaban rosas. Y el rey le hizo desechar su harapienta púrpura para vestir satén y brocados de oro, con anillos de jade verde y brazaletes de marfil teñido, y lo alojó en una sala dorada repleta de tapices, sobre una cama de dulce madera tallada, cubierta de doseles y colchas de seda con flores bordadas. Así residió Iranon en Oonai, la ciudad de laúdes y bailes.

No se sabe cuánto se demoró Iranon en Oonai, pero un día el rey llevó a su palacio un puñado de salvajes bailarinas del vientre del desierto liranio y cetrinos flautistas de Drinen en el este, y tras de eso los juerguistas no lanzaron sus rosas sobre Iranon con la misma generosidad que sobre las bailarinas y los flautistas. Y día tras día aquel Romnod que fuera niño en la granítica Teloth se volvía más rudo y colorado por el vino, al tiempo que menos y menos soñador, y escuchaba con menguante deleite las canciones de Iranon. Pero aunque Iranon se sentía triste no cesaba de cantar, y cada noche repetía sus sueños sobre Aira, la ciudad de mármol y berilo. Luego, una noche, el rubicundo e hinchado Romnod resolló pesadamente entre las arrulladoras sedas de su diván y murió debatiéndose, mientras Iranon, pálido y delgado, cantaba para sí mismo en una apartada esquina. Y cuando Iranon hubo llorado sobre la tumba de Romnod, y la hubo cubierto de verdes ramas en flor, tal como a Romnod solía gustarle, apartó sus sedas y



ornatos y se marchó inadvertido de Oonai, la ciudad de laúdes y bailes, vestido tan sólo con la desgarrada púrpura con la que llegara, engalanado con nuevas hojas de parra de las montañas.

Iranon vagabundó hacia poniente, buscando aún su tierra natal y los hombres que podían entender y amar sus cantos y sueños. En todas las ciudades de Cydathria y en las tierras del otro lado del desierto Bnazico, muchachos de rostro alegre se reían de sus viejas canciones y sus rasgadas ropas púrpuras, pero Iranon se mantenía siempre joven, portando una corona sobre su dorada cabeza al cantar a Aira, delicia del pasado y esperanza del futuro.

Entonces llegó una noche a la mísera choza de un viejo pastor, sucio y cargado de hombros, que guardaba su pequeño rebaño en una pedregosa ladera, sobre un pantano de arenas movedizas. Iranon se dirigió a este hombre, como a otros tantos:

— ¿Sabrías decirme dónde hallar Aira, la ciudad de mármol y berilo, por donde fluye el cristalino Nythra y donde las cascadas del pequeño Kra cantan entre valles verdes y colinas arboladas?

Y el pastor, al oírlo, contempló larga y extrañadamente a Iranon, como recordando algo muy pretérito, y se fijó en cada rasgo del semblante del forastero, y en su dorado cabello, y en sus hojas de parra. Pero era muy viejo y meneó la cabeza al replicar:

— Oh forastero, es cierto que he oído el nombre de Aira y cuantos otros has pronunciado, pero proceden de lo más profundo de los años. Los escuché en la juventud de labios de un compañero de juegos, un pequeño mendigo trastornado por extraños sueños que era capaz de urdir interminables cuentos sobre la luna y las flores y el viento de poniente. Solíamos burlarnos de él a causa de su nacimiento, aunque él creyese ser hijo de rey. Era gallardo, como tú, pero lleno de locura e ideas extrañas; se marchó siendo pequeño para encontrar a quienes pudieran escuchar con

agrado sus cantos y sueños. ¡Cuán a menudo me cantó sobre tierras que nunca existieron y cosas que jamás serán! Hablaba sin parar de Aira; de Aira y del río Nithra y las cascadas del pequeño Kra. Decía siempre que había vivido una vez allí como príncipe, aunque todos conocíamos su cuna. Nunca existió la marmórea ciudad de Aira ni quienes pudieran gustar de extraños cantos, excepto en los sueños de mi antiguo compañero de juegos Iranon, que ya no está con nosotros.

Y con el crepúsculo, mientras las estrellas iban encendiéndose una tras otra y la luna derramaba sobre el pantano una claridad semejante a la que un niño ve temblar sobre el suelo mientras le mecen para dormirlo, un hombre muy anciano, envuelto en desgarrada púrpura y tocado con marchitas hojas de parra, se internó en las letales arenas movedizas mirando adelante como si contemplara las doradas cúpulas de una hermosa ciudad donde los sueños encuentran comprensión. Y esa noche murieron en el antiguo mundo un poco de la juventud y la belleza.

## **EN LAS MONTAÑAS ALUCINANTES<sup>6</sup>**

H. P. Lovecraft

### **1**

Me veo obligado a hablar, pues los hombres de ciencia han rehusado seguir mi consejo sin saber por qué. Expondré, contra mis deseos, las razones por las que me opongo a ese proyecto de invadir las tierras antárticas en busca de fósiles y de horadar y fundir las antiguas capas de hielo. Y me resisto sobre todo a hablar porque sé que mis advertencias

serán inútiles.

Es inevitable, dada su naturaleza, que alguien dude de la verdad de estos hechos; pero si suprimiese lo que puede parecer extravagante e increíble no quedaría nada. Las fotografías que poseo, tanto comunes como aéreas, declararán a mi favor, pues son muy nítidas y reveladoras. Se negará sin embargo su autenticidad a causa de la posibilidad de un truco. Los dibujos a tinta, naturalmente, serán considerados simples imposturas, a pesar de la rareza de una técnica que tiene que sorprender y asombrar a los expertos.

Deberé al fin remitirme al juicio de los pocos hombres de ciencia que tienen, por una parte, bastante independencia de criterio como para juzgar mi relato a la luz de sus propios méritos o en relación con ciertos primitivos y sorprendentes ciclos míticos, y, por otra, suficiente influencia como para disuadir, al mundo de los exploradores, de todo programa temerario, y por demás ambicioso, en la región de esas montañas alucinantes. Por desgracia, yo y mis compañeros somos hombres relativamente poco conocidos, pertenecientes a una universidad de menor importancia, y tenemos muy escasas posibilidades de que se nos preste atención en asuntos raros y discutibles.

Además, ninguno de nosotros es, en sentido estricto, especialista en lo más importante de estas cosas. En mi calidad de geólogo, mi objeto al organizar la expedición de la Universidad de Miskatonic fue sólo el de procurarme algunas muestras de rocas y suelos profundos de varias partes del territorio antártico, ayudado por la notable excavadora del profesor Frank H. Pabodie, de nuestro departamento de ingeniería. No tenía yo la ambición de convertirme en un pionero en otro campo que éste, pero esperaba que la utilización de un nuevo dispositivo mecánico en lugares ya

---

<sup>6</sup> At the Mountains of Madness.

explorados anteriormente sacase a la luz materiales no obtenidos hasta ahora con los métodos comunes.

La excavadora de Pabodie, conocida ya por el público a través de nuestros informes, única por su liviandad y fácil manejo, y que combinaba el principio de las excavadoras artesianas con el de las perforadoras circulares de rocas, podía penetrar fácilmente en estratos de la más variada dureza. Pistón y bielas de acero, motor de gasolina, torre de madera desmontable, parafernalia dinamitera, encordado, palas removedoras y una tubería seccional con barrenos de diez centímetros de ancho y capaces de llegar a trescientos metros de profundidad; tres trineos de siete perros bastaban para arrastrar esa carga y los demás accesorios. Esto era posible gracias a la hábil aleación de aluminio con que estaban fabricadas la mayoría de las piezas. Cinco grandes aeroplanos Dornier, especialmente diseñados para volar a las grandes alturas del techo antártico, y provistos de ciertos dispositivos para encender el combustible y mantener su temperatura, inventados por Pabodie, podían transportar nuestra expedición desde una base en la gran barrera de hielo a varios puntos del continente; luego, nos serviríamos de los trineos.

Era nuestro propósito recorrer una región tan grande como lo permitiese una estación antártica — o más si fuese absolutamente necesario —, operando sobre todo en las cadenas de montañas y la meseta al sur del mar de Ross; regiones ya exploradas diversamente por Shackleton, Amundsen, Scott y Byrd. Cambiando frecuentemente de campamento gracias a nuestros aeroplanos e instalándonos en lugares separados por distancias bastante grandes como para que tuviesen significación geológica, esperábamos extraer una cantidad realmente excepcional de material, especialmente de los estratos precámbricos de los que se conocen tan pocas muestras antárticas. Deseábamos también obtener la mayor variedad posible de rocas fosilíferas superiores, ya que la historia de la vida

primitiva en esos reinos de hielo y muerte es de una gran importancia para nuestro conocimiento del pasado de la Tierra. Se sabe que el continente antártico fue en un tiempo templado y hasta tropical, con una abundante vida vegetal y animal de la que los líquenes, la fauna marina, los arácnidos y los pingüinos de la zona norte son los únicos supervivientes. Era nuestra esperanza ampliar esa información en variedad, precisión y detalle. Cuando la simple trepanación revelara signos de fósiles, aumentaríamos el diámetro de la abertura mediante el uso de la dinamita con el fin de obtener ejemplares de condición y tamaño apropiados.

Nuestras perforaciones, de variada profundidad de acuerdo con lo que prometiesen los estratos superiores, estarían limitadas a las superficies terrestres descubiertas o semidescubiertas, o sea, inevitablemente, faldas y cerros, a causa de la capa de hielo, de uno o dos kilómetros de espesor, que cubre las partes más bajas. No podíamos perder tiempo en excavar el hielo, aunque Pabodie había ideado introducir electrodos de cobre en las perforaciones y fundir así áreas limitadas con la corriente generada por una dínamo. Este mismo plan -que un grupo como el nuestro sólo podía llevar a cabo experimentalmente ha sido proyectado por la anunciada expedición Starkweather-Moore, a pesar de las advertencias que he lanzado desde nuestro retorno a la Antártida.

El público ha sabido de la expedición Miskatonic gracias a nuestros informes radiofónicos al Arkham Advertiser y a la Associated Press, y a los artículos posteriores escritos por Pabodie y por mí. Nuestro grupo estaba formado por cuatro hombres de la universidad: Pabodie, Lake, del departamento de biología, Atwood, del departamento de física — y también meteorólogo —, y yo, geólogo y comandante nominal. Nos acompañaban dieciséis asistentes; siete estudiantes graduados de Miskatonic y nueve hábiles mecánicos. De estos dieciséis, doce eran calificados pilotos aéreos, y todos, excepto dos, radiotelegrafistas

competentes. Ocho de ellos conocían el arte de navegar con brújula y sextante, lo mismo que Pabodie, Atwood y yo. Además, naturalmente, nuestros dos barcos — balleneros de cascos de madera reforzados para navegar entre el hielo y provistos de motores auxiliares — llevaban su tripulación completa.

La Fundación Nathaniel Derby Pickman, con la ayuda de algunas contribuciones especiales, costeaba la expedición; de modo que pudimos prepararnos minuciosamente sin recurrir a la publicidad. Perros, trineos, máquinas, elementos de campaña, y los cinco aeroplanos desmontados fueron reunidos en Boston; allí cargamos nuestras naves. Para nuestros propósitos específicos estábamos muy bien equipados, y en lo que concernía a provisiones, transportes y campamentos aprovechamos la experiencia de nuestros más recientes y brillantes predecesores. Fue el número y la fama de estos mismos predecesores lo que hizo que nuestra propia expedición — a pesar de su amplitud — pasara casi inadvertida a los ojos del mundo.

Como anunciaron los periódicos, partimos de Boston el 2 de septiembre de 1930, y luego de atravesar el canal de Panamá nos detuvimos en Samoa y luego en Hobart, donde completamos nuestras provisiones. Ningún miembro de la expedición había visitado nunca las regiones polares, de modo que teníamos que confiar enteramente en los capitanes de nuestros barcos: J. B. Douglas, que mandaba el bergantín Arkham, y George Thorfinnssen, comandante de la goleta Miskatonic, ambos balleneros veteranos en las aguas del sur.

A medida que nos alejábamos del mundo habitado, el sol se ponía más y más hacia el norte y permanecía en el cielo más y más horas. A los 62° de latitud sur vislumbramos los primeros témpanos -lisos en su parte superior y de lados verticales-, y poco antes de llegar al círculo polar antártico, que cruzamos el 20 de octubre festejando el acontecimiento con

apropiadas ceremonias, nos encontramos en dificultades con unos campos de hielo. La temperatura, cada vez más baja, me molestaba bastante tras nuestra larga travesía por los trópicos, pero me preparé resignadamente a soportar otras peores. Los curiosos efectos atmosféricos me encantaban de veras; en una ocasión un espejismo particularmente vívido -el primero que yo veía en mi vida- transformó unos témpanos distantes en las almenas de unos inimaginables castillos cósmicos.

Abriéndonos paso a través de los hielos, que no eran afortunadamente muy extensos ni de gran espesor, reencontramos el mar libre a los 67° de latitud sur y 175° de longitud este. En la mañana del 26 de octubre apareció al sur una tierra fulgurante, y antes del mediodía nos sentimos todos excitados a la vista de una inmensa y nevada cadena montañosa que cubría el horizonte. Nos encontrábamos al fin ante un puesto de avanzada de aquel gran continente casi desconocido. Estos picos eran parte, evidentemente, de la cadena del Almirantazgo, descubierta por Ross; teníamos ahora que doblar el cabo Adare y navegar hacia el sur por la costa este de la Tierra de Victoria hasta arribar a nuestra proyectada base en el estrecho de McMurdo, al pie del volcán Erebus, a 77°9' de latitud sur.

Esta última etapa de nuestro viaje sacudió vivamente nuestra imaginación. Altos picos misteriosos y estériles se alzaban sin fin hacia el oeste mientras el bajo sol septentrional de mediodía y el más bajo aún de medianoche lanzaban sus nublados rayos rojizos sobre la nieve blanca, los hielos azules y las rocas de granito negro. Por entre las cimas desoladas soplaban las furiosas ráfagas intermitentes del terrible viento antártico; sus cadencias sugerían a veces vagamente el sonido de una flauta salvaje, con extensas modulaciones, y por algún motivo subconsciente me parecieron intranquilizadoras y hasta oscuramente horribles. Había algo en la escena que me recordaba los extraños paisajes asiáticos de Nicholas Roerich, y las todavía más perturbadoras descripciones de la legendaria meseta de Leng

que se encuentran en el temido Necronomicon del árabe loco Abdul Alhazred. Lamento de veras haber hojeado ese libro monstruoso en la biblioteca de la universidad.

El 7 de noviembre, ya perdida temporalmente de vista la cadena montañosa, pasamos junto a la isla Franklin, y al día siguiente aparecieron ante nosotros, en la isla Ross, los conos del monte Terror y el monte Erebus, y más allá la larga línea de las montañas Parry. Al este se extendía la baja y blanca barrera de hielo que se elevaba verticalmente hasta casi cien metros de altura y señalaba los límites de la navegación hacia el sur. En las primeras horas de la tarde entramos en el estrecho de McMurdo y echamos anclas al pie del humeante monte Erebus. El escoriado pico, de una altura de cuatro mil metros, se alzaba contra el cielo del este como el sagrado Fujiyama en una estampa japonesa; más lejos se veía la mole fantasmal y blanca del volcán apagado conocido como monte Terror, de tres mil doscientos metros de altura.

El humo surgía del Erebus intermitentemente, y uno de nuestros estudiantes — un joven brillante llamado Danforth — señaló lo que parecía un río de lava y nos dijo que esta montaña, descubierta en 1840, había sido sin duda motivo de inspiración de Poe cuando éste escribió siete años más tarde:

*... las lavas que ruedan sin descanso  
con sus corrientes sulfurosas por las pendientes del Yaanek  
en los extremos climas del polo,  
que ruedan gimiendo por el monte Yaanek  
en los reinos del polo boreal...*

Danforth era un gran lector de libros fantásticos y nos había hablado mucho de Poe. Yo mismo me sentí interesado a causa de la escena antártica de la única novela corta del poeta: *Las aventuras de Arthur*



*Gordon Pym.* En la costa estéril, y en la alta barrera de hielo del fondo, miríadas de grotescos pingüinos chillaban y agitaban sus aletas, y en la superficie del agua numerosas focas nadaban o dormitaban en grandes bloques de hielo flotante.

El 9 de noviembre, poco después de medianoche, desembarcamos con dificultades en la isla de Ross. Dos líneas de cables unían nuestros botes con los barcos para utilizar la descarga. Nuestras impresiones al pisar por primera vez el suelo antártico fueron muy fuertes y complejas, aunque este lugar ya había sido visitado por las expediciones de Scott y Shackleton. En la costa helada, al pie del monte Erebus, instalamos un campamento provisional; los cuarteles centrales seguirían a bordo del Arkham.

Llevamos a tierra nuestras excavadoras, los perros, los trineos, las tiendas, las provisiones, los tanques de gasolina, los equipos experimentales para fundir el hielo, las cámaras fotográficas comunes y aéreas, las piezas de los aeroplanos y otros accesorios que incluían tres transmisores de radio portátiles. El transmisor del barco enviaría comunicados a la estación del Arkham Advertiser instalada en Kingsport Head, Massachusetts. Esperábamos completar nuestra tarea en un solo verano antártico, pero si eso fuese imposible invernábamos en el Arkham, y enviaríamos el Miskatonic al norte en busca de provisiones para otro verano.

No necesito repetir lo que ya ha publicado la prensa a propósito de nuestros primeros trabajos: la ascensión al monte Erebus; las exitosas perforaciones en la isla de Ross y la singular velocidad desarrollada por la excavadora de Pabodie aun a través de las rocas más duras; el ensayo preliminar del dispositivo para fundir el hielo; la peligrosa ascensión a la gran barrera con trineos y provisiones; y el agrupamiento de los cinco aeroplanos en la cima de la barrera. La salud de los veinte hombres y los

cincuenta y cinco perros de Alaska era verdaderamente notable, aunque es cierto que hasta ese entonces no habíamos encontrado temperaturas muy bajas ni grandes tormentas. El termómetro se mantenía casi constantemente entre los diez y los veinte grados bajo cero, y los crudos inviernos de Nueva Inglaterra nos habían acostumbrado ya a rigores parecidos. El campamento instalado en la barrera tenía carácter de semipermanente, y allí almacenamos los depósitos de gasolina, las provisiones, la dinamita y otros artículos.

Sólo se necesitarían cuatro aeroplanos para transportar el material de las exploraciones; el quinto quedaría en el campamento con un piloto y dos marinos para que nos auxiliase si se perdían los otros. Más tarde, cuando ya no necesitásemos de los aparatos como medio de transporte, utilizaríamos uno o dos para que hiciesen de correo entre el depósito de la barrera y una base permanente que pensábamos instalar en la gran meseta del sur, situada a unos mil kilómetros, más allá del glaciar de Beardmore. A pesar de los casi unánimes informes sobre los vientos y tempestades que asolaban la región, decidimos prescindir de bases intermedias, arriesgándonos en beneficio de la eficiencia y la economía.

Los periódicos ya han narrado cómo el 21 de noviembre nuestra escuadrilla voló durante cuatro horas sobre las extensiones heladas, con aquellos inmensos picos que se elevaban al oeste, y los abismales silencios que devolvían el ruido de los motores. El viento no nos molestó mucho, y los inconvenientes de aquella niebla opaca con que nos encontramos fueron subsanados con ayuda de las brújulas. Entre los 83° y 84° de latitud nos encontramos ante unas elevaciones; se trataba del glaciar de Beardmore, el valle de hielo más grande del mundo. El mar helado daba lugar ahora a una ceñuda cadena montañosa. Estábamos entrando al fin en el extremo sur: un mundo blanco, muerto desde hacía millones de años. Al este vislumbramos la mole del monte Nansen, de una altura de casi cuatro mil quinientos

metros.

La exitosa instalación de la base del sur en el glaciar, a los  $86^{\circ}7'$  de latitud, y a los  $174^{\circ}23'$  de longitud este, y la rapidez y efectividad con que se efectuaron perforaciones y voladuras en diversos puntos alcanzados por trineos y aviones, son de todos conocidas. Lo mismo diré de la difícil y feliz ascensión al monte Nansen de Pabodie y dos de los estudiantes - Gedney y Carroll- entre el 13 y el 15 de diciembre. Estábamos a unos dos mil quinientos metros sobre el nivel del mar, y como las perforaciones experimentales revelaron en algunos sitios (a sólo cuatro metros de profundidad) la presencia de tierra firme, recurrimos frecuentemente a los dispositivos de fundición y hundimos barrenos y efectuamos voladuras donde los exploradores anteriores no habían pensado pudiera haber minerales. Los granitos y gredas precámbricos así obtenidos confirmaron nuestra idea de que la meseta era de la misma naturaleza que la gran masa continental del oeste, pero en cierto modo distinta de las partes que se extienden hacia el este, bajo Sudamérica. Pensamos entonces que estas últimas formaban un continente independiente y pequeño, separado del mayor por ciertas regiones heladas de los mares de Ross y Weddell; pero Byrd negó más tarde esta hipótesis.

En ciertas gredas, dinamitadas y trabajadas con el escoplo luego de que los barrenos revelaron su naturaleza, encontramos algunas huellas y fragmentos fósiles del más alto interés: helechos, algas, trilobites, crinoideos, y moluscos tales como lóculas y gasterópodos. Todos ellos parecían tener gran importancia para la historia primitiva de esas regiones. Descubrimos igualmente una huella muy curiosa, estriada y triangular, de unos treinta centímetros de ancho en su parte mayor, que Lake reconstruyó uniendo tres fragmentos de esquisto obtenidos mediante una voladura profunda. Estos fragmentos provenían de un punto situado al oeste, cerca de la cadena de la Reina Alejandra. Lake, como biólogo, pareció encontrar

estos fragmentos particularmente intrigantes y provocativos, aunque para mis ojos de geólogo no presentaban sino ese efecto de rizo bastante común en las rocas sedimentarias. Como los esquistos no son más que formaciones metamórficas en las que un estrato sedimentario ha sido sometido a presión, y como basta esta última para que cualquier huella pueda ser curiosamente deformada, yo no veía motivos para sorprenderse ante esa figura con estrías.

El 6 de enero de 1931, Lake, Pabodie, Daniels, seis estudiantes, cuatro mecánicos y yo volábamos sobre el polo sur en dos de los aeroplanos cuando nos vimos obligados a descender a causa de un huracán repentino que, afortunadamente, no se convirtió en una tormenta típica.

Éste era, como dijeron los periódicos, uno de los varios vuelos de observación con que tratábamos de descubrir nuevos accidentes topográficos en áreas no alcanzadas por expediciones anteriores. Nuestros primeros vuelos fueron en este sentido decepcionantes, aunque nos suministraron magníficos ejemplos de los fantásticos y engañosos espejismos de esas regiones, de los cuales nuestro viaje por mar ya nos había anticipado algo. Montañas lejanas flotaban en el cielo como ciudades encantadas, y muy a menudo todo aquel mundo blanco se convertía en una tierra dorada, plateada y roja, como nacida de un sueño de Dunsany y plena de aventurera expectación ante la magia del sol bajo de medianoche. En los días nublados nuestros vuelos eran bastante dificultosos ya que la tierra nevada y el cielo se transformaban en un único abismo opalescente sin horizonte visible.

Al fin resolvimos trasladarnos en nuestros cuatro aeroplanos y establecer una nueva base a unos ochocientos kilómetros al este, en un punto situado en la que considerábamos por error la división continental más pequeña. Las muestras geológicas que obtuviésemos servirían para establecer comparaciones. Nuestro estado de salud seguía siendo excelente

-el zumo de limón bastaba para contrarrestar los efectos de una dieta basada en alimentos envasados o salados-, y la no muy baja temperatura nos permitía prescindir de nuestros abrigos más gruesos. Estábamos entonces en verano, y si nos dábamos prisa podríamos terminar nuestras investigaciones antes del mes de abril y evitar así una fastidiosa invernada durante la larga noche antártica. Ya habíamos soportado algunas tormentas del este, pero no habíamos sufrido mayores daños gracias al ingenio de Atwood, que había hecho construir unos cobertizos rudimentarios para los aviones y había reforzado las principales instalaciones del campamento con muros de nieve. Nuestro éxito y buena suerte habían sido hasta entonces verdaderamente increíbles.

El mundo exterior conocía, por supuesto, nuestro programa, y supo asimismo de la curiosa y tozuda insistencia de Lake en hacer una incursión por el oeste -o más bien por el noroeste- antes de instalarnos definitivamente en la nueva base. Parecía que había meditado mucho -con una preocupación realmente singular- sobre la huella triangular del esquisto, y le parecía haber descubierto una cierta contradicción entre su naturaleza y el período geológico del terreno. Su curiosidad se había acrecentado sobremanera, y sentía los más vivos deseos de practicar nuevas perforaciones en la formación montañosa que corría hacia el oeste. Tenía la curiosa convicción de que esa huella pertenecía a un animal voluminoso, desconocido y del todo inclasificable; de una evolución notablemente avanzada a pesar de que la roca a que pertenecía . databa del período cámbrico, si no del precámbrico, lo que excluía la probable existencia no sólo ya de organismos del más alto desarrollo, sino también de toda vida excepto en formas unicelulares o trilobíticas. Estos fragmentos y la huella debían de tener entre quinientos millones y mil millones de años.

Supongo que el público debió de manifestar un interés muy vivo ante nuestro anuncio de que Lake partía hacia el noroeste internándose en regiones donde nunca había penetrado ningún ser humano, ni siquiera con la imaginación, y a pesar de que no mencionamos sus extravagantes esperanzas de revolucionar la biología y la geología. Sus primeras perforaciones, realizadas entre el 11 y el 18 de enero en compañía de Pabodie y otros cinco hombres — y durante las cuales se perdieron dos perros al cruzar una de las grietas abiertas en el hielo por la presión-, habían dado como resultado la obtención de numerosos esquistos arqueanos. Hasta yo me interesé por la evidente profusión de marcas de fósiles en aquel estrato increíblemente antiguo. Estas marcas, sin embargo, que eran de formas de vida muy primitivas, no encerraban ninguna extrema paradoja, salvo la novedad de la abundancia de fósiles en rocas precámbricas. Por lo tanto siguió pareciéndome inoportuno interrumpir nuestro programa para un intermedio que requeriría la utilización de cuatro aeroplanos, muchos hombres, y casi todos los aparatos de la expedición. Sin embargo, no veté el plan; pero decidí no acompañar la expedición, a pesar de los ruegos de Lake, que quería contar con mis conocimientos de geología. Me quedaría en la base con Pabodie y cinco hombres preparando nuestro viaje hacia el este. Uno de los aparatos ya había comenzado a trasladar una gran cantidad de gasolina desde el estrecho de McMurdo; pero este trabajo podía interrumpirse por ahora. Conservé un trineo y nueve perros, pues no era prudente quedarse sin medios de transporte en aquel mundo muerto y desamparado.

La expedición de Lake hacia lo desconocido, como todos recordarán, envió sus comunicados desde los transmisores de onda corta de los aviones; estos mensajes fueron recogidos simultáneamente por el

aparato de nuestra base y por el Arkham, anclado en el estrecho de McMurdo. De allí fueron enviados al mundo por la banda de cincuenta metros. El viaje se inició el 22 de enero a las cuatro de la mañana; dos horas más tarde recibimos el primer comunicado: Lake estaba efectuando algunas perforaciones y fundiendo el hielo en pequeña escala en un punto situado a unos trescientos kilómetros de nuestra base. Seis horas después llegó un segundo y excitado mensaje en que se nos informaba que luego de dinamitar una abertura no muy profunda se habían descubierto varios esquistos con marcas aproximadamente similares a la que tanto nos había intrigado.

Tres horas más tarde un breve boletín anunciaba la reanudación del vuelo en el seno de una furiosa tormenta. Envié inmediatamente un mensaje a Lake indicándole que no se arriesgase más, pero éste me contestó que las nuevas muestras autorizaban cualquier riesgo. Comprendí que su excitación era tanta que rehusaría obedecerme, y que yo nada podría hacer para impedir que junto con Lake fracasase toda la expedición. Me aterrorizaba la idea de que Lake y sus compañeros estaban internándose más y más en aquella blanca inmensidad de tempestades e insondables misterios de una extensión de dos mil kilómetros y que llegaba hasta las costas casi desconocidas de la Reina Mary y de Knox.

Una hora y media más y llegó aquel nuevo mensaje de Lake que alteró totalmente mi ánimo y me hizo lamentar no haberlos acompañado.

«10.05. En pleno vuelo. Luego de una tormenta de nieve hemos vislumbrado las montañas más altas de todas las que hemos encontrado hasta ahora. Pueden igualar a las del Himalaya, si se tiene en cuenta la altura de la meseta. Latitud probable: 76°15'; longitud este: 113°10'. Se extienden del este al oeste, hasta donde alcanza la vista. Hemos creído ver dos conos volcánicos humeantes. Picos oscuros y sin nieve. El viento que sopla entre ellos impide la navegación.»

Después de esto mis compañeros y yo no abandonamos el receptor. La idea de esta titánica cadena montañosa, situada a mil kilómetros de nosotros, inflamaba nuestros deseos de aventura. Nos regocijamos de que nuestra expedición, ya que no nosotros mismos, hubiese sido su descubridora. Media hora más tarde Lake nos llamó:

«El aparato de Moulton ha hecho un aterrizaje forzoso; pero no hay heridos y creemos que es posible reparar los daños. Hemos trasladado lo más importante a los otros tres aviones para el momento del regreso o por si fuese necesario seguir adelante. Por ahora no hace falta utilizar los aviones como transporte. Las montañas sobrepasan todo lo imaginable. Iré a explorar con el aeroplano de Carroll. Le hemos quitado la carga.

Esto es absolutamente fantástico. Los picos más altos deben de superar los diez mil metros de altura. El Everest no puede comparárseles. Atwood tratará de establecer la altura exacta con el teodolito mientras Carroll y yo realizamos nuestro vuelo. Quizá me haya equivocado a propósito de los conos, pues el terreno parece estratificado. Posiblemente sean esquistos precámbricos junto con otras formaciones. Los contornos, recortados contra el cielo, tienen un aspecto muy curioso: secciones regulares de cubos que llegan hasta los más altos picos. Un espectáculo maravilloso bajo la luz rojo-dorada del sol bajo. Como una tierra misteriosa de ensueño o el umbral de un mundo prohibido de maravillas vírgenes.

Desearíamos que usted estuviese aquí para ayudarnos a investigar.»

Aunque era técnicamente hora de dormir, ninguno de nosotros pensó un momento en irse a la cama. Lo mismo debía de ocurrir en el estrecho de McMurdo, pues la base de aprovisionamiento y el Arkham recibían también los comunicados. En efecto, el capitán Douglas nos envió a todos un mensaje de congratulaciones por el importante descubrimiento, y Sherman, el operador de la base, nos dijo también unas palabras. Lamentábamos por supuesto los daños que había sufrido el aeroplano, pero



teníamos la esperanza de que pudieran repararse con facilidad. A las 11 de la noche nos llegó otro mensaje de Lake:

«Estamos volando con Carroll entre los contrafuertes más altos. No hemos intentado acercarnos a los picos a causa del tiempo; lo haremos más tarde. La ascensión es difícil, pero vale la pena. Las montañas se aprietan unas contra otras; imposible ver del otro lado. Las cimas más altas exceden a las del Himalaya, y son muy curiosas. Pertenecen seguramente al sistema precámbrico. No tienen nada de volcánicas. No hay nieve más allá de los seis mil metros de altura.

»En las faldas de los picos más altos hay formaciones muy raras. Grandes bloques cuadrados de lados verticales y alineaciones regulares cortadas a pico como los viejos castillos asiáticos en las montañas abruptas pintadas por Roerich. Impresionan sobremanera vistas desde cierta distancia. Nos hemos acercado a algunas y Carroll cree que están formadas por fragmentos independientes, pero esto es sin duda efecto de la erosión. Las aristas parecen desgastadas y redondeadas como si hubiesen estado expuestas a las tormentas y a los cambios de clima durante millones de años.

Algunas partes, especialmente las superiores, son de rocas más claras que los estratos visibles de las pendientes; origen cristalino, es indudable. Desde cerca se advierten unas cuevas con entradas de forma curiosamente regular: cuadradas o semicirculares. Tienen que venir e investigar con nosotros. Creo haber visto un macizo cuadrado en lo alto de una de las montañas. La altura parece variar entre los nueve mil y los diez mil metros. Hemos llegado a una altura de seis mil quinientos metros; hace un frío infernal. El viento pasa y silba por los desfiladeros y las entradas de las cavernas, pero volamos bastante lejos y no hay peligro.»

Lake continuó sus comentarios durante una media hora y expresó su intención de subir a pie a alguno de los picos. Le respondí que me uniría a

él tan pronto como pudiese enviarme un aparato, y que Pabodie y yo estudiaríamos el mejor modo de concentrar la gasolina en vista del nuevo carácter que había tomado la expedición. Era evidente que las operaciones de Lake, lo mismo que las actividades de sus aeroplanos, requerirían una gran cantidad de combustible, y era muy probable, después de todo, que el vuelo hacia el este no pudiera efectuarse durante un tiempo. Llamé al capitán Douglas y le pedí que con la ayuda de los perros que habían quedado con nosotros llevara todo el combustible posible a la barrera de hielo. Queríamos establecer una ruta directa entre Lake y el estrecho de McMurdo.

Lake me llamó más tarde para comunicarme su decisión de establecer el campamento en el lugar en que el aeroplano de Moulton se había visto obligado a descender y donde se estaban efectuando las reparaciones. La capa de hielo era muy delgada, y dejaba ver la tierra en algunos lugares. Antes de hacer algunas incursiones en trineo, o de intentar una ascensión, iban a hacer allí mismo varias perforaciones. Nos habló de la inefable majestad del paisaje y de sus extrañas sensaciones al encontrarse al pie de aquellos vastos y silenciosos pináculos que se alzaban al cielo como una muralla en el borde mismo del mundo. Las observaciones de Atwood con el teodolito habían permitido establecer la altura de los cinco picos más elevados: entre los nueve mil y los diez mil doscientos metros de altura. Lake estaba indudablemente perturbado por la naturaleza del suelo, pues éste revelaba la existencia ocasional de prodigiosas tormentas, de una violencia superior a todas las que habíamos encontrado. Su campamento se alzaba a unos ocho kilómetros de los primeros contrafuertes. Me pareció advertir algo así como una alarma subconsciente en el mensaje -lanzado a través de un vacío de mil kilómetros- en el que nos pedía que nos apresuráramos y terminásemos cuanto antes nuestros trabajos en aquella nueva región. Iba a descansar ahora, luego de aquella jornada de apresurada

y dura labor.

A la mañana siguiente hablé por radio con Lake y el capitán Douglas. Decidimos que uno de los aeroplanos de Lake vendría a nuestra base y recogería a Pabodie, a otros cinco hombres y a mí, junto con toda la gasolina que pudiese cargar. En cuanto al resto del combustible, todo dependía de que hiciésemos o no el viaje al este, así que podía esperar. Lake tenía bastante por ahora para satisfacer a las necesidades del campamento. Habría que suministrar gasolina a la base del sur. Si posponíamos nuestra incursión por el este, no la usaríamos hasta el próximo verano, y, mientras tanto, Lake enviaría un avión para que buscase una ruta directa entre esas nuevas montañas y el estrecho de McMurdo.

Pabodie y yo nos preparamos a abandonar nuestro campamento durante un tiempo más o menos largo. Si invernábamos en la Antártida podríamos volar directamente de la base de Lake al Arkham sin volver aquí. Algunas de nuestras tiendas cónicas ya habían sido reforzadas por bloques de nieve endurecida, y decidimos completar el trabajo convirtiendo el campamento en una verdadera aldea. Lake se había llevado un número considerable de tiendas, así que nuestra llegada no aparejaría mayores incomodidades. Comunicué a Lake que Pabodie y yo estaríamos preparados para viajar hacia el norte al día siguiente.

Nuestros preparativos, sin embargo, no comenzaron hasta después de las cuatro de la tarde, pues poco antes de esa hora Lake nos envió unos mensajes extraordinarios y excitados. El día había comenzado mal, pues no habían podido descubrir, en un vuelo de reconocimiento, los estratos primitivos que formaban la mayor parte de las cimas. Casi todas las rocas eran aparentemente jurásicas y cománchicas, y esquistos pérmicos y triásicos. De cuando en cuando algunas manchas brillantes y negras sugerían la presencia de carbón. Lake estaba descorazonado, pues tenía la intención de desenterrar ejemplares de más de quinientos millones de años

de antigüedad. Era evidente que si quería examinar los estratos en que había descubierto aquellas curiosas huellas, tendría que hacer un largo viaje en trineo hasta las faldas mismas de las montañas.

Resolvió, sin embargo, hacer algunas perforaciones como parte del programa general. Instaló, pues, la excavadora y puso a cinco hombres en el trabajo mientras el resto aseguraba las tiendas y reparaba el dañado avión. Se eligió para extraer las primeras muestras una roca blanda — a unos centenares de metros del campamento — y la excavadora hizo excelentes progresos sin necesidad de recurrir con mucha frecuencia a la dinamita. Tres horas más tarde, luego de la primera explosión verdaderamente fuerte, se oyeron los gritos del equipo de perforaciones, y el joven Gedney, que dirigía los trabajos, corrió al campamento con las sorprendentes noticias.

Habían descubierto una caverna. Después de las primeras perforaciones, la greda había dado lugar a una vena de terreno calcáreo cománchico en el que abundaban los fósiles diminutos: cefalópodos, corales y equinoideos, con algunos indicios de esponjas silíceas y huesos de animales vertebrados marinos — probablemente teleósteos, escualos y ganoideos —. Esto tenía ya su importancia, pues eran los primeros fósiles vertebrados que había descubierto la expedición; pero cuando poco después la cabeza del trépano atravesó de parte a parte un estrato y encontró el vacío, una intensa y redoblada ola de excitación invadió a los excavadores. Una carga de dinamita había bastado para descubrir el subterráneo secreto; y ahora, a través de una abertura de un metro y medio de largo por un metro de ancho, los miembros de la expedición pudieron contemplar una cavidad abierta hacía más de cincuenta millones de años por las aguas de un mundo tropical desaparecido.

La caverna no llegaba a los dos metros y medio de profundidad, pero se extendía indefinidamente en todas direcciones, y una fresca

corriente de aire sugería que era parte de un extenso sistema subterráneo. El techo y el suelo estaban abundantemente adornados con estalactitas y estalagmitas, algunas de las cuales se unían y formaban columnas. Pero lo más importante era la abundancia de conchas y huesos que en algunos lugares casi cerraban el paso. El depósito contenía más representantes de los períodos cretáceo y eoceno (procedentes de las junglas desconocidas de helechos arbóreos y hongos mesozoicos, bosques de cicadáceas, palmeras y angiospermas terciarias) que los que el más hábil de los paleontólogos pudiera reunir o clasificar en un año. Moluscos, armaduras de crustáceos, pescados, anfibios, reptiles, pájaros y mamíferos primitivos..., grandes y pequeños, conocidos y desconocidos. No era raro que Gedney corriera al campamento, dando gritos, y no era raro tampoco que todos dejaran inmediatamente el trabajo y se precipitaran a través de aquel aire helado hacia el lugar donde la torre perforadora señalaba una nueva vía de acceso a los secretos del interior de la tierra y las desvanecidas edades.

Cuando Lake satisfizo su primer impulso de curiosidad, garabateó un mensaje en su libreta de notas y envió al joven Moulton al campamento para que lo despachara por radio. Así me enteré por primera vez del descubrimiento. Lake había identificado algunas conchas primitivas, huesos de ganoideos y placodermos, restos de laberintodontes y tecodontes, trozos de cráneos de mesosaurios, vértebras de dinosaurios, dientes y huesos de alas de pterodáctilos, fragmentos de arqueoptérix, dientes de escualos miocénicos, cráneos de aves primitivas, y otros huesos de mamíferos arcaicos como paleoterios, xifodontes, eohippi, oreodontes y titanotheres. No había huellas de mastodontes, elefantes, camellos, ciervos o animales bovinos; por lo tanto, Lake concluyó que los últimos depósitos se habían producido durante el período oligoceno, y que la caverna había permanecido seca e inaccesible por lo menos durante treinta millones de años.

Por otra parte, la preeminencia de formas de vida muy primitivas era realmente sorprendente. No había duda de que los terrenos (como lo probaba la presencia de ciertos fósiles típicos como los ventriculites) eran cománchicos, y no más antiguos. Sin embargo, la caverna contenía un número sorprendente de organismos considerados hasta entonces como pertenecientes a un período muy anterior. Hasta había peces, corales y moluscos rudimentarios de períodos tan remotos como el silúrico o el ordovícico. Era inevitable concluir que en esta parte del mundo había habido desde hacía trescientos millones de años hasta treinta millones de años atrás, una notable y única relación de continuidad orgánica. No era posible saber hasta qué punto se había mantenido esta continuidad una vez cerrada la caverna. De cualquier modo el advenimiento de los terribles hielos del pleistoceno — unos quinientos mil años atrás, y simplemente ayer comparado con la edad de esta caverna — tenía que haber puesto fin a cualquier forma primitiva que hubiese sobrevivido a su período común.

Lake no se contentó con enviar ese primer mensaje. Antes de que Moulton hubiese vuelto ya había escrito y enviado otro. Después de esto, Moulton se instaló en uno de los aeroplanos para transmitir al Arkham y a mí las numerosas posdatas que Lake enviaba con una sucesión de mensajeros. Los lectores de periódicos recordarán la excitación creada por los informes de aquella tarde, informes que tuvieron como consecuencia, luego de todos estos años, la organización de la expedición Starkweather-Moore, a la que con tanta ansiedad quiero disuadir de sus propósitos. Será mejor que copie literalmente los mensajes, tal como los envió Lake y los transcribió taquigráficamente McTighe, el operador de nuestra base:

«Fowler ha hecho un descubrimiento de la mayor importancia en los fragmentos de greda y terreno calcáreo arrancados por la explosión. Unas huellas triangulares y estriadas, idénticas a las de los esquistos arqueanos, prueban que ese organismo sobrevivió durante seiscientos

millones de años sin más que unos pocos cambios morfológicos. Estas huellas cománchicas muestran ciertas señales de decadencia que no había en las anteriores. Señálese la importancia del descubrimiento en la prensa. Quizá signifique para la biología lo mismo que la teoría de Einstein significó para la matemática y la física. Puede relacionarse con mis trabajos previos y amplía las conclusiones posibles.

»Indica por lo menos que han existido en la Tierra ciclos completos de vida orgánica anteriores a la aparición de las células arcaeozoicas. Estos organismos se desarrollaron y especializaron en un pasado no inferior a mil millones de años, cuando el planeta era joven e inhabitable para cualquier forma de vida de estructura protoplasmática normal. Queda por saber cuándo, dónde y cómo se realizó este desarrollo.»

Más tarde: «Examinando fragmentos de esqueletos de ciertos saurios y mamíferos primitivos, marinos y terrestres, he advertido unas curiosas lesiones locales que no pueden atribuirse a ningún carnívoro conocido. Son de dos clases: perforaciones penetrantes e incisiones que parecen talladas. En uno o dos casos, huesos cortados limpiamente. Pocos ejemplares afectados. He enviado a buscar al campamento unas linternas eléctricas. Extenderemos el área de expedición rompiendo las estalactitas».

Un poco más tarde: «Hemos encontrado un curioso fragmento de esteatita de unos quince centímetros de diámetro y unos cuatro de espesor, totalmente diferente de todas las formaciones locales. Verdoso, de edad indeterminada. Curiosamente liso y regular. Tiene la forma de una estrella de cinco puntas con los extremos rotos. En el centro y los ángulos interiores hay unas hendiduras. Difícil establecer su origen. Posiblemente efecto de la erosión. Carroll, con ayuda de una lupa, cree haber advertido otros signos de importancia geológica. Grupos de puntos minúsculos regularmente dispuestos. Los perros, cada vez más inquietos a medida que el trabajo avanza, parecen odiar esta piedra. Quizá tenga algún olor

peculiar. Volveremos a informar cuando Mills regrese con luces y comencemos a trabajar en el subterráneo».

«22.15. Importante descubrimiento. Orrendorf y Watkins encontraron bajo tierra a las 21.45 un fósil monstruoso en forma de tonel, de naturaleza totalmente desconocida. Se trata quizá de un vegetal o de un ejemplar gigantesco de protozoario marino desconocido. El tejido ha sido indudablemente preservado por sales minerales. Duro como cuero, pero de una flexibilidad sorprendente en ciertos lugares. Señales de partes rotas en las extremidades y los costados. Un metro ochenta de altura; diámetro central: un metro; diámetro en los dos extremos: unos treinta centímetros. Como un tonel, con cinco notables salientes en lugar de duelas. Unas cisuras laterales, que podrían corresponder a unos tallos delgados, en la parte más ancha de esas salientes. En las hendiduras que separan las salientes hay unas excrecencias extrañas: crestas o alas que se abren y extienden como abanicos. Todas muy dañadas excepto una que alcanza extendida una longitud de dos metros. Me recuerda aciertos monstruos de las leyendas primitivas, particularmente a los Antiguos del Necronomicon.

»Estas alas, membranosas, están sostenidas por algo así como un armazón tubular. En los extremos del armazón parece haber unos orificios diminutos. Los extremos del cuerpo se han recogido sobre sí mismos y no permiten ver el interior ni adivinar si había alguna pieza anatómica. Haremos una disección cuando volvamos al campamento. No podemos decidir si es vegetal o animal; pero se trata indudablemente de un ser increíblemente primitivo. Hemos puesto a todos a la tarea de sacar estalactitas y buscar otros ejemplares. Encontramos otros huesos dañados, pero esto puede esperar. Tenemos dificultades con los perros. No pueden soportar la presencia de este curioso ser. Si no los mantuviésemos a raya, lo harían pedazos.»

«23.30. Atención, Dyer, Pabodie, Douglas. Asunto de la más alta —



debo decir trascendental — importancia. Que el Arkham transmita en seguida la noticia a la estación de Kingsport Head. El organismo en forma de tonel es el mismo que dejó las huellas en las rocas. Mills, Boudreau y Fowler encontraron un grupo de trece de estos seres a unos doce metros de la entrada del subterráneo. Estaban mezclados con fragmentos de esteatita curiosamente redondos, más pequeños que el anterior. Son también de forma de estrella, pero pocas de las puntas están rotas.

»De estos ejemplares, ocho se han conservado muy bien. No falta ningún apéndice. Los hemos traído a la superficie, manteniendo alejados a los perros. No toleran la cercanía de estos fósiles. Atiendan bien a nuestra descripción y repitan para mayor exactitud. Los periódicos no deben cometer errores.

»Longitud total: dos metros y medio. Torso provisto de cinco aletas salientes de un metro ochenta de diámetro. Tejido exterior gris oscuro, flexible y de gran resistencia. Alas de dos metros de largo del mismo color; se repliegan entre las salientes. Armazón tubular, con orificios en los extremos, de un color menos oscuro. Las alas extendidas son de bordes dentados. En el centro del tonel, en cada una de las partes similares a duelas, hay cinco sistemas de brazos o tentáculos flexibles, de color gris. Se aprietan contra el torso, pero extendidos alcanzan un metro de longitud. Como los brazos de los crinoideos primitivos. El tallo principal, de unos ocho centímetros de diámetro, se divide a los diez centímetros en tres secundarios de los que nacen a su vez, a los veinte centímetros, cinco pequeños tentáculos delgados, o sea un total de veinticinco tentáculos.

»En lo alto de la masa torácica hay un cuello bulboso, gris, provisto de una especie de agallas. La aparente cabeza es una estrella de cinco puntas cubierta por un vello duro de unos ocho centímetros de largo y de todos los colores del prisma.

»Esta cabeza es gruesa, de unos sesenta centímetros de una punta a

otra; de cada una de las puntas nacen unos tubos amarillos y flexibles. Hay una abertura en el centro mismo de la estrella; probablemente un órgano respiratorio. Los tubos terminan en una protuberancia esférica y membranosa. La membrana se repliega con la simple presión del dedo y permite ver un globo de iris rojizo; un ojo, evidentemente.

»De los ángulos interiores de la cabeza surgen cinco tubos rojizos más largos que terminan en unos sacos del mismo color. Si se presiona sobre estos sacos aparece una abertura en forma de campana de cinco centímetros de diámetro con unas protuberancias blancas en forma de dientes. Cuando encontramos el ejemplar, los tubos, el vello y las puntas de la estrella se encontraban replegados contra el cuello y el torso. La flexibilidad es sorprendente a pesar de la naturaleza coriácea del tejido.

»En el extremo inferior del torso — contraparte grosera de la cabeza y sus apéndices —, un pseudocuello bulboso, de color gris claro, sin agallas, sostiene una protuberancia verdosa de cinco puntas.

»Brazos duros, de más de un metro de largo y con un diámetro de dieciocho centímetros en la base y tres en la punta. En ésta hay un triángulo membranoso de veinte centímetros de largo y quince de ancho. Se trata de la pala, aleta o pie que ha dejado sus huellas en las rocas de una época que se extiende desde mil millones a cincuenta o sesenta millones de años atrás.

»De los ángulos interiores de esta estrella nacen unos tubos rojizos de sesenta centímetros de largo, de ocho de ancho en la base, y de dos en la punta. Orificios en los extremos. Todas las partes muy duras y correosas, pero extremadamente flexibles. Los brazos provistos de palas han servido indudablemente como medio de locomoción, marina o de otra clase. Cuando se los mueve dan la impresión de una gran fuerza muscular. Estas protuberancias estaban replegadas sobre el cuello, lo mismo que las de la cabeza.

»No es posible discernir si este organismo pertenecía al reino

vegetal o al animal, aunque nos inclinamos por la segunda hipótesis. Representa probablemente un radiado de increíble desarrollo que no ha perdido sus rasgos primitivos. A pesar de ciertas características contradictorias es indudablemente similar a un equinodermo.

»Las alas nos desconciertan bastante a causa del posible hábitat marino; pero quizá sirvieron para navegar. La simetría es curiosamente similar a la de un vegetal, pues su eje atraviesa horizontalmente el torso y no verticalmente como en los animales. Fecha de aparición sobre la tierra, fabulosamente antigua, ya que precede hasta a los más simples protozoarios arqueanos hasta ahora conocidos.

»Los ejemplares intactos tienen una increíble similitud con ciertas criaturas de los mitos primitivos, de modo que es posible creer que en una época extremadamente remota existieron fuera de la Antártida. Dyer y Pabodie han leído el Necronomicon; han visto las pesadillas pintadas por Clark Ashton Smith, basadas en el texto, y comprenderán que hablo de esos Antiguos que, se dice, crearon toda la vida terrestre por broma o por error. Los entendidos han pensado siempre que esta concepción había nacido de divagaciones enfermizas sugeridas por la existencia de ciertos protozoarios tropicales muy antiguos. Recuerdan igualmente a las criaturas prehistóricas de que suele hablar Wilmarth: seres de Cthulhu, etc.

»Se ha abierto un inmenso campo a nuestro estudio. Los depósitos pertenecen probablemente al período cretáceo o al eoceno primitivo, a juzgar por los otros fósiles. Los trece ejemplares yacían bajo una masa de estalagmitas. Ha costado mucho desprenderlos, pero la dureza de los tejidos ha evitado daños irreparables. El estado de preservación es milagroso, debido posiblemente a la acción de la piedra caliza. No hemos encontrado más, pero luego reanudaremos la búsqueda. Por ahora tenemos que ocuparnos en cómo traer los ejemplares al campamento sin ayuda de los perros, que ladran furiosamente, y a quienes es imposible dominar

cuando están cerca de las criaturas.

»Tenemos que manejar los trineos con nueve hombres; tres tienen que ocuparse en cuidar los perros. Vamos a establecer un puente aéreo con el estrecho de McMurdo y comenzaremos a trasladar el material. Desearía que tuviésemos aquí un verdadero laboratorio. Dyer puede avergonzarse por haber tratado de evitar esta expedición. Primero las montañas más grandes del mundo; luego esto. Si no se trata de nuestro mayor descubrimiento, no sé qué es. Como hombres de ciencia tenemos la gloria asegurada. Felicitaciones, Pabodie, por el aparato que reveló la cueva. Que el Arkham repita ahora la descripción.»

Las sensaciones que Pabodie y yo experimentamos al recibir este informe son verdaderamente indescriptibles. El entusiasmo de nuestros hombres no era menor. McTighe, que había descifrado rápidamente algunos trozos a medida que llegaban, transcribió para nosotros la totalidad del mensaje tan pronto como el operador de Lake cortó la comunicación. Todos comprendimos en seguida la extraordinaria importancia del descubrimiento. Cuando el Arkham terminó de repetir la descripción, envié mis felicitaciones a Lake. Lo mismo hicieron luego Sherman, desde la estación del estrecho de McMurdo, y el capitán Douglas, desde el Arkham. Más tarde, como jefe de la expedición, escribí algunas notas para que el Arkham las transmitiese al mundo. Como era natural, nadie pensaba en dormir. Mi único deseo era el de trasladarme al campamento de Lake con toda la rapidez posible. Me sentí realmente decepcionado cuando Lake me hizo saber que una tormenta que venía de las montañas hacía imposible toda navegación aérea.

Pero una hora y media más tarde ya había olvidado mi decepción. Los nuevos mensajes de Lake informaban que los ejemplares habían sido trasladados al campamento con todo éxito. Había sido una tarea dura, pues aquellos seres eran sorprendentemente pesados. Ahora algunos de los

hombres estaban construyendo un corral a una distancia conveniente del campamento para que los perros no molestasen. Los ejemplares, salvo uno que Lake trataría de disecar, quedarían afuera, sobre la nieve.

El trabajo resultó inesperadamente duro. A pesar del calor que reinaba en la tienda gracias a la estufa de petróleo, los tejidos de engañosa flexibilidad del ejemplar elegido por Lake entre los ocho que se habían conservado intactos, no perdieron nada de su naturaleza correosa. Lake no sabía cómo practicar las incisiones necesarias sin dañar las maravillas internas que esperaba encontrar. Disponía, es cierto, de otros siete ejemplares en buenas condiciones, pero no podía dañar a uno tras otro. En consecuencia hizo trasladar a la tienda un ejemplar que, aunque conservaba parcialmente aquellos órganos en forma de estrella de los extremos, tenía en muy mal estado uno de los surcos del torso.

Los resultados del examen (rápidamente comunicados por radio) fueron de veras sorprendentes y asombrosos. Sin instrumentos capaces de cortar aquel anómalo tejido era imposible efectuar una investigación minuciosa, pero lo poco que se obtuvo nos dejó estupefactos y con cierto temor. Era necesario revisar toda la ciencia biológica; la criatura no estaba relacionada con ningún sistema orgánico conocido. No había depósitos minerales, y, a pesar de una edad de quizá cuarenta millones de años, los órganos internos estaban absolutamente intactos. Aquella naturaleza correosa y casi indestructible parecía ser inherente a la organización de la criatura y provenía sin duda de algún ciclo paleógeno de evolución invertebrada que estaba más allá de toda posible imaginación. En un principio, Lake no encontró sino una materia seca, pero a medida que el aire de la tienda se iba recalentando comenzó a aparecer un líquido verdoso de olor punzante y ofensivo. No era sangre, pero sí un fluido espeso que parecía cumplir las mismas funciones. Para ese entonces los perros ya estaban en el corral, pero a pesar de la distancia sintieron aquel olor acre y

difuso y se pusieron a ladrar furiosamente.

Lejos de ayudarnos a ubicar aquella extraordinaria criatura, esta disección no hizo más que aumentar el misterio. Todas las suposiciones acerca de los órganos exteriores habían sido correctas, de modo que parecía indudable que se trataba de un animal. Pero el examen interno había revelado tantas características vegetales que Lake ya no sabía qué decir. Había un aparato digestivo y circulatorio, y los desechos se eliminaban por los tubos rojizos de la estrella de la base. Se diría, curiosamente, que el aparato respiratorio exhalaba oxígeno y no anhídrido carbónico, y había unas cámaras destinadas en apariencia a almacenar el aire que entraba en el organismo por otros dos sistemas totalmente desarrollados: agallas y poros. Se trataba indudablemente de un anfibio, y parecía estar adaptado para pasar largos períodos de invernada sin necesidad de aire. Había otras anomalías para las que no se encontró solución inmediata. Un lenguaje articulado no parecía posible, pero podía creerse en la existencia de toda una gama de sonidos musicales.

El sistema nervioso era de tal complejidad que Lake quedó estupefacto. Aunque excesivamente primitiva en algunos aspectos, la criatura tenía todo un sistema de centros y prolongaciones ganglionares que llegaban al límite del desarrollo especializado. El cerebro, de cinco lóbulos, era de gran perfección, y había indicios de un sistema sensorial, del que formaba parte el vello de la cabeza, totalmente extraño al de los organismos terrestres. Había allí probablemente más de cinco sentidos, de modo que para conocer los hábitos de aquella criatura no era posible recurrir a ninguna analogía. Debía de haber gozado, pensó Lake, de una extraordinaria sensibilidad y de funciones altamente diferenciadas. Podía relacionársela, en este sentido, con las abejas y hormigas de hoy. Se reproducía —, como las criptógamas, especialmente las pteridofitas, pues llevaba depósitos de esporas en las extremidades de las alas, y se

desarrollaba evidentemente de un talo o protalo.

Pero por ahora no se le podía dar un nombre. Se parecía a un protozooario, aunque era indudablemente algo más complejo. Tenía ciertos elementos vegetales, pero en sus tres cuartas partes era de estructura animal. La simetría y algunos otros atributos indicaban claramente un origen marino: y sin embargo parecía capaz de adaptarse a cualquier ambiente. Las alas, sobre todo, hablaban de hábitos aéreos. Era imposible concebir cómo había logrado evolucionar de tal modo en un mundo recién nacido. No era raro que Lake recordase la leyenda de los grandes Antiguos que habían venido de los astros, y el relato acerca de unas criaturas cósmicas que vivían en las colinas de Vermont contado por un colega de la Universidad de Miskatonic.

Naturalmente, Lake consideró la posibilidad de que las huellas precámbricas perteneciesen a una especie menos evolucionada, pero, luego de reflexionar acerca de las características de los distintos fósiles, rechazó rápidamente esta teoría demasiado cómoda. En los ejemplares más recientes se advertían signos de decadencia antes que de evolución. El tamaño de los pies había disminuido, y el conjunto de la morfología parecía más grosero y simple. Además, los nervios y órganos recientemente examinados parecían haber retrogradado desde formas más complejas. Las partes atrofiadas eran numerosas. De todos modos poco podía averiguarse, así que Lake recurrió a la mitología en busca de un nombre provisional, y llamó jocosamente a sus hallazgos “los Antiguos”.

Hacia las dos y media de la mañana, habiendo decidido tomarse un pequeño descanso, Lake cubrió los restos del organismo con un lienzo, salió de la tienda, y estudió los otros ejemplares con renovado interés. El continuo sol antártico había comenzado a ablandar los tejidos, y las puntas de las estrellas y los tentáculos de dos o tres de aquellas criaturas parecían querer desenrollarse; pero Lake no creyó que hubiese un peligro inmediato

de descomposición en aquellas temperaturas bajo cero. Agrupó sin embargo a las criaturas y tendió sobre ellas la lona de una tienda para evitar la acción directa de los rayos solares. Esto ayudaría además a impedir que los perros sintiesen aquel posible olor. La inquietud hostil de estos animales se estaba convirtiendo de veras en un problema, a pesar de la distancia y los muros de nieve levantados por los hombres. Lake tuvo que sujetar los extremos de la lona con unos grandes bloques de nieve. Las gigantescas montañas parecían estar a punto de librar una terrible tempestad. Los primeros temores acerca de los repentinos vientos antárticos revivieron otra vez, y bajo la supervisión de Atwood se aseguraron las tiendas, el nuevo corral para perros, y los toscos refugios de los aeroplanos. Estos últimos, contruidos con bloques de nieve, no tenían todavía la altura necesaria, y Lake ordenó a todos sus hombres que trabajasen en ellos.

Poco después de las cuatro Lake se despidió invitándonos a descansar, tal como iban a hacer él y sus compañeros cuando terminaran con las paredes. Habló un rato amablemente con Pabodie, alabando otra vez la maravillosa excavadora que había permitido realizar el descubrimiento, y Atwood envió también sus saludos y elogios. Yo le transmití mis calurosas felicitaciones, reconociendo que había estado acertado con respecto a ese viaje hacia el oeste, y acordamos que volveríamos a comunicarnos a las diez de la mañana. Antes de retirarme envié un último mensaje al Arkham pidiéndoles que escuchasen las noticias del exterior. Nuestro informe debía de haber levantado una ola de incredulidad, y ésta se mantendría sin duda hasta que aportásemos pruebas más sustanciales.

### 3

Ninguno de nosotros, creo, durmió muy continua o profundamente



aquella noche. Nos lo impidió tanto la excitación provocada por el descubrimiento de Lake como la creciente furia del viento. Tan terrible era el huracán en nuestro sector que nos preguntamos con inquietud qué fuerza tendría en el campamento de Lake, situado al pie de las montañas. A las diez de la mañana McTighe trató de hablar con Lake, según habíamos acordado, pero las condiciones eléctricas de la atmósfera impidieron aparentemente la comunicación. Logramos sin embargo establecer contacto con el Arkham, y Douglas me dijo que él también había tratado vanamente de comunicarse con Lake. Nada sabía de la tormenta; en el estrecho de McMurdo había una relativa calma.

Escuchamos ansiosamente toda la mañana y multiplicamos nuestras llamadas; todo fue inútil. Alrededor del mediodía una borrasca venida del oeste nos hizo temer por la suerte de nuestro campamento, pero se desvaneció en seguida. A las dos de la tarde reapareció un momento, y a las tres, vuelta ya la calma, redoblamos nuestros esfuerzos para comunicarnos con Lake. Como éste disponía de cuatro aeroplanos, dotados de excelentes transmisores de onda corta, no podíamos imaginar que un simple accidente hubiese impedido el funcionamiento de todos los equipos. Sin embargo, aquel silencio de piedra continuaba allí e imaginábamos, alarmados de veras, la fuerza que habría tenido el huracán al pie de las montañas.

A las seis de la tarde nuestros temores habían crecido todavía más, y luego de hablar unos instantes por radio con Douglas y Thorfinnssen resolví iniciar una investigación. El quinto aeroplano, que habíamos dejado en el estrecho de McMurdo con Sherman y dos marineros, estaba listo para partir y todo indicaba que ésta era la emergencia para la que había sido reservado. Me comuniqué con Sherman y le ordené que viniera en seguida a la base del sur con los dos marineros. Las condiciones del tiempo eran aparentemente favorables. Discutimos luego quiénes formarían la patrulla, y decidimos que iríamos todos, junto con el trineo y los perros que habían

quedado en la base. Nuestro avión, construido para transportar pesados aparatos, podía llevar fácilmente esa carga. De cuando en cuando tratábamos de ponernos en contacto con Lake, pero sin resultado.

Sherman, con los marineros Larsen y Gunnarsson, levantó vuelo a las siete y media y llegó a nuestra base, luego de un viaje feliz, a medianoche. En seguida nos pusimos a discutir nuestro proyecto. Era bastante arriesgado volar sobre la Antártida en un solo avión y sin bases, pero nadie retrocedió ante lo que parecía ser una inevitable necesidad. A las dos de la mañana, después de comenzar a cargar el aeroplano, nos retiramos a descansar, y cuatro horas más tarde estábamos en pie otra vez para terminar nuestro trabajo.

A las 7.15 de la mañana levantamos vuelo hacia el oeste con McTighe como piloto y diez hombres, siete perros, un trineo, combustible, provisiones, y otros accesorios, incluso el aparato de radio. El aire estaba en calma y no muy frío, y pensamos que no tendríamos dificultades en llegar al sitio designado por Lake como base de su campamento. Pero temíamos lo que podríamos encontrar, o no encontrar, al fin de nuestro viaje. Nuestras repetidas llamadas no obtenían respuesta.

Todos los incidentes de aquel vuelo de cuatro horas y media están profundamente grabados en mi memoria a causa de la posición crucial que ocupa en mi vida. Ese viaje señala la pérdida de la paz y el equilibrio con que una mente normal considera la naturaleza y sus leyes. Todos nosotros - pero principalmente el estudiante Danforth y yo- íbamos a enfrentarnos a un mundo inmenso de acechantes horrores que nada podría ya borrar de nuestras mentes; y que nunca osaríamos compartir con la humanidad. Los periódicos han reproducido los mensajes que enviamos desde el aeroplano y que narraban nuestra lucha con dos traicioneras tormentas, el momento en que vislumbramos la superficie quebrada donde Lake había llevado a cabo una de sus investigaciones tres días antes, y el espectáculo de esos

raros cilindros de nieve ya advertidos por Amundsen y Byrd y que ruedan con el viento a través de las interminables llanuras heladas. Pero llegó un momento en que nuestras sensaciones no pudieron ya ser transmitidas con palabras que la prensa pudiera entender, y otro en que tuvimos que aplicarnos una estricta censura.

El marinero Larsen fue el primero en avistar la quebrada línea de conos y pináculos que se alzaba ante nosotros. Sus gritos nos llevaron a todos a las ventanillas. A pesar de la velocidad del aparato los contornos de las montañas crecían muy lentamente; comprendimos que estaban muy lejos, y que eran visibles sólo a causa de su extraordinario tamaño. Poco a poco, sin embargo, fueron levantándose ceñudamente en el cielo occidental y pudimos distinguir varias cimas desnudas y negruzcas. Recortadas contra unas nubes iridiscentes de polvo de hielo, y a la luz rojiza del polo, tenían un aspecto singularmente fantástico. Toda la escena parecía sugerir una secreta revelación en potencia. Se diría que esos picos de pesadilla eran los pilones de una puerta que daba a mundos de ensueño y a unos complejos abismos de un tiempo y un espacio remotos que trascendían todas las dimensiones. No pude dejar de sentir que eran seres malignos, montañas alucinantes cuyas faldas extremas descendían a una hondonada infinita. El fondo nublado y semiluminoso sugería vagamente un etéreo más allá, más espacial que terrestre; un testimonio de la desolación, la total lejanía y la muerte inmemorial de este mundo abismático y virgen.

Fue el joven Danforth quien nos hizo notar las curiosas regularidades que coronaban las montañas más altas. Como Lake había mencionado en sus mensajes, estas regularidades parecían ser unos bloques cúbicos, y justificaban de veras que se los comparara con las visiones de unos templos primitivos en ruinas o las nubladas cimas asiáticas tan sutil y curiosamente pintadas por Roerich. Había de veras algo muy similar a las obras de Roerich en estas tierras misteriosas. Yo lo había sentido por

primera vez cuando vislumbramos la Tierra de Victoria, y ahora resucitaba en mí aquella misma impresión. Sentí también que había allí algo inquietantemente parecido a los mitos arqueanos; de un modo perturbador este reino de muerte recordaba la temible meseta de Leng tal como se la describe en algunos escritos primitivos. Los mitólogos han situado Leng en el Asia Central; pero la memoria racial del hombre — o de sus predecesores — es larga, y es muy posible que ciertos relatos se hayan originado en otras regiones y templos donde reinaba el horror, anteriores a Asia y todas las tierras conocidas. Algunos místicos osados han sugerido que los Manuscritos Pnakóticos tienen un origen prepleistoceno, y han insinuado que los devotos de Tsathoggua eran tan extraños a la humanidad como Tsathoggua mismo. Leng, cualesquiera que fuesen el tiempo y el espacio en que había existido, no era una región en la que me hubiese gustado habitar. Del mismo modo nada me complacía la proximidad de un mundo en que se habían desarrollado las monstruosidades que Lake nos había descrito. Lamentaba yo en esos momentos haber leído el horrible Necronomicon o haber hablado tanto con el folclorista Wilmarth, desagradablemente erudito, en la universidad.

Todo esto no hizo sino agravar la sensación de malestar que me inspiraban aquellos curiosos espejismos que estallaban sobre nosotros, en el cenit cada vez más opalescente, mientras avanzábamos hacia las montañas y comenzábamos a distinguir sus ondulaciones. Yo había visto docenas de espejismos polares en las últimas semanas, algunos de ellos tan increíbles y fantásticamente vívidos como el actual; pero éste parecía dotado de un amenazador simbolismo, oscuro y nuevo, y me estremecí ante la presencia de un fabuloso laberinto de paredes, torres y minaretes que surgían de los vapores de hielo por encima de nuestras cabezas.

Teníamos la impresión de encontrarnos ante una ciudad ciclópea de arquitectura desconocida para el hombre, con construcciones de un negro

de ébano: monstruosas perversiones de las leyes geométricas. Había allí conos truncados, acanalados, en terrazas. Sobre ellos se elevaban unas agujas cilíndricas, en forma de bulbo, o coronadas por unos discos delgados. Algunas construcciones chatas sugerían pilas de losas rectangulares, discos y estrellas de cinco puntas. En otros casos se unían las formas del cono y la pirámide, ya solos o sobre cilindros, o cubos, u otras pirámides y conos truncados. Algunas veces unas finas agujas formaban curiosos grupos de cinco. Todas estas estructuras parecían estar unidas entre sí con puentes tubulares que se alzaban a enormes alturas. Las proporciones gigantescas daban al conjunto un aspecto terrorífico opresivo. Los espejismos no eran muy diferentes de los observados por el ballenero Scoresby en 1820, pero en este tiempo y lugar, con aquellos picos desconocidos y oscuros que se alzaban ante nosotros, con el recuerdo aún reciente del descubrimiento de aquellas criaturas, y el temor del desastre que podía haber alcanzado a la mayor parte de nuestra expedición, todos creíamos ver en él un matiz de malignidad latente y de prodigio infinitamente malvado.

Me alegré cuando el espejismo comenzó a desvanecerse, aunque en el proceso las torres y conos de pesadilla asumían momentáneamente formas distorsionadas todavía más espantosas. Cuando toda la escena se disolvió en un torbellino opalescente, comenzamos a mirar otra vez hacia la tierra y vimos que el fin de nuestro viaje estaba próximo. Las montañas desconocidas se alzaban ante nosotros como un amenazador baluarte de gigantes, y no era necesario recurrir a los gemelos de campaña para distinguir las curiosas regularidades de las cimas. Volábamos ahora sobre los contrafuertes más bajos y pudimos ver sobre la nieve un par de manchas oscuras que supusimos eran el campamento y las perforaciones de Lake. Los contrafuertes más altos se alzaban a una distancia de ocho a diez kilómetros, y formaban una línea claramente separada de la de los picos. Al

fin, Ropes -el estudiante que había relevado a McTighe en el manejo del avión- comenzó a dirigir la máquina hacia la mancha situada a la izquierda y que por su tamaño debía de ser el campamento. Mientras tanto, McTighe enviaba al mundo nuestro último mensaje no censurado.

Todos, por supuesto, han leído los breves e insatisfactorios comunicados que enviamos desde entonces. Pocas horas después de nuestro aterrizaje describimos brevemente la tragedia: la expedición de Lake había sido destruida por la terrible tormenta del día anterior. Once habían muerto: el joven Gedney había desaparecido. La gente nos perdonó que no diésemos detalles, atribuyendo el hecho a nuestro estado de ánimo, y nos creyó cuando explicamos que la acción del viento había dejado los cadáveres en un estado tal que era imposible sacarlos de allí. Sin embargo, me enorgullezco de que, a pesar de nuestro horror y nuestro dolor, apenas hallamos faltado a la verdad. Lo peor era lo que no nos atrevimos a decir; lo que diré ahora, sólo para apartar a otros de unos innominables horrores.

Es cierto que el viento había hecho grandes estragos. No sé si Lake y sus compañeros habrían podido sobrevivir, aun sin aquella otra cosa. La tormenta, con su furia de enloquecidas partículas de hielo, había sido muy superior a todas las que habíamos encontrado hasta entonces. Uno de los refugios para los aviones había desaparecido casi, y la torre de perforaciones estaba totalmente destrozada. El metal de los aeroplanos y de las máquinas excavadoras parecía pulido por el hielo, y dos de las tiendas habían sido abatidas a pesar de los muros protectores. Las maderas habían perdido su pintura, y no había quedado ninguna huella en la nieve. Es cierto también que los restos de las criaturas arqueanas estaban en una condición tal que era inútil recogerlos. Nos contentamos con reunir algunos de los fragmentos de esteatita de cinco puntas que habían originado aquellas comparaciones, y algunos huesos fósiles; los más característicos pertenecían a los ejemplares tan curiosamente mutilados.

No había sobrevivido ni un solo perro, y el corral de nieve, construido con tanta prisa, ya no existía. Obra del viento, sin duda; pero el mayor destrozo, del lado más cercano a las tiendas, lo había causado la furia de los animales. Los tres trineos habían desaparecido, y culpamos a la tormenta. La perforadora y el aparato para fundir el hielo estaban demasiado dañados. No era posible un arreglo, de modo que los utilizamos para obstruir la perturbadora entrada al pasado abierta por Lake. Abandonamos del mismo modo dos de los aviones, pues no contábamos ahora más que con cuatro pilotos: Sherman, Danforth, McTighe y Ropes; Danforth, además, estaba tan nervioso que no se podía contar con él. Recogimos en cambio todos los libros y aparatos científicos que pudimos hallar. Las tiendas y pieles faltaban o ya no servían.

A eso de las cuatro de la tarde, luego de haber buscado inútilmente a Gedney con uno de los aviones, enviamos al Arkham un comunicado sobre la catástrofe. Creo que hicimos bien en mantener la calma y no decir demasiado. No hablamos de otra agitación que de la de nuestros perros. Su inquietud a propósito de los ejemplares fósiles ya era de todos conocida. No mencionamos, empero, la intranquilidad similar que sintieron al oler los fragmentos de esteatita y algunos otros objetos desparramados por la región: instrumentos científicos y maquinarias, tanto del campamento como del equipo de perforaciones, que habían sido arrastrados o destrozados por vientos dotados de una curiosidad singular.

De los catorce ejemplares biológicos, hablamos en términos muy vagos. Dijimos que poco quedaba de ellos; lo suficiente sin embargo para comprobar la exactitud de las descripciones de Lake. Nos costó mucho evitar que la emoción nos traicionara, pero no mencionamos números ni dijimos exactamente cómo habíamos encontrado aquellos -ejemplares. Convinimos en que no transmitiríamos nada que pudiese sugerir que Lake y sus compañeros se hubieran vuelto locos. Encontrar seis monstruos

cuidadosamente sepultados en la nieve (en unas tumbas de casi tres metros de profundidad, con túmulos en forma de estrella, y puntos exactamente iguales a los de la esteatita verdosa sacada de terrenos mesozoicos o terciarios) nos pareció verdaderamente que sería atribuido a la locura. Los otros ocho ejemplares en buen estado mencionados por Lake parecían haber desaparecido sin dejar la menor huella.

Nos preocupaba sobremanera la paz espiritual del público y nada dijimos tampoco, por lo tanto, del terrible viaje que Danforth y yo hicimos a las montañas, al día siguiente. Sólo un aeroplano muy liviano podría cruzar la cadena de montañas, así que, por suerte, nos vimos obligados a limitar la tripulación a nosotros dos. Cuando volvimos, a la una de la mañana, Danforth estaba al borde de una crisis nerviosa; pero supo guardar silencio. No tuve que pedirle que no mostrase los dibujos, ni las cosas que traíamos en los bolsillos, ni que no dijese a nuestros compañeros sino aquello que habíamos decidido comunicar al mundo, ni que ocultásemos las películas cinematográficas para revelarlas más tarde en privado. Por consiguiente, esta parte de mi relato será algo nuevo para Pabodie, McTighe, Ropes, Sherman y los otros, lo mismo que para el mundo en general. En verdad, Danforth es más discreto que yo, pues vio, o creyó ver, algo de lo que no habló ni siquiera conmigo.

Como todos saben, nuestro comunicado incluye la narración de nuestro trabajoso ascenso, una confirmación de las ideas de Lake, que opinaba que aquellos grandes picos eran de naturaleza arqueana y otros estratos primitivos que no habían sufrido mayores alteraciones desde el período cománchico, un comentario convencional acerca de la regularidad de las formaciones rocosas, la comprobación de que en las entradas de las cavernas había unas vetas calcáreas, la creencia de que ciertos desfiladeros permitirían a gente avezada cruzar la cordillera, y la indicación de que del otro lado se ocultaba una inmensa meseta tan antigua como los picos



misimos. Esa meseta, unida a las montañas por unos contrafuertes no muy abruptos, se extendía a unos seis mil metros de altura; y unas grotescas formaciones rocosas atravesaban la fina capa de hielo.

Todas estas informaciones eran exactas, y dejaron satisfechos a los hombres del campamento. Atribuimos nuestra ausencia de dieciséis horas - muchas más que las requeridas por el vuelo, el aterrizaje, el reconocimiento del terreno y la recolección de algunas piedras- a unas supuestas condiciones atmosféricas desfavorables. Por suerte nuestro relato pareció lógico y veraz, y nadie sintió la tentación de emular nuestro vuelo. Si alguien lo hubiese intentado, yo habría recurrido a todos los medios para impedirlo... y no sé qué habría hecho Danforth. Durante nuestra ausencia, Pabodie, Sherman, Ropes, McTighe y Williamson habían trabajado duramente arreglando los dos mejores aviones de Lake, y a pesar del inextricable estado de los mecanismos, los aparatos estaban listos para levantar vuelo.

Decidimos cargar los aeroplanos a la mañana siguiente y partir en seguida hacia la vieja base. Éste era el mejor modo, aunque indirecto, de llegar al estrecho de McMurdo, pues atravesar regiones ignoradas podía traer nuevos peligros. No podíamos seguir explorando a causa de la trágica pérdida de vidas y la ruina de parte de la maquinaria. Las dudas y horrores que nos envolvían — aunque no conocidos por todos — me inspiraban un único deseo: escapar de este mundo austral de locura y desolación con toda la rapidez posible.

Como ya sabe el público, nuestro retorno al mundo civilizado se realizó sin dificultades. Todos los aviones llegaron a la vieja base en la tarde del día siguiente — 27 de enero — luego de un vuelo sin escalas, y al otro día nos trasladamos al estrecho de McMurdo deteniéndonos sólo una vez a causa de una avería en el timón ocasionada por el viento. Cinco días más tarde el Arkham y el Miskatonic, con toda la tripulación y el equipo a

bordo, salían del cada vez más grueso campo de hielo y navegaban por el mar de Ross. Las montañas de la Tierra de Victoria se alzaban al oeste contra un oscuro cielo antártico. De allí venía un viento cuyo silbido musical me helaba la sangre.

Dos semanas más tarde dejábamos atrás las últimas tierras polares y agradecíamos haber salido de aquel reino maldito donde la vida y la muerte, el espacio y el tiempo habían pactado extrañamente en épocas en que la corteza terrestre aún no estaba del todo fría.

Desde nuestro retorno hemos tratado de desanimar a todos los que quieren explorar la Antártida. Ninguno de nosotros ha revelado los horrores de los que fuimos testigos. Aun el joven Danforth, a pesar de su terrible depresión nerviosa, no ha querido hacer ninguna confidencia a los médicos. Como ya he dicho, hay algo que cree haber visto y que no quiere decir a nadie, ni aun a mí, aunque me parece que si se atreviese a hacerlo se sentiría mejor. Eso ayudaría quizá a explicar muchas cosas, aunque es posible que no se trate sino de alguna emoción terrible. Pienso eso al menos cuando Danforth, en algunos raros instantes, comienza a divagar y se interrumpe de pronto como recuperando el dominio de sí mismo.

Es difícil impedir que otros hombres traten de visitar el Sur, y algunos de nuestros esfuerzos sólo sirven probablemente para aumentar los deseos de hacer averiguaciones. Deberíamos haber recordado que la curiosidad humana es infinita y que los resultados que anunciamos al mundo bastarían para lanzar a otros a la misma búsqueda de lo desconocido. Los informes de Lake acerca de esos monstruos biológicos han excitado a los naturalistas y paleontólogos, a pesar de que hemos tenido el sentido común de no mostrar los trozos de los ejemplares enterrados, ni nuestras fotografías de los mismos. Nos hemos guardado también de exhibir los huesos con cicatrices y las esteatitas verdes. Danforth y yo hemos ocultado también cuidadosamente las fotografías y

dibujos que obtuvimos en la meseta, y esas cosas que estudiamos con terror y escondimos en los bolsillos.

Pero ahora se está organizando la expedición Starkweather-Moore, que dispone ya de un equipo más completo que el nuestro. Si nadie logra disuadirlos, llegarán al centro de la Antártida para sacar de debajo del hielo algo que, creemos, terminaría con el mundo. De modo que debo dejar de lado toda reticencia y hablar de aquel mundo innominable que se oculta detrás de las montañas alucinantes.

#### 4

Vuelvo con gran repugnancia a evocar el campamento de Lake para hablar francamente de lo que encontramos allí. Siento la constante tentación de suprimir detalles y dejar que las insinuaciones ocupen el lugar de los hechos y las inevitables deducciones. Espero haber dicho bastante como para referirme brevemente a lo que falta; lo que falta, es decir, el horror del campamento. Ya he hablado del terreno arrasado por el huracán, los refugios destruidos, la estropeada maquinaria, la inquietud de nuestros perros, la falta de trineos, la muerte de los hombres y los animales, la ausencia de Gedney y la insana sepultura de los seis ejemplares biológicos, conservados curiosamente a pesar de los daños sufridos, durante cuarenta millones de años. No recuerdo si dije que al examinar los cadáveres notamos la falta de uno de los perros. No pensamos mucho en eso hasta más tarde; en realidad, sólo yo y Danforth prestamos al hecho cierta atención.

Entre lo que he ocultado, lo esencial se refiere a los cuerpos, y a ciertas circunstancias que podrían dar, o no, una increíble y odiosa explicación racional a aquel caos aparente. Traté en aquel entonces de que mis hombres no prestasen mucha atención a esas circunstancias; pues era mucho más simple, mucho más normal, atribuir todo aquello al ataque de

locura de un hombre de Lake. A juzgar por el aspecto de las cosas, el demoníaco viento de las montañas hubiese bastado para enloquecer a cualquier hombre en ese centro del misterio y la desolación terrestres.

La principal anormalidad era el estado en que se encontraban los cuerpos, tanto de los hombres como de los animales. Parecían haber tomado parte en un combate feroz, y estaban despedazados y mutilados de un modo inexplicable y terrible. En todos los casos era como si la muerte hubiese sobrevenido por laceración o estrangulación. En cuanto a los perros, se veía que habían sido ellos los que habían tomado la iniciativa, pues el estado de su mal construido corral demostraba que había sido roto desde dentro. Lo habían levantado a cierta distancia del campamento para apagar la furia provocada por aquellos monstruosos organismos arqueanos. Pero todas las precauciones parecían haber sido vanas. Cuando quedaron solos ante aquel monstruoso huracán, protegidos por muros de nieve de insuficiente altura, los perros debieron de haber escapado, sea para huir del viento o del olor emitido por aquellos ejemplares de pesadilla.

De cualquier manera, lo que había ocurrido era algo odioso y repugnante. Quizá debiera dejar de lado todos mis escrúpulos y decidirme a declarar lo peor. De un modo categórico, basado en observaciones de primera mano y en las deducciones más lógicas, tanto de Danforth como mías: el desaparecido Gedney no era de ningún modo responsable de los horrores que encontramos allí.

Ya he dicho-que los cadáveres estaban horriblemente mutilados. Debo añadir ahora que algunos habían sido cortados y despedazados del modo más curioso. Hombres y perros habían sufrido la misma suerte. Parecía como si un carnicero hubiese quitado a los cuerpos más gruesos y sanos importantes masas de carne. Alrededor de estos cuerpos había sal desparramada — obtenida de los saqueados cofres de provisiones de los aeroplanos —, lo que suscitaba las hipótesis más terribles. Todo esto había

ocurrido en uno de los refugios, de donde habían retirado el avión. Los vientos habían borrado luego las huellas capaces de alimentar alguna teoría aceptable. Las ropas desparramadas y rotas, arrancadas de cualquier modo de los cuerpos de los hombres, no proporcionaban ningún indicio. En uno de los rincones del destruido refugio nos pareció discernir unas huellas que no eran humanas, sino similares a aquellas marcas fósiles de las que Lake había hablado tanto. Pero en la proximidad de aquellas enormes y alucinantes montañas había que cuidarse de los errores de la imaginación.

Como ya he señalado, faltaban Gedney y uno de los perros. Cuando examinábamos aquel horrible refugio, teníamos que encontrar todavía a dos de los compañeros de Lake y a dos de los perros; pero la tienda-laboratorio, en la que entramos luego de investigar las tumbas monstruosas, iba a revelarnos algo. No se encontraba en el estado en que la había dejado Lake, pues los trozos de aquel monstruo primitivo habían sido quitados de la mesa. En verdad, ya nos había parecido que una de las seis enterradas criaturas -aquella que emitía un olor particularmente desagradable- debía representar los fragmentos de la entidad que Lake había tratado de analizar. Sobre la mesa del laboratorio, y a su alrededor, había otras cosas, y no nos costó mucho comprender que eran el resultado de la disección, realizada con todo cuidado, pero por alguien curiosamente inexperto, de los cuerpos de un hombre y un perro. No mencionaré, por razones obvias, la identidad de la víctima. El instrumental quirúrgico de Lake había desaparecido, pero era evidente que había sido cuidadosamente limpiado. La estufa de petróleo faltaba también, aunque en el lugar de su emplazamiento se veía una gran cantidad de fósforos. Enterramos aquellos restos humanos junto con otros diez hombres, y los del animal con los otros treinta y cinco perros. En cuanto a los despojos que había en la mesa del laboratorio y el montón de libros con ilustraciones que, torpemente hojeados, encontramos no muy lejos de allí, estábamos demasiado sorprendidos como para pensar en eso.

De todo lo que había en el campamento, esto era lo más horrible, pero lo demás no era menos misterioso. La desaparición de Gedney, un perro, los ocho ejemplares biológicos intactos, los tres trineos, ciertos aparatos y libros científicos, materiales de escritura, linternas eléctricas y baterías, provisiones y combustible, aparatos caloríferos, tiendas, trajes de pieles y otras cosas semejantes, escapaba a toda posible hipótesis. Lo mismo ocurría con ciertas manchas de tinta en algunos trozos de papel, y las pruebas de que los comandos de los aviones y los aparatos mecánicos del campamento habían sido torpemente manipulados. Los perros parecían rehuir toda esta estropeada maquinaria. El desorden de la despensa, la desaparición de ciertos artículos, y el montón de latas de conservas abiertas del modo más inverosímil, y por los lugares más inverosímiles, presentaban un problema similar. La profusión de fósforos desparramados, intactos, rotos o consumidos, era también un enigma menor, lo mismo que las dos o tres tiendas y los trajes de pieles que presentaban curiosas desgarraduras, debidas quizá a haber intentado adaptarlos a usos inimaginables. El trato que habían recibido los cuerpos humanos y caninos, y la disparatada sepultura que habían recibido los dañados ejemplares arqueanos, estaban en armonía con este desorden propio de la locura. Considerando que podía presentarse una eventualidad como ésta, fotografiamos cuidadosamente todas las pruebas principales, y me propongo usar esas fotografías para disuadir a los miembros de la expedición Starkweather-Moore.

Luego del descubrimiento de los cadáveres en el refugio, lo primero que hicimos fue fotografiar y abrir las seis tumbas monstruosas con túmulos en forma de estrella. Advertimos en seguida el parecido de estos túmulos, adornados por dibujos de puntos, con las curiosas esteatitas verdes descritas por el pobre Lake. Cuando encontramos algunas de estas piedras en un montón de restos minerales, la semejanza se nos hizo aún más evidente. La forma de las tumbas y las piedras recordaba además la cabeza

estrellada de los seres arqueanos, y concluimos que ese parecido tenía que haber influido sobremanera en las mentes excitadas de Lake y sus compañeros.

La locura — contando a Gedney como el único posible autor sobreviviente — fue la explicación que adoptamos todos de un modo espontáneo, por lo menos en voz alta; aunque no seré tan ingenuo como para negar que alguno de nosotros pudo haber imaginado alguna hipótesis que el sentido común le impidió formular. Aquella misma tarde, Sherman, Pabodie y McTighe volaron sobre la región, escrutando el horizonte con gemelos de campaña en busca de Gedney y los objetos que faltaban; pero todo fue inútil. La patrulla informó que la gigantesca barrera se extendía interminablemente, a la derecha y a la izquierda, sin ningún cambio apreciable. En algunos de los picos, sin embargo, ciertos cubos y formaciones eran aún más desnudos, y el parecido con las pinturas de Roerich tenía así un carácter doblemente fantástico. La distribución de las crípticas entradas de las cavernas en las cimas desprovistas de nieve parecía llegar, de un modo irregular, hasta donde alcanzaba la vista.

A pesar de los horrores que acabábamos de descubrir, quedaban aún en nosotros bastante entusiasmo y celo científico como para preguntarnos qué habría detrás de aquellas misteriosas montañas. Tal como lo dijimos en nuestros discretos comunicados, nos acostamos a medianoche, pero no sin antes elaborar un cuidadoso plan con el propósito de cruzar al día siguiente, a gran altura, la cadena de montañas. Llevaríamos con nosotros una cámara aérea y un equipo de geólogo. Se decidió que Danforth y yo intentásemos realizar la travesía en un aparato aligerado de peso. Nos levantamos con ese propósito a las siete de la mañana, pero unos vientos muy fuertes - mencionados en el comunicado al exterior- retrasaron nuestra salida hasta cerca de las nueve.

Ya he hablado del relato que hicimos a los hombres del

campamento — y que transmitimos al mundo — al volver dieciséis horas más tarde. Tengo ahora el terrible deber de ampliar esa historia, llenando los misericordiosos blancos con lo que vimos realmente en aquel mundo de más allá de las montañas, y que llevó al fin al joven Danforth a una crisis nerviosa. Desearía poder añadir una palabra a propósito de lo que Danforth vio o creyó haber visto — aunque se trató probablemente de una ilusión —, y que quizá fue la gota de agua que hizo rebasar la copa. Todo lo que puedo hacer es repetir los confusos murmullos con que trataba de explicarme el porqué de sus temores mientras regresábamos entre aquellas montañas torturadas por el viento. Ésta será mi última palabra. Si las pruebas de que hemos sobrevivido a unos primitivos horrores no bastan para apartar a otros de la Antártida — o al menos para que no penetren demasiado bajo la superficie de ese refugio de secretos prohibidos e inhumana desolación —, la responsabilidad de unos males innominables, y quizá también inconmensurables, no será mía.

Danforth y yo, luego de estudiar las notas redactadas por Pabodie en su vuelo de la víspera, habíamos calculado que el paso más bajo y próximo se encontraba un poco a nuestra derecha, a unos siete mil metros de altura sobre el nivel del mar. Hacia este punto nos dirigimos entonces. Como el campamento estaba situado a más de cuatro mil quinientos metros de altura, la diferencia de nivel no era muy grande. Sin embargo, sentimos al subir el aire rarificado y el frío intenso, pues a causa de la mala visibilidad habíamos tenido que dejar las ventanillas abiertas. Nos habíamos puesto, naturalmente, nuestros abrigo más gruesos.

A medida que nos acercábamos a los picos oscuros y siniestros que se alzaban sobre una línea de glaciares y hendiduras cubiertas de nieve, advertíamos más y más las formaciones curiosamente regulares de las pendientes, y recordábamos de nuevo las raras pinturas asiáticas de Nicholas Roerich. Los viejos estratos rocosos batidos por el viento



correspondían con exactitud a las descripciones de Lake y probaban que esos pináculos se erigían del mismo modo desde épocas sorprendentemente lejanas; quizá desde hacía cincuenta millones de años. Era imposible saber qué altura habían tenido en otro tiempo; pero todo en esta extraña región señalaba la influencia de oscuras condiciones atmosféricas poco favorables a los cambios, y aptas para retardar el acostumbrado proceso climático de desintegración de las rocas.

Pero lo que más nos fascinaba y perturbaba era aquella acumulación de cubos, murallas y cavernas. Mientras Danforth hacía de piloto yo observaba el espectáculo con mis gemelos de campaña y tomaba algunas fotografías. De cuando en cuando sustituía a mi compañero en el gobierno de la máquina -aunque mis conocimientos de navegación aérea son sólo los de un aficionado- para que Danforth pudiese contemplar la cordillera. Era fácil advertir que esas formaciones se componían principalmente de cuarcita arqueana, de color claro, totalmente distinta de las rocas de la superficie. Su regularidad llegaba a un extremo no sospechado por Lake.

Como éste había dicho, las aristas habían sido desgastadas y redondeadas por la erosión durante millones de siglos; sólo su extraordinaria dureza había impedido que desapareciesen. Muchas partes, especialmente las más cercanas a las faldas, parecían ser de la misma sustancia que las rocas de los alrededores. El conjunto no se diferenciaba mucho de las ruinas de Machu Picchu en los Andes, o los cimientos de las murallas de Kish exhumadas por la expedición del Museo de Oxford de 1929. Tanto Danforth como yo tuvimos la impresión que Lake había atribuido a la fantasía de Carroll. Sentí que mis conocimientos de geología eran totalmente inútiles para explicar la existencia de esas formaciones. Las rocas ígneas presentan a menudo curiosas irregularidades — como la famosa Calzada de los Gigantes de Irlanda —, pero esta estupenda cordillera, a pesar de que Lake había creído ver conos humeantes, era

evidentemente de origen no volcánico.

Las cavernas presentaban otro enigma a causa de la regularidad de las aberturas. Eran, como había dicho el comunicado de Lake, cuadradas o semicirculares, como si una mano mágica hubiese regulado la simetría de los orificios. Su número y distribución sugerían que toda aquella zona estaba atravesada por túneles originados en estratos calcáreos desaparecidos. Desde el avión no alcanzábamos a ver el interior de las cavernas, pero nos pareció que estaban libres de estalactitas y estalagmitas. Fuera, las piedras que rodeaban las bocas eran invariablemente lisas y regulares y Danforth opinó que las huellas de la erosión parecían formar unos raros dibujos. Todavía bajo la impresión de los horrores del campamento, sugirió que esas huellas se parecían a los grupos de puntos que cubrían los trozos de esteatita verde tan odiosamente reproducidos sobre las tumbas de los monstruos.

Volábamos ya sobre los contrafuertes más elevados en el paso que habíamos elegido. De cuando en cuando observábamos el hielo y la nieve, preguntándonos si hubiésemos podido hacer el viaje con perros y trineos. Bastante sorprendidos, alcanzamos a ver que el terreno estaba libre de hendiduras y otros obstáculos, y no habría podido detener a expediciones bien equipadas como las de Scott, Shackleton o Amundsen. Casi todos los glaciares parecían terminar en unos pasos.

Apenas podría describir aquí nuestra tenaz expectación mientras nos preparábamos para rodear la última cima y contemplar un mundo virgen. Sin embargo, no teníamos por qué creer que aquellas regiones serían totalmente distintas de las que habíamos visto. La atmósfera de misterio maléfico que envolvía las montañas y el cielo opalescente visible entre las cimas era algo demasiado sutil para reproducirlo con palabras y frases. En verdad, se trataba sobre todo de un vago simbolismo psicológico y de asociaciones estéticas: poemas y cuadros exóticos y mitos arcaicos

encerrados en libros prohibidos. El mismo canto del viento parecía estar animado por una malignidad consciente, y durante un instante me pareció distinguir toda una gama de sonidos musicales mientras las ráfagas se hundían en las bocas de las cavernas. Había algo de repulsivo en esas notas, tan inclasificable como las otras oscuras impresiones.

Nos encontrábamos ya a una altura de más de siete mil metros y habíamos dejado muy atrás la región de las nieves. Sólo veíamos unos muros rocosos y oscuros a los que cubos y cavernas prestaban un carácter sobrenatural y fantástico, similar al de un sueño. Observando la línea de los picos, me pareció ver el mencionado por Lake, con estribaciones en la punta. Se perdía a medias en una curiosa niebla, lo que explica acaso que Lake hubiese creído que había allí actividad volcánica. Ante nosotros se extendía el paso barrido por el viento, entre ceñudos pilones de bordes dentados. Más allá se abría un cielo pálido donde giraban unos vapores iluminados por el bajo sol polar; el cielo de ese misterioso y lejano dominio que ningún ojo humano había divisado hasta ahora.

Unos pocos metros más de altura y aparecería ante nosotros ese reino. Danforth y yo, que sólo podíamos comunicarnos a gritos a causa del silbido del viento y el rugido de los motores, intercambiamos una elocuente mirada. Instantes después aquella tierra antigua y extraña nos abría sus secretos incomparables.

## 5

Creo que ambos dimos un grito en el que se mezclaban la admiración, el terror, la angustia y la incredulidad. Si logramos conservar el uso de nuestras facultades, se debió sin duda a que atribuimos en seguida el espectáculo a alguna causa natural. Pensamos probablemente en las rocas grotescas del Jardín de los Dioses en Colorado, o en las peñas batidas por el viento y fantásticamente simétricas del desierto de Arizona. Hasta

imaginamos quizá que se trataba de un espejismo similar al que habíamos visto al acercarnos por primera vez a aquellas montañas alucinantes. Tuvimos que haber elaborado esas normales hipótesis al contemplar aquella meseta ilimitada, marcada por los vientos, y aquel laberinto infinito de rítmicas masas de piedra, geométricamente regulares y de enorme tamaño, que alzaban sus cimas aplastadas sobre un glaciar de no más de ciento cincuenta metros de profundidad.

El efecto que causó entre nosotros aquella escena monstruosa es indescriptible. Era indudable que había allí una clara violación de toda ley natural. Allí, en una meseta increíblemente antigua, a una altura de seis mil metros, en un clima que había hecho de esta región algo inhabitable durante los últimos quinientos mil años, se extendía, hasta donde llegaba la vista, una acumulación de construcciones que sólo la desesperación podía atribuir a otra causa que a un ser consciente. Habíamos rechazado, desde un comienzo, la idea de que las murallas y cubos de la cordillera no tuviesen un origen natural, y ni siquiera habíamos considerado el asunto. ¿Cómo podía ser de otro modo cuando en la época en que esta región se había convertido en un reino helado el hombre apenas se diferenciaba de los monos superiores?

Pero ahora algo irrefutable nos sacudía la razón, pues estas masas ciclópeas de bloques cuadrados, curvos y angulares tenían ciertas características que impedían todo engaño consolador. Se trataba, muy claramente, de la ciudad que se nos había aparecido en aquel espejismo, pero dotada ahora de una realidad objetiva e ineluctable. Aquel maravilloso portento tenía, pues, al fin y al cabo, una base material. Una capa horizontal de polvo de hielo suspendida en el aire había servido para que estas construcciones de piedra proyectaran su imagen por encima de las montañas, en virtud de unas simples leyes de reflexión óptica. Naturalmente, la aparición, retorcida y exagerada, había mostrado algunas

cosas que no había en la fuente real; pero ahora, sin embargo, las construcciones nos parecían más amenazadoras y odiosas que aquella imagen distante.

Sólo la increíble o inhumana proporción de esas vastas torres y murallas había evitado que desapareciesen destruidas por las ráfagas que habían barrido la meseta durante cientos de miles — o quizá millones — de años. «Corona Mundi... Techo del Mundo ...» Las frases más extravagantes nos venían a la boca mientras contemplábamos el vertiginoso espectáculo. Volvieron a mi mente aquellos horribles mitos primitivos que no podía olvidar desde que había llegado a este mundo antártico: la demoníaca meseta de Leng, el Mi-Go o abominable hombre de las nieves del Himalaya, los Manuscritos Pnakóticos con sus prehumanas implicaciones, el culto de Cthulhu, el Necronomicon, y las leyendas hiperbóreas acerca del informe Tsathoggua, y la aún más horrible estrella asociada con esa semientidad.

La ciudad se extendía hasta donde alcanzaba la vista, a la derecha y a la izquierda, y a lo largo de los bajos contrafuertes que la separaban de las montañas, sin cambiar de tamaño. Sólo advertimos una interrupción un poco a la derecha del paso por el que habíamos venido. Nos encontrábamos, por azar, ante una parte de algo de incalculable extensión. Los primeros contrafuertes estaban salpicados por unas grotescas estructuras de piedra, y unían la terrible ciudad a los ya conocidos cubos y muros que eran evidentemente los puestos de avanzada de las montañas.

El anónimo laberinto de piedra estaba formado en su mayor parte por murallas de tres a cuarenta metros de altura y un metro y medio a tres de espesor. Los grandes bloques de piedra tenían hasta dos metros y medio de largo. Sin embargo, en algunos lugares los muros habían sido labrados directamente sobre una formación precámbrica, y los edificios, de un tamaño muy desigual, se ordenaban como formando inmensos panales o

como estructuras independientes y más pequeñas. La forma general tendía a ser cónica, piramidal o truncada, aunque había también muchos cilindros y cubos perfectos, racimos de cubos, y otras formas rectangulares. Algunos edificios en forma de estrella sugerían vagamente las fortificaciones modernas. Los constructores habían usado con habilidad y abundancia el principio del arco, y en otro tiempo las cúpulas habían sido quizá numerosas.

El conjunto había sido considerablemente alterado por vientos y lluvias, y en la capa de hielo de la que surgían las torres se acumulaban bloques de piedra y restos inmemoriales. Donde el hielo era transparente podíamos ver las partes más bajas de las gigantescas estructuras, y notamos que varios puentes unían las torres a distintas alturas del suelo. En los muros exteriores se advertían las huellas de otros puentes desaparecidos. Un examen más atento reveló innumerables ventanas; en algunas se habían petrificado las persianas de madera; otras bostezaban siniestramente. Muchas de las ruinas, como era natural, carecían de techo, y los bordes superiores habían sido redondeados por la erosión. Pero algunas construcciones, cónicas, piramidales o protegidas por otros edificios de mayor altura, se conservaban intactas. Con los gemelos de campaña pudimos observar unas decoraciones escultóricas dispuestas en bandas horizontales; decoraciones que incluían aquellos curiosos dibujos de puntos cuya presencia en las piedras de esteatita verde adquiriría ahora un mayor significado.

En algunos lugares la capa de hielo había cedido por alguna razón geológica, y las construcciones se habían derrumbado. En otros la piedra había sido arrasada hasta el nivel de la capa de hielo. Una larga zona, que se extendía desde el interior de la meseta hasta un acantilado de los contrafuertes, a un kilómetro y medio del paso por el que habíamos venido, estaba totalmente libre de construcciones. Tenía que ser, pensamos, el

curso de un río que en la época terciaria — hacía millones de años — había atravesado la ciudad para desaparecer en algún prodigioso abismo subterráneo de la cadena montañosa. Indudablemente, ésta era una región de cavernas, hondonadas y subterráneos secretos inaccesibles para el hombre.

Cuando recuerdo nuestro estupor al encontrarnos ante aquel monstruoso sobreviviente de unas épocas que habíamos creído prehumanas, me maravilla pensar que hayamos conservado el uso de la razón. No podíamos ignorar que algo — la cronología, la ciencia, o nuestra propia mente — estaba sufriendo allí una horrible distorsión; sin embargo, logramos mantener el equilibrio necesario como para guiar el aeroplano, observar minuciosamente diversas cosas, y tomar toda una serie de fotografías. En lo que a mí se refiere, fui ayudado por mi vocación científica, pues a pesar de la inquietud y el temor que me dominaban, sentía la imperiosa curiosidad de indagar estos antiguos secretos, averiguar qué seres habían habitado allí, y qué papel habían desempeñado en el mundo.

Pues ésta no era una ciudad común. Tenía que haber sido el nudo central de un increíble y arcaico capítulo de la historia de la Tierra, cuyas ramificaciones, recordadas vagamente, y sólo en los mitos más oscuros y misteriosos, habían desaparecido de un modo total en el caos de las convulsiones geológicas anteriores a la aparición del hombre. Comparada con esta megalópolis paleógena, Atlantis y Lemuria, Commorion y Uzuldaroum, y Olathoé en el país de Lomar, parecían ciudades de hoy, ni siquiera de ayer. La ciudad sólo podía relacionarse con horrores como Valusia, R'lyeh, Ib en la tierra de Mnar, y la ciudad anónima de la Arabia Desierta. Mientras volábamos sobre esa acumulación de torres titánicas mi imaginación rompía todos los límites y asociaba fantásticamente este mundo perdido con las pesadillas inspiradas por los sucesos del campamento.

El depósito de combustible de nuestro avión, para evitar un peso excesivo, no había sido llenado del todo. Teníamos por lo tanto que ser algo prudentes en nuestras exploraciones. Volamos sin embargo bastante tiempo, luego de descender hasta una capa de aire donde apenas se sentían los efectos del viento. La cordillera no parecía tener límites, y lo mismo ocurría con la ciudad de piedra que bordeaba los contrafuertes. Volamos casi cien kilómetros a la derecha y a la izquierda y no notamos ningún cambio en aquel vasto y pétreo laberinto, extendido como un cadáver sobre los hielos eternos. Había sin embargo algunos accidentes de gran interés, como las esculturas que adornaban el cañón ocupado por el antiguo río. Las paredes de la entrada habían sido esculpidas hasta simular dos gigantes pilones, y los motivos, parecidos a toneles, despertaron en nosotros recuerdos funestos.

Vimos también unos espacios abiertos en forma de estrella, evidentemente plazas públicas, y notamos varias ondulaciones en el terreno. Las colinas habían sido ahuecadas y convertidas en algo así como edificios; pero había por lo menos dos excepciones. Una de ellas había sido atacada de tal modo por la erosión que era imposible saber qué se había alzado en su cima; la otra tenía aún un fantástico monumento cónico esculpido directamente en la roca y algo similar a la tan conocida Tumba de la Serpiente en el antiguo valle de Petra.

Comenzamos a volar hacia el interior de la meseta y comprobamos que la ciudad era mucho menos ancha que larga. Luego de unos cuarenta kilómetros los grotescos edificios empezaron a espaciarse, y diez kilómetros después llegamos a una llanura virtualmente desierta. Más allá de la ciudad el curso del río era una línea ancha en una tierra algo abrupta que parecía elevarse ligeramente hasta desaparecer en una bruma de vapores.

Hasta entonces no habíamos aterrizado, pero no podíamos concebir



la idea de abandonar la meseta sin haber intentado entrar en una de aquellas monstruosas estructuras. Por lo tanto decidimos buscar algún sitio despejado no lejos del paso para bajar allí con el avión y hacer una expedición a pie. Aunque estas pendientes estaban cubiertas en parte con restos de ruinas, pronto encontramos varios lugares apropiados. Elegimos el más cercano al paso y a eso de las 12.30 aterrizamos en un campo de nieve duro y libre de obstáculos de donde podríamos, más tarde, remontar vuelo con facilidad.

No nos pareció necesario proteger el avión con muros de nieve, pues volveríamos pronto y a esta altura apenas había vientos. Cuidamos solamente de que los esquís de aterrizaje estuviesen bien hundidos en el hielo, y que las partes vitales de la máquina quedaran bien protegidas contra el frío. Nos despojamos de nuestros abrigo más pesados, y llevamos con nosotros un pequeño equipo que consistía en una brújula, una cámara fotográfica, algunas provisiones, libretas de notas y papel, un martillo y un cincel de geólogo, algunos sacos para recoger muestras, rollos de cuerda, y unas poderosas linternas de mano. Habíamos traído este equipo en el avión contando con la posibilidad de poder efectuar un aterrizaje, tomar fotografías del suelo, hacer algunos croquis topográficos y obtener algunas muestras de rocas. Por suerte nos sobraba el papel y nos proponíamos romperlo en trozos y dejarlo caer detrás de nosotros para marcar nuestra ruta en algún laberinto en que pudiéramos penetrar. Si no encontrábamos una caverna sin corrientes de aire, tendríamos que recurrir al método de hacer señales en las rocas.

Descendimos con precaución por la pendiente de nieve endurecida hasta el laberinto de piedra que se alzaba en el oeste. Teníamos entonces el mismo presentimiento de inminentes maravillas que habíamos sentido al acercarnos al insondable paso montañoso unas cuatro horas antes. En verdad, ya nos habíamos acostumbrado a la presencia de ese increíble

secreto oculto tras la barrera de picos; pero la perspectiva de entrar en unos edificios contruidos por seres conscientes quizá millones de años atrás - mucho antes de que existiese la raza humana- nos inspiraba, con sus implicaciones de anormalidad cósmica, un angustioso terror. Aunque el aire rarificado de estas alturas no hacía muy fáciles los movimientos, no tuvimos dificultades en realizar nuestro propósito. Sólo unos pasos nos bastaron para llegar a unas ruinas informes al nivel del suelo. Unos cincuenta metros más allá se alzaba un edificio amurallado en forma de estrella de unos tres metros de alto. Hacia ella nos dirigimos, y, cuando tuvimos sus bloques ciclópeos al alcance de la mano, sentimos que habíamos establecido un contacto sin precedentes y casi blasfemo con épocas normalmente cerradas y vedadas a los hombres.

Esta construcción, de unos noventa metros de longitud máxima, había sido construida con piedras jurásicas de distinto tamaño, de dos a tres metros cuadrados de superficie. Unas ventanas con arco, de un metro de ancho y uno y medio de altura, se alineaban simétricamente a lo largo de las puntas de la estrella, en los ángulos interiores, y a un metro de la capa de hielo. Al mirar a través de esas aberturas observamos que las paredes eran de un metro y medio de espesor y que el interior de las mismas estaba adornado con esculturas dispuestas en bandas horizontales. Aunque tenían que haber existido originalmente partes más bajas, la capa de hielo y nieve impedía comprobarlo.

Entramos en una de las ventanas y tratamos vanamente de descifrar los casi horrendos dibujos de los muros; pero no intentamos horadar el hielo del piso. Habíamos advertido desde lo alto que en muchos edificios había menos hielo que en éste; si lográbamos entrar en alguno de los que aún conservaban el techo, encontraríamos quizá interiores libres de obstáculos. Antes de dejar el recinto lo fotografiamos cuidadosamente y estudiamos con estupor los bloques titánicos desprovistos de cemento.

Deseamos que Pabodie hubiese venido con nosotros, pues sus conocimientos de ingeniería podían habernos ayudado a saber cómo habían sido movidos aquellos bloques en una época increíblemente lejana.

El trayecto de un kilómetro que recorrimos hasta llegar a la ciudad, mientras los vientos rugían vanamente entre los picos, nunca se me borrará de la memoria. Aquellos efectos ópticos sólo eran concebibles en una pesadilla. Entre nosotros y el torbellino de vapores del oeste se alzaba aquel monstruoso conglomerado de oscuras torres de piedra que volvía a impresionarnos como algo nunca visto cada vez que cambiaba la perspectiva. Era un espejismo de piedra sólida, y si no fuese por las fotografías dudaría aún de su existencia. El tipo general de las construcciones era idéntico al de aquel primer edificio; pero las formas extravagantes que adquiría en su manifestación urbana superaban cualquier posible descripción.

Esas fotografías no ilustran, por otra parte, sino una fase o dos de la infinita variedad, la masa, y lo insólito de las construcciones. Había formas geométricas para las que Euclides apenas hubiese encontrado nombre: conos truncados a muy diversas alturas y con todas las irregularidades imaginables, terrazas provocativamente desproporcionadas, agujas con raras protuberancias bulbosas, columnas rotas en curiosos grupos, estrellas grotescas de cinco brazos. A medida que nos acercábamos podíamos ver bajo el hielo transparente algunos de los puentes tubulares que unían entre sí, a diversas alturas, los edificios irregularmente distribuidos. No parecía haber calles; el único espacio abierto se encontraba a la izquierda, a un kilómetro de distancia, en el lugar donde el río había atravesado la ciudad en su camino hacia las montañas.

Nuestros gemelos de campaña mostraban que las bandas horizontales de esculturas y puntos, casi borradas, eran muy abundantes, y casi podíamos imaginar el aspecto que la ciudad había tenido en otra época.

El conjunto había sido una compleja acumulación de callejuelas y avenidas retorcidas, algunas de ellas casi túneles a causa de lo numeroso de los puentes. Ahora, extendida ante nosotros, se alzaba como un sueño fantástico recortado contra una niebla oriental en cuyo extremo norte el sol bajo y rojizo se esforzaba por lanzar algunos rayos. Y cuando, por un momento, el astro encontraba algunas nubes más densas, la escena se poblaba de sombras y adquiría un aspecto no sé por qué amenazador. Hasta el sonido del viento en las montañas parecía tener un carácter de voluntaria malignidad.

Un poco antes de llegar a la ciudad, la pendiente se hizo más abrupta, y un amontonamiento de bloques de piedra nos hizo pensar que allí se había alzado en otro tiempo una terraza. Bajo la capa de hielo, discurríamos, tenía que haber unos escalones o algo equivalente.

Cuando llegamos al fin a la ciudad misma, arrastrándonos sobre los restos de unos muros, y estremeciéndonos ante la proximidad de aquellos edificios quizá tambaleantes, nuestras sensaciones fueron tales que aún hoy me maravilla que hayamos podido conservar la serenidad. Danforth estaba francamente nervioso, y comenzó a formular unas hipótesis fuera de lugar a propósito de los sucesos del campamento. Yo mismo no podía dejar de sentir que la supervivencia de esta antiquísima pesadilla imponía ciertas conclusiones. Pero Danforth era excesivamente imaginativo, y en una calle cubierta de escombros creyó ver unas huellas sospechosas. De cuando en cuando se detenía para escuchar, según él, un sonido semejante al del viento en las montañas, pero, lo que era perturbador, también diferente. La incesante presencia de aquella estrella de cinco puntas, tanto en la planta de los edificios como en los pocos arabescos que aún había en los muros, tenía algo de siniestro que no podíamos olvidar, y nos dejaba entrever, aunque en nuestro subconsciente, la naturaleza de los constructores de esta ciudad maléfica.

Sin embargo, nuestras mentes curiosas no estaban paralizadas, y recogimos mecánicamente unas muestras de diferentes rocas. Hubiésemos deseado una colección más completa para verificar la edad del lugar. Nada en las paredes parecía posterior a las épocas jurásica y cománchica, y no encontramos en todo el lugar una sola piedra que no fuese anterior a la edad pliocena. La muerte reinaba en aquel sitio desde hacía por lo menos quinientos mil años, o quizá más.

Mientras avanzábamos por este laberinto de piedras sombrías, nos detuvimos en todas las aberturas a nuestro alcance para estudiar los interiores y ver si era posible entrar. Algunas estaban muy arriba, y otras conducían a unos restos cubiertos de hielo. Una de ellas, particularmente espaciosa, se abría sobre un abismo en apariencia sin fondo y sin ningún medio de descenso visible. A veces se nos presentaba la ocasión de estudiar la madera de las persianas y quedábamos impresionados ante su fabulosa antigüedad. Procedía sin duda de coníferas y gimnospermas mesozoicas — especialmente cicadáceas cretáceas — y palmeras y angiospermas del período terciario. Nada pudimos descubrir que fuese posterior a la época pliocénica. Las maderas habían sido ajustadas a las piedras, lo que explica que hubiesen sobrevivido a las piezas metálicas roídas por el óxido, y de las que aún se veían curiosas señales.

Luego de un tiempo cruzamos ante una fila de ventanas — en uno de los brazos de una estrella colosal — que daban a una vasta habitación, pero el piso era demasiado bajo como para descender sin la ayuda de una cuerda. Disponíamos de ella, pero mientras no fuese necesario no queríamos realizar un descenso de más de seis metros, ya que el aire rarificado nos fatigaba bastante. Esta habitación enorme había sido sin duda una sala de reuniones, y nuestras linternas eléctricas revelaron la presencia de unas sorprendentes esculturas, dispuestas en los muros en bandas horizontales y separadas por otras bandas de arabescos. Tomamos

cuidadosa nota del lugar, decidiendo que si no encontrábamos otro más accesible entraríamos aquí.

Al fin descubrimos la entrada que buscábamos: un arco de dos metros de anchura y tres de alto, extremo de un puente que se alzaba a un metro y medio de la capa de hielo. El pasaje daba a un piso superior que todavía existía. El edificio accesible estaba formado por una serie de terrazas rectangulares situadas a nuestra izquierda y que miraban al oeste. Del otro lado de la avenida, en el extremo opuesto del puente, se veía un decrepito cilindro sin ventanas y con un curioso abultamiento a unos tres metros por encima del arco. El interior era muy sombrío, y la abertura parecía dar a un pozo de profundidad incalculable.

Un montón de escombros facilitaba el acceso al edificio situado a nuestra izquierda, pero dudamos un instante antes de aceptar esta ocasión tan deseada. Pues aunque nos hubiésemos atrevido a penetrar en este arcaico laberinto, era necesario tener más audacia aún para deslizarnos en el interior de una de las casas. La naturaleza terrorífica de este mundo era cada vez más evidente. Al fin, sin embargo, nos hicimos de coraje y entramos por la abertura. Nos encontramos en una habitación de suelo ajedrezado que parecía la antesala de otra larga habitación de muros esculpidos.

Observamos que en la habitación se abrían numerosos pasajes, y comprendiendo que la distribución de los cuartos podía ser de una complejidad excesiva, decidimos recurrir a los trozos de papel. Hasta ese instante nos habían bastado las brújulas, junto con frecuentes ojeadas a las cimas que asomaban entre las torres; pero desde ahora tendríamos que recurrir a algo más. Cortamos por lo tanto nuestra provisión de papel en trozos de tamaño conveniente, los colocamos en un saco que llevaría Danforth, y nos dispusimos a usarlos con toda la economía posible. Este método evitaría sin duda que nos extraviásemos, pues en el interior de la

casa no parecía haber corrientes de aire. Si no fuese así, o se nos terminara la provisión de papel, recurriríamos al método de marcar las rocas.

Era imposible adivinar cuánto andaríamos. Las conexiones que unían tan frecuentemente los distintos edificios hacían suponer que pasaríamos de uno a otro por puentes situados bajo la capa de hielo. Ésta, en apariencia, apenas había penetrado en las macizas construcciones. A través del hielo transparente habíamos visto que casi no había ventanas abiertas, como si la ciudad hubiese sido abandonada voluntariamente en ese estado cuando la capa de hielo comenzó a cristalizar las partes más bajas. ¿Se había previsto la llegada del hielo, y la población se había retirado en busca de un refugio más apropiado? Era imposible saber por ahora cómo se había formado esa capa helada. Quizá tenía como origen la presión acumulada de la nieve; o las aguas, fuera de cauce, del río vecino; o el descenso de algún glaciar de la cordillera. Todo era posible en este lugar.

## 6

Sería realmente excesivo dar un relato detallado y completo de nuestras andanzas por el interior de aquella abandonada y cavernosa colmena; aquel cubil monstruoso de secretos primitivos cuyos ecos se alzaban ahora por primera vez después de innumerables años de silencio, ante las pisadas de unos seres humanos. Esto es especialmente cierto a causa de que la horrible revelación surgió del mero estudio de los muros esculpidos. Las fotografías serán por eso muy útiles para probar la verdad de mis afirmaciones. Lamentablemente, no disponíamos de mucha película virgen. Cuando se nos terminó, nos contentamos con dibujar en nuestras libretas algunos de los bajorrelieves más notables.

El edificio en que habíamos entrado era de gran tamaño y complejidad, y nos dio una singular idea de la arquitectura de aquel anónimo pasado. Las paredes interiores eran menos macizas que las

exteriores, pero en los pisos más bajos se habían conservado muy bien. Era aquél un verdadero laberinto, con diferencias curiosamente irregulares entre un piso y otro, y sin aquellos pedazos de papel, sin duda nos habríamos extraviado. Decidimos explorar ante todo las partes superiores más dañadas; una ascensión de treinta metros nos llevó a la cima del edificio. Allí una hilera de cuartos sin techo y cubiertos de nieve se abría bajo el cielo polar. Llegamos a esa cima por medio de rampas o planos inclinados que hacían en todas partes las veces de escaleras. Los cuartos tenían las formas y proporciones más variadas: estrellas de cinco puntas, triángulos y cubos perfectos. Todos medían, generalmente, nueve metros por nueve de superficie, y unos seis metros de altura. Había sin embargo habitaciones mayores. Después de examinar cuidadosamente las partes más elevadas, descendimos, piso por piso, a los cuartos inferiores y nos encontramos en una verdadera confusión de salones y pasillos unidos entre sí, que cubría sin duda un área superior a la del edificio mismo. Las proporciones ciclópeas de todo aquello se hicieron muy pronto curiosamente opresivas. Había algo de profundamente inhumano en los contornos, la decoración y las sutilezas arquitectónicas de esta construcción de monstruosa antigüedad. El estudio de las esculturas nos reveló muy pronto que el laberinto tenía varios millones de años de existencia.

Aún hoy me es imposible explicar qué principios mecánicos presidían el equilibrio y la disposición de aquellas ,vastas masas de roca; aunque los constructores habían recurrido frecuentemente a los principios del arco. Los cuartos que visitamos estaban totalmente desprovistos de muebles, circunstancia que parecía probar que la ciudad había sido abandonada voluntariamente. El motivo principal de decoración eran aquellas esculturas esculpidas en casi todos los muros. Estaban dispuestas, generalmente, en bandas horizontales de casi un metro de ancho, que alternaban con otras bandas de tamaño similar y de arabescos geométricos.



A menudo, sin embargo, en las bandas de arabescos se habían incluido unas cartelas lisas con unos curiosos grupos de puntos.

La técnica, como comprobamos en seguida, era de una rara perfección, y revelaba una civilización desarrollada hasta el más alto grado, aunque totalmente ajena a la tradición artística de la raza humana. En delicadeza de ejecución ninguna escultura de las que yo había visto hasta entonces podía equiparársele. Los menores detalles de la vida vegetal o animal habían sido reproducidos con una fidelidad prodigiosa, a pesar de la vastedad de la escala, y los dibujos convencionales eran maravillas de compleja delicadeza. En los arabescos se advertía un uso profundo de principios matemáticos, y consistían en curvas y ángulos oscuramente simétricos basados en el número cinco. Las esculturas, ejecutadas según una muy curiosa perspectiva, eran de un vigor tal que nos conmovieron profundamente a pesar del abismo de años que las separaba de nuestra época. La técnica se basaba en una singular disposición de la sección transversal con la silueta de dos dimensiones, y revelaba una psicología analítica desconocida para todos los pueblos de la antigüedad. Es inútil comparar este arte con cualquiera de los representados en nuestros museos. Los que vean las fotografías le encontrarán una cierta similitud con el de algunos futuristas.

Los arabescos consistían en unos surcos grabados cuya profundidad, en las piedras no desgastadas por la erosión, era de unos tres a cinco centímetros. Las cartelas adornadas de grupos de puntos - evidentemente inscripciones en un alfabeto desconocido- formaban unas depresiones de unos cuatro centímetros, y los puntos de dos. El fondo de las esculturas era un bajorrelieve, a unos cinco centímetros de la superficie original de la pared. En algunos casos podían notarse ciertas huellas de color, aunque en la mayor parte el tiempo había borrado todo pigmento. Cuanto más se estudiaba la técnica de esas esculturas, tanto mas se las

admiraba. Por encima de las convenciones, muy estrictas, era posible distinguir la habilidad y el minucioso poder de observación del creador, y en verdad las convenciones mismas servían para acentuar la esencia real de cada uno de los objetos representados. Sentimos, también, que fuera de esas reconocibles excelencias había otras que superaban los límites de nuestra percepción. Ciertos signos, aquí y allí, insinuaban unos símbolos y significaciones que para otras mentes y otros sentidos debían tener un profundo y expresivo valor.

El tema de esas esculturas era sin duda la vida en la época en que habían sido creadas, y se referían en gran parte a acontecimientos históricos. Esta última y peculiar circunstancia nos daba la posibilidad de informarnos acerca de aquella raza antiquísima, y por ese motivo nos dedicamos principalmente a fotografiar y a dibujar. En algunas de las habitaciones había varios mapas y cartas astronómicas, y otros dibujos científicos a gran escala; todos corroboraban terriblemente la verdad de lo que habíamos creído ver en las estatuas y frisos. Hoy sólo puedo esperar que mis relatos no despierten una curiosidad más grande que toda precaución. Sería realmente trágico que alguien osara visitar ese reino de muerte y horror impulsado por esta misma advertencia.

En los muros esculpidos se abrían grandes ventanas y puertas macizas de tres metros y medio de altura; unas y otras conservaban a veces sus paneles y persianas de madera petrificada -esculpida y pulida minuciosamente-. Todas las partes metálicas habían desaparecido, pero las puertas se mantenían en algunos casos en su lugar y tuvimos que hacerlas a un lado. En las ventanas era posible advertir de cuando en cuando la presencia de un curioso material transparente. Había también algunos nichos de gran tamaño, generalmente vacíos, pero que a veces guardaban unos objetos de esteatita. Los otros orificios formaban parte sin duda de sistemas de iluminación y ventilación acerca de los cuales las esculturas

nos habían dado una vaga idea. Los cielos rasos eran comúnmente lisos, pero en algunos había habido unas losas de esteatita verde ahora en el suelo. Los suelos estaban también adornados con esas losas, aunque predominaba la piedra desnuda.

Como he dicho, faltaban todos los muebles: pero las esculturas se referían a unos extraños aparatos que habían llenado una vez estas salas donde resonaban ahora los ecos de las tumbas. Por encima del nivel de la capa de hielo los picos estaban generalmente cubiertos de detritos y restos de toda especie; pero más abajo apenas había obstáculos. Los cuartos y pasillos inferiores tenían sólo una capa de polvo, y a veces daban la impresión de haber sido barridos no hacía mucho. Como es natural, donde había habido algún derrumbe los cuartos inferiores estaban tan cubiertos de escombros como los superiores. Un patio central -como en otros edificios que habíamos vislumbrado desde el aire- evitaba que en las habitaciones interiores reinasen las sombras. En las salas altas, por lo tanto, apenas teníamos que usar nuestras linternas, salvo para estudiar los detalles de las esculturas. Pero bajo la capa de hielo escaseaba la luz, y en los pisos inferiores había una oscuridad absoluta.

Para dar aunque sea una idea rudimentaria de nuestros pensamientos y sensaciones al penetrar en este laberinto, vacío y silencioso desde hacía millones de años, tendría que describir un increíble caos de impresiones y recuerdos fugaces. La antigüedad aterradora y la mortal desolación del lugar hubiesen abrumado a cualquier persona sensitiva; pero es necesario añadir los inexplicables horrores del campamento, y las revelaciones que nos proporcionaron demasiado pronto las terribles esculturas murales. En el mismo instante en que llegábamos a una sección perfectamente conservada, comprendimos la horrorosa verdad, una verdad que Danforth y yo habíamos sospechado, es cierto, independientemente, pero que no nos habíamos atrevido a insinuar en voz alta. No pudimos

tener ya ninguna duda misericordiosa acerca de la naturaleza de los seres que habían construido y habitado esta ciudad hacía millones de años, cuando los antecesores del hombre eran aún mamíferos primitivos, y los enormes dinosaurios se paseaban por las estepas tropicales de Asia y Europa.

Habíamos insistido en pensar hasta entonces, y para nosotros mismos, que la constante presencia del motivo de las cinco puntas tenía un único significado: la exaltación cultural o religiosa de un objeto natural arqueano de forma similar. Así el motivo principal del arte decorativo en la Creta micénica había sido la figura de un toro, el de Egipto la de un escarabajo, el de Roma las de un lobo y un águila, y el de las tribus salvajes las de algún animal totémico. Pero ahora nos veíamos obligados a enfrentarnos con una idea que el lector de estas páginas ya ha sospechado probablemente. Apenas me atrevo a transcribirla en negro sobre blanco, pero quizá no tenga que hacerlo.

Las criaturas que habían habitado y construido esta terrible ciudad en la edad de los dinosaurios no eran ciertamente dinosaurios, sino algo peor. Los dinosaurios eran una raza joven, desprovista de inteligencia; pero los constructores de la ciudad eran sabios y viejos, y habían dejado ciertas huellas en rocas que databan de mil millones de años atrás. En esa época la única vida terrestre era unas agrupaciones celulares, y no existía en realidad una verdadera vida. Estas criaturas tenían que ser los hacedores y los amos de esa vida, y en ellos se habían originado sin duda aquellos mitos a los que se refieren obras como los Manuscritos Pnakóticos y el Necronomicon. Eran éstos los «Grandes Antiguos», que habían descendido de las estrellas cuando la Tierra era joven; seres cuya sustancia se había formado a través de una misteriosa evolución, y cuyos poderes no parecían tener límites. Y pensar que la víspera Danforth y yo habíamos contemplado unos fragmentos de esa sustancia, y que el pobre Lake y sus compañeros habían

visto sus cuerpos intactos.

Me es naturalmente imposible narrar en su orden las etapas que recorrimos antes de llegar a nuestro conocimiento actual de ese monstruoso capítulo de la vida prehumana. Luego del aturdimiento de la primera revelación, tuvimos que descansar un rato, y ya eran las tres de la tarde cuando iniciamos nuestra investigación sistemática. Las esculturas del edificio pertenecían a una edad relativamente tardía — quizá de hacía dos millones de años — a juzgar por los datos biológicos, geológicos y astronómicos que proporcionaban, y eran de un estilo que podría llamarse decadente por comparación con las obras que encontramos en edificios más viejos luego de cruzar unos puentes sumergidos. Uno de esos edificios, labrado en la misma roca, tenía una antigüedad de por lo menos cincuenta millones de años — o sea del eoceno inferior o el cretáceo superior — y contenía unos bajorrelieves de calidad excepcional.

Si no fuese por las fotografías, que pronto serán conocidas por todo el mundo, me resistiría a hablar de mis descubrimientos, ya que corro el peligro de que me encierren en un manicomio. Por supuesto, las partes más antiguas de la historia que alcanzamos a descifrar — y que representaban la vida preterrestre de los seres de cabeza de estrella en otros planetas, otras galaxias y otros universos — pueden ser interpretadas con facilidad como cuentos mitológicos de estos mismos seres: pero tales fragmentos incluían a veces mapas y diagramas tan increíblemente similares a los últimos descubrimientos de la matemática y la astrofísica que yo apenas sabía qué pensar. Dejaré que otros decidan cuando aparezcan las fotografías.

Como es natural, cada uno de los grupos de esculturas con que nos encontrábamos relataba sólo una fracción de la historia, y ésta sólo pudo ser reconstruida más tarde. Algunas de aquellas salas describían episodios independientes, mientras que en otros casos una crónica ininterrumpida se sucedía de habitación en habitación y de corredor en corredor. Los

mejores mapas y diagramas se encontraban en una habitación abismal, situada muy por debajo del viejo nivel del suelo: una caverna de unos sesenta metros cuadrados y de unos veinte metros de altura que tenía que haber servido como centro educativo. En las distintas habitaciones y edificios había repeticiones exasperantes, y algunos capítulos de la historia eran sin duda los favoritos de los artistas y los ocupantes de la casa. A veces, sin embargo, varias versiones del mismo tema servían para llenar lagunas y aclarar puntos oscuros.

Me maravilla aún que hayamos podido descubrir tantas cosas en tan poco tiempo. Por supuesto, todavía ahora no tenemos más que una idea muy general, y nuestras informaciones más precisas fueron obtenidas gracias al estudio posterior de las fotografías y los croquis. La actual depresión nerviosa de Danforth pudo tener como causa este estudio -los recuerdos de aquellas escenas y de la impresión que causaron en nosotros- y aquel supuesto- horror que no ha querido revelar. Pero este estudio era indispensable; no podríamos hacer la menor advertencia sin dar toda la información posible, y esa advertencia es sin duda de una imperiosa necesidad. Ciertas influencias todavía presentes en esa Antártida, donde el tiempo y las leyes de la naturaleza parecen sufrir una extraña deformación, nos han convencido de que debemos desanimar a todos los posibles exploradores.

## 7

Todo lo que sabemos Danforth y yo aparecerá próximamente en el boletín oficial de la Universidad de Miskatonic. Así que me contentaré con esbozar aquí nada más que lo principal. Mito o realidad, las esculturas narran la llegada a la Tierra todavía sin vida de esos seres de cabeza de estrella y de otros que de cuando en cuando se deciden a explorar el universo. Aparentemente son capaces de atravesar el espacio interestelar

con la ayuda de sus grandes alas membranosas, y se confirma así la historia que me narró hace años un colega universitario. Durante un tiempo vivieron en las profundidades del mar, construyendo ciudades fantásticas y librando feroces batallas con enemigos anónimos mediante el empleo de complicados aparatos que usaban principios desconocidos de energía. Evidentemente, sus conocimientos mecánicos y científicos sobrepasaban a los del hombre actual, aunque recurrían a sus aplicaciones más elaboradas sólo cuando se veían obligados a ello. Algunas de las esculturas sugerían que en algún lejano planeta habían pasado por una era mecánica, abandonada más tarde por ser emocionalmente insatisfactoria. Gracias a la resistencia de sus órganos y la simplicidad de sus necesidades naturales podían llevar una vida del más alto nivel sin el auxilio de la manufactura especializada.

En el mar, primero para alimentarse y luego con otros propósitos, crearon las formas originales de la vida terrestre a partir de sustancias que conocían desde hacía mucho tiempo. Luego de haber aniquilado a varios enemigos cósmicos se dedicaron a los experimentos más complicados. Habían hecho lo mismo en otros planetas, no contentándose solamente con elaborar alimentos, sino también ciertas masas protoplásmicas capaces de transformar sus tejidos en toda clase de órganos bajo influencias hipnóticas. Estas masas eran así perfectos esclavos, encargados de las labores más pesadas. (Se trataba sin duda de las criaturas viscosas que Abdul Alhazred llama Ksoggoths» en su terrible. Necronomicon, aunque aquel árabe loco no insinuó jamás que hubiesen existido en la Tierra, excepto en los sueños de quienes masticaban cierta hierba alcaloidea.) Cuando los Antiguos de cabeza de estrella lograron sintetizar sus principales alimentos y difundieron por el mundo un buen número de soggoths, dejaron que otros grupos celulares evolucionaran libremente, eliminando a aquellos que podían traer dificultades.

Con la ayuda de los soggoths, capaces de levantar pesos prodigiosos, las pequeñas ciudades submarinas se transformaron pronto en vastos e imponentes laberintos de piedra, no muy distintos de los que más tarde fueron contruidos en la superficie. Los Antiguos habían llevado durante largo tiempo, en otros planetas, una vida terrestre, y sabían cómo construir en tierra firme. Mientras estudiábamos la arquitectura de esas ciudades paleógenas, incluso la de aquella cuyos corredores habíamos visitado, nos impresionó una curiosa coincidencia que hasta entonces no habíamos tratado de explicar. Las cimas de las casas, que en la ciudad antártica habían desaparecido hacía ya mucho tiempo, aparecían en los bajorrelieves con finas agujas, delicados ápices piramidales y cónicos, y terminaciones cilíndricas coronadas por discos horizontales. Esto es exactamente lo que había mostrado aquel espejismo nacido de una ciudad donde esos adornos existían desde hacía miles de años.

De la vida de los Antiguos, tanto en el mar como en la tierra, podrían escribirse volúmenes. Aquellos que vivían en el agua habían conservado el uso de los ojos (situados en las puntas de los cinco tentáculos de la cabeza), y habían cultivado las artes de la escultura y la escritura casi como los terrestres. La escritura se practicaba con un estilete en superficies blandas e impermeables. Los que vivían en los abismos, aunque dotados de un curioso órgano fosforescente para darse luz, completaban su visión con unos sentidos muy especiales situados bajo el vello prismático de la cabeza. Con estos sentidos podían prescindir de la luz. En las formas de la escultura y la escritura había variantes que implicaban diversos procesos químicos - probablemente para dar a los objetos una luz fosforescente que los bajorrelieves no aclaraban del todo. Estas criaturas se movían en el agua en parte nadando — con la ayuda de los brazos laterales — y en parte arrastrándose sobre los tentáculos inferiores. Ocasionalmente recurrían al uso auxiliar de dos o más pares de aquellas alas plegables. En tierra usaban



los tentáculos, pero de cuando en cuando volaban a grandes alturas y cubrían largas distancias ayudados por las alas. Las terminaciones de los brazos eran infinitamente delicadas, flexibles, fuertes y precisas, y cumplían hábilmente cualquier operación artística o manual.

La solidez de sus cuerpos era casi increíble. Ni siquiera las enormes presiones submarinas alcanzaban a causarles daño. Muy pocos parecían morir, excepto por causa violenta, y no había cementerios. El hecho de que enterraran los cadáveres — inhumados verticalmente — bajo túmulos de cinco puntas despertó en Danforth y en mí una horrorosa asociación de ideas. Se multiplicaban por medio de esporas como vegetales pteridolitos, pero, debido a su prodigiosa resistencia y longevidad, no preconizaban el desarrollo de otros protalos excepto cuando había nuevas tierras que colonizar. Los jóvenes maduraban rápidamente y recibían una educación cuya naturaleza era difícil concebir. La vida intelectual y estética estaba muy desarrollada, y daba como resultado la tenaz persistencia de unas costumbres e instituciones que describiré con mayor abundancia en mi próxima monografía. Ellas variaban de acuerdo con el lugar de residencia - tierra o mar-, pero eran esencialmente idénticas.

Aunque capaces, como los vegetales, de alimentarse de sustancias inorgánicas, eran preferentemente carnívoros. En el mar comían animales marinos crudos, pero en tierra cocinaban sus alimentos. Cazaban animales salvajes y criaban ganado, y mataban a unos y otros con unas armas cuyas curiosas huellas, en ciertos huesos fósiles, ya habían sido advertidas por nuestra expedición. Resistían maravillosamente todas las temperaturas, y podían vivir en el agua helada. Sin embargo, cuando llegaron los grandes fríos del pleistoceno — hace un millón de años — los que habitaban en tierra firme tuvieron que recurrir a medidas especiales — incluso métodos de calefacción —, hasta que al fin la temperatura los obligó a refugiarse en el mar. En la época de sus luchas prehistóricas en el espacio, decía la

leyenda, eran capaces de absorber ciertas sustancias químicas, libres de las necesidades y condiciones naturales; pero en el tiempo de los grandes fríos habían olvidado cómo hacerlo. De cualquier modo, no hubiesen podido prolongar ese estado artificial indefinidamente sin sufrir daño.

Como no se acoplaban, y eran de estructura semivegetal, carecían de toda vida familiar basada en leyes biológicas; pero organizaban vastos habitáculos en los que se agrupaban — según dedujimos de las ocupaciones y diversiones que mostraban las esculturas — de acuerdo con su afinidad mental. Al amueblar las habitaciones instalaban todo en el centro, y reservaban los muros para la decoración. La luz, en tierra firme, era obtenida por medio de un dispositivo de naturaleza probablemente electroquímica. Tanto en tierra como en el mar usaban curiosas mesas, sillas y cilindros donde descansaban de pie, con los tentáculos plegados, y unos estantes donde alineaban las planchas punteadas que eran sus libros.

El sistema de gobierno era evidentemente complejo, y de estructura quizá socialista, aunque las esculturas que vimos no permiten afirmarlo con seguridad. Había un comercio abundante, tanto local como entre los diferentes centros poblados, y unas piedrecitas de esteatita verde, de forma de estrella e inscritas, servían de dinero. Aunque la cultura era principalmente urbana, existían también una ganadería y una agricultura florecientes. Había además, aunque en una escala menor, industria minera y manufacturera. Los viajes eran muy comunes, pero no se realizaban migraciones salvo con motivo de vastos movimientos de colonización. No usaban ningún medio de transporte, pues tanto en el agua como en la tierra y el aire parecían capaces de desarrollar por sus propios medios una gran velocidad. Sin embargo, las cargas eran transportadas por bestias: soggoths bajo el agua, y una gran variedad de vertebrados primitivos en los últimos años pasados en tierra firme.

Estos vertebrados, lo mismo que una infinidad de otras formas de

vida — animal, vegetal, marina, terrestre y aérea —, eran producto de una evolución no dirigida que actuaba sobre las células creadas por los Grandes Antiguos. Se había permitido que se desarrollaran libremente por no haberse rebelado nunca contra sus amos. Los organismos de difícil dominación, como es natural, fueron exterminados mecánicamente. Nos llamó la atención ver que en las últimas y más decadentes esculturas aparecían unos mamíferos usados a veces como alimento y otras como divertidos bufones, y cuyos rasgos simiescos y humanos eran indudables. En la construcción de las ciudades terrestres los grandes bloques de piedra de los edificios habían sido alzados generalmente por pterodáctilos de una especie desconocida para nuestros paleontólogos.

El modo como los Antiguos sobrevivieron a diversos cambios geológicos y a las convulsiones de la corteza terrestre era casi un milagro. Aunque ninguna de sus primeras ciudades había llegado a la edad arqueana, ni la civilización ni la transmisión de los registros se habían interrumpido. En un principio, recién llegados al planeta, se habían instalado en el océano Antártico, poco tiempo después de que la materia de que está formada la Luna hubiese sido arrancada al Pacífico Sur. En esa época, según un bajorrelieve, todo el globo terrestre estaba bajo el agua, y las ciudades de piedra se extendían más y más alrededor de la Antártida. En otro mapa se veía una gran extensión de terreno alrededor del Polo Sur, donde algunos de los seres se habían instalado en forma experimental, aunque los centros principales habían sido transferidos al fondo del mar más próximo. Mapas posteriores, que mostraban la tierra como hendida y flotante, con ciertas partes que iban hacia el norte, apoyaban de un modo asombroso las teorías sobre la migración de los continentes sostenida entre nosotros por Taylor, Wegener y Joly.

Con la aparición de un nuevo continente en el Pacífico sobrevinieron tremendos acontecimientos. Algunas de las ciudades marinas

fueron destruidas, pero eso no fue lo peor. Otra raza (formada por criaturas similares a pulpos y que pertenecía quizá a la prole de Cthulhu) descendió de la infinitud cósmica y desencadenó una guerra que por un tiempo hizo que todos los Antiguos tuvieran que esconderse en el fondo del mar: golpe terrible si se tiene en cuenta que las colonias terrestres eran cada vez más numerosas. Más tarde se llegó a un acuerdo y la prole de Cthulhu se refugió en las tierras nuevas mientras que los Antiguos se reservaban el océano y las tierras de más edad. Fueron fundadas nuevas ciudades en tierra firme; la mayoría en la Antártida, pues esta región era sagrada en virtud de que en ella habían puesto pie por primera vez en el planeta. Desde entonces la Antártida fue el centro de la civilización de los Antiguos, y todas las ciudades construidas allí por la prole de Cthulhu desaparecieron. Luego, de pronto, las tierras del Pacífico volvieron a hundirse, y con ellas la terrible ciudad de piedra de R'lyeh y todos los pulpos cósmicos, de modo que los Antiguos fueron otra vez amos únicos del planeta a pesar del vago temor que los oprimía continuamente y del que no se atrevían a hablar. Siglos más tarde sus ciudades cubrían la mayor parte del globo, y éste es el motivo por el que recomendaré en mi próxima monografía que algunos arqueólogos efectúen excavaciones con el aparato de Pabodie en ciertas regiones muy separadas entre sí.

Las migraciones se realizaron entonces, y casi constantemente, desde el mar a la tierra. Ante todo habían aparecido nuevos continentes e islas. Por otra parte los soggoths se mostraban cada vez más rebeldes. Con el paso del tiempo, como confesaban tristemente las esculturas, el arte de crear nueva vida a partir de la materia inorgánica se había perdido, de modo que los Antiguos tenían que depender de las formas ya existentes. Los grandes reptiles terrestres eran extremadamente dóciles, pero los soggoths, que se reproducían por fisión y adquirían un grado peligroso y accidental de inteligencia, representaron durante un tiempo un problema enorme.

Habían sido siempre gobernados por medio de la sugestión hipnótica, y habían modelado su sustancia plástica en diversos miembros y órganos provisionales; pero ahora ejercían esta facultad de un modo a veces independiente, aunque imitando las formas sugeridas antes. Parecían haber adquirido un cerebro cuyos poderes volitivos eran un eco de la mente de los Antiguos, pero capaz de desobedecerles de cuando en cuando. Las imágenes esculpidas de estos soggoths nos llenaron a Danforth y a mí de repugnancia y terror. Eran comúnmente entidades informes, constituidas por una jalea viscosa similar a una aglutinación de burbujas; cuando tenían una forma esférica alcanzaban un diámetro de casi cinco metros. Sin embargo, cambiaban continuamente de forma y volumen, formando órganos visuales, auditivos y de lenguaje imitados de los de sus amos ya espontáneamente o por sugestión.

Hacia mediados de la edad pérmica — cincuenta millones de años atrás — se hicieron particularmente intratables y hubo que librar contra ellos una verdadera guerra. Las imágenes de esta guerra — en la que los soggoths decapitaban a sus víctimas y las dejaban cubiertas de una baba viscosa — horrorizan todavía a pesar del abismo del tiempo. Los Antiguos habían empleado contra los rebeldes unas curiosas armas moleculares y atómicas, y habían alcanzado al fin una victoria completa. Luego, según las esculturas, habían domado a los soggoths así como los vaqueros domaron a los caballos salvajes en el oeste norteamericano. Pero durante la rebelión los soggoths habían desarrollado la capacidad de vivir fuera del agua, capacidad que no se les había inculcado, pues en tierra firme su utilidad era menor que las dificultades que presentaba su manejo.

Durante la edad jurásica los Antiguos habían sufrido una nueva invasión desde el espacio. Esta vez los monstruos eran unos crustáceos fungoides, los mismos sin duda que figuraban en ciertas leyendas de las colinas de Vermont y que las tribus del Himalaya llaman Mi-Go o

abominable hombre de las nieves. Para luchar contra estos seres los Antiguos intentaron, por primera vez desde su llegada a la Tierra, volver otra vez al espacio interplanetario; pero, a pesar de todos los preparativos tradicionales, no pudieron dejar la atmósfera terrestre. Cualquiera que fuese el secreto de los viajes interestelares, éste se había perdido. Al fin los Mi-Go echaron a los Antiguos de las tierras del norte, aunque no pudieron molestar a los que vivían en el mar. Poco a poco comenzó la lenta retirada de aquella antigua raza a su hábitat antártico original.

Era curioso advertir, en la representación mural de las batallas, que la prole de Cthulhu y los Mi-Go era de una sustancia orgánica muy distinta de la que hoy conocemos, aún más que la de los Antiguos. Tenían la facultad de efectuar ciertas transformaciones y reintegraciones imposibles para sus adversarios, y parecían proceder de los más remotos abismos del espacio cósmico. Los Antiguos, a pesar de la curiosa resistencia de sus organismos, eran estrictamente materiales, y debían de haberse originado en el contínuum espacio-tiempo; el lugar de donde venían los otros era, en cambio, inimaginable. Todo esto, por supuesto, si las anomalías atribuidas a los invasores no son meramente mitológicas. No es imposible que los Antiguos hayan ideado unas amenazas cósmicas para justificar sus ocasionales fracasos, ya que el amor por la historia y el orgullo parecían ser las características más notables de su carácter. Es significativo que sus anales no nombrasen muchas razas evolucionadas y poderosas de las que persisten oscuras leyendas.

Las metamorfosis del mundo a lo largo de las edades geológicas aparecían con una animación sorprendente en muchos mapas y escenas esculpidas. En algunos casos había que revisar nuestras ciencias, pero en otros se confirmaban las más atrevidas de las deducciones. Como ya he dicho, las hipótesis de Taylor, Wegener y Joly, según las cuales todos los continentes son fragmentos de una masa terrestre de origen antártico que la

fuerza centrífuga rompió e hizo deslizar sobre una superficie técnicamente viscosa — hipótesis sugeridas por la existencia de perfiles complementarios, como los de África y América del Sur, y el modo como se alzan las grandes cadenas montañosas —, recibieron un sorprendente apoyo de esta fuente increíble.

Algunos mapas mostraban el mundo carbonífero de hace un millón de años con hendiduras y grietas significativas que separarían más tarde al África de las tierras, entonces unidas, de Europa (la Valusia de las leyendas), Asia, América y el continente antártico. Otros — y principalmente uno relacionado con la fundación de la ciudad, hacía cincuenta millones de años — mostraban los continentes actuales bien diferenciados entre sí. Y en los últimos ejemplares descubiertos — que datan quizá de la edad pliocena — el mundo de hoy aparecía con bastante claridad a pesar de la unión de Alaska con Siberia, de Europa con Norteamérica (por Groenlandia) y de América de Sur y la Antártida (por la Tierra de Graham). En el mapa carbonífero todo el globo — tanto las masas de tierra firme como el fondo de los océanos — estaba cubierto de señales que indicaban la posición de las vastas ciudades de piedra, pero en los últimos mapas el retroceso hacia la Antártida era gradual y evidente. En el que correspondía al último período del plioceno no había ciudades en tierra firme, excepto en el continente antártico y el extremo austral de Sudamérica, ni ninguna ciudad oceánica más allá del paralelo cincuenta de latitud sur. El estudio de las tierras del norte y el interés por ellas habían desaparecido casi del todo y sólo vimos en los mapas un esbozo de las líneas costeras hecho probablemente durante algún vuelo de exploración realizado con la ayuda de aquellos abanicos membranosos.

Tema común en los bajorrelieves era la destrucción de las ciudades a consecuencia de diversos cataclismos: el surgimiento de las montañas, el desplazamiento centrífugo de los continentes, las convulsiones sísmicas. A

medida que pasaban los años, las reconstrucciones eran más raras. La enorme megalópolis que yacía a nuestro alrededor, edificada a comienzos del período cretáceo, parecía haber sido el último gran centro de los Antiguos. La región parecía ser un lugar santo donde se habían instalado los primeros seres de esa raza. En la ciudad nueva — muchos de cuyos edificios reconoceríamos en las esculturas, pero que se extendía a lo largo de la cadena de montañas por casi doscientos kilómetros — habían sido conservadas algunas piedras pertenecientes a la primera ciudad, construida en los abismos submarinos, y que había surgido a la luz luego de un largo período en que se habían alterado los estratos.

## 8

Danforth y yo estudiamos con especial interés y mucha angustia todo lo que se refería a la ciudad. Los documentos abundaban y descubrimos por suerte, al nivel del suelo, una casa más nueva cuyos muros, algo dañados por un derrumbe vecino, describían un período muy posterior al del mapa plioceno. Éste fue el último lugar que examinamos minuciosamente, pues lo que descubrimos allí nos dio un nuevo e inmediato objetivo.

Nos encontrábamos, sin duda, en uno de los lugares más extraños, terribles y antiguos del mundo. No tardamos en comprender que esta tierra desierta tenía que ser la fabulosa meseta de Leng, que ni aun el autor del Necronomicon se había atrevido a describir. La enorme cadena montañosa era increíblemente larga, pues -incluidas sus estribaciones- se extendía desde la tierra de Luitpold, en la costa del mar de Weddell, hasta el otro extremo del continente. Las partes realmente elevadas formaban un arco que nacía a los 80° de latitud y 60° de longitud este, y llegaba a los 70° de latitud y 115° de longitud este. El lado cóncavo enfrentaba nuestro campamento y alcanzaba la costa cubierta de hielo cuyas colinas fueron



avistadas por Wilkes y Mawson.

Pero la naturaleza había erigido unos monstruos mayores, y no muy lejos de allí. He dicho que esos picos son más altos que los del Himalaya, pero las esculturas me permiten afirmar que no son los más altos del mundo. Ese frío honor le corresponde sin duda a algo que la mayor parte de las esculturas apenas osan nombrar; otras hablan de eso con una repugnancia y un horror evidentes. Existía, parece, en esas antiguas tierras — las primeras que surgieron a la superficie luego de la aparición de la Luna y la llegada de los Antiguos — una parte que era comúnmente evitada a causa de su reputación. Las ciudades edificadas allí se derrumbaron misteriosamente antes de tiempo. Luego, cuando las convulsiones terrestres de la era cománchica asolaron la región, una prodigiosa línea de picos se alzó de pronto en medio del terrible caos, y el mundo se encontró en posesión de las más majestuosas y terribles de sus montañas.

Si la escala de las esculturas era correcta, estas cimas aborrecibles debían de alcanzar una altura de doce mil metros. Se extienden, parece, desde los 77° de latitud y los 70° de longitud este hasta los 70° de latitud y los 100° de longitud este, a unos cuatrocientos kilómetros de la ciudad muerta, de modo que si no hubiera sido por aquella niebla habríamos podido ver sus terribles picos. Su extremo norte tenía que ser visible desde la costa de la Tierra de la Reina Mary.

Algunos de los Antiguos, en los días de la decadencia, habían dirigido extrañas plegarias a esas montañas, pero ninguno se acercó a ellas ni se atrevió a insinuar qué podía haber más allá. No habían sido vistas por ningún ser humano, y mientras yo estudiaba las emociones expresadas por las esculturas, rogué que nadie las viese nunca. Hay unas colinas en la línea de la costa, detrás de la cordillera — en las tierras de la Reina Mary y el Kaiser Guillermo —, y agradezco al cielo que nadie haya sido capaz de ascender a ellas. No soy ya tan escéptico en lo que concierne a las antiguas

leyendas y temores, y no me río de las concepciones del escultor. Según él los rayos se inmovilizan en esos picos siniestros, y un resplandor inexplicable nace de una de esas cimas durante toda la noche polar. Hay pues, quizá, una muy real y monstruosa amenaza en lo que dicen los Manuscritos Pnakóticos de Kadath en el Desierto Helado.

Pero las tierras que nos rodeaban eran apenas menos extrañas, aunque si quizá menos malditas. Poco después de la fundación de la ciudad se alzaron en la cadena montañosa los templos más importantes, y unas torres grotescas y fantásticas se elevaron hacia el cielo en sitios donde ahora veíamos una simple acumulación de cubos. Con el correr de los años, aparecieron las cuevas, anexas siempre a los templos. En épocas más tardías las aguas arrastraron todas las vetas calcáreas, de modo que los picos, los contrafuertes y la misma llanura se transformaron en una verdadera red de galerías y cavernas unidas entre sí. Muchas de las esculturas describían las expediciones al interior de la tierra, y el descubrimiento final de un vasto mar tenebroso en las entrañas del globo.

Esta cavidad había sido formada sin duda por el río procedente de las montañas occidentales, horribles y anónimas, y que había bordeado la cordillera de los Antiguos antes de desembocar en el océano, entre las tierras de Budd y Totten en la costa de Wilkes. Poco a poco había ido devorando la base calcárea de los picos hasta que al fin las corrientes llegaron a las aguas subterráneas y se unieron a ellas para formar un abismo más hondo. Pronto todo el río se volcó en esa caverna, y su cauce quedó definitivamente seco. Los Antiguos, comprendiendo lo que había ocurrido, y ejerciendo nuevamente sus habilidades artísticas, habían esculpido como pilones las piedras de la abertura por donde la corriente descendía hacia la oscuridad eterna.

Este río, cruzado en otro tiempo por puentes de piedra, era indudablemente aquel cuyo cauce seco habíamos visto desde el aire. Su

posición en los distintos bajorrelieves nos permitió orientarnos, observar las transformaciones de la ciudad en las diversas etapas de su larga historia, y dibujar un mapa apresurado, pero minucioso, de las particularidades más salientes — plazas, edificios importantes — para que nos sirviesen de guía en exploraciones futuras. Pronto pudimos reconstruir, imaginativamente, la prodigiosa ciudad tal como había sido un millón de años, diez millones de años o cincuenta millones de años atrás, pues las esculturas reproducían con toda exactitud el aspecto de los edificios, las plazas, los barrios, las montañas y la lujuriosa vegetación de la era Terciaria. La ciudad debió de tener una maravillosa y mística belleza, y cuando la imagino olvido casi la opresión que sentí ante aquel laberinto de edad inhumana, inmenso, sin vida, extraño y bañado en una luz crepuscular y glacial. Sin embargo, de acuerdo con algunos de los bajorrelieves, sus mismos habitantes habían conocido un terror misterioso; en numerosas escenas se los veía retroceder ante algún objeto — nunca representado — que había sido encontrado en el agua y que procedía de las horribles montañas del oeste.

Sólo en la casa de más reciente construcción, con sus esculturas decadentes, descubrimos algunas referencias a la catástrofe que había llevado al abandono de la ciudad. Debía de haber esculturas de la misma edad en otras partes, a pesar de la falta de energías y aspiraciones, natural en un período de tensión e incertidumbre, y poco después tuvimos la certeza de que así era. Pero ésta fue la primera y única de las esculturas que encontramos directamente. Pensábamos seguir buscando; pero, como he dicho, ciertos hechos nos obligaron a alterar nuestros planes. Sin embargo, debía de haber un límite, pues una vez desvanecida toda esperanza de poder seguir allí, tenían que haber cesado también las decoraciones. La calamidad había sido, por supuesto, la llegada de esos grandes fríos que invadieron la Tierra, y que nunca abandonaron desde entonces las regiones polares; esos grandes fríos que, en la otra extremidad del globo, pusieron fin a las

fabulosas tierras de Lomar e Hiperbórea.

Sería difícil fijar la fecha exacta en que los fríos llegaron a la Antártida. Calculamos que los períodos glaciales se iniciaron hace unos quinientos mil años, pero en los polos ese fenómeno tuvo que ocurrir antes. Toda estimación cuantitativa es sólo una hipótesis, pero es muy probable que las últimas esculturas tengan menos de un millón de años, y que el abandono de la ciudad se completase antes de la iniciación convencional del pleistoceno: hace quinientos mil años.

Las esculturas revelaban que la vegetación había disminuido gradualmente, y que al mismo tiempo se habían despoblado los campos. En las casas aparecieron aparatos de calefacción, y los viajeros invernales se envolvieron en trajes protectores. Toda una serie de cartelas (en estas últimas esculturas el arreglo de las bandas aparecía frecuentemente interrumpido) describía la constante migración hacia los refugios más cálidos: ya sea las ciudades submarinas, junto a las costas lejanas, o el laberinto subterráneo, bajo las cavernas calcáreas de las colinas.

Ese abismo vecino parecía ser el lugar que había recibido mayor número de colonos. Esto era debido, sin ninguna duda, al carácter tradicionalmente sagrado de la región; pero allí era posible, además, seguir usando los templos de las montañas, y conservar la ciudad de la meseta como residencia de verano y enlace con diversas minas. Los medios de comunicación entre la vieja y la nueva colonia fueron mejorados con la construcción de rampas y numerosos túneles directos. Sobre nuestro plano de la ciudad dibujamos cuidadosamente el trazado de estos túneles; dos de las bocas estaban a una distancia razonable, en la parte de la ciudad que bordeaba la montaña: una a quinientos metros del lecho del río, y la otra a un kilómetro en dirección opuesta.

El abismo, parecía, contaba con playas secas, pero los Antiguos construyeron la nueva ciudad bajo el agua, sin duda a causa de la

uniformidad de la temperatura. La profundidad de aquel mar subterráneo parecía ser muy grande, de modo que el calor interno de la Tierra podía asegurar su habitabilidad por un período indefinido. Los Antiguos no tuvieron dificultades en adaptarse otra vez a la vida submarina, ya que no habían permitido que sus agallas se atrofiasen. Muchas esculturas mostraban cómo habían visitado a sus compañeros de raza submarinos y cómo se bañaban a menudo en las aguas profundas. La oscuridad del interior de la Tierra no podía molestar, por otra parte, a una raza largamente acostumbrada a las noches polares.

A pesar de su estilo decadente, estos bajorrelieves últimos -cuando se referían a la construcción de la nueva ciudad en los fondos del mar subterráneo- eran de una cualidad verdaderamente épica. Los Antiguos habían extraído rocas insolubles del corazón de las montañas, y habían recurrido a los trabajadores más expertos de la vecina ciudad submarina. Estos trabajadores trajeron consigo todo lo necesario: tejido de soggoth de donde nacerían obreros y bestias de carga, y materias protoplásmicas destinadas 'a convertirse en organismos fosforescentes para la iluminación.

Al fin, una poderosa ciudad se elevó en el fondo del mar, negro como la laguna Estigia, con un estilo arquitectónico muy similar al de la ciudad de la superficie, y con pocos signos de decadencia a causa de los precisos elementos matemáticos empleados en la construcción. Los nuevos soggoths crecieron hasta alcanzar un tamaño enorme y una inteligencia singular, y ejecutaban las órdenes con una rapidez maravillosa. Parecían comunicarse con los Antiguos imitando sus voces — una especie de sonido musical que abarcaba una gama muy amplia, de acuerdo con la disección efectuada por Lake — y se acostumbraron a obedecer a órdenes orales antes que a sugerencias hipnóticas como en los primeros tiempos. Se los dominaba, sin embargo, de un modo admirable. Los organismos fosforescentes suplían por su parte con eficacia la falta de las auroras

boreales del mundo exterior.

El arte y la decoración continuaron, aunque, por supuesto, con ciertos signos de decadencia. Los Antiguos no lo ignoraban, y en ciertos casos anticiparon la política de Constantino el Grande al trasladar desde la vieja ciudad piezas escultóricas especialmente finas, tal como había hecho el emperador de Bizancio al llevar a la nueva capital, en una época de similar declinación, muestras de arte de Grecia y Asia que su propio pueblo era incapaz de concebir. Que el traslado de las piezas esculpidas no fuera más común se debió sin duda a que la ciudad terrestre no fue en un principio totalmente abandonada. Cuando se completó ese abandono -lo que ocurrió antes que el pleistoceno polar estuviese muy adelantado-, los Antiguos ya se habían acostumbrado a las nuevas formas decadentes o habían dejado de reconocer el mérito superior de las esculturas más antiguas. De cualquier modo, en las viejas y silenciosas ruinas que nos rodeaban no parecían faltar los bajorrelieves, aunque sí las estatuas y todos los objetos movibles.

Las cartelas y esculturas decadentes que relataban esta historia fueron, como he dicho, las últimas que pudimos encontrar en nuestra limitada exploración. Se veía en ellas a los Antiguos que iban y venían entre la ciudad terrestre y la ciudad de la caverna marina, y visitaban a veces a sus hermanos de la costa antártica. Por esta época tuvo que haberse sentido el destino de la ciudad, pues las esculturas representaban escenas en las que aparecían los males provocados por el frío. La navegación era cada vez más escasa, y las terribles nieves del invierno ya no se fundían del todo, ni siquiera en pleno verano. Los rebaños de saurios casi habían desaparecido, y los mamíferos soportaban mal los rigores del clima. Para poder proseguir con los trabajos de superficie había sido necesario adaptar algunos soggoths — curiosamente resistentes al frío — a la vida terrestre, cosa que hasta ese entonces los Antiguos se habían negado

a hacer. En el gran río ya no había vida, y el mar de la superficie había perdido a casi todos sus habitantes, excepto focas y ballenas. Todos los pájaros habían escapado. Quedaban sólo los grandes y grotescos pingüinos.

Qué había ocurrido luego, sólo puede ser motivo de conjeturas. ¿Cuánto tiempo había sobrevivido la ciudad edificada en la caverna? ¿Estaría todavía allí, como un cadáver, en la eterna negrura? ¿Se habrían helado al fin las aguas subterráneas? ¿Qué destino habrían sufrido las ciudades del océano exterior? ¿Habrían los Antiguos emigrado hacia el norte, alejándose de la capa de hielo? La geología no había descubierto indicios de su presencia. ¿Continuaba siendo el terrible Mi-Go una amenaza en la tierra del norte? ¿Podía uno saber si los oscuros e insondables abismos de las aguas profundas ocultaban algo? Estas criaturas parecían capaces de resistir cualquier presión, y los hombres de mar recogían de cuando en cuando extraños objetos. ¿La teoría de la ballena-asesina explica realmente las salvajes y misteriosas cicatrices advertidas en algunas focas una generación atrás por Borchgrevink y sus compañeros de expedición?

Los ejemplares encontrados por el pobre Lake no caen dentro de estas conjeturas, pues el examen geológico de los terrenos prueba que han vivido en una fecha muy temprana. Tenían, parecía, no menos de treinta millones de años, y juzgamos que en aquel entonces la ciudad edificada en la caverna, y la caverna misma, no existía aún. Tenían que pertenecer a una época anterior, en la que florecía dondequiera una lujuriosa vegetación terciaria, y una ciudad floreciente se alzaba alrededor de ellos, y un ancho río se dirigía hacia el norte a lo largo de las poderosas montañas en busca de un lejano océano tropical.

Y sin embargo, no podíamos dejar de pensar en esos ejemplares, especialmente esos ocho que habían desaparecido del campamento de Lake. Había algo anormal en todo aquello: los extraños sucesos que

habíamos tratado de atribuir a la locura de alguno de los hombres; aquellas terribles tumbas; la cantidad y naturaleza del material desaparecido; Gedney; la increíble resistencia de los tejidos de los monstruos, y la potencia vital que revelaban las esculturas... Danforth y yo habíamos visto bastante en aquellas últimas horas, y estábamos preparados para aceptar y guardar en silencio muchos secretos asombrosos e increíbles.

## 9

He dicho que el examen de aquellas esculturas decadentes nos obligó a alterar nuestros planes. Se trataba, por supuesto, de las vías de acceso al sombrío mundo interior, de cuya existencia nada habíamos sabido hasta entonces, y que ahora ansiábamos descubrir y atravesar. De la escala de los bajorrelieves dedujimos que una rampa descendente de algo más de un kilómetro de longitud nos llevaría a los oscuros acantilados del gran abismo; de allí unos senderos laterales conducían a la costa rocosa del oculto océano nocturno. Contemplar realmente ese abismo fabuloso era una tentación imposible de resistir. Pero teníamos que iniciar inmediatamente la empresa, si queríamos incluirla en nuestro presente viaje.

Habíamos hecho tantos estudios y croquis bajo el nivel de la capa de hielo que las linternas eléctricas habían funcionado por lo menos cinco horas, y a pesar de las pilas secas especiales no contábamos con más de cuatro horas de luz. Pero si usábamos una sola lámpara a la vez -excepto en los lugares muy interesantes o especialmente dificultosos- podíamos contar con un apreciable margen de seguridad. No podríamos entrar sin luz en esas catacumbas ciclópeas, de modo que si queríamos realizar el viaje tendríamos que dejar de descifrar murales. Por supuesto, era nuestro propósito volver a visitar el lugar en los días, y hasta quizá las semanas, siguientes — pues la curiosidad había borrado hacía tiempo nuestra primera sensación de terror —, pero ahora teníamos que apresurarnos.



Nuestras reservas de trozos de papel no eran muy grandes, y nos resistimos a sacrificar las libretas de notas y el papel de dibujo para aumentarlas, pero al fin decidimos romper un cuaderno. Si ocurría lo peor, podíamos hacer unas marcas en la roca, y si llegábamos a perdernos, siempre — si contábamos con bastante tiempo — nos quedaría la posibilidad de volver a la luz del día por alguno de los innumerables canales. Así que al fin partimos, decididos, hacia la boca -del túnel más próximo.

De acuerdo con los bajorrelieves, esa boca se encontraba a unos quinientos metros; para llegar a ella había que atravesar varios edificios todavía en buen estado, y al nivel de la capa de hielo, que seguramente no ofrecerían dificultades. La abertura estaba situada en el piso bajo de una vasta estructura de forma de estrella — probablemente un edificio público o algún lugar de ceremonias — que debía de encontrarse al pie de los primeros contrafuertes.

Como no recordábamos haber visto una construcción semejante, concluimos que sus partes superiores habrían sufrido grandes daños, o que habría quedado oculta por la capa de hielo. En este último caso la boca estaba probablemente obstruida, de modo que tendríamos que ir hasta la otra, en el norte, situada a algo más de un kilómetro. El cauce seco del río impedía que nos dirigiésemos hacia los túneles del sur, y si, en verdad, ninguno de esos dos túneles resultaba accesible, era difícil que nuestras pilas nos permitiesen llegar hasta un tercero; el más cercano estaba situado a un kilómetro y medio del segundo.

Mientras avanzábamos penosamente por el laberinto de piedra, con la ayuda de los mapas y la brújula (atravesando habitaciones y corredores arruinados o intactos, subiendo y bajando numerosas rampas, evitando puertas obstruidas y montones de escombros, ganando tiempo en los lugares libres de obstáculos, equivocándonos y rehaciendo el camino -y

recogiendo en estos casos los trozos de papel que habíamos dejado atrás-, y encontrándonos de cuando en cuando con alguna abertura por la que se filtraba la luz del día), nos sentimos tentados a menudo por los muros esculpidos que encontrábamos en el camino. Muchos debían ser de una importancia histórica considerable, y sólo el propósito de repetir nuestra visita nos permitió seguir adelante. Nos contentábamos con de tenernos un momento y muy de cuando en cuando, y encender nuestra segunda linterna. Si hubiésemos tenido más películas habríamos fotografiado algún bajorrelieve, pero era imposible perder tiempo en copiar.

Vuelvo a acercarme a un punto de mi relato donde la tentación de guardar silencio, o por lo menos de contentarme con una insinuación, es muy grande. Es necesario sin embargo relatar claramente todo lo que ocurrió si quiero descorazonar a futuros exploradores. No nos encontrábamos muy lejos de la supuesta abertura del túnel -luego de cruzar un puente que partía de un segundo piso y llegaba a lo que parecía ser el extremo de una pared angular, y de descender por un ruinoso corredor donde abundaban unas esculturas decadentes y en apariencia de carácter religioso-, cuando poco después de las ocho y media el fino olfato de Danforth nos reveló algo anormal. Si hubiésemos tenido un perro con nosotros supongo que habríamos sido advertidos antes. En un principio no pudimos decir qué ocurría, pero bastaron unos pocos segundos para que despertaran en nosotros unos recuerdos demasiado definidos. No callaré más. Se trataba de un olor, un olor vago, sutil e inconfundible relacionado con aquel otro olor nauseabundo que habíamos respirado al abrir la tumba del monstruo disecado por Lake.

Por supuesto, en ese entonces no admitimos tan claramente la revelación como ahora. Había varias explicaciones posibles, y nos detuvimos un momento para conferenciar en voz baja. Luego de haber llegado hasta allí no íbamos a retroceder movidos por una vaga aprensión.

De cualquier modo, lo que sospechábamos era algo increíble. Esas cosas no ocurrían en un mundo normal. Sin embargo, un oscuro instinto nos llevó a velar la luz de la linterna — ya no tentados por las siniestras esculturas que nos miraban amenazadoras desde las opresivas paredes — y a tratar de no hacer ruido mientras avanzábamos nuevamente por el piso cada vez más cubierto de escombros.

Danforth tenía no sólo un olfato sino también una vista mejor que la mía. Fue él quien advirtió el curioso aspecto de los escombros luego de haber atravesado algunas puertas semiobstruidas que conducían a cuartos y corredores situados al nivel del suelo. No tenían el aspecto que les correspondería luego de miles de años, y cuando aumentamos la intensidad de las luces, vimos en el piso unas huellas recientes. La naturaleza irregular del suelo impedía ver marcas definidas, pero los lugares más lisos sugerían que algunos objetos pesados habían sido arrastrados sobre el polvo. En una ocasión creímos discernir unas huellas paralelas, como las de un trineo. Nos detuvimos otra vez.

Durante esta pausa percibimos -ahora simultáneamente- otro olor ante nosotros. Paradójicamente, era más terrible y menos terrible que el anterior; menos terrible en sí; pero infinitamente más espantoso en este lugar, dadas las circunstancias. A no ser que pensáramos en Gedney. Se trataba, indudablemente, del olor familiar de la gasolina.

Después de esto me siento incapaz de explicar nuestra actitud. Sabíamos ahora que una parte de los horrores del campamento había invadido estas inmemoriales tumbas nocturnas, y que, por lo tanto, no podíamos dudar de la existencia de condiciones innominables -presentes o por lo menos recientes- que estaban allí, esperándonos. Y sin embargo, nos dejamos arrastrar por no sé qué fuerza irresistible: ardiente curiosidad, ansiedad, autohipnotismo, o vagas ideas de responsabilidad con respecto a Gedney. Danforth recordó unas huellas que había creído ver en las ruinas

superiores, y aquel débil sonido musical que provenía aparentemente de las cavernas y que tenía una singular significación de acuerdo con los estudios de Lake. Yo evoqué, por mi parte, el estado en que habíamos encontrado el campamento, el saqueo de las provisiones, la desaparición de varios objetos, y cómo la locura de un solo superviviente podía haber concebido lo inconcebible: franquear las monstruosas montañas y descender a aquellas profundidades desconocidas.

Pero no sacamos ninguna conclusión definida. Retomamos automáticamente la marcha lanzando de cuando en cuando ante nosotros un haz luminoso. En el polvo seguían viéndose aquellas huellas, y el olor de la gasolina era cada vez más fuerte. Las ruinas se acumulaban más y más, y pronto comprobamos que era imposible seguir avanzando. No solamente no llegaríamos al túnel, sino que no podríamos ni siquiera acercarnos al edificio en que se abría la boca.

Paseamos la luz de las linternas por los muros grotescamente esculpidos del corredor, y vimos varias entradas más o menos obstruidas. De una de ellas surgía muy distintamente el olor de la gasolina, borrando cualquier otro olor. Al examinarlas más de cerca, comprobamos que había sido despejada recientemente. Cualquiera que fuese el horror que nos esperaba era indudable que esa abertura conducía a él. Nadie se asombrará de que nos quedáramos un largo rato sin movernos.

Y sin embargo, cuando nos aventuramos en aquella bóveda oscura, nuestra primera impresión fue la de haber alcanzado un anticlímax. En aquella cripta cúbica de seis metros de lado no había en apariencia nada notable, de modo que buscamos instintivamente, aunque en vano, alguna otra puerta. Sin embargo, un instante después los agudos ojos de Danforth vieron que los escombros estaban como aplastados en un cierto lugar, y hacia allí dirigimos la luz de las linternas. Lo que vimos era algo simple y enigmático. Los escombros habían sido nivelados groseramente, y sobre

ellos había diversos objetos pequeños. En uno de los lados de esta zona nivelada había una apreciable cantidad de gasolina derramada cuyo olor persistía aún. En otras palabras, no podía tratarse sino de una especie de campamento establecido por seres que, como nosotros, habían sido detenidos por aquella obstrucción inexplicable mientras se encaminaban al abismo.

Seré más claro. Los objetos provenían del campamento de Lake, y eran latas abiertas de un modo tan curioso como las que habíamos encontrado en el otro campamento, fósforos consumidos, tres libros ilustrados cubiertos de manchas, una botella de tinta vacía, una estilográfica rota, trozos de pieles y lona, una pila eléctrica gastada, y un montón de papeles arrugados. Este desorden era bastante terrible, pero cuando examinamos los trozos de papel sentimos que había allí algo peor. Ya habíamos visto en el campamento de Lake algunos papeles con signos inexplicables, pero reencontrarlos en las bóvedas prehumanas de una ciudad de pesadilla era demasiado.

Gedney, loco, podía haber dibujado esos signos imitando los que había visto en las piedras de esteatita verde y en los túmulos de cinco puntas. Podía, del mismo modo, haber trazado unos croquis apresurados, más o menos inexactos, que representasen una parte de la ciudad e indicasen el camino a seguir desde un lugar situado fuera de nuestra ruta — que nosotros identificamos como una gran torre cilíndrica en los bajorrelieves, y que nos había parecido en nuestro vuelo de exploración un vasto abismo circular — hasta la estructura de cinco puntas en que nos encontrábamos en ese momento.

Podía, repito, haber trazado esos croquis. Le hubiese bastado, como a nosotros, copiar ciertos detalles de las últimas esculturas del laberinto. Pero lo que no podía haber hecho era ejecutar esos dibujos con aquella técnica tan curiosa y segura, quizá superior — a pesar del apresuramiento y

el descuido — a aquélla de las esculturas decadentes de donde habían sido copiados: la técnica característica e inconfundible de los Antiguos en los días más prósperos de la ciudad muerta.

Habrá alguien que diga que Danforth y yo estábamos completamente locos. ¿Cómo no huimos inmediatamente?

No podíamos tener ya, es cierto, la menor duda acerca de lo ocurrido. Aquellos que han leído hasta aquí no necesitarán más aclaraciones. Quizá estábamos realmente locos. ¿No he dicho que aquellos picos horribles eran en verdad alucinantes? Pero creo que los hombres que se internan en el África para fotografiar y estudiar las costumbres de los animales salvajes sienten algo similar, aunque en una forma menos extrema. Aunque estábamos casi paralizados por el terror, había en nosotros una llama de celo y curiosidad que al fin triunfó sobre todo.

Naturalmente, no pensábamos enfrentarnos a aquellos -o aquello- que habían estado allí, pero suponíamos que debían de encontrarse lejos. Habrían descubierto ya otra entrada, y habrían penetrado en ese abismo que no habían visto hasta ahora y donde esperaban unos oscuros fragmentos del pasado. Y si esa entrada estaba también obstruida, se habrían dirigido hacia el norte en busca de otra. No necesitaban, recordamos, de la luz.

Cuando evoco aquellos momentos, apenas puedo saber cuáles eran exactamente nuestras emociones, y qué esperábamos encontrar. Aunque no deseáramos hallarnos cara a cara con lo que tanto temíamos, no puedo negar que tuviéramos un deseo inconsciente de espiar ciertas cosas. Nuestro celo no llegaba quizá al deseo de ver el abismo; por otra parte, se nos había presentado un objetivo más inmediato en aquella torre circular que se veía en los dibujos. Sus dimensiones impresionantes, perceptibles aun en esos apresurados diagramas, nos hacían pensar que los pisos que se hallaban bajo la capa de hielo debían de tener una peculiar importancia. Quizá encerraban maravillas arquitectónicas desconocidas aún para

nosotros. Era ciertamente de una edad increíble de acuerdo con las esculturas en que aparecía, y había sido uno de los primeros edificios de la ciudad. Sus bajorrelieves, si se conservaban aún, debían de ser altamente significativos. Además nos permitiría sin duda llegar rápidamente al mundo exterior, una ruta más corta que aquella que estábamos buscando, y la misma quizá por la que esos otros seres habían descendido.

Estudiamos, pues, los terribles dibujos — que confirmaban los nuestros — y nos dirigimos hacia la torre por el camino que nuestros innominables predecesores debían de haber recorrido dos veces. La otra entrada al abismo se abría un poco más allá. No hablaré de nuestro viaje - durante el que seguimos dejando a nuestras espaldas una pista de papel-, pues fue idéntico al que nos llevó al callejón sin salida, aunque los corredores se mantenían más cerca de la superficie. De cuando en cuando encontrábamos algunas huellas perturbadoras en el polvo de los escombros, y una vez que dejamos de percibir el olor de la gasolina volvió a reinar aquel más odioso y persistente olor. A veces lanzábamos un rayo de luz a las paredes, en donde seguían figurando las omnipresentes esculturas.

Alrededor de las nueve y media, mientras atravesábamos un largo corredor abovedado, cuyo piso estaba cubierto de una capa de hielo cada vez más espesa y cuyo techo descendía gradualmente, vimos ante nosotros una claridad que nos permitió apagar la linterna. Llegábamos aparentemente a la torre circular y no debíamos de estar muy lejos del mundo exterior. El corredor terminaba en un arco sorprendentemente bajo para este mundo megalítico, pero antes de llegar pudimos ver a través de él. Más allá se extendía un espacio circular de unos sesenta metros de diámetro, cubierto de escombros y rodeado por numerosos arcos obstruidos similares al nuestro. Los muros estaban cubiertos por una banda en espiral de bajorrelieves de proporciones heroicas, y exhibía -a pesar de los destrozos causados por la erosión en aquel lugar al aire libre- un esplendor

muy superior a todo lo que habíamos encontrado antes. Una espesa capa de hielo cubría el piso, e imaginamos que éste se encontraba realmente a una considerable profundidad.

Pero lo más sobresaliente era una titánica rampa de piedra que, eludiendo los arcos, se alzaba en espiral apoyándose en la pared circular de la torre, algo similar a los contrafuertes exteriores de algunos edificios de la antigua Babilonia. Sólo la rapidez de nuestro vuelo y la perspectiva que había confundido la rampa con la pared interior de la torre, nos habían impedido notar esta espiral desde el aire. Pabodie hubiese podido decirnos qué principios de ingeniería habían guiado su construcción, pero nosotros no pudimos hacer otra cosa que admirarla y maravillarnos. De cuando en cuando se alzaban aquí y allá unos pilares de piedra, aunque a nosotros nos parecían inadecuados para la función que debían cumplir. La rampa parecía llegar, intacta, hasta la cima de la torre — circunstancia realmente notable, por su exposición al aire libre — y había servido para proteger las curiosas y perturbadoras esculturas cósmicas de los muros.

Mientras salíamos a la débil luz que bañaba el piso de este monstruoso cilindro — de unos cincuenta millones de años, y sin duda la construcción más antigua que habíamos contemplado hasta entonces —, vimos que los muros se alzaban hasta una altura de veinte metros. Esto representaba una capa glacial exterior de unos ocho metros, ya que el pozo que habíamos visto desde el avión se abría en la cima de un montón de escombros de unos doce metros de altura y protegido, por lo menos en sus tres cuartas partes, por una serie de ruinas más altas. Según las esculturas, la torre original se había alzado en el centro de una inmensa plaza circular y había tenido unos ciento cincuenta o ciento ochenta metros de altura. En la cima había habido unas agujas provistas de discos horizontales, y en el borde superior unas espirales afiladas. La mayor parte de las piedras habían caído hacia afuera, suceso afortunado, ya que de otro modo habrían



destruido la rampa, y el interior estaría obstruido por los escombros. La rampa había sufrido ya bastantes daños y los restos se habían acumulado de tal modo en el piso interior que los arcos habían tenido que ser despejados recientemente. Nos llevó sólo un momento concluir que ésta era de veras la ruta por la cual aquellos otros habían descendido, y que éste era también el camino lógico que debíamos seguir en nuestro ascenso a pesar de los papeles que habíamos dejado detrás. La boca de la torre no estaba muy lejos del pie de las montañas, y no más de nuestro aeroplano que el edificio en que habíamos estado hasta hacía poco, de modo que cualquier exploración subglacial que efectuásemos debía desarrollarse en esta región. Pues, cosa curiosa, a pesar de todo lo que habíamos visto y adivinado, estábamos pensando aún en otros posibles viajes. En ese momento, mientras avanzábamos con precaución sobre los escombros que cubrían el piso, vimos algo que nos hizo olvidar todo el resto: en la curva más baja de la rampa, que hasta entonces había estado oculta a nuestros ojos, se encontraban los tres trineos de Lake, muy estropeados por su viaje sobre los escombros y otros lugares poco adecuados. Llevaban una carga muy bien dispuesta que comprendía objetos memorablemente familiares: la estufa de petróleo, latas de combustible, cajas de instrumentos, provisiones, tres sacos evidentemente llenos de libros, y un cuarto cuyo contenido no pudimos adivinar... Todo procedía del campamento de Lake.

Luego de lo que habíamos encontrado en la cripta cúbica, casi estábamos preparados para este hallazgo. La verdadera conmoción se produjo cuando nos adelantamos y abrimos el saco cuyo contenido no habíamos podido descifrar. Parecía que no sólo Lake se había interesado en coleccionar ejemplares típicos. Había dos allí, ambos endurecidos por el frío, perfectamente preservados, el cuello recubierto con tela adhesiva para disimular algunas heridas, y cuidadosamente envueltos para evitar que se estropearan. Eran los cadáveres del joven Gedney y del perro desaparecido.

Muchos nos juzgarán, quizá, tan insensibles como locos por haber pensado en el corredor del norte y el abismo casi inmediatamente. Pero podría asegurar que esos pensamientos volvieron a nosotros sólo por una circunstancia específica y repentina que despertó toda una nueva serie de especulaciones. Habíamos vuelto a cubrir al pobre Gedney y estábamos allí, sin movernos, en una especie de muda estolidez, cuando tuvimos conciencia, por vez primera, de aquellos sonidos. Eran los primeros que oíamos desde nuestro cruce de las montañas, donde el viento silbaba entre las cimas. Aunque muy familiares, su presencia en este mundo remoto y muerto fue para nosotros más grotesca e inesperada que la de cualquier otro sonido imaginable, pues parecía perturbar todas nuestras nociones de un orden cósmico.

Si se hubiese tratado de aquel curioso silbido musical que según Lake había que esperar de aquellas criaturas — y que creíamos oír en nuestra imaginación desde que habíamos dejado los horrores del campamento — nos habría parecido que armonizaba diabólicamente con aquel decorado fabuloso. Una voz de otros tiempos hubiese estado en su lugar en aquel cementerio de otros tiempos. Este sonido, en cambio, alteró profundamente todas nuestras ideas, nuestra tácita aceptación de aquella región antártica como total e irrevocablemente desprovista de signos de vida normal. Lo que oímos no fue la llamada de un monstruo de la prehistoria, devuelto a la vida, luego de miles de años, por los rayos del sol. Era un grito irónicamente normal, que habíamos oído ya muchas veces, y que nos estremecía oír aquí, donde no debía existir. Brevemente, se trataba del grito ronco de un pingüino.

El apagado sonido venía de regiones subterráneas situadas casi enfrente del corredor por donde habíamos llegado. La presencia de un ave

acuática en ese mundo cuya superficie estaba uniformemente desprovista de vida sólo podía llevar a una conclusión; en consecuencia nuestro primer pensamiento fue el de verificar si aquel sonido era real. Se repetía, en verdad, continuamente, y a veces parecía venir de más de una garganta. Franqueamos una entrada, considerablemente limpia de escombros, y volvimos a dejar detrás de nosotros unos trozos de papel, sacados esta vez con una rara repugnancia de uno de los sacos de los trineos.

Cuando la capa de hielo dio lugar a un montón de escombros, vimos claramente unas curiosas marcas, y Danforth advirtió una cuya descripción es totalmente superflua. El curso indicado por las voces de los pingüinos era precisamente el que el mapa y la brújula señalaban como más cercano al túnel del norte, y nos alegró descubrir que la ruta estaba libre de obstáculos y se encontraba al nivel del suelo. El túnel, según el mapa, partía de la base de una gran estructura piramidal que desde el aire, creíamos recordar, nos había parecido muy bien conservada. A lo largo del camino la linterna iluminaba la acostumbrada sucesión de bajorrelieves, pero no nos detuvimos a examinarlos.

De pronto una forma blanca se alzó ante nosotros, y encendimos la segunda linterna. Es curioso, pero esta nueva búsqueda nos había hecho olvidar nuestros primeros terrores. Los que habían dejado los trineos en la torre circular podían volver en cualquier momento de su visita al abismo, y sin embargo su existencia no nos preocupaba. Este ser blanco y tambaleante tenía casi dos metros de alto, pero comprendimos en seguida que no era ninguna de las criaturas. Éstas eran más oscuras y grandes, y, según los bajorrelieves, se movían de un modo rápido y seguro, a pesar de su curioso equipo de tentáculos. Durante un instante fuimos presas de un terror primitivo, casi peor que el que habíamos experimentado ante la existencia de los otros. En seguida, cuando la forma blanquecina se unió a dos seres de su especie, que lo llamaban roncamente desde un arco cercano,

recobramos la calma. Pues se trataba sólo de un pingüino, aunque de una especie desconocida, mayor que los pingüinos llamados reales.

Cuando nos encaminamos hacia la bóveda e iluminamos con nuestras linternas el indiferente grupo de los tres animales, comprobamos que eran todos albinos y de una especie desconocida y gigantesca. Su tamaño nos recordó algunos de los pingüinos arcaicos representados en las esculturas, y pensamos en seguida que eran descendientes de la misma especie, y que sin duda provenían de una región interior más cálida donde habían perdido toda pigmentación y el uso de los ojos. Parecía indudable que su hábitat presente era el abismo, objeto de nuestra búsqueda, y la evidencia de que aquel refugio era aún habitable provocó en nosotros las más perturbadoras y curiosas fantasías.

Nos preguntamos, también, qué habría ocurrido para que aquellos tres pájaros se hubiesen decidido a abandonar su residencia habitual. El estado y el silencio de la ciudad probaban suficientemente que no servía de residencia veraniega; por otra parte, y dada la indiferencia que nos manifestaban, parecía raro que se hubiesen asustado con las criaturas. ¿Era posible que los monstruos los hubiesen atacado con el fin de aumentar sus provisiones de carne? No creíamos que el olor que había enfurecido a los perros causara una antipatía semejante en estos pingüinos, ya que sus antecesores habían vivido en muy buenos términos con las criaturas. Lamentando — en nombre de nuestro celo científico — no poder fotografiarlos, nos encaminamos otra vez hacia las profundidades guiados de cuando en cuando por las huellas de los pingüinos.

No mucho después, la pendiente de un corredor, largo, bajo, sin puertas, y particularmente cubierto de bajorrelieves, nos hizo pensar que nos acercábamos al fin a la boca del túnel. Nos habíamos cruzado con dos pingüinos más, y oíamos otros allá abajo. De pronto, el corredor se abrió en un prodigioso espacio que nos cortó involuntariamente el aliento. Era un

hemisferio perfecto e invertido de unos treinta metros de diámetro y quince de altura; a lo largo de la pared se sucedían los arcos bajos, excepto en un sitio donde una abertura de cinco metros de alto bostezaba cavernosamente quebrando la simetría de la bóveda. Era la entrada al gran abismo.

En este vasto hemisferio — cuyo techo cóncavo esculpido por un artista decadente, quería imitar la bóveda celestial — erraban tambaleándose algunos pingüinos. El túnel oscuro, de boca curiosamente cincelada, descendía hacia las tinieblas. De esa abertura críptica surgían unas corrientes de aire sensiblemente cálido y un vapor casi imperceptible. Nos preguntamos qué seres vivos podrían vivir en el abismo y las innumerables cavernas de las montañas. Nos preguntamos, también, si el humo citado por Lake, lo mismo que la niebla que habíamos creído ver alrededor de uno de los picos, no sería en realidad este vapor emanado de las profundidades de la tierra a través de algún tortuoso canal.

Ya en el interior del túnel, vimos que medía -por lo menos al comienzo- cinco metros de ancho por cinco de alto, y que paredes, bóveda y piso habían sido contruidos con las mismas piedras. Las paredes estaban profusamente decoradas con dibujos convencionales, y tanto la construcción como los bajorrelieves se mantenían perfectamente conservados. El piso estaba libre de escombros, salvo en algunos sitios donde se veían unas huellas de pingüinos que se dirigían hacia el exterior y otras que iban hacia adentro. A medida que avanzábamos, aumentaba la temperatura, y pronto tuvimos que desabotonarnos los gruesos abrigo. Nos preguntamos si encontraríamos alguna manifestación ígnea en el interior, y si aquel mar sería de aguas calientes. Al cabo de un tiempo la construcción dio lugar a la roca viva, aunque el túnel conservaba las mismas proporciones y presentaba el mismo aspecto de artificial regularidad. A veces la pendiente se hacía tan empinada que se habían abierto algunos canales en el piso. De vez en cuando veíamos las bocas de pequeñas

galerías no registradas en nuestros mapas, pero ninguna de ellas haría difícil el problema del retorno, y cualquiera podía servir de refugio en caso de que nos encontráramos con aquellas criaturas. El innominable olor de estos seres se percibía ahora claramente. Era sin duda una locura suicida aventurarse en aquel túnel en esas condiciones, pero la atracción de lo desconocido es mayor de lo que se cree, y no otra cosa que esa atracción era lo que nos había llevado a aquellas regiones polares. Vimos varios pingüinos que se cruzaron con nosotros, y nos preguntamos a qué distancia nos encontraríamos aún de nuestra meta. Según las esculturas el camino que llevaba al abismo era de unos dos kilómetros, pero nuestras indagaciones anteriores nos habían enseñado ya que no podíamos fiarnos mucho de la exactitud de nuestra escala.

Al cabo de unos quinientos metros, el olor se hizo muy fuerte, y comenzamos a tomar cuidadosa nota de las galerías laterales. No había ningún vapor visible como en la boca del túnel, pero esto era debido sin duda a que aquí el aire era más cálido. La temperatura no dejaba de subir, y no nos sorprendimos al encontrarnos con un descuidado montón de pieles y lonas — procedentes del campamento de Lake — destrozadas de un modo singular. No nos detuvimos. Poco más allá notamos que las galerías laterales eran más grandes y numerosas, y concluimos que debíamos de haber llegado a la región de los contrafuertes atravesada por cavernas. Al olor demasiado bien conocido se mezclaba otro apenas desagradable cuyo origen no pudimos imaginar, aunque pensamos que se trataba de organismos en descomposición y quizá hongos subterráneos. De pronto el tamaño del túnel aumentó sorprendentemente (los bajorrelieves no nos habían preparado para esto), convirtiéndose en una caverna de apariencia natural, de veinticinco metros de largo y quince de ancho, con numerosos pasajes que se perdían en las tinieblas.

Aunque la gruta parecía obra de la naturaleza, una inspección con

las dos linternas demostró que había nacido de la destrucción artificial de varias paredes entre cavernas vecinas. Las paredes eran rugosas, y en el alto techo abovedado abundaban las estalactitas, pero el piso estaba libre de detritos y hasta de polvo. Lo mismo ocurría con todos los pisos de las galerías vecinas; aquella por la que habíamos venido era la única excepción. No pudimos adivinar cuál era la causa. El hedor que se había añadido al de las criaturas era aquí más intenso, tanto que casi superaba al otro. Había algo en aquel lugar, con su piso limpio y casi brillante, que nos parecía más raro y horrible que todo lo que habíamos encontrado hasta entonces.

Las proporciones regulares de la galería que se abría ante nosotros, así como los excrementos de pingüino que había en la entrada, nos hicieron comprender inmediatamente qué camino debíamos seguir. A pesar de eso resolvimos que si se presentaba, alguna nueva dificultad recurriríamos otra vez a la pista de papel, ya que no podíamos contar con huellas en el polvo. Una vez que nos introdujimos en la galería, lanzamos un haz de luz sobre las paredes del túnel, y nos detuvimos estupefactos ante el cambio radical que mostraban los bajorrelieves. Ya nos habíamos dado cuenta, es cierto, de la decadencia de esa escultura en la época en que se habían abierto los túneles, y habíamos notado la técnica inferior con que se habían ejecutado los arabescos. Pero ahora, en esta sección situada más abajo de la caverna, había una diferencia que trascendía toda posible explicación, una diferencia de naturaleza tanto como de calidad, y que implicaba una degradación profunda y calamitosa que nada de lo que habíamos observado hasta entonces había dejado entrever.

Estas nuevas obras eran toscas, groseras y faltas de toda delicadeza de detalle. Habían sido esculpidas con una profundidad exagerada en bandas que seguían el trazado de las cartelas de las secciones primitivas, pero la altura de los relieves no llegaba al nivel de la superficie general.

Danforth opinó que se trataba de un segundo trabajo, una especie de palimpsesto donde los dibujos se superponían a otros anteriores, probablemente borrados. Tratados de un modo meramente decorativo y convencional, consistían en series de ángulos y espirales que seguían la tradición matemática — basada en el número cinco — de aquellos seres, pero que semejaban en verdad más una parodia que una continuidad de esa tradición. No podíamos apartar de nuestras mentes la idea de que algún sutil pero profundamente extraño elemento había sido añadido al sentido estético primitivo, elemento — supuso Danforth — que era responsable de la laboriosa sustitución. Era algo similar al arte de los Antiguos, pero perturbadoramente distinto, y yo recordé las obras híbridas de las esculturas de Palmira ejecutadas según el estilo romano. Una batería depositada en el suelo frente a uno de los relieves más característicos parecía revelar que algún otro había estado no hacía mucho observando las obras.

Como no podíamos pasar mucho tiempo en este examen, volvimos a ponernos en camino. De cuando en cuando lanzábamos un haz de luz a las paredes para ver si se había desarrollado algún nuevo cambio en las decoraciones. No advertimos nada, aunque las esculturas estaban en algunos lugares irregularmente distribuidas a causa de las bocas de los túneles, muy numerosas. Vimos y oímos pocos pingüinos, pero creímos percibir un coro lejano en algún lugar de las profundidades. El nuevo e inexplicable olor era ahora abominablemente fuerte, y apenas advertíamos el otro. Unas bocanadas de vapor se alzaban ante nosotros revelando unos contrastes, cada vez más notables, de temperatura, y la relativa cercanía de los acantilados sin sol del gran abismo. Luego, casi inesperadamente, vimos en el piso algunos obstáculos que no eran ciertamente pingüinos, y encendimos nuestra segunda linterna después de asegurarnos de que los objetos no se movían.



Otra vez he llegado a un punto difícil de tratar. Por ese entonces, yo ya debía estar endurecido, pero hay ciertas experiencias que dejan heridas demasiado hondas como para permitir una cura, y nos sensibilizan de tal modo que el solo recuerdo resucita todo el horror original. Vimos, como he dicho, ciertos obstáculos ante nosotros, y añadiré ahora que fuimos asaltados, casi simultáneamente, por una notable intensificación de aquel olor dominante, claramente mezclado con el más conocido. La luz de las linternas borró toda duda acerca de la naturaleza de estos obstáculos, y sólo nos acercamos cuando vimos que eran tan poco peligrosos como los desenterrados en el campamento de Lake.

Estaban, en verdad, tan incompletos como la mayoría de aquéllos, pero el espeso charco de líquido verdoso probaba que la mutilación era mucho más reciente. Había sólo cuatro, aunque de acuerdo con los informes de Lake el grupo estaba compuesto de ocho individuos. Encontrarlos en este estado fue de veras una sorpresa, y nos preguntamos qué clase de lucha se habría desarrollado allí en la oscuridad.

Los pingüinos, reunidos en gran número, se defendían con furiosos picotazos, y oíamos ahora con claridad los roncós gritos de una colonia, no muy lejos. ¿Serían estos cadáveres sus víctimas? Cuando nos acercamos un poco más, abandonamos esta hipótesis, pues los picos de esos pájaros no hubiesen podido causar en tejidos tan resistentes aquellos daños terribles. Además, los grandes pingüinos nos habían parecido singularmente pacíficos.

¿Habría habido una lucha entre las criaturas, y los responsables de estas muertes eran los cuatro que faltaban? En ese caso, ¿dónde estaban ahora? ¿No muy lejos de allí y dispuestos a constituir una seria amenaza? Mientras continuábamos acercándonos, lenta y temerosamente, lanzábamos

unas miradas ansiosas a las galerías laterales. Era indudable, de cualquier modo, que había sido aquella lucha lo que había alejado a los pingüinos de sus lugares de costumbre. Tenía que haberse desarrollado, por lo tanto, no muy lejos de la colonia, en el abismo, ya que no había señales de que los pájaros residiesen en las galerías. Quizá había habido una cruel persecución, y los más débiles habían huido inútilmente, tratando de llegar a los trineos ocultos. Era posible imaginarse una batalla demoníaca entre monstruosas entidades que surgían del abismo precedidas por una multitud de pingüinos aterrorizados.

He dicho que nos acercamos con temor a aquellos cadáveres. Ojalá no nos hubiésemos acercado nunca y hubiésemos huido rápidamente de aquel túnel de paredes grotescas. Sí, ojalá hubiésemos huido antes de ver lo que vimos, y antes de que en nuestras mentes se grabara con fuego algo que ya nunca podremos olvidar.

Nuestras linternas iluminaron los cadáveres y advertimos que las mutilaciones eran todas parecidas. Los cuerpos, comprimidos, retorcidos y destrozados como estaban, habían sido decapitados. La cabeza de cinco puntas no había sido cortada, sino arrancada o succionada. El olor del líquido verde, oscuro y nauseabundo que bañaba los cadáveres se perdía un poco ante aquel más nuevo y curioso olor que no habíamos dejado de sentir a lo largo del túnel, y que aquí era más intenso que en ninguna otra parte. Tan pronto como llegamos junto a los cuerpos vimos cuál era la causa, y en ese mismo instante, Danforth, recordando ciertas vívidas esculturas de la historia de los Antiguos en la edad pérmica, hacía ciento cincuenta millones de años, lanzó un grito de terror que repercutió largamente bajo las arcaicas bóvedas siniestras.

Poco faltó para que yo lo imitase, pues también había visto las esculturas, y había admirado, estremeciéndome, la habilidad con que el artista había sugerido aquella baba odiosa que recubría los cuerpos de

algunos Antiguos... aquellos que los terribles soggoths habían decapitado y succionado durante la guerra de represión. Esas esculturas de pesadilla no debían haber existido; los soggoths y sus obras no son algo que puedan contemplar los ojos de los hombres. El autor del Necronomicon había tratado de afirmar, nerviosamente, que los soggoths no habían hollado nunca este planeta, y que sólo habían existido en los sueños de los aficionados a ciertas drogas... Protoplasmas informes capaces de imitar cualquier organismo... aglutinaciones viscosas de células similares a burbujas... esferoides infinitamente plásticas de cinco metros de diámetro... esclavos de las sugerencias de sus señores, y constructores de prodigiosas ciudades ... más y más rebeldes, más y más inteligentes, más y más anfibios y más y más imitativos... ¡Gran Dios!... ¿Qué locura había llevado a los Antiguos a utilizar y a representar en sus esculturas a seres semejantes?

Y ahora, mientras Danforth y yo mirábamos la baba espesa, negruzca e iridiscente que recubría esos cuerpos sin cabeza, que formaba, en una parte lisa del muro, un grupo de puntos, y que emitía aquel olor repugnante que sólo una fantasía enfermiza hubiese podido concebir, sentimos hasta sus últimos límites un terror cósmico. No era temor a las cuatro criaturas que faltaban, pues podíamos creer muy bien que no nos molestarían de nuevo. ¡Pobres diablos! Al fin y al cabo no eran malvados. Eran hombres de otras épocas y otro universo. La naturaleza les había hecho una broma diabólica y éste era su trágico retorno.

No habían sido ni siquiera crueles, pues ¿qué habían hecho, en verdad? Habían despertado al aire frío de una edad desconocida... habían sido atacados por unos cuadrúpedos cubiertos de pieles que aullaban sin cesar seguidos por unos seres simiescos y blancos... ¡Pobre Lake, pobre Gedney... y pobres Antiguos! Hombres de ciencia hasta el último instante, ¿qué habían hecho que no hubiésemos hecho nosotros? Dios, ¡qué inteligencia y qué constancia! ¡Cómo habían sabido afrontar lo increíble,

del mismo modo en que sus antepasados habían sabido afrontar cosas apenas menos increíbles! Vegetales, animales, monstruos o progenie estelar... cualquiera que fuese su naturaleza, ¡eran hombres!

Habían cruzado aquellas cimas por cuyas pendientes habían vagado en otro tiempo entre helechos arbóreos. Habían descubierto la ciudad muerta, aplastada por el peso de una maldición, y habían leído como nosotros la historia de sus últimos años-en los bajorrelieves. Habían tratado de reunirse con sus compañeros en aquellas profundidades fabulosas y oscuras... ¿y qué habían encontrado? Tales fueron los pensamientos que tuvimos entonces mientras nuestros ojos iban, una y otra vez, de los cadáveres decapitados y pegajosos a las horribles esculturas y los diabólicos grupos de puntos trazados con una baba reciente... Y miramos y comprendimos qué había sobrevivido y triunfado en las aguas de aquella ciudad ciclópea donde ahora comenzaban a alzarse las volutas de una niebla pálida y funesta como respondiendo al histérico grito de Danforth.

La conmoción que habíamos sufrido nos transformó en estatuas mudas e inmóviles y sólo más tarde supimos que en esos instantes habíamos pensado lo mismo. Nos quedamos así durante quince o veinte minutos interminables. La pálida niebla avanzaba hacia nosotros como empujada por una masa voluminosa... De pronto se oyó un sonido que nos hizo olvidar nuestros proyectos anteriores, y, rompiendo aquel sortilegio maléfico, nos hizo correr locamente a lo largo de los megalíticos túneles, llegar a la torre circular y subir rápida y automáticamente por la rampa hasta encontrar al fin el aire y la luz del día.

Aquel nuevo sonido no era otro que el atribuido por Lake a las criaturas que había disecado. Se trataba, me dijo Danforth más tarde, del mismo que había oído, aunque más apagado, al nivel de la capa de hielo. Tenía ciertamente una curiosa semejanza con los silbidos del viento en las cavernas. Parecerá pueril, pero añadiré algo más, aunque sólo sea para

demostrar de qué modo los pensamientos de Danforth se confundían con los míos. Naturalmente, nuestra interpretación tenía como base lecturas comunes, pero Danforth había sugerido una vez que Poe había debido recurrir a unas fuentes muy poco conocidas cuando estaba escribiendo *Las aventuras de Arthur Gordon Pym*. Se recordará que en esa fantástica narración hay una palabra de significado desconocido, pero prodigiosa y terrible, y que gritan las aves gigantes, blancas como espectros, de aquellas malignas regiones antárticas: ¡Tekeli-li! ¡Tekeli-li!. Esto, debo admitirlo, es lo que creímos oír en aquel grito que venía desde esa niebla blanca.

Habíamos huido rápidamente aun antes de oír las cuatro notas, pues sabíamos muy bien que la rapidez de los Antiguos permitiría que cualquiera de ellos nos alcanzase en seguida, si así lo deseaba. No obstante, teníamos la vaga esperanza de que si llegaba a capturarnos no intentara hacernos daño, aunque sólo fuese por curiosidad científica. Al fin y al cabo, nada tenía que temer de nosotros. Juzgando que era inútil esconderse, lanzamos un haz de luz a nuestras espaldas, y vimos que la niebla se desvanecía. ¿Veríamos al fin un ejemplar completo y vivo de aquellas criaturas? Otra vez volvió a oírse aquel insidioso sonido musical: ¡Tekeli-li! ¡Tekeli-li!».

Luego, advirtiéndolo que ganábamos terreno, se nos ocurrió que nuestro seguidor estaba herido. Sin embargo, no podíamos arriesgarnos, ya que se acercaba, evidentemente, en respuesta al grito de Danforth, y no huyendo de otro ser. En cuanto al lugar donde se escondían aquellos monstruos de pesadilla, aquellas fétidas e inconcebibles montañas de protoplasma cuya raza había conquistado los abismos y había enviado algunos pioneros a esculpir las paredes y ocupar las cavernas de las montañas, no podíamos ni siquiera sospecharlo. Sentimos una verdadera angustia ante la idea de abandonar a este Antiguo, con toda probabilidad el único superviviente, a un destino horrible.

Por suerte no nos detuvimos. Las volutas de niebla habían vuelto a espesarse, y se adelantaban ahora con una velocidad cada vez mayor. Mientras tanto, los pingüinos corrían y chillaban mostrando un pánico de veras sorprendente, si teníamos en cuenta que apenas se habían fijado en nosotros. Una vez más nos llegó aquel siniestro: ¡Tekeli-li! ¡Tekeli-li!». Nos habíamos equivocado. La criatura no estaba herida, sino que había hecho una pausa al encontrarse con los cadáveres y aquella inscripción en la pared. Nunca sabríamos qué decía el mensaje, pero aquellas tumbas en el campamento de Lake mostraban la importancia que concedían estos seres a sus muertos. Pronto vimos la caverna a la que se abrían varios corredores, y nos alegramos de dejar a nuestras espaldas aquellas esculturas mórbidas.

La caverna nos hizo pensar que aquella criatura podía perdernos la pista en este confuso centro de corredores. Había allí varios pingüinos, presas visibles de un terror pánico. Si apagábamos todo lo posible la luz de la linterna, y si la proyectábamos directamente ante nosotros (ayudados por el aterrorizado chillido de los pájaros que taparía el ruido de nuestras pisadas) quizá pudiésemos desorientar al monstruo. Bajo los torbellinos de esta niebla, el suelo cubierto de escombros del túnel en que íbamos a entrar difería muy poco del de otras galerías sobrenaturalmente limpias. En realidad, temíamos extraviarnos en aquel laberinto de corredores.

El hecho de que hayamos sobrevivido basta para probar que la criatura se equivocó de camino, y que nosotros acertamos. La sola presencia de los pingüinos no hubiese sido suficiente, pero la niebla protegió con eficacia nuestra huida. Quiso la fortuna que aquella nube de vapores, que amenazaba a cada instante con desvanecerse, fuese bastante densa en el momento indicado. En realidad, se disipó durante un segundo cuando dejábamos el túnel y entrábamos en la bóveda, de modo que en el momento en que lanzábamos hacia atrás una temerosa mirada antes de apagar la linterna y mezclarnos con los pingüinos, alcanzamos a ver con

claridad. Si el destino que levantó para nosotros aquella pantalla de niebla fue benévolo, el que nos permitió vislumbrar el monstruo fue todo lo contrario, pues esta visión nos llenó de un horror que no ha dejado de acosarnos desde entonces.

El motivo que nos hizo mirar hacia atrás fue sólo, probablemente, ese inmemorial instinto con que el perseguido trata de apreciar la naturaleza y la cercanía de su perseguidor. O quizá se trató de una tentativa automática de encontrar respuesta a un problema. En medio de nuestra huida, con todas nuestras facultades dedicadas a proteger nuestra seguridad, no habíamos estado en condiciones de observar y analizar detalles, y sin embargo nuestro cerebro siguió preguntándose acerca del significado del mensaje percibido por nuestro olfato. En seguida comprendimos de qué se trataba: nuestro alejamiento de la baba fétida, y el coincidente acercamiento de nuestro perseguidor, no habían alterado los olores como lo indicaba la lógica. Junto a los cadáveres decapitados aquella nueva y hasta entonces inexplicable fetidez había sido de veras dominante; pero ahora tendría que haber cedido su lugar al olor asociado con los Antiguos. Y, sin embargo, no era así. El nuevo olor era más puro y más insoportable.

Miramos, pues, hacia atrás, en apariencia simultáneamente, aunque es probable que el movimiento de uno fuera imitado en seguida por el otro. Nuestras dos linternas apuntaron a la bruma, más tenue en ese instante, quizá en un incoherente esfuerzo por cegar a la criatura antes de apagar las luces y sumergirnos en el laberinto, entre los pingüinos. ¡Decisión funesta! Ni Orfeo ni la mujer de Lot pagaron tan caro esa mirada hacia atrás.

Trataré de describir con claridad lo que vimos, aunque en aquel momento no quisimos creer en nuestros ojos. Las palabras son inútiles para sugerir el horror de aquel espantoso espectáculo. Paralizó de tal modo nuestras mentes, que aún me asombra que hayamos podido atenuar la luz de las linternas y entrar en el túnel que nos llevaría a la ciudad. Sólo el

instinto pudo habernos salvado, pues razón nos quedaba poca.

Danforth había perdido totalmente el dominio de sí mismo, y cuando pienso en el resto de nuestra huida, lo primero que recuerdo es su voz que entonaba una fórmula histérica. Los ecos de esas palabras, salmodiadas con una voz muy aguda, resonaron entre los chillidos de las aves, bajo las bóvedas, y los entonces — gracias a Dios — vacíos corredores que quedaban atrás. Danforth no comenzó en seguida su canto, pues si no no estaríamos vivos. Me estremezco al pensar qué habría sido de nosotros si su reacción nerviosa se hubiera presentado antes.

— South Station Under... Washington Under...Park Street Under... Kendall... Central... Havard...

El pobre diablo enumeraba las estaciones familiares del túnel Boston-Cambridge, en nuestro suelo natal, a miles de kilómetros de distancia. Y sin embargo, la salmodia no me parecía irrelevante ni fuera de lugar. No me inspiraba sino un profundo horror, pues yo sabía muy bien qué monstruosa analogía la había sugerido. Habíamos esperado, al mirar hacia atrás, ver una terrible y móvil entidad (si lo permitía la bruma) de la que nos habíamos formado una idea bastante clara. Lo que vimos -pues las nieblas se habían aclarado demasiado- fue algo muy distinto e inconmensurablemente más detestable y odioso. Era la realización objetiva de lo que el novelista fantástico llama «las cosas que no deben ser», y si es posible compararlo a algo tendría que hablar de un enorme tren subterráneo, lanzado a toda velocidad, tal como se le ve desde el andén de una estación, en la extremidad de un túnel infinito constelado de luces coloreadas, y que llena exactamente la prodigiosa cavidad así como un pistón llena un cilindro.

Pero no estábamos en el andén de un tren subterráneo. Estábamos en las mismas vías, mientras la horrorosa y plástica columna, negra, fétida e iridiscente, venía hacia nosotros cada vez a mayor velocidad, levantando



a su paso torbellinos de aquella bruma pálida. Era algo terrible, indescriptible, más enorme que cualquier tren subterráneo; un conglomerado de burbujas protoplásmicas, débilmente luminosas, y con miríadas de ojos provisionales que aparecían y desaparecían como pústulas de luz verde. Venía hacia nosotros aplastando pingüinos y deslizándose sobre aquel piso brillante que sus semejantes habían limpiado tan diabólicamente de obstáculos. De nuevo volvió a oírse el grito sobrenatural: ¡Tekeli-li! ¡Tekeli-li!. Y al fin recordamos que los soggoths, habiendo recibido de los Antiguos vista, pensamientos y órganos plásticos, y sin otro lenguaje que aquel representado por los grupos de puntos, no tenían tampoco otra voz que las de sus amos desaparecidos.

## 12

Danforth y yo recordamos, no muy claramente, haber llegado a la vasta torre circular y haber rehecho nuestro camino a través de las habitaciones y corredores ciclópeos de la ciudad muerta. Pero todo esto no es hoy para mí sino fragmentos de un sueño donde nada se decidió libremente ni hubo ningún esfuerzo físico. Fue como si flotásemos en un mundo o dimensión nebulosos sin tiempo, causas ni orientación. La luz gris del día que bañaba el espacio circular de la torre nos calmó bastante, pero no nos acercamos a los trineos, ni miramos otra vez al pobre Gedney y el perro. Tienen una extraña y titánica tumba y espero que nada irá a turbar su reposo hasta la desaparición del planeta.

Mientras subíamos penosamente por la rampa prodigiosa, sentimos por primera vez una fatiga y un ahogo muy grandes a causa del aire enrarecido, pero no nos detuvimos hasta llegar al universo normal. Había algo de apropiado en nuestra despedida de aquellas épocas sepultadas. En el curso de nuestra ascensión por aquel cilindro de treinta metros de alto, pudimos ver a un lado una serie ininterrumpida de esculturas heroicas: el

adiós de los Antiguos, grabado hacía cincuenta millones de años.

Llegamos al fin a la cima, y nos encontramos con un montón de piedras. Al oeste se veían unas murallas todavía más altas, y al este los picos de la cordillera se alzaban más allá de unos edificios tambaleantes. Al sur, el sol de medianoche bañaba con una luz roja los contornos irregulares de las ruinas, y el abandono de la ciudad parecía aún más compacto en presencia del paisaje polar. Sobre los edificios, el cielo era una masa opalescente de tenues vapores. El frío intenso nos helaba los huesos. Dejamos cansadamente en el suelo los sacos en que guardábamos el equipo, y que no habíamos soltado en el curso de nuestra desesperada huida, y luego de abotonarnos otra vez los abrigo descendimos por los montículos de piedras hacia el lugar donde nos esperaba el avión. De lo que habíamos visto en los arcaicos y secretos abismos de la tierra, no dijimos una sola palabra.

Un cuarto de hora nos bastó para llegar a la pendiente abrupta de los contrafuertes — quizá la antigua terraza por los que habíamos entrado en la ciudad, y vimos entre las ruinas la silueta oscura del aeroplano. A medio camino, nos detuvimos para tomar aliento y, volviendo la cabeza, contemplamos por última vez el fantástico laberinto que se extendía más abajo. Notamos entonces que el cielo, más allá de la ciudad, no estaba ya velado por la bruma: los inquietos vapores se habían movido hacia el cenit y parecían a punto de dibujar unas formas curiosas, como si no se atreviesen a definir los contornos.

En el horizonte occidental se veía en ese instante una línea violeta. Allí unas cimas afiladas se alzaban, como en un sueño, contra el color rosado del cielo. Hacia ese horizonte, bañado en una luz temblorosa, subía la antigua meseta. El cauce seco del río trazaba en ella una cinta sinuosa y oscura. Durante un momento nos quedamos inmóviles y admirados ante aquella belleza cósmica, pero en seguida un vago horror comenzó a

invadirnos el alma. Pues esa lejana línea violeta no podía ser sino la cordillera prohibida: punto culminante de la Tierra y centro de todo mal; puerto de horrores innominables y enigmas arqueanos; objeto venerado por aquellos que temían descubrir sus secretos; no hollada por ninguna criatura terrestre, pero visitada por siniestros relámpagos y que lanzaba en la noche polar unos rayos extraños... Se trataba sin duda de la temida Kadath del Desierto Helado que las leyendas primitivas apenas se atreven a mencionar...

Si los mapas y escenas esculpidos en los muros de la ciudad eran exactos, esas crípticas montañas violetas no podían estar a menos de cuatrocientos kilómetros, y sin embargo se destacaban claramente en aquella remota y nevada orilla, como el borde serrado de un monstruoso planeta que se alzase hacia inacostumbrados cielos. La altura de aquellos picos tenía que ser enorme, y alcanzaban sin duda unas capas atmosféricas donde sólo había unos tenues espectros gaseosos. Observándolos, pensé nerviosamente en ciertos bajorrelieves que insinuaban la naturaleza de lo que el río, ahora seco, había traído a la ciudad. Me pregunté cuánto habría de razón y cuánto de locura en aquellos temores de los Antiguos. Recordé que el extremo norte de las montañas no debía de estar muy lejos de la Tierra de la Reina Mary, donde en ese momento la expedición de sir Douglas Mawson estaba trabajando a no más de mil quinientos kilómetros de distancia. Confié en que el azar no diese a sir Douglas una idea de lo que podían ocultar aquellas costas protectoras.

Pero antes de cruzar las ruinas en forma de estrella, y llegar al aeroplano, nuestros temores se dirigieron hacia la cadena de picos, menos elevada, que debíamos franquear otra vez. Las pendientes negras, cubiertas de ruinas, se alzaban odiosamente contra el este, y cuando pensamos en las entidades amorfas que habían llegado a los picos más altos, no pudimos evitar el pánico ante la perspectiva de volar otra vez junto a aquellas

cavernas donde se oía toda una gama de sonidos musicales. Para empeorar las cosas, vimos algunos signos de niebla alrededor de varias cimas, esa niebla que el pobre Lake había confundido con una actividad volcánica, y nos estremecimos al pensar en aquella similar de la que habíamos escapado, y en la abismática cuna de horrores.

El aeroplano estaba intacto, y nos pusimos nuestros más pesados abrigos. Danforth encendió el motor, y levantamos vuelo sin dificultades. Abajo volvió a extenderse la ciudad ciclópea, como había ocurrido al llegar, y comenzamos a elevarnos y a probar el viento. Muy por encima de nosotros debía de haber grandes perturbaciones, pues las nubes de polvo del cenit se movían sin cesar, pero a los siete mil metros de altura, la indicada para atravesar el paso, la navegación no ofrecía peligros. Mientras nos acercábamos a las cimas, el sonido musical del viento se oyó claramente, y vi cómo las manos de Danforth se estremecían sobre los instrumentos de gobierno. Aunque yo no era más que un piloto aficionado, pensé en esos instantes que sería más capaz que él de dirigir el avión, y cuando le hice señas de que cambiásemos de asiento, obedeció sin protestar. Traté de conservar la sangre fría y clavé los ojos en el cielo rojizo que asomaba del otro lado del paso, resolviendo no prestar atención a las bocanadas de vapor que surgían de las cimas y deseando haberme taponado con cera los oídos, como Ulises, para alejar de mi conciencia aquellos sonidos musicales.

Pero Danforth, extremadamente nervioso, no podía estarse quieto. Yo sentía cómo se volvía, una y otra vez, mirando la ciudad que dejábamos atrás, o las montañas atravesadas de cavernas que se alzaban ante nosotros, o las cimas cúbicas, o el océano de contrafuertes nevados a nuestros pies, o el cielo de nubes grotescas sobre nuestras cabezas. Justo en el momento en que nos introducíamos en el paso, lanzó aquel grito enloquecido que casi nos lleva a la muerte. Durante un segundo perdí el gobierno de la máquina.

Me recobré en seguida, pero temo que Danforth no vuelva a ser nunca el de antes.

He dicho que Danforth no quiso decirme qué último horror le hizo gritar de ese modo. Intercambiamos a gritos algunas frases antes de descender lentamente hacia el campamento, pero se refirieron casi todas al silencio que habíamos jurado guardar en el momento de dejar la ciudad de pesadilla. Había cosas, pensamos, que no era conveniente difundir, y yo no habría hablado de ellas si no fuese por la necesidad de detener a la expedición Starkweather-Moore, y a otras. Es absolutamente imprescindible, para la paz y seguridad de los hombres, que nadie sondee los abismos sombríos de ciertas regiones del globo terrestre. De otro modo, unos monstruos dormidos volverán a la vida, y unos seres de pesadilla surgirán de sus negras moradas para intentar unas nuevas y más amplias conquistas.

Danforth sólo dijo que aquel horror último era un espejismo. No estaba relacionado, declaró, con los cubos y cavernas de estas montañas alucinantes, musicales y envueltas en vapores. Se trataba de la breve visión, entre aquellas retorcidas nubes del cenit, de algo que había detrás de las montañas violetas, y que los Antiguos habían temido tanto. Muy probablemente fue una simple alucinación, nacida de las pruebas por las que acabábamos de pasar y el hecho de haber visto en el cielo, el día antes, la ciudad situada más allá de las montañas; pero para Danforth fue tan real que aún hoy sufre sus efectos.

De cuando en cuando Danforth murmura algunas frases incoherentes acerca de «el abismo negro», «la orilla del mundo», «los pioto-soggoths», «los sólidos cerrados de cinco dimensiones», «el cilindro sin nombre», «el, antiguo Pharos», «Yog-Sothoth», «la jalea protoplásmica original», «el color que cayó del cielo», «las alas», «los ojos en las tinieblas», «la escalera de la Luna», «el original, el eterno, el inmortal», y

otras curiosas concepciones. Sin embargo, cuando se siente dueño de sí mismo atribuye todo esto a sus macabras lecturas. Danforth es, en verdad, uno de los pocos que se han atrevido a leer por entero la gastada copia del *Necronomicon* que se guarda bajo llave en nuestra biblioteca.

En el momento en que franqueábamos el paso, el cielo estaba ciertamente cubierto de vapores, y, aunque yo no miré el cenit, no me cuesta imaginar que los torbellinos de polvo de hielo hayan tomado formas extrañas. La imaginación, sabiendo que las escenas distantes pueden ser reflejadas, refractadas y magnificadas por las capas de nubes, pone fácilmente el resto. Naturalmente, Danforth no insinuó ninguno de esos horrores específicos hasta que su memoria pudo recurrir a sus lecturas. No pudo haber visto tanto con una sola y breve mirada.

En aquel momento no hizo más que repetir esos sonidos cuyo origen es demasiado obvio: «¡Tekeli-li! ¡Tekeli-li!».

## **LA BESTIA EN LA CUEVA<sup>7</sup>**

**H. P. LOVECRAFT**

La horrible conclusión que había ido gradualmente imponiéndose en mi mente confundida y reacia resultaba ahora de una espantosa certeza. Estaba perdido, completa y descorazonadoramente perdido en las vastas y laberínticas profundidades de la cueva Mammoth. Hacia donde me volviese, por más que forzase la vista no lograba distinguir nada que pudiera servirme de pista para encontrar el camino de salida. Mi intelecto ya no albergaba dudas sobre que nunca más llegaría a contemplar la

---

<sup>7</sup> The Beast in the Cave; Written April 21, 1905; Published June 1918 in *The Vagrant*.

bendita luz del día, ni a deambular por las amables colinas y valles del hermoso mundo exterior. La esperanza se había esfumado. Pero, condicionado como estaba por una vida de estudios filosóficos, obtuve no poca satisfacción de mi desapasionada postura; ya que aunque había leído suficiente acerca del salvaje frenesí que acomete a las víctimas de sucesos similares, yo no experimenté nada parecido, sino que mantuve la calma apenas descubrí que me había perdido.

Tampoco el pensamiento de haber errado más allá del alcance de una búsqueda normal me hizo ni por un momento perder la calma. Si había de morir, reflexionaba, entonces esta caverna terrible pero majestuosa me resultaría un sepulcro tan grato como el que pudiera brindarme un camposanto; una idea que me provocaba tranquilidad antes que desesperación.

La muerte por inanición sería mi destino; de eso estaba convencido. Yo sabía que algunos habían enloquecido en similares circunstancias, pero sentía que tal no sería mi fin. Mi desgracia no era fruto sino de mi propia voluntad, ya que, a escondidas del guía, me había despegado voluntariamente del grupo visitante y, deambulando cerca de una hora a través de las prohibidas galerías de la cueva, me había encontrado luego incapaz de desandar los intrincados vericuetos recorridos tras abandonar a mis compañeros.

Mi antorcha comenzaba ya a flaquear y pronto me hallaría sumido en la negrura total y casi palpable de las entrañas de la tierra. Mientras permanecía al resplandor de la menguante y temblorosa luz, especulé ocioso sobre las circunstancias exactas en que se produciría mi cercano fin. Recordé las historias sobre la colonia de tuberculosos que, habiéndose instalado en esta gigantesca gruta buscando la salud en su temperatura uniforme y suave, su aire puro y su pacífica tranquilidad, habían, sin embargo, muerto en circunstancias extrañas y terribles. Yo había mirado

los tristes restos de sus chozas destartalladas al pasar con el grupo, preguntándome qué antinatural efecto podría lograr una larga estancia en esta caverna inmensa y silenciosa sobre alguien como yo, saludable y vigoroso. Ahora, me dije tétricamente, había llegado la ocasión de comprobar tal respecto, a no ser que la falta de comida acelerase mi tránsito.

Según se esfumaban en la oscuridad los últimos e intermitentes resplandores de mi antorcha, resolví no dejar piedra sobre piedra, ni desdeñar cualquier posible medio de escapar; así que prorrumpí en una sucesión de gritos tremendos, a pleno pulmón, con la vana esperanza de llamar la atención del guía. Sin embargo, mientras vociferaba, tuve la sensación de que mis gritos resultaban un despropósito, y que mi voz, aumentando y reverberando por las innumerables paredes del negro laberinto circundante, no llegaba a otros oídos que los míos. Sin embargo, a una, mi atención se volvió sobresaltada hacia un sonido de suaves pasos que imaginé escuchar acercándoseme sobre el suelo rocoso de la cueva. ¿Era inminente mi salvación? ¿No habían sido entonces todos mis horribles temores otra cosa que naderías, y el guía, habiéndose percatado de mi inexplicable ausencia, había seguido mi rastro, buscándome a través de este laberinto calcáreo. Mientras aquellas preguntas felices brotaban en mi interior, estuve a punto de reanudar mis gritos para acelerar mi descubrimiento; pero en un instante mi alegría se trocó en horror al volver a escuchar, ya que mis siempre agudos oídos, ahora afinados aún más por el completo silencio de la cueva, dieron a mi entumecido entendimiento la inesperada y espantosa certeza de que aquellas pisadas no sonaban como las de un ser humano. En la quietud ultraterrena de esa subterránea región, la aparición del guía con su calzado hubiera resultado como una serie de golpes claros e incisivos. Aquellos sonidos eran blandos y sigilosos, como los que podrían producir las zarpas almohadilladas de un felino. Además, a



veces, escuchando cuidadosamente, me parecía distinguir el paso no de dos, sino de cuatro pies.

Ahora ya estaba convencido de que mis gritos habían despertado y atraído a alguna bestia salvaje, quizás un puma extraviado por accidente en el interior de la cueva. Quizás, reflexioné, el Todopoderoso me había designado una muerte más rápida y misericordiosa que el hambre. Aunque el instinto de conservación, nunca apagado por completo, se conmovió en mi ser y, a pesar de que evitar el peligro que se acercaba podía depararme un final más largo e inclemente, me dispuse, sin embargo, a vender la vida lo más cara posible. Por extraño que pueda parecer, mi mente no concebía otra intención en el visitante que la de una clara hostilidad. En consecuencia, permanecí inmóvil, esperando que la bestia desconocida, a falta de un sonido que la guiase, perdiese mi dirección y pasase de largo. Pero esa esperanza iba a revelarse infundada, ya que aquellas extrañas pisadas avanzaban implacables; sin duda, el animal me olfateaba y, en una atmósfera tan absolutamente limpia de cualquier influencia contaminante como resulta la de una cueva, podía sin duda seguirme hasta gran distancia.

Por consiguiente, viendo que debía armarme para defenderme de un extraño e invisible ataque en la oscuridad, tanteé en busca de los mayores de entre los fragmentos de roca dispersos por doquier en el suelo de la caverna circundante y, empuñando uno en cada mano, listos para ser usados, esperé resignado los inevitables sucesos. Mientras, el odioso paso de garras se acercaba. La conducta de esa criatura era realmente extraña. Casi todo el tiempo, los movimientos parecían propios de un cuadrúpedo, moviéndose con una curiosa descoordinación entre miembros delanteros y traseros; y, sin embargo, durante algunos pocos y cortos intervalos, me pareció que caminaba sobre dos patas tan sólo. Me pregunté qué clase de animal tenía delante; debía tratarse, suponía, de alguna infortunada bestia que había pagado la curiosidad de indagar a las puertas de la temible gruta

con una reclusión de por vida en esas interminables profundidades. Sin duda, se alimentaba de peces ciegos, murciélagos y ratas de la cueva, así como de los peces comunes que nadan en los manantiales del río Verde, el cual comunica por vías ocultas con las aguas de la caverna. Llené mi terrible espera haciendo grotescas conjeturas sobre los efectos que una vida cavernaria pudieran haber causado sobre la estructura física de la bestia, recordando las espantosas apariencias que la tradición local achacaba a los tuberculosos muertos tras una larga residencia en la cueva. Entonces, con un sobresalto, recordé que, aun en el caso de lograr matar a mi antagonista, nunca llegaría a contemplar su apariencia, dado que mi antorcha se había extinguido hacía tiempo y no tenía encima ni una cerilla. La tensión mental se volvía ahora espantosa. Mi imaginación desbocada conjuraba formas odiosas y temibles en la siniestra oscuridad circundante, que parecían ya casi presionarme. Las espantosas pisadas se acercaban, cerca, más cerca. Creo que debí lanzar un grito, aunque de haber sido en verdad tan timorato como para hacerlo, mi voz apenas debió responderme. Estaba petrificado, clavado al sitio. Dudaba de que mi brazo derecho me respondiera lo bastante como para disparar sobre el ser llegado el momento crucial. El inexorable, pat, pat, de pisada está al alcance de la mano, ya muy cerca. Podía oír el trabajoso resuello del animal, y, aterrorizado como estaba, aún llegué a comprender que venía de muy lejos y estaba por tanto fatigado. Repentinamente se rompió el maleficio. Mi brazo derecho, guiado por mi siempre fiable oído, lanzó con todas sus fuerzas el pedazo de caliza, de bordes agudos, que sostenía, impulsándolo hacia el lugar de la oscuridad de donde provenían resuello y pisadas; y, por increíble que parezca, estuvo a punto de alcanzar su objetivo, ya que escuché brincar al ser, yendo a cierta distancia y pareciendo detenerse allí.

Reajustando el tiro, lancé el segundo proyectil, esta vez con mejores resultados, ya que lleno de alegría oí cómo la criatura caía de una forma

que sonaba a desplome, quedando sin lugar a dudas tendida e inmóvil. Casi desbordado por el tremendo alivio consiguiente, me recosté tambaleándome contra la pared. El resuello proseguía, pesado, boqueando inhalaciones y exhalaciones; así que comprendí que no había hecho otra cosa que herir a la criatura. Y cualquier deseo de examinar al ser se esfumó. Por fin, algo semejante al miedo ultraterreno y supersticioso se alojó en mi cerebro y no me aproximé al cuerpo, ni seguí cogiendo hiedras para rematarlo. En vez de eso, eché a correr tan rápido como pude y, tanto como me lo permitía mi frenético estado, por donde había llegado. Bruscamente escuché un sonido o, mejor, una sucesión regular de sonidos. Al instante siguiente se habían convertido en un golpeteo claro y metálico. Ahora no había duda. Era el guía. Y entonces grité, chillé, vociferé, incluso aullé de alegría contemplando en los techos abovedados la luminosidad débil y resplandeciente que yo sabía era el reflejo del brillo de una antorcha aproximándose. Corrí al encuentro del resplandor y, antes de comprender del todo lo que hacía, estaba a los pies del guía, abrazándole las botas, balbuceando a pesar de mi reserva ostentosa de una forma que resultaba de lo más insensata y estúpida, barbotando mi terrible historia y, a la vez, aturullando a mi oyente con mis demostraciones de gratitud. El guía había notado mi ausencia cuando el grupo volvió a la entrada de la cueva y, llevado por su intuitivo sentido de la orientación, había procedido a realizar una exploración exhaustiva de los pasadizos frente a los que me viera por última vez, localizando mi paradero tras una búsqueda de unas cuatro horas.

Cuando me lo hubo contado, yo, envalentonado por la luz de su antorcha y por su compañía, comencé a pensar en la extraña bestia a la que había herido unos metros más atrás, en la oscuridad, y sugerí que fuéramos a ver, con ayuda del hacha, qué clase de criatura había yo abatido. Así que me volví sobre mis pasos, esta vez con un valor que nacía del estar

acompañado, hasta el escenario de mi terrible experiencia. Pronto descubrimos un cuerpo blanco en el suelo, más blanco aún que la propia caliza resplandeciente. Avanzando con precaución, prorrumpimos en simultáneas exclamaciones de asombro, ya que de todos los monstruos antinaturales que pudiéramos haber contemplado en nuestra vida, éste resultaba con mucho el más extraño. Parecía ser un mono antropoide de grandes dimensiones, escapado quizás de algún circo ambulante. Su pelaje era blanco como la nieve, debido sin duda a la acción decolorante de una larga existencia en los recintos negros como la tinta de la cueva, pero asimismo aquel pelo era sorprendentemente ralo, faltando por doquier, excepto en la cabeza, donde era tan largo y abundante que caía sobre sus hombros en profusión considerable. El rostro permanecía oculto, ya que la criatura estaba boca abajo. El ángulo de los miembros era también muy singular, explicando empero la alteración de uso que yo antes notara y por la cual la bestia empleaba unas veces cuatro zarpas para desplazarse y otras sólo dos. Las manos o pies no eran prensiles, algo que atribuí a su larga estancia en la cueva que, como antes dije, parecía probada por aquella blancura completa y casi ultraterrena tan característica de toda su anatomía. No parecía dotada de cola.

La respiración se había vuelto ahora sumamente débil, y el guía había empuñado su pistola con la evidente intención de rematar a la criatura, cuando un inesperado sonido lanzado por esta última le hizo abatir el arma sin usarla. Aquel sonido era de naturaleza difícil de explicar. No era como los tonos normales que emiten las especies de simios conocidas, y me pregunté si aquella cualidad antinatural no sería el fruto de una larga estancia en silencio total, roto al fin por la sensación provocada por la llegada de luz, algo que la bestia no había visto desde su llegada a la cueva. El sonido, que de lejos puede definirse como una especie de profundo charloteo, proseguía débilmente. De repente, un fugaz espasmo de energía

pareció estremecer el cuerpo de la bestia. Las zarpas se movieron convulsivamente y los miembros se contrajeron. Con un espasmo, el cuerpo blanco rodó hasta que el rostro giró en nuestra dirección. Por un instante me vi tan abrumado por lo que mostraban aquellos ojos, que no vi nada más. Eran negros, esos ojos; profundos, tremendamente negros, contrastando espantosamente con la nívea blancura de cabello y carnes. Como en otros moradores de cavernas, estaba profundamente hundidos en las órbitas y carecían completamente de iris. Mirando más detenidamente, vi que se encontraban en un rostro que era menos prognato que el de cualquier mono normal e infinitamente más peludo. La nariz era bastante distinta.

Mientras observábamos la extraña visión que teníamos ante los ojos, los gruesos labios se abrieron y brotaron algunos sonidos, tras lo cual el ser se relajó y murió.

El guía se aferró a la manga de la chaqueta, temblando con tanta violencia que la luz se estremeció espasmódicamente, proyectando sombras extrañas y móviles sobre los muros de alrededor.

Yo no hice gesto, sino que permanecí envaradamente quieto, los ojos espantados fijos sobre el suelo de delante.

Y entonces se disipó el miedo, suplantado por asombro, espanto, comprensión y reverencia, ya que los sonidos lanzados por la figura herida que yacía sobre el suelo calcáreo nos habían susurrado la terrible verdad. La criatura que yo había matado, la extraña bestia de la inexplorada caverna, era o había sido en tiempos, ¡¡¡un HOMBRE!!!

# **SORDO, MUDO Y CIEGO<sup>8</sup>**

H. P. Lovecraft & C. M. Eddy Jr.

Poco después del mediodía del 28 de junio de 1924, el doctor Morehouse detuvo su automóvil ante la finca Tanner y cuatro hombres descendieron. La pétreo construcción, en perfecto estado de conservación, se alzaba cerca del camino, y, de no ser por el pantano en su parte trasera, carecería de cualquier sugestión siniestra. El blanco e inmaculado portal era visible más allá del pulcro césped, desde alguna distancia camino abajo; y mientras el grupo del doctor se acercaba, pudieron distinguir la pesada puerta abierta de par en par. Tan sólo la mosquitera estaba cerrada. La proximidad de la casa había impuesto una especie de nervioso silencio a los cuatro hombres, ya que lo que acechaba en su interior sólo podía imaginarse con difuso terror. Un terror que se vio sumamente reducido cuando los exploradores escucharon claramente el sonido de la máquina de escribir de Richard Blake.

Menos de una hora antes, un hombre adulto había huido de esta casa, destocado, sin chaqueta y vociferando, para desplomarse ante la puerta de su vecino más próximo, como a un kilómetro, balbuciendo incoherencias sobre «casa», «oscuro», «pantano» y «alcoba». El doctor Morehouse, oyendo que una criatura babeante y enloquecida había escapado de la casa del viejo Tanner por el límite del pantano, no necesitó mayores acicates para entrar en acción. Supo que algo podía suceder desde el momento en que los dos hombres ocuparon la maldita casa de piedra... el hombre que había huido y su patrón, Richard Blake, el poeta de Boston, el genio que había ido a la guerra con cada nervio y sentido alertas, para

---

<sup>8</sup> Deaf, Dumb, and Blind; written: february 1924; published: 1925, in *Weird Tales*.

regresar en su estado actual: aún gallardo, pero medio paralítico; todavía paseando con canciones entre las visiones y sonidos de la viva fantasía, a pesar de estar cerrado para siempre al mundo físico: ¡Sordo, mudo y ciego!

Blake se había deleitado con las extrañas historias y estremecedoras insinuaciones acerca de la casa y sus primeros inquilinos. Tales espantosas tradiciones eran una posesión mental cuyo goce no podía impedir su estado físico. Había sonreído ante el augurio de los supersticiosos pueblerinos. Ahora, con su único acompañante en fuga presa del pánico, y él mismo inerme ante lo que hubiera causado tal espanto, ¡Blake tendría menor ocasión de divertirse y sonreír! Éstas, en fin, eran las reflexiones del doctor Morehouse mientras encaraba el problema del fugitivo y solicitaba al desconcertado granjero ayuda para desvelar el misterio. Los Morehouse eran una vieja familia de Fenham, y el abuelo del doctor había sido uno de los que quemaron el cuerpo del misántropo Simeón Tanner en 1819. A pesar del tiempo transcurrido, el avezado doctor no podía evitar un escalofrío pensando en tal acto... y en las cándidas conclusiones sacadas por los ignorantes paisanos a partir de una ligera e insignificante malformación del difunto. Sabía que aquel estremecimiento era estúpido, ya que unas minúsculas protuberancias óseas en la parte delantera del cráneo no significan nada, e incluso pueden observarse en algunos calvos.

Entre los cuatro hombres que finalmente decidieron partir hacia esa aborrecida casa en el coche del doctor, hubo un temeroso y singular intercambio de vagas leyendas y medio furtivos fragmentos de habladurías murmuradas por chismosas abuelas... leyendas e insinuaciones pocas veces repetidas y casi nunca cotejadas. Se remontaban tan atrás como 1692, cuando un Tanner fue ajusticiado en Gallows Hill, Salem, tras un juicio por brujería; pero no aumentaron hasta que la casa fue construida en 1747, aunque el edificio actual era más moderno. Ni siquiera entonces los cuentos eran muy numerosos, a despecho de lo extraños que eran todos los Tanner,

sino sólo a raíz del último de todos, el viejo Simeón, a quien la gente temía atrocemente. Se hizo cargo de su herencia — horriblemente, según musitaban algunos — y tapió las ventanas de la habitación sureste, cuyo muro este daba al pantano. Aquél era su estudio y biblioteca, y tenía una puerta de doble grosor con refuerzos. Fue forzada con hachas aquella terrible noche del invierno de 1819, cuando el humo hediondo había ascendido por la chimenea, y allí se encontró el cuerpo de Tanner... con aquella expresión en su rostro. Fue a causa de aquella expresión —no por las dos huesudas protuberancias bajo el estropajoso cabello blanco— lo que les llevó a quemar el cuerpo, así como los libros y manuscritos que contenía la estancia. Sin embargo, la Corta distancia a la finca Tanner quedó cubierta mucho antes de que la cuestión histórica más importante pudiera cotejarse.

Mientras el doctor, a la cabeza del grupo, abría la mosquitera y entraba al vestíbulo de arcos, se percató de que el sonido de la máquina de escribir había cesado bruscamente. En ese instante dos de los hombres también creyeron notar una débil corriente de aire frío extrañamente fuera de tono con el gran calor del día, aunque más tarde rehusaron jurarlo. El vestíbulo estaba en perfecto orden, así como las diversas estancias en donde penetraron buscando el estudio donde presuntamente se hallaría Blake. El autor había amueblado su casa con exquisito gusto colonial y, aunque no disponía de más ayuda que la de un único sirviente, se había mantenido todo en un estado de admirable limpieza.

El doctor Morehouse guió a sus hombres de habitación en habitación por las puertas abiertas de par en par y las arcadas, hallando por fin la librería o estudio que buscaba: una exquisita habitación orientada al sur, en la planta baja y adyacente a lo que una vez fuera el espantoso estudio de Simeón Tanner, revestida de libros, que el sirviente le leía a través de un ingenioso alfabeto de toques, y los más abultados volúmenes



de Braille, que el mismo autor leía con las sensitivas yemas de sus dedos. Richard Blake, por supuesto, estaba allí, sentado como era habitual ante su máquina de escribir, con un montón de hojas recién escritas desparramadas por la mesa y el suelo, y con una hoja aún en la máquina. Había interrumpido su trabajo, parecía, con cierta brusquedad, quizás por un escalofrío que le había hecho cerrarse el cuello de la bata, y su cabeza estaba vuelta hacia el portal de la soleada habitación adyacente, de una forma bastante singular para alguien a quien su falta de vista y oído bloquea de toda impresión del mundo exterior.

Al acercarse, situándose donde pudiera ver el rostro del autor, el doctor Morehouse empalideció e hizo gestos a los demás para que permanecieran atrás. Necesitó algún tiempo para tranquilizarse y disipar toda posibilidad de sufrir algún espantoso espejismo. No necesitó tiempo para preguntarse por qué había sido quemado el cuerpo del viejo Simeón Tanner por su expresión aquella noche de invierno, porque allí había algo que sólo una mente perfectamente disciplinada podía enfrentar. El difunto Richard Blake, cuya máquina de escribir había cesado su incesante tecleo sólo cuando los hombres habían penetrado en la casa, había visto algo a pesar de su ceguera y había sido afectado por ello. No había ninguna humanidad en la mirada de aquel rostro, ni en la macabra y vidriada visión que llameaba en los grandes ojos azules inyectados en sangre, privados de imágenes de este mundo durante seis años. Aquellos ojos estaban clavados con un éxtasis de manifiesto horror sobre el zaguán que llevaba al estudio del viejo Simeón Tanner, donde el sol resplandecía sobre los muros una vez sumidos en la negrura del tapiado. Y el doctor Arlo Morehouse se tambaleó aturdido al descubrir que, a pesar de la deslumbrante luz diurna, las pupilas negras como la tinta de aquellos ojos estaban tan cavernosamente dilatadas como las de los ojos de un gato en la oscuridad.

El doctor cerró aquellos ojos ciegos de mirada fija antes de dejar

que los demás vieran el rostro del cadáver. Mientras tanto, estudió el cuerpo sin vida con febril diligencia, utilizando minuciosos cuidados técnicos, a pesar de sus alterados nervios y casi temblorosas manos. Algunos de sus resultados los comunicaba de tiempo en tiempo al espantado e inquisitivo trío de su alrededor; otros se los guardó juiciosamente para sí mismo, ya que les provocaría especulaciones más inquietantes de lo que las cavilaciones humanas deben ser. No fue nada que él dijera, sino una atenta observación propia, lo que hizo murmurar a uno de los hombres sobre el desgredado cabello negro del cadáver y la forma en que los papeles estaban esparcidos. Este hombre dijo que era como si una fuerte brisa hubiera soplado por el abierto portal hacia donde estaba vuelto el muerto; pero, aunque las ventanas de más allá una vez tapiadas estaban en efecto completamente abiertas al cálido aire de junio, apenas hubo un soplo de viento en todo el día.

Cuando uno de los hombres comenzó a recoger las hojas del manuscrito recién mecanografiado que yacían en el suelo y la mesa, el doctor Morehouse le detuvo con un gesto alarmado. Había visto la hoja que permanecía en la máquina y la había sacado precipitadamente, colocándola en su bolsillo tras de que una frase o dos volvieran a hacerle palidecer. Este incidente le hizo recoger por sí mismo las dispersas hojas y apiñarlas en un bolsillo interior sin detenerse a ordenarlas. Pero lo leído no era ni siquiera la mitad de aterrador que lo descubierto: la sutil diferencia de impresión y tecleo que distinguía las hojas recogidas de la que se encontraba en la máquina de escribir. No pudo disociar esta sombría impresión de la terrible circunstancia que tan celosamente había ocultado a los hombres que oyeran el tecleo de la máquina hacía menos de diez minutos... el hecho que trataba de arrancar incluso de su propia mente hasta 'estar a solas, retrepado en las misericordiosas profundidades del sillón de su Morris. Uno puede juzgar el temor que sintió ante esto a tenor del esfuerzo que le costó ocultarlo. En

más de treinta años de práctica profesional había sido considerado como un forense a quien ningún dato podía ocultarse; aunque, entre tantas formalidades como había seguido, ningún hombre supo jamás que cuando examinó a este cadáver retorcido, de mirada fija y ciego, había descubierto inmediatamente que la muerte debía haber tenido lugar al menos media hora antes del descubrimiento.

El doctor Morehouse cerró la puerta exterior y condujo al grupo por todos los rincones de la vieja casa, buscando cualquier pista que pudiera explicar la tragedia. No obtuvieron más resultado que el fracaso total. Sabía que la trampilla del viejo Simeón Tanner había sido eliminada tan pronto como los libros y cuerpo del recluso fueron quemados, y que la cámara subterránea y el sinuoso túnel bajo los pantanos fueron rellenados una vez descubiertos, casi treinta y cinco años atrás. No vio nuevas anomalías que hubieran tomado su puesto, y todo el lugar mostraba solamente la normal limpieza y la moderna restauración y cuidado propias del buen gusto.

Telefoneando al sheriff de Fenham y al forense del condado en Bayboro, esperó la llegada del primero; éste, al llegar, insistió en juramentar a dos de los hombres como sus ayudantes mientras aparecía el forense. El doctor Morehouse, sabedor de la falsedad y futilidad de las pesquisas oficiales, no pudo evitar sonreír aviesamente al marcharse en compañía del aldeano en cuya casa aún se cobijaba el hombre que había huido.

Encontraron al paciente excesivamente débil, aunque consciente y bastante sereno. Habiendo prometido al sheriff obtener y transmitir toda información posible del fugitivo, el doctor Morehouse comenzó un interrogatorio calmado y lleno de tacto que fue recibido con espíritu racional y bien dispuesto, sólo entorpecido por las lagunas de memoria. La mayor parte de la calma del hombre debía provenir de una piadosa incapacidad de recordar, pues todo cuanto dijo fue que había estado en el

estudio con su patrón y había creído ver la habitación adyacente oscurecerse bruscamente... la estancia donde el resplandor del sol había reemplazado a las tinieblas de las ventanas tapiadas durante más de un centenar de años. Aun este recuerdo, del cual ya medio dudaba, turbaba enormemente los trastornados nervios del paciente, y sólo mediante la mayor gentileza y circunspección el doctor Morehouse le comunicó la muerte de su patrón... víctima natural de un ataque de corazón que sus terribles lesiones de guerra debían haberle provocado. Esto afligió al hombre, ya que había sido un devoto del tullido autor; pero prometió mostrar entereza y enviar el cuerpo a su familia de Boston al finalizar las pesquisas formales del forense.

El médico, tras satisfacer tan imprecisamente como le fue posible la curiosidad del anfitrión y su esposa, y urgiéndolos a amparar al paciente y mantenerlo lejos de la casa Tanner hasta su partida con el cuerpo, condujo de nuevo hacia casa con un creciente temblor de excitación. Al fin era libre de leer el manuscrito mecanografiado por el muerto y obtener por fin una pista sobre qué infernal ser había desafiado aquellos destrozados sentidos de vista y sonido, penetrando tan desastrosamente la delicada inteligencia que rumiaba en la oscuridad y el silencio. Sabía que debía ser una lectura grotesca y terrible, y no se apresuró a comenzarla. De hecho, deliberadamente, guardó el coche en el garaje, se embutió confortablemente en una bata y colocó un surtido de medicinas sedantes y tónicas junto al gran sillón que pensaba ocupar. Aun tras esto, gastó obviamente tiempo en la lenta colocación de las hojas numeradas, evitando cuidadosamente cualquier ojeada al texto.

Sabemos lo que hizo el doctor Morehouse con el manuscrito. Podría no haber sido leído por nadie más de no haberlo auxiliado su esposa mientras yacía inerte en su sillón una hora más tarde, respirando ruidosamente y sin responder a sacudidas lo bastante violentas como para

revivir a la momia de un faraón. Terrible como es el documento, particularmente en el obvio cambio de estilo cerca del final, no podemos evitar creer que la sabiduría popular del médico le descubrió un sumo y supremo horror que nadie más hubiera tenido la desgracia de captar. Verdaderamente, es opinión generalizada en Fenham que la amplia familiaridad del doctor con las murmuraciones de los ancianos y los cuentos que su abuelo le contó en la juventud le proveyeron de alguna especial información, a la luz de la que la espantosa crónica de Richard Blake adquirió un nuevo, claro y devastador significado casi insoportable para la mente humana normal. Esto pudo explicar la lentitud de su recuperación esa tarde de junio, la renuencia con la que permitió a su mujer e hijo leer el manuscrito, la singular desgana con la que accedió a su deseo de no quemar un documento tan oscuramente reseñable y, sobre todo, la peculiar rapidez con la que se apresuro a comprar la propiedad del viejo Tanner, demoliendo la casa con dinamita y talando los árboles del pantano hasta una considerable distancia del camino. Sobre todo este asunto, él mantiene hoy en día un inflexible mutismo y es sabido que se llevará a la tumba un conocimiento del que es mejor que el mundo prescinda.

El manuscrito, tal como aquí aparece, fue copiado gracias a la cortesía de Floyd Morehouse, esquire, hijo del médico. Unas pequeñas omisiones, sustituidas por asteriscos, han sido hechas en interés de la paz mental pública, y otras son fruto de la imprecisión del texto, donde el afectado y veloz tecleo del autor incurre en incoherencias o ambigüedad. En tres sitios, donde las lagunas han sido plenamente subsanadas mediante el contexto, se ha acometido la tarea de rellenarlas. Sobre el cambio de estilo cerca del final, es mejor no especular. Seguramente es bastante plausible atribuir el fenómeno, a la vista del contenido y del aspecto físico del tecleo, a la alborotada y tambaleante mente de la víctima cuyos grandes impedimentos no le habían arrendado ante nada antes de ese momento. Las

mentes audaces están en libertad de sacar sus propias conclusiones.

He aquí, pues, el documento, escrito en una casa maldita por un cerebro cerrado a la vista y sonido del mundo... un cerebro aislado y librado a la compasión y las burlas de poderes que los hombres dotados de vista y oído nunca han encarado. Contrapuesto como es respecto de cuanto conocemos del universo por físicos, químicos y biólogos, la mente lógica puede clasificarlo como un singular producto de demencia... una demencia contagiada al hombre que huyó a tiempo de la casa. Y así, en efecto, puede considerarse mientras el doctor Arlo Morehouse mantenga su silencio.

### **EL MANUSCRITO**

Los vagos recelos del último cuarto de hora están ahora convirtiéndose en temores definidos. Para comenzar, estoy absolutamente convencido de que algo debe haberle sucedido a Dobbs. Por primera vez desde que estamos juntos, ha fallado en responder a mis requerimientos. Cuando no contestó a mis repetidos timbrazos, supuse que la campana debía estar estropeada, pero he golpeado la mesa con suficiente vigor como para despertar al pasaje de Caronte. Al principio pensé que debía haber salido de la casa para tomar un poco el fresco, ya que ha habido calor y bochorno toda la tarde, pero no es propio de Dobbs estar mucho tiempo lejos sin cerciorarse de que no necesito nada. Son, 'sin embargo, los insólitos sucesos de los últimos minutos lo que confirman mi sospecha de que la ausencia de Dobbs es ajena a su voluntad. Es el mismo suceso que me lleva a poner mis impresiones y conjeturas sobre el papel con la esperanza de que el simple acto de registrarlos pueda revelar una cierta y siniestra sugestión de inminente tragedia. Aunque lo intento, no puedo sacar de mi cabeza las leyendas relacionadas con esta vieja casa... simples necedades supersticiosas para deleite de cerebros resacos y en las que no gastaría mi pensamiento si Dobbs estuviera aquí.

En los años que he permanecido aislado del mundo que conocía, Dobbs ha sido mi sexto sentido. Ahora, por primera vez desde mi mutilación, comprendo todo el alcance de mi impotencia. Es Dobbs quien ha compensado mis ojos invidentes, mis oídos inútiles y mi garganta sin voz, así como mis piernas inválidas. Hay una jarra de agua en la mesa de la máquina de escribir. Sin Dobbs para rellenarla cuando se vacía, mis apuros serían los de Tántalo. Poco ha ocurrido en esta casa desde que vivimos aquí: poco tienen en común el parlanchín campesinado y un paralítico que no puede ver, oír o hablar con ellos; pueden pasar días antes de que nadie aparezca. Solo... con sólo mis pensamientos para hacerme compañía; inquietantes pensamientos que no han sido precisamente apaciguados por las sensaciones de los últimos minutos. No me gustan esas sensaciones, tampoco, porque más y más se transforman de simples chismes de aldea en una imaginería fantástica que afecta mis emociones de la forma más peculiar y casi sin precedentes.

Parecen haber pasado horas desde que comencé a escribir esto, pero sé que no pueden ser más que unos pocos minutos, porque había justo insertado esta nueva página en la máquina. La acción mecánica de cambiar de hojas, simple como es, me ha dado un nuevo asidero de mí mismo. Quizás pueda sacudirme ese sentimiento de peligro que se acerca lo bastante como para registrar lo que acaba de suceder.

Al principio no era más que un simple temblor, algo similar al estremecimiento de un bloque de viviendas baratas cuando un pesado camión ruge pegado al bordillo... pero éste no es un edificio mal construido. Tal vez soy sensible a tales cosas, y puede ser que esté dando rienda suelta a mi imaginación, pero me parece que la perturbación es más intensa directamente frente a mí... y mi silla está cara al ala sureste, lejos de la carretera, ¡directamente en línea con el pantano en el fondo de la morada! Por engañoso que esto pudiera ser, no se puede negar lo que

siguió. Estoy recordando los instantes en que he sentido temblar el suelo bajo mis pies bajo el estallido de proyectiles gigantes; tiempos en los que vi buques sacudidos como cascarones por la furia de un tifón. La casa se estremecía como cenizas del Dweurgar en los cedazos de Niflheim . Cada listón del suelo bajo mis pies se estremeció como un ser doliente. Mi máquina de escribir tembló hasta que pude imaginar que las teclas castañeteaban de miedo.

Tras un breve instante, todo pasó. Todo quedó tan calmado como antes. ¡Demasiado calmado! Parecía imposible que una cosa así pudiera ocurrir y, sin embargo, dejar todo exactamente como antes. No, no exactamente... ¡estoy plenamente convencido de que algo le ha ocurrido a Dobbs! Es esta convicción, unida a esta calma antinatural, lo que acentúa el miedo premonitorio que persiste en reptar a mi alrededor. ¿Miedo? Sí... aunque estoy tratando de razonar cuerdamente conmigo mismo que no hay nada que temer. Los críticos han elogiado y condenado mi poesía porque muestra lo que ellos denominan una vívida imaginación. En un momento como éste puedo de corazón unirme a quienes gritan «demasiado vívida». Nada puede estar tan fuera de lugar o...

¡Humo! Como un débil rastro sulfuroso, pero inconfundible a mi agudo olfato. Tan débil, de hecho, que me es imposible determinar si viene de algún lugar de la casa o entra a través de la ventana de la habitación adyacente que se abre al pantano. La impresión se convierte rápidamente en algo más claramente definido. Estoy seguro ahora de que no viene del exterior. Erráticas visiones del pasado, sombrías escenas de otros días, vuelven a mí en un recuerdo estereoscópico. Una fábrica llameante... histéricos gritos de mujeres aterrorizadas atrapadas por paredes de fuego, una ardiente escuela... lastimeros gritos de desamparados niños presos de derrumbadas escaleras; un teatro en llamas... frenética babel de gente enloquecida por el pánico luchando por liberarse sobre agrietados suelos y,



sobre todo, las impenetrables nubes de negro, nocivo, malicioso humo contaminando el pacífico cielo. El aire de la habitación está saturado con oleadas espesas, pesadas, sofocantes... y a cada momento espero sentir las lenguas llameantes lamer con avidez mis piernas inútiles... me duelen los ojos... mis oídos laten... toso y me sofoco tratando de librar mis pulmones de los hedores de Ocypete ... humo, tal como se asocia con aterradoras catástrofes... acre, hediondo, mefítico humo mezclado con el nauseabundo olor de la ardiente carne\*\*\*.

Una vez más estoy a solas con esta portentosa calma. La bienvenida brisa que acaricia mis mejillas está restaurando rápidamente mi perdido valor. Naturalmente, la casa no puede estar en llamas, ya que hasta el último vestigio del torturante humo se ha desvanecido. No puedo detectar un simple rastro de él, a pesar de que he estado olfateando como un sabueso. Estoy comenzando a preguntarme si no estaré volviéndome loco, si los años de soledad han desencajado mi mente... pero el fenómeno ha sido demasiado definido para permitirme clasificarlo como una simple alucinación. Cuerdo o loco, no puedo concebir tales cosas sino como realidades... y al momento las catalogo como algo sobre lo que no puedo sacar más que una conclusión lógica. La inferencia en sí es bastante para trastornar cualquier estabilidad mental. Admitir esto es dar carta de verdad a los supersticiosos rumores que Dobbs recopila de los aldeanos y transcribe para que las sensibles yemas de mis dedos puedan leerlos... ¡rumores sin sustancia que mi mente materialista instintivamente condena como necedades!

¡Quisiera que los pitidos en mis oídos cesaran! Es como si espectrales instrumentistas locos aporrearan a dúo lacerantes tambores. Supongo que se trata simplemente de una reacción a la sofocante sensación que acabo de experimentar. Unas pocas bocanadas más de este aire vivificante...

¡Algo... hay algo en la habitación! Estoy tan seguro de no estar solo como si pudiera ver la presencia que tan irrefutablemente siento. Es una impresión bastante similar a la que he tenido mientras me abría paso a través de una calle abarrotada: la definida noción de ojos me han elegido entre el resto de la muchedumbre con una mirada lo bastante intensa como para captar mi atención subconsciente... la misma sensación, sólo que multiplicada. ¿Quién... qué... puede ser? Después de todo, mis temores deben ser infundados, quizás significa tan sólo que Dobbs ha regresado. No... no es Dobbs. Como esperaba, el estruendo en mis oídos ha cesado y un leve susurro ha captado mi atención... el abrumador significado del hecho acaba de registrarse por sí solo en mi aturdido cerebro... ¡Puedo oír!

No es una simple voz susurrante, ¡sino muchas! \*\*\*. El lascivo zumbido de bestiales moscardones... Satánicos zumbidos de libidinosas abejas... sibilantes silbidos de obscenos reptiles... ¡un susurrante coro que la garganta humana no puede entonar! Aumenta de volumen... las habitaciones resuenan con demoníacos cánticos: destemplados, desentonados y grotescamente roncós... un diabólico coro entonando espantosas letanías... peanes de miseria mefistofélica elevados a música por almas dolientes... un odioso crescendo de odioso pandemónium \*\*\*.

Las voces que me rodean están acercándose a mi silla. El cántico ha tenido un abrupto final y los susurros se han convertido en sonidos ininteligibles. Fuerzo mis oídos para distinguir las palabras. Cerca... y aún más cerca. Son claras ahora... ¡demasiado claras! Mejor hubiera sido que mis oídos hubieran permanecido sordos por siempre que ser obligados a escuchar sus voceríos infernales \*\*\*.

Impías revelaciones de Saturnales corruptoras de almas \*\*\* gulescas concepciones de devastadoras catástrofes \*\*\* profanas invitaciones a orgías cabíricas \*\*\* malevolentes amenazas de castigos inimaginables \*\*\*.

Hace frío. ¡Un frío impropio de la estación! Como inspirada por la cacodemoniaca presencia que me acosa, la brisa que era tan amistosa hace pocos minutos crece rabiosa en mis oídos... una helada galerna que sopla desde el pantano y me hiela hasta los huesos.

Si Dobbs ha huido de mi lado, no se lo reprocho. No me gustan la cobardía o el temor implorante, pero aquí hay cosas \*\*\*. ¡Sólo deseo que su destino no haya sido peor que el haber salido a tiempo!

Mi última duda se ha disipado. Estoy doblemente contento, ahora, de haberme resuelto a escribir mis impresiones... no espero que nadie pueda entender... o creer... ha sido un alivio de la enloquecedora tensión de ociosa espera ante cada nueva manifestación de anormalidad psíquica. Según parece, hay tres caminos que puedo tomar: huir de este maldito lugar y gastar los torturantes años del porvenir tratando de olvidar... pero no puedo huir; admitir una abominable alianza con fuerzas tan malignas que el Tártaro, comparado con ellas, parecería la antesala del Paraíso... pero no puedo admitirlo; morir... pero preferiría mutilar mi cuerpo miembro a miembro que mancillar mi alma en un bárbaro trueque con tales emisarios de Belial \*\*\*.

Tengo que descansar un instante para soplar en mis dedos. La habitación está helada con la fétida gelidez de la tumba... un apacible entumecimiento se enrosca sobre mí... debo combatir esta lasitud; está socavando mi determinación de morir antes de ceder a esas insidiosas demandas... Juro, de nuevo, resistir hasta el final... el final que sé que no puede estar lejos \*\*\*.

Invisibles dedos me atenazan... dedos fantasmales que carecen de fuerza física para apartarme de mi máquina... dedos helados que me impulsan a un vil vórtice de vicio... dedos diabólicos que me arrastran a un albañal de eterna iniquidad... dedos muertos que detienen mi respiración y hacen sentir mis ojos ciegos como si ardieran de pena \*\*\* heladas puntas

oprimiendo mis sienes... duros, huesudos bultos como cuernos \*\*\* el hálito boreal de algún ser largo tiempo muerto besa mis febriles labios y cauteriza mi ardiente garganta con heladas llamas \*\*\*.

Está oscuro \*\*\* no la oscuridad que es parte de años de ceguera \*\*\* la impenetrable oscuridad de la noche marcada de pecado \*\*\* la negrura de la pez del Purgatorio \*\*\*.

Veo \*\*\* ¡spes mea Christus!" \*\*\* es el fin \*\*\*.

\*\*\*\*\*

No hay en la mente mortal ninguna defensa ante fuerzas más allá de la imaginación humana. Ni los espíritus inmortales pueden vencer aquello que ha saboreado de las profundidades y hecho de la inmortalidad un fugaz instante. ¿El fin? ¡En absoluto! Tan sólo el maravilloso comienzo...

## **LA CASA MALDITA<sup>9</sup>**

Howard Phillips Lovecraft

### I

Rara vez deja de haber ironía incluso en el mayor de los horrores. Algunas veces forma parte directa de la trama de los sucesos, mientras que otras sólo atañe a la posición fortuita de éstos entre las personas y los lugares. Un magnífico ejemplo de este último caso puede encontrarse en la antigua ciudad de Providence, donde acostumbraba a ir Edgar Allan Poe, a mediados del siglo pasado, durante su infructuoso galanteo a Mrs.

---

<sup>9</sup> The Shunned House; Written October 16-19, 1924; Published in *The Shunned House* (The Recluse Press, 1928).

Whitman, poeta de excelentes dotes. Poe solía parar en la Mansión House — nuevo nombre de la Hostería de la Bola de Oro, cuyo techo cobijó a Washington, a Jefferson y a Lafayette —, y su paseo preferido era hacia el Norte, por la misma calle, donde se encontraban la casa de Mrs. Whitman y el vecino cementerio de St. John, situado en la falda de la colina, cuyo recoleto recinto, con abundancia de lápidas del siglo XVII, le fascinaba de manera especial.

Lo irónico del caso es que en el curso de aquel paseo, tantas veces repetido, el más grande maestro de lo terrible y de lo fantástico tenía que pasar por delante de cierta casa situada en el lado oriental de la calle; un edificio deslucido y anticuado que se hallaba posado sobre la brusca subida de la ladera de la colina, con un amplio y descuidado jardín que databa de la época en que la región era en parte campo abierto. No parece que Poe escribiera o hablara nunca de la casa, ni se tiene noticia de que hubiera reparado en ella. Y, sin embargo, aquella morada para las dos personas en posesión de cierta información, iguala o supera en horror a las más descabelladas fantasías del genio que con tanta frecuencia pasó por delante de ella sin saber lo que ocultaba y se alza con mirada maliciosa y rígida como símbolo de todo lo que es indeciblemente espantoso.

La casa era — en realidad, continúa siendo — de las que atraen el interés de los curiosos. Originalmente granja, por lo menos en parte, tenía el habitual aspecto colonial de las casas prósperas de tejado puntiagudo de la Nueva Inglaterra de mediados del siglo XVIII, con dos pisos y ático, pórtico georgiano y paredes interiores recubiertas de madera, corno dictaba la evolución del gusto en esa época. Estaba orientada hacia el Sur y tenía un elevado tejado cuyos dos aleros daban, respectivamente, a la ladera de la colina y a la calle. Su construcción, de hace más de siglo y medio, se había adaptado al nivelado y al enderezamiento del camino en aquella vecindad particular, pues Benefit Street, llamada originalmente Back Street, se trazó

como sinuoso sendero entre los sepulcros de los primeros colonos y sólo se enderezó cuando el traslado de los cadáveres al Cementerio del Norte permitió abrir camino a través de los antiguos predios familiares.

En un principio, el muro posterior se alzaba sobre un campo de hierba que quedaba como a veinte pies por encima del nivel de la calle, pero un ensanchamiento de ésta; aproximadamente en tiempos de la Guerra de la Independencia, absorbió casi todo el espacio intermedio y dejó los cimientos al aire, por lo que hubo que construir en el sótano un muro de ladrillo, que dio a esta hundida parte de la casa una fachada dotada de puerta y dos ventanas por encima del nivel del suelo, casi a la altura de la calle nueva. Cuando se construyó la acera hace un siglo, se eliminó el resto del espacio intermedio, y en sus paseos Poe debió de ver sólo un muro vertical de ladrillo que nacía del borde de la acera, coronado a una altura de diez pies por la pesada silueta de la antigua casa entejada propiamente dicha.

Los terrenos, propiedad de la familia, se extendían por la parte trasera y subían un buen trecho por la loma, hasta casi llegar a Wheaton Street. El espacio al sur de la casa, el que lindaba con Benefit Street, quedaba, naturalmente, muy por encima del nivel de la actual acera, formando una plataforma que acababa en un muro de guijas húmedas y mohosas horadado por un tramo muy inclinado de estrechos escalones que conducía al interior, entre paredes que formaban una especie de desfiladero, y desembocando en la parte superior en un despeinado macizo de césped, muros de ladrillo rezumantes y jardines descuidados, cuyas desmanteladas urnas de cemento, tiestos herrumbosos caídos de trípodes de nudosas patas y objetos parecidos hacían parecer más atractiva, por contraste, la puerta principal, maltratada por la intemperie, con su montante roto, pilastras jónicas podridas y carcomida cornisa triangular.

Lo que oí de muchacho acerca de la Casa Maldita fue simplemente

que la gente moría en ella en cantidad alarmante. Esa había sido la razón, me decían, por la que sus primeros propietarios la habían abandonado unos veinte años después de haberla construido. La casa era, evidentemente, malsana, tal vez a causa de la humedad y de los hongos que crecían en el sótano, del tufo enfermizo que lo contaminaba todo, de las corrientes de los pasillos o de la calidad del agua de la bomba y del pozo. Estas cosas ya eran lo bastante malas y a ellas culpaban, las personas que yo conocía, de las desgracias de la casa. Unicamente los cuadernos de notas de mi tío, el anticuario Dr. Elihu Whipple, me revelaron detalladamente las más oscuras y vagas suposiciones que formaban una corriente folklórica subterránea entre los sirvientes más antiguos y la gente humilde, conjeturas que nunca llegaron muy lejos y fueron en su mayor parte olvidadas cuando Providence se convirtió en ciudad importante con una población moderna y cambiante.

En realidad, los habitantes serios de la ciudad nunca consideraron la casa como «encantada» exactamente. No se hablaba de ruidos de cadenas, ni de heladas corrientes de aire, ni de apagones de luces, ni de caras en las ventanas. Los extremistas decían que traía «mala suerte», pero no pasaban de ahí. Lo indiscutible era que en ella morían gran número de personas, o, mejor dicho, que en ella habían muerto un gran número de personas, pues después de ciertos peculiares acontecimientos ocurridos allí hace más de sesenta años, el edificio había quedado abandonado debido a la imposibilidad de alquilarlo. Aquellas personas no murieron todas repentinamente por una causa determinada; parecía más bien que su vitalidad iba siendo minada de un modo insidioso y que su resistencia dependía de su mayor o menor fortaleza natural. Y las que no morían mostraban en diversos grados un tipo de anemia o consunción, y a veces una decadencia de las facultades mentales, que no hablaban a favor de la salubridad del edificio. Debe añadirse que las casas vecinas parecían estar

completamente libres de aquella perniciosa condición.

Esto es cuanto sabía antes que mis insistentes preguntas llevaran a mi tío a mostrarme las notas que finalmente nos embarcaron en nuestra espantosa investigación. En mi niñez, la Casa Maldita estaba vacía, con sus árboles desnudos, nudosos y viejos, su alta hierba de una palidez extraña y cizaña de aspecto de pesadilla en el abandonado patio en el que jamás se posaban los pájaros. Los muchachos solíamos invadir la finca, y aún recuerdo mi terror juvenil provocado no sólo por la morbosa calidad de aquella siniestra vegetación, sino ante la atmósfera y el olor de la ruinosa casa, cuya puerta abierta cruzábamos frecuentemente en busca de emociones. Los cristales de las ventanas estaban rotos en su mayoría, y una indescriptible desolación rodeaban los precarios paneles de madera que cubrían las paredes, los desvencijados postigos interiores, el papel de los muros que colgaba a tiras, la escayola que se desmoronaba, las inseguras escaleras y los pocos muebles estropeados que todavía quedaban. El polvo y las telarañas daban un mayor matiz de abandono a aquel ambiente atemorizador, y muy valiente tenía que ser el muchacho que se aventuraba por la escalera que conducía al desván, una pieza espaciosa y alargada, con vigas al descubierto, iluminada solamente por la incierta luz de las pequeñas buhardillas de sus extremos y repleta de un montón de arcones, sillas y ruelas rotas que infinitos años de abandono habían cubierto y adornado de formas monstruosas y diabólicas.

Pero, después de todo, el desván no era la parte más terrible de la casa. Lo que nos provocaba mayor repulsión era el húmedo sótano, aunque quedaba completamente por encima del nivel del suelo en el lado que miraba a la calle, separado de la concurrida acera por un endeble tabique de ladrillo en el que se abrían una puerta y una ventana. No sabíamos si frecuentarlo atraídos por su estímulo fantasmal, o rehuirlo para bien del alma y la cordura. En primer lugar, el mal olor de la casa era más



pronunciado allí; y, además, no nos gustaban la blanca fungosidad que brotaba algunas veces del duro suelo de tierra en los veranos lluviosos. Aquellos hongos, de grotesco parecido con la vegetación del patio exterior, tenían formas verdaderamente horribles, detestables caricaturas de setas de especies desconocidas. Se pudrían pronto y en determinada fase de su descomposición adquirían una leve fosforescencia, de modo que los transeúntes nocturnos hablaban, a veces, de los fuegos fatuos que brillaban detrás de los destrozados cristales de las ventanas, por las que se esparcía el mal olor.

Nunca, ni siquiera en las más descabelladas vísperas de Todos los Santos, bajamos al sótano de noche, pero en algunas de nuestras visitas diurnas pudimos percibir la fosforescencia, especialmente si el día era oscuro y húmedo. También captábamos a menudo una cosa más sutil, algo muy extraño que era, sin embargo, y en el mejor de los casos, apenas una sugestión. Me refiero a una mancha nebulosa y blanquecina en el suelo de tierra, un depósito, vago y cambiante de moho y nitro que, en ocasiones, creíamos ver entre la esparcida fungosidad cerca del inmenso fogón de la cocina del sótano. Algunas veces nos parecía que aquella mancha tenía una extraña semejanza con la figura de una persona encorvada, aunque generalmente no existía tal parecido, y con frecuencia ni siquiera la veíamos. Cierta tarde de lluvia en que aquella sensación fue particularmente intensa y en que, además, había creído ver una especie de emanación tenue, amarillenta y temblorosa que brotaba del dibujo en dirección a la campana de la chimenea, le hablé a mi tío del asunto. Se limitó a sonreír ante aquella curiosa fantasía, pero me pareció que había en su sonrisa un matiz de reminiscencia. Más tarde me enteré de que en algunas de las antiguas leyendas que circulaban por la región había una idea similar a la mía, una idea que también aludía a las formas de vampiro y de lobo que tomaba el humo de la gran chimenea, y de los anómalos

contornos adoptados por algunas de las retorcidas raíces de árbol que se abrían camino hasta el sótano por entre las piedras sueltas de los cimientos.

## II

Mi tío no me dio a conocer las notas e informes que había reunido acerca de la Casa Maldita hasta que fui un hombre adulto. El Dr. Whipple era un médico sensato y conservador de la antigua escuela, y a pesar' del interés que le inspiraba la casa no deseaba alentar a un muchacho a pensar en cosas anormales. Sus propias opiniones, en el sentido de que el edificio había sido construido en un paraje insalubre, no tenían nada de anormal, pero se daba cuenta de que el pintoresquismo de lo que había suscitado su propio interés podría asociarse en la mente fantástica de un muchacho con toda clase de macabras imaginaciones.

Mi tío era un solterón, un hombre de pelo blanco, de rostro rasurado vestido a la antigua e historiador local notable, que había roto frecuentemente una lanza contra guardianes de la tradición tan polémicos como Signey S. Rider y Thomas W. Bicknell. Vivía con un criado en una antigua casa georgiana de aldabón, escalinata y barandal de hierro que se alzaba amenazadoramente en North Court, calle de empinada pendiente, junto a la mansión colonial de ladrillo en la que su abuelo —primo de un famoso corsario, el capitán Whipple, que en 1772 quemó la goleta Gaspee de Su Majestad—, había votado el 4 de mayo de 1776 por la independencia de la colonia de Rhode Island. A su alrededor, en la húmeda biblioteca de techo bajo y blancos paneles que la humedad hacía amarillear, de pesada repisa tallada sobre la chimenea y ventanas de pequeños cristales color vino, se guardaban las reliquias y documentos cíclicos de su antigua familia, entre los cuales había muchas ambiguas alusiones a la Casa Maldita de Benefit Street. Ese malsano lugar no se encuentra lejos, pues Benefit Street corre a lo largo del borde de la precipitada pendiente por encima del Tribunal, por

donde treparon las primeras casas de los colonizadores.

Cuando mi tío me consideró lo bastante maduro como para digerirla, puso ante mis ojos una crónica realmente extraña. A pesar de la longitud de su contenido, lleno de estadísticas y monótonas genealogías, corría por ella una hebra continua de tenaz y persistente horror y de malignidad preternatural que me impresionaron más que al buen doctor. Sucesos independientes encajaban entre sí de manera asombrosa, y detalles al parecer insignificantes prometían un potencial de espantosas posibilidades. Una nueva y ardiente curiosidad brotó en mí, comparada con la cual la que sentí de muchacho era débil y rudimentaria. La primera revelación me llevó a realizar una investigación a fondo y finalmente a aquella estremecedora búsqueda que resultó tan desastrosa para mí y para los míos. Pues mi tío insistió en unirse a las pesquisas que yo había iniciado, y tras haber estado cierta noche en aquella casa, no volvió a salir conmigo. Ahora estoy solo, sin aquel espíritu amable cuyos largos años estuvieron llenos de honor, virtud, buen gusto, benevolencia y erudición. He erigido una urna de mármol en memoria suya en el Cementerio de St. John — el lugar bien amado de Poe —, el recogido soto de altísimos sauces que queda sobre la loma, en donde tumbas y lápidas se agrupan serenamente entre la mole blanquecina de la iglesia, las casas y los muros de contención de Benefit Street.

La historia de la casa, que se abría paso entre un laberinto de fechas, no revelaba nada siniestro en lo referente a su construcción, ni en lo referente a la honorable familia que la edificó. Y, sin embargo, desde sus comienzos la rodeó un aura de calamidades, que pronto adquirió proporciones de mal agüero. La historia cuidadosamente recopilada por mi tío comenzaba con la construcción del edificio en 1763, y desarrollaba el tema con una desacostumbrada cantidad de detalles. Sus primeros moradores fueron William Harris, su esposa Rhoby Dexter y sus hijos,

Elkanah, nacida en 1755; Abigail, nacida en 1757; William, Junior, nacido en 1759, y Ruth, nacida en 1761. Harris era un adinerado mercader y marino, dedicado al comercio con las Indias Occidentales y relacionado con la firma de Obadiah Brown y sus sobrinos. Después de la muerte de Brown en 1761, la nueva casa de Nicholas Brown & Co. le nombró capitán del bergantín *Prudence*, construido en Providence, de 120 toneladas, lo que le permitió construir la nueva casa que había anhelado tener desde que contrajo matrimonio.

El lugar que había elegido —una parte de la recientemente enderezada Back Street, calle nueva y de buen vecindario, que corría a lo largo de la ladera de la colina que dominaba el populoso Cheapside— reunía todo lo que pudiera desearse, y la casa hacía honor al solar que ocupaba. Era todo lo buena que podía ser dada una fortuna moderada, y Harris se apresuró a mudarse a ella antes que naciera el quinto hijo que esperaba la familia. Este hijo, un varón, llegó en diciembre, pero nació muerto. Durante un siglo y medio no iba a nacer en aquella casa ningún niño vivo.

En el mes de abril, cayeron enfermos los niños, y Abigail y Ruth murieron poco después. El Dr. Job Ives diagnosticó el mal como una clase de fiebre infantil, aunque hubo otros que hablaron de simple debilitación y decaimiento. En cualquier caso, la enfermedad parecía ser contagiosa, pues en el mes de junio Hannah Bowen, una de las dos criadas de la casa, murió de la misma dolencia. Eh Lideason, la otra criada, se quejaba constantemente de debilidad, y hubiera regresado a la granja de su padre de no haber sido por el gran cariño que le cobró a Mehitabel Rehoboth, que había reemplazado a Hannah. Eh falleció al año siguiente, año triste en verdad, pues en él murió el mismo William Harris, debilitado por el clima de la Martinica, donde sus ocupaciones lo habían retenido durante largas temporadas en la década anterior.

Rhoby, su viuda, nunca se repuso de la pérdida de su marido, y la muerte de su primogénita, Elkanah, ocurrida dos años después, significó el golpe decisivo a su razón. En 1768 fue víctima de una locura benigna, y quedó recluida en el piso superior de la casa; su hermana mayor, Mercy Dexter, soltera, llegó a la casa para cuidar de la familia. Mercy era una mujer muy poco agraciada, huesuda y de gran fortaleza física; pero su salud empeoró visiblemente desde su llegada. Profesaba un profundo afecto a su desventurada hermana y un cariño especial al único sobrino que le quedaba, William, que luego de haber sido un niño fuerte y robusto se había convertido en un muchacho flacucho y enfermizo. Ese mismo año murió Mehitabel, y el otro criado, Preserved Smith, se marchó sin dar una explicación coherente, o aduciendo simplemente algunas historias poco razonables y diciendo que no le gustaba el olor de la casa. Durante algún tiempo, Mercy no pudo conseguir más ayuda, pues siete muertes y un caso de locura, todo ello en un período de cinco años, habían comenzado a fomentar habladurías, repetidas primeramente junto a la lumbre, y convertidas luego en absurdos rumores. Finalmente, consiguió unos criados que no eran del pueblo: Ann White, una mujer melancólica de la parte de North Kingstown que hoy forma la villa de Exeter, y un hombre competente venido de Boston que se llamaba Zenas Low.

Ann White fue la primera en dar forma definida a los rumores. Mercy nunca debió tomar a criada alguna de la comarca de Nooseneck Hill, pues esas tierras remotas y atrasadas eran entonces, como hoy, semillero de las más inquietantes supersticiones. En 1892, fecha relativamente reciente, las gentes de Exeter desenterraron un cadáver y quemaron ceremonialmente el corazón para impedir ciertas supuestas apariciones nocivas para la salud y la paz de la población, y puede imaginarse cuál era el punto de vista de esa comarca en 1768. Ann habló mucho e indiscretamente, y al cabo de unos meses Mercy la despidió

reemplazándola con una fiel y amable criada de Newport, María Robbins.

Mientras tanto, la infortunada Rhohy Harris, en su locura daba rienda suelta a sueños y falsas aprensiones de la más horrible especie. Había veces en que sus gritos se hacían insoportables y durante largos períodos decía tales horrores que su hijo tuvo que ser enviado a casa de su primo, Peleg Harris, que vivía, en Presbyterian Lane, cerca del nuevo edificio del colegio universitario. El muchacho parecía mejorar después de estas visitas, y de haber sido Mercy tan inteligente como bien intencionada, hubiera dejado que el chico se quedara a vivir permanentemente en casa de Peleg. La tradición no está de acuerdo en lo que Mrs. Harris gritaba en sus estallidos de violencia, o, mejor dicho, los relatos son tan absurdos que se invalidan a sí mismos. Pues resulta, efectivamente, absurdo oír que una mujer que solamente tenía rudimentarios conocimientos del francés, gritara durante horas enteras empleando un francés grosero y coloquial, o que, la misma persona, en la vigilada soledad de su habitación, se quejara amarga y excitadamente de una presencia que la miraba fijamente y la atormentaba con dentelladas y mordiscos. Zena, el criado, murió en 1772, y cuando Mistress Harris se enteró, lo celebró con risas y alborozo, algo incomprensible en ella. Al año siguiente falleció, siendo enterrada en el Cementerio del Norte, junto a su marido.

Cuando comenzó la guerra con Inglaterra en 1775, William Harris, a pesar de sus dieciséis años y de su endeble constitución, consiguió alistarse en el Ejército de Observación a las órdenes del general Greene, y a partir de entonces empezó a mejorar de salud y a ganar en prestigio. En 1780, siendo capitán de las fuerzas de Rhode Island en Nueva Jersey, mandadas por el coronel Angell, conoció a Phebe Hetfield, de Elizabethtown, contrajo matrimonio con ella y la llevó consigo a Providence al año siguiente cuando le licenciaron honrosamente en el

ejército.

El regreso del joven soldado no fue un acontecimiento feliz. La casa, es cierto, se encontraba aún en buen estado; la calle se había ensanchado y le habían cambiado el nombre de Back Street por el de Benefit Street. Pero el antes robusto cuerpo de Mercy Dexter se había encogido y desmejorado curiosamente, y ahora era una patética figura encorvada de voz cavernosa y desconcertante palidez, característica singularmente compartida por María, la única criada que quedaba. En el otoño de 1782, Phebe Harris dio a luz una hija muerta, y el día 15 del siguiente mes de mayo, Mercy fallecía tras una vida laboriosa, austera y virtuosa.

William Harris, convencido por fin de la naturaleza radicalmente malsana de su casa, decidió abandonarla y cerrarla para siempre. Consiguió alojamiento provisional para su esposa y para él en la Hostería de la Bola de Oro, recientemente abierta, y dispuso la construcción de una casa nueva y mejor en Westminster Street, en el ensanche de la ciudad, al otro lado del Gran Puente. Allí nació en 1785 su hijo Dutee, y allí vivió la familia hasta que el desarrollo y necesidades del comercio los llevaron a instalarse al otro lado del río; y más allá de la loma en Angell Street, en el nuevo bardo residencial del Este, en donde el desaparecido Archer Harris construyó su suntuosa y fea residencia con tejado a la francesa en 1876. William y Phebe murieron víctimas de la epidemia de fiebre amarilla en 1797, pero Dutee fue criado por su primo Rathbone Harris, hijo de Peleg.

Rathbone era un hombre práctico y arrendó la casa de Benefit Street, a pesar del deseo de William de conservarla desalquilada. Juzgó que tenía la obligación hacia su pupilo de sacar el máximo beneficio del patrimonio del muchacho, y no le importaron las muertes y enfermedades que ocasionaron continuos cambios de inquilinos, ni la creciente aversión que la casa generalmente inspiraba. Es probable que sintiera únicamente

enojo cuando, en 1804, las autoridades municipales le dieron orden de fumigaría con azufre, alquitrán y alcanfor como consecuencia del comentado fallecimiento de cuatro personas, probablemente causado por un brote de fiebre epidémica. Se dijo que el lugar olía a fiebre.

El propio Dutee no pensó gran cosa en la casa, pues llegó a ser oficial de un barco corsario y prestó servicios con distinción en el Vigilant, mandado por el capitán Cahoon en la guerra de 1812. Regresó ileso, contrajo matrimonio en 1814 y fue padre aquella memorable noche del 23 de septiembre de 1815, en que una gran tormenta arrastró las aguas de la bahía hasta que cubrieron la mitad de la ciudad lanzando una gran balandra a buena altura de Westminster Street de modo que sus mástiles casi golpearon las ventanas de los Harris en simbólica afirmación de que el recién nacido, Welcome, era hijo de marino.

Welcome no sobrevivió a su padre, pero sí vivió lo suficiente para morir gloriosamente en Fredericksburg en 1862. Ni él ni su hijo Archer supieron nada de la Casa Maldita, sino que era un engorro casi imposible de arrendar, tal vez a causa de la perniciosa humedad y del olor a viejo y a abandono. En realidad, no volvió a ser alquilada después de una serie de muertes que culminaron en 1861, y que pasaron inadvertidas a causa de la emoción de la guerra. Carrington Harris, el último descendiente varón de la familia, la conocía sólo como un lugar abandonado, pintoresco y centro de leyendas hasta, que yo le conté mi experiencia. Se proponía derribarla y construir en el solar un nuevo edificio de apartamentos, pero después de mi relato decidió dejarla en pie, instalar cañerías y alquilarla. No se ha tropezado todavía con ninguna dificultad para encontrar inquilinos. El horror ha desaparecido.

### III

Puede imaginarse lo profundamente que me impresionaron los



anales de los Harris. En esta ininterrumpida historia parecía anidar una persistente maldad superior a todo lo que yo había conocido en la naturaleza; una maldad claramente relacionada con la casa, y no con la familia. Confirmó esta impresión la colección menos sistemática de heterogéneos datos de mi tío —leyendas procedentes de habladurías de criados, recortes de periódicos, copias, certificados de defunción extendidos por médicos colegas suyos y cosas semejantes. No puedo reproducir todo ese material, pues mi tío fue un incansable investigador del pasado y sintió gran interés por la Casa Maldita; pero puedo referirme a diversos puntos destacados que llaman la atención por su repetición en muchos informes procedentes de diversas fuentes. Por ejemplo, los rumores de la servidumbre coincidían casi unánimemente en atribuir al sótano, con sus hongos y su mal olor, la supremacía en la perniciosa influencia. Hubo criadas —Ann White especialmente— que se resistían a usar la cocina del sótano, y por lo menos tres leyendas muy concretas hablaban de las extrañas formas, casi humanas o diabólicas, que tomaban las raíces de los árboles y las manchas de moho en esa parte de la casa. Estas últimas me interesaban profundamente recordando lo que yo había visto de chico, pero tuve la sensación de que la mayor parte de lo importante había quedado en cada caso oscurecido en buena parte por añadiduras sacadas del común acerbo de cuentos locales de fantasmas.

Ann White, con su superstición típica de Exeter, había difundido la más estrambótica y al mismo tiempo más coherente de las historias o patrañas, según la cual tenía que estar enterrado ‘bajo la casa uno de esos vampiros, o muertos que conservan la forma corporal y viven de la sangre o del aliento de los seres vivos, cuyas espantosas huestes envían sus formas o espíritus acechantes al exterior durante la noche. Para acabar con un vampiro, dicen las comadres, hay que desenterrarlo y quemarle el corazón, o por lo menos atravesárselo con una estaca, y la tenaz insistencia de Ann

en que debía cavarse el suelo del sótano en busca de cadáveres había sido la causa principal de que la despidieran.

Pero sus historias encontraron un amplio auditorio, y se aceptaron más fácilmente porque la casa estaba edificada efectivamente en un lugar que en otra época sirviera de cementerio. Para mí esto tenía menos importancia que ciertos detalles realmente desconcertantes —la queja del criado, Preserved Smith, que había precedido a Ann sin oír jamás hablar de ella, de que algo «le chupaba el aliento» por la noche; los certificados de defunción de las víctimas de la fiebre en 1804, expedidos por el Dr. Chad Hopkins, es que se mencionaba que las cuatro personas carecían inexplicablemente de sangre; y los oscuros desvaríos de la pobre Rhoby Harris cuando se quejaba de los agudos dientes y ojos vidriosos de una presencia semivisible.

Aunque libre de vanas supersticiones, estas cosas me producían una extraña sensación que se intensificó al leer dos recortes de periódico de fechas muy distintas relativos a muertes acaecidas en la Casa Maldita — uno de la *Providence Gazette and Country-Journal*, del 12 de abril de 1815, y el otro del *Daily Transcript and Chronicle*, del 27 de octubre de 1845 —, y que detallaban un espeluznante suceso cuya repetición resultaba extraña. Parece ser que en ambos casos la persona agonizante, en 1815 una dulce anciana llamada Stafford, y en 1845 un maestro de mediana edad llamado Eleazer Durfee, se transfiguró horriblemente, vidriándose su mirada e intentando morder la garganta del médico que le atendía: Todavía más extraño fue el caso que puso término al alquiler de la vivienda, una serie de muertes por anemia precedidas de locura en el curso de la cual los enfermos atentaban contra la vida de sus parientes mediante incisiones en el cuello o en las muñecas.

Esto ocurrió en 1860 y 1861, cuando mi tío comenzaba a ejercer su profesión de médico; y antes de partir para el frente oyó hablar mucho del

caso a sus colegas más viejos. Lo que resultaba verdaderamente inexplicable era la forma en que las víctimas — gente ignorante, pues aquella casa maloliente y rehuida no podía alquilarse a otra dase de personas —, balbuceaban imprecaciones en francés, lengua que era imposible que hubieran estudiado verdaderamente. Aquello hacía pensar en la pobre Rhoby Harris de casi cien años antes, y tanto impresionó esto a mi tío que empezó a reunir datos históricos acerca de la casa a su regreso de la guerra, después de escuchar los relatos personales de los doctores Chase y Whitmarsh. Realmente, comprobé que mi tío había pensado mucho en el asunto y de que se alegraba de mi propio interés abierto y comprensivo que le permitía discutir conmigo cosas de las que otros se hubieran reído. Su imaginación no había llegado tan lejos como la mía, pero presentía que el lugar tenía algo de raro por su potencial para la imaginación y que merecía ser tenido en cuenta como inspiración en el terreno de lo grotesco y lo macabro.

Por mi parte estaba dispuesto a tomar todo el asunto con gran seriedad y empecé inmediatamente no sólo a revisar las pruebas, sino a acumular tantos datos como pudiera reunir. Hablé muchas veces con Archer Harris, el anciano propietario de la casa, antes que muriera en 1916, y obtuve de él y de su hermana soltera todavía viva, una auténtica corroboración de todos los datos que mi tío había reunido acerca de la familia. Pero cuando les pregunté qué relación pudo tener la casa con Francia o con su lengua, se confesaron tan desconcertados e ignorantes respecto a ese asunto, como yo. Archer nada sabía, y lo único que pudo decir su hermana era que posiblemente su abuelo, Dutee Harris, había oído hablar de algo capaz de arrojar alguna luz sobre el tema. El viejo marino, que sobrevivió dos años a su hijo muerto en la guerra, no conoció por sí mismo la leyenda, pero recordaba que su primera niñera, la anciana María Robbins, parecía estar vagamente enterada de algo que podía haber dado

cierto extraño significado a los desvaríos franceses de Rhoby Harris que tantas veces había oído en los últimos días de aquella desgraciada mujer. María había vivido en la Casa Maldita desde 1769 hasta que la familia se mudó en 1783 y había visto morir a Mercy Dexter. Una vez le insinuó algo a Dutee, aún niño, sobre un detalle algo extraño de los últimos momentos de Mercy, pero el chico lo había olvidado todo excepto que se trataba de algo raro. La nieta recordaba aquel detalle de un modo confuso. Ni ella ni su hermano estaban tan interesados en la casa como Carrington, el hijo de Archer y actual propietario, con quien hablé después de lo que me pasó.

Una vez que conseguí de la familia Harris todos los datos que sabían, me dediqué a investigar los antiguos archivos y documentos de la ciudad con más cuidado y minuciosidad que lo había hecho mi tío. Lo que buscaba era una historia completa del solar en que se construyó la casa desde la fundación de la ciudad, ocurrida en 1636, o aun desde tiempos anteriores, si es que podía desenterrar alguna leyenda de los indios Narragansett con el fin de obtener los datos. Encontré, para empezar, que aquellos terrenos formaron parte de una larga franja de tierra otorgada originalmente a John Throckmorton, una de las muchas similares que comenzaban en Town Street, junto al río, y se extendían sobre la colina hasta un lugar que coincidía aproximadamente con la de la moderna Hope Street. La propiedad de Throckmorton, naturalmente, se había subdividido posteriormente, y dediqué mucho tiempo y trabajo a investigar qué había sido de aquella parte por la que luego correría Back o Benefit Street. Parece, según rumores, que había sido el cementerio de los Throckmorton, pero cuando estudié más cuidadosamente los documentos, descubrí que todas las tumbas habían sido trasladadas en una fecha anterior al Cementerio del Norte, situado en la Pawtucket West Road.

Y de pronto encontré, por pura casualidad, pues no estaba en los legajos principales y muy bien pudo pasarme inadvertido, algo que me

emocionó profundamente, pues encajaba con algunos de los aspectos más extraños del caso. Era un documento de arrendamiento de 1697, relativo a un pequeño trozo de tierra, y otorgado a un tal Etienne Roulet y a su esposa. Al fin había aparecido el elemento francés, y también otro más profundamente horripilante que el nombre evocó extrayéndolo de mis insólitas y heterogéneas lecturas, lo que me llevó a estudiar febrilmente el plano del lugar tal como había sido antes del trazado de la Back Street entre 1747 y 1758. Encontré lo que a medias esperaba; en el solar donde se alzaba ahora la Casa Maldita, detrás de una casita de planta baja, los Roulets habían enterrado a sus muertos, sin que existiera constancia de ningún traslado de tumbas. El documento terminaba de un modo confuso y tuve que buscar en los archivos de la Sociedad Histórica de Rhode Island y en la Biblioteca Shepley hasta encontrar una referencia local al nombre de Etienne Roulet. Por fin encontré algo y de tan vago y monstruoso significado que decidí investigar inmediatamente el sótano de la Casa Maldita con una nueva y emocionada minuciosidad.

Al parecer, los Roulets llegaron en 1696 de East Greenwich a la costa occidental de la bahía de Narragansett. Eran hugonotes procedentes de Caude, y habían tropezado con una fuerte oposición antes de que se les permitiera instalarse en Providence. La impopularidad les había acosado en East Greenwich, a donde llegaron en 1686 después de la revocación del Edicto de Nantes, y decían las malas lenguas que la ojeriza procedía de algo más que de los prejuicios raciales o nacionales, o de las rencillas sobre tierras que afectaron a otros colonizadores franceses que disputaron con los ingleses, rencillas que ni siquiera el gobernador Andros pudo apaciguar. Pero su ardiente protestantismo — demasiado ardiente, según algunos — y su manifiesta aflicción cuando los echaron del pueblo hizo que les concedieran refugio; y el aceitunado Etienne Roulet, menos ducho en faenas agrícolas que en leer extraños libros y dibujar raros diagramas, logró

que le dieran un puesto de oficinista en el muelle de Pardon Tillinghast, en el extremo sur de Town Street. Pero tuvo lugar un alboroto de alg4ti tipo, tal vez cuarenta años más tarde, después de la muerte del viejo Roulet, y nadie parecía haber vuelto a oír hablar de la familia desde entonces.

Al parecer, durante más de un siglo se recordó bien a los Roulet, y se habló frecuentemente de ellos como protagonistas de incidentes ocurridos en la vida apacible del puerto de Nueva Inglaterra. Paul, el hijo de Etienne, muchacho taciturno cuya conducta impredecible probablemente había provocado el escándalo que hizo desaparecer a la familia, fue especialmente motivo de conjeturas; y aunque Providence no compartió nunca los temores a la brujería de sus vecinos puritanos, insinuaban las viejas comadres que las plegarias de Paul no eran proferidas en el momento adecuado ni dirigidas a quien debían dirigirse. Todo esto constituyó la base de la leyenda conocida por la anciana María Robbins. La relación que pudiera tener con los desvarjos en francés de Rhoby Harris y de otros habitantes de la Casa Maldita, sólo podrían determinarlo la imaginación o algún descubrimiento futuro. Me pregunté cuántos de los que habían conocido las leyendas habían sabido de aquel eslabón más con lo terrible, que mis extensas lecturas me permitieron descubrir; un dato significativo encontrado en los anales del horror morboso y que habla de Jacques Roulet, de Caude, condenado en 1598 a morir en la hoguera por demoníaco, salvado luego de las llamas por el Parlement de París y encerrado en un manicomio. Fue encontrado en un bosque cubierto de sangre y de jirones de carne, poco después de que una pareja de lobos dieran muerte a un muchacho y lo despedazaran. Se había visto escapar ileso a uno de los lobos. Sin duda una bonita historia para escucharla al lado de la chimenea, con un nombre y un lugar extrañamente significativos, pero llegué a la conclusión de que no era posible que los chismosos de Providence en general pudieran conocerla. De haberse sabido, la coincidencia de los

nombres hubiera provocado acciones drásticas inducidas por el miedo, aunque, ¿no pudo haber sido su difusión, aunque entre susurros, la causa del alboroto final que hizo desaparecer a los Roulet de la ciudad?

Comencé a visitar el lugar maldito con creciente frecuencia, a estudiar la malsana vegetación del jardín, a examinar todas las paredes de la casa y a revisar, pulgada a pulgada, el suelo de tierra del sótano. Finalmente, con permiso de Carrington Harris, me procuré una llave para la puerta del sótano que había dejado de usarse y que daba directamente a Benefit Street, pues prefería tener una salida más directa al exterior que la que brindaban las oscuras escaleras, el vestíbulo del piso bajo y la puerta principal. Allí, donde lo morboso acechaba en cada rincón, investigué y hurgué en los largos atardeceres en que el sol se filtraba por la puerta cubierta de telarañas que quedaba por encima del nivel del piso y que me situaba tan sólo a unos cuantos pies de la apacible acera de la calle. Ninguna novedad premió mi labor, sólo la deprimente y mohosa humedad y las leves sugerencias de olores desagradables y salitrosos perfiles en el suelo, y supongo que muchos transeúntes debieron de mirarme con curiosidad a través de los cristales rotos.

Finalmente, por una sugerencia de mi tío, decidí convertir en nocturnas mis visitas, y una noche de tormenta guié el rayo de luz de una linterna eléctrica por el suelo rezumante en que se dibujaban extrañas siluetas y en el que brotaban hongos semifosforescentes. El lugar me había deprimido curiosamente aquella tarde, y casi estaba preparado cuando vi — o creí ver— entre los blanquecinos sedimentos la silueta especialmente definida de la «sombra encorvada» que había imaginado desde muchacho. Su claridad era asombrosa y sin precedentes, y mientras la observaba creí ver de nuevo el tenue y tembloroso hálito amarillento que me había asustado una tarde lluviosa. hacía muchos años.

Se elevó por encima de la mancha antropomórfica de moho que

había junto a la chimenea: era un vapor sutil, malsano, casi luminoso que mientras flotaba tembloroso en el aire húmedo parecía adoptar una forma vaga, incierta y maligna, para luego disiparse gradualmente en una desvaída nube subiendo a través de la oscuridad de la gran chimenea y dejando un repulsivo hedor a su paso. Fue en verdad horrible, y mucho más para mí, por lo que sabía del lugar. Negándome a huir, lo contemplé hasta que se desvaneció, y mientras lo miraba sentí que también aquello me observaba ávidamente con ojos más imaginables que visibles. Cuando se lo conté a mi tío le impresionó profundamente, y después de una hora de reflexión, tomó una decisión definitiva y drástica. Sopesando mentalmente la importancia de la cuestión, y el significado de nuestra relación con ella, insistió en que ambos debíamos probar, y si era posible destruir, el misterioso horror de la casa dedicándonos una noche, o varias, a vigilar juntos, dispuestos a actuar violentamente en aquella bodega mohosa y apestada de los hongos.

#### IV

El miércoles, 25 de junio de 1919, después de informar debidamente a Carrington Harris, aunque sin comunicarle lo que esperábamos encontrar, mi tío y yo llevamos a la Casa Maldita dos hamacas y un catre de campaña plegables junto con unos aparatos científicos de gran peso y complejidad. Pusimos todo en el sótano durante el día y tapamos las ventanas con papel, con la intención de volver por la noche para nuestra primera guardia. Habíamos cerrado con llave la puerta del sótano que llevaba al piso bajo, y dado que teníamos llave para la puerta que daba a la calle, estábamos dispuestos a dejar allí los costosos y delicados aparatos, conseguidos en secreto y a un elevado precio, tantos días como fuera necesario. Nuestro plan era permanecer despiertos hasta muy tarde y vigilar luego por turno durante guardias de dos horas; yo me



encargaría de la primera y mi compañero de la segunda; el que quedara libre descansaría en el catre.

Mi tío asumió la dirección de nuestra aventura y consiguió los instrumentos en los laboratorios de la Universidad de Brown y en la Armería de Cranston Street, poniendo de manifiesto la gran vitalidad y resistencia de que disfrutaba a sus ochenta y un años. Elihu Whipple había vivido de acuerdo con las leyes higiénicas que había predicado como médico, y de no haber sido por lo que luego ocurrió, aún estaría entre nosotros lleno de vigor. Sólo dos personas saben o sospechan lo que ocurrió: Carrington Harris y yo. Tuve que contárselo a Harris porque era el propietario de la casa y merecía saber lo que había salido de ella. Además, habíamos hablado con él antes de iniciar nuestras investigaciones, y, al producirse la desaparición de, mi tío, supe que sabría comprender y ayudarme a dar unas explicaciones públicas vitales y necesarias. Palideció al oírme, pero aceptó ayudarme y decidió que ya no habría peligro en alquilar la casa.

Decir que no estábamos nerviosos en aquella lluviosa noche de vigilancia sería faltar a la verdad. Ninguno de los dos éramos, como he dicho, supersticiosos, pero el estudio científico y la reflexión nos habían enseñado que el conocido universo de tres dimensiones abarca una mínima parte de la sustancia y energía del cosmos total. En aquel caso, existían numerosas pruebas auténticas de la existencia de fuerzas dotadas de un gran poder y, desde el punto de Vista humano, de una excepcional maldad. Afirmar que creíamos realmente en vampiros o en hombres-lobo no sería exacto. Más bien puede decirse que no estábamos dispuestos a negar la posibilidad de ciertas modificaciones anormales y sin clasificar de la energía vital y la materia diluida, existentes con poca frecuencia en el espacio tridimensional a causa de su más íntima relación con otras unidades espaciales, pero lo suficientemente próximas a la nuestra como para

manifestarse ocasionalmente en formas que, por faltarnos una perspectiva adecuada, escapan a nuestra comprensión.

En resumen, creíamos mi tío y yo que una incontrovertible serie de factores indicaban la existencia de un influjo persistente en la Casa Maldita que se remontaba a uno u otro de los colonos franceses de hacía dos siglos y que seguía actuando según insólitas y desconocidas leyes del movimiento atómico y electrónico. La historia de la familia Roulet parecía demostrar que sus miembros habían poseído una anormal afinidad con círculos de entidades exteriores, de esferas oscuras que sólo inspiran repulsión y terror a las personas normales. ¿No habrían puesto en movimiento los alborotos de la década de 1730 ciertas configuraciones cinéticas en el morbosos cerebro de alguno de sus miembros — especialmente en el del siniestro Paul Roulet — que habrían sobrevivido misteriosamente a los cuerpos asesinados y continuado funcionando en algún espacio multidimensional con las fuerzas originales impulsadas por un odio frenético de la comunidad invadida?

Indudablemente, esto no sería una imposibilidad física o bioquímica a la luz de la ciencia moderna que incluye la teoría de la relatividad y de la acción intraatómica. Es fácil imaginar un núcleo extraño de sustancia o energía, carente o no de forma, mantenido vivo por sustracciones imperceptibles o inmateriales de fuerza vital, o de tejidos corporales y fluidos de otros seres vivos más palpables en los cuales penetra y con cuyos tejidos llega incluso a confundirse. Puede ser hostil de manera activa, u obedecer sencillamente a impulsos ciegos de conservación. En cualquier caso, semejante monstruo ha de ser forzosamente, en nuestro esquema vital una anomalía y un intruso, y su eliminación es deber primordial de todo hombre que no sea enemigo de la vida la salud, y la cordura del mundo.

Lo que nos desconcertaba era nuestra completa ignorancia de la apariencia bajo la cual podíamos encontrar aquello Ninguna persona cuerda

lo había visto, y pocas lo habían sentido de manera concreta. Podía ser energía pura — una forma etérea y “ajena al reino de la sustancia —, o podía ser parcialmente material, una masa desconocida y ambigua de plasticidad, capaz de transformarse a voluntad en una nebulosa aproximación de un estado sólido, líquido, gaseoso o a cualquier otro estado tenuamente carente de partículas. La mancha antropomórfica de mohoso salitre del suelo, la configuración o silueta del amarillento vapor y la curvatura de las raíces en algunas de las antiguas leyendas, tendían a confirmar por lo menos una remota y recordada conexión con la forma humana; pero nadie podía saber con certeza hasta qué punto era representativa o permanente aquella similitud.

Disponíamos de dos armas para combatirlo: una válvula Crookes de rayos catódicos de considerable tamaño, especialmente equipada y alimentada por potentes acumuladores, con pantallas y reflectores especiales por si la cosa era intangible y sólo podía ser destruida, con radiaciones de éter de gran intensidad, y un par de lanzallamas militares de los que habían sido utilizados en la Guerra Mundial, por si era parcialmente materia y susceptible de destrucción mecánica, pues, al. igual que los supersticiosos labriegos de Exeter, estábamos dispuestos a quemarle el corazón, si había algún corazón que quemar. Todo este equipo de agresión quedó instalado en el sótano en lugares cuidadosamente dispuestos con relación al catre y a las sillas y a la zona delante de la chimenea donde el moho había tomado extrañas formas. Esa incitante mancha, dicho sea de paso, era sólo levemente visible cuando instalamos el catre, las sillas y los instrumentos, y cuando regresamos por la noche para iniciar la vigilancia. Por un momento dudé haberla visto alguna vez dibujada con mayor firmeza, pero entonces recordé las leyendas.

Nuestra guardia en el sótano comenzó a las diez de la noche, y discurrió sin que el transcurso de las horas aportara ninguna novedad. El

débil resplandor que se filtraba hasta el sótano procedente de las farolas de la calle azotadas por la lluvia y la tenue fosforescencia de los detestables hongos nos permitían ver la humedad de la pared de piedra, de la que había desaparecido todo vestigio del enjalbegado original; el suelo de tierra cubierto en parte de verdín y de repulsivos hongos; los restos podridos de las que fueron mesas, banquetas y sillas, y otros muebles no identificables; los gruesos maderos del piso superior y las grandes vigas del techo; la desvencijada puerta de tablones que conducía a cuartuchos y salas situados bajo otros aposentos de la casa; la escalera de piedra medio desmoronada con su estropeado pasamanos de madera; la tosca chimenea de ladrillos ennegrecidos en la que unos herrumbosos trozos de hierro recordaban que allí hubo en otros tiempos trébedes, morillos, espetones, aguilones y otros adminículos del cocinero cuyos nombres han caído casi en el olvido, así como la puerta del horno de ladrillo y la pesada e intrincada maquinaria destructiva que habíamos llevado.

Como en mis anteriores exploraciones, habíamos dejado abierta la puerta que daba a la calle, para tener una vía de escape práctica y directa en el caso de que tuviéramos que enfrentarnos con manifestaciones imposibles de dominar. Pensábamos que nuestra larga presencia nocturna atraería a cualquier ente maligno que allí acechara; y que, estando preparados, podríamos eliminarlo con alguno de los medios de que disponíamos, después de haberlo reconocido y observado suficientemente. No teníamos la menor idea del tiempo que exigiría evocar y destruir la cosa. Sabíamos, desde luego, que la aventura era arriesgada, ya que no podíamos intuir la fuerza con que se manifestaría el fenómeno. Pero pensábamos que el juego valía la pena y lo emprendimos solos y sin vacilar, comprendiendo que buscar ayuda sólo nos expondría al ridículo y tal vez condujera al fracaso de nuestros planes. Ese era nuestro estado de ánimo mientras charlábamos, avanzada la noche, hasta que el aire soñoliento de mi tío me recordó que

había llegado el momento de que fuera a descansar un par de horas.

Algo semejante al miedo me heló el corazón cuando quedé allí sentado en la madrugada y sin compañía, y digo sin compañía porque quien permanece junto a una persona dormida está verdaderamente solo, tal vez más solo de lo que pueda imaginar. Mi tío respiraba pesadamente, el rumor de la lluvia acompañaba sus aspiraciones punteadas por otro sonido de agua que goteaba en el interior de la casa, porque ésta era muy húmeda aún en tiempo seco y con aquella tormenta parecía un pantano. Me puse a mirar detenidamente la vieja mampostería de las paredes a la luz de los hongos y de los débiles reflejos que se filtraban por las persianas; en una ocasión, cuando aquel ruido estaba a punto de hacerme perder la paciencia, abrí la puerta y miré arriba y abajo de la calle alegrando mis ojos con cosas conocidas y también el olfato con el aire puro y saludable. Pero no sucedió nada que recompensara mi vigilancia y bostecé repetidamente mientras la fatiga comenzaba a predominar sobre el temor.

Luego, el oír a mi tío moverse en sueños, atrajo mi atención. Durante la última mitad de la primera hora se había movido varias veces, intranquilo, pero ahora estaba respirando con anormal irregularidad, suspirando a veces quejosamente. Lo enfoqué con mi linterna eléctrica y lo vi con la cara vuelta hacia atrás, por lo que me levanté y crucé hasta el otro lado del catre y lo enfoqué nuevamente para ver si parecía tener algún dolor. Vi algo que me alarmó de forma sorprendente, teniendo en cuenta su relativa nimiedad. Debió ser, sencillamente, la asociación de una circunstancia poco frecuente con la siniestra naturaleza del lugar en que nos encontrábamos y la índole de nuestra misión, ya que la situación en sí no tenía nada de espantoso ni de anormal. Simplemente, la expresión del rostro de mi tío, perturbado por los sueños extraños que nuestra situación provocaba, revelaba una gran agitación y no parecía ser propia de él. Su expresión habitual era apacible y tranquila, mientras que ahora parecían

luchar dentro de él diversas emociones. Creo que lo que me inquietó principalmente fue esa variedad. Mi tío, mientras jadeaba y se movía con creciente inquietud y con ojos que había empezado a abrir, no parecía uno, sino muchos hombres, y daba la curiosa sensación de extrañamiento de sí mismo.

De repente, comenzó a murmurar, y no me gustó el aspecto de su boca y de sus dientes mientras hablaba. Al principio no pude entender las palabras que decía, pero luego mi asombro fue muy grande cuando reconocí en ellas algo que me dejó helado hasta que recordé la gran cultura de mi tío y las interminables traducciones que había hecho de artículos de antropología y temas de la antigüedad para la *Revue des Deux Mondes*. Pues el respetable doctor Whipple estaba murmurando en francés, y las pocas frases que pude captar parecían estar relacionadas con los más oscuros mitos que había adaptado de la famosa revista de París.

De pronto, la frente de mi tío se mojó de sudor y él se incorporó bruscamente, medio despierto. Dejó de murmurar en francés para dar un grito en inglés, y exclamó en tono angustiado:

— ¡Mi aliento..., mi aliento!

Despertó por completo y, recobrando su rostro la expresión normal, tomó mi mano y comenzó a relatarme un sueño cuyo espantoso significado sólo pude intuir con asombro.

Dijo que había pasado flotando desde una serie corriente de escenas soñadas a otra cuya rareza no podía relacionarse con nada que hubiera leído. Era de este mundo, y, sin embargo, ajena a él, una oscura confusión geométrica en la cual podían verse elementos de cosas familiares en las más anormales e inquietantes combinaciones. Se advertía una sugerencia de imágenes extrañamente desordenadas superpuestas unas a otras; una perspectiva en la que lo esencial del tiempo, y también del espacio, parecía disuelto y mezclado de la manera más ilógica. En esta caleidoscópica

vorágine de imágenes fantasmales había instantáneas ocasionales, si puede emplearse esta palabra, de singular claridad, pero de inexplicable heterogeneidad.

En un momento mi tío creyó yacer en una fosa recién abierta, mientras una multitud de rostros con alborotados rizos y sombreros tricornios lo miraban ceñudos desde lo alto. En otro momento le pareció estar dentro de una casa, aparentemente antigua; cuyos habitantes y detalles cambiaban continuamente y no podía recordar los rostros ni los muebles, ni siquiera la habitación, dado que puertas y ventanas cambiaban de forma y posición con la misma volubilidad que los demás objetos. Lo más raro, y mi tío se refirió a ello en el tono de quien no espera que le crean, era que muchos de los extraños rostros que había entrevisto en sueños tenían indudablemente los rasgos de la familia Harris. Y todo el tiempo tuvo la sensación personal de ahogo, como si algo de naturaleza penetrante se hubiera esparcido por todo su cuerpo y estuviese tratando de adueñarse de sus funciones vitales. Me estremecí al pensar en esos procesos vitales, desgastados por ochenta y un años de trabajo continuo, luchando contra fuerzas desconocidas de las que un organismo más joven y robusto huiría con temor; pero al cabo de un momento me dije que los sueños sólo son sueños y que aquellas turbadoras visiones no eran, a lo sumo, más, que la reacción de mi tío a las investigaciones y esperanzas que habían llenado nuestras mentes, con exclusión de cualquier otra idea.

La conversación contribuyó también a disipar mi sensación de rareza, y no tardé en rendirme a los bostezos, con lo cual aproveché mi turno para dormir. Mi tío parecía ahora muy despierto y se alegró que le hubiera llegado el turno de vigilar, aunque la pesadilla lo había despertado mucho antes de las dos horas de descanso que le correspondían. Pronto me dormí e inmediatamente me vi acosado por sueños de la más inquietante naturaleza. En mis visiones experimenté una soledad cósmica y abismal,

que la hostilidad me acosaba desde todos los rincones de alguna prisión en que me hallaba encerrado. Me pareció estar atado y amordazado, atormentado por los resonantes gritos de multitudes lejanas, sedientas de mi sangre. Se me presentó el rostro de mi tío con expresión menos placentera que la que tenía cuando lo veía despierto, y recuerdo mis inútiles tentativas de gritar. No fue un reposo agradable, y por un instante no lamenté el alarido que atravesó las barreras del sueño y me dejó en una penetrante y sorprendida vigilia, en la que cada objeto que tenía a la vista se destacaba con una nitidez y realidad superiores a lo natural.

## V

Había estado echado de espaldas a mi tío, por lo que al despertar bruscamente sólo vi la puerta que daba a la calle, la ventana que quedaba más hacia el Norte y la pared, la parte del suelo y el techo del norte de la habitación, todo ello fotografiado con mórbida inmediatez en mi cerebro y con una luz más brillante que la de los hongos o la que llegaba desde la calle. No era una luz intensa, ni mucho menos, ni siquiera suficiente para leer un libro corriente. Pero proyectaba la sombra de mi cuerpo y de la cama sobre el suelo y tenía una fuerza penetrante y amarillenta que sugería las cosas con más fuerza que la misma luminosidad. Percibí esto claramente, aunque dos de mis sentidos estaban violentamente trastornados. Pues resonaba en mis oídos el eco de aquel grito escalofriante, en tanto que asqueaba mi olfato el hedor que llenaba el lugar. Mi mente, tan alerta como mis sentidos, reconoció lo anormal; y casi automáticamente salté de la cama y me volví para coger los instrumentos de destrucción que habíamos dejado instalados sobre la mancha de humedad, delante de la chimenea. Mientras me volvía, temía lo peor, ya que el grito lo había proferido la voz de mi tío e ignoraba contra qué amenaza tendría que defenderle y defenderme.



Pero lo que vi fue peor de lo que había imaginado. Hay horrores que son más que horrendos, y aquél era uno de esos núcleos de- horror de las pesadillas que condensaba todo el espanto que el cosmos reserva para fulminar a unos cuantos seres malditos y desgraciados. De la tierra apestada por los hongos, brotaba una luz vaporosa, amarillenta, malsana y cadavérica que se elevaba hasta tomar una vaga forma gigantesca de incierta silueta humana mitad hombre y mitad monstruo, a través de la cual pude ver la campana y el hogar de la chimenea que quedaban detrás. Era todo ojos —lupinos y burlones— y la rugosa cabeza como de insecto se desvanecía en lo alto en una tenue neblina que se enroscaba horriblemente y acababa por desaparecer por la chimenea. Digo que vi aquello, pero sólo he conseguido rastrear su abominable tentativa de forma a través del recuerdo consciente. Entonces no tuvo para mí sino el aspecto de una nube en aparente ebullición, ligeramente fosforescente, de repugnante fungosidad, que rodeaba y disolvía en horrible plasticidad el único objeto en el cual se concentraba mi atención. Ese objeto era el venerado Elihu Whipple, que con el rostro ennegrecido y las facciones desfiguradas me miraba descaradamente y murmuraba palabras incomprensibles en tanto que procuraba alcanzarme con unas garras goteantes para despedazarme con la furia que aquel horror le había inculcado.

Tan sólo la rutina me salvó de la locura. Me había preparado para el momento decisivo y este entrenamiento ciego fue lo que me ayudó. Comprendiendo que aquel burbujeante maleficio no era de sustancia vulnerable para la fuerza física o la química, hice caso omiso del lanzallamas que estaba a mi izquierda, conecté la corriente de la válvula catódica y lo enfoqué hacia aquella escena blasfema lanzando contra ella las más potentes radiaciones de éter que el artificio humano puede extraer del espacio y las corrientes de la naturaleza. Se produjo una neblina azulada y un frenético chisporroteo, y la fosforescencia amarilla perdió

luminosidad. Pero me di cuenta de que la pérdida de luz era solamente efecto del contraste y que las ondas del aparato eran absolutamente ineficaces.

Entonces, en medio de aquel demoníaco espectáculo, vi un nuevo horror que me lanzó vacilante y tembloroso hacia la puerta no cerrada con llave que se abría a la calle tranquila, sin cuidarme de los anómalos horrores que desataba sobre el mundo, ni lo que los hombres pudieran pensar y juzgar de mi conducta. En aquella mezcla de penumbra azulada y amarillenta, la silueta de mi tío había comenzado una nauseabunda licuefacción cuya esencia resulta imposible de describir, y en el curso de la cual se producían en su rostro unos cambios de identidad que sólo la locura puede concebir. Era simultáneamente un demonio y una multitud, un matadero y una procesión. Iluminada por aquella luz híbrida e incierta, la cara de gelatina se trasmutaba y adquiriría una docena, una veintena, un centenar de aspectos; y con una mueca fue cayendo al suelo coronando un cuerpo que se derretía como si fuera de sebo y presentando en caricatura las facciones de legiones de seres que eran y no eran desconocidos.

Vi las facciones de la estirpe de los Harris, varones y mujeres, adultos y niños y otros rostros viejos y jóvenes, bastos y refinados, familiares y desconocidos. Durante un segundo apareció una imitación envilecida de una miniatura de la pobre Rhoby Harris que había visto en el Museo, de la Escuela de Dibujo, y otra vez me pareció ver la huesuda imagen de Mercy Dexter, tal como la recordaba en un cuadro que había en la casa de Carrington Harris. Aquello sobrepasaba en horror todo lo imaginable. Hacia el final, cuando una extraña mezcla de facciones de sirvientes y niños pequeños titilaba cerca del suelo sobre el que prosperaban los hongos, tuve la impresión que los distintos rostros luchaban entre sí y procuraban formar unos rasgos semejantes a los del bondadoso rostro de mi tío. Me gusta pensar que él existió en aquel

momento y que trató de decirme adiós. Creo que de mi seca garganta salió un gemido de despedida en el momento en que salía tropezando a la calle; un hilillo de grasa me siguió por la puerta hasta la acera empapada por la lluvia.

El resto es sombrío y monstruoso. En la calle mojada no había nadie y no había en todo el mundo una sola persona con la cual me hubiera atrevido a hablar. Anduve sin rumbo, pasé por College Hill y ante el Athenaeum, bajé por Hopkins Street y crucé el puente que lleva a la parte más animada de la ciudad, en donde los elevados edificios parecían protegerme, como las cosas materiales modernas protegen al mundo contra los antiguos y maléficos prodigios. Luego, la aurora gris rompió. húmedamente por el Este, recortando la silueta de la loma arcaica y los venerables campanarios que sobre ella se alzaban, atrayéndome al lugar en donde mi terrible tarea estaba sin acabar. Finalmente, mojado, sin sombrero, ofuscado por la luminosidad de la mañana, entré por la puerta tremenda de Benefit Street que había dejado entreabierta y que todavía se mecía misteriosamente a la vista de la gente madrugadora con la que no me atreví a hablar.

Había desaparecido la grasa, pues el mohoso suelo era poroso. Y delante de la chimenea no quedaba vestigio de la gigantesca forma de salitre doblada sobre sí misma. Vi la cama, las sillas, los instrumentos, mi sombrero abandonado y el de paja amarillenta de mi tío. Me dominaba la incertidumbre y apenas podía recordar lo que era sueño y lo que era realidad. Luego, poco a poco, fue recobrando el sentido y supe que había presenciado cosas más espantosas que las que había soñado. Me senté y traté de conjeturar en la medida en que la razón me lo permitió, qué había acontecido y cómo podría acabar con el horror, si en realidad había existido. No parecía ser algo material, ni etéreo, ni ninguna otra cosa concebible por una mente mortal.' ¿Qué podía ser, pues, sino alguna

emanación exótica? ¿Algún vapor vampiresco como el que la gente rústica de Exeter dice que flota sobre algunos cementerios? Pensé que aquélla era la clave, y volví a mirar el suelo en donde hongos y salitre habían tomado extrañas formas. Al cabo de diez minutos ya había decidido. Cogiendo mi sombrero, me marché a casa, me bañé, comí y encargué por teléfono un pico, una pala, una máscara antigás y seis garrafrones de ácido sulfúrico, todo lo cual deberían entregarme a la mañana siguiente en la puerta del sótano de la Casa Maldita de Benefit Street. Después traté de dormir, pero, al no conseguirlo, pasé, las horas leyendo y componiendo versos anodinos para serenarme.

A las once de la mañana del día siguiente comencé a cavar, Hacía un tiempo soleado, y lo celebré. Seguía solo, ya que por mucho temor que me inspirara el horror desconocido, temía más a la idea de contarle a alguien lo sucedido. Posteriormente le revelé todo a Harris, por pura necesidad y porque él había oído ya algunas antiguas leyendas que podían predisponerle a la credulidad. Al revolver la negra tierra delante de la chimenea, la pala hizo fluir de los blancos hongos un viscoso zumo amarillo, y yo temblé por lo que podría descubrir. Algunos secretos del interior de la tierra no son buenos para el género humano y aquél me parecía uno de ellos.

Me temblaban las manos perceptiblemente, pero no por eso dejé de cavar; y al cabo de un rato lo hacía dentro de la gran fosa que había abierto. A medida que el agujero se hacía más hondo — tenía ya alrededor de seis pies cuadrados —, el nauseabundo olor aumentaba y no dudé más de mi inminente contacto con la cosa infernal cuyas emanaciones habían embrujado la casa durante más de un siglo y medio. Me pregunté qué aspecto tendría, cuales serían su forma y sustancia y qué tamaño habría cobrado al cabo de tantos años de alimentarse chupando vidas ajenas. Finalmente, salí del agujero, esparcí la tierra amontonada, y luego dispuse

los garrafones de ácido alrededor de dos de los bordes, de modo que cuando fuera necesario pudiera vaciarlos todos rápidamente en la fosa. Después de eso eché tierra sobre los otros dos lados cavando más lentamente y colocándome la máscara antigás cuando el olor aumentó. Me encontraba casi acobardado por la proximidad de un algo sin nombre que tal vez encontrara en el fondo de la fosa.

De pronto la pala chocó contra algo más blando que la tierra. Me estremecí y me dispuse a salir del agujero, en el cual estaba ahora hundido hasta el cuello. Pero recobré el valor, y seguí sacando tierra a la luz de la linterna eléctrica que había llevado conmigo. La superficie que descubrí era semitraslúcida y vidriosa, una especie de gelatina congelada y semiputrefacta. Seguí quitando tierra y vi que tenía forma. Había una grieta sobre la cual se doblaba parte de aquella sustancia. Lo que quedó a la vista era aproximadamente cilíndrico; algo semejante a un gigantesco tubo de chimenea doblado cuya parte más gruesa mediría dos pies de diámetro. Excavé un poco más y luego salí bruscamente del agujero para apartarme de tan repugnante hallazgo. Destapé frenéticamente los pesados garrafones y vertí el corrosivo contenido uno y otro en aquella fosa sepulcral y sobre aquella increíble anormalidad cuyo gigantesco codo había visto.

El cegador torbellino de vapores amarillo-verdosos que ascendió tempestuosamente de la fosa cuando cayó el torrente de ácido, nunca se borrará de mi memoria. La gente de toda aquella colina habla del «día amarillo», en que unos vapores virulentos y horribles se elevaron desde el montón de residuos vertidos por una fábrica en el río Providence, pero yo sé lo muy equivocados que están en cuanto al origen. También hablan del espantoso rugido que brotó al mismo tiempo de alguna cañería subterránea de gas o de agua, y de nuevo podría corregirles si me atreviera. Fue algo impresionante y no comprendo cómo estoy vivo después de haber pasado por aquella experiencia. Tras vaciar el cuarto garrafón, que tuve que utilizar

cuando las emanaciones habían empezado a filtrarse por la máscara, me desmayé, pero cuando me recuperé, vi que ya no salían más vapores de la fosa.

Vacíé los otros dos sin ningún resultado concreto, y, al cabo de un rato, me pareció que ya no había peligro en volver a rellenar la fosa. cuando terminé mi tarea empezaba a anochecer, pero el miedo había desaparecido del lugar. La humedad era menos fétida y los extraños hongos se habían marchitado, convirtiéndose en un polvo grisáceo que se esparcía como ceniza por el suelo. Uno de los terrores más ocultos de la tierra había desaparecido para siempre, y si hay infierno, al fin había ido a parar a él el alma diabólica de un ser maldito. Cuando apisoné la última paletada de tierra mohosa, derramé la primera lágrima de las muchas que he vertido en sincero homenaje a la memoria de mi querido tío.

A la primavera siguiente ya no brotó una hierba pálida, ni creció cizaña de desconocida especie, en el jardín escalonado de la Casa Maldita, y poco después Carrington Harris alquiló su propiedad. Todavía tiene un aspecto fantasmal pero su peculiaridad me subyuga y sentiré alivio, mezclado con una pena extraña, cuando la derriben para convertirla en un vulgar edificio de apartamentos o en una deslucida tienda. Los estériles árboles del jardín han comenzado a dar unas manzanitas dulces, y el año pasado anidaron los pájaros en sus nudosas ramas.

# EL COLOR DE MÁS ALLÁ DEL ESPACIO<sup>10</sup>

H. P. Lovecraft

Al Oeste de Arkham, las colinas se yerguen selváticas, y hay valles con profundos bosques en los cuales no ha resonado nunca el ruido de un hacha. Hay angostas y oscuras cañadas donde los árboles se inclinan fantásticamente, y donde discurren estrechos arroyuelos que nunca han captado el reflejo de la luz del sol. En las laderas menos agrestes hay casas de labor, antiguas y rocosas, con edificaciones cubiertas de musgo, rumiando eternamente en los misterios de la Nueva Inglaterra; pero todas ellas están ahora vacías, con las amplias chimeneas desmoronándose y las paredes pandeándose debajo de los techos a la holandesa.

Sus antiguos moradores se marcharon, y a los extranjeros no les gusta vivir allí. Los francocanadienses lo han intentado, los italianos lo han intentado, y los polacos llegaron y se marcharon. Y ello no es debido a nada que pueda ser oído, o visto, o tocado, sino a causa de algo puramente imaginario. El lugar no es bueno para la imaginación, y no aporta sueños tranquilizadores por la noche. Esto debe ser lo que mantiene a los extranjeros lejos del lugar, ya que el viejo Ammi Pierce no les ha contado nunca lo que él recuerda de los extraños días. Ammi, cuya cabeza ha estado un poco desequilibrada durante años, es el único que sigue allí, y el único que habla de los extraños días; y se atreve a hacerlo, porque su casa está muy próxima al campo abierto y a los caminos que rodean a Arkham.

En otra época había un camino sobre las colinas y a través de los valles, que corría en mi recta donde ahora hay un marchito erial; pero la gente dejó de utilizarlo y se abrió un nuevo camino que daba un rodeo

---

<sup>10</sup> The Colour Out of Space; Written March 1927; Published September 1927 in *Amazing Stories*.

hacia el sur. Entre la selvaticidad del erial pueden encontrarse aún huellas del antiguo camino, a pesar de que la maleza lo ha invadido todo. Luego, los oscuros bosques se aclaran y el erial muere a orillas de unas aguas azules cuya superficie refleja el cielo y reluce al sol. Y los secretos de los extraños días se funden con los secretos de las profundidades; se funden con la oculta erudición del viejo océano, y con todo el misterio de la primitiva tierra.

Cuando llegué a las colinas y valles para acotar los terrenos destinados a la nueva alberca, me dijeron que el lugar estaba embrujado. Esto me dijeron en Arkham, y como se trata de un pueblo muy antiguo lleno de leyendas de brujas, pensé que lo de embrujado debía ser algo que las abuelas habían susurrado a los chiquillos a través de los siglos. El nombre de "marchito erial" me pareció muy raro y teatral, y me pregunté cómo habría llegado a formar parte de las tradiciones de un pueblo puritano. Luego vi con mis propios ojos aquellas cañadas y laderas, y ya no me extrañó que estuvieran rodeadas de una leyenda de misterio. Las vi por la mañana, pero a pesar de ello estaban sumidas en la sombra. Los árboles crecían demasiado juntos, y sus troncos eran demasiado grandes tratándose de árboles de Nueva Inglaterra. En las oscuras avenidas del bosque había demasiado silencio, y el suelo estaba demasiado blando con el húmedo musgo y los restos de infinitos años de descomposición.

En los espacios abiertos, principalmente a lo largo de la línea del antiguo camino, había pequeñas casas de labor; a veces, con todas sus edificaciones en pie, y a veces con sólo un par de ellas, y a veces con una solitaria chimenea o una derruida bodega. La maleza reinaba por todas partes, y seres furtivos susurraban en el subsuelo. Sobre todas las cosas pesaba una rara opresión; un toque grotesco de irrealidad, como si fallara algún elemento vital de perspectiva o de claroscuro. No me extrañó que los extranjeros no quisieran permanecer allí, ya que aquélla no era una región



que invitara a dormir en ella. Su aspecto recordaba demasiado el de una región extraída de un cuento de terror.

Pero nada de lo que había visto podía compararse, en lo que a desolación respecta, con el marchito erial. Se encontraba en el fondo de un espacioso valle; Ningún otro nombre hubiera podido aplicársele con más propiedad, ni ninguna otra cosa se adaptaba tan perfectamente a un nombre. Era como si un poeta hubiese acuñado la frase después de haber visto aquella región. Mientras la contemplaba, pensé que era la consecuencia de un incendio; pero, ¿por qué no había crecido nunca nada sobre aquellos cinco acres de gris desolación, que se extendía bajo el cielo como una gran mancha corroída por el ácido entre bosques y campos? Discurre en gran parte hacia el norte de la línea del antiguo camino, pero invade un poco el otro lado. Mientras me acercaba experimenté una extraña sensación de repugnancia, y sólo me decidí a hacerlo porque mi tarea me obligaba a ello. En aquella amplia extensión no había vegetación de ninguna clase; no había más que una capa de fino polvo o ceniza gris, que ningún viento parecía ser capaz de arrastrar. Los árboles más cercanos tenían un aspecto raquítico y enfermizo, y muchos de ellos aparecían agostados o con los troncos podridos. Mientras andaba apresuradamente vi a mi derecha los derruidos restos de una casa de labor, y la negra boca de un pozo abandonado cuyos estancados vapores adquirirían un extraño matiz al ser bañados por la luz del sol. El desolado espectáculo hizo que no roe maravillara ya de los asustados susurros de los moradores de Arkham. En los alrededores no había edificaciones ni ruinas de ninguna clase; incluso en los antiguos tiempos, el lugar dejó de ser solitario y apartado. Y a la hora del crepúsculo, temeroso de pasar de nuevo por aquel ominoso lugar, tomé el camino del sur, a pesar de que significaba dar un gran rodeo.

Por la noche interrogué a algunos habitantes de Arkham acerca del marchito erial, y pregunté qué significado tenía la frase "los extraños días"

que había oído murmurar evasivamente. Sin embargo, no pude obtener ninguna respuesta concreta, y lo único que saqué en claro era que el misterio se remontaba a una fecha mucho más reciente de lo que había imaginado. No se trataba de una vieja leyenda, ni mucho menos, sino de algo que había ocurrido en vida de los que hablaban conmigo. Había sucedido en los años ochenta, y una familia desapareció o fue asesinada. Los detalles eran algo confusos; y como todos aquellos con quienes hablé me dijeron que no prestara crédito a las fantásticas historias del viejo Ammi Pierce, decidí ir a visitarle a la mañana siguiente, después de enterarme de que vivía solo en una ruinoso casa que se alzaba en el lugar donde los árboles empiezan a espesarse. Era un lugar muy viejo, y había empezado a exudar el leve olor miásmico que se desprende de las casas que han permanecido en pie demasiado tiempo. Tuve que llamar insistentemente para que el anciano se levantara, y cuando se asomó tímidamente a la puerta me di cuenta de que no se alegraba de verme. No estaba tan débil como yo había esperado; sin embargo sus ojos parecían desprovistos de vida, y sus andrajosas ropas y su barba blanca le daban un aspecto gastado y decaído.

No sabiendo cómo enfocar la conversación para que me hablara de sus "fantásticas historias", fingí que me había llevado hasta allí la tarea a que estaba entregado; le hablé de ella al viejo Ammi, formulándole algunas vagas preguntas acerca del distrito. Ammi Pierce era un hombre más culto y más educado de lo que me habían dado a entender, y se mostró más comprensivo que cualquiera de los hombres con los cuales había hablado en Arkham. No era como otros rústicos que había conocido en las zonas donde iban a construirse las albercas. Ni protestó por las millas de antiguo bosque y de tierras de labor que iban a desaparecer bajo las aguas, aunque quizá su actitud hubiera sido distinta de no haber tenido su hogar fuera de los límites del futuro lago. Lo único que mostró fue alivio; alivio ante la

idea de que los valles por los cuales había vagabundeado toda su vida iban a desaparecer. Estarían mejor debajo del agua..., mejor debajo del agua desde los extraños días. Y, al decir esto, su ronca voz se hizo más apagada, mientras su cuerpo se inclinaba hacia delante y el dedo índice de su mano derecha empezaba a señalar de un modo tembloroso e impresionante.

Fue entonces cuando oí la historia, y mientras la ronca voz avanzaba en su relato, en una especie de misterioso susurro, me estremecí una y otra vez a pesar de que estábamos en pleno verano. Tuve que interrumpir al narrador con frecuencia, para poner en claro puntos científicos que él sólo conocía a través de lo que había dicho un profesor, cuyas palabras repetía como un papagayo, aunque su memoria había empezado ya a flaquear; o para tender un puente entre dato y dato, cuando fallaba su sentido de la lógica y de la continuidad. Cuando hubo terminado, no me extrañó que su mente estuviera algo desequilibrada, ni que a la gente de Arkham no le gustara hablar del marchito erial. Me apresuré a regresar a mi hotel antes de la puesta del sol, ya que no quería tener las estrellas sobre mi cabeza encontrándome al aire libre. Al día siguiente regresé a Boston para dar mi informe. No podía ir de nuevo a aquel oscuro caos de antiguos bosques y laderas, ni enfrentarme otra vez con aquel gris erial donde el negro pozo abría sus fauces al lado de los derruidos restos de una casa de labor. La alberca iba a ser construida inmediatamente, y todos aquellos antiguos secretos quedarían enterrados para siempre bajo las profundas aguas. Pero creo que ni cuando esto sea una realidad, me gustará visitar aquella región por la noche..., al menos, no cuando brillan en el cielo las siniestras estrellas.

Todo empezó, dijo el viejo Ammi, con el meteorito. Antes no se habían oído leyendas de ninguna clase, e incluso en la remota época de las brujas aquellos bosques occidentales no fueron ni la mitad de temidos que la pequeña isla del Miskatonic, donde el diablo concedía audiencias al lado

de un extraño altar de piedra, más antiguo que los indios. Aquéllos no eran bosques hechizados, y su fantástica oscuridad no fue nunca terrible hasta los extraños días. Luego había llegado aquella blanca nube meridional, se había producido aquella cadena de explosiones en el aire, y aquella columna de humo en el valle. Y, por la noche, todo Arkham se habla enterado de que una gran piedra había caído del cielo y se había incrustado en la tierra, junto al pozo de la casa de Nahum Gardner. La casa que se había alzado en el lugar que ahora ocupaba el marchito erial.

Nahum había ido al pueblo para contar lo de la piedra, y al pasar ante la casa de Ammi Pierce se lo había contado también. En aquella época. Ammi tenía cuarenta años, y todos los extraños acontecimientos estaban profundamente grabados en su cerebro. Ammi y su esposa habían acompañado a los tres profesores de la Universidad de Miskatonic que se presentaron a la mañana siguiente para ver al fantástico visitante que procedía del desconocido espacio estelar, y hablan preguntado cómo era que Nahum había dicho, el día antes, que era muy grande. Nahum, señalando la pardusca mole que estaba junto a su pozo, dijo que se había encogido. Pero los sabios replicaron que las piedras no encogen. Su calor irradiaba persistentemente, y Nahum declaró que había brillado débilmente toda la noche. Los profesores golpearon la piedra con un martillo de geólogo y descubrieron que era sorprendentemente blanda. En realidad, era tan blanda como si fuera artificial, y arrancaron, más bien que escoplearon, una muestra para llevársela a la Universidad a fin de comprobar su naturaleza. Tuvieron que meterla en un cubo que le pidieron prestado a Nahum, ya que el pequeño fragmento no perdía calor. En su viaje de regreso se detuvieron a descansar en la casa de Ammi, y parecieron quedarse pensativos cuando Mrs. Pierce observó que el fragmento estaba haciéndose más pequeño y había empezado a quemar el fondo del cubo. Realmente, no era muy grande, pero quizás habían cogido un trozo menor

de lo que habían supuesto.

Al día siguiente - todo esto ocurría en el mes de junio de 1882 -, los profesores se presentaron de nuevo, muy excitados. Al pasar por la casa de Ammi le contaron lo que había sucedido con la muestra, diciendo que había desaparecido por completo cuando la introdujeron en un recipiente de cristal. El recipiente también había desaparecido, y los profesores hablaron de la extraña afinidad de la piedra con el silicón. Había reaccionado de un modo increíble en aquel laboratorio perfectamente ordenado; sin sufrir ninguna modificación ni expeler ningún gas al ser calentada al carbón mostrándose completamente negativa al ser tratada con bórax y revelándose absolutamente no-volátil a cualquier temperatura incluyendo la del soplete de oxihidrógeno. En el yunque apareció como muy maleable, y en la oscuridad su luminosidad era muy notable. Negándose obstinadamente a enfriarse, provocó una gran excitación entre los profesores; y cuando al ser calentada ante el espectroscopio mostró unas brillantes bandas distintas a las de cualquier color conocido del espectro normal, se habló de nuevos elementos, de raras propiedades ópticas, y de todas aquellas cosas que los intriguados hombres de ciencia suelen decir cuando se enfrentan con lo desconocido.

Caliente como estaba, fue comprobada en un crisol con todos los reactivos adecuados. El agua no hizo nada. Ni el ácido clorhídrico. El ácido nítrico e incluso el agua regia se limitaron a resbalar sobre su tórrida invulnerabilidad. Ammi se encontró con algunas dificultades para recordar todas aquellas cosas, pero reconoció algunos disolventes a medida que se los mencionaba en el habitual orden de utilización: amoníaco y sosa cáustica, alcohol y éter, bisulfito de carbono y una docena más; pero, a pesar de que el peso iba disminuyendo con el paso del tiempo, y de que el fragmento parecía enfriarse ligeramente, los disolventes no experimentaron ningún cambio que demostrara que habían atacado a la sustancia. Desde

luego, se trataba de un metal. Era magnético, en grado extremo; y después de su inmersión en los disolventes ácidos parecían existir leves huellas de la presencia de hierro meteórico, de acuerdo con los datos de Widmanstalten. Cuando el enfriamiento era ya considerable colocaron el fragmento en un recipiente de cristal para continuar las pruebas Y a la mañana siguiente, fragmento y recipiente habían desaparecido sin dejar rastro, y únicamente una chamuscada señal en el estante de madera donde los habían dejado probaba que había estado realmente allí.

Esto fue lo que los profesores le contaron a Ammi mientras descansaban en su casa, y una vez más fue con ellos a ver el pétreo mensajero de las estrellas, aunque en esta ocasión su esposa no le acompañó. Comprobaron que la piedra habla encogido realmente, y ni siquiera los más escépticos de los profesores pudieron dudar de lo que estaban viendo. Alrededor de la masa pardusca situada junto al pozo había un espacio vacío, un espacio que eran dos pies menos que el día anterior. Estaba aún caliente, y los sabios estudiaron su superficie con curiosidad mientras separaban otro fragmento mucho mayor que el que se habían llevado. Esta vez ahondaron más en la masa de piedra, y de este modo pudieron darse cuenta de que el núcleo central no era completamente homogéneo.

Habían dejado al descubierto lo que parecía ser la cara exterior de un glóbulo empotrado en la sustancia. El color, parecido al de las bandas del extraño espectro del meteoro, era casi imposible de describir; y sólo por analogía se atrevieron a llamarlo color. Su contextura era lustrosa, y parecía quebradiza y hueca. Uno de los profesores golpeó ligeramente el glóbulo con un martillo, y estalló con un leve chasquido. De su interior no salió nada, y el glóbulo se desvaneció como por arte de magia, dejando un espacio esférico de unas tres pulgadas de diámetro. Los profesores pensaron que era probable que encontraran otros glóbulos a medida que la

sustancia envolvente se fuera fundiendo.

La conjetura era equivocada, ya que los investigadores no consiguieron encontrar otro glóbulo, a pesar de que taladraron la masa por diversos lugares. En consecuencia, decidieron llevarse la nueva muestra que hablan recogido... y cuya conducta en el laboratorio fue tan desconcertante como la de su predecesora. Aparte de ser casi plástica, de tener calor, magnetismo y ligera luminosidad, de enfriarse levemente en poderosos ácidos, de perder peso y volumen en el aire y de atacar a los compuestos de silicón con el resultado de una mutua destrucción. La piedra no presentaba características de identificación; y al fin de las pruebas, los científicos de la Universidad se vieron obligados a reconocer que no podían clasificarla. No era nada de este planeta, sino un trozo del espacio exterior; y, como tal, estaba dotado de propiedades exteriores y desconocidas y obedecía a leyes exteriores y desconocidas.

Aquella noche hubo una tormenta, y cuando los profesores acudieron a casa de Nahum al día siguiente, se encontraron con una desagradable sorpresa. La piedra, magnética como era, debió poseer alguna peculiar propiedad eléctrica; ya que había "atraído al rayo", como dijo Nahum, con una singular persistencia. En el espacio de una hora, el granjero vio cómo el rayo hería seis veces la masa que se encontraba junto al pozo, y al cesar la tormenta descubrió que la piedra había desaparecido. Los científicos, profundamente decepcionados, tras comprobar el hecho de la total desaparición, decidieron que lo único que podían hacer era regresar al laboratorio y continuar analizando el fragmento que se habían llevado el día anterior y que como medida de precaución hablan encerrado en una caja de plomo. El fragmento duró una semana transcurrida la cual no se había llegado a ningún resultado positivo. La piedra desapareció, sin dejar ningún residuo, y con el tiempo los profesores apenas creían que habían visto realmente aquel misterioso vestigio de los insondables abismos exteriores;

aquel único, fantástico mensaje de otros universos y otros reinos de materia energía, y entidad.

Como era lógico, los periódicos de Arkham hablaron mucho del incidente y enviaron a sus reporteros a entrevistar a Nahum y a su familia. Un rotativo de Boston envió también un periodista, y Nahum se convirtió rápidamente en una especie de celebridad local. Era un hombre delgado, de unos cincuenta años, que vivía con su esposa y sus tres hijos del producto de lo que cultivaba en el valle. El y Ammi se hacían frecuentes visitas, lo mismo que sus esposas; y Ammi solo tenía frases de elogio para él después de todos aquellos años. Parecía estar orgulloso de la atención que habla despertado el lugar, y en las semanas que siguieron a su aparición y desaparición habló con frecuencia del meteorito. Los meses de julio y agosto fueron cálidos; y Nahum trabajó de firme en sus campos, y las faenas agrícolas le cansaron más de lo que le habían cansado otros años, por lo que llegó a la conclusión de que los años habían empezado a pesarle.

Luego llegó la época de la recolección. Las peras y manzanas maduraban lentamente, y Nahum aseguraba que sus huertas tenían un aspecto más floreciente que nunca. La fruta crecía hasta alcanzar un tamaño fenomenal y un brillo musitado, y su abundancia era tal que Nahum tuvo que comprar unos cuantos barriles más a fin de poder embalar la futura cosecha. Pero con la maduración llegó una desagradable sorpresa, ya que toda aquella fruta de opulenta presencia resultó incomible. En vez del delicado sabor de las peras y manzanas, la fruta tenía un amargor insoportable. Lo mismo ocurrió con los melones y los tomates, y Nahum vio con tristeza cómo se perdía toda su cosecha. Buscando una explicación a aquel hecho, no tardó en declarar que el meteorito había envenenado el suelo, y dio gracias al cielo porque la mayor parte de las otras cosechas se encontraban en las tierras altas a lo largo del camino.

El invierno se presentó muy pronto, y fue muy frío. Ammi veía a



Nahum con menos frecuencia que de costumbre, y observó que empezaba a tener un aspecto preocupado. También el resto de la familia había asumido un aire taciturno; y fueron espaciando sus visitas a la iglesia y su asistencia a los diversos acontecimientos sociales de la comarca. No pudo encontrarse ningún motivo para aquella reserva o melancolía, aunque todos los habitantes de la casa daban muestras de cuando en cuando de un empeoramiento en su estado de salud física y mental. Esto se hizo más evidente cuando el propio Nahum declaró que estaba preocupado por ciertas huellas de pasos que había visto en la nieve. Se trataba de las habituales huellas invernales de las ardillas rojas, de los conejos blancos y de los zorros, pero el caviloso granjero afirmó que encontraba algo raro en la naturaleza y disposición de aquellas huellas. No fue más explícito, pero parecía creer que no era característica de la anatomía y las costumbres de ardillas y conejos y zorros. Ammi no hizo mucho caso de todo aquello hasta una noche que pasó por delante de la casa de Nahum en su trineo, en su camino de regreso de Clark's Corners. En el cielo brillaba la luna, y un conejo cruzó corriendo el camino, y los saltos de aquel conejo eran más largos de lo que les hubiera gustado a Ammi y a su caballo. Este último, en realidad, se hubiera desbocado si su dueño no hubiera empuñado las riendas con mano firme. A partir de entonces, Ammi mostró un mayor respeto por las historias que contaba Nahum, y se preguntó por qué los perros de Gardner parecían estar tan asustados y temblorosos cada mañana. Incluso habían perdido el ánimo para ladrar.

En el mes de febrero, los chicos de McGregor, de Meadow Hill, salieron a cazar marmotas, y no lejos de las tierras de Gardner capturaron un ejemplar muy especial. Las proporciones de su cuerpo parecían ligeramente alteradas de un modo muy raro, imposible de describir, en tanto que su rostro tenía una expresión que hasta entonces nadie había visto en el rostro de una marmota. Los chicos quedaron francamente asustados y

tiraron inmediatamente el animal, de modo que por la comarca sólo circulo la grotesca historia que los mismos chicos contaron. Pero esto, unido a la historia del conejo que asustaba a los caballos en las inmediaciones de la casa de Nahum, dio pie a que empezara a tomar cuerpo una leyenda, susurrada en voz baja.

La gente aseguraba que la nieve se había fundido mucho mas rápidamente en los alrededores de la casa de Nahum que en otras partes, y a principios de marzo se produjo una agitada discusión en la tienda de Potter, de Clark's Corners. Stephen Rice había pasado por las tierras de Gardner a primera hora de la mañana, y se había dado cuenta de que la hierba fétida empezaba a crecer en todo el fangoso suelo. Hasta entonces no se había visto hierba fétida de aquel tamaño, y su color era tan raro que no podía ser descrito con palabras. Sus formas eran monstruosas, y el caballo había relinchado lastimeramente ante la presencia de un hedor que hirió también desagradablemente el olfato de Stephen. Aquella misma tarde, varias personas fueron a ver con sus propios ojos aquella anomalía, y todas estuvieron de acuerdo en que las plantas de aquella clase no podían brotar en un mundo saludable. Se mencionaron de nuevo los frutos amargos del otoño anterior, y corrió de boca en boca que las tierras de Nahum estaban emponzoñadas. Desde luego, se trataba del meteorito; y recordando lo extraño que les había parecido a los hombres de la Universidad, varios granjeros hablaron del asunto con ellos.

Un día, hicieron una visita a Nahum; pero como se trataba de unos hombres que no prestaban crédito con facilidad a las leyendas, sus conclusiones fueron muy conservadoras. Las plantas eran raras, desde luego, pero toda la hierba fétida es más o menos rara en su forma y en su color. Quizás algún elemento mineral del meteorito había penetrado en la tierra, pero no tardaría en desaparecer. Y en cuanto a las huellas en la nieve y a los caballos asustados... se trataba únicamente de habladurías sin

fundamento, que habían nacido a consecuencia de la caída del meteorito. Pero unos hombres serios no podían tener en cuenta las habladurías de los campesinos, ya que los supersticiosos labradores dicen y creen cualquier cosa. Ese fue el veredicto de los profesores acerca de los extraños días. Sólo uno de ellos, encargado de analizar dos redomas de polvo en el curso de una investigación policíaca, año y medio más tarde, recordó que el extraño color de la hierba fétida era muy parecida al de las insólitas bandas de luz que reveló el fragmento del meteoro en el espectroscopio de la Universidad, y al del glóbulo que encontraran en el interior de la piedra. En el análisis que el mencionado profesor llevó a cabo, las muestras revelaron al principio las mismas insólitas bandas, aunque más tarde perdieran la propiedad.

Los árboles florecieron prematuramente alrededor de la casa de Nahum, y por la noche se mecían ominosamente al viento. El segundo hijo de Nahum, Thaddeus, un muchacho de quince años, juraba que los árboles se mecían también cuando no hacía viento; pero ni siquiera los más charlatanes prestaron crédito a esto. Desde luego, en el ambiente había algo raro. Toda la familia Gardner desarrolló la costumbre de quedarse escuchando, aunque no esperaban oír ningún sonido al cual pudieran dar nombre. La escucha era en realidad resultado de momentos en que la conciencia parecía haberse desvanecido en ellos. Desgraciadamente, esos momentos eran más frecuentes a medida que pasaban las semanas, hasta que la gente empezó a murmurar que toda la familia Nahum estaba mal de la cabeza. Cuando salió la primera saxífraga, su color era también muy extraño; no completamente igual al de la hierba fétida, pero indudablemente afín a él e igualmente desconocido para cualquiera que lo viera. Nahum cogió algunos capullos y se los llevó a Arkham para enseñarlos al editor de la Gazette, pero aquel dignatario se limitó a escribir un artículo humorístico acerca de ellos, ridiculizando los temores y las

supersticiones de los campesinos. Fue un error de Nahum contarle a un estólido ciudadano la conducta que observaban las mariposas - también de gran tamaño - en relación con aquellas saxífragas.

Abril aportó una especie de locura a las gentes de la comarca y empezaron a dejar de utilizar el camino que pasaba por los terrenos de Nahum, hasta abandonarlo por completo. Era la vegetación. Los renuevos de los árboles tenían unos extraños colores, y a través del suelo de piedra del patio y en los prados contiguos crecían unas plantas que solamente un botánico podía relacionar con la flora de la región. Pero lo más raro de todo era el colorido, que no correspondía a ninguno de los matices que el ojo humano había visto hasta entonces. Plantas y arbustos se convirtieron en una siniestra amenaza, creciendo insolentemente en su cromática perversión. Ammi y los Gardner opinaron que los colores tenían para ellos una especie de inquietante familiaridad, y llegaron a la conclusión de que les recordaban el glóbulo que había sido descubierto dentro del meteoro. Nahum labró y sembró los diez acres de terreno que poseía en la parte alta, sin tocar los terrenos que rodeaban su casa. Sabía que sería trabajo perdido y tenía la esperanza de que aquellas extrañas hierbas que estaban creciendo arrancarían toda la ponzoña del suelo. Ahora estaba preparado para cualquier cosa, por inesperada que pudiera parecer, y se había acostumbrado a la sensación de que cerca de él había algo que esperaba ser oído. El ver que los vecinos no se acercaban por su casa le molestó, desde luego; pero afectó todavía más a su esposa. Los chicos no lo notaron tanto porque iban a la escuela todos los días; pero no pudieron evitar el enterarse de las habladurías, las cuales les asustaron un poco, especialmente a Thaddeus, que era un muchacho muy sensible.

En mayo llegaron los insectos, y la hacienda de Gardner se convirtió en un lugar de pesadilla, lleno de zumbidos y de serpenteos. La mayoría de aquellos animales tenían un aspecto insólito y se movían de un

modo muy raro, y sus costumbres nocturnas contradecían todas las anteriores experiencias. Los Gardner adquirieron el hábito de mantenerse vigilantes durante la noche. Miraban en todas direcciones en busca de algo..., aunque no podían decir de qué. Fue entonces cuando comprobaron que Thaddeus había estado en lo cierto al hablar de lo que ocurría con los árboles. Mistress Gardner fue la primera en comprobarlo una noche que se encontraba en la ventana del cuarto contemplando la silueta de un arce que se recortaba contra un cielo iluminado por la luna. Las ramas del arce se estaban moviendo y no corría el menor soplo de viento. Cosa de la savia, seguramente. Las cosas más extrañas resultaban ahora normales. Sin embargo, el siguiente descubrimiento no fue obra de ningún miembro de la familia Gardner. Se habían familiarizado con lo anormal hasta el punto de no darse cuenta de muchos detalles. Y lo que ellos no fueron capaces de ver fue observado por un viajante de comercio de Boston, que pasó por allí una noche, ignorante de las leyendas que corrían por la región. Lo que contó en Arkham apareció en un breve artículo publicado por la Gazette; y aquel artículo fue lo que todos los granjeros, incluido Nahum, se echaron primero a los ojos. La noche había sido oscura, pero alrededor de una granja del valle - que todo el mundo supo que se trataba de la granja de Nahum - la oscuridad había sido menos intensa. Una leve, aunque visible, fosforescencia parecía surgir de toda la vegetación, y en un momento determinado un trozo de aquella fosforescencia se deslizó furtivamente por el patio que había cerca del granero.

Los pastos no parecían haber sufrido los efectos de aquella insólita situación, y las vacas pacían libremente cerca de la casa, pero hacia finales de mayo la leche empezó a ser mala. Entonces Nahum llevó a las vacas a pacer a las tierras altas y la leche volvió a ser buena. Poco después el cambio en la hierba y en las hojas, que hasta entonces se habían mantenido normalmente verdes, pudo apreciarse a simple vista. Todas las hortalizas

adquirieron un color grisáceo y un aspecto quebradizo. Ammi era ahora la única persona que visitaba a los Gardner, y sus visitas fueron espaciándose más y más. Cuando cerraron la escuela, por ser época de vacaciones, los Gardner quedaron virtualmente aislados del mundo, y a veces encargaban a Ammi que les hiciera sus compras en el pueblo. Continuaban desmejorando física y mentalmente, y nadie quedó sorprendido cuando circuló la noticia de que Mrs. Gardner se había vuelto loca.

Esto ocurrió en junio, alrededor del aniversario de la caída del meteoro, y la pobre mujer empezó a gritar que veía cosas en el aire, cosas que no podía describir. En su desvarío no pronunciaba ningún nombre propio, sino solamente verbos y pronombres. Las cosas se movían, y cambiaban, y revoloteaban, y los oídos reaccionaban a impulsos que no eran del todo sonidos. Nahum no la envió al manicomio del condado, sino que dejó que vagabundeara por la casa mientras fuera inofensiva para sí misma y para los demás. Cuando su estado empeoró no hizo nada. Pero cuando los chicos empezaron a asustarse y Thaddeus casi se desmayó al ver la expresión del rostro de su madre al mirarle, Nahum decidió encerrarla en el ático. En julio, Mrs. Gardner dejó de hablar y empezó a arrastrarse a cuatro patas, y antes de terminar el mes, Nahum se dio cuenta de que su esposa era ligeramente luminosa en la oscuridad, tal como ocurría con la vegetación de los alrededores de la casa.

Esto sucedió un poco antes de que los caballos se dieran a la fuga. Algo les había despertado durante la noche, y sus relinchos y su coclear habían sido algo terrible. A la mañana siguiente, cuando Nahum abrió la puerta del establo, los animales salieron disparados como alma que lleva el diablo. Nahum tardó una semana en localizar a los cuatro, y cuando los encontró se vio obligado a matarlos porque se habían vuelto locos y no había quien los manejara. Nahum le pidió prestado un caballo a Ammi para acarrear el heno, pero el animal no quiso acercarse al granero. Respingó, se

encabritó y relinchó, y al final tuvieron que dejarlo en el patio, mientras los hombres arrastraban el carro hasta situarlo junto al granero. Entretanto, la vegetación iba tomándose gris y quebradiza. Incluso las flores, cuyos colores habían sido tan extraños, se volvían grises ahora, y la fruta era gris y enana e insípida. Las jarillas y el trébol dorado dieron flores grises y deformes, y las rosas, las rascamoños y las malvarrosas del patio delantero tenían un aspecto tan horrendo, que Zenas, el mayor de los hijos de Nahum, las cortó todas. Al mismo tiempo fueron muriéndose todos los insectos, incluso las abejas que habían abandonado sus colmenas.

En septiembre toda la vegetación se había desmenuzado, convirtiéndose en un polvillo grisáceo, y Nahum temió que los árboles murieran antes de que la ponzoña se hubiera desvanecido del suelo. Su esposa tenía ahora accesos de furia, durante los cuales profería unos gritos terribles, y Nahum y sus hijos vivían en un estado de perpetua tensión nerviosa. No se trataban ya con nadie, y cuando la escuela volvió a abrir sus puertas los chicos no acudieron a ella. Fue Ammi, en una de sus raras visitas, quien descubrió que el agua del pozo ya no era buena. Tenía un gusto endiablado, que no era exactamente fétido ni exactamente salobre, y Ammi aconsejó a su amigo que excavara otro pozo en las tierras altas para utilizarlo hasta que el suelo volviera a ser bueno. Sin embargo, Nahum no hizo el menor caso de aquel consejo, ya que había llegado a impermeabilizarse contra las cosas raras y desagradables. El y sus hijos siguieron utilizando la teñida agua del pozo, bebiéndola con la misma indiferencia con que comían sus escasos y mal cocidos alimentos y con que realizaban sus improductivas y monótonas tareas a través de unos días sin objetivo. Había algo de estólida resignación en todos ellos, como si anduvieran en otro mundo entre hileras de anónimos guardianes hacia un lugar familiar y seguro.

Thaddeus se volvió loco en septiembre, después de una visita al

pozo. Había ido allí con un cubo y había regresado con las manos vacías, encogiendo y agitando los brazos y murmurando algo acerca de "los colores movibles que había allí abajo". Dos locos en una familia representaban un grave problema, pero Nahum se portó valientemente. Dejó que el muchacho se moviera a su antojo durante una semana, hasta que empezó a portarse peligrosamente, y entonces lo encerró en el ático, enfrente de la habitación ocupada por su madre. El modo como se gritaban el uno al otro desde detrás de sus cerradas puertas era algo terrible, especialmente para el pequeño Merwin, que imaginaba que su madre y su hermano hablaban en algún terrible lenguaje que no era de este mundo. Merwin se estaba convirtiendo en un chiquillo peligrosamente imaginativo, y su estado empeoró desde que encerraron al hermano que había sido su mejor compañero de juegos.

Casi al mismo tiempo empezó la mortalidad entre el ganado. Las aves de corral adquirieron un color gris y murieron rápidamente. Los cerdos engordaron desordenadamente y luego empezaron a experimentar repugnantes cambios que nadie podía explicar. Su carne era desaprovechable, desde luego, y Nahum no sabía qué pensar ni qué hacer. Ningún veterinario rural quiso acercarse a su casa, y el veterinario de Arkham quedó francamente desconcertado. La cosa resultaba tanto más inexplicable por cuanto aquellos animales no habían sido alimentados con la vegetación emponzoñada. Luego les llegó el turno a las vacas. Ciertas zonas, y a veces el cuerpo entero, aparecieron anormalmente hinchadas o comprimidas, y aquellos síntomas fueron seguidos de atroces colapsos o desintegraciones. En las últimas fases - que terminaban siempre con la muerte- adquirirían un color grisáceo y un aspecto quebradizo, tal como había ocurrido con los cerdos. En el caso de las vacas no podía hablarse de veneno, ya que estaban encerradas en mi establo. Ninguna mordedura de un animal salvaje podía haber inoculado el virus, ya que no hay ningún animal



terrestre que pueda pasar a través de unos obstáculos sólidos. Debía tratarse de una enfermedad natural..., aunque resultaba imposible conjeturar qué clase de enfermedad producía aquellos terribles resultados. En la época de la cosecha no quedaba ningún animal vivo en la casa, ya que el ganado y las aves de corral habían muerto y los perros habían huido. Los perros, en número de tres, habían desaparecido una noche y no volvieron a aparecer. Los cinco gatos se habían marchado un poco antes, pero su desaparición apenas fue notada, ya que en la casa no había ahora ratones y únicamente Mrs. Gardner sentía cierto afecto por los graciosos felinos.

El 19 de octubre, Nahum se presentó en casa de Ammi con espantosas noticias. La muerte había sorprendido al pobre Thaddeus en su habitación del ático, y le habla sorprendido de un modo que no podía ser contado. Nahum había excavado una tumba en la parte trasera de la granja y había metido allí lo que encontró en la habitación. En la habitación no podía haber entrado nadie, ya que la pequeña ventana enrejada y la cerradura de la puerta estaban intactas; pero lo sucedido tenía muchos puntos de contacto con lo ocurrido en el establo. Ammi y su esposa consolaron al atribulado granjero lo mejor que pudieron, aunque no consiguieron evitar un estremecimiento. El horror parecía rondar alrededor de los Gardner y de todo lo que tocaban, y la sola presencia de uno de ellos en la casa era como un soplo de regiones innominadas e innominables. Ammi acompañó a Nahum a su hogar de muy mala gana e hizo lo que pudo para calmar los histéricos sollozos del pequeño Merwín. Zenas no necesitaba ser calmado. Se encontraba en un estado de completo atontamiento y se limitaba a mirar fijamente un punto indeterminado del espacio y a obedecer lo que su padre le ordenaba. Y Ammi pensó que ese estado de abulia era lo mejor que podía ocurrirle. De cuando en cuando los gritos de Merwin eran contestados desde el ático, y en respuesta a una mirada interrogadora Nahum dijo que su esposa estaba muy débil. Cuando

se acercaba la noche, Ammi se las arregló para marcharse, ya que ningún sentimiento de amistad podía hacerle permanecer en aquel lugar cuando la vegetación empezaba a brillar débilmente y los árboles podían o no moverse sin que soplara el viento. Era una verdadera suerte para Ammi el hecho de que no fuese una persona imaginativa. De haberlo sido, de haber podido relacionar y reflexionar en todos los portentos que le rodeaban, no cabe duda de que hubiese perdido la chaveta. A la hora del crepúsculo regresó apresuradamente a su casa, sintiendo resonar terriblemente en sus oídos los gritos de la loca y del pequeño Merwin.

Tres días más tarde Nahum se presentó en casa de Ammi muy de mañana, y en ausencia de su huésped le contó a Mrs. Pierce una horrible historia que ella escuchó temblando de miedo. Esta vez se trataba del pequeño Mervin. Había desaparecido. Había salido de la casa cuando ya era de noche con un farol y un cubo para traer agua, y no había regresado. Hacía días que su estado no era normal y se asustaba de todo. El padre oyó un frenético grito en el patio, pero cuando abrió la puerta y se asomó, el muchacho había desaparecido. No se veía ni rastro de él, y en ninguna parte brillaba el farol que se había llevado. En aquel momento, Nahum creyó que el farol y el cubo habían desaparecido también; pero al hacerse de día, y al regreso de su búsqueda de toda la noche por campos y bosques, Nahum había descubierto unas cosas muy raras cerca del pozo: una retorcida y semifundida masa de hierro, que había sido indudablemente el farol; y junto a ella un asa doblada junto a otra masa de hierro, asimismo retorcida y semifundida, que correspondía al cubo. Eso fue todo. Nahum imaginaba lo inimaginable. Mrs. Pierce estaba como atontada, y Ammi, cuando llegó a casa y oyó la historia, no pudo dar ninguna opinión. Merwin habla desaparecido, y sería inútil decírselo a la gente que vivía en aquellos alrededores y que huían de los Gardner como de la peste. Tan inútil como decírselo a los ciudadanos de Arkham, que se reían de todo. Thad había

desaparecido, y ahora había desaparecido Merwin. Algo estaba arrastrándose y arrastrándose, esperando ser visto y oído. Nahum no tardaría en morir, y deseaba que Ammi velara por su esposa y por Zenas, si es que le sobrevivían. Todo aquello era un castigo de alguna clase, aunque Nahum no podía adivinar a qué se debía, ya que siempre había vivido en el santo temor de Dios.

Durante más de dos semanas, Ammi no tuvo ninguna noticia de Nahum; y entonces, preocupado por lo que pudiera haber ocurrido, dominó sus temores y efectuó una visita a la casa de los Gardner. De la chimenea no salía humo y por unos instantes el visitante temió lo peor. El aspecto de la granja era impresionante: hierba y hojas grisáceas en el suelo, parras cayéndose a pedazos de arcaicas paredes y aleros, y enormes árboles desnudos silueteándose malignamente contra el gris cielo de noviembre. Ammi no pudo dejar de notar que se había producido un sutil cambio en la inclinación de las ramas. Pero Nahum estaba vivo, después de todo. Estaba muy débil y reposaba en un catre en la cocina de techo bajo, pero conservaba la lucidez y seguía dando órdenes a Zenas. La estancia estaba mortalmente fría; y al ver que Ammi se estremecía, Nahum le gritó a Zenas que trajera más leña. La leña, en realidad, era muy necesaria, ya que el cavernoso hogar estaba apagado y vacío, y el viento que se filtraba chimenea abajo era helado. De pronto, Nahum le preguntó si la leña que había traído su hijo le hacía sentirse más cómodo, y entonces Ammi se dio cuenta de lo que había ocurrido. Finalmente, la mente del granjero había dejado de resistir a la intensa presión de los acontecimientos.

Interrogando discretamente a su vecino, Ammi no consiguió poner en claro lo que le había sucedido a Zenas. "En el pozo... vive en el pozo...", fue todo lo que su padre dijo.

Luego el visitante recordó súbitamente a la esposa loca y cambió de tema. "¿Nabby? Está aquí, desde luego...", fue la sorprendida respuesta del

pobre Nahum, y Ammi no tardó en darse cuenta de que tendría que investigar por sí mismo. Dejando al inofensivo granjero en su catre, cogió las llaves que estaban colgadas detrás de la puerta y subió los chirriantes escalones que conducían al ático. La parte alta de la casa estaba completamente silenciosa y no se oía el menor ruido en ninguna dirección. De las cuatro puertas a la vista, sólo una estaba cerrada, y en ella probó Ammi varias llaves del manojó que había cogido. A la tercera tentativa la cerradura giró, y Ammi empujó la puerta pintada de blanco.

El interior de la habitación estaba completamente a oscuras, ya que la ventana era muy pequeña y estaba medio tapada por las rejas de hierro; y Ammi no pudo ver absolutamente nada. El aire estaba muy viciado, y antes de seguir adelante tuvo que entrar en otra habitación y llenarse los pulmones de aire respirable. Cuando volvió a entrar vio algo oscuro en un rincón, y al acercarse no pudo evitar un grito de espanto. Mientras gritaba creyó que una nube momentánea había tapado la escasa claridad que penetraba por la ventana, y un segundo después se sintió rozado por una espantosa corriente de vapor. Unos extraños colores danzaron ante sus ojos; y si el horror que experimentaba en aquellos momentos no le hubiera impedido coordinar sus ideas hubiera recordado el glóbulo que el martillo de geólogo había aplastado en el interior del meteorito, y la malsana vegetación que habla crecido durante la primavera. Pero, en el estado en que se hallaba, sólo pudo pensar en la horrible monstruosidad que tenía enfrente, y que sin duda alguna habla compartido la desconocida suerte del joven Thaddeus y del ganado. Pero lo más terrible de todo era que aquel horror se movía lenta y visiblemente mientras continuaba desmenuzándose.

Ammi no me dio más detalles de aquella escena, pero la forma del rincón no reapareció en su relato como un objeto movable. Hay cosas que no pueden ser mencionadas, y lo que se hace por humanidad es a veces cruelmente juzgado por la ley. Comprendí que en aquella habitación del

ático no quedó nada que se moviera, y que no dejar allí nada capaz de moverse debió de ser algo horripilante y capaz de acarrear un tormento eterno. Cualquiera, no tratándose de un estólido granjero, se hubiera desmayado o enloquecido, pero Ammi volvió a cruzar el umbral de la puerta pintada de blanco y encerró el espantoso secreto detrás de él. Ahora debía ocuparse de Nahum; éste tenía que ser alimentado y atendido, y trasladado a algún lugar donde pudieran cuidarle.

Cuando empezaba a bajar la oscura escalera, Ammi oyó un estrépito debajo de él. Incluso le pareció haber oído un grito, y recordó nerviosamente la corriente de vapor que le había rozado mientras se hallaba en la habitación del ático. Oprimido por un vago temor, oyó más ruidos debajo suyo. Indudablemente estaban arrastrando algo pesado, y al mismo tiempo se oía un sonido todavía más desagradable, como el que produciría una fuerte succión. Sintiendo aumentar su terror, pensó en lo que había visto en el ático. ¡Santo cielo! ¿En qué fantástico mundo de pesadilla había penetrado? No se atrevió a avanzar ni a retroceder, y permaneció inmóvil, temblando, en la negra curva del rellano de la escalera. Cada detalle de la escena estallaba de nuevo en su cerebro.

De repente se oyó un frenético relincho proferido por el caballo de Ammi, seguido inmediatamente por un ruido de cascos que hablaba de una precipitada fuga. Al cabo de un instante, caballo y calesa estaban fuera del alcance del oído, dejando al asustado Ammi, inmóvil en la oscura escalera, la tarea de conjeturar qué podía haberles impulsado a desaparecer tan repentinamente. Pero aquello no fue todo. Se produjo otro ruido fuera de la casa. Una especie de chapoteo en el agua..., debió de haber sido en el pozo. Ammi había dejado a Hero desatado cerca del pozo, y algún animalito debió meterse entre sus patas, asustándolo, y dejándose caer después en el pozo. Y la casa seguía brillando con una pálida fosforescencia. ¡Dios mío! ¡Qué antigua era la casa! La mayor parte de ella edificada antes de 1670, y

el tejado holandés más tarde de 1730.

En aquel momento se oyó el ruido de algo que se arrastraba por el suelo de la planta baja, y Ammi aferró con fuerza el palo que había cogido en el ático sin ningún propósito determinado. Procurando dominar sus nervios, terminó su descenso y se dirigió a la cocina. Pero no llegó a ella, ya que lo que buscaba no estaba ya allí. Había salido a su encuentro, y hasta cierto punto estaba aún vivo. Si se habla arrastrado o si había sido arrastrado por fuerzas externas, es cosa que Ammi no hubiera podido decir; pero la muerte había tomado parte en ello. Todo había ocurrido durante la última media hora, pero el proceso de desintegración estaba ya muy avanzado. Había allí una horrible fragilidad, debida a lo quebradizo de la materia, y del cuerpo se desprendían fragmentos secos. Ammi no pudo tocarlo, limitándose a contemplar horrorizado la retorcida caricatura de lo que había sido un rostro. "¿Qué ha pasado, Nahum..., qué ha pasado?", Susurró, y los agrietados y tumefactos labios apenas pudieron murmurar una respuesta final.

"Nada..., nada...; el color... quema...; frío y húmedo, pero quema...; vive en el pozo..., lo he visto..., una especie de humo... igual que las flores de la pasada primavera...; el pozo brilla por la noche... Se llevó a Thad, y a Merwín, y a Zenas..., todas las cosas vivas...; sorbe la vida de todas las cosas...; en aquella piedra tuvo que llegar en aquella piedra...; la aplastaron...; era el mismo color..., el mismo, - como las flores y las plantas...; tiene que haber más...; crecieron..., lo he visto esta semana...; tuvo que darle fuerte - a Zenas...; era un chico fuerte, lleno de vida...; le golpea a uno la mente y luego se apodera de él...; quema mucho...; en el agua del pozo...; no pueden sacarle de allí..., ahogarle... Se ha llevado también a Zenas...; tenias razón...; el agua está embrujada... ¿Cómo está Nabby, Ammi?... Mi cabeza no funciona...; no sé cuánto hace que no le he subido comida...; la cosa atacó también a ella...; el color...; su rostro tiene el

mismo color por las noches..., y el color quema y sorbe; procede de algún lugar donde las cosas no son como aquí...; uno de los profesores lo dijo...; tenía razón mira, Ammi, está sorbiendo más..., sorbiendo la vida..."

Pero eso fue todo. La cosa que había hablado no podía hablar más porque se había encogido completamente. Ammi lo cubrió con un mantel a cuadros blancos y rojos y salió de la casa por la puerta trasera. Trepó por la ladera que conduela a las tierras altas y regresó a su hogar por el camino del Norte y los bosques. No pudo pasar junto al pozo desde el cual habla huido su caballo. Miró hacia el pozo a través de una ventana y recordó el chapoteo que habla oído..., el chapoteo de algo que se habla sumergido en el pozo después de lo que había hecho con el desdichado Nahum...

Cuando Ammi llegó a su casa se encontró con que el caballo y la calesa le habían precedido; su esposa le aguardaba llena de ansiedad. Después de tranquilizarla, sin darle ninguna explicación, se dirigió a Arkham y notificó a las autoridades que la familia Gardner ya no existía. No entró en detalles, limitándose a hablar de las muertes de Nahum y de Nabby; la de Thaddeus era ya conocida, y dijo que la causa de la muerte parecía ser la misma extraña dolencia que había atacado al ganado. También dijo que Merwin y Zenas habían desaparecido. En la jefatura de policía le interrogaron ampliamente, y al final se vio obligado a acompañar a tres agentes a la granja de Gardner, juntamente con el coroner, el médico forense y el veterinario que había atendido a los animales enfermos. Ammi fue con ellos de muy mala gana, ya que la tarde estaba muy avanzada y temía que la noche le cogiera en aquel lugar maldito, aunque era un consuelo saber que iba a estar acompañado de tantos hombres.

Los seis hombres montaron en un carro, siguiendo a la calesa de Ammi, y llegaron a la granja alrededor de las cuatro. A pesar de que los agentes estaban acostumbrados a presenciar espectáculos horripilantes, todos se estremecieron a la vista de lo que fue encontrado debajo del

mantel a cuadros rojos y blancos, y en la habitación del ático. El aspecto de la granja, con su desolación gris, era ya bastante terrible, pero aquellos dos retorcidos objetos sobrepasaban toda medida de horror. Nadie pudo contemplarlos más allá de un par de segundos, e incluso el médico forense admitió que allí había muy poco que examinar. Podían analizarse unas muestras, desde luego, de modo que él mismo se encargó de agenciárselas..., y al parecer aquellas muestras provocaron el más inextricable rompecabezas con que se enfrentara nunca el laboratorio de la Universidad. Bajo el espectroscopio, las muestras revelaron un espectro desconocido, muchas de cuyas bandas eran iguales que las que había revelado el extraño meteoro al ser analizado. La propiedad de emitir aquel espectro se desvaneció en un mes, y el polvo consistía principalmente en fosfatos y carbonatos alcalinos.

Ammi no les hubiera hablado del pozo, de haber sabido que iban a actuar inmediatamente. Se acercaba la puesta de sol y estaba ansioso por marcharse de allí. Pero no pudo evitar el dirigir miradas nerviosas al pozo, cosa que fue observada por uno de los policías, el cual le interrogó. Ammi admitió que Nahum había temido a algo que estaba escondido en el pozo... hasta el punto de que no se había atrevido a comprobar si Merwin o Zenas se habían caído dentro. La policía decidió vaciar el pozo y explorarlo inmediatamente, de modo que Ammi tuvo que esperar, temblando, mientras el pozo era vaciado cubo a cubo. El agua hedía de un modo insoportable, y los hombres tuvieron que taparse las narices con sus pañuelos para poder terminar la tarea. Menos mal que el trabajo no fue tan largo como habían creído, ya que el nivel del agua era sorprendentemente bajo. No es necesario hablar con demasiados detalles de lo que encontraron. Merwin y Zenas estaban allí los dos, aunque sus restos eran principalmente esqueléticos. Había también un pequeño cordero y un perro grande en el mismo estado de descomposición, aproximadamente, y cierta



cantidad de huesos de animales más pequeños. El limo del fondo parecía inexplicablemente poroso y burbujeante, y un hombre que bajó atado a una cuerda y provisto de una larga pértiga se encontró con que podía hundir la pértiga en el fango en toda su longitud sin encontrar ningún obstáculo.

La noche se estaba echando encima y entraron en la casa en busca de faroles. Luego, cuando vieron que no podían sacar nada más del pozo, volvieron a entrar en la casa y conferenciaron en la antigua sala de estar mientras la intermitente claridad de una espectral media luna iluminaba a intervalos la gris desolación del exterior. Los hombres estaban francamente perplejos ante aquel caso y no podían encontrar ningún elemento convincente que relacionara las extrañas condiciones de los vegetales, la desconocida enfermedad del ganado y de las personas, y las inexplicables muertes de Merwin y Zenas en el pozo. Habían oído los comentarios y las habladurías de la gente, desde luego; pero no podían creer que hubiese ocurrido algo contrario a las leyes naturales. Era evidente que el meteoro había emponzoñado el suelo pero la enfermedad de personas y animales que no hablan comido nada crecido en aquel suelo era harina de otro costal. ¿Se trataba del agua del pozo? Posiblemente. No sería mala idea analizarla. Pero ¿por qué singular locura se hablan arrojado los dos muchachos al pozo? Habían actuado - de un modo muy similar... y sus restos demostraban que los dos hablan padecido a causa de la muerte quebradiza y gris. ¿Por qué todas las cosas se volvían grises y quebradizas?

El coroner, sentado junto a una ventana que daba al patio, fue el primero en darse cuenta de la fosforescencia que había alrededor del pozo. La noche habla caído del todo, y los terrenos que rodeaban la granja parecían brillar débilmente con una luminosidad que no era la de los rayos de la luna; pero aquella nueva fosforescencia era algo definido y distinto, y parecía surgir del negro agujero como la claridad apagada de un faro, reflejándose amortiguadamente en las pequeñas charcas que el agua

vaciada del pozo había formado en el suelo. La fosforescencia tenía un color muy raro, y mientras todos los hombres se acercaban a la ventana para contemplar el fenómeno, Ammi lanzó una violenta exclamación. El color de aquella fantasmal fosforescencia le resultaba familiar. Lo había visto antes, y se sintió lleno de temor ante lo que podía significar. Lo había visto en aquel horrendo glóbulo quebradizo hacía dos veranos, lo había visto en la vegetación durante la primavera, y había creído verlo por un instante aquella misma mañana contra la pequeña ventana enrejada de la horrible habitación del ático donde habían ocurrido cosas que no tenían explicación. Había brillado allí por espacio de un segundo, y una espantosa corriente de vapor le había rozado..., y luego el pobre Nahum había sido arrastrado por algo de aquel color. Nahum lo había dicho al final..., había dicho que era como el glóbulo y las plantas. Después se había producido la fuga en el patio y el chapoteo en el pozo..., y ahora aquel pozo estaba proyectando a la noche un pálido e insidioso reflejo del mismo diabólico color.

Una prueba fehaciente de la viveza mental de Ammi es que en aquel momento de suprema tensión se sintió intrigado por algo que era fundamentalmente científico. Se preguntó cómo era posible recibir la misma impresión de una corriente de vapor deslizándose en pleno día por una ventana abierta al cielo matinal, y de una fosforescencia nocturna proyectándose contra el negro y desolado paisaje. No era lógico..., resultaba antinatural... Y entonces recordó las últimas palabras pronunciadas por su desdichado amigo "Procede de algún lugar donde las cosas no son como aquí..., uno de los profesores lo dijo...

Los tres caballos que se encontraban en el exterior de la casa, atados a unos árboles junto al camino, estaban ahora relinchando y coceando frenéticamente. El conductor del carro se dirigió hacia la puerta para ver qué sucedía, pero Ammi apoyó una mano en su hombro. "No salga

usted - susurró. No sabemos lo que sucede ahí afuera. Nahum dijo que en el pozo vivía algo que sorbía la vida. Dijo que era algo que había surgido de una bola redonda como la que vimos dentro del meteorito que cayó aquí hace más de un año. Dijo que quemaba y sorbía, y que era una nube de color como la fosforescencia que ahora sale del pozo, y que nadie puede saber lo que es. Nahum creía que se alimentaba de todo lo viviente y afirmó que lo había visto la pasada semana. Tiene que ser algo caído del cielo, igual que el meteorito, tal como dijeron los profesores de la Universidad. Su forma y sus actos no tienen nada que ver con el mundo de Dios. Es algo que procede del más allá."

De modo que el hombre se detuvo, indeciso, mientras la fosforescencia que salía del pozo se hacía más intensa y los caballos coceaban y relinchaban con creciente frenesí. Fue realmente un espantoso momento; con los restos monstruosos de cuatro personas - dos en la misma casa y dos en el pozo, y aquella desconocida iridiscencia que surgía de las fangosas profundidades. Ammi había cerrado el paso al conductor del carro llevado por un repentino impulso, olvidando que a él mismo no le había sucedido nada después de ser rozado por aquella horrible columna de vapor en la habitación del ático, pero no se arrepentía de haberlo hecho. Nadie podía saber lo que había aquella noche en el exterior; nadie podía conocer la índole de los peligros que podían acechar a un hombre enfrentado con una amenaza completamente desconocida.

De repente, uno de los policías que estaba en la ventana profirió una exclamación. Los demás se le quedaron mirando, y luego siguieron la dirección de los ojos de su compañero. No había necesidad de palabras. Lo que había de discutible en las habladurías de los campesinos ya no podría ser discutido en adelante porque allí había seis testigos de excepción, media docena de hombres que, por la índole de sus profesiones, no creían más que lo que velan con sus propios ojos. Ante todo es necesario dejar sentado que

a aquella hora de la noche no soplaban ningún viento. Poco después empezó a soplar, pero en aquel momento el aire estaba completamente inmóvil. Y, sin embargo, en medio de aquella tensa y absoluta calma, los árboles del patio estaban moviéndose. Se movían morbosa y espasmódicamente, agitando sus desnudas ramas, en convulsivas y epilépticas sacudidas, hacia las nubes bañadas por la luz de la luna; arañando con impotencia el aire inmóvil, como empujados por una misteriosa fuerza subterránea que ascendiera desde debajo de las negras raíces.

Por espacio de unos segundos todos los hombres reunidos en la granja de Gardner contuvieron el aliento. Luego, una nube más oscura que las demás veló la luna, y la silueta de las agitadas ramas se disipó momentáneamente. En aquel instante un grito de espanto se escapó de todas las gargantas, ya que el horror no se había desvanecido con la silueta, y en un pavoroso momento de oscuridad más profunda los hombres vieron retorcerse en la copa del más alto de los árboles un millar de diminutos puntos fosforescentes, brillando como el fuego de San Telmo o como las lenguas de fuego que descendieron sobre las cabezas de los Apóstoles el día de Pentecostés. Era una monstruosa constelación de luces sobrenaturales, como un enjambre de luciérnagas necrófagas bailando una infernal zarabanda sobre una ciénaga maldita; y su color era el mismo que Ammi había llegado a reconocer y a temer. Entretanto, la fosforescencia del pozo se hacía cada vez más brillante, infundiendo en los hombres reunidos en la granja una sensación de anormalidad que anulaba cualquier imagen que sus mentes conscientes pudieran formar. Ya no brillaba: estaba vertiéndose hacia afuera. Y mientras la informe corriente de indescriptible color abandonaba el pozo, parecía flotar directamente hacia el cielo.

El veterinario se estremeció y se acercó a la puerta para echar la doble barra. Ammi estaba también muy impresionado y tuvo que limitarse a señalar con la mano, por falta de voz, cuando quiso llamar la atención de

los demás sobre la creciente luminosidad de los árboles. Los relinchos de los caballos se habían convertido en algo espantoso, pero ni uno solo de aquellos hombres se hubiese aventurado a salir por nada del mundo. El brillo de los árboles fue en aumento, mientras sus inquietas ramas parecían extenderse más y más hacia la verticalidad. De pronto se produjo una intensa conmoción en el camino, y cuando Ammi alzó la lámpara para que proyectara un poco más de claridad al exterior, comprobaron que los frenéticos caballos habían roto sus ataduras y huían enloquecidos con el carro.

La impresión sirvió para soltar varias lenguas y se intercambiaron inquietos susurros. "Se extiende sobre todas las cosas orgánicas que hay por aquí", murmuró el médico forense. Nadie contestó, pero el hombre que había bajado al pozo aventuró la opinión de que su pértiga debió de haber removido algo intangible. "Fue algo terrible – añadió -. No había fondo de ninguna clase. Unicamente fango, y burbujas, y la sensación de algo oculto debajo..."

El caballo de Ammi seguía coceando y relinchando desesperadamente en el camino exterior y casi ahogó el débil sonido de la voz de su dueño mientras éste murmuraba sus deshilvanadas reflexiones. "Salió de aquella piedra..., fue creciendo y alimentándose de todas las cosas vivas...; se alimentaba de ellas, alma y cuerpo... Thad y Merwin, Zenas y Nabby... Nahum fue el último... Todos bebieron agua del ... Se apoderó de ellos... Llegó del más allá, donde las cosas no son como aquí..., y ahora regresa al lugar de donde procede..."

En aquel momento, mientras la columna de desconocido color brillaba con repentina intensidad y empezaba a entrelazarse, con fantásticas sugerencias de forma que cada uno de los espectadores describió más tarde de un modo distinto, el desdichado Hello profirió un aullido que ningún hombre había oído nunca salir de la garganta de un caballo. Todos los que

estaban en la casa se taparon los oídos, y Ammi se apartó de la ventana horrorizado. Cuando miró de nuevo hacia el exterior, el pobre animal yacía inerte en el suelo bañado por la luz de la luna entre las astilladas varas de la calesa. Y allí se quedó hasta que lo enterraron al día siguiente. Pero el momento presente no permitía entregarse a lamentaciones, ya que casi en el mismo instante uno de los policías les llamó silenciosamente la atención sobre algo terrible que estaba sucediendo en el interior de la habitación donde se encontraban. Donde no alcanzaba la claridad de la lámpara podía verse una débil fosforescencia que había empezado a invadir toda la estancia. Brillaba en el suelo de tablas y en la raída alfombra, y resplandecía débilmente en los marcos de las pequeñas ventanas. Corría de un lado para otro, llenando puertas y muebles. A cada momento se hacía más intensa, y al final se hizo evidente que las cosas vivientes debían abandonar enseguida aquella casa.

Ammi les mostró la puerta trasera y el camino que conducía a las tierras altas. Avanzaron con paso inseguro, como sonámbulos, y no se atrevieron a mirar atrás hasta que llegaron al camino del Norte. Ninguno de ellos hubiera osado pasar por el camino que discurría junto al pozo... Cuando miraron atrás, hacia el valle y la distante granja de Gardner, contemplaron un horrible espectáculo. Toda la granja brillaba con el espantoso y desconocido color; árboles, edificaciones e incluso la hierba que no había sido transformada aún en quebradiza y gris. Las ramas estaban todas extendidas hacia el cielo, coronadas con lenguas de fuego, y radiantes goterones del mismo monstruoso fuego ardían encima de la casa, del granero y de los cobertizos. Era una escena de una visión de Fusell, y sobre todo el resto reinaba aquella borrachera de luminoso amorfismo, aquel extraño arco iris de misterioso veneno del pozo..., hirviendo, saltando, centelleando y burbujeando malignamente en su cósmico e irreconocible cromatismo.

Luego, súbitamente, la horrible cosa salió disparada verticalmente hacia el cielo, como un cohete o un meteoro, sin dejar ningún rastro detrás de ella y desapareciendo a través de un redondo y curiosamente simétrico agujero abierto en las nubes, antes de que ninguno de los hombres pudiera expresar su asombro. Ningún espectador podría olvidar nunca aquel espectáculo, y Ammi se quedó mirando estúpidamente el camino que habla seguido el color hasta mezclarse con las estrellas de la Vía Láctea. Pero su mirada fue atraída inmediatamente hacia la tierra por el estrépito que acababa de producirse en el valle. Había sido un estrépito, y no una explosión, como afirmaron algunos de los componentes del grupo. Pero el resultado fue el mismo, ya que en un caleidoscópico instante la granja y sus alrededores parecieron estallar, enviando hacia el cenit una nube de coloreados y fantásticos fragmentos. Los fragmentos se desvanecieron en el aire, dejando una nube de vapor que al cabo de un segundo se habla desvanecido también. Los asombrados espectadores decidieron que no valía la pena esperar a que volviera a salir la luna para comprobar los efectos de aquel cataclismo en la granja de Nahum.

Demasiado asustados incluso para aventurar alguna teoría, los siete hombres regresaron a Arkham por el camino del Norte. Ammi estaba peor que sus compañeros y les suplicó que le acompañaran hasta su casa en vez de dirigirse directamente al pueblo. Por nada del mundo hubiera cruzado el bosque solo a aquella hora de la noche. Estaba más asustado que los demás porque había sufrido una impresión que los otros se hablan ahorrado, y se sentía oprimido por un temor que por espacio de muchos años no se atrevió a mencionar. Mientras el resto de los espectadores en aquella tempestuosa colina habla vuelto estólidamente sus rostros al camino, Ammi habla mirado hacia atrás por un instante para contemplar el sombrío valle de desolación al que tantas veces había acudido. Y habla visto algo que se alzaba débilmente para hundirse de nuevo en el lugar desde el cual el

informe horror habla salido disparado hacia el cielo. Era solamente un color..., aunque no era ningún color de nuestra tierra ni de los cielos. Y porque Ammi reconoció aquel color, y supo que sus últimos y débiles restos debían seguir ocultos en el pozo, nunca ha estado completamente cuerdo desde entonces.

Ammi no se acercaría a aquel lugar por nada del mundo. Hace cuarenta y cuatro años que sucedieron los hechos que acabo de narrar, pero Ammi no ha vuelto a pisar aquellas tierras y le alegra saber que pronto quedarán enterradas debajo de las aguas. También a mí me alegra la idea, ya que no me gustó nada ver cómo cambiaba de color la luz del sol al reflejarse en aquel abandonado pozo. Espero que el agua será siempre muy profunda, pero aunque así sea nunca la beberé. No creo que regrese a la región de Arkham. Tres de los hombres que habían estado con Ammi volvieron al día siguiente para ver las ruinas a la luz del día, pero en realidad no había ruinas. Únicamente los ladrillos de la chimenea, las piedras de la bodega, algunos restos minerales y metálicos, y el brocal de aquel nefando pozo. A excepción del caballo de Ammi, que enterraron aquella misma mañana, y de la calesa, que no tardaron en devolver a su dueño, todas las cosas que habían tenido vida habían desaparecido. Sólo quedaban cinco acres de desierto polvoriento y grisáceo, y desde entonces no ha crecido en aquellos terrenos ni una brizna de hierba. En la actualidad aparece como una gran mancha comida por el ácido en medio de los bosques y campos, y los pocos que se han atrevido a acercarse por allí a pesar de las leyendas campesinas le han dado el nombre de "erial maldito".

Las leyendas campesinas son muy extrañas. Y podrían ser incluso más extrañas si los hombres de la ciudad y los químicos universitarios tuvieran el interés suficiente para analizar el agua de aquel pozo olvidado, o el polvo gris que ningún viento parece dispersar. Los botánicos podrían estudiar también la sorprendente flora que crece en los límites de aquellos



terrenos, ya que de este modo podrían confirmar o refutar lo que dice la gente: que la zona emponzoñada está extendiéndose poco a poco, quizás una pulgada al año... La gente dice que el color de la hierba que crece en aquellos alrededores no es el que le corresponde y que los animales salvajes dejan extrañas huellas en la nieve cuando llega el invierno. La nieve no parece cuajar tanto en el erial maldito como en otros lugares. Los caballos - los pocos que quedan en esta época motorizada- se ponen nerviosos en el silencioso valle; y los cazadores no pueden acercarse con sus perros a las inmediaciones del erial maldito.

Dicen también que las influencias mentales son muy malas; y que todos los que han tratado de establecerse allí, extranjeros en su inmensa mayoría, han tenido que marcharse acosados por extrañas fantasías y sueños. Ningún viajero ha dejado de experimentar una sensación de extrañeza en aquellas profundas hondonadas, y los artistas tiemblan mientras pintan unos bosques cuyo misterio es tanto de la mente como de la vista. Y yo mismo estoy sorprendido de la sensación que me produjo mi único paseo solitario por aquellos lugares antes de que Ammi me contara su historia.

No me pregunten mi opinión. No sé: esto es todo. La única persona que podía ser interrogada acerca de los extraños días es Ammi, ya que la gente de Arkham no quiere hablar de este asunto, y los tres profesores que vieron el meteorito y su coloreado glóbulo están muertos. ¿Había otros glóbulos? Probablemente. Uno de ellos consiguió alimentarse y escapar, en tanto que otro no había podido alimentarse suficientemente y continuaba en el pozo... Los campesinos dicen que la zona emponzoñada se ensancha una pulgada cada año, de modo que tal vez existe algún tipo de crecimiento o de alimentación incluso ahora. Pero, sea lo que sea lo que haya allí, tiene que verse trabado por algo, ya que de no ser así se extendería rápidamente. ¿Está atado a las raíces de aquellos árboles que arañan el aire?

Lo que es, sólo Dios lo sabe. En términos de materia, supongo que la cosa que Ammi describió puede ser llamada un gas, pero aquel gas obedecía a unas leyes que no son de nuestro cosmos. No era fruto de los planetas y soles que brillan en los telescopios y en las placas fotográficas de nuestros observatorios. No era ningún soplo de los cielos cuyos movimientos y dimensiones miden nuestros astrónomos o consideran demasiado vastos para ser medidos. No era más que un color surgido del espacio..., un pavoroso mensajero de unos reinos del infinito situados más allá de la Naturaleza que nosotros conocemos; de unos reinos cuya simple existencia aturde el cerebro con las inmensas posibilidades extracósmicas que ofrece a nuestra imaginación.

Dudo mucho de que Ammi me mintiera de un modo consciente, y no creo que su historia sea el relato de una mente desquiciada, como supone la gente de la ciudad. Algo terrible llegó a las colinas y valles con aquel meteoro, y algo terrible - aunque ignoro en qué medida - sigue estando allí. Me alegra pensar que todos aquellos terrenos quedarán inundados por las aguas. Entretanto, espero que no le suceda nada a Ammi. Vio tanto de la cosa..., y su influencia era tan insidiosa... ¿Por qué no ha sido capaz de marcharse a vivir a otra parte? Ammí es un anciano muy simpático y muy buena persona, y cuando la brigada de trabajadores empiece su tarea tengo que escribir al ingeniero jefe para que no le pierda de vista. Me disgustaría recordarle como una gris, retorcida y quebradiza monstruosidad de las que turban cada día más mi sueño.

# EL CERIMONIAL<sup>11</sup>

H. P. Lovecraft

*Efficiunt Daemones, ut quae  
non sunt, sic tamen quasi sint,  
conspicienda hominibus exhibeant.*

Lactancia

Me encontraba lejos de casa, y caminaba fascinado por el encanto de la mar oriental. Empezaba a caer la tarde, cuando la oí por primera vez, estrellándose contra las rocas. Entonces me di cuenta de lo cerca que la tenía. Estaba al otro lado del monte, donde los sauces retorcidos recortaban sus siluetas sobre un cielo cuajado de tempranas estrellas. Y porque mis padres me habían pedido que fuese a la vieja ciudad que ahora tenía a paso, proseguí la marcha en medio de aquel abismo de nieve recién caída, por un camino que parecía remontar, solitario, hacia Aldebarán - tembloroso entre los árboles-, para luego bajar a esa antiquísima ciudad, en la que jamás había estado, pero en la que tantas veces he soñado durante mi vida. Era el Día del Invierno, ese día que los hombres llaman ahora Navidad, aunque en el fondo sepan que ya se celebraba cuando aún no existían ni Belén ni Babilonia ni Menfis ni aun la propia humanidad. Era, pues, el Día del Invierno, y por fin llegaba yo al antiguo pueblo marinerio donde había vivido mi raza, mantenedora del ceremonial de tiempos pasados aun en épocas en que estaba prohibido. Al viejo pueblo llegaba, cuyos habitantes habían ordenado a sus hijos, y a los hijos de sus hijos, que celebraran el

---

<sup>11</sup> The Festival; Written Oct 1923; Published January 1925 in *Weird Tales*.

ceremonial una vez cada cien años, para que nunca se olvidasen los secretos del mundo originario. Era la mía una raza vieja; ya lo era cuando vino a colonizar estas tierras, hace trescientos años. Y era la mía una gente extraña, gente solapada y furtiva, procedente de los insolentes jardines del Sur, que hablaban otra lengua antes de aprender la de los pescadores de ojos azules. Y ahora estaba esparcida por el mundo, y únicamente se reunía a compartir rituales y misterios que ningún otro viviente podría comprender.

Yo era el único que regresaba aquella noche al viejo pueblo pesquero como ordenaba la tradición, pues sólo recuerdan el pobre y el solitario. Después, al coronar la cuesta del monte, dominé la vista de Kingsport, adormecido en el frío del anochecer, nevado, con sus vetustas veletas, sus campanarios, sus tejados y chimeneas los muelles, los puentes, los sauces y cementerios. Los interminables laberintos de calles abruptas, estrechas y retorcidas, serpenteaban hasta lo alto de la colina donde se alzaba el centro de la ciudad, coronado por una iglesia extraña que el tiempo parecía no haber osado tocar. Una infinidad de casas coloniales se amontonaban en todos los sentidos y niveles, como las abigarradas construcciones de madera de algún niño. Las alas grises del tiempo parecían cernerse sobre los tejados y las nevadas buhardillas. Los faroles y las ventanas emitían en la oscuridad unos reflejos que iban a juntarse con Orión y las estrellas primordiales. Y la mar rompía incesante contra los muelles miserables, aquella mar de la que emergiera nuestro pueblo en los viejos tiempos.

Junto al camino, una vez arriba de la cuesta, había una colina yerma barrida por el viento. No tardé en ver que se trataba de un cementerio, en donde las negras lápidas surgían de la nieve como las uñas destrozadas de un cadáver gigantesco. El camino, sin huella alguna de tráfico, estaba solitario. Únicamente me parecía oír, de cuando en cuando, unos crujidos

como de una horca estremecida por el viento. En 1692 ahorcaron a cuatro de mi raza por brujería.

Una vez que la carretera comenzó a descender hacia la mar, presté atención por si oía el alegre bullicio de los pueblos anochecer, pero no oí nada. Entonces recordé la época en que estábamos, y se me ocurrió que el viejo pueblo puritano conservaría tal vez costumbres navideñas, extraigas para mí, y que entonces estaría entregado a silenciosas oraciones. Así que abandoné mis esperanzas de oír el bullicio propio de estas fiestas, dejé de buscar viajeros con la mirada, y seguí mi camino. Fui dejando atrás, a uno y otro lado, las silenciosas casas de campo con sus luces ya encendidas. Después me interné entre las oscuras paredes de piedra, en las que el aire salitroso mecía las chirriantes enseñas de antiguas tiendas y tabernas marineras. Las grotescas aldabas de las puertas, bajo los soportales, brillaban a lo largo de los callejones desiertos reflejando la escasa luz que se escapaba de las estrechas ventanas encortinadas.

Traía conmigo el plano de la ciudad y sabía dónde se encontraba la casa de los míos. Se me había dicho que sería reconocido y que me darían acogida, porque la tradición del pueblo posee una vida muy larga. De modo que apresuré el paso y entré en Back Street hasta llegar a Circle Court; luego continué por Green Lane, única calle pavimentada de la ciudad, que va a desembocar detrás del Edificio del Mercado. Aún servía el antiguo plano, y no me tropecé con dificultades. Sin embargo, en Arkham me habían mentido al decirme que había tranvías; al menos yo no veía redes de cables aéreos por ninguna parte. En cuanto a los raíles, es posible que los ocultara la nieve. Me alegré de tener que caminar, porque la ciudad, revestida de blanco, me había parecido muy hermosa desde el monte. Por otra parte, estaba impaciente por llamar a la puerta de los míos, por llegar a esa séptima casa de Green Lane, a mano izquierda, de tejado puntiagudo y doble planta, que databa de antes de 1650.

Había luces en el interior y, por lo que pude apreciar a través de la vidriera de rombos de la ventana, todo se conservaba tal y como debió de ser en aquellos tiempos. El piso superior se inclinaba por encima del estrecho callejón invadido de hierba y casi tocaba el edificio de enfrente, que también se inclinaba peligrosamente, formando casi un túnel por donde caminaba yo. Los peldaños del umbral estaban enteramente limpios de nieve. No había aceras y muchas casas tenían la puerta muy por encima del nivel de la calle, llegándose hasta ella por un doble tramo de escaleras con barandilla de hierro. Era un escenario verdaderamente singular; acaso me pareció tan extraño por ser yo extranjero en Nueva Inglaterra. Pero me gustaba, y aún me hubiera resultado más encantador si hubiera visto pisadas en la nieve, gentes en las calles y alguna ventana con las cortinillas descorridas.

Al dar los golpes con aquella vieja aldaba de hierro, me sentí preso de una alarma repentina. Se despertó en mí cierto temor que fue tomando consistencia, debido tal vez a la rareza de mi estirpe, al frío de la noche o al silencio impresionante de la vieja ciudad de costumbres extrañas. Y cuando en respuesta a mi llamada, se abrió la puerta con un chirrido quejumbroso, me estremecí de verdad, ya que no había oído pasos en el interior. Pero el susto pasó en seguida: el anciano que me atendió, vestido con traje de calle y en zapatillas, tenía un rostro afable que me ayudó a recuperar mi seguridad; y aunque me dio a entender por señas que era mudo, escribió con su punzón, en una tablilla de cera que traía, una curiosa y antigua frase de bienvenida. Me señaló con un gesto una sala baja iluminada por velas. Tenía la pieza gruesas vigas de madera y recio y escaso mobiliario del siglo XVII. Aquí, el pasado recobraba vida; no faltaba ningún detalle. Me llamaron la atención la chimenea, de campana cavernosa, y una rueca sobre la que una vieja, ataviada con ropas holgadas y bonete de paño, de espaldas a mí, se inclinaba afanosa pese a la festividad del día. Reinaba una

humedad indefinida en la estancia, y por ello me extrañó que no tuvieran fuego encendido. Había un banco de alto respaldo colocado de cara a la fila de ventanas encortinadas de la izquierda, y me pareció que había alguien sentado en él, aunque no estaba seguro. No me gustaba nada de lo que veía allí y nuevamente sentí temor. Y mi temor fue en aumento, porque cuanto más miraba el rostro suave de aquel anciano, más repugnante me parecía su suavidad. No pestañeaba, y su color era demasiado parecido al de la cera. Por último, llegué a la plena convicción de que aquello no era un rostro sino una máscara confeccionada con diabólica habilidad. Entonces sus flojas manos, curiosamente enguantadas, escribieron con pasmosa soltura en la tablilla, informándome de que yo debía esperar un rato antes de ser conducido al sitio donde se celebraría el ceremonial. Me señaló una silla, una mesa, un montón de libros, y salió de la estancia. Al echar mano de los libros, vi que se trataba de volúmenes muy antiguos y mohosos. Entre ellos estaban el viejo tratado sobre las *Maravillas de la Naturaleza* de Morryster, el terrible *Saducismus Triumphatus* de Joseph Glanvil, publicado en 1681; la espantosa *Daemonolatreia* de Remigius, impresa en 1595 en Lyon, y el peor de todos, el incalificable *Necronomicon*, del loco Abdul Alhazred, en la excomulgada traducción latina de Olacius Wormius. Era éste un libro que jamás había tenido en mis manos, pero del cual había oído decir cosas monstruosas. Nadie me dirigió la palabra; lo único que turbaba el silencio eran los aullidos del viento en el exterior y el girar de la rueda mientras la vieja seguía con su silencioso hilar. Tanto la estancia como aquella gente y aquellos libros me daban una extraña impresión de morbosidad e inquietud; pero, puesto que se trataba de una antigua tradición de mis antepasados, en virtud de la cual se me había convocado para tan extraña conmemoración, pensé que debía esperarme las cosas más peregrinas. Conque me puse a leer. Interesado por un tema que había encontrado en el *Necronomicon* no tardé en darme cuenta que la lectura aquella me encogía el corazón. Se

trataba de una leyenda demasiado espantosa para la razón y la conciencia. Luego experimenté un sobresalto, al oír que se cerraba una de las ventanas situadas delante del banco de alto respaldo. Parecía como si la hubiesen abierto furtivamente. A continuación se oyó un rumor que no provenía de la rueca. Sin embargo, no pude distinguirlo bien porque la vieja trabajaba afanosamente y, justo en aquel momento, el vetusto reloj se puso a tocar. Después, la idea de que había personas en el banco se me fue de la cabeza, y me sumí en la lectura hasta que regresó el anciano, con botas esta vez, vestido con holgados ropajes antiguos, y se sentó en aquel mismo banco, de forma que no le pude ver ya. Era enervante aquella espera, y el libro impío que tenía en mis manos me desazonaba más aún. Al dar las once, el viejo se levantó, se acercó a un enorme cofre que había en un rincón, y extrajo dos capas con caperuza; se puso una de ellas, y con la otra envolvió a la vieja, que dejó de hilar en ese momento. Luego, ambos le dirigieron hacia la puerta. La mujer arrastraba una pierna. El viejo, después de coger el mismísimo libro que había estado leyendo yo, me hizo una sería y se cubrió con la caperuza su rostro inmóvil ... o su máscara.

Salimos a la tenebrosa y enmarañada red de callejuelas de aquella ciudad increíblemente antigua. A partir de ese momento, las luces se fueron apagando una a una tras las cortinas de las ventanas, y Sitio contempló la muchedumbre de figuras encapuchadas que surgían en silencio de todas las puertas y formaban una monstruosa procesión a lo largo de la calle, hasta más allá de las enseñas chirriantes, de los edificios de tejados inmemoriales, de los de techumbre de paja, y de las casas de ventanas adornadas con vidrieras de rombos. La procesión fue recorriendo callejones empinados, cuyas casas leprosas se recostaban unas contra otras o se derrumbaban juntas, y atravesó plazas y atrios de iglesias y los faroles de las multitudes compusieron constelaciones vertiginosas y fantásticas. Yo caminaba junto a mis guías mudos, en medio de una muchedumbre



silenciosa. Iba empujado por codos que se me antojaban de una blandura sobrenatural, estrujado por barrigas y pechos anormalmente pulposos, y no obstante seguía sin ver un rostro ni oír una voz. Las columnas espectrales ascendían más y más por las interminables cuestas y todos se iban aglomerando a medida que se acercaban a los lóbregos callejones que desembocaban en la cumbre, centro de la ciudad, donde se elevaba una inmensa iglesia blanca. Ya la había visto antes, desde lo alto del camino, cuando me detuve a contemplar Kingsport en las últimas luces del atardecer y me estremecí al imaginar que Aldebarán había temblado un instante por encima de su torre fantasmal. Había un espacio despejado alrededor de la iglesia. En parte era cementerio parroquial y, en parte, plaza medio pavimentada, flanqueada por unas casas enfermas de puntiagudos tejados y aleros vacilantes, donde el viento azotaba y barría la nieve. Los fuegos fatuos danzaban por encima de las tumbas revelando un espeluznante espectáculo sin sombras. Más allá del cementerio, donde ya no había casas, pude contemplar de nuevo el parpadeo de las estrellas sobre el puerto. El pueblo era invisible en la oscuridad. Sólo de cuando en cuando se veía oscilar algún farol por las serpenteantes callejas, delatando a algún retrasado que corría para alcanzar a la multitud que ahora entraba silenciosa en el templo.

Esperé a que terminaran todos de cruzar el pórtico, para que acabaran así los empujones. El viejo me tiró de la manga, pero yo estaba decidido a entrar el último. Cruzamos el umbral y nos adentramos en el templo rebosante y oscuro. Me volví para mirar hacia el exterior; la fosforescencia del cementerio parroquial derramaba un resplandor enfermizo sobre la plaza pavimentada. Y de pronto, sentí un escalofrío: aunque el viento había barrido la nieve, aún quedaban rodales sobre el mismo camino que conducía al pórtico. Y sobre aquella nieve, para asombro mío, no descubrí ni una sola huella de pies, ni siquiera de los

míos.

La iglesia apenas resultaba iluminada, a pesar de todas las luces que habían entrado, porque la mayor parte de la multitud había desaparecido. Todos se dirigían por las naves laterales, sorteando los bancos, hacia una abertura que había al pie del púlpito, y se deslizaban por ella sin hacer el menor ruido. Avancé en silencio; me metí en la abertura y comencé a bajar por los gastados peldaños que conducían a una cripta oscura y sofocante. La cola sinuosa de la procesión era enorme. El verlos a todos rebullendo en el interior de aquel sepulcro venerable me pareció horrible de verdad. Entonces me di cuenta de que el suelo de la cripta tenía otra abertura por la que también se deslizaba la multitud, y un momento después nos encontrábamos todos descendiendo por una escalera abominable, por una estrecha escalera de caracol húmeda, impregnada de un color muy peculiar - que se enroscaba interminablemente en las entrañas de la tierra, entre muros de chorreantes bloques de piedra y yeso desintegrado. Era un descenso silencioso y horrible. Al cabo de muchísimo tiempo, observé que los peldaños ya no eran de piedra y argamasa, sino que estaban tallados en la roca viva. Lo que más me asombraba era que los miles de pies no produjeran ruido ni eco alguno. Después de un descenso que duró una eternidad, vi unos pasadizos laterales o túneles que, desde ignorados nichos de tinieblas, conducían a este misterioso acceso vertical. Los pasadizos aquellos no tardaron en hacerse excesivamente numerosos. Eran como impías catacumbas de apariencia amenazadora, y el acre olor a descomposición que despedían fue aumentando hasta hacerse completamente insoportable. Seguramente habíamos bajado hasta la base de la montaría, y quizá estábamos por debajo incluso del nivel de Kingsport. Me asustaba pensar en la antigüedad de aquella población infestada, socavada por aquellos subterráneos corrompidos. Luego vi el cárdeno resplandor de una luz desmayada y oí el murmullo insidioso de las

aguas tenebrosas. Sentí un nuevo escalofrío; no me gustaban las cosas que estaban sucediendo aquella noche. Ojalá que ningún antepasado mío hubiera exigido mi asistencia a un rito de ese género. En el momento en que los peldaños y los pasadizos se hicieron más amplios hice otro descubrimiento: percibí el doliente acento burlesco de una flauta; y súbitamente, se extendió ante mí el paisaje ¡limitado de un mundo interior: una inmensa costa fungosa, iluminada por una columna de fuego verde y bañada por un vasto río oleaginoso que manaba de unos abismos espantosos, insospechados, y corría a unirse con las simas negras del océano inmemorial.

Desfallecido, con la respiración agitada, contemplé aquel Averno profano de leproso resplandor y aguas mucilaginosas; la muchedumbre encapuchada formó un semicírculo alrededor de la columna de fuego. Era el rito del Invierno, más antiguo que el género humano y destinado a sobrevivirle, el rito primordial que prometía solsticio y primavera después de las nieves; el rito del fuego, del eterno verdor, de la luz y de la música. Y en aquella gruta estigia vi cómo ejecutaban todos el rito y adoraban la nauseabunda columna de fuego y arrojaban al agua puñados de viscosa vegetación que resplandecía con una fosforescencia pálida y verdosa. Y vi también, fuera del alcance de la luz, un bulto amorfo, achaparrado, que tocaba la flauta de modo repugnante. Y mientras tañía la criatura monstruosa, me pareció oír también unas notas apagadas en la fétida oscuridad donde nada podía ver. Pero lo que más me llenaba de espanto era la columna de fuego. brotaba como un surtidor volcánico de las negras profundidades; no arrojaba sombras como una llama normal, y bañaba las rocas salitrosas de un verdor sucio y venenoso. Toda aquella hirviente combustión no producía calor, sino únicamente la viscosidad de la muerte y la corrupción. El hombre que me había guiado se escurrió ahora hasta colocarse junto a la horrible llama y ejecutó unos rígidos ademanes rituales

hacia el semicírculo que le miraba. En determinados momentos del ceremonial, los asistentes rindieron homenaje de acatamiento, especialmente cuando levantó por encima de su cabeza aquel detestable Necronomicon que llevaba consigo. Yo también tomé parte en todas las reverencias, puesto que había sido convocado a esta ceremonia de acuerdo con los escritos de mis antecesores. Después, el viejo hizo una señal al que tocaba la flauta en la oscuridad; éste cambió su débil zumbido por un tono, más audible, provocando con ello un horror inimaginable e inesperado. Faltó poco para que me desplomara sobre el limo de la tierra, traspasado por un espanto que no provenía de este mundo ni de ninguno, sino de los espacios enloquecedores que se abren entre las estrellas.

En la negrura inconcebible, más allá del resplandor gangrenoso de la fría llama, en las tartáreas regiones a través de las cuales se retorció aquel río oleaginoso, extraño, insospechado, apareció danzando rítmicamente una horda de mansos, híbridos seres alados que ningún ojo, ningún cerebro en su sano juicio, ha podido contemplar jamás. No eran cuervos, ni topos, ni buharros, ni hormigas, ni vampiros, ni seres humanos en descomposición; eran algo que no consigo - y no debo - recordar. Daban saltos blandos y torpes, impulsándose a medias con sus pies palmeados y a medias con sus alas membranosas. Y cuando llegaron hasta la muchedumbre de celebrantes, las figuras encapuchadas se agarraron a ellos, montaron a horcajadas, y se alejaron cabalgando, uno tras otro, a lo largo de aquel río tenebroso, hacia unos pozos y galerías donde venenosos manantiales alimentan el caudal tumultuoso y horrible de las negras cataratas. La vieja hilandera se había marchado con los demás, y el viejo se había quedado, porque yo me negué a cabalgar sobre una de aquellas bestias como los otros. El flautista amorfo había desaparecido, pero dos de aquellas bestias permanecían allí pacientemente. Al resistirme a cabalgar, el viejo sacó su punzón y su tablilla, y me comunicó por escrito que él era el verdadero

delegado de aquellos antepasados míos que habían fundado el culto al Invierno en este mismo venerable lugar, que había sido decretado que yo volviera allí, y que faltaban por celebrarse los misterios más recónditos. Escribió todo esto en un estilo muy antiguo, y aún dudaba yo cuando sacó de sus amplios ropajes un sello y un reloj con las armas de mi familia, para probar que todo era según había dicho él.

Pero la prueba era espantosa, porque yo sabía por ciertos documentos antiquísimos que aquel reloj había sido enterrado con el tatarabuelo de mi tatarabuelo en 1698.

Al poco rato, el viejo echó hacia atrás su capucha y me mostró el parecido familiar de su rostro; pero aquello me hizo estremecer, porque yo estaba convencido de que se trataba solamente de una diabólica máscara de cera. Las dos bestias voladoras aguardaban y arañaban inquietas los líquenes del suelo, y me di cuenta de que el viejo estaba a punto de perder la paciencia. Cuando uno de aquellos animales comenzó a moverse, alejándose del lugar, el viejo se volvió rápidamente y lo detuvo, de suerte que, con la rapidez del movimiento, se le desprendió la máscara que llevaba en el lugar correspondiente a la cabeza. Y entonces, al ver que aquella pesadilla se interponía entre la escalera de piedra y yo, me arrojé al fondo oleaginoso del río pensando que sin duda desembocaría, por alguna cavidad, en el fondo del océano. Me lancé en aquel jugo pútrido de las entrañas de la tierra antes que mis locos chillidos pudieran hacer caer sobre mí las legiones de cadáveres que aquellos abismos pestilentes ocultaban.

En el hospital me dijeron que me habían encontrado en el puerto de Kingsport, medio helado, al amanecer, aferrado a un madero providencial. Me dijeron que la noche anterior me había extraviado por los acantilados de Orange Port, cosa que habían deducido por las huellas que encontraron en la nieve. No hice ningún comentario. Mi cabeza era un caos. Nada encajaba con mi experiencia de la noche anterior. Los ventanales del

hospital se abrían a un panorama de tejados de los que apenas uno de cada cinco podía considerarse antiguo. Las calles vibraban con el estrépito de tranvías y automóviles. Me insistieron en que esto era Kingsport, cosa que yo no pude negar. Al verme caer en un estado de delirio cuando me enteré de que el hospital se encontraba cerca del cementerio parroquial de Central Hill, me trasladaron al Hospital St. Mary, de Arkham, donde me atenderían mejor. Me gustó, en efecto, porque los médicos eran de mentalidad más abierta, y aun me ayudaron, ya que gracias a su influencia pude conseguir un ejemplar del censurable *Necronomicon* de Alhazred, celosamente guardado en la Biblioteca de la Universidad del Miskatonic. Dijeron que sufría una especie de «psicosis» y convinieron en que el mejor sistema de alejar las obsesiones de mi cerebro era provocar mi cansancio a base de permitirme ahondar en el tema. De esta suerte llegué a leer el espantoso capítulo aquél, y me estremecí doblemente, puesto que no era nuevo para mí: lo que contaba, lo había visto yo, dijeran lo que dijese las huellas de mis pies, y era mejor olvidar el sitio donde lo había presenciado. Nadie durante el día me lo hacía recordar pero mis sueños son aterradores a causa de ciertas frases que no me atrevo a transcribir. Si acaso, citaré únicamente un párrafo. Lo traduciré lo mejor que pueda de ese desgarrado latín vulgar en que está escrito: «Las cavernas inferiores - escribió el loco Alhazred - son insondables para los ojos que ven, porque sus prodigios son extraños y terribles.

Maldita la tierra donde los pensamientos muertos viven reencarnados en una existencia nueva y singular, y maldita el alma que no habita ningún cerebro. Sabiamente dijo Ibn Shacabad: bendita la tumba donde ningún hechicero ha sido enterrado y felices las noches de los pueblos donde han acabado con ellos y los han reducido a cenizas. Pues de antiguo se dice que el espíritu que se ha vendido al demonio no se apresura a abandonar la envoltura de la carne, sino que ceba e instruye al mismo

gusano que roe, hasta que de la corrupción brota una vida espantosa, y las criaturas que se alimentan de la carroña de la tierra aumentan solapadamente para hostigarla, y se hacen monstruosas para infestarla. Excavadas son, secretamente, inmensas galerías donde debían bastar los poros de la tierra, y han aprendido a caminar unas criaturas que sólo deberían arrastrarse.

## **LOS GATOS DE ULTHAR**<sup>12</sup>

H. P. Lovecraft

Se dice que en Ulthar, que se alza más allá del río Skai, a ningún hombre le está permitido el matar un gato; y eso es algo que puedo muy bien creer cuando contemplo al que se enrosca ronroneando ante el fuego. Ya que el gato es un ser críptico, y está cerca de cosas extrañas que resultan invisibles para el hombre. Es el alma del viejo Egipto, el portador de cuentos sobre las olvidadas ciudades de Meros y Ofir. Es de la estirpe de los señores de la jungla y heredero de los secretos del África antigua y siniestra. La esfinge es su prima, y el gato habla su lenguaje; aunque el primero es más viejo que la segunda y recuerda cuanto ella ha olvidado.

En Ulthar, antes de que los ciudadanos prohibieran matar gatos, vivían un viejo campesino y su esposa, y disfrutaban tendiendo trampas y dando muerte a los gatos de sus vecinos. Por qué lo hacían no se sabe, excepto que hay quien aborrece los maullidos de los gatos durante la noche, y le enferma que merodeen por patios y jardines durante el crepúsculo. Pero, por lo que fuese, ese anciano y su mujer gozaban atrapando y

---

<sup>12</sup> The Cats of Ulthar; Written 15 Jun 1920; Published November 1920 in *The Tryout*.

matando a cualquier gato que se aproximara a su chabola; y a juzgar por algunos de los sonidos que se oían tras la caída de la noche, algunos ciudadanos suponían que el medio de muerte empleado debía ser sumamente peculiar. Pero la gente no discutía tales cosas con el viejo y su esposa; tanto por la expresión que se leía habitualmente en sus rostros marchitos como por el hecho de que su casa fuera tan pequeña y estuviera tan oculta en la oscuridad, bajo corpulentos robles, al fondo de un patio descuidado. Realmente, por mucho que los propietarios de gatos odiaran a esa gente extraña, aún los temían más, y en vez de encararlos como asesinos brutales se limitaban a cuidarse de que sus queridas mascotas, o sus cazadores de ratones pudieran extraviarse por la alejada chabola bajo los oscuros árboles. Cuando a causa de algún descuido inevitable se perdía un gato, y aquellos sonidos se alzaban en la oscuridad, el damnificado podía lamentarse impotente o consolarse dando gracias a la suerte de que no se tratase de uno de sus hijos el perdido, ya que la gente de Ulthar era sencilla y no conocía el origen de los gatos.

Un día, una caravana de extraños vagabundos del sur penetró en las estrechas calles adoquinadas de Ulthar. Oscuros viajeros eran, distintos a las demás gentes errabundas que pasaban por el pueblo un par de veces al año. En la plaza del mercado leían el porvenir a cambio de plata y compraban hermosas baratijas a los comerciantes. Nadie sabría decir cuál era la tierra natal de esos viajeros; pero se les había visto rezar extrañas plegarias y los costados de sus carros estaban decorados con exóticas figuras de cuerpo humano y cabezas de gatos, halcones, carneros y leones. Y el jefe de la caravana lucía un tocado con dos cuernos y un curioso disco entre ambos.

En esa pintoresca caravana figuraba un muchachito sin padre ni madre, con tan sólo un diminuto gatito a su cargo. La plaga no había sido benévola con él, aun cuando le había dejado esa pequeña cosa peluda para



consolarse en su pena; y cuando uno es muy joven puede encontrar gran alivio en las vivaces trastadas de un gatito negro. Así que el niño a quien el pueblo oscuro llamaba Menes sonreía más a menudo de lo que lloraba al sentarse jugando con su gracioso minino en los peldaños de un carro exóticamente decorado.

La tercera mañana de estancia de los trotamundos en Ulthar, Menes no pudo encontrar a su gato; y mientras sollozaba a solas en la plaza del mercado, algunos lugareños le hablaron del anciano y su esposa, así como de los sonidos que se oían durante la noche. Y cuando escuchó tales cosas, el sollozo dejó paso a la reflexión, y finalmente a un ruego. Tendió sus brazos hacia el sol y oró en una lengua que los ciudadanos no podían entender; aunque tampoco se cuidaron demasiado de comprenderla, ya que su atención estaba mayormente vuelta al cielo y a las extrañas formas que iban tomando las nubes. Resultaba muy curioso, porque según el muchachito hubo completado su petición, parecieron formarse sobre las cabezas las sombrías, nebulosas formas de seres exóticos; de híbridas criaturas coronadas con discos flanqueados por cuernos. La naturaleza es pletórica en tales ilusiones, listas para impresionar a los imaginativos.

Esa noche los vagabundos abandonaron Ulthar y nunca volvieron a ser vistos. Y los lugareños se vieron turbados al advertir que en todo el pueblo no podía encontrarse un solo gato. El familiar gato había desaparecido de cada hogar; gatos grandes y pequeños, negros, grises, listados, amarillos y blancos. El viejo Kranón, el burgomaestre, juraba que el pueblo oscuro se los había llevado en venganza por la muerte del gatito de Menes, y maldijo tanto a la caravana como al mozuelo. Pero Nith, el enjuto notario, aventuró que el viejo campesino y su mujer resultaban más sospechosos, ya que su aversión a los gatos era de sobra conocida, y cada vez parecía más audaz. No obstante, nadie osó quejarse a la siniestra pareja, aun cuando el pequeño Atal, el hijo del ventero, juró haber visto al

crepúsculo a todos los gatos de Ulthar en ese maldito patio bajo los árboles, desfilando lenta y solemnemente en círculo alrededor de la choza, de a dos, como ejecutando algún desconocido rito de las bestias. Las gentes no sabían si prestar atención a alguien tan pequeño; y aunque temían que la maligna pareja hubiera embrujado a los gatos para matarlos, prefirieron no encararse con el viejo campesino hasta que pudieran pillarle fuera de su oscuro y repulsivo patio.

Así que todo Ulthar se acostó lleno de rabia impotente; y cuando la gente despertó al alba... ¡mirad! ¡Cada gato había vuelto a su hogar! Grandes y pequeños, negros, grises, listados, amarillos y blancos, ninguno se había perdido. Los gatos aparecían muy gordos y lustrosos, atronando de ronroneos satisfechos. Los ciudadanos hablaban entre sí sobre el asunto, no poco maravillados. De nuevo, el viejo Kranón insistió en que habían sido retenidos por el pueblo oscuro, ya que no hubieran regresado vivos de la choza del viejo y su mujer. Pero todos estaban de acuerdo en algo: en que la renuncia de los gatos a comer sus raciones de carne o beber sus platillos de leche resultaba sumamente curioso. Y durante dos días completos, los lustrosos, los perezosos gatos de Ulthar no tocaron su comida, limitándose a dormitar junto al fuego o al sol.

Transcurrió una semana completa antes de que los pueblerinos se percataran de que no se encendían luces tras las polvorientas ventanas de la choza bajo los árboles. Entonces el enjuto Nith apostilló con que nadie había visto al viejo o a su mujer desde la noche en que desaparecieron los gatos. Una semana más tarde, el burgomaestre decidió sobreponerse a sus miedos y acudir, como a un deber, a la morada extrañamente silenciosa; aunque tomó la precaución de hacerse acompañar por Shang el herrero y Thul el picapedrero a modo de testigos. Y cuando hubieron echado abajo la endeble puerta, tan sólo hallaron esto: dos esqueletos humanos, mondos y lirondos, sobre el suelo de tierra, así como gran número de curiosos

escarabajos escabulléndose por los rincones en sombras.

Subsecuentemente, hubo muchas discusiones entre los ciudadanos de Ulthar. Zath, el alguacil, discutió largo tiempo con Nith, el enjuto notario; y Kranón y Shang y Thul fueron acosados a preguntas. Incluso Atal, el hijo del ventero, fue interrogado a fondo y recibió una golosina a modo de recompensa. Se habló del viejo campesino y de su esposa, de la caravana de oscuros vagabundos, del pequeño Menes y su gatito negro, de la plegaria de Menes y del cielo durante tal oración, de lo que hicieron los gatos la noche de la partida de la caravana, y de lo que más tarde fue hallado en la choza bajo los árboles oscuros en aquel patio repulsivo.

Y por fin los lugareños aprobaron esa señalada ley que es comentada por los mercaderes en Hatheg y discutida por los viajeros en Nir; a saber, que en Ulthar nadie puede matar a un gato.

## **RELIQUIA DE UN MUNDO OLVIDADO<sup>13</sup>**

Hazel Heald & H. P. Lovecraft

(Manuscrito hallado entre los papeles del fallecido Richard H. Johnson, doctor en Filosofía, miembro del Cabot Museum de Arqueología de Boston, Mass.)

### I

No es probable que nadie de Boston - ni los lectores asiduos de cualquier otro lugar - olvide el extraño caso del Cabot Museum. La publicidad que dieron los periódicos a esa momia infernal, las antiguas y terribles leyendas vagamente relacionadas con ella, la morbosa oleada de interés, y los cultos que nacieron en torno suyo durante el año 1932, junto

con el espantoso final de los dos intrusos, ocurrido el día primero de diciembre de aquel año, fueron circunstancias que dieron lugar a uno de esos misterios clásicos que se perpetúan a través de las generaciones como tema de tradición popular, y llegan a convertirse en el núcleo de auténticos ciclos mitológicos de terror.

Todo el mundo parece darse cuenta, además, de que se ha suprimido algo muy vital, algo espantoso, de las informaciones ofrecidas al público sobre su horrible desenlace. Las alusiones que se hicieron en un principio acerca del estado de uno de los dos cuerpos, fueron soslayadas y pasadas por alto con demasiada precipitación; tampoco se dio publicidad a las extraordinarias modificaciones experimentadas por la momia. Y otra cosa que sorprendió al público fue el hecho singular de que nunca más se restituyera la momia a la vitrina donde estuvo expuesta. En estos tiempos en que la taxidermia ha progresado tanto, el pretexto de que su estado de desintegración hacía imposible exhibirla, parece particularmente endeble.

Como miembro del gabinete de conservación del Museo estoy en condiciones de revelar todos los hechos omitidos, aunque no lo haré en tanto me encuentre con vida. Hay cosas en el mundo y en el universo que deben permanecer ignoradas de la mayoría, y mantengo la idea de que todos nosotros - el personal del Museo, los periodistas y la policía - hemos contribuido a crear este clima de horror. Con todo, no me parece correcto que un asunto de importancia científica e histórica tan abrumadora permanezca enteramente en silencio: de ahí la relación que he redactado para beneficio de los investigadores serios. La colocaré entre los diversos documentos que se deberán examinar después de mi muerte, dejando se le dé el destino que mis albaceas consideren conveniente. Ciertas amenazas y hechos extraordinarios, acontecidos durante las pasadas semanas, me han

---

<sup>13</sup> Out of the Aeons.

llevado a pensar que mi vida - así como la de otros miembros del Museo - está en peligro por insidias de ciertas sociedades secretas de orden místico, de procedencia asiática y polinesia en particular. De ahí la posibilidad de que mis albaceas tengan que intervenir pronto. (Nota de los albaceas: El Doctor Johnson murió de modo repentino en una crisis cardíaca, pero bajo circunstancias un tanto misteriosas, el 22 de abril de 1933. Wentworth Moore, taxidermista del museo, desapareció a mediados del mes anterior. El 18 de febrero del mismo año, el Doctor William Minot, que dirigió la autopsia relacionada con el caso, fue apuñalado por la espalda, falleciendo al día siguiente.)

Creo que los hechos debieron comenzar allá por el año 1879, mucho antes de dimitir yo de mi cargo, a raíz del momento en que el museo adquirió aquella misteriosa momia a la Orient Shipping Company. Su descubrimiento constituyó, en sí, un suceso ominoso, ya que provenía de una cripta de origen desconocido y de fabulosa antigüedad, hallada en un islote que emergió repentinamente del fondo del Pacífico.

El 11 de mayo de 1878, el capitán Charles Weatherbee del carguero Eridanus, que había Zarpado de Wellington, Nueva Zelanda, con rumbo a Valparaíso, Chile, avistó una isla de evidente origen volcánico, no consignada en las cartas de navegación. Emergía de la mar en forma de cono truncado. El capitán Weatherbee bajó a tierra al mando de una expedición. Las abruptas laderas por las que ascendieron mostraban claras huellas de una prolongada inmersión, en tanto que en la cima descubrieron señales recientes de destrucción, tal vez producidas por un temblor de tierra. Entre las rocas dispersas había sólidas piedras de forma manifiestamente artificial. Tras una breve inspección se dieron cuenta de que se hallaban ante una de esas obras de sillería que se encuentran en ciertas islas del Pacífico y que constituyen un perpetuo enigma arqueológico.

Finalmente, los marineros entraron en una sólida cripta de piedra - que al parecer había formado parte de un edificio mucho más grande, construido originalmente bajo tierra-, y allí, acurrucada en un rincón, hallaron la momia espantosa. Después de unos instantes de perplejidad, ante la visión de los relieves que adornaban los muros, los hombres se decidieron a llevarse la momia al barco, no sin gran repugnancia y miedo de tocarla. Junto al cuerpo, como si hubiera estado una vez entre sus ropajes, había

un cilindro de metal desconocido que contenía un rollo de membrana blanquiazul, de naturaleza igualmente desconocida, escrita con raros caracteres de color grisáceo. En el centro del gran piso de piedra había algo así como una losa movable, pero la expedición carecía de los medios adecuados para abrirla.

El Cabot Museum, recientemente establecido en aquel entonces, tuvo noticia del descubrimiento e inmediatamente hizo las gestiones para adquirir la momia y el cilindro. Pickman, miembro también del museo, realizó un viaje a Valparaíso y equipó una goleta para hacer un reconocimiento de la cripta donde habían descubierto el ejemplar. Pero se llevó un chasco. En la marcación registrada de la isla no se veía más que la ininterrumpida superficie de la mar. Los exploradores dedujeron que las mismas fuerzas sísmicas que la habían hecho aparecer repentinamente, la sumergieron de nuevo en las profundidades del agua, donde ya había permanecido cobijada durante incontables miles de años. El secreto de aquella trampa inamovable no se resolvería jamás.

No obstante, quedaban la momia y el cilindro. Y a primeros de noviembre de 1879 colocamos aquélla en la sala de las momias para su exhibición.

El Cabot Museum de Arqueología, especializado en restos de civilizaciones antiguas y desconocidas que no caen dentro del dominio del

arte, es una institución pequeña y de escaso renombre, aunque muy bien considerada en los círculos científicos. Se encuentra en el distrito de Beacon Hill, verdadero corazón de Boston - en Mt. Vernon Street, cerca de Joy-, alojado en una antigua mansión particular, a la que se había agregado un ala en la parte trasera, y que constituía el orgullo de su austero vecindario, hasta que los terribles acontecimientos le acarrearón recientemente una popularidad nada deseable.

La sala de las momias, que ocupa el lado oeste de la segunda planta del edificio primitivo (proyectado por Bullfinch y erigido en 1819), está considerada por historiadores y antropólogos como la mejor de América en su género. En ella pueden encontrarse muestras características de las técnicas egipcias de momificación, desde los primitivos ejemplares de Sakkarah hasta los últimos intentos coptos de la decimoctava dinastía; también hay momias de otras culturas, incluso ejemplares hallados recientemente en las islas Aleutinas, figuras agonizantes pompeyanas, sacadas en escayola de los trágicos vaciados que se encontraron entre las cenizas que inundaron la ciudad, cuerpos momificados por causas naturales, hallados en minas y otras excavaciones, procedentes de todas partes, algunos sorprendidos en posturas grotescas, ocasionadas por la angustia de la muerte... En una palabra, hay de todo lo que cabe esperar de una colección de este género. En 1879, naturalmente, la colección era mucho más amplia que hoy. No obstante, aun entonces era ya considerable. Pero aquel cuerpo horrible hallado en la cripta ciclópea de una isla efímera fue siempre la principal atracción y estuvo rodeado del misterio más impenetrable.

La momia correspondía a un hombre de estatura mediana, de raza desconocida, colocado en cuclillas, aunque de una forma bastante extraña. El rostro, protegido a medias por unas manos casi en forma de garras, tenía la mandíbula inferior extraordinariamente pronunciada, en tanto que las

arrugadas facciones mostraban una expresión de pavor tan espantosa, que pocos espectadores podían contemplarla con indiferencia. Sus ojos estaban cerrados, con los párpados apretados fuertemente sobre unos ojos abultados y saltones. Conservaba algunos mechones de cabello y de barba, del mismo color ceniciento que el resto. La contextura del cuerpo aquel era mitad piel y mitad piedra, lo que planteaba un problema insoluble a los expertos que trataban de averiguar cómo había sido embalsamado. En ciertos sitios se veían pequeñas roturas, agujeros producidos por el tiempo y el deterioro. Aún conservaba pegados a la piel algunos jirones de un tejido peculiar, con rastros de dibujos desconocidos.

Sería muy difícil decir por qué exactamente resultaba tan horrible. En primer lugar, se sentía ante ella una impresión vaga e indefinible de ilimitada antigüedad, de algo absolutamente ajeno a nosotros, como si se asomara uno al borde de un abismo de insondable tiniebla... Pero, fundamentalmente, era la expresión de pánico cerval que se leía en aquel rostro arrugado, prognático, medio escudado por las manos. Semejante símbolo de terror infinito, cósmico diría yo, no podía menos de comunicar ese sentimiento al espectador, entre brumas de misterio y vana conjetura.

Algunos de los que solían frecuentar el Cabot Museum para visitar esta reliquia de un mundo anterior y olvidado, no tardaron en adquirir fama de impíos. Pero la institución en sí, gracias a su reserva y discreción, no se vio envuelta en el sensacionalismo popular. En el pasado siglo esta clase de prensa no había invadido el campo del saber hasta el extremo que ha llegado hoy. Como es natural los sabios procuraron hacer todo lo posible por clasificar aquel objeto espantoso, aunque sin éxito alguno. Las teorías de una civilización desaparecida en el Pacífico, de la que quizá fuesen vestigios probables las esculturas de la isla de Pascua y las construcciones megalíticas de Ponapé y Nan-Matal, era bastante común entre los eruditos. Las revistas especializadas suscitaban variadas y frecuentes polémicas en



torno a un posible continente primordial cuyas cimas más elevadas sobrevivían en las miríadas de islas de Melanesia y Polinesia. La diversidad de fechas que se asignaron a la hipotética y desaparecida cultura - o continente - era a la vez sobrecogedora y divertida. No obstante, se hallaron alusiones tan sorprendentes como importantes en determinados mitos de Tahití y otras islas vecinas.

Entretanto, el extraño cilindro y el indescifrable rollo de desconocidos jeroglíficos, cuidadosamente guardados en la biblioteca del museo, recibía también su parte de atención pública. Nadie ponía en duda su relación con la momia; todo el mundo estaba convencido de que, al desentrañar el misterio de los jeroglíficos, el enigma de aquel horror arrugado y encogido se resolvería también. El cilindro, de unos diez centímetros de diámetro, era de un metal iridiscente que desafiaba cualquier análisis químico, ya que por lo visto era resistente a todo reactivo. Tenía una tapa del mismo metal que encajaba muy ajustadamente, e iba adornado con figuras de indudable valor decorativo y de naturaleza posiblemente simbólica. Se trataba de unos dibujos convencionales que parecían obedecer a un sistema de geometría singularmente extraño, paradójico y de difícil descripción.

No menos misterioso era el rollo que contenía. Se trataba de un pergamino delgado, blancoazulado, imposible de analizar, enrollado alrededor de una fina varilla del mismo metal que el cilindro. Desenrollado dicho pergamino tendría una longitud de algo más de medio metro, y estaba cubierto de grandes y firmes jeroglíficos que se extendían en estrecha columna por el centro del rollo. Estaban dibujados o pintados con una sustancia gris desconocida para los paleógrafos, y no pudieron ser descifrados pese a haber sido enviadas fotocopias a todos los expertos en esta materia.

Es cierto que unos cuantos eruditos, sorprendentemente versados en

literatura ocultista y mágica, encontraron vagas semejanzas entre algunos de los jeroglíficos y ciertos símbolos primarios descritos o citados en dos o tres textos esotéricos muy antiguos, como el *Libro de Eibon*, procedente según se cree de la olvidada Hyperborea, los Fragmentos Pnakóticos, conceptuados como prehumanos y el monstruoso y prohibido *Necronomicon*, obra del loco Abdul Alhazred. Sin embargo, ninguna de estas semejanzas estaba totalmente clara, y a causa de la mala reputación que gozan las ciencias ocultas, no se hizo ningún esfuerzo por facilitar copias de los jeroglíficos a los iniciados en tales literaturas místicas. De haberseles proporcionado estas copias al principio, tal vez hubiera sido muy diferente el desarrollo posterior de los acontecimientos. La verdad es que habría bastado con que un lector familiarizado con los Cultos sin Nombre de von Junzt hubiera echado una mirada a los jeroglíficos para advertir una relación de significado inequívoco. En este periodo, empero, los lectores de este texto blasfemo eran muy escasos, toda vez que los ejemplares de la obra habían desaparecido casi por completo durante el periodo comprendido entre la prohibición de su edición original (Dusseldorf, 1839) y de la traducción de Bridewell (1845), y la nueva impresión censurada que llevó a cabo la Golden Goblin Press en 1909. Prácticamente ningún ocultista, ningún estudioso de las ciencias esotéricas del pasado primordial, había orientado su atención hacia el extraño rollo, hasta el estallido de sensacionalismo periodístico que precipitó el horrible desenlace.

## II

Así, pues, el tiempo transcurrió en forma relativamente apacible durante los cincuenta años siguientes a la instalación de la espantosa momia en el museo. Aquella criatura horrible adquirió cierta celebridad local entre la gente cultivada de Boston, pero nada más. Por lo que se

refiere al cilindro y al rollo, después de infructuosos estudios, el asunto cayó materialmente en el olvido. Tan sosegado y conservador era el Cabot Museum que a ningún periodista ni escritor se le ocurrió nunca invadir sus pacíficos recintos en busca de asuntos que asombrasen al público.

La invasión periodística comenzó en la primavera de 1931, cuando una compra de naturaleza un tanto espectacular - la de ciertos objetos extraños y unos cuerpos inexplicablemente bien conservados, que fueron descubiertos en unas criptas bajo las ruinas infames del Château de Faussesflammes, en Averroigne, Francia - puso al museo en las primeras columnas de la prensa. Fiel a su norma de «embarullar» las cosas, el Boston Pillar envió a un articulista de la edición dominical con la misión de ocuparse del acontecimiento y de hinchar la información que proporcionase el propio museo. Y este joven, llamado Stuart Reynolds, encontró en la momia innominada un poderoso aliciente, que sobrepasaba con mucho a las recientes adquisiciones que eran el principal motivo de su visita. Reynolds poseía un conocimiento superficial de la teosofía y era aficionado a especulaciones del tipo de las del coronel Churchward y Lewis Spence sobre continentes perdidos y civilizaciones olvidadas, lo que le hacía particularmente sensible a cualquier reliquia remotísima, como la susodicha momia de desconocido origen.

En el museo, el periodista se hizo insoportable con sus constantes y no siempre inteligentes preguntas, y con sus interminables ruegos para que se corriesen los objetos expuestos con el fin de permitir a los fotógrafos que trabajasen desde ángulos poco corrientes. En la sala de la biblioteca escudriñó incansablemente el extraño cilindro de metal y el rollo de pergamino; los fotografió de todas las maneras y tomó las placas de cada fragmento de aquel texto fantástico. Asimismo, solicitó consultar todos los libros que hiciesen cualquier referencia a culturas primitivas y continentes sumergidos... Se estuvo más de tres horas tomando notas hasta que, por

último, cerró su cuaderno y salió directamente para Cambridge con el fin de echar una mirada (caso de conseguir el permiso correspondiente) al prohibido *Necronomicon*, de la Biblioteca Widener.

El cinco de abril apareció su artículo en la edición dominical del *Pillar*, literalmente ahogado entre fotografías de la momia, del cilindro y de los jeroglíficos del rollo; el texto estaba redactado en ese estilo característico, simple y pueril, que adopta el *Pillar* para beneficio de su enorme y mentalmente inmadura clientela. Plagado de inexactitudes, de exageraciones y de sensacionalismo, resultó ser exactamente la clase de noticia que excita a los insensatos y atrae la atención de las multitudes. La consecuencia fue que el museo, de sosegada vida hasta entonces, comenzó a llenarse de una muchedumbre parlanchina y fisgona que nunca habían conocido sus majestuosos corredores.

A pesar de la puerilidad del artículo, tuvimos también visitantes de alto nivel intelectual, ya que las fotos hablaban por sí mismas, y vinieron personas de vasta cultura que sin duda habían leído la noticia por pura casualidad. Recuerdo a este propósito que, en el mes de noviembre, se presentó por allí un personaje extrañísimo. Era un hombre moreno y con turbante, de rostro inexpresivo, barba poblada y manos toscas enfundadas en unos absurdos mitones blancos. Su voz sonaba hueca y artificial. Dio su lacónica dirección en West End y dijo llamarse Swami Chandraputra. Este individuo estaba asombrosamente versado en ciencias ocultas y parecía hondamente impresionado por las semejanzas que aseguraba haber descubierto entre los jeroglíficos del rollo y ciertos signos y símbolos de un mundo anterior, acerca del cual poseía él un extenso conocimiento.

Por el mes de junio, la fama de la momia y del rollo se extendió mucho más allá de Boston, y el personal del museo tuvo que soportar interrogatorios y solicitudes de permiso para tomar fotografías, por parte de un enjambre de ocultistas y amantes del misterio venidos del mundo entero.

Todo esto no resultaba precisamente agradable a nuestro personal, ya que nos teníamos por una institución científica, sin simpatía alguna por soñadores ni fantasiosos. No obstante, contestábamos a todas las preguntas con la mayor cortesía. Una consecuencia de estas entrevistas fue otro artículo que apareció en *The Occult Review*, esta vez firmado por el famoso místico de Nueva Orleans, Etienne-Laurent de Marigny, en el cual afirmaba la completa identidad existente entre algunos de los jeroglíficos del rollo y ciertos ideogramas de horrible significado (copiados de monolitos primordiales o de rituales secretos de sociedades de fanáticos e iniciados esotéricos), que figuraban en el infernal *Libro Negro o Cultos sin Nombre* de von Junzt.

De Marigny recordaba la muerte espantosa de von Junzt, ocurrida en 1840, un año después de la publicación de su terrible libro en Dusseldorf, y comentaba las terroríficas y en cierto modo sospechosas fuentes de su saber. Sobre todo subrayaba el enorme interés que tenían, para el caso, ciertos relatos de von Junzt relativos a los tremendos ideogramas que él reproducía en su libro. No podía negarse que estos relatos, en los que se citaban expresamente un cilindro y un rollo, sugerían cuando menos cierta afinidad con los objetos del museo. Aun así, eran de una extravagancia tal - puesto que suponían periodos enormes de tiempo y fantásticas anomalías de un mundo anterior-, que se sentía uno mucho más inclinado a admirarlos que a creerlos.

Admirarlos, ciertamente, el público los admiraba, puesto que el espíritu de imitación, en la prensa, es universal. En todas partes surgieron artículos ilustrados en los que se hablaba de los relatos del Libro Negro, se los relacionaba con el horror de la momia, se comparaban los dibujos del cilindro y los jeroglíficos del rollo con las figuras reproducidas por von Junzt, y en todos ellos se aventuraban las teorías más disparatadas y chocantes. La concurrencia del museo se triplicó, y este creciente interés lo

veíamos confirmado a diario por la abundante correspondencia - superflua, insustancial en la mayoría de los casos - que sobre este tema se recibía en el museo. Evidentemente la momia y su origen - para el público imaginativo - constituyeron el tema más apasionante de los años 1931 y 1932. Por lo que respecta a mí mismo el efecto principal de este furor fue el de hacerme leer el monstruoso libro de von Junzt en la edición de Golden Goblin... Su lectura atenta me dejó confuso y asqueado, y aun me sentí dichoso de no haber manejado el texto íntegro, en su edición original.

### III

Las antiquísimas historias que se relataban en el Libro Negro sobre los dibujos y símbolos, que tan íntimamente parecían relacionarse con los del cilindro y el rollo, eran de tal naturaleza que le mantenían a uno subyugado y sobrecogido. Salvando un abismo incalculable de tiempo - muchísimo antes de la aparición de todas las civilizaciones, razas y continentes conocidos por nosotros -, aquellas historias giraban en torno a una nación y un continente perdidos en la nebulosa Era primordial. Aquel país era conocido legendariamente con el nombre de Mu, y según ciertas tablillas escritas en la primigenia lengua naacal, floreció hacia 200.000 años, cuando la desaparecida Hyperborea rendía un culto sin nombre al dios amorfo Tsathoggua.

Se hacía referencia a un reino o provincia, llamado K'naa, situado en una tierra muy antigua, cuyos primeros pobladores humanos hallaron ruinas monstruosas, abandonadas por sus remotos moradores: seres extraños venidos de las estrellas en oscuras oleadas, que vivieron durante miles y miles de siglos en un mundo ignorado y naciente. K'naa era un lugar sagrado, puesto que en su centro de frío basalto se elevaba orgulloso el Monte de Yaddith-Gho coronado por una fortaleza gigantesca de piedras enormes, infinitamente más vieja que el género humano, y edificada por

razas de Yuggoth que habían venido a colonizar nuestro planeta antes del primer brote de vida terrestre.

La raza de Yuggoth se había extinguido varias evos antes, pero había dejado tras ella algo monstruoso y terrible que no desaparecería jamás: su dios infernal o demonio protector, Ghatanothoa, que había descendido a las criptas subterráneas del Yaddith-Gho para iniciar allí una vida latente y eterna. Ningún ser humano había subido jamás por las laderas del Yaddith-Gho, ni había visto aquella fortaleza infame sino como una silueta lejana y exótica que se recortaba contra el cielo. Sin embargo, muchos autores estaban de acuerdo en afirmar que Ghatanothoa estaba allí todavía, oculto, enclaustrado en los insospechados abismos que se hundían bajo los muros megalíticos. En todo tiempo, hubo siempre partidarios de hacer sacrificios a Ghatanothoa, a fin de que no abandonase sus tenebrosas moradas y emergiera en el mundo de los hombres, como había sucedido en los remotísimos tiempos de la raza Yuggoth.

Se decía que si no se le ofrecía ninguna víctima, Ghatanothoa se arrastraría hacia la luz como una exudación de las tinieblas, y se derramaría por las laderas de basalto del Yaddith-Gho, arrasando y destruyendo todo aquello que encontrara a su paso. Ningún ser vivo podía contemplar a Ghatanothoa, ni siquiera una imagen suya por pequeña que fuese, sin sufrir algo peor que la muerte. La visión del dios o de su imagen, como aseguraban las leyendas de Yuggoth, significaba una parálisis y petrificación de lo más sorprendente y extraño: la víctima se convertía en piedra y cuero por fuera, en tanto que, en su interior, el cerebro permanecía perpetuamente vivo... fijo y preso a través de los siglos, enloquecedoramente consciente del paso interminable de los años, en una irremediable pasividad, hasta que el azar o el tiempo consumasen la destrucción de la corteza pétreo que lo aprisionaba, exponiéndose a la muerte. La mayoría de esos cerebros, naturalmente, enloquecían

muchísimo antes de que les llegara su último descanso, diferido a tantos evos después. Ningún ojo humano, se decía, había visto jamás a Ghatanothoa, aunque el peligro, en la actualidad, era tan grande como lo había sido en tiempos de la raza de Yuggoth.

Y así, había un culto en K'naa en el que se adoraba a Ghatanothoa, y cada año se sacrificaban doce guerreros y doce doncellas. Estas víctimas eran ofrecidas en los altares del templo de mármol, al pie de la montaña, ya que nadie se atrevía a subir la ladera de basalto del Yaddith-Gho y acercarse a la fortaleza ciclópea de su cresta. Inmenso era el poder de los sacerdotes de Ghatanothoa, porque de ellos dependía la protección de K'naa y de toda la tierra de Mu, contra la aparición petrificadora de la terrible divinidad.

Había en el territorio un centenar de sacerdotes del Dios Oscuro, que se hallaban bajo las órdenes de Imash-Mo, el Sumo Sacerdote, que incluso caminaba delante del Rey Thabou en las fiestas de Nath, y permanecía orgullosamente de pie, mientras el rey se arrodillaba ante el santuario. Cada sacerdote poseía una casa de mármol, un cofre de oro, doscientos esclavos y cien concubinas, a lo que se sumaba una completa inmunidad respecto a la ley civil y un poder absoluto sobre la vida y la muerte de todos los habitantes de K'naa, excepto los sacerdotes del rey. No obstante, a pesar de tales protectores, existía en esta tierra el temor de que Ghatanothoa surgiera de las profundidades y descendiese de la montaña para traer el horror y la petrificación del género humano. En los últimos años, los sacerdotes prohibieron a los hombres aun pensar o imaginar el espantoso aspecto que el dios pudiera tener.

Fue el Año de la Luna Roja (von Junzt lo estima entre el siglo 173 y 148 a. de J), cuando un ser humano se atrevió por vez primera a desafiar a Ghatanothoa y la tremenda amenaza que representaba. Este hereje temerario fue T'yog, Sumo Sacerdote de Shub-Niggurath y guardián del



templo de cobre de la Cabra de los Mil Hijos. T'yog había meditado mucho sobre los poderes de los diferentes dioses, y había tenido extraños sueños y revelaciones sobre la vida de este mundo y de los mundos anteriores. Al final, convencido de que los dioses favorables al hombre podrían ser llamados a aliarse contra los dioses hostiles, creyó que Shub-Niggurath, Nug y Yeb, así como Yig, el Dios-Serpiente, estarían dispuestos a formar una coalición con el hombre y luchar contra la tiranía de Ghatanothoa.

Inspirado por la Diosa Madre, T'yog escribió una fórmula extraña en los caracteres hieráticos de la lengua naacal, con la que creía inmunizar al que la poseyera contra el poder petrificador del Dios Oscuro. Con esta protección - pensó - le sería posible a un hombre intrépido emprender la ascensión de la temible pendiente de basalto y penetrar, por primera vez en los anales de la historia, en la ciclópea fortaleza bajo la cual Ghatanothoa vivía en la muerte. Enfrentándose con el dios, y bajo la protección de Shub-Niggurath y de sus hijos, T'yog creía que podría vencerlo, salvando así al género humano de su latente amenaza. Una vez liberada la humanidad gracias a él, podría exigir honores sin límite. Todos los privilegios de los sacerdotes de Ghatanothoa le serían transferidos forzosamente a él, y aun la dignidad de rey o la del dios estarían al alcance de su mano.

T'yog escribió su fórmula protectora sobre una tira de membrana de pthagon (según von Junzt, epitelio interno del extinguido saurio Yakith), y la guardó en un cilindro hueco de metal lagh, desconocido hoy en toda la tierra, que habían traído los Dioses Arquetípicos desde Yuggoth. Este talismán, oculto entre sus vestiduras, sería una garantía contra Ghatanothoa. Pero, además, tendría la virtud de devolverles la vida a las víctimas petrificadas del Dios Oscuro, caso de que ese ser monstruoso surgiese y comenzase su obra devastadora. De este modo, se propuso subir a la montaña, irrumpir en la ciudadela y desafiarle en su propia madriguera. Era imposible saber lo que pasaría después, pero la esperanza de ser el

salvador de la humanidad daba una fuerza irrefrenable a su voluntad.

Pero T'yog no había contado con la envidia y el interés de los sacerdotes de Ghatanothoa. No bien acabaron de oír el plan que se proponía, y viendo amenazados el prestigio y los privilegios de que gozaban si era destronado el Dios-Demonio, elevaron clamorosas protestas contra lo que calificaron de sacrilegio, y gritaron que ningún hombre podía vencer a Ghatanothoa, y que cualquier intento de ir en busca suya serviría únicamente para despertar su ira contra toda la humanidad, cosa que ninguna fórmula ni rito podría impedir. Con aquellas voces esperaban predisponer a las turbas contra T'yog. Sin embargo, era tal el anhelo del pueblo por liberarse de Ghatanothoa, y tal su confianza en la habilidad y celo de T'yog, que todas las protestas fueron inútiles. Incluso el rey, que generalmente era un títere de los sacerdotes, se negó a prohibir la atrevida aventura.

Fue entonces cuando los sacerdotes de Ghatanothoa hicieron en secreto lo que no habrían podido hacer abiertamente. Una noche, Imash-Mo, el sumo sacerdote, se introdujo clandestinamente en la cámara de T'yog y le sustrajo el cilindro de metal mientras dormía. Sacó en silencio el texto poderoso y colocó en su lugar otro muy parecido, pero totalmente ineficaz contra dioses ni demonios. Una vez restituido el cilindro, Imash-Mo se sintió satisfecho. No era probable que T'yog revisara el manuscrito. Al creerse protegido por el verdadero rollo, el hereje marcharía hacia la montaña prohibida, hasta la Presencia Maligna... Y Ghatanothoa, sin freno de magia alguna, haría lo demás.

Ya no era necesario predicar contra esa aventura. Que siguiese T'yog su camino, que él encontraría su perdición. En secreto, los sacerdotes guardarían siempre el rollo robado - el auténtico, el verdadero talismán - el cual pasaría de un sumo sacerdote a otro, pero si en el futuro se hiciera necesario alguna vez contravenir la voluntad del Dios-Demonio. Y así,

Imash-Mo durmió el resto de la noche en una gran paz, con la fórmula auténtica bajo su poder.

Al amanecer del Día de las Llamas-Celestes (denominación convencional de von Junzt), T'yog, entre oraciones y cánticos del pueblo, y con la bendición del rey Thabou sobre su frente, comenzó la ascensión de la terrible montaña. Llevaba un bastón de vara de tlath en la mano derecha, y el estuche sepultado entre sus ropajes... No había descubierto la impostura. Ni tampoco descubrió la ironía que ocultaban las oraciones de Imash-Mo y los demás sacerdotes de Ghatanothoa, salmodiadas en pro de su protección y éxito.

Aquella mañana el pueblo contempló la diminuta silueta de T'yog, que se esforzaba en ascender por la lejana ladera de basalto. Y aún siguieron mirando después de haberle visto desaparecer tras un reborde peligroso de las rocas. Por la noche, los más imaginativos creyeron percibir un débil temblor convulsivo en la cumbre, aunque nadie quiso tomar en serio esta afirmación. Al día siguiente las muchedumbres no hicieron sino rezar y vigilar la montaña, preguntándose cuánto tardaría T'yog en regresar. Y lo mismo hicieron al otro día, y al otro. Durante varias semanas mantuvieron la esperanza y aguardaron. Después comenzaron a llorarle. Nadie volvió a ver a T'yog, el único que pudo haber salvado a la humanidad de sus terrores.

Después de eso, los hombres se estremecían al recordar la presunción de T'yog, y procuraban no pensar en el castigo que había encontrado su impiedad. Y los sacerdotes de Ghatanothoa sonreían ante los que se sentían contrariados por la voluntad del dios o discutían su derecho a los sacrificios. Años más tarde, la astuta jugada de Imash-Mo llegó a conocimiento del pueblo, pero la noticia no hizo cambiar la general convicción de que a Ghatanothoa era mejor dejarle en paz. Nunca más se atrevieron a desafiarle. Y así transcurrieron los siglos: un rey sucedió a otro

rey, y un sumo sacerdote sucedió a otro; y surgieron naciones poderosas que se desmoronaron después, y emergieron de las aguas continentes que luego volvieron a sumergirse. Y con el transcurso de milenios sobrevino la decadencia de K'naa. Hasta que un día se desencadenó una tormenta terrible, los cielos se rasgaron, crecieron las olas, montañosas y enormes, y toda la tierra de Mu se sumergió para siempre.

No obstante, miles de años después, comenzaron a surgir algunos focos de secretas creencias inmemoriales. En lejanas tierras se reunieron los supervivientes de rostro gris que habían logrado escapar a la ira de los espíritus acuáticos, y extraños cielos acogieron el humo de los altares levantados en honor de dioses y demonios desaparecidos. Aunque nadie sabía en qué abismo se sumergiera la fortaleza sagrada, aún había quienes ofrecían abominables sacrificios para evitar que el dios emergiera del océano, entre burbujas, y derramara su ser en la tierra, propagando el horror y la petrificación.

Alrededor de los dispersos sacerdotes, fue desarrollándose el germen de un culto oscuro y secreto - secreto porque las gentes de las nuevas tierras tenían otros dioses y demonios, y sólo veían perversidad en los anteriores-, y dentro de ese culto se ejecutaban acciones espantosas, y se guardaban objetos extraños. Se decía que determinada línea secreta de sacerdotes conservaba aún el verdadero talismán contra Ghatanothoa, el que Imash-Mo había robado a T'yog mientras dormía, aunque no quedaba nadie que pudiera leer o entender las palabras secretas. Asimismo nadie sabía en qué parte del mundo estuvo situada la perdida tierra de K'naa, cuyo centro fue el terrible pico de Yaddith-Gho, coronado por la fortaleza titánica del Dios-Demonio.

Aunque había florecido principalmente en el Pacífico, en alguna región de la tierra de Mu, se decía que ese culto secreto y horrendo de Ghatanothoa había existido igualmente en la Atlántida y en la detestable

meseta de Leng. Von Junzt afirmaba que se había practicado, además, en el fabuloso reino subterráneo de K'nyan, y que había penetrado en Egipto, Caldea, Persia, China, en los olvidados imperios semitas de Africa, y en Méjico y Perú, en el Nuevo Mundo. Aportaba una serie de pruebas sobre la íntima relación existente entre dicho culto y el movimiento de brujería que se dio en Europa, contra el cual los papas habían lanzado inútilmente sus anatemas. Con todo, el Occidente nunca fue propicio para su desarrollo. La indignación pública - que se encrespaba ante sus ritos espantosos y sus incalificables sacrificios - había ido podando muchas de sus ramificaciones. Finalmente, se convirtió en un culto clandestino, y nunca pudieron extirparlo por completo. Sobrevivió siempre de una manera o de otra, principalmente en el Lejano Oriente y en las islas del Pacífico, donde sus principios se fundían con la ciencia oculta de los Areoi polinesios.

Von Junzt daba a entender de manera inquietante que había mantenido contacto real con ese culto, de suerte que, al leerlo, me estremecí pensando en lo que se decía de su muerte. Hablaba de la propagación de ciertas ideas relacionadas con la aparición del Dios-Demonio - al que ningún hombre (excepto el malogrado T'yog, que no volvió jamás de su aventura) ha visto -. y ponía de relieve la diferencia entre esa afición a especular y el tabú que vedaba en el antiguo Mu todo intento de imaginar siquiera aquel horror. Aquellos relatos de fascinación y pavor estaban preñados de una curiosidad morbosa por conocer la índole del ser con que T'yog fue a enfrentarse en el edificio prehumano que coronaba la temida montaña, ahora sumergida bajo las aguas. Después, todo había terminado (¿realmente?). Las insidiosas alusiones del erudito alemán me llenaban de un extraño desasosiego.

Las hipótesis que el mismo von Junzt formulaba sobre el paradero del rollo robado, del auténtico, y sobre el empleo que finalmente le habían dado, me producían casi la misma ansiedad. Pese a mi convicción de que

todo aquel asunto era puramente imaginario, no podía evitar un estremecimiento al pensar si un día llegara a aparecer el dios monstruoso, y al imaginar el cuadro de una humanidad transformada repentinamente en una raza de estatuas deformes, cada una con su cerebro vivo, condenada a la conciencia inerte e irremediable por un número incalculable de milenios. El viejo sabio de Dusseldorf tenía una ponzoñosa manera de sugerir más de lo que afirmaba expresamente, cosa que me hizo comprender por qué habían perseguido su libro en tantos países, tachándolo de blasfemo, peligroso e impuro.

Ciertamente el texto aquel me producía malestar, aunque al mismo tiempo ejercía sobre mí una diabólica fascinación, de suerte que no pude dejarlo hasta haberlo terminado. Las reproducciones de dibujos y de ideogramas de Mu eran maravillosamente parecidas a los trazos del extraño cilindro y a los caracteres del rollo, y todo el libro estaba lleno de detalles que sugerían vagas, alarmantes sospechas de afinidad con muchas cuestiones relativas a la momia: el cilindro y el rollo... su hallazgo en el Pacífico... el testimonio insoslayable del viejo capitán Weatherbee, según el cual, la cripta ciclópea donde fue descubierta la momia había estado enclavada en los cimientos de un inmenso edificio... En cierto modo, me alegraba de que hubiera desaparecido aquella isla volcánica antes de que alguien consiguiera abrir la enorme trampa de su cripta.

#### IV

La lectura del Libro Negro vino a ser una preparación fatalmente idónea para lo que comenzó a sucederme después, en la primavera de 1932. No recuerdo cuándo empezaron a llamarme la atención las noticias cada vez más frecuentes sobre la intervención de la policía en la represión de ciertos cultos orientales. Lo cierto es que, por mayo o junio, me di cuenta de que en todo el mundo se registraba un desusado recrudecimiento de las

actividades de determinadas asociaciones místicas de carácter clandestino y hermético, que habitualmente llevaban un vida tranquila.

Probablemente jamás habría llegado yo a relacionar esas noticias con el texto de von Junzt, o con el frenético entusiasmo del público por la momia y el cilindro del museo, de no ser por ciertas expresiones y analogías - la prensa se encargaba de subrayarlas continuamente - con los ritos y las declaraciones de sus dirigentes. Por decirlo así, no pude menos de advertir con inquietud la frecuencia con. que se repetía un nombre - en distintas formas de corrupción - que parecía constituir el núcleo central del mito y que era invariablemente pronunciado con una mezcla de respeto y terror. Algunas fórmulas textuales lo citaban como G'tanta, Tanotah, Than-Tha, Gatan y Ktan-Tan... Las sugerencias de los numerosos aficionados al ocultismo que me escribían eran innecesarias para hacerme ver en estas variantes un tremendo parentesco con el monstruoso nombre consignado por von Junzt: Ghatanothoa.

Había otros aspectos inquietantes, además. Una y otra vez los diarios hacían vagas alusiones a un «rollo auténtico», en torno al cual parecían girar tremendas consecuencias. Se decía que estaba custodiado por un tal «Nagob». Asimismo había una insistente repetición de un nombre que sonaba algo así como Tog, Tiok, Yog, Zob o Yob, que yo, cada vez más excitado, relacionaba involuntariamente con el nombre del desdichado hereje T'yog, como se le llamaba en el Libro Negro. Este nombre solía asociarse a frases enigmáticas tales como «No puede ser más que él», «Contempló su rostro», «lo sabe todo, y no puede ver ni tocar». «Ha prolongado la memoria a través de los evos», «El verdadero pergamino lo liberará», «El puede decir dónde se encuentra».

Algo muy raro había, indudablemente, en el ambiente, y no me extrañó que los ocultistas que me escribían y los periódicos sensacionalistas de los domingos comenzaran a relacionar las nuevas y

sorprendentes revueltas religiosas con las leyendas de Mu, por una parte, y con la reciente explotación periodística de la momia, por otra. Los extensos artículos de los primeros momentos, sus insistentes comentarios sobre la momia, el cilindro y el rollo, su relación con el Libro Negro y sus fantásticas especulaciones sobre el asunto entero, muy bien podían haber despertado el fanatismo latente de aquellos centenares de grupos clandestinos, que tanto abundan en nuestro complejo mundo. La prensa, por su parte, no cesaba de echar leña al fuego.. Los relatos sobre las revueltas eran aún más atroces que las historias que yo había leído sobre el asunto.

Al acercarse el verano los vigilantes del museo observaron un curioso cambio en el público que - después de la calma que sucedió al primer impacto publicitario - comenzaba de nuevo a frecuentar el museo, en una segunda oleada de entusiasmo. Cada vez había más personas de aspecto exótico - asiáticos de piel morena, tipos indescritibles de pelo largo, individuos de barba negra que parecían no estar acostumbrados a vestir a la europea - que preguntaban invariablemente por la sala de las momias y que, a continuación, eran vistos contemplando el ejemplar del Pacífico con verdadero arrobamiento. Había algo siniestro y latente en esa riada de estrafalarios extranjeros, que tenía a los guardianes impresionados. Yo mismo estaba muy lejos de sentirme tranquilo. No paraba de pensar que las revueltas religiosas se debían precisamente a tipos como aquellos... y que quizá había una relación entre dichas agitaciones y aquellas historias referentes a la momia y el manuscrito.

A veces casi me sentía tentado a retirar la momia de la sala, sobre todo cuando me dijo un vigilante que, a una hora en que los grupos de visitantes eran menos numerosos, había visto a varios extranjeros haciendo extrañas reverencias ante ella y susurrando una salmodia que parecía algo así como un canto ritual. Uno de los guardianes empezó a imaginar cosas



raras sobre aquel horror petrificado y solitario en su vitrina. Afirmaba que venía observando, de día en día, ciertos cambios sutiles, casi imperceptibles, en la frenética flexión de las manos agarrotadas y en la expresión aterrada del rostro correoso. No podía apartar de sí la idea espeluznante de que aquellos ojos abultados se iban a abrir de repente.

A primeros de septiembre disminuyó la masa de gentes extrañas, y la sala de momias se llegó a encontrar vacía algunas veces. Hubo entonces un intento de apoderarse de la momia cortando el cristal de su vitrina. El delincuente, un atezado polinesio, fue sorprendido a tiempo por un guardián, y detenido antes de que pudiera causar ningún desperfecto. Realizadas las investigaciones pertinentes, el individuo resultó ser un hawaiano, conocido por su participación en determinados cultos secretos, y del cual poseía la policía abundantes antecedentes relacionados con ritos y sacrificios inhumanos. Algunos de los papeles encontrados en su habitación eran de lo más desconcertante, en particular un montón de cuartillas con jeroglíficos asombrosamente parecidos a los del rollo del museo y a las reproducciones del Libro Negro de von Junzt. Pero no se le pudo hacer hablar sobre este asunto.

Escasamente una semana después del incidente hubo otro intento de llegar hasta la momia, seguido de un segundo arresto. Esta vez el transgresor había intentado forzar la cerradura de la vitrina. Se trataba de un cingalés que tenía un historial tan largo como el del hawaiano y que, como él, se negó a hacer declaraciones a la policía. Lo curioso de este caso era que poco antes un guardián había sorprendido a nuestro hombre dirigiendo a la momia un canto muy singular, en el que repetía claramente la palabra «T'yog». En vista de todos estos desagradables incidentes redoblé la vigilancia en la sala de las momias, y ordené que, en adelante, no perdieran de vista el famoso ejemplar ni un solo momento.

Como es de comprender la prensa sacó partido del asunto. Volvió a

repetir sus anteriores comentarios sobre la fabulosa tierra de Mu, y proclamó con osadía que la momia no era sino el temerario hereje T'yog, petrificado por la visión que había sufrido en la antiquísima ciudadela, conservándose en este estado durante 175.000 años de la turbulenta historia de nuestro planeta. Y puso de relieve y repitió hasta la saciedad que los extraños visitantes practicaban los ritos de Mu, y que acudían a venerar la momia... o quizá a intentar devolverla a la vida mediante hechizos y encantamientos.

Los periodistas referían continuamente la vieja leyenda según la cual el cerebro de las víctimas de Ghatanothoa permanecía consciente e intacto. Este tema servía de base para una serie de especulaciones inverosímiles y disparatadas. El asunto del «rollo auténtico» recibió también la debida atención. Según la opinión más generalizada, la fórmula que le fue robada a T'yog se hallaba en alguna parte, y los miembros de la secta que la conservaba estaban tratando de ponerse en contacto con el mismo T'yog, aunque no se sabía con qué fin. Consecuencia de este planteamiento del problema fue la tercera oleada de visitantes que nuevamente empezó a invadir el museo para admirar la momia infernal que servía de eje a todo este extraño e inquietante asunto.

Entre las personas que venían al museo - muchas de ellas hacían repetidas visitas - se comentaba cada vez más el cambio levísimo que había experimentado la momia. Me figuro - pese a la poco tranquilizadora observación que nuestro nervioso vigilante había hecho unos meses antes - que el personal del museo estaba excesivamente acostumbrado a ver formas extrañas, para prestar una estrecha atención a los detalles. En cualquier caso, los excitados comentarios de los visitantes hicieron que los vigilantes acabaran por advertir el cambio que, por lo visto, se iba produciendo. Casi al mismo tiempo la prensa volvió a coger el tema... con los escandalosos resultados que eran de esperar.

Naturalmente presté al caso una mayor atención, y, a mediados de octubre, me di cuenta de que se había iniciado en la momia un proceso de desintegración. Debido a algún factor químico o físico del ambiente, las fibras, mitad piedra y mitad cuero, parecían relajarse gradualmente, originando una modificación en la postura de los miembros y la expresión facial de terror. Después de cincuenta años de perfecta conservación este proceso resultaba extraordinariamente desconcertante, y varias veces le pedí al doctor Moore, taxidermista del museo, que pasase a ver el ejemplar aquel. Moore comprobó que sufría una relajación y un reblandecimiento generales, y le administró un baño astringente por medio de pulverizaciones, sin atreverse a intentar nada más por miedo a que sobreviniese una precipitada descomposición.

El efecto que produjo todo esto en las multitudes fue asombroso. Hasta entonces cada noticia publicada por prensa había atraído una marca de visitantes que venían a mirar y a murmurar en voz baja. Ahora, en cambio, aunque los periódicos hablaban sin cesar de los cambios sufridos por la momia, el público acusaba una sensación de temor que refrenaba su morbosa curiosidad. La gente parecía notar el aura que se cernía sobre el museo. En una palabra, el número de visitantes decreció notablemente, lo que puso de manifiesto que la afluencia de estrafalarios extranjeros seguía siendo la misma.

El dieciocho de noviembre, un peruano de sangre india sufrió un extraño ataque de histerismo delante de la momia. Más tarde, gritaba en el hospital: «¡Ha intentado abrir los ojos! ... ¡T'yog ha tratado de abrir los ojos para mirarme!» Por ese tiempo estaba yo decidido a ordenar que retirasen de la sala el siniestro ejemplar, pero quería esperar hasta la próxima reunión de nuestros directores. Me daba cuenta de que el museo comenzaba a gozar de una lamentable reputación en el tranquilo vecindario. Después de este último incidente di instrucciones para que no se le permitiera a

nadie detenerse más de unos pocos minutos ante la monstruosa reliquia del Pacífico.

El veinticuatro de noviembre, después de cerrarse el museo, uno de los vigilantes observó una pequeñísima ranura abierta en los ojos de la momia. El fenómeno era muy ligero. Tan sólo se había hecho visible una finísima línea de córnea en cada ojo. Con todo, el fenómeno era de suma importancia. El doctor Moore, mandado llamar inmediatamente, estaba a punto de examinar la parte visible del globo del ojo con una lente de aumento, cuando al tocar los párpados de la momia se cerraron fuertemente otra vez. Todos los intentos de abrirlos - sin forzarlos demasiado - fueron en vano. El taxidermista no se atrevió a aplicar otros procedimientos. Me llamó por teléfono inmediatamente después. Cuando me lo contó sentí que me invadía un terror difícil de definir. Por un momento pude compartir la impresión popular de que algo perverso, sin forma, brotaba de insondables profundidades de tiempo y espacio y se cernía sobre el museo como una amenaza.

Dos noches más tarde un filipino mal encarado intentó esconderse en el museo a la hora de cerrar. Detenido y llevado a la comisaría, se negó a dar su nombre, quedando arrestado como persona sospechosa. Entretanto la estrecha vigilancia a la que era sometida la momia pareció disuadir a estos singulares extranjeros de proseguir su continuo acecho. Al menos disminuyó sensiblemente el número de aquellas gentes, cuando pusimos en vigor la orden de no detenerse ante ella.

Durante las primeras horas de la madrugada del jueves, 1 de diciembre, sobrevino el desenlace. A eso de la una se oyeron unos espantosos alaridos de terror y de agonía que salían del museo. Las frenéticas llamadas telefónicas de los vecinos hicieron que se presentara rápidamente una patrulla de policía en el lugar, al mismo tiempo que varios funcionarios del museo, incluido yo mismo. Algunos agentes rodearon el

edificio, en tanto que los demás, junto con el personal del museo, entramos cautelosamente. En el corredor principal encontramos al vigilante nocturno estrangulado - tenía aún la cuerda de cáñamo anudada en la garganta - y comprobamos que, a pesar de todas las precauciones, alguno de aquellos criminales había logrado entrar en el edificio. Un silencio sepulcral lo envolvía todo. Casi teníamos miedo de subir a la sala fatal, donde sabíamos que íbamos a descubrir la explicación de aquella tragedia. Encendimos las luces del edificio desde las llaves centrales del corredor y nos sentimos algo más tranquilos. Finalmente subimos con cautela por la escalera circular y cruzamos el suntuoso umbral de la sala de las momias.

## V

A partir de ese momento, las noticias que se publicaron sobre este caso han sido sometidas a censura. Todos coincidimos en que no era aconsejable dar a conocer al público la amenaza que implican para la Tierra estos hechos. He dicho ya que encendimos las luces de todo el edificio antes de subir. Bajo los focos que iluminaban las vitrinas con sus tremendos contenidos presenciamos un horror cuyos pormenores sugerían acontecimientos absolutamente ajenos a nuestra capacidad de comprensión. Había dos intrusos - después habíamos de comprobar que se ocultaron en el edificio antes de la hora de cerrar-, dos intrusos que no serían castigados jamás por el asesinato del vigilante, porque habían pagado ya su crimen.

Uno era birmano, y el otro, un nativo de las islas Fidji. Ambos eran conocidos de la policía por sus repugnantes actividades en relación con determinado culto. Estaban muertos los dos, y cuanto más los examinábamos, más horrible nos parecía aquella forma de morir. En los dos rostros se veía pintada la más frenética e inhumana expresión de horror. Con todo, entre el estado de ambos cuerpos había diferencias significativas.

El birmano se había desplomado muy cerca de la vitrina de la

momia, en cuyo cristal había cortado limpiamente un rectángulo. En su mano derecha sostenía un rollo de pergamino azulado, lleno de jeroglíficos grisáceos: era casi un duplicado del rollo que se guardaba abajo en la biblioteca. Más tarde, después de un examen detenido, llegué a descubrir ligeras diferencias entre los dos textos. No había señales de violencia en el cuerpo, de modo que, a juzgar por la expresión agónica, desesperada, de su rostro contraído, sacamos en conclusión que aquel hombre había muerto a consecuencia de una impresión irresistible de terror.

Pero fue el cuerpo del nativo de Fidji, que estaba allí cerca, lo que más nos impresionó. Uno de los policías fue el primero en verlo, y profirió un grito que debió de alarmar a la vecindad una vez más en aquella noche de espanto. Al ver las facciones contraídas y grisáceas de la víctima - cuyo rostro había sido negro - y la mano que apretaba todavía la linterna, podíamos habernos figurado que había sucedido algo horrible. Pero lo que descubrió el oficial nos cogió desprevenidos. Incluso ahora lo recuerdo con una repugnancia sin límites. En suma, el desdichado, que poco antes habría podido considerarse como un fornido tipo melanesio, era ahora una figura rígida, de color gris ceniza, petrificada... una mezcla de roca y tejido fibroso, idéntica en todos los aspectos a aquella cosa abominable, acurrucada, antiquísima, que se guardaba en la vitrina que acababan de violar.

Y no era eso lo peor. Superando los demás horrores, y acaparando nuestra atención antes de volvernos hacia los cuerpos tendidos en el suelo, vimos el estado de la espantosa momia. Ya no podía decirse que sus cambios fueran imperceptibles. De manera clara y evidente había variado de postura. Se había doblado y hundido a consecuencia de una extraña pérdida de rigidez. Sus manos agarrotadas habían descendido de suerte que ni siquiera tapaban parcialmente el contraído rostro, y - ¡que Dios nos asista! - sus infernales ojos abultados se habían abierto por completo y

parecían mirar directamente a los dos intrusos que habían muerto de espanto tal vez.

Aquella mirada lívida, de pez muerto, era terriblemente fascinadora. Me pareció como si nos vigilara durante todo el tiempo que estuvimos examinando los cuerpos de los intrusos. El efecto que producía en nuestros nervios era verdaderamente asombroso porque, en cierto modo, nos hacía experimentar la curiosa sensación de que nos invadía una rigidez interior que hacía más penosa la ejecución del más simple movimiento, rigidez que más tarde desapareció sorprendentemente al pasarnos de uno a otro el rollo de los jeroglíficos para inspeccionarlo. A cada momento me sentía irresistiblemente inclinado a mirar aquellos ojos saltones. Cuando volví a examinarlos, después de haber reconocido los cuerpos, me pareció percibir algo muy singular sobre la superficie vidriosa de aquellas negras pupilas, maravillosamente conservadas. Cuanto más las miraba, más fascinado me sentía. Por último, bajé a la oficina - pese al extraño acartonamiento de mis miembros-, subí un amplificador muy potente y me puse a examinar con detenimiento aquellas pupilas de pez, mientras los demás se agrupaban a mi alrededor, esperando el resultado.

Yo siempre he sido escéptico respecto a la teoría de que pueden quedar grabados en la retina escenas y objetos, en caso de muerte o de coma. Sin embargo, tan pronto como me asomé al aparato, percibí como la imagen de una habitación, distinta por completo a aquella en que estábamos, reflejada en esos ojos vidriosos y remotos. En efecto, en el fondo de la retina había una escena oscuramente perfilada, que indudablemente era reflejo de lo último que aquellos ojos habían visto en vida... hacía millones de años quizá. Los contornos de la imagen parecían haberse desdibujado, de modo que empecé a manipular el amplificador con el fin de añadirle otra lente. El caso es que dicha imagen tenía que haber sido muy clara, aun en su infinita pequeñez, cuando - por efecto de algún

diabólico sortilegio o manipulación ejecutada por los visitantes - éstos la contemplaron antes de morir. Con la lente adicional conseguí descubrir muchos detalles invisibles al principio. El atemorizado grupo que me rodeaba estaba pendiente del aluvión de palabras con que intentaba yo referir lo que veía

Porque lo cierto es que, en este año de 1932, yo, un ciudadano de Boston, estaba contemplando una escena perteneciente a un mundo desconocido y absolutamente extraño, a un mundo desaparecido de la vida y de la memoria de los tiempos. Vi un enorme recinto - una cámara de ciclópea sillería - como si se hallase en una de sus esquinas. En los muros había unos relieves tan horribles que, aun en esta imagen imperfecta, me produjeron náuseas por su bestialidad y perversión. Era imposible que fuesen seres humanos los que habían esculpido aquello: imposible, también, que conocieran las formas humanas cuando labraron aquellos motivos espantosos que subyugaban al que los contemplaba. En el centro de la cámara había una descomunal trampa de piedra, levantada para dejar paso a algo que surgía de las profundidades. Aquel ser que brotaba del mundo inferior debió de haber sido claramente visible antes. En realidad, tuvo que serlo cuando los ojos de la momia se abrieron por vez primera ante los intrusos sorprendidos por el terror. Pero bajo mis lentes sólo se distinguía una mancha monstruosa.

Así, pues, estaba examinando el ojo derecho, cuando introduje en el aparato una lente de mayor aumento. Después habría preferido que mi exploración hubiera terminado allí. Pero a la sazón me dominaba el ardor del descubrimiento, de modo que trasladé las lentes al ojo izquierdo de la momia con la esperanza de hallar menos borrosa la imagen de esa retina. Mis manos, temblando de excitación, acartonadas por algún influjo misterioso, manejaban con lentitud el amplificador. Un momento después pude comprobar que, efectivamente, la imagen era menos borrosa que en el



otro ojo. Y entonces vi con relativa claridad la insoportable pesadilla que brotaba por la trampa de la cripta ciclópea, en aquel mundo primordial y olvidado... y caí al suelo profiriendo alaridos inarticulados.

Cuando me recobré no se veía ya ninguna imagen clara en ninguno de los dos ojos de la momia. Fue el sargento Keefe, el que miró con mis cristales; yo no me sentía con ánimo para acercarme otra vez al rostro de aquella cosa abominable. Daba gracias a todos los poderes del cosmos por no haber mirado antes. Me hizo falta todo el valor - y que me lo pidieran con insistencia - para decidirme a contar lo que había visto en aquellos momentos de espantosa revelación. En verdad, no pude hablar hasta que nos trasladamos al despacho, lejos de aquella monstruosidad que no debía existir. Por entonces ya había empezado yo a concebir los más terribles presentimientos sobre la momia y sus ojos abultados: me daba la impresión de que la momia tenía una especie de conciencia infernal, mediante la que percibía todo lo que ocurría ante ella, y que trataba en vano de comunicar algún espantoso mensaje desde los abismos del tiempo. Aquello era la locura... Consideré que, al menos, sería mejor estar lejos, si tenía que contar lo que había vislumbrado.

Después de todo, no era mucho lo que tenía que decir. Emergiendo, manando viscosamente de la trampa abierta de aquella cripta gigantesca, había visto una masa monstruosa, increíble, elefantina, del poder fulminador de cuya mirada no se me ocurría dudar. No me siento capaz de describirlo con palabras. Podría decir que era gigantesco, que estaba provisto de tentáculos, de probóscide, que se asemejaba a un pulpo, que era casi amorfo, y deforme, mitad cubierto de escamas y mitad rugoso... Ni de manera aproximada podría reflejar el nauseabundo, el abominable horror extragaláctico y la odiosa e indecible perversidad de aquel ser híbrido de caos y tiniebla. Mientras escribo estas palabras la asociación de ideas me hace volver a sentir debilidad y náuseas. Mientras les contaba en el

despacho lo que había visto tuve que esforzarme por no volver a desmayarme.

No estaban menos impresionados los que me escuchaban. Cuando terminé, nadie se atrevió a decir una palabra durante más de un cuarto de hora... Luego hubo comentarios de voz baja, alusiones furtivas a la ciencia espantosa del Libro Negro, a las recientes agitaciones de orden religioso y a los siniestros acontecimientos del museo. Se habló de Ghatanothoa, cuya imagen, por pequeña que fuese, podía petrificar ; de T'yog, del falso pergamino, del héroe que nunca había regresado, del verdadero rollo que podía anular total o parcialmente la petrificación... ¿Había sobrevivido hasta nuestros días?... Se recordaron los cultos horribles y las frases captadas al azar: «No puede ser nadie más que él», «contempló su rostro», «lo sabe todo, y no puede ver ni tocar», «ha prolongado la memoria a través de los evos», «el verdadero pergamino lo liberará», «él puede decir dónde se encuentra».

Solamente cuando apuntaba la primera luz del alba recobramos nuestro sentido común. Un sentido común que dio por asunto concluido lo que yo había vislumbrado... No había que volver más sobre esta cuestión.

Dimos a la prensa algunos datos parciales, y más adelante cooperamos con ella para censurar aun estos relatos incompletos. Por ejemplo, cuando la autopsia descubrió que tanto el cerebro como los demás órganos internos del individuo de las islas Fidji, petrificado, se conservaban en todo su frescor orgánico, aunque herméticamente cerrados por la petrificación de los tejidos exteriores - anomalía en torno a la cual los médicos siguen discutiendo aún -, lo mantuvimos en secreto por temor a provocar una nueva oleada pública de terror. Sabíamos demasiado bien - porque de las víctimas de Ghatanothoa se decía que conservaban intacto el cerebro y la conciencia - el partido que los periódicos sensacionalistas sabrían sacar de este incidente.

Tan sólo se dijo al público que el hombre que había llevado el rollo de los jeroglíficos - el que lo había intentado depositar sobre la momia por la abertura practicada en la vitrina - no estaba petrificado, en tanto que el que no lo había llevado, sí. Se nos pidió que realizásemos determinados experimentos - aplicar los dos pergaminos al cuerpo petrificado del de Fidji y a la misma momia-, pero nosotros nos negamos rotundamente a apoyar semejantes teorías supersticiosas. Como es natural, la momia fue retirada de la sala y trasladada al laboratorio del museo, en espera de un examen realmente científico, en presencia de alguna autoridad médica competente. Recordando los acontecimientos anteriores, mantuvimos una estrecha vigilancia. A pesar de eso hubo otro intento de entrar en el museo: el cinco de diciembre, a las dos veinticinco de la madrugada. El aparato de alarma funcionó inmediatamente, y el intento quedó frustrado, aunque por desgracia, el criminal (o los criminales) logró escapar.

Me siento profundamente agradecido de que no haya llegado hasta el público ninguna otra alusión al caso. También desearía fervientemente que no hubiese nada más que decir. Algo trascenderá, sin embargo. Es natural. Y si me ocurriese algo, no sé que es lo que mis albaceas harán con este manuscrito. En todo caso, si llegara a publicarse, el asunto ya no estará dolorosamente reciente en la memoria de todos. Me cabe la esperanza, además, de que nadie crea en los hechos si son finalmente revelados. Eso es lo curioso del público. Cuando la prensa sensacionalista lanza algún infundio, está dispuesto a tragarse lo que sea, pero cuando se lleva a cabo una revelación sorprendente y fuera de lo común, la apartan con una sonrisa, como si fuese pura invención. Para bien de la salud mental de las personas, tal vez sea mejor así.

He dicho que habíamos proyectado un examen científico de la momia. Esto sucedió el ocho de diciembre, exactamente una semana después de la horrible culminación de los acontecimientos, y fue dirigida

por el eminente doctor William Minot, en colaboración con Wentworth Moore, doctor en Ciencias Naturales y taxidermista del museo. El doctor Minot había presenciado la autopsia del petrificado nativo de Fidji, la semana antes. También estuvieron presentes los señores Lawrence Cabot y Dudley Saltonstall, administradores del museo, los doctores Mason, Wells y Carver, del servicio técnico del museo, dos representantes de la prensa y yo. Durante el transcurso de la semana, el estado del horrible ejemplar no había cambiado visiblemente, aparte cierta relajación de las fibras que daban a la posición de los ojos abiertos una ligera variación de cuando en cuando. A todos nos causaba temor mirarla de frente, pues la impresión de que vigilaba consciente y en silencio se había hecho intolerable. Por mi parte, tuve que hacer un gran esfuerzo para asistir a la autopsia.

El doctor Minot llegó poco después de la una de la tarde, y a los pocos minutos comenzó su reconocimiento de la momia. Al manipular en ella comenzó a desintegrarse rápidamente, en vista de lo cual - y teniendo en cuenta lo que se le había dicho sobre el gradual reblandecimiento de los tejidos a partir del primero de octubre-, decidió que debía hacerse una disección completa antes de que fuera tarde. Preparado, pues, el instrumental necesario que teníamos en el equipo de laboratorio, se empezó inmediatamente la autopsia. La singularidad de aquel tejido grisáceo y momificado le dejó perplejo.

Pero su sorpresa fue mucho mayor cuando hizo la primera incisión profunda. Del corte aquel comenzó a gotear lentamente un líquido espeso y rojo, cuya naturaleza - pese al incalculable número de siglos que separaban a aquella momia de nuestro presente - era absolutamente inequívoca. Unos pocos cortes más, ejecutados con habilidad, dejaron al descubierto diversos órganos en un grado asombroso de conservación... En efecto, todo estaba intacto, excepto en algunos puntos donde la petrificación había penetrado, originando daños o deformaciones. El estado de la momia era tan

semejante al del cuerpo del isleño de Fidji, que el eminente médico se quedó estupefacto. La perfección de aquellos ojos terribles y saltones era pavorosa, y su grado de petrificación, muy difícil de determinar.

A las tres y treinta de la tarde abrieron el cráneo... y diez minutos más tarde, nuestro grupo, horrorizado, juraba mantener en secreto el resultado de la autopsia, que sólo documentos custodiados, como este manuscrito, pueden llegar a revelar un día. Incluso los dos periodistas prometieron guardar idéntico silencio. Porque la trepanación acababa de dejar al descubierto un cerebro vivo y palpitante.

## **LA SOMBRA SOBRE INNSMOUTH<sup>14</sup>**

H. P. Lovecraft

### I

Durante el invierno de 1927-28, los agentes del Gobierno Federal realizaron una extraña y secreta investigación sobre ciertas instalaciones del antiguo puerto marítimo de Innsmouth, en Massachusetts. El público se enteró de ello en febrero, porque fue entonces cuando se llevaron a cabo redadas y numerosos arrestos, seguidos del incendio y la voladura sistemáticos - efectuados con las precauciones convenientes - de una gran cantidad de casas ruinosas, carcomidas, supuestamente deshabitadas, que se alzaban a lo largo del abandonado barrio del muelle. Las personas poco curiosas no prestarían atención a este suceso, y lo consideraron sin duda como un episodio más de la larga lucha contra el licor.

---

<sup>14</sup> The Shadow Over Innsmouth; Written Nov? - 3 Dec 1931; Published 1936 in *The Shadow over Innsmouth*, Everett, PA: Visionary Publishing Co., p. 13-158.

En cambio, a los más perspicaces les sorprendió el extraordinario número de detenciones, el desacostumbrado despliegue de fuerza pública que se empleó para llevarlas a cabo, y el silencio que impusieron las autoridades en torno a los detenidos. No hubo juicio, ni se llegó a saber tampoco de qué se les acusaba; ni siquiera fue visto posteriormente ninguno de los detenidos en las cárceles ordinarias del país. Se hicieron declaraciones imprecisas acerca de enfermedades y campos de concentración, y más tarde se habló de evasiones en varias prisiones navales y militares, pero nada positivo se reveló. La misma ciudad de Innsmouth se había quedado casi despoblada. Sólo ahora empiezan a manifestarse en ella algunas señales de lento renacer.

Las quejas formuladas por numerosas organizaciones liberales fueron acalladas tras largas deliberaciones secretas; los representantes de dichas sociedades efectuaron algunos viajes a ciertos campos y prisiones, y como consecuencia, tales organizaciones perdieron repentinamente todo interés por la cuestión. Más difíciles de disuadir fueron los periodistas; pero finalmente, acabaron por colaborar con el Gobierno. Sólo un periódico - un diario sensacionalista y de escaso prestigio por esta razón - hizo referencia a cierto submarino capaz de grandes inmersiones que torpedeó los abismos de la mar, justo detrás del Arrecife del Diablo. Esta información, recogida casualmente en una taberna marinera, parecía un tanto fantástica ya que el arrecife, negro y plano, queda por lo menos a milla y media del puerto de Innsmouth.

Los campesinos de los alrededores y las gentes de los pueblos vecinos lo comentaron mucho, pero se mostraron extremadamente reservados con la gente de fuera. Llevaban casi un siglo hablando entre ellos de la moribunda y medio desierta ciudad de Innsmouth y lo que acababa de suceder no había sido más tremendo ni espantoso que lo que se comentaba en voz baja desde mucho años antes. Habían sucedido cosas que

les enseñaron a ser reservados, de modo que era inútil intentar sonsacarles. Además, sabían poca cosa en realidad, porque la presencia de unos saladares extensos y despoblados dificultaba mucho la llegada a Innsmouth por tierra firme, y los habitantes de los pueblos vecinos se mantenían alejados.

Pero yo voy a transgredir la ley de silencio impuesta en torno a esta cuestión. Estoy convencido de que los resultados obtenidos son tan concluyentes que, aparte un sobresalto de repugnancia, mis revelaciones sobre lo que hallaron los horrorizados agentes que irrumpieron en Innsmouth no pueden causar ningún daño. Por otra parte, el asunto podría tener más de una explicación. Tampoco sé exactamente hasta qué punto me han contado toda la verdad, pero tengo muchas razones para no desear indagar más a fondo, ya que el caso, y el recuerdo de lo que pasó, me obliga a tomar severas medidas.

Fui yo quien, a primera hora de la mañana del 16 de julio de 1927, huyó frenéticamente de Innsmouth, y quien suplicó horrorizado al Gobierno que abriese una investigación y actuase en consecuencia, petición que dio origen a todo el episodio relatado. Yo estaba firmemente resuelto a permanecer callado mientras el asunto estuviera reciente en la memoria de todos, pero ahora que ya ha pasado el tiempo y el público ha perdido interés y curiosidad, tengo un extraordinario deseo de contar, en voz muy baja, las horas escasas y terribles que pasé en aquel puerto de tan siniestra reputación, sobre el que se cierne una sombra blasfema y mortal. El mero hecho de contarlo me ayudará a recobrar la confianza en mis facultades, a convencerme de que no fui simplemente la primera víctima de una pesadilla colectiva. Me servirá además para decidirme a mirar de frente cierto paso terrible que aún tengo que dar.

Nunca había oído hablar de Innsmouth hasta la víspera del día en que lo vi por primera y - hasta ahora - última vez. Celebraba mi mayoría de

edad dando la vuelta a Nueva Inglaterra - turismo, antigüedades, interés genealógico - y había planeado ir directamente desde el antiguo pueblo de Newburyport a Arkham, de donde provenía la familia de mi padre. No tenía coche y viajaba en tren, en trolebús o en coches de línea, buscando siempre el itinerario más barato. En Newburyport me dijeron que para ir a Arkham debía tomar el tren. Y fue en el despacho de billetes de la estación donde, al vacilar ante el elevado precio del billete, oí hablar por vez primera de Innsmouth. El empleado, hombre corpulento de rostro sagaz y un acento que no era de la región, consideró con simpatía mis esfuerzos por ahorrar y me sugirió una solución que hasta entonces nadie me había propuesto.

-Creo que podría coger el autobús viejo - dijo después de cierta vacilación - aunque por aquí nadie suele cogerlo. Pasa por Innsmouth... Puede que haya oído usted hablar del pueblo ese... A la gente no le gusta. El conductor es de allí, un tal Joe Sargent, y nunca coge viajeros de aquí ni de Arkham. No me explico de qué vive esa empresa. El precio del billete debe ser bastante barato, pero nunca lleva más de dos o tres personas... y todas de Innsmouth. Sale de la Plaza, delante de la Droguería Hammond, a las diez de la mañana y a las siete de la tarde, a no ser que hayan cambiado de horario últimamente. Parece una cafetera rusa... Jamás me he metido dentro de ese trasto.

Esta fue la primera noticia del siniestro pueblo de Innsmouth. Cualquier referencia a un pueblo que no viniera en los mapas ordinarios o no estuviera registrado en las guías actuales de viajes me habría interesado, pero además, la extraña manera que tuvo el empleado de mencionarlo acabó de suscitar en mi ánimo una verdadera curiosidad. Pensé que un pueblo capaz de inspirar tal aversión entre los vecinos debía de ser curioso y digno de atención turística. Puesto que estaba antes de llegar a Arkham, me detendría en él... Así que pedí al empleado que me informase un poco



más. Cautamente, y con aire de saber más de lo que decía, exclamó:

-¿Innsmouth? Sí, es un pueblo bastante raro. Está en la desembocadura de Manuxet. Era casi una ciudad, un puerto relativamente importante, antes de la guerra de 1812, pero se ha arruinado durante los últimos cien años o por ahí. Ya no pasa ni el ferrocarril... Hace años que se dejó abandonada la línea que lo unía con Rowley.

»Debe haber más casas vacías que habitantes, y no hay comercio ni industria, excepto la pesca y las nasas. La gente prefiere venir aquí o a Arkham o a Ipswich para hacer sus negocios. Años atrás había algunas fábricas, pero ahora no queda más que una refinería de oro que además se pasa largas temporadas sin funcionar.

»Sin embargo, esa refinería fue un buen negocio en sus tiempos, y el viejo Marsh, el dueño, debe de ser más rico que Creso. Es un viejo maniático y extravagante que no sale de su casa para nada. Dicen que ha contraído una enfermedad de la piel o que le ha salido alguna deformidad, y no se deja ver. Es nieto del capitán Obed Marsh, que fue el fundador del negocio. Parece que su madre era extranjera, dicen que procedía de los Mares del Sur; así que se armó la gorda cuando se casó con una muchacha de Ipswich, hace cincuenta años. A la gente de por aquí no le gustan los de Innsmouth, y si alguno lleva sangre de Innsmouth procura siempre ocultarlo. Pero a mi modo de ver, los hijos y los nietos de Marsh tienen un aspecto normal. Me los señalaron una vez que pasaron por aquí... Y ahora que lo pienso, parece que los hijos mayores no vienen últimamente. Al viejo no lo he llegado a ver nunca.

»¿Que por qué las cosas andan tan mal en Innsmouth? Bueno, muchacho, no debe preocuparse usted de lo que se oye por ahí, Les cuesta empezar, pero en cuanto dicen dos palabras seguidas, ya no paran. Se han pasado los últimos cien años chismorreando sobre lo que pasa en Innsmouth, y me figuro que están más asustados que otra cosa. Algunas

historias que se cuentan son de risa. Por ejemplo, dicen que el viejo capitán Marsh negociaba con el diablo y sacaba trasgos del infierno para traérselos a vivir a Innsmouth, y también que celebraban una especie de culto satánico y sacrificios espantosos, cerca de los muelles, y que lo descubrieron allá por el año 1845 más o menos... Pero yo soy de Panton, Vermont, y no me trago esas historias.

»Tenía usted que oír lo que cuentan los viejos del arrecife de la costa... El Arrecife del Diablo lo llaman. En muchas ocasiones sobresale por encima de las olas, y cuando no, aparece a flor de agua, pero ni siquiera se puede decir que sea una isla. Según cuentan, se ve a veces una legión entera de demonios en ese arrecife, desparramados por allí o saliendo y entrando de unas cuevas que hay en la parte alta de la roca. Es una peña abrupta y desigual, a bastante más de una milla de la costa. Ultimamente los marineros solían desviarse bastante para evitarla.

»Los marineros que no procedían de Innsmouth, se entiende. Una de las cosas que tenían contra el capitán Marsh era que, al parecer, atracaba allí algunas veces por la noche, cuando la marca lo permitía, Puede que atracara, porque la roca es interesante, y hasta es posible que fuese en busca de algún tesoro pirata; pero lo que decían es que negociaba con los demonios de allí. Para mí, la pura realidad es que fue el capitán quien verdaderamente le dio fama de siniestro al arrecife.

»Eso fue antes de la epidemia de 1846, en que murió más de la mitad de la población de Innsmouth. No se llegó a explicar completamente qué fue lo que pasó, pero seguro que se trataba de alguna enfermedad exótica, traída de China o de alguna parte, por mar. Debió de ser terrible; hubo desórdenes por culpa de eso, y pasaron cosas horribles que no creo que hayan llegado a trascender fuera del pueblo. El caso es que con eso se arruinó para siempre. No volvió a repetirse la hecatombe, pero ahora apenas vivirán allí trescientas o cuatrocientas personas.

»Pero lo único que hay en el fondo de la actitud de la gente es un simple prejuicio racial... y no lo censuro. Siento aversión por la gente de Innsmouth y no me gustaría ir a ese pueblo por nada del mundo. Me figuro que usted tendrá idea - aunque ya veo por su acento que es occidental - de la cantidad de barcos nuestros, de Nueva Inglaterra, que acostumbran a tocar los puertos extraños de Africa, de Asia, de los Mares del Sur y de cualquier parte, y la de gente rara que a veces se traen para acá. Habrá oído hablar seguramente del hombre de Salem que regresó después casado con una china, y puede que sepa también que todavía queda un puñado de isleños procedentes de Fidji, por ahí por Cape Cod.

»Bueno, algo de eso debe haber detrás de la gente de Innsmouth. El lugar siempre estuvo separado del resto de la comarca por marismas y riachuelos, y no podemos estar seguros de lo que pasaba en realidad, pero está bastante claro que el viejo capitán Marsh debió traerse a casa a unos tipos extraños, cuando tenía sus tres barcos en actividad, allá por los años veinte o treinta. Ciertamente, la gente de Innsmouth posee unos rasgos extraños; hoy en día... no sé cómo explicarlo, pero es una cosa que te pone la carne de gallina. Lo notará usted un poco en Sargent, si coge el autobús. Algunos tienen la cabeza estrecha y rara, con la nariz chata y aplastada; y tienen también unos ojos fijos que parece que nunca parpadean, y una piel que no es como la piel normal que tenemos los demás; es áspera y costrosa, y a los lados del cuello la tienen arrugada o como replegada. Se quedan calvos muy jóvenes, también. Los más viejos son los que peor aspecto tienen... Bueno, en realidad creo que no he visto nunca a un tipo de esos verdaderamente viejo. ¡Me figuro que se morirán de mirarse en el espejo! Los animales les tienen aversión... Solían tener muchos problemas con los caballos, antes de aparecer el automóvil.

»Nadie de por aquí, ni de Arkham ni de Ipswich, quieren tratos con ellos. Por lo demás, se comportan con sequedad cuando vienen al pueblo o

cuando alguien intenta pescar en sus caladeros. Lo raro es el tamaño del pescado que sacan siempre en las aguas del puerto, si no hay nada más por allí cerca... ¡Pero intente pescar usted en este sitio y verá lo que tardan en echarlo! Antes solían venir en tren... Después, cuando la compañía abandonó el ramal, se daban una caminata para tomarlo en Rowley... Ahora viajan en autobús.

»Sí, hay un hotel en Innsmouth; se llama Gilman House, pero me parece que no es gran cosa. Yo le aconsejaría que no se quedara. Es mejor que pase la noche aquí y mañana por la mañana coge el autobús de las diez; luego puede salir de allí a las ocho de la tarde, en el que va a Arkham. Hubo un inspector de Hacienda que paró en el Gilman hará unos dos años, y sacó de allí un sinfín de impresiones desagradables. Parece que tienen una multitud de gentes extrañas en ese hotel, porque el buen hombre no paró de oír en las otras habitaciones unas voces que le producían escalofríos. Decía que hablaban en un idioma extranjero, pero lo peor era una voz extraña que hablaba de cuando en cuando. Le sonaba tan poco humana - como un chapoteo, decía él - que no se atrevió ni a desnudarse para meterse en la cama. Total: que pasó la noche en vela y apagó la luz a las primeras luces de la madrugada. Las conversaciones duraron casi toda la noche.

»Lo que más le chocó al hombre ese - Casey se llamaba-, era la forma con que le miraba la gente de Innsmouth; parecían talmente como policías vigilándole. La refinería Marsh le pareció bastante rara... Se trata de una vieja fábrica situada a orillas del Manuxet, en su desembocadura. Lo que contó estaba de acuerdo con lo que yo sabía ya. Libros mal llevados, ninguna cuenta clara, y el negocio no se veía por ninguna parte. Además, ha habido siempre cierto misterio sobre la forma como los Marsh obtienen el oro que refinan. Nunca se ha visto que hicieran muchas compras de oro, pero hasta hace unos años enviaban por barco cantidades enormes de

lingotes.

»Se solía hablar de ciertas joyas extrañas que los marineros y los trabajadores de la refinería vendían en secreto, o que llevaban a veces las mujeres de la familia Marsh. Se decía que el capitán Obed conseguía el personal de su empresa en los puertos tropicales; parece que sus barcos zarpaban llenos de abalorios y baratijas, como si fueran a establecer tratos con los nativos. Otros pensaban - y lo piensan todavía - que había encontrado un antiguo escondrijo de piratas en el Arrecife del Diablo. Pero lo extraño es que el viejo capitán murió hace sesenta años, y desde la Guerra Civil no ha salido de Innsmouth ni un solo barco de gran calado. Y a pesar de todo los Marsh siguen comprando baratijas para salvajes, sobre todo cuentas de vidrio y chucherías, según me han contado. A lo mejor es que a los de Innsmouth les gusta adornarse con eso... Bien sabe Dios que han estado a punto de caer al mismo nivel que los caníbales de los Mares del Sur y los salvajes de Guinea.

»La plaga del cuarenta y seis debió de llevarse lo mejor del pueblo. En todo caso los únicos que vienen de allí son gentes sospechosas; y los Marsh y los demás ricachos son tan sospechosos como ellos. Como le digo, no serán más de cuatrocientos en todo el pueblo, a pesar de lo grande que es. Son lo que en el Sur llaman 'blancos desarrapados', o sea, tipos huraños y disimulados, llenos de secretos y misterios. Cogen mucho pescado y marisco, y lo exportan en camiones. Es anormal la cantidad de toneladas de pescado que sacan de ese trozo de costa.

»Nadie ha podido averiguar lo que hacen en ese pueblo. Las escuelas oficiales del Estado y las oficinas del censo de población se han estrellado una y otra vez con ellos. Puede apostar a que las visitas de inspección no son bien recibidas en Innsmouth. Yo personalmente he oído de más de un encargado de negocios del Gobierno que ha desaparecido allí. Se ha hablado mucho también de uno que se volvió loco y ahora está en el

sanatorio. Sin duda le dieron un susto tremendo a ese pobre hombre.

»Por eso no pasaría yo la noche allí, en su lugar. Nunca he estado en el pueblo ese ni me apetece ir, pero me figuro que visitarlo de día no supone riesgo alguno... A pesar de todo, la gente de por aquí le aconsejaría que no lo hiciera. Si está usted haciendo turismo y buscando cosas antiguas, Innsmouth es un lugar que le interesará.»

Después de lo que me contó el buen hombre aquel, me pasé casi toda la tarde en la Biblioteca Pública de Newburyport, buscando datos sobre Innsmouth. Luego pregunté a las gentes de las tiendas, del restaurante, incluso en el parque de bomberos, pero pude comprobar que era más difícil de lo que había predicho el empleado de la estación sacarles algo en limpio. Por lo demás, no disponía de tiempo para vencer su instintivo recelo. Me pareció que desconfiaban por alguna razón, como si fuera sospechoso todo aquel que se interesara demasiado por Innsmouth. En la Y.M.C.A. (Young Men's Christian Association, es decir, Asociación Cristiana de Jóvenes.) donde me había hospedado, el sacerdote trató de disuadirme pintándome ese pueblo como un lugar malsano y decadente. En la biblioteca, muchos adoptaron esa misma actitud. Era evidente que a los ojos de las personas de formación Innsmouth era meramente un caso exagerado de degeneración cívica.

Los manuales de historia del Condado de Essex que me sirvieron en la biblioteca decían bien poco: que el pueblo se fundó en 1643, que era célebre por sus astilleros, antes de la Revolución, y que llegó a gozar de gran prosperidad naval a principios del siglo XIX; más tarde, se convirtió en centro industrial de segundo orden, gracias al aprovechamiento de las aguas del Manuxet como fuente de energía. Se referían muy veladamente a la epidemia y a los desórdenes de 1846, como si constituyesen un descrédito para todo el condado.

También se decía poca cosa de su proceso de decadencia, aunque el

capítulo final era bien elocuente. Después de la Guerra Civil, toda la vida industrial de la localidad quedó reducida a la Marsh Refining Company, y el mercado de lingotes de oro constituía tan sólo un pequeño residuo de lo que había sido su comercio, aparte la eterna pesca. Pero la pesca se pagaba cada día menos, a medida que bajaba el precio de la mercancía debido a la competencia de las grandes empresas, aunque nunca hubo escasez de pescado alrededor del puerto de Innsmouth. Los extranjeros se asentaban raramente por allí. Se decía que lo había intentado cierto número de polacos y portugueses, pero que fueron expulsados de una manera singularmente enérgica.

Lo más interesante de todo era una breve nota referente a ciertas joyas vagamente asociadas a la localidad de Innsmouth. Evidentemente, el caso había impresionado a toda la región, ya que el libro hacía referencia a determinadas piezas que se hallaban en el Museo de la Universidad del Miskatonic, de Arkham, y en el salón de exhibiciones de la Sociedad de Estudios Históricos de Newburyport. Las descripciones fragmentarias de tales joyas eran escuetas y frías, pero me causaron una impresión difícil de definir. Todo aquello me resultaba tan singular y excitante, que no se me iba de la cabeza, y a pesar de la hora avanzada, decidí acercarme a ver la pieza que se conservaba en la localidad. Por lo visto era un objeto grande, de extrañas proporciones, muy parecido a una tiara.

El bibliotecario me dio una nota de presentación para el conservador de la sociedad. El conservador resultó ser una tal Anna Tilton, soltera, que vivía allí cerca. Tras una breve explicación, la anciana se mostró muy amable y me sirvió de guía. El museo de la sociedad era notable en verdad, pero mi estado de ánimo era tal, que no tuve ojos más que para el raro objeto que relumbraba en la vitrina del rincón, bajo el foco de luz eléctrica.

No fue mi sensibilidad estética lo que me hizo abrir literalmente la

boca ante el sobrenatural esplendor de aquella portentosa fantasía que descansaba sobre un cojín de terciopelo rojo. Incluso ahora sería incapaz de describirlo con precisión, aunque no cabía duda de que era una tiara, como decía la inscripción que había leído. Su parte delantera era muy elevada, y su contorno ancho y curiosamente irregular, como si hubiera sido diseñada para una cabeza caprichosamente elíptica. Parecía de oro, aunque poseía una misteriosa brillantez que hacía pensar en una aleación con otro metal de igual belleza y difícilmente identificable. Su estado de conservación era casi perfecto. Me podría haber pasado horas enteras estudiando los sorprendentes y enigmáticos adornos - unos, simplemente geométricos, otros, sencillos motivos marinos-, cincelados o moldeados con maravillosa habilidad.

Cuanto más la miraba, más fascinado me sentía, y en esta fascinación encontraba algo inquietante e inexplicable. Al principio pensé que era una extraña calidad artística lo que me desasosegaba. Todos los objetos de arte que había visto anteriormente pertenecían a algún estilo o a alguna tradición nacional o racial conocida, o a alguna de esas tendencias modernas que rompen con toda tradición. Pero aquella tiara no estaba en ninguno de los dos casos. Denotaba claramente una técnica muy definida, de gran madurez y perfección, aunque totalmente distinta de cualquier otra, oriental u occidental, antigua o moderna. Jamás había visto algo parecido. Era como si aquella preciosa obra de artesanía perteneciese a otro planeta.

Pero no tardé en darme cuenta de que mi turbación se debía a otra causa, quizá igualmente poderosa, esto es, a sus extraños motivos ornamentales que sugerían desconocidas fórmulas matemáticas y secretos remotos hundidos en inimaginables abismos del tiempo y del espacio. La naturaleza representada en los relieves, invariablemente acuática, resultaba casi siniestra. Había unos monstruos fabulosos, extravagantes y malignos, unos seres mitad peces y mitad batracios que me obsesionaban hasta el



extremo de despertar en mí una especie de pseudo-recuerdos. Era como si yo mismo tuviera de ellos una vaga memoria, remota y terrible, que emanase de las células secretas donde duermen nuestras imágenes ancestrales más espantosas. Me daba la impresión de que cada rasgo de aquellos horrendos peces-ranas desbordaba la última quintaesencia de una maldad inhumana y desconocida.

En curioso contraste con el aspecto de la tiara, estaba su breve y sórdida historia. Según me contó miss Tilton, en 1873 cierto individuo de Innsmouth, borracho, la había empeñado por una suma ridícula poco antes de morir en una riña, en una tienda de State Street. La Sociedad de Estudios Históricos la adquirió directamente del prestamista, y desde el primer momento la colocó en uno de los lugares más destacados de su salón, con una etiqueta en la que se indicaba que probablemente provenía de la India oriental o de Indochina, aunque ambas suposiciones eran francamente problemáticas.

Miss Tilton, comparando todas las hipótesis posibles sobre el origen de la tiara y su presencia en Nueva Inglaterra, se sentía inclinada a creer que había formado parte de algún tesoro pirata descubierto por el viejo capitán Obed Marsh. A favor de esta suposición estaba el hecho de que los Marsh, al enterarse del paradero de la joya, habían intentado adquirirla ofreciendo una suma elevadísima que todavía mantenían pese a la firme determinación de la sociedad de no vender.

Mientras la amable señora me acompañaba hasta la puerta, me aclaró que su hipótesis sobre el origen pirata de la fortuna de los Marsh estaba muy extendida entre los intelectuales de la región. Ella nunca había estado en Innsmouth, pero sentía aversión hacia sus habitantes, según dijo, a causa de su degeneración moral y cultural. Incluso me aseguró que los rumores existentes acerca de cierto culto satanista practicado en Innsmouth encontraba apoyo en el hecho de que hubieran ganado allí numerosos

adeptos determinados ritos secretos que habían terminado por absorber a todas las iglesias ortodoxas.

Esos ritos eran practicados por la llamada «Orden Esotérica de Dagon», y se trataba sin duda de alguna religión pagana y degenerada de origen oriental que había sido importada, al parecer, en una época en que la pesca había escaseado. Era lógico, en cierto modo, que las gentes sencillas la hubiesen aceptado, ya que de pronto, a partir de su instauración, la pesca había vuelto a ser próspera y abundante. La «Orden» no tardó en alcanzar una gran preponderancia en el pueblo, sustituyendo por completo a la francmasonería e instalándose incluso en la antigua logia masónica de New Church Green.

Todo esto, según la piadosa miss Tilton, constituía un argumento decisivo para rehuir la diabólica y mísera ciudad de Innsmouth. A mí en cambio me despertó un enorme interés por visitarla. A la curiosidad arquitectónica e histórica que sentía se sumaba ahora un entusiasmo antropológico, de tal modo que, en mi reducida habitación de la Y.M.C.A. sólo pude conciliar el sueño cuando ya empezaba a clarear.

## II

A la mañana siguiente, poco antes de la diez, cogí la maleta y me situé ante la Droguería Hammond, en la Plaza del Mercado, a esperar el autobús de Innsmouth. Cuando ya faltaba poco para llegar, observé que los paseantes se alejaban de la parada. El empleado de la estación no había exagerado la repugnancia que sentían en la localidad por los habitantes de Innsmouth. Al poco tiempo apareció, retumbando por State Street, un coche de línea bastante viejo, pintado de verde sucio. Dio la vuelta y frenó al lado de donde yo estaba. En seguida me di cuenta de que era el que yo esperaba. Encima del parabrisas se adivinaba el casi ilegible cartel: Arkham-Innsmouth-Newb...port.

Sólo venían tres pasajeros, tres hombres más bien jóvenes, morenos, mal vestidos y de semblante hosco. Cuando el vehículo se detuvo, bajaron los tres y, con paso torpe y desmañado, echaron a andar en silencio por State Street, casi de manera furtiva. El conductor bajó también del coche y le vi desaparecer en el interior de la droguería. «Este debe ser el tal Joe Sargent que mencionó el empleado de la estación», pensé, y antes de reparar en ningún detalle, sentí que me embargaba como una oleada de instintiva aversión, tan incontenible como inexplicable. De pronto, me pareció muy natural que la gente de la localidad no deseara subir a semejante autobús ni visitar la población donde vivía aquella chusma.

Cuando volvió a salir de la droguería, me fijé más en él y traté de descubrir el motivo por el que me había causado tan mala impresión. Era un hombre flaco, de hombros caídos y uno setenta de estatura o tal vez menos. Llevaba un traje azul raído y una deshilachada gorra de golf. Debía tener unos treinta y cinco años, aunque las dos arrugas que le surcaban el cuello a ambos lados le hacían parecer más viejo, si no se fijaba uno en su rostro inexpresivo y apagado. Tenía la cabeza estrecha y unos ojos saltones de color azul claro que no pestañeaban; su barbilla y su frente eran deprimidas, y tenía unas orejas más bien rudimentarias y atrofiadas. Sus labios eran grandes y abultados; sus mejillas, cubiertas de poros abiertos y de costras, daban la sensación de carecer casi totalmente de barba, aparte algunos pelos amarillos tan irregularmente repartidos por la cara, que junto con las rugosidades de la piel, más que otra cosa parecían calvas producidas por alguna enfermedad. Sus manos enormes, surcadas de venas, eran de un increíble gris azulado; tenía los dedos sorprendentemente cortos y desproporcionados, como encogidos hacia adentro de sus tremendas palmas. Al dirigirse hacia el autobús, noté su forma de bamboleante de andar. Sus pies eran igualmente desmesurados, y cuanto más se los miraba, más difícil me parecía que pudiera encontrar zapatos a su medida.

La mugre que llevaba encima lo hacía más repugnante aún, Sin duda trabajaba o haraganeaba por los muelles pesqueros, a juzgar por el olor que traía consigo. Era imposible averiguar qué mezcla de sangres habría en sus venas. Sus rasgos no parecían asiáticos, polinesios ni negroides, pero evidentemente eran extranjeros. Sin embargo, más que una característica racial, aquellos rasgos me parecían una degeneración biológica.

Me quedé cortado de pronto, al darme cuenta de que no había ningún otro pasajero en el autobús. No me gustó la idea de viajar solo con semejante conductor. Pero se acercaba la hora de salida, y tuve que decidirme. Subí al coche, le tendí un dólar y dije escuetamente: «Innsmouth». Me miró con sorpresa durante un segundo, mientras me devolvía cuarenta centavos, pero no dijo nada. Me senté detrás de él, junto a una ventanilla, para poder contemplar la costa durante el viaje.

Por fin arrancó el cacharro de una sacudida y pronto dejó atrás los viejos edificios de State Street, retumbando estrepitosamente y soltando un humo espeso por el tubo de escape. Me dio la impresión de que la gente que pasaba por la acera evitaba mirar al autobús... o al menos, disimulaba. Luego doblamos a la izquierda por High Street y el camino se hizo más suave. Cruzamos por delante de unos edificios majestuosos que databan de los primeros tiempos de la República y luego dejamos atrás varias casas de campo de estilo colonial, más antiguas aún. Después de atravesar Lower Green y Parker River, salimos finalmente a una zona costera larga y monótona.

Era un día de calor y de sol. El paisaje de arena, de juncas, de maleza desmedrada, se hacía cada vez más desolado a medida que avanzábamos. A nuestro lado se extendía el agua azul y la raya arenosa de Plum Island. Después de desviarnos de la carretera general que seguía a Rowley e Ipswich, tomamos un camino que siguió bordeando el litoral. No

se veían casas, y según estaba el firme de la carretera, el tráfico por aquel paraje debía de ser muy escaso. Los negros postes del teléfono sostenían tan sólo dos cables. De cuando en cuando, cruzábamos unos decrepitos puentes de madera tendidos sobre pequeñas rías que, cuando la marea estaba alta, contribuían a aislar aún más la región.

De cuando en cuando se veían tocones ennegrecidos y cimientos de vallas desmoronadas que emergían de la arena. Recordé que en uno de los libros de historia que había manejado se decía que, anteriormente, aquella había sido una comarca fértil y muy poblada. El cambio sobrevino al parecer a raíz de la epidemia que había asolado la ciudad de Innesmouth en 1846, pero la gente lo había achacado a ciertos poderes malignos y ocultos. De hecho, el mal radicaba en la absurda tala de toda la arboleda cercana a la playa, que había privado al suelo de su mejor protección contra la arena que ahora lo invadía todo.

Finalmente, perdimos de vista Plum Island y apareció la inmensa extensión del Atlántico a nuestra izquierda. El estrecho camino comenzó a subir por una cuesta pronunciada.

Experimenté una sensación extraña al ver la cima solitaria que se elevaba ante nosotros, donde el camino, herido de surcos, se encontraba con el cielo. Era como si el autobús fuera a continuar su ascensión abandonando la tierra para fundirse con el misterio ignorado de un más allá invisible. El olor a mar nos llegaba cargado de aromas presagiosos. La espalda encorvada y rígida del conductor y su cráneo grotesco se me antojaban cada vez más repugnantes. Por detrás tenía la cabeza casi tan despoblada de pelo como su cara. Apenas le crecían unas pocas hebras amarillentas en su piel rugosa y grisácea.

Coronamos la cuesta. Desde arriba se podía contemplar toda la extensión del valle donde el Manuxet desembocaba en el mar, justo al norte de una larga muralla de acantilados que culmina en Kingston Head y tuerce

después hacia Cape Ann. En la bruma lejana del horizonte se alcanzaba a distinguir el perfil confuso del promontorio donde se alzaba aquel caserón antiguo del que tantas leyendas se habían contado. Pero de momento, toda mi atención se centró en el panorama inmediato que se abría ante mí: habíamos llegado frente al tenebroso pueblo de Innsmouth.

Era un núcleo urbano muy extenso, de casas apretadas, pero carente de signos de vida. Apenas si salía un hilo de humo de toda la maraña de chimeneas. Tres elevados campanarios descollaban rígidos y leprosos contra el azul de la mar. A uno de ellos se le había desmoronado el capitel. Los otros dos mostraban los negros agujeros donde antaño estuvieran las esferas de sus relojes. La inmensa marca de techumbres inclinadas y buhardillas puntiagudas formaban un paisaje desolador. A medida que avanzábamos carretera abajo, descubrí que muchos de los tejados estaban totalmente hundidos. Había algunas casas grandes de estilo georgiano, con tejados de cuatro aguas, cúpulas y galerías acristaladas. La mayoría de ellas estaban lejos de la mar, y una o dos vi que todavía se conservaban en buen estado. En el espacio que había entre unas y otras, se veía la línea herrumbrosa del ferrocarril abandonado, invadida de yerba, bordeada por los postes del telégrafo sin cables ya, y las huellas borrosas de los viejos caminos de carro que iban a Rowley y a Ipswich.

El abandono y la ruina se hacían más evidentes en el barrio mariner, junto a los muelles. Sin embargo, en su mismo centro se alzaba la blanca torre de un edificio de ladrillo muy bien conservado, que parecía como una pequeña fábrica. El puerto, invadido por los bancos de arena, estaba protegido por un antiguo espigón de piedra, sobre el que se distinguían las menudas figuras de algunos pescadores sentados. En la punta del espigón se veían los cimientos circulares de un faro derruido. En el puerto se había formado una lengua de arena sobre la cual había unas chozas miserables, algunos botes amarrados y unas cuantas nasas

diseminadas. El único sitio en que parecía haber profundidad era donde el río, una vez pasado el edificio de la torre blanca, daba la vuelta hacia el sur y vertía sus aguas en el océano, al otro lado del espigón.

Los muelles de embarque estaban podridos de un extremo a otro. Los más ruinosos eran los de la parte sur. Y allá lejos, mar adentro, pese a la marca alta, pude distinguir una raya larga y negra que apenas afloraba del agua y que al instante ejerció sobre mí una atracción singular y maligna. Era, sin duda alguna, el Arrecife del Diablo. Por un momento, mientras lo contemplaba, tuve la sorprendente sensación de que me estaban haciendo señas desde allá, lo que me produjo un inmenso malestar.

No encontramos a nadie por el camino. Empezamos a cruzar por delante de una serie de granjas desiertas y desoladas. Después vinieron unas pocas casas habitadas, cuyas ventanas estaban tapadas con harapos. En los estercoleros se amontonaban las conchas y el pescado estropeado. Algunos individuos trabajaban con aire ausente en sus jardines yermos y sacaban almejas en la orilla, siempre en medio de un penetrante olor a pescado. Unos grupos de niños sucios y de cara simiesca jugaban en los portales invadidos por la yerba. Había algo en aquella gente que resultaba más inquietante aún que los lúgubres edificios. Casi todos tenían los mismos rasgos faciales y los mismos gestos, cosa que producía una repugnancia instintiva e irremediable. Por un instante me pareció que aquellos rasgos me recordaban algún cuadro visto anteriormente, en circunstancias excepcionalmente horribles. Pero este pseudo-recuerdo fue muy fugaz.

Al llegar el autobús a la zona llana donde se alzaba el pueblo comencé a oír el murmullo monótono de una cascada en medio de un silencio impresionante. Las casas, desconchadas y torcidas, se fueron arrimando unas a otras, alineándose a ambos lados de la carretera, y ésta se convirtió en calle. En algunos sitios se veía el pavimento adoquinado y

restos de las aceras de baldosa que en otro tiempo habían existido. Todas las casas estaban aparentemente desiertas. De cuando en cuando, entre las paredes maestras, se abría el vacío de algún edificio derrumbado. En todas partes reinaba un olor nauseabundo e insoportable de pescado.

No tardaron en comenzar los cruces y las bocacalles. Las calles que salían a la izquierda en dirección de la costa estaban desempedradas, llenas de suciedad y de inmundicias. Aún no había visto a nadie en el pueblo, pero al fin se veían algunos signos de vida: cortinas en algunas ventanas, un cascado automóvil detenido junto al bordillo... El pavimento y las aceras se iban perfilando cada vez más y, aunque casi todas las casas eran bastante viejas - edificios de madera y ladrillo de principios del siglo XIX - se veía que todavía estaban en condiciones. Fascinado por el interés de cuanto veía, me olvidé del olor repugnante y de la sensación opresiva que había experimentado al principio.

Pero no había de llegar yo a mi punto de destino sin recibir otra impresión tremendamente desagradable. El autobús desembocó en una especie de plaza flanqueada por dos iglesias, en cuyo centro había un círculo de césped pelado y seco. En la calle que salía a la derecha se alzaba un edificio con columnas. La fachada, pintada de blanco en tiempos atrás, estaba ahora gris y desconchada. Las letras doradas y negras del frontis estaban tan borrosas que me costó bastante descifrar la inscripción: «Orden Esotérica de Dagon». Se trataba, pues, de la antigua logia masónica, actualmente consagrada a un culto degradante. Mientras me esforzaba por descifrar dicha inscripción, sonaron los sordos tañidos de una campana rajada que vinieron a distraer mi atención. Entonces me volví rápidamente y miré al otro lado de la plaza.

Los toques de campana provenían de una iglesia de piedra, de falso estilo gótico, que parecía mucho más antigua que el resto de los edificios de Innsmouth. Tenía a un lado una torre cuadrada, achaparrada, cuya cripta



de cerradas ventanas era desproporcionadamente alta. El reloj de la torre carecía de manillas, pero sabía que aquellos golpes sordos correspondían a las once. Y de repente, todas mis reflexiones se esfumaron ante la inesperada aparición de una figura tan horrenda, que me estremecí aun sin haber tenido tiempo de verla bien. La puerta de la cripta estaba abierta y formaba un rectángulo de oscuridad. Y al mirar casualmente, cruzó ese rectángulo algo que provocó en mí una fugaz impresión de pesadilla.

Era un ser vivo, el primer ser vivo, aparte el conductor, que veía dentro del casco urbano. De haber tenido los nervios más tranquilos, probablemente no habría encontrado nada aterrador en ello, porque un momento después me daba cuenta de que se trataba tan sólo de un sacerdote. Ciertamente vestía una extraña indumentaria, adoptada tal vez cuando la Orden de Dagon había decidido modificar el ritual de las iglesias locales. Creo que lo primero que me llamó la atención, lo que me llenó de aquel repentino horror, fue la alta tiara que llevaba. Se trataba de una reproducción exacta de la que miss Tilton me había mostrado la noche anterior. Sin duda fue esta coincidencia la que desató mi imaginación y me hizo ver algo siniestro en el rostro vislumbrado y en el atavío de aquella silueta que cruzó pesadamente el umbral de la puerta. Un segundo después resolví que no había ninguna razón para sentir ese horror que parecía nacer como un recuerdo maligno y olvidado. ¿No era natural que el misterioso ritual del lugar hubiese hecho adoptar a sus ministros ciertos ornamentos sacerdotales que resultasen especialmente familiares a la comunidad... por haber sido hallados en un tesoro, por ejemplo?

Unos poquísimos jóvenes de aspecto repelente se dejaron ver por las aceras. Se trataba de individuos aislados o de silenciosos grupos de dos o tres. En la planta baja de los edificios había algunas tiendas pequeñas de rótulos sucios y despintados. Vi también en las calles uno o dos camiones aparcados. El ruido de la caída del agua se fue haciendo intenso, hasta que

apareció ante nosotros la profunda garganta del río, sobre la cual se extendía un ancho puente de hierro que desembocaba en un plaza amplia. Al pasar por el puente, miré a uno y otro lado, y observé que había unas cuantas fábricas en las márgenes cubiertas de maleza, así como en la parte baja del camino. Allá lejos, por debajo del puente, el agua era muy abundante. A mi derecha, río arriba, se veían dos poderosos saltos de agua, y otro por lo menos río abajo, a la izquierda. El ruido era ensordecedor desde el puente. Luego dimos la vuelta a una plaza espaciosa al otro lado del río, y paramos a la derecha, delante de un caserón alto, pintado de amarillo y coronado por una cúpula. Sobre la puerta, un letrero medio borrado proclamaba que aquello era Gilman House.

Me alegré de bajar del autobús. Inmediatamente después, procedí a consignar mi maleta en el sórdido vestíbulo del hotel. Sólo había una persona a la vista, un hombre de edad, que carecía de lo que yo había dado en llamar «pinta de Innsmouth». Decidí no hacer preguntas indiscretas; recordaba las cosas raras que se contaban de este hotel. Así que salí a dar una vuelta por la plaza. El autobús se había ido ya. Me entretuve en inspeccionar el sitio. A un lado, la plaza daba a un solar pedregoso tras el cual se extendía el río. Al otro extremo había un semicírculo de edificios de ladrillo con tejados oblicuos que seguramente databan de 1800. De allí se abrían varias calles en abanico. Por la noche, habida cuenta de la escasez de farolas, estas calles tendrían una iluminación bastante pobre. Pensé con alivio en mi proyecto de marcharme de allí antes del anochecer. Los edificios se conservaban todos en bastante buenas condiciones y albergaban quizá una docena de establecimientos comerciales de lo más corriente: una sucursal de una gran cadena de tiendas de comestibles, un restaurante de aspecto triste, una droguería, un almacén de pescado al por mayor y, en el extremo de la plaza, no lejos del río, las oficinas de la única industria del pueblo, las Refinerías Marsh. Habría unas diez personas por allí, y cuatro o

cinco automóviles y camiones aparcados junto a la acera. Evidentemente, se trataba del centro comercial de Innsmouth. Hacia oriente se podían ver los azules parpadeos del puerto, sobre los que se alzaban las ruinas de tres antiguos campanarios, muy bellos en su lúgubre desolación. Cerca de la orilla, al otro lado del río, se veía sobresalir una torre blanca por detrás de un edificio que debía ser la refinería Marsh.

Después de pensarlo un rato, decidí empezar mis indagaciones en la tienda de comestibles. Tratándose de una sucursal, era probable que sus dependientes no fueran de Innsmouth, como así resultó. En efecto, el único empleado era un muchacho de unos diecisiete años cuyo aspecto franco y simpático prometía abundante información. Daba la impresión de que estaba deseoso de charlar, y no tardé en descubrir que no le gustaba el pueblo, ni su olor a pescado, ni sus furtivos habitantes. Para él era un alivio poder hablar con cualquier forastero. Era de Arkham y vivía con una familia que procedía de Ipswich. Siempre que podía, hacía una escapada para visitar a su familia. A ésta no le gustaba que trabajase en Innsmouth, pero la empresa lo había destinado allí y él no deseaba dejar el empleo.

Dijo que en Innsmouth no había biblioteca pública ni cámara de comercio, pero que no me sería difícil orientarme por las calles. Seguramente encontraría monumentos de interés. Donde yo me había apeado era Federal Street. De aquí nacía en dirección a poniente una serie de calles residenciales - Broad, Washington, Lafayette y Adams-. y al otro lado estaba el miserable barrio mariner. En ese barrio - cuya arteria era Main Street - encontraría unas viejas iglesias muy bellas de estilo georgiano, completamente abandonadas. Sería conveniente que yo no llamara demasiado la atención por aquellas inmediaciones, especialmente al norte del río, ya que el vecindario era gente hosca y mal encarada. Incluso se decía que algunos forasteros habían llegado a desaparecer.

Ciertos lugares eran prácticamente territorio prohibido, según había

aprendido a costa de disgustos. Por ejemplo, no era aconsejable rondar por los alrededores de la refinería Marsh, ni por las proximidades de cualquiera de los templos que aún se hallaban abiertos al culto ni por delante del edificio de la Orden de Dagon situado en New Church Green. Los cultos que se practicaban eran muy extraños. Todos ellos habían sido enérgicamente desautorizados por sus respectivas iglesias de fuera de Innsmouth. Las sectas locales, aun cuando conservaban sus primitivos nombres, practicaban las más extrañas ceremonias y utilizaban unas vestiduras sacerdotales sumamente raras. Sus credos heréticos y misteriosos hacían alusión a ciertas metamorfosis prodigiosas, a consecuencia de las cuales se obtenía la inmortalidad material en este mundo. El pastor del muchacho, el doctor Wallace, de Arkham, le había instado a que no frecuentara ninguna iglesia de Innsmouth.

En cuanto a la gente, él apenas sabía nada. Eran huidizos; se les veía raramente y vivían como los animales en sus madrigueras, de modo que resultaba muy difícil imaginarse a qué se dedicaban, aparte la eterna pesca. A juzgar por las cantidades de licor clandestino que consumían, se debían de pasar la mayor parte del día en estado de embriaguez. Parecían unidos por una especie de misteriosa camaradería, y sentían un gran desprecio por el resto del mundo, como si fueran ellos los elegidos para otra vida mejor. Su aspecto - en particular aquellos ojos fijos e imperturbables que no pestañeaban jamás - era lo que más le repelía de ellos. Después, sus voces roncadas de acento inhumano. Era lo más desagradable del mundo oírles cantar por la noche en la iglesia, en especial durante sus grandes festividades - que ellos denominaban re-nacimientos-, celebradas dos veces al año, el 30 de abril y el 31 de octubre.

Eran muy aficionados al agua, y siempre estaban nadando en el río y en el puerto. Las competiciones hasta el lejano Arrecife del Diablo eran muy frecuentes, y viéndoles, daba la sensación de que todos estaban en

condiciones de participar en esta dura prueba deportiva. Pensándolo bien, uno se daba cuenta de que las únicas personas que aparecían en público eran jóvenes. Incluso entre éstos, a los mayores se les notaban ya ciertos signo de degeneración. Era muy raro encontrar adultos sin rastro de desviación biológica alguna, como el viejo empleado del hotel, y uno se preguntaba qué ocurría con los viejos. ¿No sería tal vez la «pinta de Innsmouth» un extraño fenómeno patológico que les iba minando el organismo a medida que transcurrían los años?

Naturalmente, sólo una grave enfermedad podía acarrear tales y tan grandes modificaciones anatómicas en las personas que alcanzaban la madurez... modificaciones tan profundas, que incluso llegaban a afectar a la forma del cráneo. En ese caso, la cosa ya no sería tan desconcertante, puesto que se trataría de una enfermedad. De todas formas, el muchacho me dio a entender que era muy difícil sacar conclusiones concretas sobre el asunto, ya que jamás se llegaba a conocer personalmente a los viejos del lugar, por mucho que viviese uno entre ellos.

Dijo además que estaba convencido de que había individuos más repugnantes que los que se veían por la calle, pero que los encerraban en determinados lugares. Se oían cosas la mar de raras. Decían que las casas del puerto se comunicaban entre sí mediante una serie de subterráneos secretos, y que el barrio era un auténtico vivero de monstruos deformes. Era imposible saber qué clase de sangre les corría por las venas, si es que les corría alguna. Cuando llegaba al pueblo algún enviado del Gobierno o alguna personalidad, solían ocultar a los tipos más señaladamente repulsivos.

Añadió que era inútil preguntarles nada sobre el lugar. El único capaz de hablar era un viejo que vivía en el asilo de la salida del pueblo, y que solía pasear por las calles próximas al parque de bomberos. Este venerable personaje, Zadok Allen, tenía noventa y seis años y estaba algo

tocado de la cabeza, además de ser el borrachín del pueblo. Era un individuo huidizo y extraño que siempre miraba de soslayo como si temiese algo. Estando sereno, no se le podía sacar una palabra del cuerpo. Sin embargo, era incapaz de rechazar cualquier invitación y, una vez bebido, contaba las historias más asombrosas del mundo.

De todos modos, pocos datos útiles podría sacar de él, ya que no decía más que disparates, cosas prodigiosas y horrores imposibles, propios de una mente desequilibrada. Nadie le creía, pero a los de Innsmouth no les gustaba verle beber y charlar con extraños. No era prudente que le vieran a uno haciéndole preguntas. Probablemente, las descabelladas habladurías que corrían por ahí provenían de él.

Es cierto que algunos habitantes de Innsmouth que procedían de otras localidades afirmaban haber visto escenas horribles, pero las aterradoras historias del viejo Zadok, unidas a la deformidad de los habitantes, eran suficientes para provocar todo tipo de supersticiones y fantasías. Ninguno de los forasteros que vivían en el pueblo se atrevía a salir de noche. Se decía que era peligroso. Además, las calles estaban siempre oscuras.

Por lo que se refiere al comercio, la abundancia de pescado era casi increíble; de todos modos, en Innsmouth se obtenía menos beneficio cada día. Los precios bajaban continuamente y la competencia aumentaba. Como es natural, el verdadero negocio del pueblo era la refinería, cuyas oficinas estaban en la plaza, unos portales más allá. El viejo Marsh nunca se dejaba ver. A veces se veía pasar su automóvil con las cortinillas echadas.

Corría toda suerte de rumores acerca de la transformación que había sufrido el viejo Marsh. En sus tiempos había sido siempre muy atildado y se decía que vestía aún una elegante levita de tiempos del rey Eduardo, aunque se la habían tenido que adaptar a ciertas deformidades. Al principio

dirigían sus hijos la oficina de la plaza, pero últimamente se habían retirado de la vida pública, dejando el peso del negocio a la generación más joven. Tanto ellos como sus hermanas habían sufrido un cambio muy extraño, especialmente los mayores, y se decía que estaban muy mal de salud.

Por lo visto, una de las hijas de Marsh era verdaderamente horrible. Según se decía, parecía un reptil. Iba siempre ataviada con una gran cantidad de joyas fantásticas; hasta llevaba una tiara del mismo estilo que la del museo, por lo que me dijo el muchacho. El mismo se la había visto en la cabeza más de una vez. Sin duda provenía de algún tesoro escondido por los piratas o los demonios. Los curas - o los pastores, o como se les llamase a esos extraños sacerdotes - usaban también tiaras de ese tipo. Pero rara vez se les veía. Me confesó que él no había visto más que una, la de la muchacha, aunque corría el rumor de que existían varias en la ciudad.

Además de los Marsh, había otras tres familias de elevada posición: los Waite, los Gilman y los Eliot. Todas eran gente retraída. Vivían en casas inmensas, a lo largo de Washington Street. Se decía que con ellos vivían secuestrados ciertos familiares que sufrían también horribles deformaciones y cuyo fallecimiento había sido certificado oficialmente.

Como en muchas calles habían desaparecido los rótulos, el muchacho me dibujó un plano rudimentario pero bien detallado del pueblo, para que pudiera orientarme. Después de examinarlo un momento, consideré que me iba a servir de gran ayuda. Le di las gracias y me lo guardé en el bolsillo. No me gustaba la idea de ir a comer al restaurante que había visto, así que le compré un poco de queso y galletas para tomar un bocado más adelante. El programa que me había trazado consistía en deambular por las calles principales, hablar con alguien que no fuese de allí si tenía ocasión de ello, y coger el autobús de las ocho para Arkham. A primera vista se notaba que el pueblo era un caso extremado de decadencia colectiva. En fin, yo no soy sociólogo, de manera que limité mis

observaciones a la arquitectura.

Empecé a buen paso mi recorrido sistemático por las sórdidas calles de Innsmouth. Después de cruzar el puente, me desvié hacia el fragor de los saltos de agua que había río abajo. Pasé junto a la refinería Marsh, de la que no salía ruido alguno ni se notaba la menor actividad. El edificio estaba situado junto al río, cerca del puente y de una confluencia de calles que debió de ser el primitivo centro comercial del pueblo, desplazado después por la actual Plaza Mayor.

Volví a cruzar la garganta por el puente de Main Street, y desemboqué en un paraje tremendamente desolado. Los montones de cascote y los tejados fundidos formaban una línea mellada y fantástica que se recortaba contra el cielo. Por encima, severo y decapitado, destacaba el campanario de una antigua iglesia. En Main Street había algunas casas habitadas al parecer, pero sus puertas y ventanas estaban cerradas con tablas clavadas. Más abajo, unos edificios ruinosos y abandonados abrían sus ventanas como negras órbitas vacías sobre las calles empedradas. Algunos de aquellos edificios se inclinaban peligrosamente a causa de los hundimientos del suelo. Reinaba un silencio imponente. Tuve que armarme de valor para atravesar aquel lugar en dirección al puerto. Ciertamente, la impresión sobrecogedora que produce una casa desierta aumenta cuando el número de casas se multiplica hasta formar una ciudad de completa desolación. El interminable espectáculo de callejones desiertos y fachadas miserables, la infinidad de cuchitriles oscuros, vacíos, abandonados a las telarañas y a la carcoma, provocan un temor que ninguna filosofía puede disipar.

En Fish Street estaba todo tan desierto como en la arteria principal, aunque ofrecía un aspecto diferente. Había muchos almacenes, contruidos de piedra y ladrillo, que todavía se conservaban en buen estado. Water Street era casi idéntica, salvo que tenía enormes espacios despejados en el



lado de la mar, donde antes hubo muelles y embarcaderos, hoy hundidos. No se veía un alma, a excepción de los escasos pescadores del lejano espigón. Sólo se oían los blandos lametones de las olas en el puerto, y el rumor lejano de los saltos del Manuxet. Una creciente inquietud se iba apoderando de mí. Volví la cabeza y miré hacia atrás furtivamente. Luego atravesé el vacilante puente de Water Street. El otro, el de Fish Street, estaba en ruinas según el plano.

Al otro lado del río encontré indicios de cierta actividad: manufacturas de preparación y embalaje del pescado, algunas chimeneas humeantes, techumbres reparadas, ruidos indeterminados y unos pocos individuos que caminaban bamboleantes por los callejones mal empedrados. No obstante, este barrio resultaba aún más deprimente que la desolación del distrito sur. Las gentes aquí tenían más acentuada su deformidad que las del centro. Varias veces me recordaron, de manera confusa, algo tremendo y grotesco que no conseguí identificar. Evidentemente, la proporción de sangre extranjera era en éstos mayor que en los de los demás barrios, a no ser que la «pinta de Innsmouth» fuese una enfermedad, en cuyo caso debía estar causando estragos en este sector. De cuando en cuando también se oían crujidos, carreras presurosas, ruidos extraños y roncós que me hicieron pensar, no sin cierto nerviosismo, en los pasadizos ocultos que había mencionado el muchacho de la tienda. Y de pronto, me di cuenta de que aún no les había escuchado pronunciar una sola palabra, y que deseaba con toda mi alma que no llegara ese momento. Me estremecía con sólo imaginar el sonido de sus voces.

Después de detenerme a contemplar las dos iglesias - hermosas, aunque ya en ruinas - de Main y de Church Street, apreté el paso para salir cuanto antes de aquel inmundo barrio marino. A continuación, mi objetivo debería haber sido lógicamente el templo de New Church Green, pero sin saber bien por qué, no me atreví a pasar otra vez por delante de

aquella iglesia, en cuya cripta había vislumbrado la fugaz silueta de aquel extraño sacerdote con tiara. Además, el muchacho de la tienda me había advertido que las iglesias, lo mismo que el local de la Orden da Dagon, no eran lugares aconsejables para forasteros.

Por consiguiente, continué por Main Street hasta Martin Street, luego tomé la dirección opuesta a la mar; crucé Federal Street por arriba de Green Street, y me interné en el arruinado barrio aristócrata: Broad, Washington, Lafayette y Adams Street. Aunque sus avenidas, majestuosas y antiguas, tenían un pésimo pavimento, conservaban aún una magnífica arboleda y no habían perdido totalmente su primitiva dignidad.

Los edificios, unos tras otros, llamaban la atención. La mayoría eran casas decrepitas, rodeadas de jardincillos totalmente abandonados. De cuando en cuando se veía alguna vivienda habitada. En Washington Street había una fila de cuatro o cinco edificios muy bien conservados, con sus jardines impecables. Pensé que el más suntuoso de todos - rodeado de parterres inmensos que se extendían a todo lo largo de la calle, hasta Lafayette Street-, debía de ser la casa del viejo Marsh, el infortunado propietario de la refinería.

En ninguna de estas calles encontré alma viviente. Me extrañaba la completa ausencia de perros y gatos en Innsmouth. Otra cosa que me chocó fue que, incluso en las mejores mansiones, las ventanas de los áticos y del tercer piso permanecían firmemente cerradas y clavadas con tablas. El disimulo y el misterio parecían generales en esta extraña ciudad de silencio y de muerte. Por otra parte, no podía sustraerme a la sensación de que en todo momento me vigilaban unos ojos ocultos, taimados y fijos que no parpadeaban jamás.

Me sacudió un escalofrío al oír los tres toques de la campana cascada. Demasiado bien recordaba la iglesia de donde provenían esos tañidos. Siguiendo por Washington Street hacia el río, fui a parar a una

zona que antiguamente debió de ser industriosa y comercial. Frente a mí se alzaban las ruinas de una factoría, otros edificios en el mismo estado, y los restos de una estación de ferrocarril. Más allá, el antiguo puente ferroviario cruzaba la garganta a la derecha de donde yo estaba.

A la entrada del puente había un cartel que prohibía el paso, pero me arriesgué y pasé otra vez a la orilla sur, donde volví a tropezarme con individuos furtivos de torpe andar que me miraban con disimulo. También se volvieron hacia mí otros rostros, más normales éstos, pero con expresión de curiosidad y desconfianza. Innsmouth se me estaba haciendo intolerable por momentos. Torcí por Paine Street y me encaminé hacia la Plaza con la esperanza de coger algún vehículo que me llevara a Arkham, para no esperar hasta la salida del siniestro autobús.

Fue entonces cuando descubrí el cochambroso parque de bomberos y encontré al viejo - cara colorada, hirsuta la barba, ojos aguanosos, y vestido con unos andrajos indescritibles - sentado en un banco allí enfrente y hablando con un par de bomberos mal vestidos, aunque de aspecto normal. Naturalmente, no podía ser otro que Zadok Allen, el chiflado bebedor cuyos relatos sobre Innsmouth tenían fama de espantosos e increíbles.

### III

No sé qué oscura fatalidad vino a torcer los planes que me había trazado. Mi propósito era únicamente admirar las bellezas arquitectónicas; y aun así, tenía prisa por llegar a la Plaza. Quería ver si podía marcharme en seguida de aquel pueblo siniestro. Pero al ver al viejo Zadok Allen se despertó en mí un nuevo interés y empecé a caminar más despacio.

Ya sabía que lo único que podía oír del viejo era una serie de historias absurdas y disparatadas. Se me había advertido, además, que era peligroso que le vieran a uno hablando con él. Sin embargo, no pude

resistir la tentación de abordar a un viejo testigo de la decadencia del pueblo, cargado de recuerdos sobre los buenos tiempos en que zarpaban los barcos y funcionaban las factorías. Al fin y al cabo, el relato más desquiciado tiene la mayoría de las veces un fondo de realidad... y era seguro que el viejo Zadok había presenciado las calamidades que cayeron sobre Innsmouth durante los últimos noventa años. La curiosidad me empujaba más allá de lo prudencial. Por otra parte, en mi presunción juvenil me creía capaz de desentrañar la verdad que podía encerrar la confusa versión que probablemente le sacaría con ayuda del whisky.

No podía abordarle allí mismo, claro está, porque los bomberos tratarían de impedirlo. Pensé en la manera de hacerlo. Me haría con una botella de contrabando. El muchacho de la tienda me había dicho dónde me lo podían vender. Después pasaría por el parque de bomberos como por casualidad, y le hablaría en cuanto se me presentara la ocasión. El dependiente me había dicho también que el viejo Zadok era muy inquieto, y que rara vez permanecía sentado dos horas seguidas.

Me resultó fácil - aunque no barato - hacerme con un cuarto de botella de whisky en la trastienda de un establecimiento de artículos diversos que había a la salida de la Plaza, en Eliot Street. El tipo que me despachó tenía la misma «pinta de Innsmouth» que los demás, aunque fue muy amable a su modo, tal vez por estar acostumbrado a tratar con los forasteros - carreteros, compradores de oro y gentes así - que estaban de paso en el pueblo.

Al llegar a la plaza vi que estaba de suerte: por la esquina del Gilman House, surgiendo de Paine Street, apareció nada menos que la flaca figura del mismísimo Zadok Allen. Como tenía pensado, atraje su atención ostentando la botella. No tardé en comprobar, al torcer por Paine Street en busca de un lugar solitario, que el viejo me seguía con paso torpe.

Me orienté por el plano del muchacho de la tienda. Busqué un

paraje desierto y abandonado que había visto antes, al sur del barrio del puerto, donde no se veían más seres vivientes que los pescadores, allá lejos. Crucé unas pocas manzanas más y perdí de vista incluso a estos testigos remotos. Llegué, por fin, a un embarcadero abandonado, realmente solitario. Allí podía interrogar a mis anchas al viejo Zadok sin que nadie nos viera. Antes de llegar a Main Street, oí un «¡eh, señor! » débil y jadeante a mi espalda. Dejé que el viejo me alcanzara y le permití que echara un buen trago.

Empecé a tantearle mientras caminábamos en medio de aquella desolación, entre fachadas ruinosas y torcidas. Pronto me di cuenta de que el viejo no soltaba la lengua tan pronto como yo había supuesto. Finalmente llegamos a un solar invadido de yerba, rodeado de unas tapias desmoronadas, excepto por donde daba a un muelle cubierto de algas. Las rocas musgosas, junto al agua, proporcionaban unos asientos aceptables y el lugar estaba al resguardo de miradas indiscretas, oculto por un malecón en ruinas que teníamos atrás. Pensé que éste era el sitio ideal para mantener una larga conversación, así que conduje allí a mi compañero, y tomamos asiento en las rocas. El ambiente era de abandono y de muerte; el olor a pescado resultaba insufrible, pero nada me haría desistir de mi propósito.

Tenía unas cuatro horas por delante, si quería coger el autobús de las ocho para Arkham. Le pasé otro poco la botella al viejo y, mientras, me dispuse a tomar mi escasa comida. Procuré que el viejo no bebiera demasiado porque no deseaba que su locuacidad se convirtiera en sopor. Al cabo de una hora, empezó a dar muestras de ceder en su obstinada reserva, aunque para desilusión mía, continuó soslayando mis preguntas sobre Innsmouth y su tenebroso pasado. Se limitaba a hablar de temas generales, poniendo de manifiesto un gran conocimiento de la actualidad periodística y una marcada tendencia a filosofar a la manera sentenciosa de los campesinos.

Llevábamos ya casi dos horas, y yo empezaba a temerme que el cuarto de whisky no iba a ser suficiente. Me pregunté si no sería mejor ir un momento a comprar más. Pero justo cuando me disponía a levantarme, la casualidad hizo lo que mis preguntas no habían logrado hasta el momento, y las divagaciones del anciano tomaron un derrotero que al instante despertó mi interés. Yo estaba de espaldas a esa mar cargada de olor de pescado, pero el viejo estaba de cara, y su mirada errante tropezó con la línea baja y distante del Arrecife del Diablo, que en aquella hora aparecía con claridad y casi fascinante, por encima de las olas. La visión pareció disgustarle, porque masculló una serie de confusas imprecaciones que terminaron en un susurro confidencial y una mirada de soslayo. Se inclinó hacia mí, me cogió de la solapa, y empezó a hablar en voz muy baja:

-Ahí empezó todo... en este maldito lugar. De ahí viene todo lo malo, de las aguas profundas. Para mí que es la boca del infierno... No hay sonda, por larga que sea, que llegue hasta el fondo. El capitán Obed fue quien tuvo la culpa... Quiso llegar demasiado lejos, y se metió en tratos con ciertas gentes de los Mares del Sur.

»Todo andaba mal en aquellos tiempos. El comercio era un fracaso, las fábricas se arruinaban y los corsarios mataron a nuestros mejores hombres en la Guerra de 1812. Otros naufragaron, como los del bergantín Elizy y el lanchón Ranger, que eran de Gilman los dos. Obed Marsh tenía una flota de tres barcos: el bergantín Columby, el Hetty, y la corbeta Sumatra Queen. Fue el único que siguió con el tráfico de las Indias Orientales y el Pacífico, aparte la goleta Malary Bride, de Esdras Martin, que hizo una salida el año veintiocho.

»Nunca ha habido otro como el capitán Obed... ¡hijo de Satanás! ¡Je, je! Todavía me parece que lo veo soltando pestes y llamando idiotas a todos porque iban a la iglesia y aguantaban sus miserias sin protestar. Decía

que había dioses mejores, que las divinidades de las Indias proporcionaban pescado a cambio de los sacrificios, y que ésos sí que escuchaban las plegarias de las gentes.

»Matt Eliot, su mejor amigo, también hablaba bastante, también. Sólo que incitaba a las gentes a hacer herejías de paganos. Según decía, había una isla al este de Othaheite con una gran cantidad de ruinas de piedra, más viejas que lo más antiguo que nadie pueda conocer. Decía que era como la Ponapé de las Carolinas, sólo que con unos rostros esculpidos como los de la isla de Pascua. Allí cerca había también un islote volcánico, donde existían unas ruinas completamente estropeadas, como si hubieran estado mucho tiempo bajo el agua, y representaban unos monstruos espantosos.

»Pues bien, señor, Matt les decía a las gentes que los nativos aquellos tenían todo el pescado que les cabía a bordo, y ajorcas valiosas, y brazaletes, y coronas, todo fundido en no sé qué especie de oro, con motivos labrados imitando los seres monstruosos esculpidos en las ruinas del islote. Eran como ranas que parecían peces o peces que parecían ranas, y estaban en todas las posturas talmente como seres humanos. Nadie sabía de dónde habían sacado aquellos tesoros ni cómo se las arreglaban para pescar tanto, cuando en las islas vecinas apenas se sacaba para malvivir. Conque Matt también se extrañó, lo mismo que el capitán Obed. Y éste observó, además, que cada año desaparecía la flor de la juventud, y que no se veían viejos. A la vez empezó a notar que algunos tipos tenían un aspecto demasiado raro, aun para ser canacos.

»Por último, Obed descubrió la verdad. No sé cómo se las arregló, pero empezó comprándoles los objetos de oro que usaban. Les preguntó de dónde los sacaban y si había más, y finalmente le sacó toda la verdad al viejo jefe. Walakea se llamaba. Otro que no fuera Obed, no se habría creído lo que le contó el viejo del demonio, pero el capitán leía en los ojos de las

personas como en un libro abierto. ¡Je, je! A mí tampoco me cree nadie cuando me pongo a contarle, y supongo que usted tampoco... aunque ahora que me fijo, tiene usted la misma mirada que el viejo Obed.»

La voz del viejo se hizo aún más susurrante. Su acento era tan sincero y terrible que me estremecí, aun cuando sabía que su relato no era más que una fantasía de borracho.

»Pues bien, señor; Obed se enteró de cosas de las que mucha gente no a oído hablar de la vida... ni las creería nadie si las oyera. Parece que estos canacos sacrificaban montones de muchachos y muchachas a una especie de divinidades que vivían bajo la mar, y obtenían toda clase de favores a cambio. Se reunían con aquellos seres en el islote, entre las extrañas ruinas, y parece que las imágenes monstruosas de peces-ranas estaban copiadas de aquellos seres. Seguramente eran esas bestias que salen en todos los cuentos de sirenas y cosas por el estilo. Tenían muchas ciudades en el fondo, y la propia isla había salido de las profundidades. Parece que, cuando el islote salió a la superficie, todavía quedaban algunos de estos seres vivos entre las ruinas, y los canacos se dieron cuenta de que debía haber muchos más en el fondo del océano. Conque, en cuanto se atrevieron, empezaron a hablar con ellos por señas, y llegaron finalmente a un acuerdo.

»A esos seres les gustaban los sacrificios humanos. Hacía mucho habían subido también a la superficie y habían hecho sacrificios, pero finalmente habían perdido contacto con el mundo de arriba. Sabe Dios lo que harían con las víctimas; me figuro que Obed prefirió no preguntarlo. Pero a los paganos no les importaba demasiado, porque atravesaban una racha difícil y estaban desesperados. Así que, dos veces al año, entregaban cierto número de jóvenes a los seres de la mar: la noche de Walpurgis y la de Difuntos. También les daban algunas baratijas talladas que sabían hacer. A cambio, las bestias marinas se comprometían a darles grandes cantidades



de pescado y ciertos objetos de oro macizo.

»Pues como digo, los nativos se reunían con esos seres en el islote volcánico... Iban en canoas con las víctimas y demás, y regresaban con las joyas de oro que les entregaban. Al principio, los seres aquellos no querían ir a la isla grande, pero de pronto, un día, dijeron que sí, que querían ir. Se conoce que les apetecía mezclarse con la gente y festejar con ellos sus días señalados, la noche de Walpurgis y la de Difuntos. Como ve, podían vivir dentro o fuera del agua. O sea, que eran anfibios, como decimos nosotros. Los canacos les advirtieron que los habitantes de las demás islas los matarían si se enteraban de que estaban allí, pero ellos dijeron que no se preocuparan, que tenían poderes suficientes para destruir a toda la raza humana, menos a los que tenían no sé qué señales o signos de los que ellos llamaban 'Primordiales'. Pero como no querían líos, se ocultaban cuando alguien visitaba la isla.

»Cuando les llegó la época de celo a aquellos seres con pinta de sapo, los canacos pusieron reparos, pero entonces se enteraron de algo que les hizo cambiar de opinión. A lo que parece, los seres humanos tenemos como cierto parentesco con estas bestias marinas, porque todas las formas de vida han salido del agua y sólo necesitan un pequeño cambio para volver a ella otra vez. Las criaturas aquellas dijeron a los canacos que si se mezclaban sus sangres, nacerían hijos de apariencia humana al principio, pero que después se irían pareciendo a ellos cada vez más, hasta que finalmente regresarían al agua para reunirse con los enjambres de seres que bullen en los abismos del agua. Y aquí viene lo importante, joven: que cuando se volvieran peces-sapos como ellos y regresaran al agua, no morirían ya jamás. Esas bestias no mueren nunca, excepto si se las mata de forma violenta.

»Pues bien, señor; para cuando Obed conoció a los isleños, ya les corría por las venas mucha sangre de pez que les venía de las bestias.

Cuando envejecían y empezaba a notárseles, no tenían más remedio que esconderse hasta que les venían ganas de irse a la mar. Algunos tenían más sangre de bestia que otros, y también se daba el caso del que no llegaba a cambiar lo suficiente para vivir en el fondo; pero en fin, casi todos se convertían en monstruos como ya se les había advertido. Los que se parecían más a ellos de nacimiento se iban antes; los que nacían más humanos, vivían en la isla, a veces hasta pasados los setenta años, aunque bajaban a menudo al fondo de la mar para ensayar a ver. Y los que se habían ido ya, volvían como de visita, de manera que a veces un hombre podía charlar con el tatarabuelo de su tatarabuelo, que había regresado a las aguas doscientos años antes o así.

»Ya nadie pensaba en morir... salvo en lucha con los de otras islas, o si los sacrificaban a los dioses marinos, o si los mordía una serpiente, o también si cogían una enfermedad antes de regresar a las aguas. Sencillamente, se pasaban la vida esperando que les viniese el cambio, que ya se habían acostumbrado a él y no les parecía tan horrible. Pensaban que la transformación valía la pena, y me figuro que Obed pensaría lo mismo cuando meditó lo que le había contado el viejo Walakea. Sin embargo, Walakea era uno de los pocos que no tenía mezcla de sangre en las venas. Era de la familia real, y sólo se casaban con los de las familias reales de otras islas.

»Walakea le enseñó a Obed una gran cantidad de ritos y conjuros relacionados con aquellas bestias marinas, y le mostró algunos hombres que ya estaban muy a medio convertir, pero jamás le permitió ver a ninguno completamente transformado. Por último, le dio un chisme bastante raro de plomo o algo parecido, y le dijo que atraía a los famosos peces-ranas en cualquier lugar del agua, siempre que hubiese un nido de ellos abajo. Lo único que tenía que hacer era echar aquel chisme al agua y recitar correctamente las plegarias y demás. Walakea le dijo que los peces-

ranas estaban diseminados por todo el mundo, de manera que se podía encontrar un nido y llamarlos con toda facilidad.

»A Matt no le gustaba nada el asunto y le pidió a Obed que se mantuviese alejado de la isla, pero el capitán estaba ansioso por ganar dinero, y tan baratos encontró aquellos objetos de oro, que acabaron siendo su especialidad. Las cosas continuaron de esta manera durante unos años, hasta que Obed sacó el oro suficiente para poner en marcha la refinería en el edificio de una vieja fábrica de Waite. No vendía las joyas tal como le venían a las manos porque la gente habría hecho demasiadas preguntas. Pero a veces, alguno de su tripulación robaba alguna que otra pieza y la vendía por su cuenta. Otras veces, Obed permitía que las mujeres de su familia se adornaran con ellas, como hacen todas las mujeres del mundo.

»Pues bien, hacia el año treinta y ocho - tenía yo entonces siete años-, Obed se encontró con que los isleños habían desaparecido. Parece ser que los de las otras islas habían oído contar lo que pasaba, y decidieron cortar por lo sano. Para mí que debían tener algunos de esos viejos símbolos mágicos que, como decían los monstruos marinos, eran lo único que les asustaba. Ya se sabe que los canacos son unos lince, y no le quiero decir, si ven aparecer de pronto una isla con ruinas más antiguas que el diluvio, lo que tardan en ir a ver de qué se trata. El caso es que no dejaron títere con cabeza, ni en la isla grande ni en el islote volcánico, salvo las ruinas, que eran demasiado grandes para derribarlas. En determinados lugares dejaron unas piedras pequeñas como talismanes que llevaban grabado encima un signo de esos que llaman ahora la svástica. Debían de ser símbolos de los Primordiales. En resumen: que lo destruyeron todo, que no dejaron ni rastro de aquellos objetos de oro, y que ningún canaco de los alrededores quería decir después ni una palabra del asunto. Incluso juraban que nunca había vivido nadie en aquella isla.

»Naturalmente, a Obed le sentó muy mal, porque para él suponía el

fin de su negocio. Todo Innsmouth sufrió las consecuencias también, porque en aquellos tiempos, lo que beneficiaba al armador beneficiaba al mismo tiempo a la población. La mayoría de las gentes de por aquí tomó las cosas con resignación; pero estaban arruinados, porque la pesca se agotaba y ninguna de las fábricas marchaba bien.

»Entonces Obed empezó a maldecir a las gentes por pasarse la vida rezando estúpidamente al Dios de los cristianos, que no servía para nada. Les dijo que él conocía otros pueblos que rezaban a ciertos dioses que concedían de verdad lo que se les pedía, y dijo que si conseguía un puñado de hombres decididos a secundarle, él se las apañaría para encontrar la protección de esos poderes capaces de proporcionarles abundante pesca y también algo de oro. Naturalmente, los marineros del Sumatra Queen, que habían estado en la isla, comprendieron en seguida lo que quería decir, y a ninguno le hizo mucha gracia tener que arrimarse a los monstruos marinos; pero había muchos que no sabían nada de aquello y les hizo mucha impresión lo que Obed dijo de estos dioses nuevos (o viejos, según se mire), y empezaron a preguntarle cosas sobre esa religión que tanto prometía.»

Aquí el anciano se detuvo tembloroso, soltó un gruñido y se sumió en una silenciosa meditación. Lanzó una mirada por encima del hombro con nerviosismo, y luego volvió a contemplar fascinado la línea negra del lejano arrecife. Le pregunté algo y no me contestó. Comprendí que debía dejarle terminar la botella. La desquiciada historia que estaba escuchando me interesaba profundamente porque, a mi entender, se trataba de una especie de alegoría que expresaba de manera simbólica el ambiente malsano de Innsmouth visto a través de una fantasía desbordante e influida por todo tipo de leyendas exóticas. Ni por un momento se me ocurrió creer que el relato tuviera el menor fundamento, y sin embargo, en él palpitaba un auténtico terror, tal vez por el hecho de aludir a aquellas joyas extrañas

que tanto me recordaban a la tiara que había visto en Newburyport. Después de todo, lo más probable era que aquel ornamento procediera de alguna isla perdida, y que el extravagante relato de Zadok fuera una patraña más del difunto Obed, y no un delirio suyo de borrachín.

Le alargué la botella, y el viejo la apuró hasta la última gota. Soportaba el alcohol de una manera asombrosa; a pesar de la cantidad de whisky ingerido, no se le trabó la lengua ni una vez. Después de apurar la botella lamió el gollete y se la metió en el bolsillo. Luego comenzó a cabecear y a susurrar para sí cosas inaudibles. Me acerqué más a él para ver si le entendía alguna palabra, y me pareció sorprenderle una sonrisa burlona tras sus bigotes hirsutos y manchados. Efectivamente, estaba hablando. Y pude entender que decía:

-Pobre Matt... No se estuvo quieto, no. Intentó poner a la gente de su parte y habló muchas veces con los predicadores, pero no sirvió de nada... Al sacerdote congregacionista lo echaron del pueblo, el metodista se largó, al anabaptista, que se llamaba Resolved Babcock, no se le volvió a ver... ¡Ira de Jehová! Yo no era más que un chiquillo, pero oí lo que oí, y vi lo que vi... Dagon y Astharoth... Belial y Belcebú... El Becerro de Oro y los ídolos de Canaan y de los filisteos... Abominaciones de Babilonia... Mene, mene tekel, upharsin.

Nuevamente se detuvo. Me pareció, por la mirada aguanosa de sus ojos azules, que se encontraba muy cerca de la embriaguez. Pero cuando lo sacudí levemente del hombro, se volvió con asombrosa vivacidad y soltó unas cuantas frases aún más sibilinas:

-Conque no me cree, ¿eh? ¡Je, je, je!... Entonces dígame usted, joven, ¿por qué se iba el capitán Obed de noche en bote, junto con otros veinte tipos, al Arrecife del Diablo, y allí se ponían a cantar todos a voz en cuello, que podía oírseles desde cualquier parte del pueblo cuando el viento venía de la mar? ¿Por qué, eh? ¿y por qué arrojaba unos bultos pesados al

agua por un lado del Arrecife donde ya puede usted echar un escandallo como de aquí a mañana, que no le llegará jamás al fondo? ¿Y me puede decir qué hizo él con aquel chisme de plomo que le dio Walakea? Vamos, dígame, ¿eh? ¿y me puede explicar qué letanías entonaban todos juntos en la noche de Walpurgis y en la de Difuntos? ¿y por qué los nuevos sacerdotes de las iglesias, que habían sido antes marineros, se vestían con extraños atuendos y se ponían esas especies de coronas de oro que Obed había traído? ¿Eh?

Los aguanosos ojos azules de Zadok Allen tenían ahora un brillo maníaco, casi demencial, y erizados los sucios pelos de su barba descuidada. Debió percatarse de mi involuntario gesto de aprensión, porque se echó a reír con perversidad.

-¡Je, je, je, je! Empieza a ver claro, ¿eh? Seguramente le habría gustado estar en mi pellejo en aquel entonces, y ver por la noche, desde lo alto de mi casa, las cosas que pasaban en la mar. ¡Bueno! yo era pequeño, pero también son pequeños los conejos y tienen grandes orejas, y lo que es yo, ¡no me perdía ni palabra de lo que contaban del capitán Obed y de los que salían con él al arrecife! ¡Je, je, je! ¿y la noche que subí al terrado con el catalejo de mi padre, y vi el arrecife lleno de formas que se echaban al agua en el momento de salir la luna? Obed y los demás estaban en el bote, en la parte de acá, pero aquellas formas se zambulleron por el otro lado, donde el agua es más profunda, y no volvieron a aparecer. ¿Le habría gustado ser chiquillo y estar solo allá arriba viendo aquellas formas que no eran humanas?.. ¡Je, je, je!

El anciano se estaba volviendo histérico, cosa que me empezó a alarmar. Me puso en el hombro su mano nudosa y se me aferró de manera convulsiva.

- Imagínese que una noche se asoma por el terrado y ve que en el bote de Obed se llevan un bulto pesado, que lo echan al agua por el otro

lado del arrecife, y luego se enteró usted al día siguiente de que ha desaparecido de su casa un muchacho. ¿Qué le parece? ¿Ha vuelto a ver usted a Hiram Gilman, por casualidad? ¿y a Nick Pierce, y a Luelly Waite, y a Adoniram Southwick, y a Henry Garrison, eh? ¿Los ha visto usted? ¡Pues yo tampoco!... Bestias que hablaban por señas con las manos... eso las que tenían manos de verdad...

»Pues bien, señor; fue entonces cuando Obed empezó a levantar cabeza de nuevo. Sus tres hijas comenzaron a llevar adornos de oro que nunca se les había visto antes, y volvió a salir humo por las chimeneas de la refinería. A los demás también se les vio prosperar. De pronto empezó a haber abundante pesca, de manera que no tenía uno más que echar las redes y cargar, y sabe Dios las toneladas de pescado que embarcábamos para Newburyport, Arkham y Boston. Fue entonces cuando Obed consiguió que se tendiera el ferrocarril. Algunos pescadores de Kingsport oyeron hablar de lo que se cogía por aquí y se vinieron en sus chalupas, pero todos desaparecieron y no volvió a saberse de ellos. Justamente en ese tiempo se organizó la Orden Esotérica de Dagon. Compraron la logia masónica y la convirtieron en su cuartel general... ¡Je, je, je! Matt era masón y se quiso negar a que vendieran la logia... Pero justamente entonces desapareció.

»Fíjese bien que yo no digo que Obed quisiera que las cosas pasaran igual que en aquella isla de canacos. Estoy por asegurar que al principio no quería que la gente llegara a mezclar su sangre con las bestias marinas, para luego engendrar hijos que andando el tiempo regresaran a las aguas y se volvieran inmortales. El lo que quería era el oro, y estaba dispuesto a pagarlo bien pagado, y me figuro que en principio los demás estarían conformes...

»Por el año cuarenta y seis, el pueblo dio mucho que hablar. Ya desaparecía demasiada gente, y los sermones de los domingos eran cosa de locos... Y a todas horas se hablaba del arrecife. Creo que algo puse yo

también de mi parte porque fui y le conté a Selectman Mowry lo que había visto desde el terrado de casa. Una noche salió la pandilla de Obed en dirección al arrecife, y oí un tiroteo entre varios botes. Al día siguiente, Obed y treinta y dos más estaban en la cárcel. Todo el mundo se preguntaba qué habría pasado exactamente y de qué se les acusaba. ¡Dios mío, si hubiéramos podido prever lo que había de pasar dos semanas después, porque en todo ese tiempo no se había echado ni un solo bulto más a la mar!»

Se notaban en Zadok Allen los síntomas del terror y el agotamiento. Dejé que guardara silencio durante un rato. Yo no hacía más que mirar el reloj con recelo. La marea había cambiado. Ahora empezaba a subir, y parecía como si el ruido de las olas despejara un poco al pobre viejo. Me alegré porque seguramente con la pleamar, el olor a pescado se atenuaría algo. De nuevo me incliné para oír las palabras que susurraba en voz baja.

-Aquella noche espantosa... los vi. Yo estaba arriba en el terrado... eran como una horda... El arrecife estaba atestado. Se echaban al agua y venían nadando hasta el puerto, y por la desembocadura del Manuxet... ¡Dios mío, qué cosas pasaron en las calles de Innsmouth aquella noche! Llegaron hasta nuestra puerta y la golpearon, pero mi padre no quiso abrir... Luego salió por la ventana de la cocina con su escopeta en busca de Selectman Mowry, a ver qué se podía hacer... Hubo gran cantidad de muertos y heridos, disparos, gritos por todas partes... En Old Square, en Town Square, en New Church Green. Las puertas de la cárcel fueron abiertas de par en par... Hubo proclamas... Gritaban traición... Después, cuando vinieron al pueblo las autoridades del Gobierno y encontraron que faltaba la mitad de la gente, se dijo que había sido la peste... No quedaban más que los partidarios de Obed y los que estaban dispuestos a no hablar... Ya no volví a ver a mi padre...

El anciano jadeaba, sudaba copiosamente. Su mano me atenazaba el



hombro con furia.

-A la mañana siguiente, todo había vuelto a la normalidad. Pero los monstruos habían dejado sus huellas... Obed tomó el mando y dijo que las cosas iban a cambiar. Vendrían otros a nuestras ceremonias para orar con nosotros, y ciertas casas albergarían a determinados huéspedes... bestias marinas que querían mezclar su sangre con la nuestra, como habían hecho entre los canacos, y no sería él quien lo impidiera. Obed estaba muy comprometido en el asunto. Parecía como loco. Decía que nos traerían pescado y tesoros, y que había que darles lo que querían.

»Aparentemente, todo seguiría igual, pero nos dijo que teníamos que esquivar a los forasteros por nuestro propio bien. Todos tuvimos que prestar el Juramento de Dagon. Más tarde, hubo un segundo y un tercer juramento, que prestaron algunos de nosotros. Los que hiciesen servicios especiales, recibirían recompensas especiales - oro y demás-. Era inútil rebelarse porque en el fondo del océano había millones de ellos. No tenían interés en aniquilar al género humano, pero si no obedecíamos, nos enseñarían de qué eran capaces. Nosotros no teníamos conjuros contra ellos, como los de las islas de los Mares del Sur, porque los canacos no revelaron jamás sus secretos.

»Había que ofrecerles bastantes sacrificios, proporcionales baratijas y albergarlos en el pueblo cuando se les antojara. Entonces nos dejarían en paz. A ningún forastero se le debía permitir que fuera por ahí con historias... En otras palabras: prohibido espiar. Los que formaban el grupo de los fieles - o sea, los de la Orden de Dagon - y sus hijos, no morirían jamás, sino que regresarían a la Madre Hydra y al Padre Dagon, de donde todos hemos salido... ¡Iä! ¡Iä! ¡Cthulhu fhtagn! ¡Ph'nglui mglw'nafh Cthulhu R'lyeh wgah-nagl fhtagn!...»

El viejo Zadok estaba empezando a delirar. ¡Pobre hombre, a qué lastimosas alucinaciones se veía arrastrado por culpa de la bebida y de su

aversión al mundo desolado que le rodeaba! Prorrumpió en lamentaciones, y las lágrimas le surcaron sus mejillas arrugadas corriendo a ocultarse entre los pelos de la barba.

-¡Dios mío, qué no habré visto yo desde mis quince años! ¡Mene, mene tekkel, upharsin! Las personas desaparecían, se mataban entre sí... Cuando fueron contándolo por Arkham, Ipswich y por ahí, dijeron que todos estábamos locos, lo mismo que piensa usted ahora de mí. Pero, ¡Dios mío, la de cosas que he visto! Me habrían matado hace tiempo por lo que sé, de no haber prestado el Primero y el Segundo Juramento. Eso es lo que me protege, a menos que un jurado formado por ellos demuestre que he contado deliberadamente lo que sé... El Tercer Juramento no lo quise prestar... Antes muerto que prestarlo.

»Cuando la Guerra Civil, la cosa se puso aun peor, porque los niños que habían nacido en el cuarenta y seis empezaron a hacerse mayores, por lo menos algunos de ellos. Yo estaba asustado. No se me había vuelto a ocurrir ponerme a espiar después de aquella noche, y no he vuelto a ver de cerca a ninguna de esas criaturas... ninguna que fuera de pura sangre, quiero decir. Me marché a la guerra, y si hubiera tenido un poco de sentido común me habría establecido lejos de aquí. Pero me escribieron diciendo que las cosas no iban mal. Me figuro que eso lo decían porque las tropas del Gobierno habían ocupado el pueblo. Eso fue en el sesenta y tres. Después de la guerra, fuimos de mal en peor otra vez. La gente volvió a no hacer nada, las fábricas y las tiendas empezaron a cerrar, el comercio marítimo se paralizó, la arena invadió la dársena del puerto, y se abandonó el ferrocarril. Pero esas cosas seguían nadando en la mar y en el río y pululando por el arrecife. Y cada vez se iban tapiando más ventanas en los pisos superiores de las casas, y cada vez se oían más ruidos en edificios que se suponían deshabitados...

»La gente cuenta muchas cosas de nosotros. Algo ha oído usted

también, a juzgar por las preguntas que me hace. Dicen que si se ven ciertas cosas por aquí, y se habla también de joyas extrañas que aparecen aún de cuando en cuando, no siempre fundidas del todo... Total: nada. Y en el fondo, no creen lo que dicen. Piensan que los objetos de oro provienen de un botín que escondieron los piratas y están convencidos de que las gentes de Innsmouth son de sangre extranjera o padecen no sé qué enfermedad. Por otra parte, aquí tratan de echar a los forasteros tan pronto como ponen los pies; y si se quedan, no les dejan demasiadas ganas de curiosear, sobre todo por la noche... Los animales, recuerdo yo, se encabritaban en cuanto se les ponía delante alguien de aquí, los caballos en particular; más adelante, con el automóvil, desapareció ese problema.

»En el cuarenta y seis, el capitán Obed se casó en segundas nupcias, pero a su segunda mujer nadie la ha visto jamás... Decían que él no quería dar ese paso, pero que lo obligaron. Y esta nueva esposa le dio tres hijos; dos de ellos desaparecieron a temprana edad, pero el tercero, una niña, salió tan normal como usted o como yo, y la mandaron a estudiar a Europa. Finalmente, Obed consiguió casar a esta hija con un pobre desgraciado de Arkham que no sospechaba el pastel. Ahora sería distinto. Nadie quiere tener ya relaciones con gente de Innsmouth. Barnabas Marsh, que lleva hoy la refinería, es nieto de Obed y de su primera mujer, o sea, es hijo de Onesiphorus, el mayor de Obed, pero su madre es otra de las que nadie vio en la calle.

»Justamente, Barnabas está ahora a punto de sufrir el cambio, No puede ya cerrar los ojos y ha perdido la forma humana. Se dice que todavía lleva ropas, pero pronto tendrá que regresar a las aguas. Quizá ya lo haya intentado. Suelen acostumbrarse poco a poco, antes de marcharse definitivamente. No se le ha visto en público desde hace lo menos diez años. ¡No sé que podrá sentir su pobre mujer! Ella es de Ipswich, y los de allí estuvieron a punto de linchar a Barnabas, hace cincuenta años, cuando

supieron que la cortejaba. Obed murió en el setenta y ocho, y toda la generación siguiente ha desaparecido ya. Los hijos de la primera esposa murieron, los demás... sabe Dios...»

El ruido de la creciente marea iba haciéndose cada vez más intenso, al tiempo que el humor lacrimoso del anciano dio paso a un estado de alerta. Se interrumpía a cada momento, miraba de reojo en dirección al arrecife, y a pesar de lo descabellado que resultaba su relato, me contagió su actitud recelosa. La voz de Zadok se hizo más chillona; era como si tratara de levantarse el ánimo hablando más fuerte.

- ¿Por qué no dice nada, eh usted? ¿Le gustaría vivir en un pueblo como éste, donde todo se pudre y se corrompe, donde hay unos monstruos escondidos que se arrastran y aúllan y ladran y brincan en sus celdas tenebrosas y en las buhardillas de cada esquina? ¿Eh? ¿Le gustaría oír noche tras noche los aullidos que salen de las iglesias y del local de la Orden de Dagon, a sabiendas de quién los lanza? ¿Le gustaría oír el vocerío que se levanta de ese arrecife de Satanás, cada noche de Walpurgis y cada noche de Difuntos? ¿Eh? Pero usted piensa que estoy completamente chiflado, ¿verdad? ¡Pues bien, señor!, ¡todavía no le he contado lo peor!

Zadok gritaba ahora enloquecido, y su voz me producía una tremenda turbación.

- ¡Malditos seáis! ¡No me miréis así, que lo único que he dicho es que Obed Marsh está en el infierno, y que se lo tiene merecido! ¡Je, je...! ¡He dicho en el infierno! No podéis hacerme nada. Yo no he hecho ni he dicho nada a nadie...

»Ah, está usted aquí, joven! En efecto, nunca he dicho nada a nadie, pero ahora mismo lo voy a decir. Siéntese ahí y escúcheme, muchacho, porque esto es un secreto: Ya le he dicho que a partir de aquella noche no volví a espiar, ¡Pero así y todo, uno se entera de las cosas!

»Quiere saber lo verdaderamente espantoso, eh? Pues bien, ahí va:

lo espantoso no es lo que han hecho esos peces infernales, sino ¡lo que van a hacer! Llevan años subiendo al pueblo cosas que se traen de los abismos del agua. Las casas que hay al norte del río, entre Water Street y Main Street, están repletas de demonios de esos y de cosas que se han traído, y cuando estén preparados... digo que cuando estén preparados... ¿ha oído hablar alguna vez del shoggoth?

»¡Eh! ¿Me escucha? Le estoy diciendo que yo sé lo que son... que los vi una noche, cuando..., ¡eh-ahhh-ah! ¡e'yahhh!»...

El viejo lanzó de pronto un alarido que casi me hizo perder el sentido. Miraba hacia esa mar de fétidos olores con unos ojos que se le salían de las órbitas, y su cara era una máscara de horror, digna de una tragedia griega. Su garra huesuda se clavó dolorosamente en mi hombro, y no me soltó cuando me volví a mirar hacia el punto donde miraba él.

No había nada. Sólo la marea creciente y una serie de olas que rompían aisladas, lejos de la línea larga y espumosa de las rompientes. Pero entonces Zadok comenzó a zarandearme, y me volví hacia él. Su helado terror dio paso a una tempestad de movimientos nerviosos y expresivos. Por fin recobró la voz, una voz temblona y susurrante.

- ¡Váyase de aquí! ¡Váyase; nos han visto... ¡Váyase, por lo que más quiera! No se quede ahí... Lo saben ya... Corra, de prisa. Márchese de este pueblo.

Otra ola pesada rompió contra las ruinas del embarcadero abandonado, y el loco susurro del viejo se convirtió en un alarido inhumano que helaba la sangre:

- ¡E-yaahhh!... ¡Yhaaaaaaa! ...

Antes de que yo pudiese recobrar me de mi sorpresa, soltó mi hombro y se lanzó como loco hacia la calle, torciendo en dirección norte, por delante de la ruinosa fachada del almacén.

Eché un vistazo al mar, pero seguí sin ver nada. Cuando llegué a

Water Street y miré a lo largo de la calle, no había ya el menor rastro de Zadok Allen.

#### IV

Es difícil describir el estado de ánimo que me embargó después de este episodio lastimoso, tan insensato y conmovedor como grotesco y terrorífico. El muchacho de la tienda de comestibles me había preparado de antemano, y no obstante, la realidad me había dejado aturdido y confuso. Aunque era un relato pueril, la absurda seriedad y el horror del viejo Zadok me habían producido una alarma que venía a aumentar mi sentimiento de aversión hacia aquel pueblo que parecía envuelto por una sombra intangible.

Ya reflexionaría más adelante sobre aquella historia, para ver lo que tenía de cierto. Por el momento, deseaba no pensar más en ello. Se me estaba echando el tiempo encima de manera peligrosa: eran las siete y cuarto por mi reloj, y el autobús para Arkham salía de la Plaza a las ocho, así que traté de orientar mis pensamientos hacia lo práctico y caminé a toda prisa por las calles miserables y desiertas en busca del hotel donde había consignado mi maleta, delante del cual tomaría mi autobús.

La dorada luz del atardecer comunicaba a los decrepitos tejados y chimeneas cierto encanto místico y sereno. No obstante, me sentía receloso. Instintivamente, miraba hacia atrás con disimulo. Pensaba con alivio en verme lejos del maloliente pueblo de Innsmouth, y ojalá hubiese otro vehículo que no fuera el del siniestro Sargent. Sin embargo, no quería correr. A cada paso surgían detalles arquitectónicos que valía la pena contemplar; además, tenía tiempo de sobra.

Estudí el plano del dependiente de la tienda y me metí por Marsh Street, que no conocía, para salir a Town Square. Cerca de la esquina de Fall Street empecé a ver grupos esporádicos de gentes furtivas que

hablaban en voz baja. Al llegar por fin a la Plaza, vi que casi todos los haraganes se habían congregado alrededor de la puerta de Gilman House. Parecía como si aquella infinidad de ojos saltones e inmóviles estuvieran fijos en mí, mientras pedía mi maleta en el vestíbulo. Interiormente hacía votos por que no me tocara de compañero de viaje ninguno de aquellos tipos desagradables.

Un poco antes de la ocho, apareció petardeando el autobús con tres viajeros. Un individuo de aspecto equívoco, desde la acera, dijo unas palabras incomprensibles al conductor. Sargent bajó el saco del correo y un rollo de periódicos, y entró en el hotel. Mientras, los viajeros - los mismos hombres a quienes había visto llegar a Newburyport aquella mañana - se encaminaron a la acera con su paso bamboleante y cambiaron con un ocioso algunas desmayadas palabras guturales, en una lengua que de ningún modo era inglés. Subí al coche vacío y ocupé el mismo asiento que cogí al venir, pero no hice más que sentarme, cuando reapareció Sargent y empezó a hablarme con un repugnante acento gutural.

Al parecer estaba yo de mala suerte. El motor no iba bien; había podido llegar a Innsmouth, pero era imposible continuar el viaje hasta Arkham. No, era imposible repararlo esta misma noche; tampoco había otro medio de transporte. Sargent lo sentía mucho, pero yo tenía que parar en el Gilman. Probablemente el conserje me haría un precio asequible. No se podía hacer otra cosa. Casi anonadado por este contratiempo imprevisto, y realmente atemorizado ante la idea de pasar allí la noche, dejé el autobús y volví a entrar en el vestíbulo del hotel donde el conserje del turno de noche - un tipo hosco y de raro aspecto- - me dijo que en el penúltimo piso tenía una habitación, la 428, que era grande aunque sin agua corriente, que costaba un dólar la noche.

A pesar de lo que me habían contado en Newburyport sobre este hotel, firmé en el registro, pagué mi dólar, dejé que el conserje recogiera mi

maleta, y subí tras él los tres tramos de crujientes escaleras; finalmente recorrimos un pasillo polvoriento y desierto, y llegamos a mi habitación. Era un lúgubre cuartucho trasero con dos ventanas y un mobiliario barato y gastado. Las ventanas daban a un patio oscuro, cerrado entre dos bajos edificios abandonados, y desde ellas podía contemplarse todo un panorama de tejados decrepitos que se extendía hacia poniente, hasta las marismas que rodeaban la población. Al final del pasillo había un cuarto de baño, reliquia deprimente que constaba de una taza de mármol, una bañera de estaño, una luz bastante floja, cuatro paredes despintadas y numerosas tuberías de plomo.

Como aún era de día, bajé a la Plaza a ver si podía cenar, Y una vez más observé que los ociosos me miraban de manera especial. La tienda de comestibles estaba cerrada, así que no tuve más remedio que entrar en el restaurante. Me atendieron un hombre de cabeza estrecha y ojos inmóviles, y una moza de nariz aplastada y unas manos increíblemente bastas y desmañadas. Como no había mesas, tuve que cenar en el mostrador, lo que me permitió comprobar que, afortunadamente, casi toda la comida era de lata. Tuve bastante con un tazón de sopa de verduras y regresé en seguida a la fría habitación del Gilman. Al entrar cogí el periódico de la tarde y una revista llena de cagadas de mosca que había en un estante desvencijado, junto al pupitre del conserje.

Cayó el crepúsculo y se hizo de noche. Encendí la única luz, una bombilla mortecina que colgaba sobre la cama de hierro, y continué como pude la lectura que había comenzado. Me pareció conveniente mantener la imaginación ocupada en cosas saludables. No quería darle más vueltas a las cosas raras que pasaban en aquel pueblo sombrío, al menos mientras estuviese dentro de sus límites. La descabellada patraña que le había oído al viejo bebedor no me auguraba sueños muy agradables. Me daba cuenta de que debía apartar de mí la imagen de sus ojos aguanosos y enloquecidos.



Tampoco debía pensar en lo que el inspector de Hacienda había contado al empleado de la estación de Newburyport sobre Gilman House, y sobre las voces de sus huéspedes nocturnos... Asimismo, era menester apartar de mi imaginación el rostro que había vislumbrado bajo una tiara en la negra entrada de la cripta, porque en verdad, pensar en él me causaba una impresión de lo más desagradable. Quizá me hubiera resultado más sencillo desechar todas esas inquietudes si mi habitación no hubiese sido un lugar tremendamente lúgubre. Además del hedor a pescado que era general en todo el pueblo, reinaba allí dentro una atmósfera de humedad estancada, lo que me sugería inevitablemente emanaciones de putrefacción y de muerte.

Otra cosa que me inquietaba era que la puerta de mi habitación carecía de cerrojo. Se veía claramente que lo había tenido y, a juzgar por las señales, lo habían debido quitar recientemente. Sin duda se había estropeado, como tantas otras cosas de este cochambroso edificio. En mi nerviosismo, rebusqué por allí y encontré un cerrojo en el armario que me pareció igual que el que había tenido la puerta. Nada más que para tranquilizar esta tensión de nervios que me dominaba, me dediqué a colocarlo yo mismo con la ayuda de una navaja que siempre llevo conmigo. El cerrojo encajaba perfectamente. Me sentí aliviado al ver que quedaría bien cerrado cuando me fuera a acostar. No es que yo lo estimara realmente necesario, pero cualquier cosa que contribuyera a mi seguridad me ayudaría también a descansar. Las dos puertas laterales que comunicaban con las habitaciones contiguas tenían su correspondiente cerrojo, y pude comprobar que estaban pasados.

No me desnudé. Decidí estar leyendo hasta que me entrase sueño. Entonces me quitaría la chaqueta, el cuello, los zapatos, y me echaría a dormir un poco. Saqué la linterna de la maleta y la metí en el bolsillo del pantalón con el fin de poder consultar el reloj si me despertaba a media noche. Pasó algún tiempo y el sueño no me venía. Cuando me paré a

analizar mis pensamientos, me di cuenta de que inconscientemente estaba tenso, alerta, con el oído atento, a la espera de algún sonido que me produciría un miedo infinito, aun sin saber por qué. El relato del inspector debió de influir en mi imaginación más de lo que yo suponía. Traté de reanudar la lectura, pero no lo conseguí.

Llevaba un rato así, cuando me pareció oír que crujían los escalones y los pasillos, como si alguien caminase con sigilo. Me dije que seguramente los demás huéspedes empezaban a ocupar sus habitaciones. No se oían voces. Con todo, me dio la impresión de que en aquellos ruidos había un no sé qué furtivo. Aquello no me gustó, y empecé a pensar si no sería mejor pasar la noche en vela. Los tipos de aquel pueblo eran sospechosos por demás, y era indudable que habían ocurrido varias desapariciones. ¿Me encontraba en una posada de ésas donde se asesina a los viajeros para robarles? Desde luego, yo no tenía aspecto de nadar en la abundancia. ¿O acaso la gente del pueblo odiaba hasta ese extremo a los visitantes curiosos? ¿Les había molestado mi curiosidad? Porque, evidentemente, me habían visto recorrer plano en mano los barrios más característicos de la localidad... Pero de pronto, pensé que muy asustado tenía que hallarme para que unos pocos crujidos casuales me pusieran en ese estado de excitación. De todos modos, sentí no tener un arma a mano.

Finalmente, vencido por un agotamiento que nada tenía que ver con el sueño, eché el recién instalado cerrojo, apagué la luz, y me tumbé en la cama sin despojarme de la chaqueta, ni del cuello ni de los zapatos. La oscuridad parecía amplificar todos los ruidos menudos de la noche. Me invadió un sinfín de pensamientos desagradables. Lamenté haber apagado la luz, pero me sentía demasiado cansado para levantarme y volverla a encender. Luego, después de un largo rato y tras una serie de crujidos claros y distintos que procedían de la escalera y el corredor, oí un roce suave e inconfundible en el que se concretaron instantáneamente todas mis

aprensiones. Ya no cabía duda: con cautela, de una manera furtiva y a tientas, estaban tratando de abrir con una llave la cerradura de mi puerta.

La sensación de peligro que me invadió en ese momento no fue demasiado turbadora, quizá, por los vagos temores que venía experimentando. De modo instintivo, aunque sin una causa definida, me hallaba en guardia, lo que suponía en cierto modo una ventaja para enfrentarme con la prueba real que me aguardaba. Con todo, la concreción de mis vagas conjeturas en una amenaza real e inmediata constituyó para mí una profunda conmoción. Ni por un momento se me ocurrió que el que estaba manipulando en la cerradura de mi cuarto se habría equivocado. Desde el primer instante sentí que se trataba de alguien con malas intenciones, así que me quedé quieto, callado como un muerto, en espera de los acontecimientos.

Al cabo de un rato cesó el apagado forcejeo y oí que entraban en una habitación contigua a la mía. Luego intentaron abrir la cerradura de la puerta que comunicaba con mi cuarto. Como es natural, el cerrojo aguantó firme, y el suelo crujió al marcharse el intruso. Poco después se oyó otro chirrido apagado. Estaban abriendo la otra habitación contigua, y a continuación probaron a abrir la otra puerta de comunicación, que también tenía echado el cerrojo. Después, los pasos se alejaron hacia las escaleras. Fuera quien fuese, había comprobado que las puertas de mi dormitorio estaban cerradas con cerrojo y había renunciado a su proyecto. De momento, como tuve ocasión de ver.

La presteza con que concebí un plan de acción demuestra que, subconscientemente, me estaba temiendo alguna amenaza, y que durante horas enteras había estado maquinando, sin darme cuenta, las posibilidades de escapar. Desde el principio comprendí que el desconocido que había intentado abrir representaba un peligro con el que no debía enfrentarme, sino huir cuanto antes. Tenía que salir del hotel lo más pronto posible, y

desde luego, no debía emplear la escalera ni el pasillo.

Me levanté sin hacer ruido. Enfoqué la llave de la luz con mi linterna. Mi intención era coger algunas cosas de la maleta, echármelas en el bolsillo y huir con las manos libres. Le di al interruptor pero no sucedió nada: habían cortado la corriente. Estaba claro que el misterioso ataque había sido preparado con todo detalle, aunque ignoraba con qué finalidad. Mientras reflexionaba, sin quitar la mano del interruptor, oí un apagado crujido en el piso de abajo; me pareció distinguir un rumor como de conversación, pero un momento después pensé que me había confundido. Se trataba sin duda alguna de gruñidos roncOS y graznidos mal articulados, cosa que guardaba muy poca relación con cualquier lenguaje humano conocido. Luego pensé con renovada insistencia en lo que el inspector de Hacienda había oído una noche en este mismo edificio ruinoso y pestilente.

Con ayuda de la linterna cogí lo que necesitaba de mi maleta, me lo metí todo en los bolsillos, me puse el sombrero y me acerqué de puntillas a la ventana para calcular las posibilidades de mi descenso. A pesar de las reglas de seguridad establecidas por la ley, no había escalera de incendios en este lado del hotel, y mis ventanas correspondían al cuarto piso. Como he dicho, daban a un patio lóbrego y encajonado entre dos edificios, ambos con sus tejados inclinados que alcanzaban hasta el cuarto piso. Sin embargo, no podía saltar a ninguno de los dos desde mis ventanas, sino desde dos habitaciones más allá, a uno o a otro lado. Inmediatamente me puse a calcular las probabilidades de llegar a una cualquiera de ellas.

Decidí no arriesgarme a salir al pasillo, donde mis pasos serían oídos sin duda alguna, y donde me tropezaría con dificultades insuperables para entrar en la habitación elegida. Únicamente podría tener acceso a través de las puertas laterales, menos sólidas, que comunicaban unas habitaciones con otras. Tendría que forzar las cerraduras y los cerrojos arremetiendo con el hombro, caso de encontrarlas cerradas por el otro lado.

Me pareció que era lo más factible, porque las puertas no tenían aspecto de resistir mucho. Pero no podría hacerlo sin ruido. Tendría que contar con la rapidez y la posibilidad de llegar a la ventana antes de que cualesquiera fuerzas hostiles tuvieran tiempo de abrir la puerta correspondiente al pasillo. Reforcé la de mi propia habitación apuntalándola con la mesa de escritorio que arrastré cautelosamente para hacer el menor ruido posible.

Me daba cuenta de que mis probabilidades eran muy escasas, pero estaba enteramente dispuesto a afrontar cualquier eventualidad. Aun cuando lograra alcanzar otro tejado, no habría resuelto el problema por completo, porque me quedaría aún la tarea de llegar al suelo y escapar del pueblo. A mi favor estaban la desolación y la ruina de los edificios vecinos y el gran número de claraboyas que se abrían en sus tejados.

Consulté el plano del muchacho de la tienda, La mejor dirección para salir del pueblo era hacia el sur, así que miré primero la puerta de comunicación correspondiente. Se abría hacia mí; por lo tanto, después de descorrer el cerrojo y comprobar que la puerta no se abría, consideré que me iba a ser muy difícil forzarla. Por consiguiente, abandoné esa dirección y corrí la cama contra la puerta para impedir cualquier ataque desde esta habitación. La otra puerta se abría hacia el otro lado. Ese debía de ser mi camino, a pesar de comprobar que estaba cerrada con llave y que tenía el cerrojo echado por el otro lado. Si podía llegar al tejado del edificio de ese lado, que correspondía a Paine Street, y conseguía bajar al suelo, quizá pudiese cruzar el patio en cuatro saltos y atravesar uno de los dos edificios para salir a Washington Street o Bates Street. También podía saltar directamente a Paine Street, dar un rodeo hacia el sur y meterme por Washington Street. En cualquier caso, tenía que dirigirme a Washington Street como fuese, y huir de los alrededores de Town Square. Sería preferible evitar Paine Street, ya que el parque de bomberos podía estar abierto toda la noche.

Mientras meditaba todo esto contemplé la inmensa marea de tejados ruinosos que se extendía bajo la luz de la luna. A la derecha, la negra herida de la garganta del río hendía el panorama. Las fábricas abandonadas y la estación de ferrocarril se aferraban como lapas a un lado y a otro. Detrás se veían las vías herrumbrosas y la carretera de Rowley que atravesaban la llanura pantanosa, punteada de montículos cubiertos de seca maleza. A la izquierda, en un área más cercana, y cruzada por numerosas corrientes de agua salitrosa, la estrecha carretera de Ipswich brillaba con el blanco reflejo de la luna. Desde la ventana del hotel no alcanzaba a ver la carretera que iba hacia el sur, hacia Arkham, donde pensaba dirigirme.

Estaba reflexionando, hecho un mar de dudas, sobre el momento más oportuno para poner en práctica este plan, cuando percibí abajo unos ruidos indefinidos a los que siguió inmediatamente un crujido pesado en las escaleras. Irrumpió el débil parpadeo de una luz por el montante de la puerta, y el entarimado del corredor comenzó a gemir bajo un peso considerable. Oí unos ruidos guturales, puede que de origen humano, y finalmente sonaron unos fuertes golpes en mi puerta.

Por un momento me limité a contener la respiración y a esperar. Me pareció que transcurría una eternidad. Y de repente, el olor a pescado comenzó a hacerse más penetrante. Después se repitieron las llamadas con insistencia, más impacientes cada vez. Comprendí que había llegado el momento de actuar. Descorrí el cerrojo de la puerta lateral y me dispuse a cargar contra ella para abrirla. Los golpes eran cada vez más fuertes; tal vez disimularían el ruido que iba a hacer yo. Por fin comencé a embestir una y otra vez contra la delgada chapa, sin preocuparme del dolor que me producía en el hombro. La puerta resistió más de lo que había calculado, pero continué en mi empeño. Mientras tanto, el alboroto del pasillo iba en aumento delante de mi puerta.

Finalmente cedió la puerta contra la que estaba cargando, pero con

tal estrépito que los de fuera tuvieron que oírlo. Los golpes se convirtieron en violentas arremetidas, y a la vez, oí un fatídico sonido de llaves en las dos puertas vecinas a la mía. Me precipité a la otra habitación y conseguí echar el cerrojo a la puerta del vestíbulo antes de que la abrieran, pero entonces oí cómo trataban de abrir con una llave la tercera puerta, la de la habitación cuya ventana pretendía alcanzar.

Por un instante, me sentí totalmente desesperado. Me iban a atrapar en una habitación cuya ventana no me ofrecía salida posible. Una oleada de horror me invadió al descubrir, a la luz de mi linterna, las huellas que habían dejado en el polvo del suelo los intrusos que habían tratado de forzar la puerta lateral. Después, gracias a un acto puramente automático, desprovisto de toda lucidez, corrí a la siguiente puerta de comunicación y me dispuse a derribarla.

La suerte me fue favorable... La puerta de comunicación no sólo no tenía echada la llave, sino que estaba entreabierta. Entré en un salto y apliqué la rodilla y el hombro a la puerta del vestíbulo, que en ese momento se estaba abriendo. Cogí desprevenido al que trataba de abrir, de suerte que conseguí pasar el cerrojo, cosa que hice también en la otra puerta que acababa de franquear. Durante los breves instantes de alivio que siguieron, oí que disminuían las embestidas contra las otras dos puertas, mientras crecía un confuso alboroto en mi primitiva habitación, cuya puerta lateral había atrancado yo con la cama. Evidentemente, el tropel de mis asaltantes había entrado por la habitación contigua del otro lado y se lanzaba tras de mí por el mismo camino. En ese mismo momento oí cómo introducían una llave en la puerta del pasillo de la habitación siguiente. Estaba rodeado.

La puerta lateral que daba a esta habitación estaba abierta de par en par. No había tiempo de contener la del vestíbulo, que ya la estaban abriendo. Lo único que pude hacer fue echar el cerrojo de la puerta lateral de comunicación, igual que había hecho en la de enfrente, y colocar la

cama contra una, la mesa de escritorio contra otra, y el aguamanil contra la del pasillo. Debía confiar en estas barreras improvisadas hasta que hubiera saltado por la ventana al tejado del edificio de Paine Street. Pero aun en este trance supremo, el horror que yo sentía no se debía a la fragilidad del dispositivo de defensa. Lo que a mí me horrorizaba era que ninguno de mis perseguidores - aparte ciertos jadeos, gruñidos y ladridos apagados - había pronunciado una sola palabra inteligible y humana.

Mientras corría los muebles y me precipitaba hacia la ventana, se oyó una carrera espantosa por el pasillo hacia la habitación contigua a la que me encontraba yo. Cesaron las embestidas en el otro lado. Era evidente que la mayoría de mis adversarios se estaba congregando ante la débil puerta lateral. Afuera, la luna bañaba el tejado de abajo. Calculé que era un salto arriesgado, debido a la inclinación que tenía el sitio donde había de aterrizar.

De acuerdo con mi plan, elegí la ventana más meridional que tenía el cuarto. Quería saltar en la vertiente del tejado que daba al patio y escabullirme por la claraboya más cercana. Una vez dentro de uno de aquellos edificios, tenía que contar con que me perseguirían. Pero confiaba en poder alcanzar la planta baja y evadirme por una de las puertas abiertas del patio, desembocar finalmente en Washington Street, y salir del pueblo en dirección sur.

El alboroto de la habitación vecina era terrible. La puerta comenzó a ceder. Los asaltantes habían traído un objeto pesado y lo estaban empleando como ariete. No obstante, la cama aún se mantenía firme contra la puerta, de forma que todavía tenía la posibilidad de huir. La ventana estaba flanqueada por pesados cortinajes de terciopelo, suspendidos de una barra mediante anillas de latón. Descubrí que en el exterior había unos sólidos ganchos para sujetar los batientes de la ventana. Viendo que aquello me proporcionaba los medios de evitar un salto peligroso, di un tirón a las



colgaduras y las arrojé al suelo con barra y todo. Rápidamente enganché dos anillas en el gancho exterior y solté el cortinaje al vacío. Los pesados pliegues llegaban sobradamente al tejado. Comprobé que las anillas y el gancho podían soportar mi peso y luego me deslicé por la improvisada escala, dejando atrás para siempre el siniestro edificio de Gilman House.

Puse pie en las sueltas pizarras del tejado. La pendiente era muy pronunciada. Conseguí llegar a una de las claraboyas sin resbalar. Me volví para mirar la ventana por donde había salido. Aún estaba a oscuras. Allá lejos, entre las desmoronadas chimeneas de la parte norte, se veían diversas luces. Se trataba del edificio de la Orden de Dagon, de la iglesia anabaptista y de la iglesia congregacionista, cuyo recuerdo me producía escalofríos. Como no vi a nadie en el patio, confié en poder salir por allí antes de que cundiera la alarma general. Enfoqué mi linterna por la claraboya y vi que no había escalones que me permitieran bajar. No obstante, la altura no era excesiva, de modo que me dejé caer, yendo a parar a una habitación llena de polvo y atestada de cajas medio deshechas y de barriles.

El sitio era lúgubre, pero apenas me produjo impresión alguna. Me precipité inmediatamente por unas escaleras que descubrí gracias a la linterna. Miré la hora: eran las dos de la madrugada. Los peldaños crujieron levemente bajo mi peso. Corrí escaleras abajo, crucé una especie de granero, en la segunda planta, y llegué a la planta baja. Reinaba en ella la más completa desolación; sólo el eco respondía al ruido de mis pasos presurosos. Por fin llegué al vestíbulo. En un extremo se veía un débil rectángulo de luz que recortaba la puerta que daba a Paine Street. Tomé la otra dirección y me encontré con que la puerta de atrás también estaba abierta. Bajé cinco peldaños de piedra y me hallé al fin en el patio de losas y césped.

La luz de la luna no llegaba hasta aquí, pero se veía el camino sin necesidad de linterna. Algunas de las ventanas de Gilman House estaban

débilmente iluminadas, e incluso me pareció oír ruido en su interior. Caminé cautelosamente en dirección a la salida que daba a Washington. Encontré varias puertas abiertas y elegí la más cercana. Atravesé un pasillo oscuro y al llegar al otro extremo, vi que la puerta de la calle estaba sólidamente cerrada. Decidí probar en otro edificio. Volví a tientas sobre mis pasos, pero me detuve en seco junto a la puerta del patio.

Por una puerta del Gilman salía un enjambre de siluetas dudosas... Agitaban sus linternas en la oscuridad; el graznido horrible de sus voces se mezclaba con unos gritos apagados en lengua extraña. Las figuras se movían de manera incierta. Me di cuenta de que no sabían qué dirección había tomado, y no obstante, me sacudió un escalofrío de horror. No se distinguían bien sus figuras, pero su andar encogido y bamboleante me producía una inexplicable repugnancia. Lo más desagradable era la figura extraña coronada con su tiara, ya familiar para mí, que avanzaba al frente de la comitiva. Al ver cómo aquellas figuras se desplegaban por todo el patio, mis temores aumentaron. ¿Y si no encontrara ninguna salida a la calle? El olor a pescado se hizo tan intenso, que dudé si sería capaz de soportarlo sin desmayarme. Nuevamente me metí a tientas, en busca de una salida. Abrí una puerta y entré en una habitación vacía; las ventanas estaban cerradas, pero carecían de falleba. Alumbrándome con la linterna pude abrir las contraventanas. Un momento después salté al exterior y cerré cuidadosamente la ventana, dejándola como la había encontrado.

Estaba, pues, en Washington Street. Por el momento no se veía un alma, ni había más luz que la de la luna. Sin embargo, a lo lejos, y en distintas direcciones, se oían roncós gruñidos, carreras precipitadas, y una especie de pataleo que no era exactamente un ruido de pasos. No tenía tiempo que perder. Sabía orientarme en la oscuridad, de modo que casi agradecí que estuvieran apagadas las luces de las calles, como es costumbre en las poblaciones rurales atrasadas. Algunos ruidos provenían del sur; no

obstante, persistí en mi deseo de escapar en esa dirección. Sabía que encontraría gran número de portales desiertos donde podría refugiarme, caso de tropezarme con alguien.

Caminaba de prisa, con cautela, pegado a las fachadas ruinosas. Aunque iba desaliñado por culpa de mi fuga precipitada, nada había en mí que llamara especialmente la atención. Tal vez pudiera pasar desapercibido si me cruzaba con algún transeúnte. En Bates Street me metí en un portal abierto y aguardé a que cruzaran dos individuos bamboleantes que venían en dirección contraria. Volví a salir en seguida y proseguí mi camino. Me acercaba a la plaza donde Eliot Street y Washington Street se cruzan oblicuamente. Aunque este barrio me era desconocido, me pareció peligroso a juzgar por el plano del muchacho de la tienda. La luna daría de lleno en la plaza, pero era inútil intentar evitarla; cualquier otra dirección supondría una serie de rodeos que me harían perder mucho tiempo y supondrían más ocasiones de que me vieran. Lo único que me cabía hacer era cruzar por las buenas imitando lo mejor posible el andar bamboleante, característico de aquella gente, y esperar que nadie se fijara en mí.

No tenía idea de cómo habían organizado exactamente la persecución ni qué motivos tenían para perseguirme. En el pueblo parecía haber una agitación insólita, aunque estaba convencido de que todavía no se había propagado la noticia de mi huida del Gilman. Naturalmente tenía que desviarme en seguida de Washington Street y tomar alguna otra calle en dirección sur. El grupo que había salido del hotel en mi persecución venía sin duda tras de mí. Probablemente había dejado huellas en el polvo de la última casa, y no les resultaría difícil averiguar por dónde había logrado salir a la calle.

La plaza estaba tal como yo temía: plenamente iluminada por la luna. En su centro se alzaban los restos de un parque rodeado de una verja de hierro. Por fortuna no había un alma en los alrededores, pero me pareció

oír un rumor lejano, procedente quizá de Town Square. South Street era una calle amplia que conducía hacia el puerto, cuesta abajo. Desde ella se dominaba una gran perspectiva de mar. Deseé fervientemente que no hubiera nadie mirando hacia la calzada, mientras la atravesaba bajo el resplandor de la luna.

Avancé sin obstáculo. No se oía ningún ruido alarmante. Al final de la calle la superficie del agua reverberaba esplendorosa bajo la brillante luz de la luna, y al contemplarla sentí un sobresalto de terror. Allá, muy lejos del espigón, se alzaba la confusa silueta del Arrecife del Diablo, e involuntariamente me vinieron a la imaginación las terribles historias que me había contado el viejo Zadok, según las cuales esta roca desgarrada daba acceso a regiones desconocidas, preñadas de horrores y monstruos inconcebibles.

De improviso, brotaron unos destellos intermitentes en el lejano arrecife. Eran claros y distintos, y despertaron en mí un pánico cervical. Mis músculos se tensaron a punto de dispararse en alocada fuga, contenidos tan sólo por una especie de fascinación semihipnótica. Y para empeorar las cosas, otros destellos vinieron a responder desde la elevada cúpula del Gilman.

Hice un esfuerzo por dominar mi nerviosismo porque aún seguía expuesto a cualquier mirada inoportuna, y reanudé mi fingida marcha bamboleante. Pero mientras tuve la mar a la vista, mis ojos siguieron fijos en aquel ominoso arrecife. De momento, no comprendí lo que significaban los destellos. Tal vez formasen parte de algún rito extraño relacionado con el Arrecife del Diablo. Puede también que hubiera atracado alguna embarcación en aquella roca siniestra. Torcí a la izquierda y rodeé el parque abandonado. El océano brillaba bajo una luz espectral. Fascinado por el centelleo de aquellos faros enigmáticos, no lograba apartar la vista del arrecife. Fue entonces cuando sufrí la impresión más violenta hasta el

momento. Fue tal mi horror que, olvidándome del riesgo que suponía, me lancé frenéticamente a la carrera por la calle negra y vacía, flanqueada de portales desiertos y ventanas sin cristales. Bajo la luz de la luna había divisado en las aguas miles y miles de formas que nadaban en dirección al pueblo. Incluso podría decir, a pesar de la distancia, que aquellas cabezas y aquellos brazos que se agitaban entre las olas eran tan deformes y anormales, que no encuentro palabras para describirlos.

Mi carrera terminó antes de llegar a la primera esquina, porque en ese momento oí a mi izquierda el rumor inequívoco de una persecución en toda regla: pasos enérgicos, gritos guturales, ruido de motores... En el acto tuve que cambiar todos mis planes. Me habían cortado la carretera sur, de modo que debía buscar otra salida de Innsmouth. Paré y me refugié en un portal abierto. Después de todo, había tenido la suerte de salir de la zona iluminada por la luna antes de que mis perseguidores aparecieran por la esquina.

La segunda reflexión que me hice fue menos tranquilizadora. Puesto que la persecución se llevaba a cabo por otra calle, era evidente que no me seguían los pasos. No sabían dónde me encontraba, pero no cabía duda de que su conducta obedecía a un plan general encaminado a cortarme la salida. Esto requería que se vigilaran todas las carreteras por igual, lo que me obligaría a huir a campo través y mantenerme alejado de todas las carreteras. Pero, ¿cómo escapar, si toda la región era pantanosa y estaba plagada de canales y marismas? Durante unos momentos, me sentí vencido por una negra desesperación, angustiado por la rapidez con que aumentaba el tufo insoportable de pescado.

Entonces recordé el ferrocarril abandonado de Innsmouth a Rowley, cuya sólida línea de balasto, cubierta de zarzas, se extendía aún hacia el noroeste, desde la derruida estación situada junto a la garganta del río. Era posible que no se les ocurriera pensar en ella, puesto que las tupidas zarzas

la hacían casi impracticable. Desde la ventana del hotel la había contemplado, y conocía su situación exacta. Los primeros tramos eran demasiado visibles desde la carretera de Rowley y desde cualquier torre del pueblo, pero quizá pudiera arrastrarme entre la maleza sin ser visto. En todo caso, éste era el único medio de evasión, y no tenía alternativa.

Me introduje en el vestíbulo de la casa desierta en cuyo portal me había refugiado, y consulté una vez más el plano a la luz de la linterna. El primer problema era llegar a la antigua vía del tren. Lo mejor sería avanzar hacia Babson Street, torcer luego a poniente hasta Lafayette Street, dar un rodeo en vez de cruzar la plaza como antes y desviarme a continuación hacia el norte zigzagueando por Lafayette, Bates, Adams y Bank Street. Esta última calle bordea la garganta del río y conduce hasta la misma estación. Metiéndome por Babson Street evitaría cruzar la plaza o desembocar en una calle amplia.

Eché a correr y crucé a la derecha de la calle con el fin de avanzar pegado a la fachada y meterme por Babson Street sin que me vieran. Aún se oía cierto alboroto en Federal Street. Al mirar hacia atrás me pareció ver un destello de luz cerca del edificio del que acababa de salir. Ansioso por llegar a Washington Street, continué corriendo, con la esperanza de no tropezarme con nadie. En la esquina de Babson Street vi con sobresalto que una de las casas estaba habitada, a juzgar por las cortinas de una de las ventanas, pero no había luces en el interior y pasé sin dificultad.

En Babson Street, que es perpendicular a Federal Street, corría riesgo de ser descubierto; por tanto, me pegué cuanto pude a los torcidos y ruinosos edificios. Dos veces me detuve en un portal, al notar que aumentaban los ruidos tras de mí. El cruce de las dos calles se abría amplio y desolado bajo la luna, pero mi camino no me obligaba a cruzarlo. Durante el segundo que estuve parado, comencé a oír una nueva serie de ruidos confusos; poco después pasaba un automóvil por el cruce, a gran velocidad,

y se metía por Eliot Street, entre Babson y Lafayette.

Un momento después - y precedida de una insoportable tufarada de pescado - desembocó una multitud de seres torcidos y grotescos que caminaba torpemente en la misma dirección. Sin duda era el grupo destinado a vigilar la salida hacia Ipswich, puesto que dicha carretera es una prolongación de Eliot Street. Entre ellos iban dos figuras envueltas en inmensas túnicas, una de las cuales llevaba una puntiaguda diadema que relumbraba pálidamente a la luz de la luna. La forma de andar de esta última era tan ajena a los movimientos humanos, que sentí escalofríos. Me pareció que aquella criatura caminaba a saltos.

Cuando desapareció el último de la expedición seguí mi camino. Atravesé la esquina de la calle Lafayette y crucé en cuatro saltos Eliot Street. El alboroto se oía ahora más lejos, por Town Square. Lo que más miedo me daba era tener que cruzar otra vez la ancha calle South, que bordeaba el puerto; pero no tenía otro remedio. Si quedaba algún rezagado en Eliot Street, lo más probable sería que me descubriese inmediatamente. En el último momento decidí que era mejor aminorar la marcha y cruzar como antes, fingiendo el andar bamboleante de los nativos de Innsmouth.

Cuando apareció de nuevo la vista de la mar - esta vez a la derecha - me hice el firme propósito de no mirar. Pero fue inútil. Mientras caminaba con paso vacilante, pegado a las fachadas, me volvía de cuando en cuando y miraba de reojo. No había ningún barco a la vista, lo que, a decir verdad, no me sorprendió. En cambio me quedé perplejo al descubrir un bote de remos que ponía proa a los muelles abandonados. Iba cargado con un bulto envuelto en un paño de hule. Los remeros, cuyas siluetas se vislumbraban a lo lejos, tenían un cuerpo particularmente deforme. Aún se distinguían algunos nadadores en el agua. Muy lejos, en el negro arrecife, se veía un débil resplandor fijo, distinto de la luz parpadeante que había observado anteriormente. Era un resplandor extraño, de un color que me fue imposible

identificar. Por encima de los tejados asomaba la alta cúpula del Gilman, completamente oscura. El olor a pescado, que había disminuido últimamente, comenzó pronto a dejarse sentir con una intensidad insoportable.

No había acabado de cruzar la calle, cuando vi que a lo largo de Washington Street avanzaba un grupo procedente del distrito norte. Cuando llegaron a la amplia explanada, desde la cual acababa yo de contemplar el pavoroso panorama bajo la luna, pude fijarme en ellos sosegadamente, sin que me vieran, desde la distancia de una manzana de casas tan sólo... Me quedé aterrado ante la bestial deformidad de sus rostros, ante su forma casi animal de andar. Uno de los individuos se movía exactamente igual que un mono; sus largos brazos rozaban el suelo de cuando en cuando. Otro - envuelto en extraños ropajes y tocado con una tiara - avanzaba a saltos. Me pareció el mismo grupo que había visto en el patio de Gilman House. Era, pues, la patrulla que más seguía de cerca mis pasos. Algunos se volvieron en dirección mía, y yo me sentí traspasado de terror. Con un esfuerzo supremo, seguí la marcha bamboleante que había adoptado. Todavía ignoro si me vieron o no. Si me vieron, mi estratagema debió de dar resultado, porque cruzaron la explanada sin cambiar de dirección y sin dejar de gruñir y farfullar en una jerga gutural y repulsiva absolutamente incomprensible.

Una vez protegido por las sombras seguí corriendo como antes y dejé atrás las casas ruinosas y fantasmales de aquel barrio desolado. Después crucé a la otra acera, doblé la esquina siguiente y me metí por Bates Street, pegado a los edificios. Pasé por delante de dos casas en cuyo interior había una luz; una de ellas tenía abiertas las ventanas del piso superior. Pero no me vio nadie. Al torcer por Adams Street sentí cierta tranquilidad, aunque me llevé un susto repentino, al ver salir a un hombre de un portal oscuro y venir directamente hacia mí haciendo esos. Pero iba demasiado bebido y ni siquiera me llegó a ver. De esta forma llegué sano y



salvo a las lúgubres ruinas de los almacenes de Bank Street.

Ni un alma se movía en la absoluta quietud de la calle junto a la garganta del río. El ruido sordo del salto de agua ahogaba totalmente el rumor de mis pasos. Había una buena tirada hasta la estación derruida; los muros de ladrillo de los almacenes me parecían aún más amenazadores que las fachadas que había dejado atrás. Finalmente llegué a los arcos de la antigua estación - o lo que quedaba de ellos - y me fui directamente al extremo donde arrancaba la vía.

Los raíles estaban oxidados y llenos de orín, aunque casi intactos; más de la mitad de las traviesas estaban aún en buenas condiciones. Era muy difícil andar - y más, correr - por una superficie semejante. De todos modos procuré adoptar mi paso al terreno, hasta que logré caminar con cierta rapidez. Durante un trecho, la línea férrea se ceñía al borde del río para desembocar finalmente en un gran puente cubierto que cruzaba el precipicio a una altura de vértigo. El estado de este puente determinaría mi camino a seguir. Si era buenamente posible, lo cruzaría; si no, tendría que aventurarme otra vez por las calles y buscar el puente más próximo, si aún era practicable.

El viejo puente brillaba espectralmente a la luz de la luna. Las traviesas se encontraban en buen estado, al menos en el primer tramo. Encendí una linterna y entré. Una nube de murciélagos despavoridos pasó por encima de mí y estuvo a punto de derribarme. A mitad de camino, vi un peligroso vacío entre las traviesas. Por un momento pensé que no lo podría salvar. Finalmente me arriesgué. Di un salto desesperado y por fortuna caí bien al otro lado.

Cuando salí de aquel túnel horrible respiré con alivio. Los viejos raíles cruzaban River Street, después describían una curva y se adentraban en una zona cada vez menos urbanizada, en la que a la vez disminuía también el nauseabundo olor a pescado que reinaba en todo Innsmouth. La

gran profusión de matorrales y zarzas me obstaculizaban el paso y me desgarraban las ropas, aunque no por eso dejaba yo de agradecer su presencia, porque podían servirme de escondrijo en caso de peligro: no ignoraba que una buena parte de mi camino era visible desde la carretera de Rowley.

Muy pronto empezó la región pantanosa. La vía la atravesaba sobre un terraplén de poca altura cubierto de una maleza algo menos tupida. Luego venía una especie de isla de terreno firme, algo más elevado, y la línea la atravesaba encajonada en una zanja obstruida por arbustos y zarzas. Daba gusto caminar protegido por la zanja, teniendo en cuenta sobre todo que, según había podido apreciar desde la venta del Gilman, la línea férrea se hallaba en este punto peligrosamente próxima a la carretera de Rowley, la cual venía a cruzarla al final de la zanja para desviarse después y perderse de vista. Pero de momento debía actuar con prudencia.

Antes de entrar en la zanja miré hacia atrás. Nadie me seguía. Los viejos campanarios y los tejados ruinosos de Innsmouth resplandecían grandiosos y etéreos bajo la mágica luz de la luna. Esta visión me hizo pensar en el aspecto que debió de tener el pueblo antes de que la tenebrosa sombra se abatiera sobre él. Luego miré el campo, y lo que vi me heló la sangre.

Al principio me pareció observar cierto movimiento ondulante allá lejos, hacia el sur. Era como si una muchedumbre interminable saliese del pueblo por la carretera de Ipswich. La distancia era considerable y no se distinguía con exactitud, pero no me gustó nada aquella columna en movimiento. Ondeaba demasiado y relucía asombrosamente bajo la luna de poniente. Incluso me pareció oír ruidos y voces, pero el viento me impidió cerciorarme. Era algo así como un patear y rugir de bestias, peor aún que los gruñidos de las patrullas del pueblo.

Por la cabeza me pasó toda clase de conjeturas desagradables.

Pensé en aquellos seres aún más deformes que, según se decía, se ocultaban en las casas miserables del puerto. También me vinieron a la imaginación los terribles nadadores que había vislumbrado confusamente en el agua. A juzgar por los grupos que había visto hasta el momento, y los que con toda seguridad habrían salido por las demás carreteras, el número de mis perseguidores debía de ser inconcebible, sobre todo teniendo en cuenta que Innsmouth era un pueblo casi deshabitado.

¿De dónde había salido la densa multitud que componía aquella marea ondulante y lejana? ¿Acaso los vetustos edificios supuestamente desiertos rebosaban efectivamente de una vida insospechada y secreta? ¿O es que había desembarcado una legión de seres extraños de aquel arrecife del infierno? ¿Quiénes eran? ¿Por qué estaban allí? ¿Serían las patrullas de las otras carreteras igualmente numerosas?

Me interné en la maleza de la cortadura, y pugnaba por abrirme camino con dificultad, cuando otra vez se extendió el abominable olor a pescado. ¿Había cambiado el viento repentinamente y venía ahora de la mar? Así debía de ser, en efecto, porque también empezaron a oírse horribles murmullos guturales en estos parajes hasta entonces silenciosos. Y una cosa distinguí que me desagradó aún más: un ruido blando, como el de un animal que caminara a saltos por un suelo mojado. No sé por qué, lo asocié con aquella ondulante columna que se movía en la carretera de Ipswich.

No tardaron en aumentar los ruidos y el olor, de manera que me paré, mortalmente asustado, dando gracias al cielo de hallarme a cubierto en la zanja. Recordé que era en este punto donde la carretera de Rowley cruzaba la vía, antes de alejarse definitivamente. La horda se acercaba, así que me tumbé en el suelo y decidí esperar a que pasara y se perdiera a lo lejos. Gracias a Dios, aquellas criaturas no empleaban perros para rastrear, aunque bien mirado, de poco les habría valido con el olor que imperaba en

toda la región. Encogido bajo los arbustos, me sentí seguro aun cuando sabía que mis perseguidores cruzarían la vía por delante de mí a menos de cien metros de distancia. Yo podría verlos, pero ellos a mí no, a no ser que se diera una funesta casualidad.

Me estremecí ante la idea de verlos de cerca. Contemplé el terreno bañado por la luna, por donde pronto habrían de desfilar, y pensé que aquel trozo de naturaleza iba a verse irremediablemente contaminado para siempre. Sin duda se trataría de los seres más monstruosos y horribles que cobijaba el pueblo de Innsmouth... No me sería agradable recordar el espectáculo después.

El hedor se hizo más opresivo; los ruidos fueron en aumento, hasta convertirse en una bestial algarabía de graznidos, aullidos y ladridos, sin el menor asomo de lenguaje humano. ¿Eran ésas realmente las voces de mis perseguidores? ¿O llevaban perros después de todo? Sin embargo, yo no había visto ningún animal de cuatro patas en mis paseos por Innsmouth. El ruido de cuerpos blandos y pesados se hizo mayor. ¡Jamás me atrevería a mirar las monstruosas criaturas que lo producían! Mientras los oyese caminar - o saltar - por delante de mi escondite, mientras aquellos seres horribles no se perdieran en la distancia, mantendría los ojos firmemente cerrados. La borda estaba ya muy cerca... El aire vibraba de roncós gruñidos, el suelo casi se estremecía al ritmo extraño de sus pisadas. Contuve la respiración y concentré todas mis fuerzas en mantener los párpados apretados.

Ni siquiera hoy puedo afirmar si lo que sucedió a continuación fue una espantosa realidad o tan sólo una pesadilla. Las ulteriores medidas represivas adoptadas por el Gobierno a consecuencia de mis denuncias desesperadas, permitirán suponer que, efectivamente, se trataba de una abominable realidad. Pero ¿no es posible también que retorne una alucinación en una atmósfera irreal e hipnótica como la que envolvía

aquella ciudad poblada de espectros? Lugares como ése conservan propiedades extrañas y tal vez sus tenebrosas tradiciones afecten a la mente de los hombres que se aventuran por sus calles desoladas y hediondas, sus techumbres vencidas y sus campanarios desmoronados. ¿Acaso no es posible que un germen de locura contagiosa aceche en lo más profundo de Innsmouth como una maldición? ¿Quién sería capaz de saberlo con certeza, después de haber oído la confesión de Zadok Allen? Por cierto, que las autoridades del Gobierno jamás encontraron al pobre Zadok, ni supieron explicar lo que había sido de él. ¿Dónde acaba la locura y empieza la realidad? ¿Es posible que incluso mi último temor no sea más que una engañosa ilusión?

Pero voy a intentar describir lo que me pareció ver aquella noche, bajo la burlesca luz de la luna; el desfile de toda una cohorte de endriagos que, realidad o no, apareció por la carretera de Rowley mientras permanecí agazapado entre las zarzas. Porque como es natural, mi propósito de permanecer con los ojos cerrados fracasó rotundamente. Era ridículo proponerme una cosa así. ¿Cómo iba a estarme sin mirar, mientras una legión de seres deformes cruzaba a saltos torpes, aullando y croando a cien metros escasos de donde me encontraba yo?

Antes de que aparecieran me creía preparado para afrontar lo peor. Ya había visto bastantes cosas desagradables en el término de un día, y no imaginaba que fuera posible que superasen en monstruosidad y deformidades a los que me habían perseguido por las calles. Logré mantener los ojos apretados hasta que el ronco clamor se hizo ensordecedor. Pasaban en ese momento por delante de la zanja, en el cruce de la carretera y la vía... Entonces no pude resistir más, y abrí los ojos.

Eso fue el fin. Desde entonces siento que mi equilibrio mental se ha roto para siempre, y que he perdido toda confianza en la integridad de la naturaleza y el espíritu del hombre. Ni dando crédito al extraño relato del

viejo Zadok en sus menores detalles habría podido imaginar la realidad demoníaca y blasfema que presencié. Intencionadamente estoy procurando soslayar el horror de describirla. ¿Es posible que sobre este planeta se hayan engendrado tales abominaciones, y que unos ojos humanos hayan visto en carne y hueso lo que hasta ahora pertenecía solamente al reino de la pesadilla y la locura?

Y sin embargo, lo vi. Era una manada interminable de seres inhumanos que avanzaban a brincos, graznando y balando bajo el reflejo espectral de la luna; una zarabanda grotesca y maligna de delirante fantasía. Unos llevaban enormes tiaras doradas... otros iban ataviados con ropajes extraños... Había uno, el que iba en cabeza, que vestía una amplia levita que no conseguía disimular su enorme joroba, y un pantalón a rayas; un sombrero de fieltro coronaba el bulto deforme que hacía las veces de cabeza.

Tenían todos un color gris verdoso, con el vientre blanquecino. La mayoría era de piel reluciente y resbaladiza, y sus dorsos jorobados estaban cubiertos de escamas. Sus figuras recordaban vagamente al antropoide, pero sus cabezas parecían de pez, con unos ojos prodigiosamente saltones que no parpadeaban jamás. A ambos lados del cuello les palpitaban las agallas, y sus grandes zarpas tenían dedos palmeados. Brincaban de manera irregular, unas veces erguidos, otras a cuatro patas. Su voz era una especie de aullido o graznido, pero evidentemente, constituía un lenguaje con todos los matices de expresión que les faltaban a sus semblantes impasibles.

Y no obstante, pese a su monstruosidad, me resultaban en cierto modo familiares. Demasiado bien sabía yo quiénes eran. ¿Acaso no tenía aún fresca en mi memoria la imagen de la tiara de Newburyport? Se trataba de los mismos peces-ranas cuyas imágenes abominables ornaban la joya de oro.... pero vivos y en todo su horror. Y de repente, comprendí por qué razón me impresionó tantísimo el sacerdote de la tiara que vislumbré en la

cripta de la iglesia. Esa fue la visión fugaz de la horda impura. Eran miles y miles, verdaderos enjambres, aunque desde mi escondite no podía abarcar toda la carretera. Por fortuna, un momento después se borró de mis ojos aquella visión dantesca y sufrí un desvanecimiento misericordioso. El primero en toda mi vida.

## V

Me despertaron los suaves rayos del sol. Me encontraba en medio de unos matorrales, en la zanja del ferrocarril. Me levanté y salí tambaleándome a la carretera. No había una sola huella en el barro fresco, ni olor a pescado en el aire. Los tejados ruinosos y los deshechos campanarios de Innsmouth asomaban grisáceos por el sudoeste, pero no se veía ni un ser viviente en toda la zona desolada de las marismas. Mi reloj andaba todavía. Eran más de las doce.

Tenía una vaga idea de lo que había sucedido, pero en el fondo de mi mente palpitaba el sentimiento de algo tremendamente espantoso. Debía alejarme a toda costa de la sombra maligna de Innsmouth, así que traté de valirme de mis miembros entumecidos y fatigados. A pesar de la debilidad, del hambre, el horror y el aturdimiento, me sentí al cabo con fuerzas para caminar, y emprendí la marcha, sin prisas ya, por la enfangada carretera de Rowley. Al anochecer me encontraba en Rowley, bien comido y con ropas presentables. Cogí el tren de la noche para Arkham, y al día siguiente me presenté a las autoridades locales para hacer unas largas declaraciones, que repetí a mi llegada a Boston. El público ya conoce las consecuencias de mi denuncia, y verdaderamente me gustaría no tener nada más que añadir. Tal vez la locura se está apoderando de mí. Puede que me encuentre bajo la amenaza de un horror - acaso de un prodigio - aún mayor.

Como es fácil comprender, renuncié al resto del programa - viajes de interés arquitectónico y arqueológico, visitas a museos, etcétera - que

con tanto entusiasmo había confeccionado. Tampoco quise contemplar cierta pieza de orfebrería que, según me habían dicho, se guardaba en el Museo de la Universidad del Miskatonic. En cambio, aproveché mi estancia en Arkham para recoger algunos datos genealógicos de mi familia que, desde hacía tiempo tenía ganas de poseer. Ciertamente que dichos datos eran poco precisos, pero ya los ordenaría más adelante, cuando tuviera tiempo. El conservador de los archivos históricos de Arkham, Mr. Lapham Peabody, me ayudó con gran amabilidad y manifestó un interés excepcional cuando le dije que era nieto de Eliza Orne, de Arkham, nacida en 1867 y casada con James Williamson, de Ohio, a la edad de diecisiete años.

Al parecer, un tío materno mío había estado allí muchos años antes, en busca de los mismos datos que a mí me interesaban, y la familia de mi abuela había sido - o aún lo era - objeto de comidillas en la localidad. Mr. Peabody dijo que poco después de la Guerra Civil, cuando se casó el padre de mi abuela, Benjamin Orne, se suscitaron violentas discusiones debido a que el linaje de la novia era particularmente enigmático. Lo único que se averiguó fue que era huérfana y que pertenecía a una rama de los Marsh establecida en New Hampshire y que, al parecer, era prima de los Marsh del condado de Essex. Pero se había educado en Francia y ella misma sabía muy poco de su familia. Su tutor - un sujeto cuyo nombre no resultaba familiar a los habitantes de Arkham - había depositado fondos en un banco de Boston para su manutención y el pago de una institutriz francesa. Al cabo de cierto tiempo, el tutor dejó de dar señales de vida, de suerte que la institutriz asumió este papel por decisión de un tribunal. La francesa - hace ya muchos años que murió - era muy reservada. Había quienes decían que de haber contado todo lo que sabía esa mujer, se habrían podido aclarar muchos misterios.

Pero lo más desconcertante era que nadie había podido hallar



ninguna referencia a los presuntos padres de la muchacha - Enoch Marsh y Lydia Meserve - entre las familias conocidas de New Hampshire. Muchos han opinado que tal vez mi bisabuela fuese hija natural de algún Marsh de elevada posición. Lo cierto es que tenía los mismos ojos de los Marsh. Sea como fuere, el caso es que murió muy joven al nacer su única hija, es decir, mi abuela materna. Como yo acababa de pasar por un trance muy desagradable en el que se había visto implicado el nombre de Marsh, no me hizo ninguna gracia encontrármelo en mi propio árbol genealógico. Tampoco me agradó que el señor Peabody me dijera que yo tenía los ojos típicos de los Marsh. De todas formas, le di las gracias por los datos que me había proporcionado y tomé una gran cantidad de datos y referencias bibliográficas relativos a la familia Orne, de la que había abundante documentación en los archivos.

De Boston fui directamente a Toledo, a casa. Poco después marché a Maumee, donde pasé un mes reponiéndome de la dura prueba. En el mes de septiembre volví a la Universidad de Oberlin para cursar mi último año, y durante todo ese curso me dediqué a mis estudios y a otras actividades igualmente saludables. Sólo tuve ocasión de recordar los horrores pasados con motivo de las visitas ocasionales que me hicieron las autoridades encargadas de llevar adelante la campaña suscitada por mis declaraciones. A mediados de julio - justo un año después de mi aventura en Innsmouth - pasé una semana en Cleveland con la última familia de mi difunta madre. Durante esos días me dediqué a confrontar los nuevos datos genealógicos que había recogido en Arkham, con diversas notas, historias familiares y documentos testamentarios que conservaba allí mi familia. Mi objeto era restablecer un árbol genealógico familiar completo y coherente.

Mentiría si dijese que disfruté con este trabajo; el ambiente de la casa de los Williamson siempre me había deprimido. En él había como una continua tensión morbosa. De pequeño, a mi madre no le gustaba que fuera

a visitar a sus padres; en cambio, cuando su padre venía a Toledo, ella lo trataba con mucho cariño. Mi abuela materna era de Arkham, y siempre me inspiró un sentimiento extraño, casi de terror. Cuando murió, creo que no lo sentí en absoluto. Tenía yo entonces ocho años. Decían que había muerto de pena por el suicidio de mi tío Douglas, que era su hijo mayor. Este tío Douglas es precisamente el que se pegó un tiro al regreso de un viaje a Nueva Inglaterra, en el curso del cual había consultado los archivos de la Sociedad de Estudios Históricos de Arkham.

Este tío Douglas se parecía mucho a mi abuela, y tampoco me había gustado nunca. Ambos tenían una expresión de fijeza en la mirada, como si no pestañearan, que me producía una vaga y desagradable inquietud. Mi madre y mi tío Walter no eran así; se parecían a su padre. En cambio el pobre Lawrence, mi primo, hijo de Walter, había sido el vivo retrato de nuestra abuela; al menos hasta que su estado mental hizo necesario recluírle para siempre en un hospital psiquiátrico. Hace cuatro años que no lo he visto, pero mi tío me dio a entender una vez que su estado mental y físico era deplorable. Esta fue probablemente la causa principal de la muerte de su madre que ocurrió dos años antes.

Mi familia de Cleveland la componían mi abuelo y su hijo Walter, viudo ya; pero la casona que habitaban conservaba el ambiente denso y enrarecido de los viejos tiempos. Esta atmósfera me resultaba tan desagradable, que procuré terminar cuanto antes mis investigaciones. Mi abuelo me proporcionó abundante material sobre los Williamson, pero en lo que respecta a los Orne, tuve que recurrir a mi tío Walter, que puso a mi disposición las carpetas donde se guardaban cartas, recortes, legados, fotografías y miniaturas de la familia.

Repasando las cartas y los retratos de los Orne, empecé a sentir una especie de terror hacia mis antepasados. Como he dicho, mi abuela y mi tío Douglas me habían inquietado siempre. Ahora, años después de haber

desaparecido, contemplé sus rostros con un profundo sentimiento de aversión. Al principio no podía comprender la razón, pero poco a poco se fue imponiendo a mi subconsciente una especie de comparación, cuya remota posibilidad se negaba a admitir mi razón. Era innegable que la expresión característica de aquellos dos rostros me sugerían algo que antes no habría podido ni sabido comprender. En cambio ahora la sola idea de aceptarla me producía un pánico inenarrable.

Pero aún. sentí una impresión mucho más violenta cuando mi tío me mostró las joyas de los Orne que se guardaban en la caja fuerte de un banco. Algunas de ellas eran exquisitas, realmente primorosas, pero había un estuche con extrañas piezas de orfebrería que habían pertenecido a mi misteriosa bisabuela. Mi tío casi habría preferido no abrir el estuche. Dijo que las piezas estaban adornadas con detalles grotescos y repulsivos, y que nunca, a juicio suyo, habían sido llevadas en público. Sin embargo, mi abuela disfrutaba contemplándolas a solas. Sobre tales joyas habían circulado vagas leyendas que les atribuían cierto poder maléfico. La institutriz de mi bisabuela había dicho que no era conveniente ponérselas en Nueva Inglaterra, pero que en Europa se podían llevar sin peligro.

Al comenzar a desenvolver los objetos, mi tío me pidió que no me dejase impresionar por el extraño efecto de horror que producían los dibujos. Los habían visto varios artistas y arqueólogos; todos aseguraron que se trataba de verdaderas obras de arte, y elogiaron mucho su belleza. Sin embargo, ninguno logró identificar con qué metal habían sido elaboradas las piezas, ni a qué estilo o escuela podían adscribirse. En total se trataba de dos brazaletes, una tiara y una especie de pectoral, Este último estaba ornado con ciertas figuras en relieve de una extravagancia casi insoportable.

Mientras escribo estoy tratando de contener violentamente mis emociones, pero en aquel momento mi cara debió de reflejarlas en el acto.

Mi tío se alarmó; dejó a medio desenvolver las joyas y se me quedó mirando con ojos atónitos. Le rogué que continuara, y él me obedeció con renovada repugnancia. Parecía temer alguna reacción mía cuando apareciese la primera pieza, una tiara, pero dudo mucho que se esperase lo que realmente sucedió. De todos modos, yo tampoco me lo esperaba. Lo que pasó fue sencillamente que caí desvanecido, sin decir palabra, igual que en la zanja del ferrocarril, entre las zarzas, el año anterior.

A partir de ese momento mi vida ha sido una pesadilla de lucubraciones y pensamientos tenebrosos. Y a no sé dónde termina la espantosa realidad y dónde comienza la locura. Mi bisabuela era una Marsh de origen desconocido, y su marido había vivido en Arkham... Pero, ¿no dijo el viejo Zadok que Obed Marsh había logrado casar a la hija que le diera su monstruosa segunda esposa, con un individuo de Arkham? ¿Y no había aludido el viejo borracho al parecido de mis ojos con los del capitán Obed? Y también en Arkham el conservador me había dicho que yo tenía los ojos típicos de los Marsh. ¿Era, pues, Obed Marsh mi tatarabuelo? Y entonces, ¿quién, o mejor dicho, qué había sido mi tatarabuela? Pero quizá todo esto no fueran más que desvaríos. Aquellos ornamentos de oro pálido pudieron ser comprados por el padre de mi bisabuela, quienquiera que fuese, a algún marinero de Innsmouth. Y aquella expresión de fijeza impasible de los rostros de mi abuela y mi tío Douglas, el que se suicidó, tal vez no fuese sino un engaño de mis sentidos, pura fantasía nacida de mi experiencia de Innsmouth, cuyo recuerdo aún me hacía estremecer. Pero si es así, ¿por qué entonces se había quitado la vida mi tío, precisamente después de indagar sobre sus antepasados?

Durante más de dos años he luchado por apartar de mí todos esos pensamientos, algunas veces con éxito. Mi padre me consiguió un empleo en una compañía de seguros, y yo me consagré febrilmente a mi ocupación rutinaria para no pensar. En el invierno de 1930-31, no obstante,

empezaron los sueños. Al principio me venían de manera esporádica y solapada; luego, a medida que pasaban las semanas, se hicieron más frecuentes y más vívidos. Ante mí se abrían en sueños grandes espacios acuáticos por los que yo flotaba a través de inmensos pórticos sumergidos y de murallas ciclópeas cubiertas de algas. En un principio soñé con peces grotescos que me acompañaban en mis vagabundeos submarinos. Después comenzaron a aparecer otras formas que me llenaban de horror al despertar, pero que durante el sueño no me causaban el más ligero temor... yo era uno de ellos, llevaba sus mismos adornos, recorría con ellos las sendas de la mar, y juntos orábamos en sus grandiosos templos subacuáticos.

Al despertar no lograba acordarme de todo, pero los fragmentos que recordaba habrían bastado para hacerme pasar por un loco, o quizá por un poeta maldito. Por otra parte, sentía un impulso irracional a apartarme de la vida sana y ordinaria que llevaba, y a lanzarme a las tinieblas y la locura. Combatí este impulso, y mi lucha desesperada fue arruinando mi salud. Finalmente me vi obligado a dejar mi colocación y a vivir encerrado, como un inválido. Sufría alguna desconocida enfermedad del sistema nervioso, que a veces incluso me impedía cerrar los ojos.

Por entonces empecé a estudiarme en el espejo con creciente ansiedad. Nunca es agradable contemplar los lentos estragos que produce la enfermedad, pero en mi caso había algo más, algo sutil e inexplicable. Mi padre debió notarlo también, porque comenzó a mirarme con asombro y casi con espanto. ¿Qué me estaba sucediendo? ¿Acaso me iba pareciendo cada vez más a mi abuela y a mi tío Douglas?

Una noche tuve un sueño terrible. Soñé que me encontraba con mi abuela bajo la mar. Vivía ella en un palacio fosforescente, lleno de terrazas, rodeado de extraños jardines donde nacían corales leprosos y monstruosas flores submarinas, y salía a recibirme con una amabilidad casi burlona. Me dijo que había sufrido una gran metamorfosis y que había regresado a las

aguas, que ella no había muerto, sino que había huido a un reino maravilloso que su hijo Douglas había llegado a sospechar, pero cuyos prodigios - destinados también a él - había despreciado al suicidarse. Este reino también me estaba destinado a mí. No podría sustraerme a mi destino. Sería inmortal y viviría para siempre con aquellos que ya existían cuando el hombre aún no había aparecido sobre la faz de la tierra.

También encontré a la misteriosa abuela de mi abuela. Durante ocho mil años, Pth'thya-l'yi - tal era su nombre - había vivido en Y'ha-nthlei, adonde había regresado después de la muerte de su esposo Obed Marsh. Y'ha-nthlei no había sido destruida cuando los hombres de la tierra habían arrojado explosivos a la mar. La habían dañado, pero no destruido. Los Profundos no pueden ser exterminados jamás, aun cuando a veces la magia arcaica de los Primordiales, hoy olvidada, consiga reducirlos a la impotencia. Ahora descansan, pero algún día, cuando despierten plenamente, se levantarán de nuevo para exigir el tributo que el Gran Cthulhu anhela. Ese día atacarán una ciudad más grande que Innsmouth. Su intención es extenderse por toda la superficie del globo, y para ello cuentan con algo terrible que les ayudará en la lucha. Pero el día aún no había llegado. Yo tenía que cumplir una penitencia por haber provocado la muerte de muchos de sus compañeros de tierra firme, pero el castigo no sería duro. Este fue el sueño en que vi por vez primera a un shoggoth. Al verlo, di un grito espantoso y me desperté. Esa misma mañana comprobé ante el espejo que mi rostro tenía, de manera inconfundible, la pinta de Innsmouth.

Por ahora no me he pegado un tiro como mi tío Douglas. He comprado una pistola y a punto he estado de acabar con mi vida, pero tuve un sueño que me disuadió. Mi horror y mi ansiedad se han ido relajando, y en ocasiones me siento extrañamente atraído por las desconocidas profundidades de la mar. Ya no temo a las regiones submarinas. Cuando

estoy dormido oigo y hago cosas más bien raras, y me despierto exaltado, gozoso, sin la menor sombra de temor. Creo que no debo esperar como los demás a que me venga la metamorfosis. Si lo hiciera, probablemente mi padre me encerraría en un sanatorio, como encerraron a mi pobre primo Lawrence. Un futuro prodigioso me aguarda en los abismos, y no tardará. ¡Iä-R'lyeh! ¡Cthulhu fhtagn! ¡Iä! ¡Iä! No, no me pegaré un tiro... ¡Yo no estoy destinado al suicidio!

Urdire un plan para que pueda escapar mi primo del manicomio y correremos juntos hacia la mágica ciudad de Innsmouth. Nadaremos hasta el arrecife, nos sumergiremos en los negros abismos hasta la ciclópea Y'hathlei, la de las mil columnas. Y allí, en compañía de los Profundos, viviremos por siempre en un mundo de maravilla y de gloria.

## **LA LAMPARA DE ALHAZRED<sup>15</sup>**

H. P. Lovecraft & August Derleth

Siete años habían transcurrido desde la desaparición de su abuelo Whipple cuando Ward Phillips recibió la lámpara. Esta, así como la casa de la calle Angell, donde vivía Ward, habían pertenecido a su abuelo. Phillips había estado habitando en la casa desde la desaparición de su abuelo, pero la lámpara había quedado en manos del abogado hasta pasados los siete años que deberían transcurrir hasta darle definitivamente por muerto. Había sido deseo de su abuelo que la lámpara estuviese bien guardada durante esos años, en manos del abogado, por si acaeciese algo imprevisto, la muerte o cualquier otro accidente. El caso era que Phillips dispusiese del tiempo necesario para familiarizarse con la imponente biblioteca de

Whipple, en la que le esperaba una gran cantidad de sabiduría. El viejo Whipple había decidido que, cuando Phillips hubiese acabado de leer los enormes volúmenes que llenaban las estanterías, habría alcanzado un grado de madurez suficiente para poder heredar el «tesoro más valioso» de su abuelo, según declaración del propio Whipple.

Phillips tenía entonces treinta años y una salud delicada, lo cual era normal, pues desde niño, siempre había sido un poco enfermizo. Había nacido en el seno de una familia medianamente rica, pero los ahorros de su abuelo volaron en unas inversiones desacertadas, de modo que a Phillips lo único que le quedaba era la casa de la calle Angell y lo que ésta encerraba. Phillips trabajaba como redactor en unas revistas de escándalo, y luego, para redondear las pocas ganancias que le producía el oficio, se dedicaba a revisar y corregir los innumerables y poco prometedores manuscritos de prosa o de poesía que otros escritores, más inexpertos que él, le enviaban con la esperanza de llegar a ver su obra publicada, una vez que la pluma de Phillips hubiese obrado un milagro. La vida sedentaria que llevaba no había mejorado su resistencia a la enfermedad; era alto, delgado, llevaba gafas, tenía frecuentes catarros y, una vez, para gran vergüenza suya, enfermó del sarampión.

Cuando los días eran cálidos, le gustaba mucho pasear por los campos donde había jugado de pequeño. En esas ocasiones, solía llevar sus papeles debajo del brazo y trabajar al aire libre, sentado en la encantadora y frondosa ribera del río que, durante su infancia, había sido su escondite predilecto. Esta orilla del río Seekonk no había cambiado en todos esos años, y Phillips, que vivía mucho del pasado, creía que una forma de desafiar el tiempo era permanecer cerca de los lugares que no cambiaban. En una carta a un corresponsal, había descrito esta forma de sentir suya:

---

<sup>15</sup> The Lamp of Alhazred.



«Entre esos caminos del bosque que tan bien conozco, el salto entre el presente y los años 1899 ó 1900 desaparece totalmente, de modo que muchas veces me sorprende, al encontrarme nuevamente en la ciudad, constatar que ésta ha perdido su apariencia de fin de siècle». Además de la ribera del Seekonk, otro de los lugares que elegía para sus paseos era la colina de Nentaconhaunt. Le gustaba poder contemplar, desde allí, su ciudad natal a la puesta del sol, y esperar el plácido panorama de la población al recogerse en su vida nocturna, con los campanarios y los tejados de estilo holandés que, progresivamente, iban oscureciéndose sobre el fondo anaranjado y carmín del atardecer. Le emocionaba el brillo esmeralda o perlado en que se fundía el horizonte, y finalmente las luces centelleantes que transformaban la vasta y desigual ciudad en una tierra mágica que ejercía para Phillips una mayor atracción que durante el día.

Hacía mucho tiempo que Phillips había renunciado a alumbrarse con luz eléctrica, pues ésta resultaba excesivamente cara para sus modestos ingresos. Pero como sus largas excursiones diurnas le obligaban a trabajar hasta muy avanzada la noche, la famosa lámpara de su abuelo Whipple, por muy extraña y vieja que fuera, le iba a ser de una gran utilidad. La carta que acompañaba el último regalo del viejo, cuya relación con su nieto había sido muy profunda desde la muerte de los padres del niño, le explicaba que la lámpara provenía de una tumba de Arabia, en los comienzos de la historia. Decía que había pertenecido a un árabe medio loco, llamado Abdul Alhazred. Era obra de la fabulosa tribu de Ad, una de las cuatro misteriosas y poco conocidas de Arabia - Ad estaba en el sur, Thamood en el norte, y el centro de la península estaba ocupado por Tasm y Jadis-. Había sido hallada hace mucho tiempo en una ciudad oculta llamada Irem. Edificada por Shedad, el último de los déspotas de Ad, era la Ciudad de las Columnas, conocida por algunos como la Ciudad Sin Nombre. Decían que se encontraba cerca de Hadramant; según otros, debía estar enterrada bajo

las antiquísimas y siempre movedizas arenas de Arabia. De todas maneras, salvo los favoritos del profeta que habían logrado encontrarla, nunca nadie había conseguido verla. Para terminar su larga carta, el viejo Whipple había escrito: «Puede proporcionar tanto placer encendida como apagada. Igualmente puede traer dolor. Es la fuente del éxtasis o del terror.»

El aspecto de la lámpara de Alhazred era poco corriente. Funcionaba con aceite, y parecía ser de oro. Por su forma, se asemejaba a una marmita oblonga, con un asa curvada a un lado y una espita para la llama al otro. Su decoración consistía en unos extraños dibujos, mezclados con letras y colocados de tal manera que parecían formar unas palabras. Pero aquel lenguaje era desconocido para Phillips, que conocía varios dialectos árabes y, sin embargo, no lograba descifrar la inscripción de la lámpara. No era sánscrito. Indudablemente se trataba de un idioma más antiguo; su escritura se componía de letras y jeroglíficos, algunos de los cuales eran pictografías. Phillips dedicó una tarde entera a limpiarla por dentro, por fuera y , después de haberle sacado brillo, la llenó de aceite.

Esa misma noche, Phillips retiró las velas y la lámpara de petróleo, que le habían alumbrado durante tantas y tantas noches de trabajo, y encendió la lámpara de Alhazred. Le sorprendió un poco lo cálido de su brillo, la estabilidad de su llama, y la calidad de su luz. Pero la cantidad de trabajo que le esperaba era tal que no podía seguir entreteniéndose con la lámpara. Sin perder más tiempo, se puso a revisar una obra en verso, que empezaba de la siguiente manera:

*En la brillante y temprana alborada*

*De un año, mucho antes de nacer yo,*

*Cuando la tierra era aún el caos,*

*Mucho antes de cubrirse de luchas...*

y continuaba así, en ese mismo estilo arcaico caído completamente en desuso. Sin embargo, era un estilo que a Phillips le gustaba. Vivía tanto en

el pasado que sus puntos de vista y su filosofía acerca de la influencia del pasado desbordaban toda fantasía. Su noción del tiempo y del espacio estaba, desde sus primeros recuerdos, tan inextricablemente ligada a sus más profundos pensamientos y sentimientos, que cualquier intento de describir con palabras sus estados de ánimo parecería artificial, exótico o convencional. Durante décadas enteras, los sueños de Phillips estuvieron compuestos por una extraña mezcla de inquietud aventurera unida a paisajes, perspectivas arquitectónicas y efectos de la bóveda celeste. En su mente conservaba cierta imagen de sí mismo a los tres años: se encontraba sobre un puente ferroviario. A través de los huecos de la barandilla, su vista penetraba en la parte más densa de la ciudad. Y entonces sintió la inminencia de algún prodigio, que no podía describir ni llegar a comprender en su totalidad; era la intuición de algo maravilloso, de una liberación escondida en oscuras dimensiones. Presentía que, aunque raras veces y con muchas dificultades, aquellas dimensiones podían alcanzarse mediante ciertas perspectivas visuales, tales como la de una vieja calle vista a través de leguas de campo montañoso; o la de las balaustradas de unas terrazas enfocadas desde abajo, desde el mismo pie de la interminable escalera de mármol que conduce a ellas. Es cierto que Phillips soñaba con vivir en el siglo dieciocho, o incluso antes, cuando todavía había tiempo para el arte de la conversación y cuando el hombre podía vestirse con cierta elegancia sin ser observado con extrañeza por sus vecinos. Pero por muy intenso que fuera su deseo de volver a un tiempo en que el mundo era más joven y menos apurado, la falta de imaginación y las pocas ideas que reflejaban las líneas sobre las cuales estaba trabajando, sumadas a su propio cansancio, le hicieron sentirse incapaz de seguir con su tarea. Reconoció que no podía interesarse por estas líneas tan poco inspiradas; apartó el manuscrito y se inclinó hacia atrás para descansar.

Fue entonces cuando observó el súbito cambio que se había operado

a su alrededor.

Las familiares paredes tapizadas de libros, salvo en los huecos de las ventanas - Phillips tenía la manía de taparlas con cortinas para que ninguna luz exterior, ya fuera la del sol, la de la luna, o la de las estrellas, invadiese su santuario - estaban extrañamente cambiadas. No era sólo la claridad difundida sobre ellas por la lámpara de Arabia lo que las había modificado, sino que la misma luz proyectaba contra las paredes objetos desconocidos para Phillips. Dondequiera que iluminara la lámpara, contra las paredes, sobre los tomos de los libros alineados en sus estantes, Phillips contemplaba unas escenas que ni los fondos más misteriosos de su imaginación hubiesen podido crear. En cambio, en todas las zonas oscuras, tales como la gran mancha de sombra que el respaldo de la silla de Phillips proyectaba sobre una parte de los estantes, no veía nada, nada más que la oscuridad de las sombras y en ellas la monotonía de los libros alineados.

Phillips permaneció sentado y, maravillado, contempló las escenas que se desarrollaban ante él. Luego quiso reaccionar y pensó que era víctima de una ilusión óptica. Pero tal explicación a ese fenómeno no le satisfacía, y la rechazó. Por otra parte, tenía el curioso convencimiento de que no deseaba hallar explicación alguna, de que no la necesitaba: algo maravilloso había ocurrido, sabía que tenía que ser pasajero y no quería conocer o sentir más que la admiración por lo que sus ojos presenciaban. El mundo que veía a la luz de la lámpara era de una rareza suprema. Era un mundo al que nunca había tenido acceso, ni por la vista, ni por la lectura, ni siquiera por la vía de sus sueños.

La escena parecía representar la tierra en sus principios, cuando aún estaba en período de formación. Unos chorros de vapor salían de las fisuras de sus rocas. Las huellas dejadas por unos reptiles se veían claramente dibujadas en el barro. Arriba, volando en el aire, unas bestias gigantescas peleaban y se destrozaban entre sí. Entre las rocas de una playa, el

tentáculo de algún animal monstruoso se desenroscaba sinuosa y amenazadoramente en la luz roja del día, como una criatura extraída de alguna ficción fantástica.

Entonces, suavemente, la escena cambió. Las rocas fueron sustituidas por un desierto arrasado por el viento, y, como un espejismo, surgió la oculta y desierta Ciudad de las Columnas, conocida también como Irem. Phillips sabía que ahora, cuando ningún pie humano pisaba ya las calles de esa ciudad, unos seres terribles seguían merodeando entre los pilares de piedra de las viviendas, que no estaban en ruinas, sino que permanecían en el estado en que se encontraban cuando sus antiguos habitantes fueron aniquilados o echados de la ciudad por aquellos entes venidos del cielo para asediar Irem y apoderarse de ella. De aquellos seres no se veía nada, tan sólo se adivinaba el angustioso movimiento merodeante, como una sombra fuera del tiempo. Y a lo lejos, detrás de la ciudad y del desierto, se erguían las montañas cuyas cimas estaban cubiertas de nieve; cuando aún las estaba contemplando, Phillips tuvo conocimiento de sus nombres, porque en ese mismo momento se revelaron a su mente. La ciudad en el desierto era la Ciudad Sin Nombre, y las cumbres nevadas eran las Montañas de la Locura, o quizá Kadath en el Páramo Frío. A Phillips le divertía dar sus nombres a estos lugares del paisaje, pues se le ocurrían con facilidad; le venían a la mente como si hubiesen estado rondando el perímetro de sus pensamientos, en espera de la oportunidad que les permitiera encarnar en una vivencia real.

Permaneció sentado durante mucho tiempo, fascinado, hasta que una leve sensación de alarma le removió. Los paisajes que desfilaban ante sus ojos eran similares a los que podrían aparecer en un sueño, y sin embargo, Phillips sentía crecer su inquietud. Intuía algo parecido a la presencia de lo maligno, a la vez que tomaba conciencia de ciertos inconfundibles indicios de los horribles seres que ocupaban estos parajes.

Finalmente, no pudo resistir más tiempo a esa angustia envolvente; apagó la luz y, algo tembloroso, encendió una vela. Se sintió inmediatamente confortado por su brillo descolorido y familiar.

Estuvo meditando largo rato sobre todo cuanto había visto. Su abuelo le había dicho de la lámpara que era su «más valiosa posesión»; con lo cual resultaba evidente que sus propiedades le eran conocidas. ¿Y qué eran esas propiedades sino el poder de transmitir el recuerdo ancestral y mágico de una revelación, de tal modo que quien se sentara a su luz podía contemplar los lugares de terror y belleza que sus dueños habían conocido? Phillips estaba convencido de que los paisajes que había podido ver eran lugares familiares a Alhazred. Pero esta explicación tenía muy poca lógica. Y cuantas más vueltas le daba, más aumentaba su perplejidad. Decidió volver al trabajo que había apartado; se volcó en él y consiguió alejar de sí todas las fantasías y alarmas que empezaban a instalarse en su mente.

Al día siguiente, Phillips salió a la declinante luz de octubre para pasearse fuera de la ciudad. Tomó el coche de línea hasta el final del barrio residencial, y después caminó en dirección al campo. Llegó a un lugar que no conocía, y que estaba por lo menos una milla de cualquier lugar por donde hubiera paseado antes. Siguió una carretera hasta la bifurcación al noroeste de Plainfield Pike y subió por la falda oeste del Nentaconhaunt. Allí pudo disfrutar de una vista realmente idílica. Era un panorama de praderas, de viejas paredes de piedra, de blancas alamedas y de lejanos tejados al oeste y al sur. Phillips se encontraba a menos de tres millas del corazón de la ciudad y sin embargo, estaba como sumergido en la primaria Nueva Inglaterra rural de los primeros colonizadores.

Antes de la puesta del sol, subió hasta arriba de la colina en dirección a uno de sus escondrijos familiares, que siempre le había atraído. Nunca hasta entonces se había percatado ante la perspectiva que tenía del extenso campo. Todo era resplandor de riachuelos, bosques lejanos y cielo

naranja místico, con el gran disco solar rojo hundiéndose entre las franjas de estratos de nubes. Se adentró en el bosque y pudo contemplar la misma puesta del sol a través de los árboles. Luego volvió hacia el este para cruzar la colina en dirección a uno de sus escondrijos familiares y que siempre le había atraído. Nunca hasta entonces se había percatado de la inmensa extensión de Nentaconhaunt. Más que una simple colina, era una verdadera planicie en miniatura, con sus valles, sus cordilleras, y sus cimas propias. Desde alguna de sus praderas ocultas - tan alejadas de toda señal de vida humana - la vista que se le ofrecía sobre el remoto cielo urbano le maravilló: era un sueño de picachos encantados y de cúpulas medio flotando en el

aire y rodeadas de un oscuro aura de misterio. Las ventanas superiores de algunas de las torres más altas conservaban la incandescencia que el sol ya había perdido, y ofrecían una visión de resplandor irreal. Seguidamente, Phillips pudo admirar el gran disco de la luna de Orión flotando alrededor de los campanarios y alminares, mientras que al oeste, en el horizonte brillantemente anaranjado, Venus y Júpiter empezaban a parpadear. Se adentró en la llanura. El camino atravesaba unos paisajes muy variados: algunas veces serpenteaba por el interior, y otras penetraba en los bosques y los cruzaba para acercarse a los valles oscuros que se deslizaban hacia la llanura inferior. Los grandes pedruscos que se balanceaban en las alturas rocosas producían un efecto espectral, druídico, al recortarse en el crepúsculo.

Finalmente llegó a unos parajes que le eran más familiares. Allí, recubierto por la hierba, el promontorio de un viejo acueducto enterrado le daba la ilusión de pisar los restos de una carretera romana; y allí estaba la cima de la colina que siempre había conocido. Extendida a sus pies, la ciudad se iluminaba rápidamente y se asemejaba a una constelación yaciendo en el profundo anochecer. La luna derramaba una inundación de

oro pálido, y, al oeste, el resplandor de Venus y de Júpiter se acrecentaba con intensidad en el horizonte cada vez más difuso. El camino que le conduciría a su casa estaba ante él; no tenía más que bajar esa última pendiente para llegar al coche de línea que le llevaría a los prosaicos lugares frecuentados por el hombre.

Pero durante todas estas horas apacibles, Phillips no había olvidado un solo instante su experiencia de la noche anterior, y no podía negar que ansiaba anticipar la llegada de la noche. La sensación de alarma que se había apoderado de él se había convertido en la promesa de una nueva experiencia nocturna de naturaleza desconocida.

Esa noche, tomó su solitaria cena con más rapidez que de costumbre para poder acudir en seguida al estudio, donde las hileras de libros, que llegaban al techo, le esperaban con su saludo permanente. Pero él no miró siquiera el trabajo que había abandonado sobre la mesa, sino que encendió la lámpara de Alhazred y se sentó a esperar lo que pudiese ocurrir.

El suave resplandor amarillento de la lámpara se extendía sobre las paredes cubiertas de estantes. La llama no se movía; ardía tranquila y establemente, e igual que la víspera, la primera impresión que Phillips recibió fue la de un calor confortante y arrullador. Entonces, con suavidad, los libros y los estantes parecieron difuminarse, desteñirse, y dieron paso a escenas de otro mundo y otros tiempos. Aunque le fueran completamente desconocidos, los nombres de las escenas y de los lugares que veía afloraban con naturalidad a su mente, como si el resplandor de la lámpara de Alhazred estimulase su imaginación. Vio una casa muy bella, coronada de humo, en un promontorio como el cercano Gloucester. Vio un antiguo pueblo de estilo holandés, con un oscuro río que lo atravesaba, un pueblo como Salem, pero más malvado y misterioso, y llamó al pueblo Arkham, y al río Miskatonic. Vio la oscura ciudad costera de Innsmouth, y detrás de



ella el Arrecife del Diablo. Vio las profundidades acuáticas de R'lyeh donde el difunto Cthulhu yacía durmiendo. Contempló la Meseta de Leng, arrasada por el viento, y las oscuras islas de los Mares del Sur. Pudo apreciar las Tierras del Ensueño, los paisajes de otros lugares, del espacio, así como las formas de vida que habían existido en otros tiempos y que, más viejos que la propia tierra, remontaban a los Primordiales, hasta Hali, e incluso más allá.

Pero presenciaba estas escenas como a través de una ventana que parecía invitarle a abandonar su propio mundo para viajar a estos reinos de maravilla y belleza; y en Phillips la tentación era cada vez más fuerte: temblaba con el deseo de obedecer, de dejar de ser lo que era, de intentar ser lo que tal vez podría ser. Pero, como la noche anterior, apagó la luz y agradeció la aparición de las paredes llenas de libros del estudio de su abuelo Whipple.

Renunció a las monótonas revisiones que le esperaban, y se pasó el resto de la noche, a la luz de la vela, escribiendo relatos cortos, inspirándose en las escenas y los seres que había visto a la luz de la lámpara de Alhazred.

Pasó toda la noche escribiendo, y todo el día siguiente durmiendo, exhausto.

Y a la noche, antes de ponerse de nuevo a escribir, estuvo contestando unas cartas. En ellas hablaba de sus «sueños», como ignorando si había visto realmente las imágenes que habían pasado ante sus ojos, o si las había soñado. Reconocía que los mundos de su propia ficción se entretejían con los mundos de la lámpara. Los deseos y anhelos de su juventud se habían fundido en su mente con las visiones de sus intentos creativos, que habían absorbido de igual forma los lugares de la lámpara y los secretos ocultos de su corazón, el cual, como la lámpara de Alhazred, había alcanzado los lejanos extremos del universo.

Pasaron muchas noches sin que Phillips volviese a encender la lámpara.

Las noches se sumaron, llegando a formar meses, y los meses años.

Envejeció, sus relatos de ficción fueron publicados, y con ellos las mitologías de Cthulhu; de Hastur el Inefable; de Yog-Sothoth; de Shub-Niggurath, la Cabra Negra de los Bosques con sus Mil Crías; de Hypnos, el dios del sueño; de los Primigenios Mayores y de su mensajero, Nyarlathotep; todos esos seres mitológicos, con el oscuro mundo de sombras que representaban, llegaron a formar parte integrante de la intimidad de Phillips. Su conocimiento de ellos era tal que pudo traer Arkham a la realidad. Descubrió la sombra sobre Innsmouth, habló de los murmullos en la oscuridad y del moho de Yuggoth, y dio a conocer el horror de Dunwich. Y en toda su prosa, en todos sus versos, la luz de la lámpara de Alhazred brillaba, aun cuando Phillips ya no la utilizara.

Dieciséis años transcurrieron de esta forma, hasta que, una noche, Ward Phillips se acercó a donde había dejado la lámpara, detrás de una fila de libros, sobre uno de los estantes inferiores de la biblioteca de su abuelo Whipple. La sacó de allí, e inmediatamente todos los viejos encantos y todas las maravillas se reavivaron para él. Volvió a limpiarla y la colocó sobre la mesa. En los últimos años, el estado de salud de Phillips había empeorado mucho. Padecía una enfermedad incurable y sabía que sus días estaban contados; pero no quería morir sin volver a contemplar, una última vez, los mundos de belleza y de terror que encerraba la lámpara de Alhazred.

Encendió la lámpara otra vez y miró hacia las paredes. Pero sucedió algo extraño. En las mismas paredes donde antes le habían sido presentados los lugares y seres relacionados con la vida de Alhazred, surgía ahora la aparición mágica de un lugar muy conocido por Ward Phillips, pero no del tiempo actual, sino tal como era en una época pasada, un tiempo querido y

perdido, cuando retozaba de chiquillo en las orillas del Seekonk, ocupado con los juegos que inspiraba a su imaginación la mitología griega. Allí estaba otra vez la niñez; allí estaban las ensenadas donde había pasado sus años de juventud; allí estaba la glorieta que había construido en honor del gran Pan; toda la irresponsabilidad y la feliz libertad de aquella niñez se reproducían sobre las paredes, porque lo que la lámpara reflejaba ahora eran sus propios recuerdos.

Anhelante, pensó que quizá siempre le había proporcionado la lámpara recuerdos ancestrales, pues ¿quién podía negar que su abuelo Whipple, cuando era joven, o los que le precedieron en la línea de Ward Phillips, habían visto todos aquellos lugares iluminados por la lámpara?

Y otra vez fue como si mirase por una puerta abierta. La escena le invitaba. Se levantó dificultosamente y caminó hacia la pared. No dudó más que un instante; luego siguió hacia los libros.

La luz del sol irrumpió repentinamente a su alrededor. Se sintió libre de sus cadenas y empezó a correr ligeramente a lo largo de la orilla del Seekonk, donde los escenarios de sus primeros años le esperaban para que rejuveneciese, para que volviera a empezar una vida en los tiempos apacibles, cuando el mundo era joven...

Se descubrió la desaparición de Ward Phillips cuando un admirador de sus cuentos, que sentía curiosidad por conocerle, vino a la ciudad a hacerle una visita. Se llegó a la conclusión de que se había sentido mal en el bosque y había fallecido allí, pues sus paseos solitarios eran bien conocidos por los vecinos de la calle Angell, así como el paulatino agravamiento de su salud.

Organizaron varias excursiones para explorar los alrededores de Nentaconhaunt y las orillas, pero no encontraron rastro de Ward Phillips. La policía confiaba en que algún día se encontrarían sus restos, pero nada descubrió y, con el tiempo, el misterio sin resolver se perdió en los

archivos.

Los años pasaron. La casa de la calle Angell fue derribada, la biblioteca adquirida por algunas librerías, y lo que había en la casa se vendió como chatarra, incluyendo una vieja y antigua lámpara árabe, por la que nadie, en un mundo tecnológico posterior a la época de Phillips, se interesó y a la que no se encontró utilidad alguna.

## **HECHOS TOCANTES AL DIFUNTO ARTHUR JERMYN Y SU FAMILIA<sup>16</sup>**

H. P. Lovecraft

### I

La vida es algo terrible, y tras el telón de lo conocido asoman atisbos de demoníaca verdad que la hacen a veces infinitamente más temible. La ciencia, ya opresiva de por sí con sus estremecedoras revelaciones, puede resultar quizás el definitivo exterminador de las especies humanas - si varias especies somos -, ya que sus reservorios de inesperados horrores no podrían ser soportados por los humanos cerebros en caso de desencadenarse sobre la Tierra. De saber lo que somos, podríamos hacer lo mismo que sir Arthur Jermyn; y Arthur Jermyn se empapó en gasolina y prendió fuego a sus ropas una noche. Nadie guardó los restos carbonizados en una urna ni realizó memoriales en su honor, ya que fueron descubiertos ciertos papeles y cierto objeto en una caja, lo que llevó a los hombres el deseo de olvidar. Algunos de quienes lo conocieron no admiten que haya existido jamás.

Arthur Jermyn salió al páramo y se prendió fuego tras ver el objeto en la caja que había llegado de África. Fue ese objeto y no su peculiar apariencia personal lo que lo llevó a quitarse la vida. A muchos les hubiera disgustado poseer las peculiares facciones de Arthur Jermyn, aunque él fue un poeta y un erudito y nunca paró en esas mientes. Llevaba la erudición en la sangre, ya que su bisabuelo, sir Robert Jermyn, baronet, fue un reputado antropólogo, y su tatarabuelo, sir Wade Jermyn, uno de los primeros exploradores de la zona del Congo, habiendo escrito tratados sobre sus tribus, animales y supuestas reliquias. De hecho, el viejo sir Wade había estado dotado de un celo intelectual que degeneró casi en manía; sus extravagantes conjeturas sobre una prehistórica civilización blanca congoleña lo cubrieron de ridículo cuando fue publicado su libro *Observaciones sobre las diversas partes del África*. En 1765 este indomable explorador había sido ingresado en un manicomio de Huntingdon.

La locura acompañaba a todos los Jermyn, y la gente se alegraba de que fueran escasos. El linaje no dio lugar a ramas, y Arthur resultó el último de todos. De no haber sido así, no se sabe qué podría haber hecho con el objeto que le llegó. Los Jermyn nunca resultaron demasiado normales... algunos eran deformes, aunque Arthur era el peor de todos, y los viejos retratos de familia de Jermyn House mostraban facciones regulares antes de sir Wade. Sin duda, la locura comenzó con sir Wade, cuyas extrañas historias africanas eran a un tiempo delicia y terror de sus escasas amistades. Se insinuaba en su colección, que reunía trofeos y especímenes que no eran como las que un hombre normal acostumbra a reunir y conservar, y se hizo patente con la reclusión oriental a la que sometió a su esposa. Ésta última, según él mismo contaba, era hija de un traficante portugués que había encontrado en África, y no gustaba del estilo

---

<sup>16</sup> Facts Concerning the Late Arthur Jermyn and His Family.

de vida inglés. Ella, con un retoño nacido en África, lo había acompañado de vuelta al segundo y más largo de sus viajes, y había partido con él en el tercero y último, esta vez para no volver. Nunca nadie la había visto, ni siquiera los criados, ya que su carácter era violento y peculiar. Durante su breve estancia en Jermyn House ocupó un ala apartada y había sido exclusivamente atendida por su esposo. Sir Wade resultaba, sin duda, de lo más curioso en sus atenciones respecto a su familia, ya que cuando volvió de África no permitió que nadie sino una espantosa negra guineana atendiera a su hijo. De vuelta, tras la muerte de la señora Jermyn, asumió por completo el cuidado de su hijo.

Pero eran las palabras de sir Wade, especialmente cuando bebía, la causa principal que lo llevó a ser considerado un loco por sus amigos. En una época racionalista como el siglo dieciocho, resultaba de necios el que un hombre de ciencia divagase sobre extravagantes visiones y extrañas escenas bajo la luz del Congo; sobre gigantescas murallas y columnas de una ciudad perdida, desmoronadas y cubiertas de lianas; y sobre peldaños de piedra, húmedos, silenciosos, descendiendo sin fin hacia la oscuridad de abismales criptas repletas de tesoros e inconcebibles catacumbas. Especialmente insensato resultaba el desvarío sobre los seres vivos que pudieran haber habitado tal sitio; criaturas mitad selváticas y mitad pertenecientes a esa ciudad de edad impía... criaturas fabulosas que el propio Plinio hubiera mencionado con escepticismo; seres que pudieran haber nacido luego que los grandes monos asolaran la moribunda ciudad de las murallas y las columnas, las bóvedas y las extrañas tallas. Aun después de volver a casa por última vez, sir Wade era capaz de hablar sobre tales asuntos con un realismo estremecedoramente extraño, sobre todo tras despachar su tercer vaso en el Knight's Head; jactándose de lo encontrado en la jungla y de cómo había vivido entre ruinas terribles tan sólo conocidas por él. Y por último contaba acerca de aquellos seres vivos en

una forma que provocó su ingreso en el manicomio. Había mostrado poco pesar al ser encerrado en la alcoba con rejas de Huntingdon, ya que su mente funcionaba de singular manera. Desde que su hijo salió de la infancia había ido gustando cada vez menos del hogar, hasta que al final parecía temerlo. El Knight's Head había sido su cuartel general, y cuando fue recluido expresó cierta gratitud, como si eso sirviese para protegerlo. Tres años más tarde murió.

El hijo de Wade Jermyn, Philip, resultó un personaje de lo más peculiar. A pesar del gran parecido físico con su padre, su apariencia y comportamientos resultaban en multitud de facetas tan groseros que acabó siendo rehuido por todos. Aunque no heredó la locura que tantos temían, era verdaderamente estúpido y dado a cortos lapsos de violencia incontenible. Era frágil de cuerpo, pero muy fuerte y dotado de increíble agilidad. A los veinte años de recibir el título se casó con la hija de su guardabosques, alguien de quien se decía tenía sangre gitana, pero antes de nacer su hijo se enroló en la armada como marinero raso, completando el disgusto general que sus hábitos y casorio habían comenzado. Tras el fin de la guerra americana se corrió el rumor de que estaba de marinero en un mercante de la ruta africana, habiéndose hecho reputación de hombre fuerte y buen gaviero, pero al fin desapareció una noche en que su barco se hallaba fondeado frente a la costa del Congo.

La ahora aceptada característica familiar tuvo un giro extraño fatal en el hijo de sir Philip Jermyn. Alto y apuesto, con una especie de exótica gracia oriental, a pesar de una ligera desproporción, Robert Jermyn comenzó su vida como estudioso e investigador. Fue el primero en estudiar científicamente la gran colección de restos que su loco abuelo había recogido en África, y el que hizo del nombre familiar algo tan reputado en etnología como en exploración. En 1815 sir Robert se casó con una hija del séptimo vizconde de Brightholme y posteriormente fue bendecido con tres

hijos, de los cuales el mayor y el menor jamás fueron mostrados en público a causa de sus deformidades físicas y mentales. Enristecido por ese infortunio familiar, el científico buscó alivio en el trabajo y realizó dos largas expediciones al interior de África. En 1849 su segundo hijo, Nevil, un personaje singularmente repulsivo que parecía combinar la hosquedad de Philip con la altanería de los Brightholme, se fugó con una vulgar bailarina, pero obtuvo el perdón a su regreso el año siguiente. Volvió a Jermyn House como viudo y con hijo pequeño, Alfred, que un día sería el padre de Arthur Jermyn.

Los amigos dicen que fue esa serie de reveses lo que desquició la mente de sir Robert Jermyn, aunque probablemente fue un retazo de folclor africano lo que desencadenó el desastre. El envejecido erudito había estado recopilando leyendas de las tribus Onga, cerca de donde él y su abuelo habían llevado a cabo sus exploraciones, esperando corroborar de algún modo los extravagantes informes de sir Wade acerca de una ciudad perdida habitada por extrañas criaturas híbridas. Cierta consistencia en los extraños escritos de su antepasado sugerían que la imaginación del demente podía haberse visto estimulada por mitos nativos. El 19 de octubre de 1852 el explorador Samuel Seaton se presentó en Jermyn House con un manuscrito de notas recogidas entre los ongas, creyendo que cierta leyenda sobre una ciudad gris de monos blancos regidos por un dios blanco podía interesar al etnólogo. Durante su conversación suministró sin duda detalles adicionales, pero tales nunca pudieron ser conocidos, ya que una espantosa serie de tragedias se desencadenó de repente. Cuando sir Robert Jermyn salió de su biblioteca, dejaba atrás el cadáver estrangulado del explorador y, antes de que nadie pudiera detenerlo, había dado muerte a sus tres hijos, los dos que nunca nadie viera y aquel que se fugó. Nevil Jermyn murió logrando preservar la vida de su propio hijo de dos años, quien aparentemente entraba en el plan de asesinato del enloquecido anciano. Sir Robert mismo,



tras intentar repetidas veces el suicidio, y con una terca negativa a pronunciar sonido articulado alguno, murió de apoplejía durante su segundo año de encierro.

Sir Alfred fue baronet antes de cumplir cuatro años, aunque sus inclinaciones nunca dieron lustre al título. A los veinte se había unido a una banda de artistas de cabaret, y a los treinta y seis abandonó mujer e hijos para viajar en compañía de un circo ambulante americano. Su final resultó truculento. Entre los animales del espectáculo con el que viajaba había un inmenso gorila de color más claro de lo normal, una bestia sorprendentemente mansa, con gran popularidad entre los cómicos. Alfred Jermyn se sentía singularmente fascinado por tal gorila, y en multitud de ocasiones se miraban el uno al otro a través de las barras interpuestas durante largos periodos de tiempo. Finalmente, Jermyn pidió y obtuvo permiso para adiestrar al animal, asombrando a espectadores y compañeros de carpa con los resultados. Una mañana en Chicago, mientras Alfred y el gorila ensayaban un combate verdaderamente inteligente de boxeo, el segundo propinó al primero un golpe más fuerte de lo debido, lastimando la integridad y la dignidad del domador aficionado. De lo que aconteció, el personal del Mayor Espectáculo del Mundo no gusta de hablar. No esperaban oír cómo sir Alfred Jermyn lanzaba un alarido estridente, inhumano, ni verlo aferrar a su desmañado antagonista con ambas manos, derribarle sobre el suelo de la jaula ni morderlo furiosamente en la peluda garganta. El gorila se hallaba desprevenido, pero no por mucho tiempo, y antes de que el verdadero domador pudiera hacer nada, el cuerpo de quien fuera baronet resultaba irreconocible.

## II

Arthur Jermyn era hijo de sir Alfred Jermyn y una cantante de cabaret de antecedentes desconocidos. Cuando el marido y padre abandonó

a su familia, la madre fue con su hijo a Jermyn House, donde no quedaba nadie que pudiera oponerse a su presencia. No carecía de nociones acerca de lo que debe ser la dignidad de un noble y procuró que su hijo gozara de la mejor educación que un peculio limitado podía proporcionar. Los recursos familiares ahora se encontraban lamentablemente menguados y Jermyn House había caído en una desdichada postración, pero el joven Arthur amaba el viejo edificio y cuanto contenía. En contra de otros Jermyn precedente, era un poeta y un soñador. Algunas familias vecinas que habían oído hablar de sir Wade Jermyn y su invisible esposa afirmaban que en él se manifestaba la sangre latina, pero la mayoría se limitaba a sonreír con desdén ante su sentido de la belleza, atribuyéndola a su madre artista, socialmente rechazada. La delicadeza poética de Arthur Jermyn era lo más destacable, debido a su tosco aspecto personal. La mayoría de los Jermyn habían estado dotados de un aspecto algo extraño y repelente, pero en el caso de Arthur esto resultaba sumamente impresionante. Resulta difícil describir su aspecto, pero su expresión, el ángulo facial y la longitud de brazos provocaban un escalofrío de repulsa en aquellos que se topaban por primera vez con él.

Lo que hacía olvidar la apariencia de Arthur Jermyn estaba en su intelecto y su carácter. Culto y talentoso, había logrado los más altos honores en Oxford y parecía capaz de restaurar la fama intelectual de su familia. Aunque su temperamento era más poético que científico, pensaba proseguir el trabajo de sus antepasados sobre etnología y antigüedades africanas, utilizando la verdaderamente maravillosa colección de sir Wade. Su mente fantasiosa pensaba a menudo en la prehistórica civilización en la que el enloquecido explorador creyera tan a pies juntillas, y entretejía un cuento tras otro sobre la silenciosa ciudad de la jungla, mencionada en las postreras y más estrafalarias notas y párrafos, ya que las nebulosas aseveraciones sobre una indescriptible e insospechada raza de híbridos

selváticos despertaban en él un peculiar sentimiento, mezcla de terror y atracción, y especulaba sobre las fuentes posibles de tal fantasía, buscando arrojar luz sobre los más recientes datos recogidos por su tatarabuelo y Samuel Seaton entre los ongas.

En 1911, tras la muerte de su madre, sir Arthur Jermyn decidió continuar sus investigaciones sobre el terreno. Vendiendo parte de sus posesiones para obtener el dinero necesario, equipó una expedición y se embarcó rumbo al Congo. Contratando con las autoridades belgas un equipo de guías, pasó un año en territorio onga y kaliri, logrando datos que sobrepasaban cualquier esperanza. Entre los kaliris había un anciano jefe llamado Mwanu que gozaba no sólo de prodigiosa memoria, sino también de un singular grado de inteligencia e interés por las viejas tradiciones. Este anciano confirmó cada relato oído por Jermyn, añadiendo narraciones propias acerca de la ciudad de piedra y los monos blancos, tal como le fuera narrado.

Según Mwanu, la ciudad gris y las criaturas híbridas ya no existían, habiendo sido exterminadas por los belicosos n'bangus hacía muchos años. Esta tribu, tras destruir la mayoría de los edificios y matar a todo ser viviente, se había llevado la diosa momificada que fuera el objetivo de su incursión, diosa mono blanca que los extraños seres adoraban, y que según la tradición congoleña era el cuerpo de quien reinara como princesa entre tales seres. Qué habían sido exactamente las simiescas criaturas blancas, Mwanu no sabía decir, pero pensaba que fueron los constructores de la ciudad arruinada. Jermyn no pudo sacar conclusiones, ya que una indagación más profunda lo llevó a una leyenda sumamente pintoresca sobre la diosa embalsamada.

La princesa mono, según se decía, se convirtió en consorte de un gran dios blanco llegado del oeste. Durante largo tiempo reinaron juntos sobre la ciudad, pero, al tener un hijo, los tres se marcharon. Más tarde el

dios y la princesa volvieron, y, tras la muerte de ésta, su divino esposo había momificado el cuerpo, encerrándolo en una inmensa mansión de piedra, donde recibía adoración. Luego volvió a marcharse solo. A partir de aquí la leyenda parecía presentar tres variantes. Según una primera versión, no sucedió nada con posterioridad excepto que la diosa momificada se convirtió en símbolo de supremacía, por lo que todas las tribus ansiaban poseerla. Ése fue el motivo por el que los n'bangus se la llevaron. Una segunda historia habla del regreso del dios y de su muerte a los pies de su deificada esposa. La tercera relata el regreso del hijo, llegado a la madurez -madurez de mono o de dios, según- aunque desconocedor de su identidad. Sin duda, los imaginativos negros habían estirado cualesquiera sucesos que pudiera haber bajo la estrafalaria leyenda.

Arthur Jermyn ya no albergaba dudas sobre la existencia de la ciudad selvática descrita por el viejo sir Wade, y no sufrió una gran impresión cuando a principios de 1912 descubrió sus ruinas. Su tamaño había sido exagerado por los relatos, pero las piedras que quedaban probaban que no se trataba de un simple poblado negro. Por desgracia, no pudo descubrir relieves, y el pequeño tamaño de la expedición desaconsejaba operaciones tendentes a franquear el único acceso visible que llevaba abajo, al sistema de bóvedas mencionado por sir Wade. Se preguntó sobre los monos blancos y la diosa momificada a todos los jefes nativos de la región, pero hubo de ser un europeo quien probara la información suministrada por el viejo Mwanu. M. Verhaeren, un agente belga y tratante del Congo, creía que podía no sólo localizar sino también conseguir la diosa embalsamada, acerca de la que tenía vagas noticias; ya que los otrora poderosos n'bangus eran ahora dóciles súbditos del gobierno del rey Alberto, y sin demasiados esfuerzos podría convencerlos para que se librasen de esa tosca deidad robada. Cuando Jermyn embarcó rumbo a Inglaterra, por tanto, lo hizo con la exultante posibilidad de que en pocos

meses llegaría a sus manos un resto etnológico sin precio, capaz de confirmar las más extravagantes historias de su tatarabuelo... es decir, lo más extravagante que jamás oyera. Los coterráneos próximos a Jermyn House quizás habían oído cuentos aún más extraños, transmitidos por antepasados que habían escuchado a sir Wade sentados a las mesas del Knight's Head.

Arthur Jermyn aguardó con gran paciencia la ansiado caja de M. Verhaeren, estudiando entretanto con creciente diligencia los manuscritos legados por su enloquecido antepasado. Comenzaba a sentirse cada vez más afín a sir Wade y a buscar reliquias tanto de la vida personal de éste en Inglaterra como de sus aventuras africanas. Los relatos orales sobre su esposa, misteriosa y recluida, habían sido abundantes, pero no quedaba ningún rastro de su estancia en Jermyn House. Jermyn se preguntaba la razón de tal hecho y llegó a la conclusión de que la fuente estaba en la locura de su esposo. De su tatarabuela, recordaba, decían que era hija de un mercader portugués de África. Sin duda su estirpe pragmática y su conocimiento superficial del Continente Negro le habían llevado a burlarse de los relatos de sir Wade sobre el interior, algo que un hombre así no lograría olvidar. Ella había perecido en África, quizás arrastrada allí por un marido dispuesto a probar sus afirmaciones. Pero al tiempo que se permitía tales lucubraciones, Jermyn no podía por menos que sonreírse ante su futilidad, siglo y medio después de la muerte de aquellos dos extraños antepasados suyos.

En junio de 1913 llegó una carta de M. Verhaeren notificando el hallazgo de la diosa momificada. Era, según el belga, un objeto de lo más extraordinario, algo bastante fuera de la capacidad de clasificación de un lego. Si era humano o simio, sólo un científico podía dictaminarlo, y el proceso de dictamen se vería estorbado en gran modo por el mal estado de conservación. El paso del tiempo y el clima del Congo no resultaban

idóneos para las momias, especialmente si su preparación era cosa de aficionados, como parecía ser el caso. En torno al cuello de la criatura se había descubierto una cadena de oro con un guardapelo vacío, ostentando blasones nobiliarios; sin duda el recuerdo de algún desgraciado viajero cogido por los n'bangus y colgado en el cuello de la diosa como un presente. Respecto a las facciones de la momia, M. Verhaeren sugería una pintoresca comparación, o mejor, expresaba un humorístico asombro acerca de lo impresionante que resultaría a su corresponsal, pero mostraba demasiado interés científico como para gastar mucha palabrería en liviandades. La diosa momificada, escribía, llegaría debidamente embalada alrededor de un mes tras la recepción de la carta.

La caja fue recibida en Jermyn House en la tarde del 3 de agosto de 1913, siendo inmediatamente transportada a la gran estancia que albergaba la colección de curiosidades africanas, tal y como decidieran sir Robert y Arthur. Lo que ocurrió después puede colegirse con seguridad por los relatos de los criados, así como por los objetos y papeles posteriormente objeto de examen. De las diferentes narraciones, la del anciano Soames, el mayordomo de la familia, resulta la más amplia y coherente. Según este hombre cabal, sir Arthur Jermyn echó a todos de la sala antes de la apertura de la caja, aunque el inmediato resonar de martillo y escoplo demostraban que no había retardado la operación. No se oyó nada durante cierto tiempo; exactamente cuánto es algo que Soames no puede precisar; pero está convencido de que menos de un cuarto de hora más tarde se escuchó un grito horrible, procedente sin duda de Jermyn. Inmediatamente después Jermyn salió del cuarto corriendo frenéticamente hacia la delantera de la casa como si algún terrible enemigo fuese en su persecución. La expresión de su rostro, una cara ya de por sí bastante fea, resultaba indescriptible. Cerca ya de la puerta principal pareció caer en la cuenta de algo y dio un giro a su huida, desapareciendo finalmente escaleras abajo en dirección al

sótano. Los criados quedaron totalmente atónitos y espionaron desde lo alto de las escaleras, pero el amo no volvía. Tras caer la noche se escuchó un golpeteo en la puerta que iba del sótano al patio, y un mozo de cuerdas vio a Arthur Jermyn, reluciendo de pies a cabeza por la gasolina derramada y apestando a tal líquido, escabullirse furtivamente hacia el exterior y desaparecer en el negro páramo que circundaba la casa. Entonces, en una exaltación de horror supremo, todos asistieron al final. Brotó una chispa en el páramo, se alzó una llamarada y una columna de fuego humano rozó los cielos. El linaje de los Jermyn tocó a su fin.

El motivo por lo que los restos calcinados de Arthur Jermyn no fueron recogidos y enterrados reside en lo hallado después, principalmente en el ser de la caja. La diosa momificada resultaba una visión nauseabunda, marchita y carcomida, pero aún claramente un mono blanco, embalsamado y de alguna especie desconocida, menos peluda e infinitamente más cercana a los humanos que cualquier variedad descrita... de hecho, bastante escalofriante. Las descripciones en detalle podrían resultar desagradables, pero hay dos particularidades sobresalientes que deben reseñarse, ya que encajan estremecedoramente con algunas anotaciones de las expediciones africanas de sir Wade Jermyn y con las leyendas congoleñas del dios blanco y la princesa mono. Las dos particularidades en cuestión son éstas: las armas del guardapelo dorado del cuello del ser eran las de los Jermyn, y la jocosa insinuación de M. Verhaeren sobre cierto parecido con el rostro arrugado se ajustaba con vívido, espantoso y antinatural horror a nada menos que al sensible Arthur Jermyn, tataranieta de sir Wade Jermyn, y una mujer desconocida. Los miembros del Real Instituto Antropológico quemaron el ser y arrojaron el guardapelo a un pozo, y algunos niegan que Arthur Jermyn haya jamás existido.

## EL PANTANO DE LA LUNA<sup>17</sup>

H. P. Lovecraft

Denys Barry se ha esfumado en alguna parte, en alguna región espantosa y remota de la que nada sé. Estaba con él la última noche que pasó entre los hombres, y escuché sus gritos cuando el ser le atacó; pero ni todos los campesinos y policías del condado de Meath pudieron encontrarlo, ni a él ni a los otros, aunque los buscaron por todas partes. Y ahora me estremezco cuando oigo croar a las ranas en los pantanos o veo la luna en lugares solitarios.

Había intimado con Denys Barry en América, donde éste se había hecho rico, y le felicité cuando recompró el viejo castillo junto al pantano, en el somnoliento Kilderry. De Kilderry procedía su padre, y allí era donde quería disfrutar de su riqueza, entre parajes ancestrales. Los de su estirpe antaño se enseñoreaban sobre Kilderry, y habían construido y habitado el castillo; pero aquellos días ya resultaban remotos, así que durante generaciones el castillo había permanecido vacío y arruinado. Tras volver a Irlanda, Barry me escribía a menudo contándome cómo, mediante sus cuidados, el castillo gris veía alzarse una torre tras otra sobre sus restaurados muros, tal como se alzarán ya tantos siglos antes, y cómo los campesinos lo bendecían por devolver los antiguos días con su oro de ultramar. Pero después surgieron problemas y los campesinos dejaron de bendecirlo y lo rehuyeron como a una maldición. Y entonces me envió una carta pidiéndome que le visitase, ya que se había quedado solo en el castillo, sin nadie con quien hablar fuera de los nuevos criados y peones contratados en el norte.

---

<sup>17</sup> The Moon-Bog; Written March 1921; Published June 1926 in *Weird Tales*.



La fuente de todos los problemas era la ciénaga, según me contó Barry la noche de mi llegada al castillo. Alcancé Kilderry en el ocaso veraniego, mientras el oro de los cielos iluminaba el verde de las colinas y arboledas y el azul de la ciénaga, donde, sobre un lejano islote, unas extrañas ruinas antiguas resplandecían de forma espectral. El crepúsculo resultaba verdaderamente grato, pero los campesinos de Ballylough me habían puesto en guardia y decía que Kilderry estaba maldita, por lo que casi me estremecí al ver los altos torreones dorados por el resplandor. El coche de Barry me había recogido en la estación de Ballylough, ya que el tren no pasa por Kilderry. Los aldeanos habían esquivado al coche y su conductor, que procedía del norte, pero a mí me habían susurrado cosas, empalideciendo al saber que iba a Kilderry. Y esa noche, tras nuestro encuentro, Barry me contó por qué.

Los campesinos habían abandonado Kilderry porque Denys Barry iba a desecar la gran ciénaga. A pesar de su gran amor por Irlanda, América no lo había dejado intacto y odiaba ver abandonada la amplia y hermosa extensión de la que podía extraer turba y desecar las tierras. Las leyendas y supersticiones de Kilderry no lograron conmoverlo y se burló cuando los aldeanos primero rehusaron ayudarlo y más tarde, viéndolo decidido, lo maldijeron marchándose a Ballylough con sus escasas pertenencias. En su lugar contrató trabajadores del norte y cuando los criados le abandonaron también los reemplazó. Pero Barry se encontraba solo entre forasteros, así que me pidió que lo visitara.

Cuando supe qué temores habían expulsado a la gente de Kilderry, me reí tanto como mi amigo, ya que tales miedos eran de la clase más indeterminada, estrafalaria y absurda. Tenían que ver con alguna absurda leyenda tocante a la ciénaga, y con un espantoso espíritu guardián que habitaba las extrañas ruinas antiguas del lejano islote que divisara al ocaso. Cuentos de luces danzantes en la penumbra lunar y vientos helados que

soplaban cuando la noche era cálida; de fantasmas blancos merodeando sobre las aguas y de una supuesta ciudad de piedra sumergida bajo la superficie pantanosa. Pero descollando sobre todas esas locas fantasías, única en ser unánimemente repetida, estaba el que la maldición caería sobre quien osase tocar o drenar el inmenso pantano rojizo. Había secretos, decían los campesinos, que no debían desvelarse; secretos que permanecían ocultos desde que la plaga exterminase a los hijos de Partholan, en los fabulosos años previos a la historia. En el Libro de los invasores se cuenta que esos retoños de los griegos fueron todos enterrados en Tallaght, pero los viejos de Kilderry hablan de una ciudad protegida por su diosa de la luna tutelar, así como de los montes boscosos que la ampararon cuando los hombres de Nemed llegaron de Escitia con sus treinta barcos.

Tales eran los absurdos cuentos que habían conducido a los aldeanos al abandono de Kilderry, y al oírlos no me resultó extraño que Denys Barry no hubiera querido prestarles atención. Sentía, no obstante, gran interés por las antigüedades, y estaba dispuesto a explorar a fondo el pantano en cuanto lo desecasen. Había ido con frecuencia a las ruinas blancas del islote pero, aunque evidentemente muy antiguas y su estilo guardaba muy poca relación con la mayoría de las ruinas irlandesas, se encontraba demasiado deteriorado para ofrecer una idea de su época de gloria. Ahora se estaba a punto de comenzar los trabajos de drenaje, y los trabajadores del norte pronto despojarían a la ciénaga prohibida del musgo verde y del brezo rojo, y aniquilarían los pequeños regatos sembrados de conchas y los tranquilos estanques azules bordeados de juncos.

Me sentí muy somnoliento cuando Barry me hubo contado todo aquello, ya que el viaje durante el día había resultado fatigoso y mi anfitrión había estado hablando hasta bien entrada la noche. Un criado me condujo a mi alcoba, que se hallaba en una torre lejana, dominando la aldea y la llanura que había al pie del pantano, así como la propia ciénaga, por lo

que, a la luz lunar, pude ver desde la ventana las silenciosas moradas abandonadas por los campesinos, y que ahora alojaban a los trabajadores del norte, y también columbré la iglesia parroquial con su antiguo chapitel, y a lo lejos, en la ciénaga que parecía al acecho, las remotas' ruinas antiguas, resplandeciendo de forma blanca y espectral sobre el islote. Al tumbarme, creí escuchar débiles sonidos en la distancia, sones extraños y medio musicales que me provocaron una rara excitación que tiñeron mis sueños. Pero la mañana siguiente, al despertar, sentí que todo había sido un sueño, ya que las visiones que tuve resultaban mas maravillosas que cualquier sonido de flautas salvajes en la noche. Influida por la leyenda que me había contado Barry, mi mente había merodeado en sueños en torno a una imponente ciudad, ubicada en un valle verde, cuyas calles y estatuas de mármol, villas y templos, frisos e inscripciones evocaban de diversas maneras la gloria de Grecia. Cuando compartí ese sueño con Barry, nos echamos a reír juntos; pero yo me reía más, porque él se sentía perplejo ante la actitud de sus trabajadores nortños. Por sexta vez se habían quedado dormidos, despertando de una forma muy lenta y aturridos, actuando como si no hubieran descansado, aun cuando se habían acostado temprano la noche antes.

Esa mañana y tarde deambulé a solas por la aldea bañada por el sol, hablando aquí y allá con los fatigados trabajadores, ya que Barry estaba ocupado con los planes finales para comenzar su trabajo de desecación. Los peones no estaban tan contentos como debieran, ya que la mayoría parecía desasosegada por culpa de algún sueño, aunque intentaban en vano recordarlo. Les conté el mío, pero no se interesaron por él hasta que no mencioné los extraños sonidos que creí oír. Entonces me miraron de forma rara y dijeron que ellos también creían recordar sonidos extraños.

Al anochecer, Barry cenó conmigo y me comunicó que comenzaría el drenaje en dos días. Me alegré, ya que aunque me disgustaba ver el

musgo y el brezo y los pequeños regatos y lagos desaparecer, sentía un creciente deseo de posar los ojos sobre los arcaicos secretos que la prieta turba pudiera ocultar. Y esa noche el sonido de resonantes flautas y peristilos de mármol tuvo un final brusco e inquietante, ya que vi caer sobre la ciudad del valle una pestilencia, y luego la espantosa avalancha de las laderas boscosas que cubrieron los cuerpos muertos en las calles y dejaron expuesto tan sólo el templo de Artemisa en lo alto, donde Cleis, la anciana sacerdotisa de la luna, yacía fría y silenciosa con una corona de marfil sobre sus sienes de plata.

He dicho que desperté de repente y alarmado. Por un instante no fui capaz de determinar si me encontraba despierto o dormido; pero cuando vi sobre el suelo el helado resplandor lunar y los perfiles de una ventana gótica enrejada, decidí que debía estar despierto y en el castillo de Kilderry. Entonces escuché un reloj en algún lejano descansillo de abajo tocando las dos y supe que estaba despierto. Pero aún me llegaba el monótono toque de flauta a lo lejos; aires extraños, salvajes, que me hacían pensar en alguna danza de faunos en el remoto Menalo. No me dejaba dormir y me levanté impaciente, recorriendo la estancia. Sólo por casualidad llegué a la ventana norte y oteé la silenciosa aldea, así como la llanura al pie de la ciénaga. No quería mirar, ya que lo que deseaba era dormir; pero las flautas me atormentaban y tenía que hacer o mirar algo. ¿Cómo sospechar lo que estaba a punto de contemplar?

Allí, a la luz de la luna que fluía sobre el espacioso llano, se desarrollaba un espectáculo que ningún mortal, habiéndolo presenciado, podría nunca olvidar. Al son de flautas de caña que despertaban ecos sobre la ciénaga se deslizaba silenciosa y espeluznantemente una multitud entremezclada de oscilantes figuras, acometiendo una danza circular como las que los sicilianos debían ejecutar en honor a Deméter en los viejos días, bajo la luna de cosecha, junto a Ciane. La amplia llanura, la dorada luz

lunar, las siluetas bailando entre las sombras y, ante todo, el estridente y monótono son de flautas producían un efecto que casi me paralizó, aunque a pesar de mi miedo noté que la mitad de aquellos danzarines incansables y maquinales eran los peones que yo había creído dormidos, mientras que la otra mitad eran extraños seres blancos y aéreos, de naturaleza medio indeterminada, que sin embargo sugerían mediatundas y pálidas náyades de las amenazadas fuentes de la ciénaga. No sé cuánto estuve contemplando esa visión desde la ventana del solitario torreón antes de derrumbarme bruscamente en un desmayo sin sueños del que me sacó el sol de la mañana, ya alto.

Mi primera intención al despertar fue comunicar a Denys Barry todos mis temores y observaciones, pero en cuanto vi el resplandor del sol a través de la enrejada ventana oriental me convencí de que lo que creía haber visto no era algo real. Soy propenso a extrañas fantasías, aunque no lo bastante débil como para creérmelas, por lo que en esta ocasión me limité a preguntar a los peones, que habían dormido hasta muy tarde y no recordaban nada de la noche anterior salvo brumosos sueños de sonos estridentes. Este asunto del espectral toque de flauta me atormentaba de veras y me pregunté si los grillos de otoño habrían llegado antes de tiempo para fastidiar las noches y acosar las visiones de los hombres. Más tarde encontré a Barry en la librería, absorbo en los planos para la gran faena que iba a acometer al día siguiente, y por primera vez sentí el roce del mismo miedo que había ahuyentado a los campesinos. Por alguna desconocida razón sentía miedo ante la idea de turbar la antigua ciénaga y sus tenebrosos secretos, e imaginé terribles visiones yaciendo en la negrura bajo las insondables profundidades de la vieja turba. Me parecía locura que se sacase tales secretos a la luz y comencé a desear tener una excusa para abandonar el castillo y la aldea. Fui tan lejos como para mencionar de pasada el tema a Barry, pero no me atreví a proseguir cuando soltó una de

sus resonantes risotadas. Así que guardé silencio cuando el sol se hundió llameante sobre las lejanas colinas y Kilderry se cubrió de rojo y oro en medio de un resplandor semejante a un prodigio.

Nunca sabré a ciencia cierta si los sucesos de esa noche fueron realidad o ilusión. En verdad trascienden a cualquier cosa que podamos suponer obra de la naturaleza o el universo, aun que no es posible dar una explicación natural a esas desapariciones que fueron conocidas tras su consumación. Me retiré temprano y lleno de temores, y durante largo tiempo me fue imposible conciliar el sueño en el extraordinario silencio de la noche. Estaba verdaderamente oscuro, ya que a pesar de que el cielo estaba despejado, la luna estaba casi en fase de nueva y no saldría hasta la madrugada. Mientras estaba tumbado pensé en Denys Barry, y en lo que podía ocurrir en esa ciénaga al llegar el alba, y me descubrí casi frenético por el impulso de correr en la oscuridad, coger el coche de Barry y conducir enloquecido hacia Ballylough, fuera de las tierras amenazadas. Pero antes de que mis temores pudieran concretarse en acciones, me había dormido y atisbaba sueños sobre la ciudad del valle, fría y muerta bajo un sudario de sombras espantosas.

Probablemente fue el agudo son de flautas el que me despertó, aunque no fue eso lo primero que noté al abrir los ojos. Me encontraba tumbado de espaldas a la ventana este, desde la que se divisaba la ciénaga y por donde la luna menguante se alzaría, y por tanto yo esperaba ver incidir la luz sobre el muro opuesto, frente a mí; pero no había esperado ver lo que apareció. La luz, efectivamente, iluminaba los cristales del frente, pero no se trataba del resplandor que da la luna. Terrible y penetrante resultaba el raudal de roja refulgencia que fluía a través de la ventana gótica, y la estancia entera brillaba envuelta en un fulgor intenso y ultraterreno. Mis acciones inmediatas resultan peculiares para tal situación, pero tan sólo en las fábulas los hombres hacen las cosas de forma dramática y previsible. En

vez de mirar hacia la ciénaga, en busca de la fuente de esa nueva luz, aparté los ojos de la ventana, lleno de terror, y me vestí desmañadamente con la aturdida idea de huir. Me recuerdo tomando sombrero y revólver, pero antes de acabar había perdido ambos sin disparar el uno ni calarme el otro. Pasado un tiempo, la fascinación de la roja radiación venció en mí el miedo y me arrastré hasta la ventana oeste, mirando mientras el incesante y enloquecedor toque de flauta gemía y reverberaba a través del castillo y sobre la aldea.

Sobre la ciénaga caía un diluvio de luz ardiente, escarlata y siniestra, que surgía de la extraña y arcaica ruina del lejano islote. No puedo describir el aspecto de esas ruinas... debí estar loco, ya que parecía alzarse majestuosa y pletórica, espléndida y circundada de columnas, y el reflejo de llamas sobre el mármol de la construcción hendía el cielo como la cúspide de un templo en la cima de una montaña. Las flautas chirriaban y los tambores comenzaron a doblar, y mientras yo observaba lleno de espanto y terror creí ver oscuras formas saltarinas que se silueteaban grotescamente contra esa visión de mármol y resplandores. El efecto resultaba titánico – completamente inimaginable – y podría haber estado mirando eternamente de no ser que el sonido de flautas parecía crecer hacia la izquierda. Trémulo por un terror que se entremezclaba de forma extraña con el éxtasis, crucé la sala circular hacia la ventana norte, desde la que podía verse la aldea y el llano que se abría al pie de la ciénaga. Entonces mis ojos se desorbitaron ante un extraordinario prodigio aún más grande, como si no acabase de dar la espalda a una escena que desbordaba la naturaleza, ya que por la llanura espectralmente iluminada de rojo se desplazaba una procesión de seres con formas tales que no podían proceder sino de pesadillas.

Medio deslizándose, medio flotando por los aires, los fantasmas de la ciénaga, ataviados de blanco, iban retirándose lentamente hacia las aguas

tranquilas y las ruinas de la isla en fantásticas formaciones que sugerían alguna danza ceremonial y antigua. Sus brazos ondeantes y traslúcidos, al son de los detestables toques de aquellas flautas invisibles, reclamaban con extraordinario ritmo a una multitud de tambaleantes trabajadores que les seguían perrunamente con pasos ciegos e involuntarios, trastabillando como arrastrados por una voluntad demoníaca, torpe pero irresistible. Cuando las náyades llegaban a la ciénaga sin desviarse, una nueva fila de rezagados zigzagueaba tropezando como borrachos, abandonando el castillo por alguna puerta apartada de mi ventana; fueron dando tumbos de ciego por el patio y a través de la parte interpuesta de aldea, y se unieron a la titubeante columna de peones en la llanura. A pesar de la altura, pude reconocerlos como los criados traídos del norte, ya que reconocí la silueta fea y gruesa del cocinero, cuyo absurdo aspecto ahora resultaba sumamente trágico. Las flautas sonaban de forma horrible y volví a escuchar el batir de tambores procedente de las ruinas de la isla. Entonces, silenciosa y graciosamente, las náyades llegaron al agua y se fundieron una tras otra con la antigua ciénaga, mientras la línea de seguidores, sin medir sus pasos, chapoteaba desmañadamente tras ellas para acabar desapareciendo en un leve remolino de insalubres burbujas que apenas pude distinguir en la luz escarlata. Y mientras el último y patético rezagado, el obeso cocinero, desaparecía pesadamente de la vista en el sombrío estanque, las flautas y tambores enmudecieron, y los cegadores rayos de las ruinas se esfumaron al instante, dejando la aldea de la maldición desolada y solitaria bajo los tenues rayos de una luna recién acabada de salir.

Mi estado era ahora el de un indescriptible caos. No sabiendo si estaba loco o cuerdo, dormido o despierto, me salvé sólo merced a un piadoso embotamiento. Creo haber hecho cosas tan ridículas como rezar a Artemisa, Latona, Deméter, Perséfone y Plutón. Todo cuando podía recordar de mis días de estudios clásicos de juventud me acudió a los labios



mientras los horrores de la situación despertaban mis supersticiones más arraigadas. Sentía que había presenciado la muerte de toda una aldea y sabía que estaba a solas en el castillo con Denys Barry, cuya audacia había desatado la maldición. Al pensar en él me acometieron nuevos terrores y me desplomé en el suelo, no inconsciente, pero sí físicamente incapacitado. Entonces sentí el helado soplo desde la ventana este, por donde se había alzado la luna, y comencé a escuchar los gritos en el castillo, abajo. Pronto tales gritos habían alcanzado una magnitud y cualidad que no quiero transcribir, y que me hacen enfermar al recordarlos. Todo cuanto puedo decir es que provenían de algo que yo conocí como amigo mío.

En cierto instante, durante ese periodo estremecedor, el viento frío y los gritos debieron hacerme levantar, ya que mi siguiente impresión es la de una enloquecida carrera por la estancia y a través de corredores negros como la tinta y, fuera, cruzando el patio para sumergirme en la espantosa noche. Al alba me descubrieron errando trastornado cerca de Ballylough, pero lo que me enloqueció por completo no fue ninguno de los terrores vistos u oídos antes. Lo que yo musitaba cuando volví lentamente de las sombras eran un par de incidentes acaecidos durante mi huida, incidente de poca monta, pero que me recomen sin cesar cuando estoy solo en ciertos lugares pantanosos o a la luz de la luna.

Mientras huía de ese castillo maldito por el borde de la ciénaga, escuché un nuevo sonido; algo común, aunque no lo había oído antes en Kilderry. Las aguas estancadas, últimamente bastante despobladas de vida animal, ahora hervían de enormes ranas viscosas que croaban aguda e incesantemente en tonos que desentonaban de forma extraña con su tamaño. Relucían verdes e hinchadas bajo los rayos de luna, y parecían contemplar fijamente la fuente de luz. Yo seguí la mirada de una rana muy gorda y fea, y vi la segunda de las cosas que me hizo perder el tino.

Tendido entre las extrañas ruinas antiguas y la luna menguante, mis

ojos creyeron descubrir un rayo de débil y trémulo resplandor que no se reflejaba en las aguas de la ciénaga. Y ascendiendo por ese pálido camino mi mente febril imaginó una sombra leve que se debatía lentamente; una sombra vagamente perfilada que se retorció como arrastrada por monstruos invisibles. Enloquecido como estaba, encontré en esa espantosa sombra un monstruoso parecido, una caricatura nauseabunda e increíble, una imagen blasfema del que fuera Denys Barry.

## **EL DESAFÍO DEL MAS ALLÁ<sup>18</sup>**

H. P. Lovecraft, C. L. Moore, A. Merritt, Robert E. Howard y  
Frank Belknap Long, Jr.

George Campbell abrió a la oscuridad los ojos aún nublados por el sueño y se quedó mirando hacia el trozo de cielo nocturno que se divisaba a través de la abertura de la tienda de campaña, antes de que se despabilase lo suficiente y se preguntase qué era lo que le había despertado. En el claro y fresco aire de aquellos bosques canadiense parecía haber un soporífero tan fuerte como el de la droga más poderosa. Campbell siguió inmóvil un momento, sumergiéndose lentamente en las fronteras del sueño, consciente del delicioso cansancio que experimentaba, de la desacostumbrada sensación de haber usado a fondo sus músculos, para dormir ahora a sus anchas. Aquel era el momento más codiciado de sus vacaciones, cuando descansaba después del trabajo, en la transparente y suave noche del bosque.

Deleitándose mientras su mente volvía a hundirse en la nada, Campbell se dijo a sí mismo, una vez más, que aún tenía por delante tres

---

<sup>18</sup> The Challenge from Beyond; Written August 1935.

largos meses de libertad. De libertad de las ciudades y de la monotonía; de libertad de la enseñanza, de la Universidad, de los estudiantes sin interés alguno por la geología, que trataba de inculcarles en el impenetrable entendimiento, y con lo que se ganaba la vida; de libertad...

De pronto, la suave somnolencia cesó bruscamente. Afuera, la paz se había visto interrumpida por un estrépito de latas entrechocando entre sí. George Campbell se incorporó súbitamente en su catre y alargó el brazo hacia su linterna. Enseguida, y al tiempo que se reía en voz baja, dejó de nuevo la linterna en su sitio. Al forzar la vista entre las tinieblas de la noche, vio afuera una bestezuela nocturna que al corretear entre los botes de conserva había provocado el estrépito. Campbell tendió una mano hacia la abertura de la tienda en busca de un guijarro para arrojarlo contra el intruso animal. Sus dedos dieron con una piedra de buen tamaño, y la alzó por encima de la cabeza, dispuesto a arrojarla.

Pero no llegó a lanzar la piedra. No la tiró porque se dio cuenta de lo extraño que era el guijarro que había cogido. Se trataba de un objeto cúbico, cristalino, que tenía aristas redondeadas. La singular sensación de aquellas caras pétreas causó tal curiosidad en Campbell, que cogió de nuevo la linterna y alumbró con ella el objeto que sostenía en la mano.

Todo vestigio de sueño le abandonó cuando comprobó lo que había encontrado tanteando en la oscuridad. Era un cubo de caras lisas, tan transparente como el cristal de roca. Se trataba de cuarzo, indudablemente, pero no en su habitual forma cristalizada hexagonal. De algún modo que ignoraba, le había sido dada la forma de un cubo perfecto que medía unos diez centímetros por cada una de las desgastadas aristas. Pues, en efecto, estaba increíblemente desgastado. El durísimo cristal aparecía tan redondeado que las aristas casi desaparecían, y el objeto tenía ya cierto aspecto de esfera. Para quedar así, aquel extraño objeto tenía que haberse visto sometido al desgaste a lo largo de milenios, de edades más allá de

toda cuenta.

Pero lo más notable de todo era la forma que se podía divisar tenuemente en el corazón de aquel gran cristal. Incluido en el centro del mismo, se veía un pequeño disco de una sustancia pálida y desconocida, con unos caracteres inscritos en su superficie. Eran unos trazos que recordaban vagamente la escritura cuneiforme.

George Campbell arrugó el ceño Y se inclinó más aún sobre el pequeño enigma que tenía en las manos, preso de una curiosidad sin límites. ¿Cómo podía haber quedado incluido un objeto como aquel disco, en el interior de una roca de cristal puro? Recordó vagamente antiguas leyendas que afirmaban que los cristales de cuarzo eran hielo que se había congelado tan intensamente que jamás volvió a deshelarse. Hielo... y escritura cuneiforme. Sí, ¿no se había originado tal escritura entre los sumerios, que llegaron desde el Norte en los más remotos comienzos de la historia, instalándose en la Mesopotamia? Pero Campbell reflexionó un poco y se echó a reír en voz baja. El cuarzo, desde luego, se había formado en los períodos más tempranos de las eras geológicas terrestres, cuando en el planeta no había más que rocas y un intenso calor. El hielo no había llegado hasta docenas de millones de años después que aquel objeto se formara.

Y sin embargo... allí se veía una escritura hecha por el hombre, indudablemente, y que aunque desconocida, le recordaba vagamente los trazos cuneiformes. ¿Era posible que en la era paleozoica hubieran habido seres con capacidad para trazar signos escritos? ¿O bien aquel objeto procedía de otros mundos, y cayó a la tierra como un meteorito? Tal vez...

Decidió no dejarse arrastrar por la imaginación. El silencio y la soledad de aquellos contornos, así como el objeto indudablemente extraño que había hallado, estaban jugando una mala pasada a su sentido común. Se encogió de hombros y dejó el cristal en una esquina de su catre, al tiempo

que apagaba la linterna. Quizá el nuevo día, con la mente más despejada, le permitiera aclarar aquel enigma.

Pero el sueño ya no volvió con facilidad. Por un momento, le pareció que al apagar la linterna el cubo cristalino había brillado unos instantes, como si hubiese retenido la luminosidad antes de que se perdiese en las tinieblas circundantes. Aunque... tal vez se hubiera confundido, y sus ojos habían retenido en la retina la imagen luminosa del objeto.

Los rayos del interior del cubo semejaban ahora pequeños soles de zafiro que bañaban la esfera con una luminosidad uniforme.

Ya no había tienda. Sólo había una amplia cortina de niebla reluciente, sobre la esfera.

Campbell se sintió atraído al interior de aquella neblina absorbido por ella como por un poderoso remolino que partiera del sobrenatural globo.

Luego, la luminosa neblina de los soles de zafiro se hizo cada vez más intensa, y los contornos de la esfera se diluyeron, constituyendo un caos giratorio. El fulgor, el movimiento y la música se combinaban entre sí junto con la absorbente neblina. Los soles de zafiro también se fundieron casi imperceptiblemente con la grisácea inmensidad de aquellas pulsaciones carentes de forma.

Entretanto, Campbell notó que la noción de movimiento hacia delante y afuera se hacía cósmica e intolerablemente rápida. Todo patrón de velocidad conocido en la Tierra resultaba allí empequeñecido, y el hombre comprendía que una retirada a la realidad física significaría la muerte instantánea para cualquier ser humano. Le parecía ver, en aquella pesadilla de infierno hipnótico, un desfile de meteoros que iban a percutir dolorosamente en su cerebro. Aunque no había verdaderos puntos de referencia en aquel espacio gris, pulsante y vacío, Campbell notó que se acercaba, y que incluso sobrepasaba a la velocidad de la luz. Por fin su

conciencia se extinguió, y una misericordiosa oscuridad lo envolvió todo.

Las ideas y pensamiento volvieron a George Campbell repentinamente, en medio de las más impenetrables tinieblas. No pudo precisar cuántos años — o siglos, o eternidades —, habrían transcurrido desde que voló en el seno de la neblina grisácea. Sólo sabía que se hallaba tranquilo y que no le dolía nada. En realidad, la ausencia de cualquier sensación física era la cualidad más notable del estado en que se hallaba. La negrura parecía ahora menos densa. Era como si él existiera en forma de una inteligencia libre de toda atadura a los sentidos físicos. Podía pensar agudamente y con rapidez, pero no alcanzaba a hacerse una idea de la situación en que se encontraba.

Casi instintivamente, Campbell se dio cuenta de que no estaba solo en la tienda. No había catre de campaña debajo suyo, y él no tenía manos para palpar las mantas y la lona. Tampoco vio la linterna, ni la abertura de la tienda por donde había observado el pálido cielo nocturno. Algo andaba mal. Terriblemente mal...

Lanzó su mente hacia atrás y pensó en el cubo fluorescente que le había hipnotizado. Pensó en eso y en todo lo demás, que siguió después. En el último, momento sintió un terrible pánico, un miedo subconsciente más profundo aún que el causado por la sensación del diabólico vuelo. El miedo le llegaba de un recuerdo vago y remoto, que no podía precisar con exactitud. Trató de recordar forzando su cerebro.

Poco a poco fue haciendo memoria. Una vez, hacía ya mucho tiempo, y mientras ejercía su profesión de geólogo, había leído algo acerca de aquel cubo. Tenía que ver con aquellos discutibles e inquietantes fragmentos llamados Eltdown Shards, que habían sido extraídos en unas excavaciones de estratos precarboníferos en el sur de Inglaterra, treinta años antes. Su forma y las marcas que aparecían en aquellos fragmentos eran tan extraños, que algunos estudiosos insinuaron un origen artificial.

Procedían, según se estableció claramente, de una época en que ningún ser humano habitaba el planeta, pero sus contornos y los trazos que se apreciaban en ellos hacían presumir la intervención de la mano del hombre.

No fue en los escritos de ningún científico, sin embargo, donde Campbell halló tal referencia a un cristal que contenía un disco en su interior. La fuente era menos digna de confianza, pero mucho más interesante. Hacia el año 1912, un clérigo de Sussex, culto pero con inclinaciones hacia el ocultismo, el reverendo Arthur Brooke Winters-Hall, procedió a identificar las marcas de Eltdown Shards, y afirmó que se trataba de unos “jeroglíficos prehumanos”, que se veneraban en ciertos círculos místicos. Llegó a publicar, por su propia cuenta, lo que calificó de una “traducción” de las asombrosas inscripciones, escrito que aún es citado respetuosamente por los autores de obras ocultistas. En dicha “traducción” —un folleto sorprendentemente extenso, teniendo en cuenta el número limitado de fragmentos originales existentes — se aludía a la naturaleza prehumana de aquellas inscripciones.

La narración hablaba de un mundo — y luego de innumerables mundos — del cosmos en el que existía una poderosa raza de seres con forma de gusano, cuyos logros y cuyo control sobre lo natural sobrepasaban todo cuanto podía imaginar la mente humana. Habían llegado a dominar el arte de la navegación interestelar, y de ese modo poblaron todos los planetas habitables de su galaxia, pero dando muerte a los seres que encontraban y que les estorbaban.

Más allá de los límites de su propia galaxia —que no era la nuestra—, no podían aventurarse en persona, pero descubrieron un medio de trasponer los espacios transgalácticos por medio de la mente.

Así idearon unos objetos peculiares, unos cubos cristalinos dotados de extraña energía, que contenían talismanes hipnóticos y que al ser lanzados fuera de los límites de su propio universo, sólo eran atraídos por

la materia sólida y fría, es decir, por materia planetaria.

Aquellos cubos, unos pocos de los cuales debían caer necesariamente en mundos habitados de otras galaxias, formarían los puentes de comunicación mental. La fricción atmosférica quemaba la envoltura protectora, dejando el cubo al descubierto hasta que fuera hallado por seres inteligentes del mundo donde hubiese caído. Por sus características, el cubo debía atraer la curiosidad de un ser dotado de raciocinio. Aquella atención mental, junto con la acción de la luz, serían suficientes para poner en marcha las propiedades especiales del objeto.

La mente que investigase el cubo, sería atraída por el poder del disco central, y trasladada por un hilo de oscura energía hasta el lugar de donde el cubo había partido: el remoto mundo de los seres con forma de gusano, que exploraban los vastos abismos galácticos. Al ser recibida en la máquina a la que cada cubo estaba sintonizado, la mente capturada permanecería en suspenso sin cuerpo ni sentidos, hasta que fuese examinada por uno de los seres de la raza dominante. Luego, por un proceso especial de intercambio, a esa mente le sería extraído todo su contenido. La mente del investigador pasaría a ocupar ahora la extraña máquina, mientras la mente cautiva iba a instalarse en el cuerpo en forma de gusano del interrogador. Luego, mediante otro intercambio, la mente del interrogador daría un salto a través del espacio sin límites hasta el cuerpo vacío e inconsciente del cautivo que se hallaba en el mundo transgaláctico. De este modo, exploraban los mundos más alejados con el disfraz, casi podía decirse, de los nativos.

Terminada la exploración el aventurero utilizaba el cubo y su disco para el viaje de regreso. En ocasiones, la mente capturada era devuelta a su lejano mundo, mas no siempre la raza dominante era tan benévola. A veces, cuando hallaban una raza con capacidad potencial para viajar por el espacio, a fin de eliminar rivales procedían a aniquilar mentes por millares,



utilizando las exploradoras como agentes de destrucción.

En otros casos, varios grupos de seres con forma de gusano ocupaban permanentemente un planeta transgaláctico, destruyendo las mentes capturadas como tarea preliminar, antes de instalarse en los cuerpos vacíos. En tal caso, la civilización madre nunca podía ser duplicada, ya que el nuevo planeta no solía contener los elementos artísticos necesarios para el desarrollo de las artes de un modo similar al que conocían los seres con forma de gusano. Así por ejemplo, los cubos sólo podían ser hechos en el planeta origen de aquella raza.

Sólo unos pocos de los incontables cubos enviados al espacio, llegaron a caer en un planeta y a captar la atención de seres inteligentes. Según rezaba el relato, sólo tres habían aterrizado en mundos poblados de nuestro universo. Uno de ellos cayó en un planeta cercano al borde de la galaxia, hacía dos mil millones de años, en tanto que otro lo hizo en el centro galáctico hacía sólo trescientos millones de años. El tercero, y el único del que se supiera que había llegado a nuestro sistema solar, alcanzó la Tierra unos ciento cincuenta millones de años antes.

El opúsculo del doctor Winters se refería especialmente a este último cubo. Cuando dicho objeto cayó en nuestro planeta, escribía él, la especie dominante en el mundo era una raza de seres enormes, con forma de cono, que superaban todas las formas de vida anteriores, tanto en capacidad mental como en conquistas logradas. Esta raza era tan avanzada que llegó a mandar también emisarios al exterior, tanto en el espacio como en el tiempo. En consecuencia se dieron cuenta de lo que sucedía, cuando el cubo cayó del cielo y algunos individuos sufrieron la transmutación mental después de observarlo.

Al comprender que los seres captados representaban mentes invasoras, los jefes ordenaron la destrucción de los sospechosos, aun a costa de dejar desamparadas en el espacio las mentes de sus semejantes.

Luego procedieron a ocultar el cubo cuidadosamente de la luz y las miradas, para evitar la amenaza que representaba. Pero no querían destruir un ejemplo tan interesante que podía permitir experimentos de gran valor. De cuando en cuando, algún aventurero carente de escrúpulos trató de llegar hasta el cubo para comprobar sus extraños poderes, pero en todos los casos los inconscientes fueron descubiertos a tiempo y sancionados debidamente.

Los seres en forma de gusano sólo llegaron a enterarse por los nuevos exilados, de lo ocurrido con sus exploradores de la Tierra, por lo que concibieron un odio profundo contra nuestro planeta y sus formas de vida. Lo habrían despoblado, de haber podido, y de hecho enviaron más cubos al espacio, en la esperanza de que cayeran en lugares desguarnecidos, pero tal casualidad nunca llegó a producirse.

Los terrestres de forma cónica conservaron el único cubo existente en el planeta dentro de una especie de altar, como reliquia para efectuar una serie de experimentos, hasta que, después de un tiempo inmemorial, se perdió en el caos de la guerra, al quedar destruida la ciudad polar donde se guardaba. Cuando, cincuenta millones de años antes, los terrestres enviaron sus mentes al futuro infinito, con el fin de evitar el peligro que corrían en la Tierra en ese momento, el paradero del siniestro cubo era desconocido.

Todo esto es lo que los fragmentos de Eltdown Shards habían contado, según el erudito ocultista. Lo que ahora provocaba un vago temor en Campbell era la exactitud con que se había descrito el cubo espacial: dimensiones, consistencia, disco central con jeroglíficos, y efectos hipnóticos del objeto. Mientras pensaba una y otra vez en el asunto, en la oscuridad del extraño medio en que se hallaba, se preguntó si toda la experiencia que había tenido con el cubo no sería una pesadilla provocada por, el recuerdo de alguna de las ridículas obras que había leído.

Campbell no pudo formarse una idea del tiempo que estuvo

reflexionando de aquel modo. Todo lo relativo a su estado era tan irreal que las dimensiones ordinarias carecían por completo de sentido. Parecía una eternidad, pero tal vez no había pasado realmente mucho tiempo cuando llegó la interrupción de aquel estado. Lo que ocurrió fue tan extraño e inexplicable como la negación que se produjo luego. Tuvo una sensación - más bien de la mente que del cuerpo- de que todos sus pensamientos eran barridos o absorbidos en tumultuoso caos, más allá de todo control.

Los recuerdos se alzaban de una forma irresponsable y confusa. Todo cuanto estaba en su mente -experiencias, estudios, sueños, ideas y tradiciones-, se presentó de improviso, simultáneamente, con una velocidad de vértigo y tal profusión, que pronto se sintió incapaz de poder diferenciar los conceptos entre sí. El contenido de su conciencia se convirtió en un alud, una cascada, un torbellino. Era algo tan horrible y vertiginoso como el hipnótico vuelo a través del espacio, cuando halló el cubo de cristal. Por fin, su conciencia se aplacó, trayéndole paz y alivio.

Transcurrió otro lapso de negación, y luego volvieron poco a poco las sensaciones. Pero ahora eran físicas, en lugar de mentales. Una luz de color zafiro parecía herir su retina, al tiempo que escuchaba un retumbar sordo y distante. Notó asimismo impresiones táctiles, y se dio cuenta de que estaba tendido encima de algo, si bien se notaba en una postura extraña. Trató de mover los brazos, pero no notó respuesta definida a su intento. En lugar de ello, sentía como pequeños pellizcos nerviosos por toda la superficie de su cuerpo.

Trató de abrir más aún los ojos, pero se sintió incapaz de realizar el acto. La luz de color zafiro llegaba hasta él de una manera difusa, nebulosa, y no podía ser enfocada o definida a voluntad. Gradualmente, sin embargo, imágenes visuales comenzaron a filtrarse curiosa e indecisamente. Las características de la visión no eran aquellas a las que estaba acostumbrado, pero al menos pudo establecer una correlación con lo que había conocido

antes como sentido visual. Cuando la sensación alcanzó cierto grado de estabilidad, Campbell se dijo que debía estar bajo la influencia de una pesadilla.

Le pareció hallarse en una habitación sumamente vasta, de altura regular, pero de superficie muy amplia en proporción. A los lados —y según le pareció, podía ver las cuatro paredes a la vez— había unas aberturas altas y estrechas que parecían servir simultáneamente de puertas y ventanas. Vio unas mesas extrañas y bajas, como pedestales, y no se apreciaba ningún mueble de forma o proporciones normales. A través de las aberturas fluían torrentes de luz azulina, y por ellas podían verse a lo lejos unos edificios asombrosos, en forma de cubos arracimados. En las paredes, es decir, en los espacios que había entre las aberturas, se apreciaban unos singulares e inquietantes caracteres. Pasó algún tiempo antes de que Campbell comprendiese la razón por la que aquellos caracteres le inquietaban tanto. Era que aquellas inscripciones de las paredes resultaban muy parecidas a las que había en el disco central del cubo cristalino.

El principal elemento de la pesadilla, sin embargo, fue algo más que aquello. Comenzó con el ser viviente que entró al fin por una de las aberturas, avanzando deliberadamente hacia él mientras sostenía una lámina metálica de rara forma, con una superficie bruñida como la de un espejo.

Aquel ser no era humano, y ni siquiera parecía salido de los mitos o los sueños del hombre. Era un gusano gigantesco, de color gris claro, tan grueso como la altura de un hombre, y dos veces más largo. Su cabeza, aparentemente sin ojos, tenía forma más o menos discoidal, estaba bordeada de ciliás y poseía un orificio central de color púrpureo. Se deslizaba sobre las patas posteriores, al tiempo que mantenía erguida verticalmente la parte anterior del cuerpo. De las patas o miembros, al

menos dos pares de ellos parecían servirle de brazos. De su lomo salía una especie de cerdas purpúreas, y su grotesco cuerpo terminaba en una membrana grisácea en forma de abanico. En torno al cuello tenía un anillo de ciliás rojas y flexibles de las que parecían emanar sonidos similares a chasquidos y a cuerdas percutidas, en un ritmo preciso y deliberado.

Pero no fue aquella visión de delirio lo que hizo caer a Campbell en un tercer período de inconsciencia. Para ello necesitó algo más, un choque final e insoportable. Al tiempo que aquel ser parecido a un gusano avanzaba sosteniendo la lámina parecida a un espejo, el hombre echó un vistazo hacía donde debía hallarse él tendido. Pero no fue su cuerpo lo que vio reflejado en la bruñida superficie. En lugar de ello, vio la forma grisácea y repugnante de otro gigantesco gusano.

Campbell salió del lapso final de inconsciencia con pleno conocimiento de su situación comprendió que su mente se hallaba aprisionada en el cuerpo del ser de algún planeta lejano, mientras que, al otro lado del Universo, su propio cuerpo estaría albergando seguramente la personalidad del monstruo.

Luchó por dominar el horror irracional que le invadía. Considerada desde un punto de vista cósmico, ¿por qué tenía que horrorizarle su metamorfosis? La vida y la conciencia eran las únicas realidades existentes en el Universo. La forma, en cambio, sólo resultaba algo accesorio. Su cuerpo actual no era repugnante más que de acuerdo con los cánones terrestres. El temor y el desagrado se vieron ahogados por el absorbente interés de la aventura increíble.

¿Qué era, al fin y al cabo, su antiguo cuerpo, más que una cloaca que sería destruida por la muerte? Campbell no alentaba ilusiones sentimentales respecto al mundo del que había sido exiliado. ¿Qué le había dado a él, más que sinsabores, pobreza y fatigas? Si aquella otra vida no le proporcionaba más, sin duda tampoco le proporcionaría menos. Pero su

intuición le decía a Campbell que podía ofrecerle más, mucho más.

Con la honradez que sólo es posible cuando la vida queda al descubierto hasta su núcleo fundamental, se dio cuenta el hombre de que, en cierto modo, había ya agotado todas las posibilidades de placer físico inherentes a su antiguo cuerpo terrenal. La Tierra, en resumen, no parecía tener ya atractivos para él. En cambio, la posesión de aquel cuerpo nuevo y extraño, le prometía singulares y desconocidas sensaciones.

Notó que una satisfacción sin límites le embargaba. Era ahora un hombre sin mundo, libre de cualquier convencionalismo o inhibición, no sólo de la Tierra, sino de aquel extraño planeta; libre de toda restricción en los límites del Universo. Sí, era un semidiós. Pensó divertido en su propio cuerpo terrenal, moviéndose entre sus semejantes mientras un monstruo de un mundo lejano contemplaba, seguramente con repulsión, los seres pequeños y frágiles que eran ahora sus iguales, y que huirían aterrados de saber quién era él en realidad.

Allá él en la Tierra, que destruyese a mansalva lo que quisiera. Su antiguo planeta y las razas que lo habitaban ya no tenían significado para George Campbell. De los innumerables convencionalismos de su vida anterior, se sentía surgir pujante y renovado. Aquello no había sido una muerte, sino un renacer: el nacimiento de una mentalidad plena, con una nueva conciencia que en modo alguno le hacía sentirse cautivo en Yekub.

Campbell se estremeció. ¡Yekub! Aquél era el nombre de su nuevo planeta. Pero ¿cómo podía...? Luego lo supo, del mismo modo que se enteró del nombre que correspondía al ser cuyo cuerpo estaba ocupando. El nombre del ser era Tothe. La memoria, fuertemente impresa en el cerebro de Tothe, estaba agitándose en él, como sombras de las nociones que Tothe había adquirido. Profundamente embebidas en los tejidos cerebrales del ser, le hablaban tenuemente y obraban como instintos, permitiéndole entrever el poder y la libertad que podían proporcionarle. ¡En Yekub no sería un

esclavo, sino un rey! Sí, lo sería del mismo modo que los antiguos bárbaros ascendieron al trono de los viejos imperios decadentes.

Por vez primera, Campbell contempló interesado todo lo que le rodeaba. Aún seguía tendido en la especie de diván, en medio de una fantástica estancia, mientras el ser en forma de gusano seguía sosteniendo delante de él el bruñido objeto, y hacía sonar las ciliias rojas de su cuello. Se dio cuenta Campbell de que el otro le hablaba, y lo que le dijo lo comprendió vagamente, a través del cerebro de Tothe. El ser que estaba delante de él era Yukth, señor supremo de la ciencia.

Pero Campbell no atendió, pues estaba pensando un plan, un proyecto tan arriesgado y ajeno al modo de vida del planeta Yekub, que se hallaba más allá de la comprensión de Yukth, y necesariamente tenía que tomarle desprevenido. Yukth, lo mismo que Campbell, vio el objeto metálico de aguda punta que había sobre una mesilla cercana, pero para Yukth el objeto sólo era un instrumento científico. Ni siquiera imaginaba que pudiera ser utilizado como arma. La mente terrenal de Campbell fue la que le suministró aquel conocimiento y le impulsó a actuar, haciendo que el cuerpo de Tothe obrase como ningún ser de Yekub lo había hecho anteriormente.

Campbell aferró el puntiagudo objeto y asestó con él un golpe a Yukth, para después tirar y desgarrar hacia arriba. Yukth retrocedió primero y enseguida se desplomó con las entrañas esparcidas por el suelo. Un instante después, Campbell avanzaba hacia una de las puertas. Su velocidad asombrosa era la primera confirmación de las nuevas calidades físicas de que ahora estaba dotado.

Mientras corría, guiado por el conocimiento implantado en el subconsciente de Tothe, era como si tuviera una especie de sensación especial en las piernas. El cuerpo de Tothe le llevaba por un camino que aquél había recorrido miles de veces, cuando estaba en posesión de su

verdadera mente.

Siguió por un corredor, ascendió una escalera estrecha y pasó a través de una puerta tallada. El mismo instinto que le había llevado hasta allí, le dijo que había encontrado lo que deseaba. Se hallaba en una estancia circular con una cúpula en el techo de la que se desprendía una luz pálida de color azulino. En el centro del piso, tendida con los colores del arco iris, se alzaba una extraña estructura compuesta por varios pisos superpuestos, cada uno de ellos de un color vívido y diferente. El piso superior era un cono purpúreo de cuyo vértice se desprendía un vaho azul que ascendía hasta una esfera que flotaba en el aire y que relucía con aspecto translúcido, como el del marfil.

Aquello, según le decían a Campbell los recuerdos profundamente instalados en la mente de Tothe, era el dios de Yekub, al que los nativos del planeta temían y veneraban, sin que supieran exactamente por qué, desde hacía millones de años. Un sacerdote, vermiforme como todos los seres de Yekub, se hallaba ante el altar que ninguna mano mortal había tocado jamás. El tocar aquello hubiera resultado un sacrilegio que jamás se le había ocurrido a un ser del planeta. El sacerdote se horrorizó al ver la actitud de Campbell, el cual le hundió en el cuerpo el arma que aún llevaba con él, quitándole la vida.

Irguiéndose sobre sus patas, similares a las de un ciempiés, Campbell trepó al altar sin escuchar las protestas internas de su conciencia, y sin notar el cambio que se estaba produciendo en la esfera que flotaba en el aire. Se hallaba embriagado por un sentimiento de poderío. Temía las supersticiones de Yekub tan poco como había temido las de la Tierra. Con aquel globo en las manos, sería el rey de Yekub. Los seres vermiformes no osarían negarle nada, cuando tuviera como rehén al dios que veneraban. Tendió una mano hacia la esfera, que ya no era de color marfil, sino roja como la sangre...



El cuerpo de George Campbell salió de la tienda de campaña a la pálida noche de agosto, moviéndose con paso lento y tambaleante, entre los troncos de los enormes árboles, y remontó un sendero tapizado de agujas de pino fuertemente aromatizadas. El aire era frío y vigorizante. Aparecía el cielo como una cúpula oscura constelada de polvo estelar, hacia cuyo fondo la aurora boreal lanzaba destellos de fuego.

La cabeza del hombre se bamboleaba desagradablemente de un lado a otro. De las comisuras de su exangüe boca caían espumarajos ambarinos que se agitaban a impulsos de la brisa nocturna. Al principio anduvo erguido, como lo haría un hombre, pero luego su postura cambió. Su tronco se inclinó y sus miembros parecieron acortarse.

En un mundo lejano del cosmos la criatura vermiforme que era ahora George Campbell aferró contra sí el dios de color rojo sangre y corrió con estremecimientos de insecto a través de un salón de tonos irisados, en dirección a unos portones macizos, hasta llegar al exterior, donde lucían los rayos de extraños soles.

Oscilando con el movimiento de una torpe bestia, el cuerpo de George Campbell estaba arrostrando un destino desconocido. Sus largos y aguzados dedos levantaban las agujas de coníferas mientras avanzaba hacia una amplia extensión de agua reluciente.

A lo lejos, en el mundo extragaláctico de seres en forma de gusanos, George Campbell corría entre ciclópeos edificios de material oscuro, por avenidas plantadas en los costados con grandes helechos, mientras sostenía con fuerza la esfera roja que representaba el dios de Yekub.

Se oyó un áspero grito animal entre los matorrales, cerca del reluciente lago donde la mente de una criatura vermiforme moraba en un cuerpo al que impulsaba el instinto. Unos dientes humanos se hundieron en la suave piel de una criatura del bosque, y luego desgarraron su carne. El

pequeño zorro hincó a su vez los colmillos en la muñeca del hombre, respondiendo al ataque, y luego se debatió desesperadamente, mientras la sangre iba fluyendo de su organismo. Lentamente, el cuerpo de George Campbell se puso en pie, con la boca impregnada de sangre fresca. Moviéndose con torpeza los miembros, se dirigió hacia las aguas del lago.

Mientras la criatura vermiforme que era George Campbell seguía andando entre los bloques de piedra negra, millares de seres en forma de gusano se prosternaban a su paso. Un poder sobrenatural parecía emanar del oscilante cuerpo que ahora tenía George Campbell, mientras proseguía adelante con movimientos ondulatorios, en dirección al trono de un imperio espiritual que dominaba el planeta.

Un trampero llegó asimismo a la orilla del lago, después de atravesar los densos bosques que rodeaban a la tienda de campaña. Se había perdido en el bosque, y anduvo errante por el mismo toda la noche.

Al aproximarse a las aguas creyó observar algo que flotaba en ellas. Se acercó al mismo borde, se arrodilló en el blando cieno y tendió un brazo hacia el bulto que allí flotaba. Lentamente lo atrajo hacia la orilla.

Al otro lado del espacio, la criatura vermiforme, que sostenía la roja esfera reluciente, ascendió a un trono que brillaba como la constelación Casiopea, bajo una bóveda de supersoles. La gran deidad que había encima prestaba energía a su organismo en forma de gusano, infundiéndole una espiritualidad sobrehumana y liberándole de las miserias animales.

En la Tierra, el trampero contempló con horror indescriptible el rostro ennegrecido y velludo del ahogado. Era un rostro bestial, repugnante, de expresión primitiva, y de cuya boca contraída fluía una mucosidad negra.

George Campbell sintió contra sí la forma esférica del dios rojo, al que seguía abrazando. Una serie de vibraciones surgían del seno de la deidad y en el momento en que George Campbell se sentó en el trono,

sintiendo el poder del Imperio en todas sus fibras, la voz del gran dios de Yekub, le habló con un acento que avanzó pulsando por las células de su cerebro.

—Aquel que buscó tu cuerpo desde los abismos del espacio, —dijo el dios rojo—, habitará en un organismo irresponsable. No hay ser de Yekub que pueda controlar el cuerpo de un ser humano.

»En toda la superficie de la Tierra, las criaturas vivientes se persiguen unas a otras y se regodean con increíble crueldad matando a los de su especie. No hay mente de ser vermiforme que pueda controlar los bestiales instintos del cuerpo humano, cuando éstos quedan en libertad. Sólo la mente del hombre, condicionada a través de diez mil generaciones, es capaz de mantener a raya sus instintos. Tu cuerpo se destruirá a sí mismo en la Tierra, buscando la sangre de los seres vivos, y el agua donde pueda refrescarse a su gusto. Pero buscará al fin su propia destrucción, ya que el instinto de la muerte es más poderoso en el hombre que el de la vida, y morirá cuando trate de regresar al medio del que una vez salió.

Así habló el dios rojo de Yekub, a George Campbell desde un lejano lugar del espacio-tiempo, mientras el que fuera un hombre, con todos los deseos e instintos humanos anulados, se sentaba en el trono y gobernaba el imperio de seres vermiformes con mayor sabiduría, y benevolencia que cualquier ser humano lo hizo nunca en la Tierra, en un imperio de hombres.

## LA CIUDAD SIN NOMBRE<sup>19</sup>

H. P. Lovecraft

Cuando me aproximé a la ciudad sin nombre, comprendí que estaba maldita. Recorría un valle terrible y reseco a la luz de la luna, y la vislumbré a lo lejos, resaltando de forma increíble sobre la arena, tal como los miembros de un cadáver podrían sobresalir de una tumba poco profunda. El miedo se albergaba en ese vetusto superviviente del diluvio, esa tatarabuela de la más antigua de las pirámides; y había un aura invisible que me rechazaba, instándome a renunciar a los antiguos y siniestros secretos que ningún hombre debe contemplar, y a los que ningún hombre había osado nunca acercarse.

La ciudad sin nombre se halla perdida en lo más profundo del desierto de Arabia, desmantelada y en ruinas, con sus bajos muros ocultos por las arenas de incalculables edades. Debía estar en tal estado ya antes de que colocasen la primera piedra de Menfis, y mientras los ladrillos de Babilonia estaban aún por cocer. No hay leyenda tan antigua como para recoger su nombre o recordar cuando aún estaba viva, pero se la menciona en susurros en torno a los fuegos de campamento y es mentada por las abuelas en las tiendas de los jeques, por lo que todas las tribus la evitan sin saber muy bien por qué. Fue con este lugar que Abdul Alhazred, el poeta loco, soñó la noche anterior a cantar su inexplicable pareado:

«Que no está muerto lo que puede yacer eternamente, Y en los eones por venir aun la muerte puede morir. »

Debí haber sabido que los árabes tenían buenas razones para evitar la ciudad sin nombre, la ciudad citada en extraños cuentos, pero nunca vista

---

<sup>19</sup> The Nameless City; Written January 1921; Published November 1921 in *The Wolverine*.

por hombres vivos; sin embargo, yo los desafié, adentrándome con mi camello en el desierto no hollado. Tan sólo yo la he visto, y es por eso que ningún otro semblante luce unas líneas de miedo tan espantosas como las mías, por lo que ningún otro hombre tiembla de una forma tan horrible cuando el viento nocturno hace estremecer las ventanas. Cuando la descubrí en esa horrible quietud de sueño eterno, me miró estremecida por los rayos de una luna fría en mitad del calor del desierto. Y, al devolver la mirada, se esfumó la alegría de hallarla, y me detuve con mi camello a la espera del alba.

Aguardé cuatro horas, hasta que el este viró al gris y las estrellas se esfumaron, y el gris se tornó claridad rosácea ribeteada de oro. Escuché un lamento y vi una tormenta de arena que se arremolinaba entre las antiguas piedras aunque el cielo estaba claro y los vastos horizontes del desierto calmos. Entonces, de súbito, sobre el lejano borde del desierto, se alzó el ardiente filo del sol, entrevisto a través de la pequeña tormenta de arena que ahora se alejaba, y en mi febril estado creí que, desde alguna profundidad remota, se alzaba un musical estruendo metálico para saludar al fiero disco, tal y como Memnón lo saludaba a orillas del Nilo. Mis oídos zumbaban y mi imaginación se desbocaba según guiaba lentamente a mi camello por las arenas hacia aquel anónimo lugar de piedra; ese lugar demasiado viejo para que Egipto y Meroe pudieran recordarlo; el lugar que sólo yo, entre toda la humanidad, he contemplado.

Merodeé de un lado para otro, entre los informes cimientos de casas y palmeras, sin encontrar ni una talla o inscripción que hablase de aquellos hombres, si hombres eran, que construyeran la ciudad y viviesen en su interior tanto tiempo atrás. La antigüedad del sitio resultaba malsana y porfié en la búsqueda de algún signo o aparato que probase que la ciudad, en efecto, era obra de la humanidad. Ciertas proporciones y dimensiones de las ruinas me disgustaban. Acarreaba conmigo algunas herramientas y

excavé generosamente entre los muros de los edificios en ruinas; pero los progresos eran lentos y no apareció nada de relevancia. Cuando volvieron la noche y la luna, sentí un viento frío que traía miedos nuevos, así que no me atreví a continuar en la ciudad. Al abandonar las antiguas murallas para la pernocta, un pequeño torbellino de arena se abalanzó a mis espaldas, soplando sobre las piedras grises a pesar de que la luna brillaba y el resto del desierto estaba en calma.

Me desperté al alba saliendo de un carrusel de sueños horribles, los oídos aún repicando con algún tañido metálico. Vi al sol asomar rojizo entre los últimos soplos de la pequeña tormenta de arena que flotaba sobre la ciudad sin nombre, acentuando la quietud del resto del paisaje. De nuevo me aventuré entre aquellas mediatundas ruinas que se insinuaban bajo las arenas como un ogro bajo un cobertor, y de nuevo estuve excavando en vano en busca de restos de la raza olvidada. Descansé a mediodía, y por la tarde empleé mucho tiempo marcando las murallas y las calles pretéritas, así como los contornos de edificios casi desaparecidos. Comprobé que había sido una ciudad poderosa, y me pregunté por el origen de su grandeza. Me pinté todo el esplendor de una era tan antigua que los caldeos no podían recordarla, y pensé en Sarnath la maldita, que se levantaba en la tierra de Manar cuando la humanidad era joven, y en Ib, que fuera esculpida en piedra gris antes del alba de la humanidad.

Una vez llegué a un lugar donde el lecho de roca asomaba desnudo a través de la arena, formando un pequeño risco, y aquí vi con alegría lo que parecía prometer nuevas pistas sobre el pueblo antediluviano. Burdamente cinceladas en la cara del risco, se hallaban inconfundibles fachadas de varias moradas o templos pequeños y rechonchos, en cuyo interior podían conservarse multitud de secretos procedentes de eras demasiado remotas para ser calculadas, aunque las tormentas de arena hubieran borrado mucho tiempo atrás cualquier talla que pudiera haber

existido en el exterior.

Todas las oscuras aberturas que encontré cercanas eran muy bajas y se hallaban ocluidas por la arena, pero yo franqueé una con mi pala y me arrastré hasta el interior, llevando una antorcha para alumbrar cualesquiera secreto que albergase en su seno. Una vez dentro, comprobé que sin duda la caverna se trataba de un templo y contemplé señales evidentes de la raza que viviera y adorara allí antes de que el desierto fuera tal. No faltaban primitivos altares, columnas y nichos, todos curiosamente bajos; aunque no distinguí esculturas ni frescos, había piedras muy singulares conformadas claramente, por medios artificiales, para convertirse en símbolos. La poca altura de la estancia cincelada resultaba de lo más extraña, ya que yo no podía pasar sino de rodillas, y sin embargo el lugar era tan amplio que mi antorcha no podía revelar de una vez sino partes. Me estremecí de forma extraña ante alguna de las esquinas más alejadas, ya que ciertos altares y piedras sugerían olvidados ritos de naturaleza terrible, enervante e inexplicable, y me llevó a preguntarme sobre qué clase de hombres podían haber hecho y frecuentado tal templo. Cuando hube visto cuanto contenía el lugar, me arrastré afuera, ávido de descubrir lo que pudieran ofrecer templos restantes.

La noche estaba ahora próxima, aunque las cosas palpables que viera hacían que la curiosidad sobrepasase al miedo, por lo que no huí de las largas sombras lunares que me desalentaron la primera vez que vi la ciudad sin nombre. A la luz del crepúsculo despejé una nueva abertura y, con otra antorcha, me arrastré al interior, encontrando más piedras y símbolos imprecisos, aunque nada más definido de lo que había contenido el otro templo. La estancia era igualmente baja, pero menos amplia, finalizando en un pasadizo sumamente angosto, rematado con nichos oscuros y misteriosos. Indagaba en tales nichos cuando el ruido de viento, así como los de mi camello en el exterior, quebraron el silencio y me

obligaron a retroceder para investigar qué pudiera haber asustado a la bestia.

La luna resplandecía extraordinariamente sobre las primitivas ruinas, iluminando una espesa nube de arena aparentemente alzada en alas de un viento fuerte, aunque ya en disminución, que soplaba desde algún punto del risco de delante. Yo sabía que era este viento frío y arenoso el que había asustado al camello y estaba a punto de conducirlo hasta algún lugar más abrigado cuando acerté a mirar y vi que no había viento en la parte alta del risco. Eso me produjo asombro, y me hizo sentir de nuevo el miedo, pero inmediatamente recordé los bruscos vientos localizados que viera y oyera al alba y al ocaso, y decidí que se trataba de algo normal. Supuse que procedía de alguna fisura en la roca, conducente a una cueva, y observé las alborotadas arenas para descubrir su origen; pronto comprobé que procedía de la negra abertura de un templo muy al sur de donde yo me hallaba, casi fuera de la vista. Luchando contra la asfixiante nube de arena, me encaminé laboriosamente hacia ese templo que, según me acercaba, parecía bastante mayor que el resto y mostraba una abertura menos bloqueada por la arena apelmazada. Podría haber accedido de no mediar la terrorífica fuerza del viento helado, que casi llegó a apagar mi antorcha. Surgía rabioso del oscuro portal, suspirando de forma inquietante mientras agitaba la arena, dispersándola por las extrañas ruinas. Pronto amainó y la arena fue aquietándose, hasta que al final estuvo calma; pero una presencia parecía merodear entre las espectrales piedras de la ciudad y, cuando lancé una ojeada a la luna, ésta pareció temblar como si se reflejase en aguas inquietas. Me sentía más espantado de lo que soy capaz de explicar, pero no lo bastante como para apagar mi sed de maravillas, así que tan pronto como el viento hubo amainado lo bastante me introduje en la estancia oscurecida de la que este brotaba.

Este templo, tal como supusiera desde el exterior, resultaba mayor



que cualquiera de los visitados antes, y se trataba presumiblemente de una caverna natural, ya que albergaba vientos procedentes de algún lugar situado más allá. Aquí pude mantenerme erecto hasta cierto punto, pero descubrí que las piedras y altares eran tan bajos como en los demás templos. Por primera vez, advertí en los muros sinuosos trazos de pintura que casi se habían desvanecido o descascarillado, y en dos de los altares, con creciente excitación, descubrí un laberinto de tallas curvilíneas bien realizadas. Según sostenía en alto la antorcha, me pareció que la forma del techo era demasiado regular para ser natural, y me pregunté qué prehistóricos canteros lo habrían trabajado. Su habilidad técnica debió ser notable.

Entonces, un fogonazo de la caprichosa antorcha me mostró lo que buscaba, la apertura hacia aquellos remotos abismos de donde provenía el repentino viento, y me sentí desfallecer al comprobar que se trataba de una puerta pequeña y obviamente artificial abierta en la roca viva. Adelanté mi antorcha, contemplando un túnel negro con un techo que se arqueaba sobre una tosca escalera de peldaños muy pequeños, numerosos y muy pronunciados. Siempre veré esos peldaños en mis sueños, ya que llegué a conocer lo que significaban. En ese instante apenas sabía si darles el nombre de peldaños o el de simples resaltes para los pies en un vertiginoso descenso. Mi cabeza bullía de locas ideas, y las palabras y advertencias de los profetas árabes parecían flotar cruzando el desierto desde las tierras conocidas por los hombres hasta llegar a esa ciudad sin nombre que la humanidad no se atreve a conocer. Aunque tan sólo dudé un instante antes de precipitarme a través del portal y comenzar a descender con cautela por el empinado pasaje, los pies por delante, como en una escala de mano.

Tan sólo en las terribles fantasías de las drogas o el delirio puede ningún otro hombre haber realizado un descenso similar. El angosto pasaje iba hacia abajo sin fin, como si se tratase de algún odioso pozo fantasmal, y

la antorcha alzada sobre la cabeza no llegaba a iluminar las desconocidas profundidades hacia las que me deslizaba. Perdí la cuenta del tiempo y olvidé consultar el reloj, aun cuando me sentía espantado al pensar en la distancia que debía haber recorrido. Había giros en la dirección y la pendiente, y una vez alcancé un pasadizo largo, bajo, nivelado, por el que hube de arrastrarme con los pies delante a lo largo del suelo rocoso, manteniendo la antorcha todo lo apartada de la cabeza que me daban los brazos. El sitio no era lo bastante alto como para ponerse de rodillas. Tras de eso llegaron más escalones empinados y yo aún iba deslizándome sin fin cuando mi debilitada antorcha se apagó. No creo haberlo notado en el momento, ya que cuando me di cuenta aún la sujetaba en alto, como si todavía ardiera. Yo estaba bastante desequilibrado por culpa de esa ansia de lo extraño y lo desconocido que ha hecho de mí un vagabundo y un buscador de lugares lejanos, antiguos y prohibidos.

En la oscuridad relampaguearon en el interior de mi cabeza fragmentos de mi adorado compendio de saberes demoníacos; máximas de Alhazred, el árabe loco; párrafos de apócrifas pesadillas de Damascio e infames sentencias del delirante Image du Monde de Gauthier de Metz. Repetía extraños extractos y musitaba sobre Afrasiab y los demonios que flotan en su compañía Oxus abajo, canturreando por - último una y otra vez una frase de uno de los cuentos de lord Dunsany... «La quieta negrura del abismo». En cierto momento en que el descenso se hizo asombrosamente rápido, recité monótonamente algo de Thomas Moore hasta que tuve miedo de entonarlo más:

« Una alberca de oscuridad, negra  
Como caldero de brujas colmado  
Con drogas de luna en eclipse destiladas.  
Agachándome a ver si se podía pasar  
Por ese abismo, vi, abajo,

Hasta donde alcanzaba la vista,  
los costados del malecón tersos como el cristal  
luciendo como recién untados  
con esa pez oscura que el Mar de la Muerte  
Arroja a sus costas fangosas. »

El tiempo casi había cesado en su curso cuando mi pie sintió de nuevo suelo nivelado, y yo me descubrí en un lugar ligeramente más alto que las estancias de los dos templos más pequeños, ahora a una distancia incalculable por encima de mi cabeza. No pude incorporarme, pero sí ponerme de rodillas, y me deslicé y me arrastré de acá para allá sin rumbo en la oscuridad. Pronto comprendí que me encontraba en un estrecho pasadizo en cuyos muros se alineaban recipientes de madera con el frente de cristal. Que en este sitio abismal y paleozoico pudiera palpar cosas tales como madera pulida y cristal me hizo estremecer por las posibles implicaciones. Las cajas estaban en apariencia ordenadas a lo largo de los lados del pasadizo, a intervalos regulares, y eran oblongas, colocadas horizontalmente, espantosamente similares por su forma y tamaño a ataúdes. Cuando traté de mover dos o tres para su posterior examen, descubrí que se hallaban firmemente aseguradas.

Descubrí que el pasadizo era de gran longitud, y me arrastré adelante con rapidez, reptando de una forma que hubiera resultado horrible para un hipotético observador situado en la negrura; ocasionalmente cruzaba de lado a lado para tantear las proximidades y cerciorarme de que los muros y las hileras de cajas aún seguían ahí. El hombre se halla tan habituado a pensar en forma visual que yo casi olvidaba la oscuridad y me representaba el interminable corredor de madera y cristal con su angosta monotonía como si pudiera verlo. Y luego, en un momento de indescriptible emoción, así fue.

No podría indicar el momento exacto en que mi fantasía dejó paso a una visión real; pero delante surgió gradualmente un resplandor, y al cabo comprendí que me hallaba ante los tenues perfiles del corredor y las cajas, revelados por alguna desconocida fosforescencia subterránea. Por un breve instante todo fue tal y como lo había imaginado, aunque el resplandor resultaba sumamente débil; pero mientras me afanaba mecánicamente en dirección a la luz, descubrí que mi fantasía había sido escasa. Esta sala no contenía toscos restos como los templos de la ciudad superior, sino un tesoro de arte mucho más magnífico y exótico. Diseños e imágenes ricas, vívidas y osadamente fantásticas formaban una especie de mural continuo cuyas líneas y colores se situaban más allá de cualquier descripción. Las cajas eran de una extraña madera dorada, con exquisitos frontales de cristal y albergando los cuerpos momificados de criaturas que sobrepasaban en extravagancia a los más caóticos sueños del hombre.

Resulta imposible hacerse una idea de tales monstruosidades. Eran reptiles, con siluetas que sugerían a veces un cocodrilo, a veces una foca, pero más a menudo nada de lo que naturalistas o paleontólogos puedan haber conocido jamás. Su tamaño equivalía aproximadamente al de un hombre pequeño, y sus miembros superiores lucían pies delicados y evidentemente flexibles, curiosamente parecidos a manos y pies humanos. Pero lo más extraño de todo eran sus cabezas, que mostraban formas que desafiaban todos los principios biológicos conocidos. No podría comparar esas cosas con nada... de pasado podría establecer relación con seres tan dispares como el gato, el bulldog, el fabuloso sátiro y el ser humano. Ni siquiera el mismo Júpiter lució frente tan colosal, aunque los cuernos, la ausencia de nariz y esas fauces de aligátor colocaba a aquellos seres al margen de cualquier categoría establecida. Dudé por un momento de la realidad de las momias, recelando a medias que se tratase de ídolos artificiales, pero pronto decidí que se trataba efectivamente de alguna

especie paleógena que existía cuando la ciudad sin nombre aún estaba viva. Para culminar lo grotesco, la mayoría vestía esplendorosamente con los tejidos más costosos y se adornaba con ornamentos de oro, joyas y refulgentes metales desconocidos.

La importancia de esas criaturas reptantes debió ser inmensa, ya que ocupaban lugar preferente entre los extraordinarios dibujos en los frescos de muros y techo. Con un arte sin par habían sido representadas por el artista en su propio mundo, donde había ciudades y jardines acordes a sus dimensiones; y no pude por menos que pensar que su historia pintada era una alegoría, quizás representando el progreso de la raza que los había adorado. Tales criaturas, pensaba, eran para las gentes de la ciudad sin nombre lo que la loba fue para Roma o algunas bestias totémicas para ciertas tribus de indios.

Desde esa perspectiva, creí poder trazar a grandes rasgos la maravillosa epopeya de la ciudad sin nombre, el relato de una poderosa ciudad costera que gobernara el mundo antes de que África emergiera de las aguas, así como de sus convulsiones cuando el mar se retiró y el desierto llegó reptando hasta el fértil valle que la sustentaba. Contemplé sus guerras y sus triunfos, sus disensiones y derrotas, y su posterior y terrible lucha contra el desierto cuando cientos de sus habitantes -aquí alegóricamente representados por los grotescos reptiles- se vieron forzados a excavar de forma maravillosa las rocas con rumbo a otro mundo anunciado por sus profetas. Todo ello resultaba tremendamente extraordinario y realista, y su relación con el espantoso descenso efectuado era innegable. Incluso reconocí los pasadizos.

Mientras me deslizaba por el corredor hacia donde la luz era más brillante, contemplé posteriores estadios de la epopeya mostrada... el último adiós de una raza que habitara la ciudad sin nombre y su valle durante diez millones de años, la raza cuyos espíritus se mostraban reacios a dejar los

lugares que sus cuerpos conocieran durante tanto tiempo, donde se habían establecido como nómadas en la juventud de la tierra, esculpiendo en la roca virgen aquellos santuarios primitivos donde nunca habían dejado de celebrar sus ritos. Ahora que gozaba de mejor luz, estudié con más detenimiento las pinturas y, recordando que los extraños reptiles debían representar a los hombres desconocidos, reflexioné acerca de las costumbres de la ciudad sin nombre. Había muchas cosas peculiares e inexplicables. La civilización, que incluía un alfabeto escrito, había llegado en apariencia hasta un nivel superior al de aquellas inconmensurablemente posteriores culturas de Egipto y Caldea, aunque existían curiosas omisiones. Por ejemplo, no pude encontrar pinturas representando muertes o costumbres funerarias, excepto en lo tocante a guerras, violencias y plagas; y me interrogué sobre esa reticencia ante lo que se refería a la muerte por causas naturales. Era como si hubiera una idea de inmortalidad terrena que hubiera sido fomentada hasta convertirse en una ilusión de lo más querida.

Aún más cerca del final del pasaje habían pintado escenas de la máxima imaginación y extravagancia; impactantes imágenes de la ciudad sin nombre en su proceso de desertización y ruina progresiva, y del extraño nuevo mundo o paraíso hacia el que la raza se había abierto paso a través de la roca. En tales panorámicas, la ciudad y el valle desierto se mostraban siempre a la luz de la luna, con un halo dorado aureolando los muros abatidos e insinuando a medias la espléndida perfección de los primeros tiempos, pintado por el artista en un estilo espectral y esquivo. Las escenas periodísticas resultaban casi demasiado estrafalarias para ser creíbles, retratando un mundo oculto de día eterno, colmado de gloriosas ciudades y etéreas colinas y valles. Muy al final creí distinguir signos de anticlímax artístico. Las pinturas resultaban menos habilidosas y mucho más estrafalarias que incluso la extravagancia de las primeras escenas. Parecían

consignar una lenta decadencia de los antiguos valores unida a una creciente hostilidad contra el mundo exterior del que fueran desalojados por el desierto. Los cuerpos de las gentes - siempre retratadas mediante los sagrados reptiles - parecían menguar gradualmente, aunque sus espíritus, tal como se mostraban flotando sobre las ruinas a la luz de la luna, ganaban en proporción. Sacerdotes demacrados, representados como reptiles de ornados ropajes, maldecían el aire superior y todo cuanto lo respira, y una terrible escena final presentaba a un hombre de primitivo aspecto, quizás un pionero de la antigua Irem, la ciudad de las columnas, despedazado por las gentes de aquella raza más antigua. Recordé cuánto temían los árabes a la ciudad sin nombre y me congratulé de que más allá de aquel punto los muros y el techo grises estuvieran desnudos de pinturas.

Mientras observaba el despliegue de historia mural me había ido aproximando hasta muy cerca del salón de techos bajos, y reparé en un gran portal a través del que brotaba la fosforescencia que me daba luz. Arrastrándome hacia allí, prorrumpí en un gran grito de tremendo asombro ante lo que había del otro lado, ya que en la otra y más brillante estancia se encontraba un ilimitado vacío de radiación uniforme, de forma que uno creería estar contemplando desde la cumbre del Everest un mar de brumas bañadas por el sol. A mis espaldas había un pasaje tan estrecho que no podía ponerme en pie; ante mí se encontraba una inmensidad de resplandor subterráneo.

Yendo del pasadizo al abismo se hallaba el primer tramo de una empinada escalera –peldaños pequeños y numerosos, parecidos a los de los negros pasajes que había atravesado–, pero al cabo de pocos metros los vapores resplandecientes lo ocultaban todo. Recostada contra el muro izquierdo del pasadizo se encontraba una pesada puerta de bronce, increíblemente gruesa y decorada con fantásticos bajorrelieves, que, de hallarse cerrada, separaría completamente el mundo interior de luz del de

las criptas y los pasadizos de piedra. Observé los peldaños, y al principio no me atreví a aventurarme en ellos. Toqué la puerta abierta de bronce, y no pude moverla. Entonces me tumbé boca abajo sobre el suelo de piedra, con la mente inflamada por prodigiosas reflexiones que ni siquiera el cansancio mortal podían apartar.

Mientras yacía con los ojos cerrados, libre para pensar, multitud de cosas que notara de pasada en los frescos volvieron a mi memoria con significados nuevos y terribles... escenas que representaban la ciudad sin nombre en su apogeo, la vegetación del valle circundándola y las distantes tierras con las que comerciaban sus mercaderes. La alegoría de las criaturas reptantes me turbó por su gran preeminencia y me asombré de que se mantuviera tan a rajatabla en una historia pictórica de importancia tal. En los frescos la ciudad sin nombre era representada de acuerdo con las proporciones de los reptiles. Me pregunté cuáles serían sus proporciones reales y cuál la magnificencia alcanzada, y reflexioné un instante acerca de algunas incongruencias advertidas entre las ruinas. Curioso, pensé en las bajas dimensiones de los templos primigenios y los corredores subterráneos, que sin duda habían sido excavados en honor de las deidades reptilianas allí adoradas, aunque tal obligaría por fuerza a reptar a los fieles. Quizás los mismos ritos habían llevado aparejado el reptar en imitación de las criaturas. Ninguna teoría religiosa, empero, podía fácilmente explicar por qué el nivel del pasadizo en ese espantoso descenso había de resultar tan bajo como el de los templos... o menor, ya que en aquél uno no podía ponerse de rodillas. Mientras pensaba en las criaturas reptantes, aquellas formas momificadas que tan cerca estaban, sentí un nuevo espasmo de temor. Las asociaciones mentales son muy curiosas, y yo me encogí ante la idea de que, a excepción del pobre hombre primitivo despedazado en la última representación, la mía era la única forma humana entre aquella multitud de restos y símbolos de vida primordial.



Pero como siempre ha sido a lo largo de mi extraña y errabunda existencia, la maravilla pronto arrojó de mí el miedo, ya que el abismo luminoso y cuanto pudiera contener representaba un desafío digno del mayor de los exploradores. No me cabía duda de que un extraordinario mundo de misterio se encontraba al final de aquel tramo de peldaños extrañamente diminutos, y sentí el ansia de encontrar allí aquellos registros humanos que el corredor decorado no me diera. Los frescos me habían mostrado ciudades increíbles, colinas y valles en este territorio inferior, y mi fantasía se solazaba en las ricas y colosales ruinas que me estaban aguardando.

Mis temores, por supuesto, giraban en torno al pasado más que al futuro. Ni siquiera el horror físico de mi situación en ese minúsculo corredor de reptiles muertos y frescos antediluvianos, a kilómetros por debajo del mundo conocido y frente a otro mundo de sobrenaturales brumas y luces, podía competir con el miedo cerval que sentía ante la abismal antigüedad de las escenas y su esencia vital. Una antigüedad tan inmensa que hacía ridícula cualquier medida parecía acecharme desde las piedras primigenias y los templos cincelados de la ciudad sin nombre, mientras los postreros y sumamente impactantes mapas de los frescos mostraban océanos y continentes olvidados por el hombre, con sólo algún contorno vagamente familiar aquí y allá. De lo que pudiera haber ocurrido en las eras geológicas transcurridas desde el cese de las pinturas hasta que la raza acuciada por la muerte sucumbiera resentida ante su decadencia, nadie sabría decirlo. Esas cavernas y los territorios luminosos de más allá habían una vez rebosado de vida, pero ahora yo estaba solo junto a restos tangibles y me estremecía al pensar en las incontables edades durante las que esos restos habían aguardado en una espera silenciosa y solitaria.

Repentinamente sufrí otro golpe de ese miedo atroz que me asaltaba intermitentemente desde que viera por primera vez el terrible valle y la

ciudad sin nombre bajo la fría luna, y a pesar de mi cansancio me descubrí levantándome frenético hasta una postura sentada y mirando hacia atrás por el corredor negro, hacia los túneles que ascendían al mundo exterior. Mis sensaciones eran muy parecidas a las que me llevaran a evitar la ciudad sin nombre durante la noche, y resultaban tan inexplicables como acuciantes. En otro instante, sin embargo, sufrí una impresión aún más grande, esta vez en forma de un sonido audible... el primero en romper el silencio total de aquellas profundidades parecidas a tumbas. Se trataba de un lamento bajo y profundo, como el de un coro lejano de espíritus condenados, y procedían de la dirección hacia la que yo estaba mirando. Crecía con rapidez, hasta que pronto estuvo reverberando espantosamente a través de los pasadizos bajos, y entonces me percaté de una creciente corriente de aire frío, similar a la que corría por los túneles en la ciudad superior. El toque de ese aire pareció restaurar mi equilibrio, ya que al instante recordé las ráfagas repentinas que se alzarán en torno a la abertura del abismo al alba y al ocaso, lo que de hecho me había servido para descubrir los túneles ocultos. Lancé una ojeada al reloj y vi que el alba estaba próxima, por lo que me agarré para resistir la ventolera que soplaría de vuelta a su cueva de origen de la misma forma que había salido al atardecer. Mi temor volvió a menguar, ya que un fenómeno natural acostumbra a disipar las cábalas sobre lo desconocido.

Más y más enloquecido se agolpaba en ese abismo del interior de la tierra aquel viento nocturno gritón y quejumbroso. Volví a tumbarme y me aferré en vano al suelo, temiendo ser arrastrado al abismo fosforescente a través de la puerta abierta. No había supuesto tal furia, y mientras me iba percatando de cierto deslizarse de mi cuerpo hacia la sima, me vi asaltado por un centenar de nuevos terrores, fruto de las aprensiones y la imaginación. La malignidad del aire despertaba increíbles fantasías; de nuevo me comparé de golpe con la otra y única imagen humana de aquel espantoso

corredor, el hombre despedazado por la raza sin nombre, ya que los demoníacos zarpazos de la turbulenta corriente parecían albergar una rabia vengadora aún mayor por cuanto resultaba impotente. Creo que grité frenético cerca del final - estaba casi loco -, pero si así lo hice, mis gritos se perdieron en la infernal babel de los aulladores fantasmas del viento. Intenté arrastrarme contra el mortífero torrente invisible, pero no logré asirme a ningún lado y me vi empujado lenta e inexorablemente hacia el mundo desconocido. Finalmente debí perder por completo la razón, ya que acabé por balbucear una y otra vez el inexplicable pareado del árabe loco Alhazred, que soñó con la ciudad sin nombre:

«Que no está muerto lo que puede yacer eternamente,  
Y en los eones por venir aun la muerte puede morir.»

Sólo los sombríos y meditabundos dioses del desierto saben qué ocurrió en realidad... qué indescriptibles luchas y combates sostuve en la oscuridad, o si Abaddón me guió de vuelta a la vida, donde siempre habré de recordar y estremecerme, hasta que el olvido –o algo peor– me alcance, cuando sopla el viento nocturno. Aquello era monstruoso, antinatural, colosal... demasiado alejado de cualquier concepción que el hombre pueda albergar, excepto en esas condenadamente silenciosas horas de madrugada cuando uno no puede dormir.

He dicho que la furia del soplo racheado era infernal, cacodemoníaca, y que sus voces resultaban espantosas por la reprimida malignidad de desoladas eternidades. Ahora esas voces, aunque aún me resultaban caóticas, parecían, para mi trastornado cerebro, articular allí detrás; y allá abajo, en la fosa de antigüedades muertas durante innumerables eones, a leguas por debajo del mundo de los hombres, iluminado por el alba, escuché el espantoso maldecir y gruñir de demonios de extrañas lenguas. Volviéndome, vi perfilarse contra el luminoso éter del abismo lo que no podía distinguirse contra el polvo del corredor... una

horda de pesadilla de veloces demonios, distorsionados por el odio, grotescamente ataviados, semitransparentes; demonios de una raza inconfundiblemente inhumana... los reptantes reptiles de la ciudad sin nombre.

Y mientras el viento aminoraba me vi sumido en las oscuridades pobladas por demonios de las entrañas de la tierra; ya que, tras la última de las criaturas, la gran puerta bronceínea retumbó cerrándose con un ensordecedor estruendo de metales cuyas reverberaciones ascendieron vibrando hasta el mundo distante para saludar al sol naciente, tal y como hace Memnón desde las riberas del Nilo.

## **EN LA CRIPTA<sup>20</sup>**

**H. P. LOVECRAFT**

**Dedicado a C.W. Smith, que sugirió la idea central**

Nada más absurdo, a mi juicio, que esa tópica asociación entre lo hogareño y lo saludable que parece impregnar la psicología de la multitud. Mencione usted un bucólico paraje yanqui, un grueso y chapucero enterrador de pueblo y un descuidado contratiempo con una tumba, y ningún lector esperará otra cosa que un relato cómico, divertido pero grotesco. Dios sabe, empero, que la prosaica historia que la muerte de George Birch me permite contar tiene, en sí misma, ciertos elementos que hacen que la más oscura de las comedias resulte luminosa. Birch quedó impedido y cambió de negocio en 1881, aunque nunca comentaba el asunto

si es que podía evitarlo. Tampoco lo hacía su viejo médico, el doctor Davis, que murió hace años. Se acepta generalmente que su dolencia y daños fueron resultado de un desafortunado resbalón por el que Birch quedó encerrado durante nueve horas en el mortuorio cementerio de Peck Valley, logrando salir sólo mediante toscos y destructivos métodos. Pero mientras que esto es una verdad de la que nadie duda, había otros y más negros aspectos sobre los que el hombre solía murmurar en sus delirios de borracho, cerca de su final. Se confió a mí porque yo era médico, y porque probablemente sentía la necesidad de hablar con alguien después de la muerte de Davis. Era soltero y carecía completamente de parientes.

Birch, antes de 1881, era el enterrador municipal de Peck Valley, siendo un rústico y primitivo, incluso para como puede ser ese tipo de gente. Lo que he oído sobre sus métodos resulta increíble, al menos para una ciudad, e incluso Peck Valley se había estremecido de haber conocido la dudosa ética de sus artes mortuorias en materias tan escabrosas como el apropiarse de los forros, invisibles bajo la tapa del ataúd, o el grado de dignidad que daba al disponer y adaptar los miembros no visibles de sus inquilinos sin vida a unos recipientes no siempre calculados con exactitud precisa. Más concretamente, Birch era dejado, insensible y profesionalmente indeseable, aunque no creo que fuera mala persona. Era, sencillamente, tosco de temperamento y profesión... bruto, descuidado y borracho, y así lo probaba su fácil tendencia a los accidentes, así como su carencia de esos mínimos de imaginación que mantiene el ciudadano medio dentro de ciertos límites fijados por el buen gusto.

No sabría decir cuándo comienza la historia de Birch, ya que no soy un relator avezado. Supongo que puede empezar en el frío Diciembre de 1880, cuando el terreno se heló y los sepultureros descubrieron que no

---

<sup>20</sup> In *The Vault*; Written 18 Sep 1925; Published November 1925 in *The Tryout*.

podían cavar más tumbas hasta la primavera. Afortunadamente, el pueblo era pequeño y las muertes bastante escasas, por lo que fue imposible dar a todas las cargas inanimadas de Birch un paraíso temporal en el simple y anticuado mortuario. El enterrador se volvió doblemente perezoso con aquel tiempo amargo y pareció sobrepasarse a sí mismo en descuido. Nunca había colocado juntos tantos ataúdes flojos y contrahechos, o abandonado más flagrantemente el cuidado del oxidado cerrojo de la puerta del mortuario, que abría y cerraba a portazos, con el más negligente abandono.

Al fin llegó el deshielo de primavera y las tumbas fueron laboriosamente habilitadas para los nueve silenciosos frutos del espantoso cosechero que les aguardaba en la tumba. Birch, aun temiendo el fastidio de remover y enterrar, comenzó a trasladarlos una desagradable mañana de abril, pero se detuvo, tras depositar a un mortal inquilino en su eterno descanso, por culpa de una tremenda lluvia que pareció irritar a su caballo. El cadáver era el de Darius Park, el nonagenario, cuya tumba no estaba lejos del mortuario. Birch decidió que, el día siguiente, empezaría con el viejo Matthew Fenner, cuya tumba también se encontraba cerca; pero la verdad es que pospuso el asunto por tres días, no volviendo al trabajo hasta el día 15, Viernes Santo. No siendo supersticioso, no se fijó en la fecha, aunque tras lo que pasó se negó siempre a hacer algo de importancia en ese fatídico sexto día de la semana. Desde luego, los sucesos de aquella noche cambiaron enormemente a George Birch.

La tarde del 15 de abril, viernes, Birch se dirigió a la tumba con caballo y carro, dispuesto a trasladar el cuerpo de Matthew Fenner. Él admite que en aquellos momentos no estaba del todo sobrio, aunque entonces no se daba tan plenamente a la bebida como haría más tarde, tratando de olvidar ciertas cosas. Se encontraba sólo lo bastante mareado y descuidado como para fastidiar a su sensible caballo, sofrenándolo junto al

mortuorio, por lo que éste relinchó y piafó y se agitó, tal como lo hiciera la ocasión anterior, cuando le molestó la lluvia. El día era claro, pero se había levantado un fuerte viento, y Birch se alegró de contar con refugio mientras corría el cerrojo de hierro y entraba en el vestíbulo de la cripta. Otro no podría haber soportado la húmeda y olorosa estancia, con los ocho ataúdes descuidadamente colocados, pero Birch, en aquellos días, era insensible y sólo cuidaba de poner el ataúd correcto en la tumba correspondiente. No había olvidado las críticas suscitadas por los parientes de Hannah Bixby cuando, deseando transportar el cuerpo de ésta al cementerio de la ciudad a la que se habían mudado, encontraron en la caja al juez Capwell bajo su lápida.

La luz era tenue, pero la vista de Birch era buena y no cogió por error el ataúd de Asaph Sawyer, a pesar de que era muy similar. De hecho, había fabricado aquella caja para Matthew Fenner, pero la dejó a un lado, por ser demasiado tosca y endeble, en un raptó de curioso sentimentalismo provocado por el recuerdo de cuán amable y generoso fue con él el pequeño anciano durante su bancarrota, cinco años antes. Había dado al viejo Matt lo mejor que su habilidad podía crear, pero era lo bastante ahorrativo como para guardarse el ejemplar desechado y usarlo cuando Asaph Sawyer murió de fiebres malignas. Sawyer no era un hombre amable y se contaban muchas historias sobre su casi inhumano temperamento vengativo y su tenaz memoria para ofensas reales o fingidas. Con él, Birch no sintió remordimientos cuando le asignó el destartado ataúd que ahora apartaba de su camino, buscando la caja de Fenner.

Fue justo al reconocer el ataúd del viejo Matt cuando la puerta se cerró de un portazo, empujada por el viento, dejándolo en una penumbra aún más profunda que la de antes. El angosto tragaluz admitía sólo el paso de los más débiles rayos, y el ventiladero sobre su cabeza virtualmente ninguna, así que se vio obligado a un profano palpar mientras hacía un

trastabilleante camino entre las cajas, rumbo al pestillo. En esa penumbra fúnebre agitó el mohoso pomo, empujó las planchas de hierro y se preguntó por qué el enorme portón se había vuelto repentinamente tan recalcitrante. En ese crepúsculo, además, comenzó a comprender la verdad y gritó en voz alta, mientras su caballo, fuera, no pudo más que darle una réplica, aunque poco amistosa. Porque el pestillo tanto tiempo descuidado se había roto sin duda, dejando al descuidado enterrador atrapado en la cripta, víctima de su propia desidia.

Aquello debió suceder sobre las tres y media de la tarde. Birch, siendo de temperamento flemático y práctico, no gritó durante mucho tiempo, sino que procedió a buscar algunas herramientas que recordaba haber visto en una esquina de la sala. Es dudoso que sintiera todo el horror y lo horripilante de su posición, pero el solo hecho de verse atrapado tan lejos de los caminos transitados por los hombres era suficiente para exasperarlo por completo. Su trabajo diurno se había visto tristemente interrumpido, y a no ser que la suerte llevase en aquellos momentos a algún caminante hasta las cercanías, debería quedarse allí toda la noche o más tarde. Pronto apareció el montón de herramientas y, seleccionando martillo y cincel, Birch regresó, entre los ataúdes, a la puerta. El aire había comenzado a ser excesivamente malsano, pero no prestó atención a este detalle mientras se afanaba, medio a tientas, contra el pesado y corroído metal del pestillo. Hubiera dado lo que fuera por tener una linterna o un cabo de vela, pero, careciendo de ambos, chapuceaba como podía, medio a ciegas.

Cuando se cercioró de que el pestillo estaba bloqueado sin remisión, al menos para herramientas tan rudimentarias y bajo tales condiciones tenebrosas de luz, Birch buscó alrededor otra forma de escapar. La cripta había sido excavada en una ladera, por lo que el angosto túnel de ventilación del techo corría a través de algunos metros de tierra,



haciendo que esta dirección fuera inútil de considerar. Sobre la puerta, no obstante, el tragaluz alto y en forma de hendidura, situado en la fachada de ladrillo, dejaba pensar en que podría ser ensanchado por un trabajador diligente, de ahí que sus ojos se demoraran largo rato sobre él mientras se estrujaba el cerebro buscando métodos de escapatoria. No había nada parecido a una escalera en aquella tumba, y los nichos para ataúdes situados a los lados y el fondo —que Birch apenas se molestaba en utilizar— no permitían trepar hasta encima de la puerta. Sólo los mismos ataúdes quedaban como potenciales peldaños, y, mientras consideraba aquello, especuló sobre la mejor forma de colocarlos. Tres ataúdes de altura, supuso, permitirían alcanzar el tragaluz, pero lo haría mejor con cuatro, lo más estable posible. Mientras lo planeaba, no pudo por menos que desear que las unidades de su planeada escalera hubieran sido hechas con firmeza. Que hubiera tenido la suficiente imaginación como para desear que estuvieran vacías, ya resultaba más dudosa.

Finalmente, decidió colocar una base de tres, paralelos al muro, para colocar sobre ellos dos pisos de dos y, encima de éstos, uno solo que serviría de plataforma. Tal estructura permitiría el ascenso con un mínimo de problemas y daría la deseada altura. Aún mejor, pensó, podría utilizar sólo dos cajas de base para soportar todo, dejando uno libre, que podría ser colocado en lo alto en caso de que tal forma de escape necesitase aún mayor altitud. Y, de esta forma el prisionero se esforzó en aquel crepúsculo, desplazando los inertes restos de mortalidad sin la menor ceremonia, mientras su Torre de Babel en miniatura iba ascendiendo piso a piso. Algunos de los ataúdes comenzaron a rajarse bajo el esfuerzo del ascenso, y él decidió dejar el sólidamente construido ataúd del pequeño Matthew Fenner para la cúspide, de forma que sus pies tuvieran una superficie tan sólida, como fuera posible. En la escasa luz había que confiar ante todo en el tacto para seleccionar la caja adecuada y, de hecho, la

encontró por accidente, ya que llegó a sus manos como a través de alguna extraña volición, después de que la hubiera colocado inadvertidamente junto a otra en el tercer piso.

Al cabo, la torre estuvo acabada, y sus fatigados brazos descansaron un rato, durante el que se sentó en el último peldaño de su espantable artefacto; luego, Birch ascendió cautelosamente con sus herramientas y se detuvo frente al angosto tragaluz. Los bordes eran totalmente de ladrillo y había pocas dudas de que, con unos pocos golpes de cincel, se abriría lo bastante como para permitir el paso de su cuerpo. Mientras comenzaba a golpear con el martillo, el caballo, fuera, relinchaba en un tono que podría haber sido tanto de aliento como de burla. Cualquiera de los dos supuestos hubiera sido apropiado, ya que la inesperada tenacidad de la albañilería, fácil a simple vista, resultaba sin duda sardónicamente ilustrativa de la vanidad de los anhelos de los mortales, aparte de motivo de una tarea cuya ejecución necesitaba cada estímulo posible.

Llegó el anochecer y encontró a Birch aún pugnando. Trabajaba ahora sobre todo el tacto, ya que nuevas nubes cubrieron la luna y, aunque los progresos eran todavía lentos, se sentía envalentonado por sus avances en lo alto y lo bajo de la abertura. Estaba seguro que se podría tenerlo listo a medianoche... aunque era una característica suya el que esto no contuviera para él implicaciones temibles. Ajeno a opresivas reflexiones sobre la hora, el lugar y la compañía que tenía bajo sus pies, despedazaba filosóficamente el muro de piedra, maldiciendo cuando le alcanzaba un fragmento en el rostro, y riéndose cuando alguno daba en el cada vez más excitado caballo que piafaba cerca del ciprés. Al final, el agujero fue lo bastante grande como para intentar pasar el cuerpo por él, agitándose hasta que los ataúdes se mecieron y crujieron bajo sus pies. Descubrió que no necesitaba apilar otro para conseguir la altura adecuada, ya que el agujero se encontraba exactamente en el nivel apropiado, siendo posible usarlo tan

pronto como el tamaño así lo permitiera.

Debía ser ya la medianoche cuando Birch decidió que podía atravesar el tragaluz. Cansado y sudando, a pesar de los muchos descansos, bajó al suelo y se sentó un momento en la caja del fondo a tomar fuerzas para esfuerzo final de arrastrarse y saltar al exterior. El hambriento caballo estaba relinchando repetidamente y de forma casi extraña, y él deseó vagamente que parara. Se sentía curiosamente desazonado por su inminente escapatoria y casi espantado de intentarlo, ya que su físico tenía la indolente corpulencia de la temprana media edad. Mientras ascendía por los astillados ataúdes sintió con intensidad su peso, especialmente cuando, tras llegar al de más arriba, escuchó ese agravado crujir que presagiaba la fractura total de la madera. Al parecer, había planificado en vano elegir el más sólido de los ataúdes para la plataforma, ya que, apenas apoyó todo su peso de nuevo sobre esa pútrida tapa, ésta cedió, hundiéndole medio metro sobre algo que no quería ni imaginar. Enloquecido por el sonido, o por el hedor que se expandió al aire libre, el caballo lanzó un alarido que era demasiado frenético para un relincho, y se lanzó enloquecido a través de la noche, con la carreta traqueteando enloquecidamente a su zaga.

Birch, en esa espantosa situación, se encontraba ahora demasiado abajo para un fácil ascenso hacia el agrandado tragaluz, pero acumuló energías para un intento concreto. Asiendo los bordes de la abertura, tratando de auparse cuando notó un extraño impedimento en forma de una especie de tirón en sus dos tobillos. Enseguida sintió miedo por primera vez en la noche, ya que, aunque pugnaba, no conseguía librarse del desconocido agarrón que hacía presa de sus tobillos en entorpecedora cautividad. Horribles dolores, como de salvajes heridas, le laceraron las pantorrillas, y en su mente se produjo un remolino de espanto mezclado con un inamovible materialismo que sugería astillas, clavos sueltos y similares, propios de una caja rota de madera. Quizás gritó. Y en todo

momento pateaba y se debatía frenética y casi automáticamente mientras su conciencia casi se eclipsaba en un medio desmayo.

El instinto guió su deslizamiento a través del tragaluz, y, en el arrastrar que siguió, cayó con un golpetazo sobre el húmedo terreno. No podía caminar, al parecer, y la emergente luna debió presenciar una horrible visión mientras él arrastraba sus sangrantes tobillos hacia la portería del cementerio; los dedos hundiéndose en el negro mantillo, apresurándose sin pensar, y el cuerpo respondiendo con una enloquecedora lentitud que se sufre cuando uno es perseguido por los fantasmas de la pesadilla. No obstante, era evidente que no había perseguidor alguno, ya que se encontraba solo y vivo cuando Armington, el guarda respondió a sus débiles arañazos en la puerta.

Armington ayudó a Birch a llegar a una cama disponible y envió a su hijo pequeño, Edwin, a buscar al doctor Davis. El herido estaba plenamente consciente, pero no pudo decir nada coherente, sino simplemente musitar: "¡Ah, mis tobillos!" "Déjame", o "Encerrado en la tumba". Luego llegó el doctor con su maletín, hizo algunas preguntas escuetas y quitó al paciente la ropa, los zapatos y los calcetines. Las heridas, ya que ambos tobillos estaban espantosamente lacerados en torno a los tendones de Aquiles, parecieron desconcertar sobremanera al viejo médico y, por último, casi espantarlo. Su interrogatorio se hizo más que médicamente tenso, y sus manos temblaban al curar los miembros lacerados, vendándolos como si deseara perder de vista las heridas lo antes posible.

Siendo, como era Davis, un doctor frío e impersonal, el ominoso y espantoso interrogatorio resultó de lo más extraño, intentando arrancar al fatigado enterrador cada mínimo detalle de su horrible experiencia. Se encontraba tremendamente ansioso de saber si Birch estaba seguro — absolutamente seguro— de que era el ataúd de Fenner en la penumbra, y de

cómo había distinguido éste del duplicado de inferior calidad del ruin de Asaph Sawyer. ¿Podría la sólida caja de Fenner ceder tan fácilmente? Davis, un profesional con larga experiencia en el pueblo, había estado en ambos funerales, aparte de haber atendido a Fenner como a Sawyer en su última enfermedad. Incluso se había preguntado, en el funeral de éste último, cómo el vengativo granjero podría caber en una caja tan acorde al diminuto Fenner.

Davis se fue el cabo de dos horas largas, urgiendo a Birch a insistir en todo momento que sus heridas eran producto enteramente de clavos sueltos y madera astillada. ¿Qué más, añadió, podría probarse o creerse en cualquier caso? Pero haría bien en decir tan poco como pudiera y en no dejar que otro médico tratase sus heridas. Birch tuvo en cuenta tal recomendación el resto de su vida, hasta que me contó la historia, y cuando vi las cicatrices —antiguas y desvaídas como eran— convine en que había obrado juiciosamente. Quedó cojo para siempre, porque los grandes tendones fueron dañados, pero creo que mayor fue la cojera de su espíritu. Su forma de pensar, otrora flemática y lógica, estaba indeleblemente afectada y resultaba penoso notar su respuesta a ciertas alusiones fortuitas como "viernes", "tumba", "ataúd", y palabras de menos obvia relación. Su espantado caballo había vuelto a casa, pero su ingenio nunca lo hizo. Cambió de negocio, pero siempre anduvo recomido por algo. Podía ser sólo miedo, o miedo mezclado con una extraña y tardía clase de remordimiento por antiguas atrocidades cometidas. La bebida, claro, sólo agravó lo que trataba de aliviar.

Cuando el doctor Davis dejó a Birch esa noche, tomó una linterna y fue al viejo mortuorio. La luna brillaba en los dispersos trozos de ladrillo y en la roída fachada, así como en el picaporte de la gran puerta, lista para abrirse con un toque desde el exterior. Fortificado por antiguas ordalías en salas de dirección, el doctor entró y miró alrededor, conteniendo la náusea

corporal y espiritual ante todo lo que tenía ante la vista y el olfato. Gritó una vez, y luego lanzó un boqueo que era más terrible que cualquier grito. Después huyó a la casa y rompió las reglas de su profesión alzando y sacudiendo a su paciente, lanzándole una serie de estremecedores susurros que punzaron en sus oídos como el siseo del vitriolo.

—¡Era el ataúd de Asaph, Birch, tal como pensaba! Conozco sus dientes, con esa falta de incisivos superiores... ¡Nunca, por dios, muestre esas heridas! El cuerpo estaba bastante corrompido, pero si alguna vez he visto un rostro vengativo... o lo que fue un rostro... ya sabe que era como un demonio vengativo... cómo arruinó al viejo Raymond treinta años después de su pleito de lindes, y cómo pateo al perrillo que quiso morderle el agosto pasado... era el demonio encarnado, Birch, y creo que su afán de revancha puede vencer a la misma Madre Muerte. ¡Dios mío, qué rabia! ¡No quiero ni pensar en que se hubiera fijado en mí!.

— "¿Por qué lo hizo, Birch? Era un canalla, y no le reprocho que le diera un ataúd de segunda, ¡pero fue demasiado lejos! Bastante tenía con apretujarlo de alguna manera ahí, pero usted sabía cuán pequeño de cuerpo era el viejo Fenner.

— "Nunca podré borrar esa imagen de mis ojos mientras viva. Usted debió de patalear fuerte, porque el ataúd de Asaph estaba en el suelo. Su cabeza se había roto, y todo estaba desparramado. Mira que he visto cosas, pero eso era demasiado. ¡Ojo por ojo! Cielos, Birch, usted se lo buscó. La calavera me revolvió el estómago, pero lo otro era peor... ¡Esos tobillos aserrados para hacerle caber en el ataúd desechado de Matt Fenner!

## EL SER BAJO LA LUZ DE LA LUNA<sup>21</sup>

Howard Phillips Lovecraft & J. Chapman Miske

Morgan no es precisamente lo que podríamos llamar un hombre letras; su inglés es siempre deplorable y falto de coherencia. Que haya logrado escribir lo que escribió es, por lo tanto, algo que me asombra, por más que a otros sólo los mueva a risa.

Se encontraba solo la noche en que se dio a escribir, mejor dicho, la noche en que lo asaltaron unos irrefrenables deseos de ponerse a escribir. Arrastrado por una extraña fuerza acometió lo impensable: tomó la pluma y redactó el siguiente texto:

«Mi nombre es Howard Philips. Mi casa está situada en College Street, 66, Providence, Rhode Island. Ignoro en qué fecha estamos, pero recuerdo que el 27 de noviembre de 1927 me quedé dormido y tuve un sueño; desde entonces no he conseguido despertar.

»El sueño comenzó en algún paraje del norte, húmedo, cenagoso y con cañaverales, durante un gris día otoñal, cerca de un alto acantilado de rocas cubiertas de líquenes. Llevado por la curiosidad comencé a escalar por una especie de grieta de la pared. Mientras ascendía pude observar que a ambos lados de la pared se abrían oscuras bocas de profundas madrigueras que avanzaban hacia el interior de la meseta rocosa.

»A menudo el paso se encontraba techado por una suerte de angostura de la parte superior de la ya de por sí estrecha fisura.

---

<sup>21</sup> The Thing in the Moonlight; Written November 24, 1927; The following is based, in places word for word, on a letter Lovecraft wrote to Donald Wandrei on November 24, 1927. The first three and last five paragraphs were added by J. Chapman Miske; the remainder is almost verbatim Lovecraft. In the letter, Lovecraft reveals that his "dreams occasionally approach'd the phantastical in character, tho' falling somewhat short of coherence." Many of his stories were inspired by dreams.

Naturalmente, en esas áreas la oscuridad era impenetrable y se tornaba imposible distinguir las posibles madrigueras que hubiese allí. Mientras me hallaba en uno de esos tramos, fui asaltado por un miedo intenso, el pánico a que alguna proyección intangible de los abismos se apoderara de mi espíritu; pero la densa oscuridad hacía imposible que tratara de descubrir algún motivo más o menos racional para esta sensación.

»Luego de una agotadora escalada, llegué a una meseta de roca revestida de musgo y muy poca tierra, la que era iluminada por una luna evanescente. No había ningún ser vivo a mi alrededor. No obstante, advertí una extraña agitación un poco por debajo de mí, entre el cañaveral del pantano fétido que poco antes dejara atrás.

»Caminé un trecho hasta que encontré unas vías de tranvía muy oxidadas y varios postes carcomidos de los que todavía colgaba el cable flácido del trole. Caminando por los rieles, me encontré con un coche amarillo, con fuelle para el acople tipo doble vagón, como los que se usaron entre 1900 y 1910. Aún se leía el número interno: era el 1852. Evidentemente, estaba vacío, pero parecía a punto de arrancar. El asta del trole estaba alzada y pegada al cable, en tanto que el freno de aire resoplaba intermitentemente bajo el piso. Subí al vagón y busqué con la mirada un interruptor de luz. No lo encontré y también noté la ausencia de la palanca de comando y del conductor. Me dejé caer sobre uno de los asientos laterales. Poco después oí pisadas sobre la tupida hierba que crecía a ambos lados de las vías y vi la silueta oscura de dos hombres recortados contra la luz de la luna, acercándose. Usaban lo que debían ser las gorras reglamentarias de la compañía y no fue difícil concluir que debía tratarse del guarda y del conductor. Al pasar junto a mí, uno de ellos olfateó el aire con una profunda inspiración, levantó la cara y se puso a aullar en dirección a la luna. El otro se colocó en cuatro patas y en esa posición comenzó a correr hacia el extremo delantero del coche.



»Me incorporé con rapidez y presa de un frenético pánico salté del vagón y corrí leguas por la meseta hasta que el cansancio me hizo detener. El pánico no brotó del hecho que el guarda se pusiera a correr en cuatro patas, sino de descubrir que el rostro del conductor era una especie de cono blanco que se coronaba en su vértice con un tentáculo rojo como la sangre.

»Logré advertir que no se trataba más que de un sueño, pero de todos modos no pude liberarme de la desagradable sensación que me produjo. Desde esa maldita noche no pido otra cosa que despertar, pero aún no lo he conseguido.

»Contrariamente, con horror he comprobado que soy otro habitante más de ese espantoso mundo onírico. La noche dio paso al amanecer, que me encontró vagando sin rumbo en medio de las desoladas tierras pantanosas. Transcurrió el día de esa manera y la nueva noche me sorprendió aún vagando y tratando de despertar. En un momento, al apartar unas matas de maleza, volví a ver ante mí el viejo tranvía. A su lado había otro ser de rostro cónico que al cabo de un momento también alzó la cabeza y se puso a aullar a la luna.

»No hay día en que no ocurra lo mismo. Cada noche me sorprende en ese mismo lugar horrible. Trato de permanecer inmóvil cuando sale la luna, pero el sueño me impele a caminar, ya que cada vez despierto con el abominable ser aullando a la luna. Entonces no me queda otra alternativa que dar media vuelta y echar a correr desesperadamente.

»¡Oh, Dios, cuándo despertaré!»

Eso es todo cuanto Morgan redactó. He estado tentado de ir hasta el 66 de College Street, en Providence. Pero me paraliza el espanto de lo que pueda encontrar allí.

# ASTROPHOBOS

H. P. Lovecraft

En los cielos nocturnos brillando,  
Sobre abismos lejanos y etéreos,  
Anhelante un día acechaba  
Una seductora, luminosa estrella;  
Cada atardecer surgía en el cielo  
Brillando en el Carro Artico.

Místicas bellezas se fundían  
En sus brillantes, dorados rayos;  
Gozosas quimeras descendían  
Con mezclas y olores a mirra,  
Y unos sonos de liras extendían  
Dulces y suaves melodías.

Allí, pensé, imperaba el placer,  
La libertad y la armonía;  
A cada momento nacía un tesoro  
Envuelto en flores de loto,  
Y un líquido sonido salía  
Del laúd de Israfel.

Allí, me dije, existían  
Mundos de increíble felicidad,  
Donde la inocencia y la paz  
Coronaban el trono de la virtud;

Hombres de luces, sus pensamientos  
Más puros y limpios que los nuestros.

Y entonces sentí pavor, pues la visión  
Se tornó delirante y roja;  
La esperanza se enmascaró de burla,  
La belleza se cambió en fealdad;  
Una algarabía de músicas chocaron,  
Signos espectrales se entremezclaron.  
Con delirantes colores ardió la estrella  
Que antaño vislumbré tan bella;  
Todo era triste, ya no había felicidad,  
y en mis ojos destelló la verdad;  
Un pandemonio salvaje desfiló  
Ante mi enfebrecida visión.  
Ahora conocía la diabólica fábula  
Que portaba aquel dorado esplendor,  
Ahora evitaba la tétrica luz  
Que antaño admiré con fervor;  
Y un miedo espantoso y mortal  
¡Ha apresado mi alma por siempre jamás!  
**Nov. 21, 1917.**

# NOTAS SOBRE EL ARTE DE ESCRIBIR CUENTOS FANTÁSTICOS<sup>22</sup>

H. P. Lovecraft

La razón por la cual escribo cuentos fantásticos es porque me producen una satisfacción personal y me acercan a la vaga, escurridiza, fragmentaria sensación de lo maravilloso, de lo bello y de las visiones que me llenan con ciertas perspectivas (escenas, arquitecturas, paisajes, atmósfera, etc.), ideas, ocurrencias e imágenes. Mi predilección por los relatos sobrenaturales se debe a que encajan perfectamente con mis inclinaciones personales; uno de mis anhelos más fuertes es el de lograr la suspensión o violación momentánea de las irritantes limitaciones del tiempo, del espacio y de las leyes naturales que nos rigen y frustran nuestros deseos de indagar en las infinitas regiones del cosmos, que por ahora se hallan más allá de nuestro alcance, más allá de nuestro punto de vista. Estos cuentos tratan de incrementar la sensación de miedo, ya que el miedo es nuestra más fuerte y profunda emoción y una de las que mejor se presta a desafiar los cánones de las leyes naturales. El terror y lo desconocido, están siempre relacionados, tan íntimamente unidos que es difícil crear una imagen convincente de la destrucción de las leyes naturales, de la alienación cósmica y de las presencias exteriores sin hacer énfasis en el sentimiento de miedo y horror. La razón por la cual el factor tiempo juega un papel tan importante en muchos de mis cuentos es debida a que es un elemento que vive en mi cerebro y al que considero como la cosa más profunda, dramática y terrible del universo. El conflicto con el tiempo es el tema más poderoso y prolífico de toda expresión humana,

---

<sup>22</sup> Notes On Writing Weird Fiction.

Mi forma personal de escribir un cuento es evidentemente una manera particular de expresarme; quizá un poco limitada, pero tan antigua y permanente como la literatura en sí misma. Siempre existirá un número determinado de personas que tenga gran curiosidad por el desconocido espacio exterior, y un deseo ardiente por escapar de la morada-prisión de lo conocido y lo real, para deambular por las regiones encantadas llenas de aventuras y posibilidades infinitas a las que sólo los sueños pueden acercarse: las profundidades de los bosques añosos, la maravilla de fantásticas torres y las llameantes y asombrosas puestas de sol. Entre esta clase de personas apasionadas por los cuentos fantásticos se encuentran los grandes maestros - Poe, Dunsany, Arthur Machen, M. R. James, Algernon Blackwood, Walter de la Mare; verdaderos clásicos - e insignificantes aficionados, como yo mismo.

Sólo hay una forma de escribir un relato tal y como yo lo hago. Cada uno de mis cuentos tiene una trama diferente. Una o dos veces he escrito un sueño literalmente, pero por lo general me inspiro en un paisaje, idea o imagen que deseo expresar, y busco en mi cerebro una vía adecuada de crear una cadena de acontecimientos dramáticos capaces de ser expresados en términos concretos. Intento crear una lista mental de las situaciones mejor adaptadas al paisaje, idea, o imagen, y luego comienzo a conjeturar con las situaciones lógicas que pueden ser motivadas por la forma, imagen o idea elegida.

Mi actual proceso de composición es tan variable como la elección del tema o el desarrollo de la historia; pero si la estructura de mis cuentos fuese analizada, es posible que pudiesen descubrirse ciertas reglas que a continuación enumero:

- 1) Preparar una sinopsis o escenario de acontecimientos en orden a su aparición; no en el de la narración. Describir con vigor los hechos como para hacer creíbles los incidentes que van a tener lugar. Los detalles,

comentarios y descripciones son de gran importancia en este boceto inicial.

2) Preparar una segunda sinopsis o escenario de acontecimientos; esta vez en orden a su narración, con descripciones detalladas y amplias, y con anotaciones a un posible cambio de perspectiva, o a un incremento del clímax. Cambiar la sinopsis inicial si fuera necesario, siempre y cuando se logre un mayor interés dramático. Interpolarse o suprimir incidentes donde se requiera, sin ceñirse a la idea original aunque el resultado sea una historia completamente diferente a la que se pensó en un principio. Permitir adiciones y alteraciones siempre y cuando estén lo suficientemente relacionadas con la formulación de los acontecimientos,

3) Escribir la historia rápidamente y con fluidez, sin ser demasiado crítico, siguiendo el punto (2), es decir, de acuerdo al orden narrativo en la sinopsis. Cambiar los incidentes o el argumento siempre que el desarrollo de la historia tienda a tal cambio, sin dejarse influir por el boceto previo. Si el desarrollo de la historia revela nuevos efectos dramáticos, añadir todo lo que pueda ser positivo; repasando y reconciliando todas y cada una de las adiciones del nuevo plan. Insertar o suprimir todo aquello que sea necesario o aconsejable; probar con diferentes comienzos y diferentes finales, hasta encontrar el que más se adapte al argumento. Asegurarse de que ensamblan todas las partes de la historia desde el comienzo al final del relato. Corregir toda posible superfluidad - palabras, párrafos, incluso episodios completos -, conservando el orden preestablecido.

4) Revisar por completo el texto, poniendo especial atención en el vocabulario, sintaxis, ritmo de la prosa, proporción de las partes, sutilezas del tono, gracia e interés de las composiciones (de escena a escena de una acción lenta a otra rápida, de un acontecimiento que tenga que ver con el tiempo, etc.), la efectividad del comienzo, del final, del clímax, el suspenso y el interés dramático, la captación de la atmósfera y otros elementos diversos.

5) Preparar una copia esmerada a máquina; sin vacilar por ello en acometer una revisión final allí donde sea necesario.

El primero de estos puntos es por lo general una idea mental, una puesta en escena de condiciones y acontecimientos que rondan en nuestra cabeza, jamás puestas sobre papel hasta que preparo una detallada sinopsis de estos acontecimientos en orden a su narración. De forma que a veces comienzo el bosquejo antes de saber cómo voy desarrollar lo que más tarde será desarrollado.

Considero cuatro tipos diferentes de cuentos sobrenaturales: uno expresa una aptitud o sentimiento, otro un concepto plástico, un tercer tipo comunica una situación general, condición, leyenda o concepto intelectual, y un cuarto muestra una imagen definitiva, o una situación específica de índole dramática. Por otra parte, las historias fantásticas pueden estar clasificadas en dos amplias categorías: aquellas en las que lo maravilloso o terrible está relacionado con algún tipo de condición o fenómeno, y aquéllas en las que esto concierne a la acción del personaje en conexión con un suceso o fenómeno grotesco.

Cada relato fantástico - hablando en particular de los cuentos de miedo - puede desarrollar cinco elementos críticos: a) lo que sirve de núcleo a un horror o anormalidad (condición, entidad, etc.); b) efectos o desarrollos típicos del horror; c) el modo de la manifestación de ese horror; d) la forma de reaccionar ante ese horror; e) los efectos específicos del horror en relación a lo condiciones dadas,

Al escribir un cuento sobrenatural, siempre pongo especial atención en la forma de crear una atmósfera idónea, aplicando el énfasis necesario en el momento adecuado. Nadie puede, excepto en las revistas populares, presentar un fenómeno imposible, improbable o inconcebible, como si fuera una narración de actos objetivos. Los cuentos sobre eventos extraordinarios tienen ciertas complejidades que deben ser superadas para

lograr su credibilidad, y esto sólo puede conseguirse tratando el tema con cuidadoso realismo, excepto a la hora de abordar el hecho sobrenatural. Este elemento fantástico debe causar impresión y hay que poner gran cuidado en la construcción emocional; su aparición apenas debe sentirse, pero tiene que notarse. Si fuese la esencia primordial del cuento, eclipsaría todos los demás caracteres y acontecimientos; los cuales deben ser consistentes y naturales, excepto cuando se refieren al hecho extraordinario. Los acontecimientos espectrales deben ser narrados con la misma emoción con la que se narraría un suceso extraño en la vida real. Nunca debe darse por supuesto este suceso sobrenatural. Incluso cuando los personajes están acostumbrados a ello, hay que crear un ambiente de terror y angustia que se corresponda con el estado de ánimo del lector. Un descuidado estilo arruinaría cualquier intento de escribir fantasía seria.

La atmósfera y no la acción, es el gran desiderátum de la literatura fantástica. En realidad, todo relato fantástico debe ter una nítida pincelada de un cierto tipo de comportamiento humano. Si le damos cualquier otro tipo de prioridad, podría llegar a convertirse en una obra mediocre, pueril y poco convincente. El énfasis debe comunicarse con sutileza; indicaciones, sugerencias vagas que se asocien entre sí, creando una ilusión brumosa de la extraña realidad de lo irreal. Hay que evitar descripciones inútiles de sucesos increíbles que no sean significativos.

Estas han sido las reglas o moldes que he seguido - consciente o inconscientemente - ya que siempre he considerado con bastante seriedad la creación fantástica. Que mis resultados puedan llegar a tener éxito es algo bastante discutible; pero de lo que sí estoy seguro es que, si hubiese ignorado las normas aquí arriba mencionadas, mis relatos habrían sido mucho peores de lo que son ahora.



## MAS ALLA DEL MURO DEL SUEÑO<sup>23</sup>

H. P. Lovecraft

*«Entonces, el sueño se desplegó ante mí.»*

SHAKESPEARE

Con frecuencia me he preguntado si el común de los mortales se habrá parado alguna vez a considerar la enorme importancia de ciertos sueños, así como a pensar acerca del oscuro mundo al que pertenecen. Aunque la mayoría de nuestras visiones nocturnas resultan quizás poco más que débiles y fantásticos reflejos de nuestras experiencias de vigilia - a pesar de Freud y su pueril simbolismo -, existen no obstante algunos sueños cuyo carácter etéreo y no mundano no permite una interpretación ordinaria, y cuyos efectos vagamente excitantes e inquietantes sugieren posibles ojeadas fugaces a una esfera de existencia mental no menos importante que la vida física, aunque separada de ésta por una barrera infranqueable. Mi experiencia no me permite dudar que el hombre, al perder su conciencia terrena, se ve de hecho albergado en otra vida incorpórea, de naturaleza distinta y alejada a la existencia que conocemos, y de la que sólo los recuerdos más leves y difusos se conservan tras el despertar. De estas memorias turbias y fragmentarias es mucho lo que podemos deducir, aun cuando probar bien poco. Podemos suponer que en la vida onírica, la materia y la vida, tal como se conocen tales cosas en la tierra, no resultan necesariamente constantes, y que el tiempo y el espacio no existen tal como lo entienden nuestros cuerpos de vigilia. A veces creo que esta vida menos

---

<sup>23</sup> Beyond the Wall of Sleep (1919). Primera publicación: Pine Cones, octubre de 1919. Publicado en *Weird Tales*, 1938. Revisión del manuscrito por H. P. Lovecraft después de su publicación inicial.

material es nuestra existencia real, y que nuestra vana estancia sobre el globo terráqueo resulta en sí misma un fenómeno secundario o meramente virtual.

Fue tras un ensueño juvenil colmado de especulaciones de tal clase, al despertar una tarde del invierno de 1900-1901, cuando ingresó en la institución psiquiátrica en la que yo servía como interno un hombre cuyo caso me ha vuelto a la cabeza una y otra vez. Su nombre, según consta en el registro, era Joe Slater, o Slaader, y su aspecto resultaba el del típico habitante de la zona de la montaña Catskill; uno de esos vástagos extraños y repelentes de los primitivos pobladores campesinos, cuyo establecimiento durante tres siglos en esa zona montañosa y poco transitada les ha sumido en una especie de bárbara decadencia, en vez de avanzar al compás de sus iguales, más afortunados, asentados en distritos más populosos. Entre esa gente peculiar, que se corresponde con exactitud a los decadentes elementos de la «basura blanca» del Sur, no existen ley ni moral, y su nivel intelectual se halla probablemente por debajo del de cualquier otro grupo de la población nativa americana.

Joe Slater, que llegó a la institución bajo la atenta vigilancia de cuatro policías estatales, y que era descrito como de un carácter sumamente peligroso, no dio, sin embargo, muestras de tal peligrosidad la primera vez que lo vi. Aunque muy por encima de la talla media y de fornida constitución, mostraba una absurda apariencia de estupidez inofensiva por mor de sus ojillos acuosos de azul pálido y somnoliento, su rala, desatendida y jamás afeitada mata de barba amarillenta, y la apatía con que colgaba su grueso labio inferior. Se desconocía su edad, ya que entre su gente no hay registros familiares o lazos estables; pero por su calvicie frontal y por el mal estado de su dentadura, el cirujano le inscribió como hombre de unos cuarenta.

Por los documentos médicos y jurídicos supimos cuanto había

recopilado sobre su caso. Este hombre, vagabundo, cazador y trampero, siempre había resultado un extraño a ojos de sus primitivos paisanos. Habitualmente solía dormir durante las noches más de lo normal, y tras el despertar acostumbraba a pronunciar palabras desconocidas en una forma tan extraña como para inspirar miedo aun en los corazones de aquella chusma sin imaginación. No es que su forma de hablar resultase totalmente insólita, ya que no hablaba sino en la decadente jerga de su entorno; pero el tono y el tenor de sus expresiones poseían una cualidad de misterioso exotismo, y nadie era capaz de escucharlas sin sentir aprensión. Él mismo se veía tan aterrado y confuso como su auditorio, y una hora después de despertar había olvidado todo lo dicho, o al menos qué le había llevado a decirlo, volviendo a la bovina y medio amigable normalidad del resto de los montañeses.

Según envejecía Slater, al parecer, sus aberraciones matutinas fueron aumentando en frecuencia e intensidad, hasta que alrededor de un mes antes de su ingreso en la institución se desencadenó la estremecedora tragedia que había llevado a su arresto por parte de las autoridades. Un día, alrededor del mediodía, tras un profundo sueño en el que se había sumido tras una borrachera de güisqui, en torno a las cinco de la tarde anterior, el hombre se había levantado con gran brusquedad, prorrumpiendo en aullidos tan terribles y ultraterrenos que atrajeron hasta su cabaña a varios vecinos... una sucia pocilga donde moraba con una familia tan impresentable como él mismo. Abalanzándose hacia el exterior, a la nieve, había alzado los brazos para comenzar una serie de saltos hacia el aire, al tiempo que vociferaba su decisión de alcanzar alguna «gran, gran cabaña con resplandores en techo y muros y suelos, y la sonora y extraña música de allá a lo lejos». Cuando dos hombres de respetable tamaño intentaron contenerlo, se había debatido con furia y fuerza maníaca, gritando su deseo y su necesidad de encontrar y matar a cierto «ser que brilla, se estremece y

ría». Al fin, tras derribar de momento a uno de quienes le sujetaban con un súbito golpe, se había lanzado sobre el otro en una demoníaca explosión de sed de sangre, vociferando infernalmente que «saltaría alto en el aire y se abriría paso a sangre y fuego entre quienes intentaran detenerlo». Familia y vecinos huyeron entonces presos del pánico y, cuando los más valientes regresaron, Slater se había ido, dejando tras de sí una pulpa irreconocible del que fuera un hombre vivo una hora antes. Ningún montañés había osado perseguirlo, y probablemente hubieran acogido con agrado su muerte en el frío; pero cuando varias mañanas más tarde oyeron sus gritos en un barranco lejano, comprendieron que se las había ingeniado de alguna forma para sobrevivir, y que era necesario neutralizarlo de una u otra forma. Entonces habían formado una patrulla armada de busca, cuyo propósito (fuera el que fuese) acabó convirtiéndose en pelotón del sheriff cuando uno de los pocas veces bien recibidos policías del estado descubrió casualmente a los buscadores, los interrogó y finalmente se unió a ellos.

Al tercer día hallaron inconsciente a Slater en el hueco de un árbol y lo condujeron a la cárcel más próxima, donde alienistas de Albany lo examinaron apenas recuperó el sentido. Él les contó una historia muy sencilla. Había, dijo, ido a dormir una tarde, hacia el anochecer, tras ingerir gran cantidad de licor. Se había despertado para descubrirse plantado, con las manos ensangrentadas, en la nieve ante su cabaña, el cadáver mutilado de su vecino Peter Sladen a los pies. Espantado, había huido a los bosques en un vano esfuerzo para escapar a la imagen de lo que debía tratarse de su propio crimen. Aparte de eso no parecía saber nada, sin que el experto examen de sus interrogadores pudiera suministrar hechos adicionales. Esa noche Slater durmió tranquilo y despertó a la mañana siguiente sin otros rasgos particulares que cierta alteración del gesto. El doctor Barnard, que mantenía en observación al paciente, creyó descubrir en sus ojos azul pálido cierto brillo de peculiar cualidad, y en los labios flácidos una

tirantez real, aunque casi imperceptible, como de inteligente determinación. Pero al ser interrogado, Slater se refugió en la vacuidad habitual de los montañeses, y tan sólo abundaba en lo ya dicho el día anterior.

La tercera mañana tuvo lugar el primero de los ataques mentales del hombre. Tras algunas muestras de intranquilidad durante el sueño, estalló en un ataque tan terrible que se necesitó la fuerza combinada de cuatro hombres para embutirle una camisa de fuerza. Los alienistas escucharon con suma atención sus palabras, ya que su curiosidad se veía aguzada hasta un alto grado a través de las sugestivas, aunque en su mayor parte contradictorias e incoherentes, historias de familia y vecinos. Slater deliró alrededor de unos quince minutos, balbuciendo en su dialecto campesino acerca de grandes edificios de luz, océanos de espacio, extrañas músicas y montañas sombrías y valles. Pero sobre todo se explayó acerca de alguna entidad misteriosa y brillante que se estremecía, reía y burlaba de él. Esta vasta, vaga entidad, parecía haberle infligido un daño terrible, y su deseo supremo residía en matarla en venganza triunfante. Para lograrlo, decía, debía remontarse a través de abismos de vacío; abrasando cuantos obstáculos se interpusieran a su paso. Ése era su discurso, hasta que cesó de la forma más abrupta. El fuego de la locura se esfumó de sus ojos, y con asombro turbio observó a sus interrogadores y les preguntó por qué estaba atado. El doctor Barnard le retiró el arnés de cuero y no se lo colocó hasta la noche, cuando consiguió convencer a Slater de que lo aceptara por propia voluntad, por su propio bien. El hombre ya había admitido que a veces hablaba de forma extraña, aunque no sabía por qué.

En el transcurso de una semana se desencadenaron otros dos ataques, aunque los doctores aprendieron muy poco de ellos. Especularon ampliamente sobre la fuente de las visiones de Slater, ya que, no sabiendo leer ni escribir, y aparentemente nunca habiendo escuchado leyendas o cuentos de hadas, su prodigiosa imaginería resultaba inexplicable. Que no

procedía de ningún mito o leyenda quedaba especialmente de manifiesto por el hecho de que aquel desdichado lunático se expresaba acerca de sí mismo tan sólo en su sencillo lenguaje. Desvariaba sobre cosas que ni entendía ni podía interpretar; cosas que pretendía haber experimentado, pero que no podía haber aprendido a través de cualquier narración normal o coherente. Pronto, los alienistas decidieron que en esos sueños anormales residía la clave del problema; sueños tan vívidos que durante ciertos lapsos de tiempo podían dominar por completo a la mente despierta de ese ser humano, básicamente inferior. Slater fue enjuiciado por homicidio, siguiendo las debidas formalidades, absuelto gracias a su locura y recluido en la institución donde yo prestaba mis modestos servicios.

Ya he admitido ser un incansable especulador sobre la vida onírica, y por eso puede juzgarse con qué impaciencia me lancé al estudio del nuevo paciente apenas tuve pleno conocimiento de los hechos que rodeaban al caso. Parecía sentir alguna simpatía hacia mí, despertada sin duda por el interés, que yo no podía ocultar, así como por el modo amable en que yo lo interrogaba. Aunque nunca llegó a reconocermme en el transcurso de sus ataques, en los que yo me veía suspendido sin aliento sobre sus caóticas aunque cósmicas descripciones de su mundo, me reconocía en sus horas tranquilas, cuando podía sentarse junto a su ventana barrada tejiendo cestos de paja y sauce, y quizás añorando una libertad en las montañas que nunca recobraría. Su familia jamás intentó verlo; seguramente habían ya hallado otro cabeza de familia temporal, según las costumbres de esos degenerados montañeses.

Poco a poco comencé a sentir una subyugante admiración por las locas y fantásticas creaciones de Joe Slater. En sí mismo, el personaje era patéticamente inferior, tanto en intelecto como en forma de expresarse; pero sus rutilantes y titánicas visiones, aun cuando descritas en una jerga bárbara y deslabazada, eran sin duda algo que tan sólo una mente superior

o incluso excepcional podía concebir. ¿Cómo, me preguntaba a menudo, podía la exulta imaginación de un degenerado de Catskill conjurar visiones cuya sola existencia indicaba la presencia de una chispa oculta de genialidad? ¿Cómo podía aquel gañán de las Chimbambas hacerse siquiera idea de esas regiones resplandecientes de brillos y espacios sobrehumanos sobre los que Slater divagaba durante sus furiosos delirios? Cada vez más iba haciéndome a la idea de que, en el penoso individuo que se acurrucaba ante mis ojos, se albergaba el núcleo trastornado de algo que trascendía mi comprensión, algo que se hallaba definitivamente más allá de la comprensión de mis colegas médicos y científicos, más experimentados pero menos imaginativos.

Y a pesar de todo yo no lograba obtener nada definitivo del personaje. El resultado de toda mi investigación residía en que, en un estado de vida onírica semiincorpórea, Slater vagabundeaba o flotaba a través de resplandecientes y prodigiosos valles, praderas, jardines, ciudades y palacios de luz; en una región prohibida y desconocida para el hombre. Que allí ya no era un labriego y un degenerado, sino una criatura de vida importante y activa; moviéndose orgullosa y dominante, y tan sólo preocupada por cierto enemigo mortal que parecía tratarse de un ser de estructura visible aunque etérea, y que no parecía tener forma humana, ya que Slater jamás se refería a él como hombre, sino como un ser. El ser había causado a Slater algún daño odioso, aunque no formulado, del que el maníaco (si de un maníaco se trataba) había jurado vengarse. Por la forma en que Slater se refería a sus relaciones, apostaría a que él mismo y el ser luminoso se habían encontrado en igualdad de condiciones; que en esa existencia onírica el hombre era un ser luminoso de la misma estirpe que su enemigo. Esta impresión se sustentaba en las frecuentes referencias a vuelos por el espacio y a calcinar cuanto se opusiera a su avance. Sin embargo, tales conceptos eran formulados mediante rústicas palabras,

completamente inadecuadas para expresarlos, algo que me hizo colegir que, si un mundo onírico existía realmente, el lenguaje oral no constituía el medio de transmisión de las ideas. ¿Podría ser que el alma del durmiente que habitaba ese cuerpo inferior luchase desesperadamente tratando de decir cosas que la simple y titubeante lengua de la torpeza no podía proferir? ¿Estaría quizás frente a emanaciones intelectuales capaces de explicar el misterio, a condición de ser capaz de aprender a descubrirlas y leer en ellas? No comenté tales cosas con los viejos médicos, ya que la madurez resulta escéptica, cínica y mal dispuesta a las nuevas ideas. Además, el director de la institución últimamente me había llamado la atención, con sus maneras paternales, acerca de que yo estaba trabajando demasiado y que mi mente necesitaba algún reposo.

Yo había sostenido durante largo tiempo la creencia de que el pensamiento humano consiste básicamente en movimientos atómicos y moleculares, transformables en ondas etéreas de energía radiante, tales como el calor, la luz y la electricidad. Tal creencia me había llevado muy pronto a contemplar la posibilidad de comunicación telepática o mental a través de aparatos adecuados, y en mis días de universidad había preparado un juego de instrumentos de transmisión y recepción, parecidos en cierta forma a los aparatosos mecanismos utilizados por la telegrafía sin hilos durante aquel tosco periodo previo a la radio. Los había probado con un compañero de estudios, pero, al no lograr resultado alguno, pronto los había arrinconado, en compañía de otras extravagancias científicas, con miras a su posible uso futuro. Ahora, llevado de mi intenso deseo de penetrar en la vida onírica de Joe Slater, acudí de nuevo a dichos instrumentos y empleé algunos días poniéndolos a punto. En cuanto estuvieron operativos de nuevo, no perdí oportunidad de probarlos. A cada ataque de violencia en Slater, acoplaba el transmisor a su frente y el receptor a la mía, realizando delicados ajustes para varias e hipotéticas



longitudes de onda de la energía intelectual. Yo tenía muy poca idea de en qué forma las impresiones mentales, de tener lugar la comunicación, despertarían respuesta inteligente en mi cerebro; pero poseía la certeza de que podría detectarlas e interpretarlas. Así que proseguí con mis experimentos, aunque sin informar a nadie de su naturaleza.

Finalmente, todo ocurrió el 21 de febrero de 1901. Años después, mirando atrás, comprendo cuán irreal puede parecer, y a veces me pregunto a medias si el anciano doctor Fenton no tendría razón al achacar todo a mi imaginación sobreexcitada. Recuerdo que escuchó con gran amabilidad y paciencia cuanto le conté, pero acto seguido me suministró unos sedantes y dispuso para mí unas vacaciones de medio año que inicié a la semana siguiente. Aquella fatídica noche yo me encontraba agitado y perturbado en grado sumo, ya que, a pesar del excelente trato dispensado, Joe Slater agonizaba sin remisión. Quizás se trataba de la perdida libertad de montañés, o quizás el desorden de su cerebro se había vuelto excesivamente acusado para su organismo, perezoso en demasía; en todo caso, la llama de la vida se apagaba en aquel cuerpo degradado. Hacia el final se encontraba adormecido y, al caer la oscuridad, se sumió en un sueño inquieto. No le puse camisa de fuerza, tal como solía hacer cuando él iba a dormir, ya que veía que se encontraba demasiado débil como para resultar peligroso, aun si recaía en el desorden mental otra vez antes de expirar. Pero coloqué en su cabeza y la mía los dos terminales de mi «radio cósmica»; buscando, contra cualquier esperanza, lograr un primer y último mensaje del mundo onírico en el escaso tiempo que restaba. Con nosotros, en la celda, se encontraba un enfermero; un tipo mediocre que no comprendía el propósito del aparato, ni pensó en cuestionarse mis movimientos. Con el pasar de las horas, vi cómo su cabeza se vencía desmayadamente en el sueño, pero no lo molesté. Yo mismo, acunado por la rítmica respiración del sano y del agonizante, debí comenzar a cabecear

poco después.

El sonido de una melodía lírica y extraña fue lo que me despabiló. Acordes, vibraciones y éxtasis armónicos resonaban apasionados por doquier mientras ante mi mirada hechizada se abría el formidable espectáculo de la belleza suprema. Muros, columnas y arquivadros de fuego viviente llameaban refulgentes en torno al sitio en el que me parecía flotar por los aires, remontándose hasta una bóveda inconmensurablemente alta, de indescriptible esplendor. Entremezclado en ese despliegue de espléndida magnificencia, o más bien suplantándolo a veces en una calidoscópica rotación, había destellos de amplias llanuras y valles encantadores, altas montañas y grutas sugerentes, dotados con cualquier adorable atributo de imaginería que mis ojos deslumbrados pudieran concebir, aunque modelado por completo en alguna materia reluciente, etérea, plástica, cuya consistencia parecía tan espiritual como material. Según observaba, descubrí que la clave de esta encantadora metamorfosis se hallaba en mi propio cerebro, ya que cada panorama que aparecía ante mí era el que mi voluble mente deseaba contemplar. En estos jardines elíseos yo no resultaba un extraño, ya que cada imagen y sonido me resultaba familiar, tal como fuera durante incontables eones de eternidad en el pasado, tal como sería durante las eternidades del porvenir.

Luego, el aura resplandeciente de mi hermano en la luz se me allegó y mantuvo un coloquio conmigo, alma con alma, en silencio y perfecta comunión de pensamientos. Aquella hora era la de un próximo triunfo, ya que, ¿no iba mi compañero a escapar al fin de una degradante esclavitud transitoria, escapar por siempre y prepararse a perseguir al maldito opresor incluso hasta los supernos campos del éter, sobre los que lanzaría una incendiaria venganza cósmica que haría estremecer a las esferas? Flotamos así durante un tiempo, hasta que noté cierta turbiedad y desvanecimiento en los objetos circundantes, como si alguna fuerza me

reclamase hacia la tierra... el lugar al que menos deseaba yo ir. El ser cercano a mí parecía sentir asimismo algún cambio, ya que gradualmente llevó su discurso a una conclusión, y él mismo se preparó para abandonar el lugar, esfumándose ante mis ojos de forma algo menos rápida que los demás objetos. Cambiamos unos pocos pensamientos más y supe que el ser luminoso y yo éramos reclamados por nuestras ataduras, aunque aquélla sería la última vez para mi hermano en la luz. El doliente cascarón planetario hallaría su fin en menos de una hora y mi compañero se vería libre para perseguir al opresor a través de la Vía Láctea y más allá de las últimas estrellas, hasta los mismos confines del universo.

Un choque muy definido separa mi última impresión sobre la evanescente escena de luz de mi despertar repentino y algo avergonzado, así como de mi levantamiento de la silla al ver que la agonizante figura del camastro se removía inquieta. Joe Slater, de hecho, se despertaba, aunque probablemente por última vez. Al observarlo más detenidamente, vi que en la superficie de sus mejillas brillaban manchas de color que antes no tenía. Los labios, también, se veían diferentes, firmemente apretados por la fuerza de un carácter más decidido que el que poseyera Slater. Finalmente, todo el rostro fue tensándose, y la cabeza giró intranquila, con los ojos cerrados. No desperté al enfermero, sino que reajusté el dispositivo de cabeza, ligeramente desajustado, de mi «radio» telepática, intentando captar cualquier mensaje de partida que pudiera emitir el soñador. Todo a un tiempo, la cabeza giró bruscamente hacia mí y los ojos se abrieron de repente, causándome un gran desasosiego al contemplarlo. El hombre que fuera Joe Slater, el degenerado de Catskill, me miraba ahora con ojos luminosos, abiertos de par en par; ojos cuyo azul parecía haberse tornado en más profundo. No resultaban visibles ni manía ni degeneración alguna en tal mirada, y supe sin duda alguna que estaba frente a un rostro tras el que subyacía una mente activa y de primer orden.

En tal tesitura, mi cerebro comenzó a abrirse a una lenta influencia externa que operaba sobre mí. Cerré los ojos para concentrar más mis pensamientos y me vi recompensado por el conocimiento real de que el mensaje mental, por tanto tiempo esperado, llegaba por fin. Cada idea transmitida se formaba con rapidez en mi mente y, aun cuando no se utilizaba ningún idioma actual, mi habitual asociación de conceptos y expresiones resultaba tan grande que me parecía recibir el mensaje en inglés vulgar.

*Joe Slater está* muerto - así me llegó la impactante voz, o el agente de más allá del muro del sueño. Con los ojos abiertos busqué el lecho del dolor, lleno de miedo inexplicable; pero los ojos azules aún me contemplaban calmosos, y las facciones todavía mostraban una inteligencia animada -. Está mejor muerto, ya que no era adecuado para albergar la activa inteligencia de una entidad cósmica. Su tosco cuerpo no podía sobrellevar los ajustes necesarios entre la vida etérea y planetaria. Era mucho más que un animal, mucho menos que un hombre, aunque gracias a sus defectos has llegado a descubrirme, ya que, en verdad, las almas cósmicas y planetarias no debieran nunca llegar a encontrarse. Fue mi tormento y mi prisión durante cuarenta y dos de vuestros años terrestres. Yo soy una entidad igual a la que tú mismo asumes en la libertad que da el sueño sin sueños. Soy tu hermano de luz y he flotado contigo por los valles resplandecientes. No me está permitido hablarle a tu ser terrestre despierto acerca de tu ser real, pero somos vagabundos de los amplios espacios y viajeros por multitud de eras. El año próximo quizás esté morando en el oscuro Egipto que tú llamas antiguo, o en el cruel imperio de Tzan-Chan que se alzaría dentro de tres mil años. Tú y yo hemos ido a la deriva entre los mundos que danzan en torno al rojo Arturo y habitado los cuerpos de los filósofos insectoides que se arrastran altaneros sobre la cuarta luna de Júpiter. ¡Cuán pequeño es el conocimiento del ser terrestre sobre la vida y

su amplitud! ¡Cuán pequeño debe ser, asimismo, para garantizar su propia tranquilidad! Del opresor no puedo hablar. Vosotros, en la Tierra, habéis notado inconscientemente su lejana presencia... vosotros, que sin conocimiento, despreocupados, disteis a su parpadeante faro el nombre de Algoz, la estrella del demonio. Es para hallar y vencer al opresor que me he esforzado en vano durante eones, retenido por ataduras corpóreas. Esta noche partiré como una Némesis, llevando justa y ardiente venganza cataclísmica. Contéplame en el cielo próximo a la estrella del demonio. No puedo hablar mucho más, ya que el cuerpo de Joe Slater se está volviendo frío y rígido, y el grosero cerebro cesa de vibrar como yo deseo. Has sido mi hermano en el cosmos; has sido mi único amigo en este planeta - la única alma en sentirme y buscarme dentro de la repelente forma que yace en este camastro. Volveremos a encontrarnos... quizás en las resplandecientes brumas de la Espada de Orión, quizás en una desierta meseta del Asia prehistórica. Quizás en un sueño esta misma noche, imposible de recordar; quizás en otra forma, en los eones por venir, cuando el sistema solar ya no exista.

En este momento, las ondas mentales cesaron bruscamente y los pálidos ojos del soñador - ¿o debo decir el muerto? - comenzaron a vidriarse como los de un pez. Medio sumido en estupor, me acerqué al camastro y tomé su muñeca, pero la descubrí fría, rígida, sin pulso. Las flácidas mejillas volvieron a palidecer, y los labios tensos se abrieron, descubriendo la repugnante dentadura podrida del degenerado Joe Slater. Me estremecí, pasé una manta sobre aquella cara espantosa y desperté al enfermero. Luego abandoné la celda y volví en silencio a mi cuarto. Necesitaba imperiosa e inexplicablemente dormir un sueño cuyos sueños no debo recordar.

¿El clímax? ¿Qué sencillo relato científico puede alardear de tal efecto retórico? Sencillamente he consignado algunos hechos que yo creo

reales, permitiéndooos interpretarlos a vuestro antojo. Como ya he admitido, mi superior, el viejo doctor Fenton, niega la realidad de cuanto he dicho. Afirma que me hallaba colapsado por la tensión nerviosa y sumamente necesitado de las largas vacaciones con sueldo completo que tan generosamente me concedió. Jura por su honor profesional que Joe Slater no era sino un paranoico incurable, cuyas fantásticas concepciones debían proceder de la tosca herencia de cuentos populares que circulan aún en la más decadente de las comunidades. Todo eso dice... aunque no puedo olvidar lo visto en el cielo tras la noche de Slater. Para evitar que me creáis un testigo parcial, será otra pluma la que de éste último testimonio, que quizás pueda suplir el clímax que esperabais. Reseñaré el siguiente informe sobre la estrella Nova Persei, extraído de las notas de esa eminente autoridad astronómica, el profesor Garrett P Serviss.

«El día 22 de febrero de 1901, una nueva y maravillosa estrella fue descubierta por el doctor Anderson, de Edimburgo, *no lejos de Algol*. Ningún astro era antes visible en ese lugar. En veinticuatro horas, la desconocida estrella había alcanzado brillo suficiente como para opacar Capella. En una semana o dos había aminorado visiblemente, y con el paso de unos pocos meses apenas era visible a simple vista.»

## EL ARBOL<sup>24</sup>

H. P. Lovecraft

«*Fata viam invenient.*»<sup>25</sup>

---

<sup>24</sup> *The Tree* (1920). Primera publicación: *The Tryout*, octubre de 1921; publicado con correcciones de H. P. L. Se conserva un manuscrito preparado por el autor.

En una verde ladera del monte Menalo, en Arcadia, se halla un olivar en torno a las ruinas de una villa. Al lado se encuentra una tumba, antaño embellecida con las más sublimes esculturas, pero sumida ahora en la misma decadencia que la casa. A un extremo de la tumba, con sus peculiares raíces desplazando los bloques de mármol del Pentélico, mancillados por el tiempo, crece un olivo antinaturalmente grande y de figura curiosamente repulsiva; tanto se asemeja a la figura de un hombre deforme, o a un cadáver contorsionado por la muerte, que los lugareños temen pasar cerca en las noches en que la luna brilla débilmente a través de sus ramas retorcidas. El monte Menalo es uno de los parajes predilectos del temible Pan, el de la multitud de extraños compañeros, y los sencillos pastores creen que el árbol debe tener alguna espantosa relación con esos salvajes silenos; pero un anciano abejero que vive en una cabaña de las cercanías me contó una historia diferente.

Hace muchos años, cuando la villa de la cuesta era nueva y resplandeciente, vivían en ella los escultores Calos y Musides. La belleza de su obra era alabada de Lidia a Neápolis, y nadie osaba considerar que uno sobrepasaba al otro en habilidad. El Hermes de Calos se alzaba en un marmóreo santuario de Corinto, y la Pallas de Musides remataba una columna en Atenas, cerca del Partenón. Todos los hombres rendían homenaje a Calos y Musides, y se asombraban de que ninguna sombra de envidia artística enfriara el calor de su amistad fraternal.

Pero aunque Calos y Musides estaban en perfecta armonía, sus formas de ser no eran iguales. Mientras que Musides gozaba las noches entre los placeres urbanos de Tegea, Calos prefería quedarse en casa; permaneciendo fuera de la vista de sus esclavos al fresco amparo del olivar. Allí meditaba sobre las visiones que colmaban su mente, y allí concebía las

---

<sup>25</sup> El destino encontrará la manera.

formas de belleza que posteriormente inmortalizaría en mármol casi vivo. Los ociosos, por supuesto, comentaban que Calos se comunicaba con los espíritus de la arboleda, y que sus estatuas no eran sino imágenes de los faunos y las dríadas con los que se codeaba... ya que jamás llevaba a cabo sus trabajos partiendo de modelos vivos.

Tan famosos eran Calos y Musides que a nadie le extrañó que el tirano de Siracusa despachara enviados para hablarles acerca de la costosa estatua de Tycho que planeaba erigir en su ciudad. De gran tamaño y factura sin par había de ser la estatua, ya que habría de servir de maravilla a las naciones y convertirse en una meta para los viajeros. Honrado más allá de cualquier pensamiento resultaría aquel cuyo trabajo fuese elegido, y Calos y Musides estaban invitados a competir por tal distinción. Su amor fraterno era de sobra conocido, y el astuto tirano conjeturaba que, en vez de ocultarse sus obras, se prestarían mutua ayuda y consejo; así que tal apoyo produciría dos imágenes de belleza sin par, cuya hermosura eclipsaría incluso los sueños de los poetas.

Los escultores aceptaron complacidos el encargo del tirano, así que en los días siguientes sus esclavos pudieron oír el incesante picoteo de los cinceles. Calos y Musides no se ocultaron sus trabajos, aun cuando se reservaron su visión para ellos dos solos. A excepción de los suyos, ningún ojo pudo contemplar las dos figuras divinas liberadas mediante golpes expertos de los bloques en bruto que las aprisionaban desde los comienzos del mundo.

De noche, al igual que antes, Musides frecuentaba los salones de banquetes de Tegea, mientras Calos rondaba a solas por el olivar. Pero, según pasaba el tiempo, la gente advirtió cierta falta de alegría en el antes radiante Musides. Era extraña, comentaban entre sí, que esa depresión hubiera hecho presa en quien tenía tantas posibilidades de alcanzar los más altos honores artísticos. Muchos meses pasaron, pero en el semblante



apagado de Musides no se leía sino una fuerte tensión que debía estar provocada por la situación.

Entonces Musides habló un día sobre la enfermedad de Calos, tras lo cual nadie volvió a asombrarse ante su tristeza, ya que el apego entre ambos escultores era de sobra conocido como profundo y sagrado. Por tanto, muchos acudieron a visitar a Calos, advirtiéndole en efecto la palidez de su rostro, aunque había en él una felicidad serena que hacía su mirada más mágica que la de Musides... quien se hallaba claramente absorto en la ansiedad, y que apartaba a los esclavos en su interés por alimentar y cuidar al amigo con sus propias manos. Ocultas tras pesados cortinajes se encontraban las dos figuras inacabadas de Tycho, últimamente apenas tocadas por el convaleciente y su fiel enfermero.

Según desmejoraba inexplicablemente, más y más, a pesar de las atenciones de los perplejos médicos y las de su inquebrantable amigo, Calos pedía con frecuencia que le llevaran a la tan amada arboleda. Allí rogaba que le dejaran solo, ya que deseaba conversar con seres invisibles. Musides accedía invariablemente a tales deseos, aunque con lágrimas en los ojos al pensar que Calos prestaba más atención de faunos y dríadas que de él. Al cabo, el fin estuvo cerca y Calos hablaba de cosas del más allá. Musides, llorando, le prometió un sepulcro aún más hermoso que la tumba de Mausolo, pero Calos le pidió que no hablara más sobre glorias de mármol. Tan sólo un deseo se albergaba en el pensamiento del moribundo; que unas ramitas de ciertos olivos de la arboleda fueran depositadas enterradas en su sepultura... junto a su cabeza. Y una noche, sentado a solas en la oscuridad del olivar, Calos murió.

Hermoso más allá de cualquier descripción resultaba el sepulcro de mármol que el afligido Musides cinceló para su amigo bienamado. Nadie sino el mismo Calos hubiera podido obrar tales bajorrelieves, en donde se mostraban los esplendores del Eliseo. Tampoco descuidó Musides el

enterrar junto a la cabeza de Calos las ramas de olivo de la arboleda.

Cuando los primeros dolores de la pena cedieron ante la resignación, Musides trabajó con diligencia en su figura de Tycho. Todo el honor le pertenecía ahora, ya que el tirano no quería sino su obra o la de Calos. Su esfuerzo dio cauce a sus emociones y trabajaba más duro cada día, privándose de los placeres que una vez degustara. Mientras tanto, sus tardes transcurrían junto a la tumba de su amigo, donde un olivo joven había brotado cerca de la cabeza del yacente. Tan rápido fue el crecimiento de este árbol, y tan extraña era su forma, que cuantos lo contemplaban prorrumpían en exclamaciones de sorpresa, y Musides parecía encontrarse a un tiempo fascinado y repelido por él.

A los tres años de la muerte de Calos, Musides envió un mensajero al tirano, y se comentó en el ágora de Tegea que la tremenda estatua estaba concluida. Para entonces, el árbol de la tumba había alcanzado asombrosas proporciones, sobrepasando al resto de los de su clase, y extendiendo una rama singularmente pesada sobre la estancia en la que Musides trabajaba. Mientras, muchos visitantes acudían a contemplar el árbol prodigioso, así como para admirar el arte del escultor, por lo que Musides casi nunca se hallaba a solas. Pero a él no le importaba esa multitud de invitados; antes bien, parecía temer el quedarse a solas ahora que su absorbente trabajo había tocado a su fin. El poco alentador viento de la montaña, suspirando a través del olivar y el árbol de la tumba, evocaba de forma extraña sonidos vagamente articulados.

El cielo estaba oscuro la tarde en que los emisarios del tirano llegaron a Tegea. De sobra era sabido que llegaban para hacerse cargo de la gran imagen de Tycho y para rendir honores imperecederos a Musides, por los que los próxenos les brindaron un recibimiento sumamente caluroso. Al caer la noche se desató una violenta ventolera sobre la cima del Menalo, y los hombres de la lejana Siracusa se alegraron de poder descansar a gusto

en la ciudad. Hablaron acerca de su ilustrado tirano, y del esplendor de su ciudad, refocilándose en la gloria de la estatua que Musides había cincelado para él. Y entonces los hombres de Tegea hablaron acerca de la bondad de Musides, y de su hondo penar por su amigo, así como de que ni aun los inminentes laureles del arte podrían consolarle de la ausencia del Calos, que podría haberlos ceñido en su lugar. También hablaron sobre el árbol que crecía en la tumba, junto a la cabeza de Calos. El viento aullaba aún más horriblemente, y tanto los siracusanos como los arcadios elevaron sus preces a Eolo.

A la luz del día, los próxenos guiaron a los mensajeros del tirano cuesta arriba hasta la casa del escultor, pero el viento nocturno había realizado extrañas hazañas. El griterío de los esclavos se alzaba en una escena de desolación, y en el olivar ya no se levantaban las resplandecientes columnatas de aquel amplio salón donde Musides soñara y trabajara. Solitarios y estremecidos penaban los patios humildes y las tapias, ya que sobre el suntuoso peristilo mayor se había desplomado la pesada rama que sobresalía del extraño árbol nuevo, reduciendo, de una forma curiosamente completa, aquel poema en mármol a un montón de ruinas espantosas. Extranjeros y tegeanos quedaron pasmados, contemplando la catástrofe causada por el grande, el siniestro árbol cuyo aspecto resultaba tan extrañamente humano y cuyas raíces alcanzaban de forma tan peculiar el esculpido sepulcro de Calos. Y su miedo y desmayo aumentó al buscar entre el derruido aposento, ya que del noble Musides y de su imagen de Tycho maravillosamente cincelada no pudo hallarse resto alguno. Entre aquellas formidables ruinas no moraba sino el caos, y los representantes de ambas ciudades se vieron decepcionados; los siracusanos porque no tuvieron estatua que llevar a casa; los tegeanos porque carecían de artista al que conceder los laureles. No obstante, los siracusanos obtuvieron una espléndida estatua en Atenas, y los tegeanos se consolaron

erigiendo en el ágora un templo de mármol que conmemoraba los talentos, las virtudes y el amor fraternal de Musides.

Pero el olivar aún está ahí, así como el árbol que nace en la tumba de Calos, y el anciano abejero me contó que a veces las ramas susurran entre sí en las noches ventosas, diciéndose una y otra vez: «Οἰδᾶ ἰΟἰδᾶ!»... yo sé! yo sé!

## **LA MUSICA DE ERICH ZANN**<sup>26</sup>

H. P. Lovecraft

He examinado con el mayor detenimiento los mapas de la ciudad, sin lograr nunca encontrar de nuevo la Rue d'Auseil. No todos los mapas eran modernos, pues soy consciente de que los nombres cambian. Antes al contrario, he indagado exhaustivamente en la historia local y he explorado personalmente cualquier parte, cualquiera que fuera su nombre, que pudiera corresponderse con la calle que yo conocí como Rue d'Auseil. Pero, a pesar de todo esto, ahí queda el humillante hecho de que no puedo encontrar la casa, la calle o incluso el barrio donde, en los últimos meses de mi agobiada vida como estudiante universitario de metafísica, escuché la música de Erich Zann.

No me extraña que me falle la memoria, ya que mi salud, tanto física como mental, estaba seriamente mermada durante la época en que residí en la Rue d'Auseil, y recuerdo que nunca lleve hasta allí a ninguna de mis escasas amistades. Pero resulta extraño y singular el que no pueda volver a encontrar la calle, ya que se hallaba a media hora de camino de la

---

<sup>26</sup> *The Music of Erich Zann* (diciembre de 1921). Primera publicación: *The National Amateur*, marzo de 1922. Se conserva únicamente la copia impresa.

universidad, y se distinguía gracias a particularidades que serían difíciles de olvidar para cualquiera que las hubiera visto. Nunca he conocido a nadie que haya visto la Rue d'Auseil.

La Rue d'Auseil se encontraba cruzando un río oscuro flanqueado de altos almacenes de ladrillo, y era salvado por un sólido puente de piedra oscurecida. Siempre reinaban las tinieblas junto a ese río, como si el humo de las cercanas factorías velaran perpetuamente el sol. Asimismo, el río apestaba a malsanos olores que nunca antes había aspirado, y que pueden serme de ayuda algún día en mi búsqueda, ya que podría reconocerlos al instante. Al otro lado del puente se abrían angostas calles de adoquines y traviesas, y después venía la cuesta, suave al principio, pero ya increíblemente empinada al llegar a la Rue d'Auseil.

Nunca antes he visto una calle tan estrecha y escarpada como la Rue d'Auseil. Resultaba casi un barranco, cerrada al tráfico, formada en ciertas partes por tramos de escaleras y rematando en lo alto en una tapia elevada y cubierta de hiedra. El pavimento resultaba irregular, hecho a veces de lajas de piedra, a veces de adoquines y a veces de tierra desnuda en la que brotaba una tenaz maleza gris verdosa. Las casas eran altas y de tejados picudos, increíblemente viejas e inclinadas sin ton ni son hacia delante, detrás o a los lados. A veces un par de casas enfrentadas, ambas vencidas hacia delante, casi llegaban a juntarse sobre la calle, como un arco, y en verdad robaban casi toda la luz al terreno de debajo. Había unos cuantos puentes volantes que saltaban de casa a casa sobre la calle.

Los habitantes de esta calle me causaban una peculiar impresión. Al principio pensé que se debía a su talante silencioso y reservado; pero más tarde concluí que era causado por el hecho de que todos eran muy viejos. No sé cómo acabé viviendo en una calle así, pero no estaba muy en mis cabales al mudarme. Había vivido en multitud de cuchitriles, siempre desahuciado por falta de dinero, hasta arribar a esa casa destartada de la

Rue d'Auseil, regentada por Blandot, un paralítico. Se trataba de la tercera casa a partir del final de la calle, y con mucho era la más alta de todas.

Mi cuarto estaba en la quinta planta, la única con inquilino, ya que la casa estaba casi vacía. La noche de mi llegada oí una extraña música proveniente de la picuda buhardilla de arriba, y al día siguiente interrogué al respecto al viejo Blandot. Me contestó que se trataba de un viejo violinista alemán, un extranjero mudo que firmaba como Erich Zann, y que tocaba por las tardes en la orquestilla de un teatro, añadiendo que el deseo de Zann de tocar durante las noches, a la vuelta del teatro, era lo que le había llevado a elegir su alta y aislada buhardilla, cuya ventana de gablete era el único lugar de la calle desde donde uno podía otear más allá del muro de remate, hacia el declive y la panorámica de más allá.

A partir de entonces pude escuchar cada noche a Zann, y aunque me mantenía en vela, me sentía tocado por lo ajeno de su música. Sabiendo poco de ese arte, estaba convencido de que ninguna de aquellas composiciones tenía relación alguna con cualquier música que hubiera escuchado antes, y llegué a la conclusión de que estaba ante un compositor de un genio sumamente original. Cuanto más escuchaba, más fascinado me sentía, hasta que al cabo de una semana me decidí a ganarme la amistad del anciano.

Una noche, a la vuelta de su trabajo, me hice el encontradizo con Zann en el vestíbulo y le comenté que me gustaría conocerlo, así como acompañarlo mientras tocaba. Se trataba de un personaje bajo, delgado, cargado de hombros, de ropas raídas, ojos azules, rostro grotesco como el de un sátiro y casi calvo. A mis primeras palabras pareció irritado y temeroso a un tiempo. Mi talante, abiertamente amistoso, lo aplacó no obstante al final, y de mala gana me invitó por señas a seguirlo por las escaleras oscuras, crujientes y temblorosas del ático. Su cuarto, uno de los dos que había en la empinada buhardilla picuda, miraba al este, hacia la

gran tapia que formaba el remate superior de la calle. Era de gran tamaño y parecía aún mayor gracias a su extrema desnudez y abandono. El mobiliario consistía tan solo en un estrecho jergón de hierro, una desconchada palangana, una mesa pequeña, una gran librería, un atril de hierro y tres sillas vetustas. Las partituras se apilaban en desorden por los suelos. Los muros eran de tablazón desnuda, y seguramente jamás conocieron el yeso, al tiempo que la abundancia de polvo y telarañas acentuaban la impresión de que el lugar estaba más abandonado que deshabitado. Sin duda, el mundo de belleza de Erich Zann se hallaba en algún lejano cosmos de la imaginación.

Invitándome a sentarme, el mudo cerró la puerta, echó el gran pestillo de madera y encendió una vela para hacer compañía a la que había traído consigo. Luego sacó el violín de su apolillada funda y, empuñándolo, se sentó en la menos incómoda de las sillas. No empleó el atril, pero sin una vacilación, tocando de memoria, me encandiló durante una hora con melodías nunca antes oídas, melodías que debían ser creaciones suyas. Describirlas con exactitud es algo imposible para un lego en música. Se trataba de algo así como una fuga, con pasajes recurrentes de una cualidad de lo más fascinante, pero lo más notable fue la ausencia de cualquiera de las extrañas notas que había escuchado arriba, desde mi cuarto, en anteriores ocasiones.

Recordaban bien esas notas obsesivas, y a menudo las había tarareado y silbado titubeante para mí mismo, por lo que cuando el músico bajó al fin su arco le pregunté si podría brindarme alguna de ellas. Apenas comenzada mi solicitud, el arrugado rostro de sátiro perdió su aburrida placidez que luciera durante la interpretación, pareciendo mostrar esa misma y curiosa mezcla de ira y temor que ya advirtiera la primera vez que abordé al anciano. Por un momento intenté la persuasión, achacando de forma bastante ligera su actitud a un ramalazo de senilidad, e incluso

intenté despertar el extraño humor de mi anfitrión silbando algunos de los acordes que oyera la noche antes. Pero no insistí más que un momento, ya que, apenas reconocer el silbido, el rostro del músico mudo se contorsionó en un gesto que se encontraba más allá de cualquier análisis, y su mano derecha, larga, fría y huesuda, se levantó para silenciar mi boca y su tosco remedo. Al hacerlo dio otra muestra de excentricidad lanzando una ojeada inquieta a la solitaria ventana, cubierta de cortinas, como si temiera alguna intrusión... una mirada doblemente absurda por cuanto la buhardilla se alzaba alta e inaccesible sobre los tejados vecinos, y siendo esa ventana, tal como me dijera el conserje, el único lugar de esa empinada calle y la única desde la que uno podía ver el muro de lo alto.

La mirada del viejo me trajo a la cabeza el comentario de Blandot, y se me antojó contemplar el vasto y vertiginoso panorama de tejados a la luz de la luna, así como las luces al otro lado de la cima de la colina, de las que, de entre todos los habitantes de la Rue d'Auseil, sólo este asilvestrado músico podía disfrutar. Me acerqué a la ventana e iba a abrir las indescriptibles cortinas cuando, con una espantada rabia aún mayor que la de antes, el mudo huésped volvió a abalanzarse sobre mí, en esta ocasión señalándome la puerta con la cabeza mientras trataba de arrastrarme con las manos. Completamente disgustado ahora con mi anfitrión, le exigí que me soltase, diciéndole que me iría en el acto. Su apretón aflojó y, viéndome molesto y ofendido, su propia furia pareció disiparse. Volvió a oprimir mi brazo, esta vez en gesto de amistad, conduciéndome hasta una silla; entonces, con gesto pensativo, fue hasta la abarrotada mesa y allí escribió algunas palabras a lápiz en el trabajoso francés de los extranjeros.

La nota que acabó tendiéndome era una súplica de tolerancia y perdón. Zann decía ser anciano, solitario y afligido por extraños miedos y problemas nerviosos relacionados con su música, entre otros motivos. Se sentía honrado por mi interés hacia su música y esperaba que volviera a



visitarle, sin tener en cuenta sus excentricidades. Pero no podía tocar para otra persona sus extrañas melodías, ni podía dejar que las oyesen; ni permitir que nadie tocara nada en ese cuarto. Hasta nuestra conversación en la sala, no había sabido que podía oírle tocar desde mi alcoba, y ahora me rogaba que, si podía, arreglase con Blandot el instalarme en una habitación más baja, desde la que no pudiera escucharle de noche. Él, afirmaba, pagaría la diferencia de precio.

Mientras estaba sentado, descifrando su execrable francés, me sentí más dispuesto hacia el anciano. Era víctima de padecimientos físicos y nerviosos, tal como yo; y mis estudios metafísicos me habían enseñado la virtud de la caridad. En el silencio hubo un ligero sonido en la ventana - la contraventana debió golpetear en alas del viento nocturno -, lo que por alguna razón sobresaltó violentamente a Erich Zann. Cuando acabé de leer, estreché la mano de mi anfitrión y me fui como amigo. Al día siguiente, Blandot me asignó un cuarto más caro en la tercera planta, entre la alcoba de un viejo usurero y la habitación de un respetable tapicero. No había nadie en la cuarta planta.

No tardé en descubrir que el interés de Zann por mi compañía no era tan grande como parecía cuando me convenció para que me mudase de la quinta planta. Nunca me invitaba, y, cuando yo mismo lo hacía, parecía disgustado y tocaba indiferente. Era siempre de noche... dormía de día y no recibía a nadie. Mi aprecio por él no creció, pero la habitación del ático y el extraño músico parecían ejercer una rara fascinación sobre mí.

Sentía un curioso deseo de mirar a través de esa ventana sobre el muro y las invisibles laderas, sobre los resplandecientes tejados y los chapiteles que debían desplegarse más allá. Una vez acudí en horas de teatro a la buhardilla, cuando Zann no estaba, pero la puerta se hallaba cerrada con llave.

Lo que sí conseguí fue el escuchar los conciertos nocturnos del

viejo mudo. Al principio iba de puntillas hasta mi antiguo cuarto de la quinta planta, luego me hice lo bastante audaz como para ascender por el último y crujiente tramo de escaleras hasta la picuda buhardilla. En el angosto descansillo, al otro lado de la puerta, trancada y con la cerradura ocluida, escuchaba a menudo sonidos que me llenaban de un miedo indefinible... miedo a prodigios indefinidos y misterios acechantes. No es que tales sonidos fuesen espantosos, pues no lo eran, pero contenían vibraciones que sugerían cosas que no eran de este mundo y, a intervalos, asumían una cualidad sinfónica que a duras penas podía creer el producto de un sólo músico. Con el paso de las semanas, la interpretación se volvió más salvaje, mientras el viejo músico se tornaba cada vez más ojeroso y furtivo que lo hacían lastimoso de ver. Ahora rehusaba admitirme en momento alguno, y me rehuía cada vez que nos topábamos en las escaleras.

Y una noche, mientras escuchaba al pie de la puerta, oí cómo el chirriante violín estallaba en una caótica babel de sonidos; un pandemónium que podría haberme hecho dudar de mi propia y tambaleante cordura de no haberme llegado de detrás de esa puerta cerrada una lastimera prueba de que el horror era real... ese grito espantoso, inarticulado, que sólo un mudo puede proferir, y que se desata sólo en momentos del más terrible miedo o angustia. Golpeé insistentemente la puerta sin obtener contestación. Entonces esperé en el oscuro rellano, estremecido de miedo y frío, hasta oír los débiles esfuerzos del pobre músico por incorporarse con ayuda de una silla. Creyéndolo recobrarse de un desmayo, reanudé los golpes a la vez que pronunciaba mi nombre para tranquilizarlo. Escuché cómo Zann se tambaleaba hacia la ventana y cerraba contraventana y cortina; después fue trastabillando hasta la puerta y la abrió titubeante. Esta vez su gozo al verme fue real, ya que su semblante desencajado resplandecía de alivio mientras se aferraba a mi chaqueta como un niño a las faldas de su madre.

Temblando de forma patética, el viejo me hizo sentar en una silla, al tiempo que él ocupaba otra, junto a la que su violín y arco yacían de forma descuidada sobre el suelo. Permaneció algún tiempo inmóvil, cabeceando de forma extraña, ofreciendo una paradójica insinuación de escucha intensa y espantada. Después pareció quedar satisfecho y, pasando a una silla junto a la mesa, escribió una breve nota, me la tendió y regresó a la mesa, donde comenzó a escribir rápida e incesantemente. La nota me rogaba encarecidamente, y si quería satisfacer mi curiosidad, que esperase en mi sitio mientras él preparaba un registro completo en alemán de todos los prodigios y terrores que le habían acaecido. Aguardé, y el lápiz del mudo volaba.

Quizás una hora mas tarde, mientras yo aún esperaba y las hojas que el viejo músico rellenaba febrilmente continuaban apilándose, vi sobresaltarse a Zann como tocado por un horrible estremecimiento. Sin lugar a dudas, miraba a la ventana cubierta por cortinas y escuchaba estremecido. Entonces me pareció a medias oír un sonido; aunque no era nada horrible, sino que, por el contrario, se trataba de una nota musical sumamente baja e infinitamente distante, sugiriendo un intérprete que se hallase en una de las casas de la vecindad, o quizás en alguna morada del otro lado del muro sobre el que nunca había llegado a mirar. Pero el efecto fue terrible para Zann, ya que, dejando caer el lápiz, se alzó bruscamente, empuñó el violín y comenzó a desgarrar la noche con la más extraordinaria interpretación que jamás haya oído nacer de ese arco, fuera de lo escuchado junto a la puerta cerrada.

Sería infructuoso describir la interpretación de Erich Zann en esa noche espantosa. Resultaba más horrible que cualquier otra cosa que yo hubiera escuchado, ya que ahora veía la expresión de su rostro, y podía comprender que el motivo era un miedo atroz. Intentaba hacer ruido para mantener algo a raya o quizás ahogar sus sonidos... el qué, no puedo

imaginarlo, aunque creo que debía tratarse de algo terrible. La ejecución se volvía fantástica, delirante e histérica, aunque manteniendo hasta el fin las cualidades de supremo genio que, como yo bien sabía, poseía aquel singular anciano. Reconocía los sonos – se trataba de una salvaje danza húngara, popular en los teatros, y por un instante pensé que era la primera vez que oía a Zann acometer la obra de otro compositor.

Más y más alto, más y más salvaje, subían el chirrido y el gemir de aquel violín desesperado. El músico estaba empapado en sudor y se contorsionaba como un mono, sin dejar de mirar frenéticamente hacia la ventana cubierta por la cortina. En sus extraordinarias contorsiones, casi podía adivinar sátiros y bacantes bailando y girando enloquecidos a través de hirvientes abismos de nubes y humo y relámpagos. Y entonces creí escuchar una nota más aguda y persistente que la del violín; una nota calmosa, deliberada, intencionada, burlona, que llegaba de muy lejos hacia el oeste.

En ese momento la contraventana comenzó a batir empujada por un rugiente viento nocturno que se había alzado en el exterior a la par que el loco concierto de dentro. El chirriante violín de Zann ahora se impuso emitiendo sonidos que yo no creía posibles en un instrumento así. La contraventana batió más fuerte, suelta, y comenzó a golpear la ventana. El cristal saltó en pedazos bajo los golpes repetidos y el viento frío entró, haciendo chisporrotear las velas y arrebatando los folios de la mesa donde Zann había comenzado a transcribir su horrible secreto. Miré a Zann y vi que se hallaba más allá de cualquier relato imparcial. Sus ojos azules estaban desorbitados, vidriosos, ciegos, y la frenética interpretación se había convertido en una irreconocible orgía, ciega, mecánica, que ninguna pluma puede aspirar siquiera a insinuar.

Un soplo repentino aun más fuerte que los demás, arrebató el manuscrito y lo llevó hacia la ventana. Perseguí con desesperación las

hojas volantes, pero se fueron antes de que pudiera llegar a los cristales rotos. Entonces recordé mi antiguo deseo de mirar por esa ventana, la única en la Rue d'Auseil desde la que uno podía contemplar la ladera al otro lado del muro y la ciudad que se extendía más allá. Estaba muy oscuro, pero las luces de la ciudad permanecían encendidas, y yo esperaba verlas a pesar de la lluvia y el viento. Pero aunque me asomé a esa alta ventana de buhardilla, miré mientras las velas chisporroteaban y el loco violín aullaba al compás del viento nocturno, no vi ciudad alguna abajo, ni luces amigables resplandeciendo desde calles reconocibles, sino sólo la oscuridad del espacio ilimitado; inimaginable espacio viviente, con movimiento y música, careciendo de semejanza alguna con nada de esta tierra. Y mientras permanecía allí, mirando aterrorizado, el viento apagó las velas de la antigua buhardilla picuda, sumiéndome en una salvaje e impenetrable oscuridad, con caos y pandemónium ante mí, y la demoníaca locura del violín aullando en la noche a mis espaldas.

Retrocedí tambaleándome en la oscuridad, sin medios para encender la luz, chocando con la mesa, volteando una silla y finalmente abriéndome paso hacia el lugar donde la oscuridad gritaba con la estremecedora música. Debía hacer algo para salvarnos a Erich Zann y a mí mismo, cualesquiera que fueran los poderes que se nos enfrentaban. En cierta ocasión creí sentir el roce de algo helado y grité, pero mi grito fue acallado por aquel espantoso violín. Repentinamente, en la oscuridad, el enloquecido vaivén del arco me tocó y supe que estaba junto al músico. Tanteando, toqué el respaldo de la silla de Zann, y luego encontré y sacudí su hombro intentando hacerle volver en sí.

No respondió, y el violín chirriaba sin pausa. Alcé la mano a su cabeza, cuyo mecánico agitar pude detener y le grité en el oído que debíamos escapar de los desconocidos seres de la noche. Pero ni me respondió ni detuvo el frenesí de su inexplicable música, mientras que por

toda la buhardilla parecían danzar extrañas corrientes de viento entre la oscuridad y la confusión. Al tocar con la mano su oreja me estremecí, aunque sin saber por qué... no lo supe hasta que palpé su rostro inmóvil; el rostro frío como el hielo, rígido, sin respiración, cuyos ojos se desorbitaban en vano mirando el vacío. Y entonces, merced a algún milagro, alcancé la puerta y el gran pestillo de madera, y huí desesperadamente del ser de ojos vidriosos en la oscuridad, y del espectral aullido de ese maldito violín cuya furia crecía según yo escapaba.

Saltando, volando, huyendo por esas escaleras sin fin a través de la casa a oscuras; corriendo a ciegas por esa calle estrecha, empinada y antigua, llena de escalones y casas inclinadas; bajando escalinatas y corriendo sobre adoquines hacia las calles inferiores y el pútrido río encajonado; cruzando jadeante el gran puente oscuro hacia las calles y bulevares más amplios y salubres que me resultaban conocidos; aún guardo todas esas impresiones. Y recuerdo que no había viento ni luna, y que todas las luces de la ciudad resplandecían.

A pesar de mis búsquedas e indagaciones más cuidadosas, nunca he podido dar con la Rue d'Auseil. Pero tampoco me pesa tanto, ya sea por esto o por la pérdida en abismos no soñados de las hojas de letra apretada que eran lo único que podrían haber explicado la música de Erich Zann.

## **EL SABUESO<sup>27</sup>**

H. P. Lovecraft

En mis atormentados oídos resuena incesantemente una pesadilla de

---

<sup>27</sup> *The Hound* (septiembre de 1922). Primera publicación: *Weird Tales*, febrero de 1925. Se conserva un esbozo del autor.

zumbidos y aleteos, y un aullido débil y distante, como el de un gigantesco sabueso. No es sueño - ni tampoco, me temo, locura -, ya que han tenido lugar demasiados sucesos como para permitirme tales dudas misericordiosas. St. John es un cadáver destrozado; tan sólo yo sé por qué, y porque lo sé voy a saltarme los sesos por temor a sufrir igual destino. A través de tenebrosos e ilimitados pasadizos de espantosa fantasmagoría se escabulle la némesis negra e informe que me empuja al suicidio.

¡Quiera el cielo perdonar la locura y morbo que nos llevaron a este monstruoso final! Hastiados de los lugares comunes de un mundo prosaico donde pronto se pierde el regusto del romance y la aventura, St. John y yo habíamos seguido con entusiasmo cada movimiento estético e intelectual que nos prometiera un respiro en nuestro devastador aburrimiento. En tiempos nos habíamos empapado de los enigmas de los simbolistas y los éxtasis de los prerrafaelistas, pero cada nueva moda agotaba pronto su divertida novedad y su reclamo. Sólo la sombría filosofía de los decadentes lograba retenernos, y tan sólo nos resultaba suficientemente fuerte incrementando progresivamente la hondura y lo demoníaco de nuestras exploraciones. Baudelaire y Huysman pronto quedaron vacíos de estremecimiento, hasta que por último sólo nos restaron los más directos estímulos de antinaturales aventuras y experiencias personales. Fue esta espantosa necesidad emocional lo que finalmente nos condujo por este detestable camino que aún en mi presente estado de temor menciono con vergüenza y reparo... ese odioso extremo de la atrocidad humana, la horrenda práctica de violar tumbas.

No puedo revelar los detalles de nuestras estremecedoras expediciones, o dar cuenta ni siquiera parcialmente de los peores trofeos que adornaban el indescriptible museo diseñado por nosotros mismos en la gran casa de piedra que habitábamos, solos y sin criados. Nuestro museo era un sitio blasfemo e inconcebible, donde con el satánico gusto de un

virtuoso neurótico habíamos recreado un universo de terror y decadencia destinado a excitar nuestra mortecina sensibilidad. Era un cuarto secreto, abajo, muy abajo, donde grandes demonios alados, esculpidos en basalto y ónice, vomitaban por sus amplias y sonrientes bocas salvajes luces verdes y anaranjadas; y ocultos respiraderos agitaban en calidoscópicas danzas de la muerte las filas de rojos seres de ultratumba que entrelazaban las manos en las voluminosas colgaduras negras. A través de esos suspiros llegaban a voluntad los aromas que nuestros sentidos más apeteciesen. A veces el olor de los pálidos lirios fúnebres, en ocasiones el narcótico incienso de imaginarios sepulcros orientales conteniendo a regios difuntos, y a veces - ¡cómo me estremezco al recordarlo! - el espantoso, el agobiante hedor de las tumbas abiertas.

Contra los muros de esta repelente estancia se encontraban sarcófagos de antiguas momias, alternando con hermosos cuerpos, casi vivos, perfectamente disecados y conservados por el arte del taxidermista, y con lápidas hurtadas a todos los mas viejos camposantos del mundo. Nichos dispersos contenían cráneos de todas las formas, así como cabezas conservadas en distintos estadios de descomposición. Allí podían verse los restos podridos y expuestos de famosos aristócratas, así como los cabellos dorados, lozanos y radiantes de un chiquillo recién desenterrado. Había estatuas y pinturas, sobre todo tocantes a infernales temas; algunos de ellos obras de St. John y de mí mismo. Un portafolios cerrado con llave, realizado con piel humana curtida, contenía ciertos dibujos desconocidos e indescriptibles atribuidos al propio Goya, de quien se decía que nunca osó exponerlos a la opinión pública. Había nauseabundos instrumentos musicales de cuerda, metal y madera, con los que St. John y yo a veces interpretábamos disonancias de exquisita morbidez y horror cacodemoníaco; mientras que en una multitud de casilleros de ébano descansaba la más increíble e inimaginable variedad de trofeos fúnebres



jamás reunida por la locura y la perversidad humana. Pero de estos trofeos no debo hablar... gracias a Dios, tuve el valor de destruirlos completamente antes de pensar en destruirme a mí mismo.

Las incursiones predadoras en las que recogíamos nuestros inmencionables tesoros eran siempre eventos artísticamente memorables. No éramos vulgares necrófilos, sino que obrábamos tan sólo en ciertas condiciones de humor, escenario, ambiente, clima, estación y fase lunar. Tales pasatiempos eran para nosotros la más exquisita forma de expresión artística y prestábamos a cada detalle un fastidioso cuidado técnico. Una hora inadecuada, un efecto de luz desentonando o una inadecuada manipulación de la tierra húmeda podía espantar casi totalmente de nosotros ese extasiado temblor que resultaba de la exumación de algún ominoso y burlón secreto de la tierra. Nuestra búsqueda de escenarios novedosos y excitantes condiciones era febril, jamás satisfecha... St. John guiaba siempre, y fue él quién al final abrió el camino hacia ese burlesco, ese maldito lugar que acarreó sobre nosotros la espantosa e inevitable condenación.

¿A través de qué maligna fatalidad fuimos atraídos a ese terrible camposanto holandés? Creo que fue el rumor y la leyenda acerca de alguien que llevaba enterrado allí cinco siglos, alguien que también fuera en vida un profanador de tumbas y que había robado un objeto de poder en un gran sepulcro. Aún puedo recordar los momentos finales de aquella escena... la pálida luz otoñal sobre las tumbas, derramando sombras horriblemente largas, los árboles deformes, inclinados de forma sombría contra la descuidada maleza y las losas desvencijadas; las legiones de murciélagos extraños y colosales volando al trasluz de la luna; la vieja iglesia cubierta de hierba, apuntando un inmenso dedo espectral hacia el cielo lívido; los insectos fosforescentes que bailaban como fuegos fatuos bajo los tejos en un rincón apanado; el hedor a moho, vegetación y cosas

menos identificables, entremezclándose débilmente con los aires nocturnos llegados de lejanos pantanos y mares; y, lo peor de todo, el débil aullido, con notas profundas, de algún gigantesco sabueso que no podíamos ver ni ubicar. Nos estremecimos al oír este atisbo de ladrido, recordando los relatos de labriegos, ya que a quien buscábamos había sido descubierto hacía siglos en este mismo sitio, destrozado y mutilado por las garras y los dientes de alguna bestia inexplicable.

Recuerdo cómo hurgamos con las palas en la tumba de aquel necrófilo; cómo nos estremecíamos de nuestra propia imagen, la tumba, la pálida luna menguante, las horribles sombras, los árboles deformes, los titánicos murciélagos, la vieja iglesia, los danzarines fuegos fatuos, los nauseabundos hedores, el leve soplo del viento nocturno y el extraño, oído a medias, aullido que no llegaba de ninguna dirección concreta y de cuya existencia real apenas podíamos estar seguros. Luego dimos con una sustancia más dura que el húmedo moho y vimos una caja ovalada y podrida, incrustada de depósitos minerales durante su larga e inalterada presencia en la tierra. Resultaba increíblemente dura y densa, pero era tan vieja que finalmente logramos forzarla y nos regalamos los ojos con el contenido.

Quedaba mucho, demasiado, a pesar de los quinientos años transcurridos. El esqueleto, aunque quebrantado en ciertas partes por las mandíbulas del ser que le diera muerte, se conservaba asombrosamente sólido, y nos congratulamos de la limpia calavera blanca y de sus largos y firmes dientes, así como de las órbitas vacías que una vez resplandecieran con una fiebre sepulcral parecida a la que nos consumía. Dentro del ataúd había un amuleto de curioso y exótico diseño, que aparentemente había estado suspendido del cuello del yacente. Era una figura, extrañamente formal, de un sabueso agazapado y alado, o la de una esfinge de rostro semicanino, y estaba exquisitamente trabajada en un estilo oriental y

antiguo, en una pieza de jade verde. La expresión de ese rostro resultaba sumamente repulsiva, trasluciendo a un tiempo muerte, bestialidad y malevolencia. En torno a la base se encontraba una inscripción en caracteres que ni St. John ni yo pudimos reconocer; y al fondo, como la marca del artífice, habían esculpido una calavera grotesca y formidable.

Apenas pusimos los ojos en ese amuleto supimos que teníamos que poseerlo; que tal tesoro tenía que ser la lógica recompensa que tomásemos de esa tumba centenaria. Lo habríamos deseado aunque su diseño nos fuera ajeno por completo; pero, una vez examinado más detenidamente, descubrimos que no nos era completamente extraño. De hecho, estaba lejos de todo arte o literatura que un lector cuerdo y equilibrado pueda conocer, pero lo reconocimos como ese ser que es insinuado en el prohibido *Necronomicón* del árabe loco Abdul Alhazred; ese horripilante símbolo espiritual del culto necrófago de la inaccesible Leng, en el Asia Central. Demasiado bien pudimos encontrar los siniestros perfiles descritos por el viejo demonólogo árabe; perfiles, escribía, tomados de alguna oscura manifestación sobrenatural de los espíritus de aquellos que mancillaron y se alimentaron de los muertos.

Cogiendo el objeto de jade verde, echamos un último vistazo a la calavera blanca y de órbitas vacías de su dueño y cubrimos la tumba hasta dejarla tal como la encontramos. Al abandonar ese lugar espantoso, con el amuleto robado en el bolsillo de St. John, creímos ver a los murciélagos abalanzarse en masa sobre la tierra recién profanada, como buscando algún alimento maldito y repugnante. Y, asimismo, mientras navegábamos al día siguiente entre Holanda y nuestro hogar, creímos oír el débil aullido lejano de algún sabueso gigantesco en la distancia. Pero el viento de otoño gemía triste y desasosegado y no pudimos estar seguros.

## II

Menos de una semana después de nuestro regreso a Inglaterra comenzaron a acaecer sucesos extraños. Vivíamos como ermitaños, sin amigos, solos y sin criados, en unas pocas habitaciones de una casa solariega, sita en un páramo baldío y poco transitado; así que raramente venía alguna visita a llamar a nuestra puerta. Ahora, sin embargo, nos vimos perturbados por lo que parecía ser un deambular en la noche, no sólo en torno a las puertas, sino también de ventanas, tanto las altas como las bajas. En una ocasión nos pareció que un cuerpo largo y opaco oscurecía la ventana de la biblioteca al pasar ante la luna, y otra vez escuchamos zumbidos o aleteos a lo lejos. La investigación no reveló nada y comenzamos a achacar esos sucesos a nuestra imaginación... la misma imaginación curiosamente perturbada que aún sostenía en nuestros oídos el débil y lejano aullido que habíamos creído oír en el camposanto holandés. El amuleto de jade verde reposaba ahora en uno de los nichos de nuestro museo, y a veces encendíamos velas extrañamente aromatizadas ante él. Leíamos mucho en el *Necronomicón* de Alhazred acerca de sus propiedades, y sobre la relación de los espíritus de los demonios con los objetos que los simbolizaba, y nos sentimos turbados por lo leído. Entonces llegó el terror.

La noche del 24 de septiembre de 19... oí un golpe en la puerta de mi alcoba. Creyendo que era St. John, le invité a entrar, pero tan sólo obtuve como respuesta una risa estridente. No había nadie en el pasillo. Cuando hube despertado a St. John, se manifestó totalmente ajeno al suceso, y se vio tan perplejo como yo. Fue la noche en la que el aullido débil y lejano sobre el páramo se convirtió para nosotros en una certeza tangible y espantosa. Cuatro días después, mientras estábamos en el museo oculto, se produjo un rasguñar bajo y cauteloso en la puerta sencilla que

llevaba a la escalera secreta de la biblioteca. Nuestro susto fue doble, ya que unido al miedo a lo desconocido estaba el que siempre habíamos tenido el temor a que se descubriese nuestra espantable colección. Apagando todas las luces, fuimos a la puerta y la abrimos de golpe; fue entonces cuando sentimos un inexplicable soplo de aire y escuchamos, como en retroceso, una mescolanza de susurros, risas entre dientes y charla articulada. No tratamos de determinar si nos habíamos vuelto locos, soñábamos o si estábamos en nuestros cabales. Tan sólo supimos, sumidos en la más negra aprensión, que aquella charla aparentemente incorpórea se realizaba sin duda alguna en *holandés*.

A partir de entonces vivimos en un creciente horror y fascinación. Principalmente sustentábamos la teoría de que estábamos enloqueciendo juntos por culpa de nuestra vida de placeres antinaturales; pero a veces nos complacíamos en plantearnos el drama de las víctimas de alguna maldición reptante y abominable. Las manifestaciones extravagantes resultaban demasiado frecuentes ahora como para relatarlas. Nuestra solitaria casa parecía albergar la presencia de algún ser maligno cuya naturaleza no podíamos conjeturar, y cada noche el demoníaco aullido iba y venía a través del ventoso páramo, incrementándose sin cesar. El 29 de octubre encontramos en la tierra blanca, bajo la ventana de la biblioteca, una serie de pisadas imposibles por completo de describir. Eran tan desconcertantes como las hordas de grandes murciélagos que merodeaban alrededor de la vieja casa en un número sin precedentes, siempre aumentando.

El horror culminó el 18 de noviembre, cuando St. John, que volvía a casa tras el ocaso desde la lejana estación de tren, fue atrapado por algún espantoso carnívoro y resultó despedazado. Sus gritos llegaron hasta la casa y, mientras yo corría hacia la terrible escena, tuve tiempo de escuchar batir de alas y atisbar una nebulosa silueta negra perfilada contra la luna naciente. Mi amigo agonizaba cuando pude hablar con él, y no fue capaz de

darme respuestas coherentes. Todo cuanto pudo él fue susurrar:

- El amuleto... esa cosa maldita...

Entonces cedió, convertido en una masa inerte de carne desgarrada.

Lo enterré a la medianoche siguiente en uno de nuestros descuidados jardines, murmurando sobre su cuerpo uno de los diabólicos rituales de los que tanto gustara en vida. Al pronunciar la última y demoníaca frase, oí a lo lejos en el páramo el débil aullido de algún sabueso gigantesco. Había salido la luna, pero no osé mirar. Y cuando vi sobre el páramo, tenuemente iluminado, una gran sombra indistinta que saltaba de un montículo a otro, cerré los ojos y me lancé de bruces al suelo. Cuando me incorporé tembloroso, no sé cuánto después, fui tambaleándome hacia la casa y realicé estremecidas reverencias en honor de amuleto de jade.

Temeroso ahora de vivir solo en la vieja casa del páramo, me fui al día siguiente a Londres, llevándome el amuleto tras quemar y enterrar el resto de nuestra impía colección. Pero tres noches más tarde oí de nuevo el aullido y, antes de una semana, sentía en la oscuridad ojos extraños clavados en mí. Una tarde, paseando por el muelle Victoria en busca de un poco de aire fresco, vi una negra silueta oscurecer el reflejo de una de las lámparas en el agua. Soplaban un aire más fuerte que el viento nocturno y comprendí que lo que había alcanzado a St. John me alcanzaría también a mí.

Al día siguiente envolví cuidadosamente el amuleto de jade y me embarqué rumbo a Holanda. Cuánta misericordia podía lograr devolviendo aquello a su silencioso y yacente dueño era algo que no podía saber, pero pensaba que al menos debía dar cualquier paso lógicamente concebible. Qué era el sabueso y por qué me perseguía eran preguntas aún indistintas; pero yo había oído por primera vez su aullido en el viejo camposanto y cada suceso posterior, incluso el susurro agonizante de St. John, habían

servido para conectar la maldición con el robo del amuleto. Por tanto, me vi sumido en el más profundo abismo de desesperación cuando, en un hotel de Rotterdam, descubrí que los rateros me habían privado del único medio de salvación.

El aullido resonó con fuerza esa noche, y a la mañana siguiente leí de un indescriptible suceso acaecido en el peor barrio de la ciudad. La chusma estaba aterrorizada, ya que sobre una turbia casa de vecindad había caído una muerte roja que rebasaba los más enloquecidos crímenes del barrio. En una mísera madriguera de ladrones toda una familia había resultado despedazada por algún ser ignorado que no dejó huella alguna, y quienes se encontraban en las proximidades habían oído por la noche, entre la habitual algarabía de voces ebrias, una nota débil, profunda e insistente, como la de un sabueso gigantesco.

Así que al fin me encontré de nuevo en aquel maligno camposanto sobre el que una pálida luna invernal lanzaba sombras espantosas, y los árboles deshojados se ladeaban de forma sombría hacia la hierba rala y helada y las lápidas desmenuzadas, y la iglesia cubierta de hiedra apuntaba un ofensivo dedo hacia el cielo hostil, y el viento nocturno aullaba de forma maníaca procedente de helados pantanos y mares gélidos. El aullido ahora era muy débil y se detuvo al acercarme a la vieja tumba que ya una vez profanara, y mi llegada espantó a una horda anormalmente grande de murciélagos que antes viera remolonear de forma curiosa por los alrededores.

No sé si había ido sólo a rezar o a farfullar súplicas y disculpas enloquecidas para el quieto ser blanco que yacía en su interior; pero, cualesquiera que fueran mis motivos, atacué el césped medio helado con una desesperación que me salía en parte de dentro y en parte de una dominante voluntad externa a la mía. El cavar resultó mucho más fácil de lo esperado, aunque en cierto momento sufrí una extraña interrupción,

cuando un buitre flaco se abatió desde el cielo helado para picotear frenético la tierra de la tumba hasta que lo maté con un golpe de pala. Por último llegué a la podrida caja ovalada e hice a un lado las húmedas incrustaciones que la cubrían. Ése resultó el último acto racional que llevé a cabo.

Ya que, agazapado en ese ataúd centenario, arropado por un prieto séquito de pesadilla de inmensos, nervudos, dormidos murciélagos, se hallaba el ser óseo al que despojáramos mi amigo y yo; pero ya no limpio y tranquilo como lo viéramos, sino cubierto de sangre coagulada y jirones de carne y pelo ajenos, acechándome despierto con órbitas fosforescentes y agudos colmillos ensangrentados que sonreían aviesamente, burlándose de mi inevitable condenación. Y cuando de aquellas sonrientes fauces brotó un aullido profundo y sardónico, como el de algún sabueso gigantesco, y vi que sostenía en su sucia zarpa ensangrentada el perdido y fatídico amuleto de jade verde, tan sólo grité y eché a correr de forma estúpida, con mis gritos desembocando sin tardanza en carcajadas de risa histérica.

La locura cabalga el viento entre las estrellas... garras y dientes afilándose sobre cientos de cadáveres... muerte goteando a horcajadas de una bacanal de murciélagos procedentes de ruinas negras como la noche, en sepultados templos de Belial... ahora, mientras el aullido de esta monstruosidad muerta y descarnada se hace más y más fuerte, y los sigilosos susurros y aleteos de esas malditas alas membranosas dan vueltas más y más cerca, lograré gracias a mi revólver el olvido, que es el único refugio contra lo innombrado y lo innombrable.



DEL OTRO LADO .....	2
EL CLERIGO MALVADO .....	11
DAGÓN.....	17
LA DECLARACIÓN DE RANDOLPH CARTER .....	24
EL MODELO DE PICKMAN .....	32
LA BÚSQUEDA DE IRANON .....	50
EN LAS MONTAÑAS ALUCINANTES.....	58
LA BESTIA EN LA CUEVA .....	174
SORDO, MUDO Y CIEGO .....	182
LA CASA MALDITA.....	196
EL COLOR DE MÁS ALLÁ DEL ESPACIO .....	231
EL CERIMONIAL .....	267
LOS GATOS DE ULTHAR.....	279
RELIQUIA DE UN MUNDO OLVIDADO.....	283
LA SOMBRA SOBRE INNSMOUTH .....	317
LA LAMPARA DE ALHAZRED .....	399
HECHOS TOCANTES AL DIFUNTO ARTHUR JERMYN Y SU FAMILIA .....	412
EL PANTANO DE LA LUNA .....	424
EL DESAFÍO DEL MAS ALLÁ .....	434
LA CIUDAD SIN NOMBRE.....	452
EN LA CRIPTA .....	468
EL SER BAJO LA LUZ DE LA LUNA .....	479
ASTROPHOBOS .....	482
NOTAS SOBRE EL ARTE DE ESCRIBIR CUENTOS FANTÁSTICOS .....	484
MAS ALLA DEL MURO DEL SUENO.....	489

EL ARBOL.....	502
LA MUSICA DE ERICH ZANN.....	508
EL SABUESO .....	518